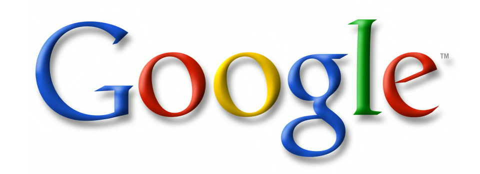
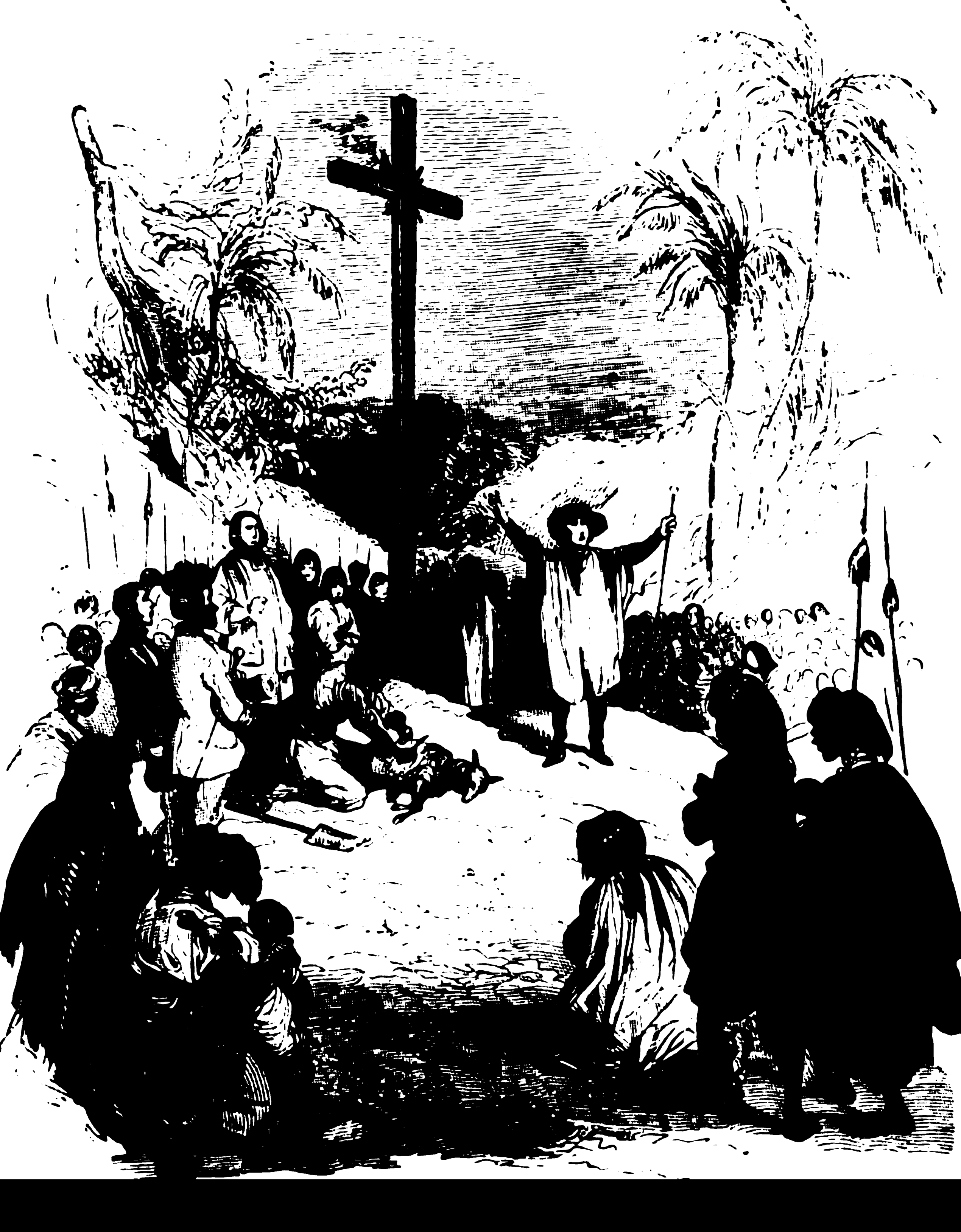
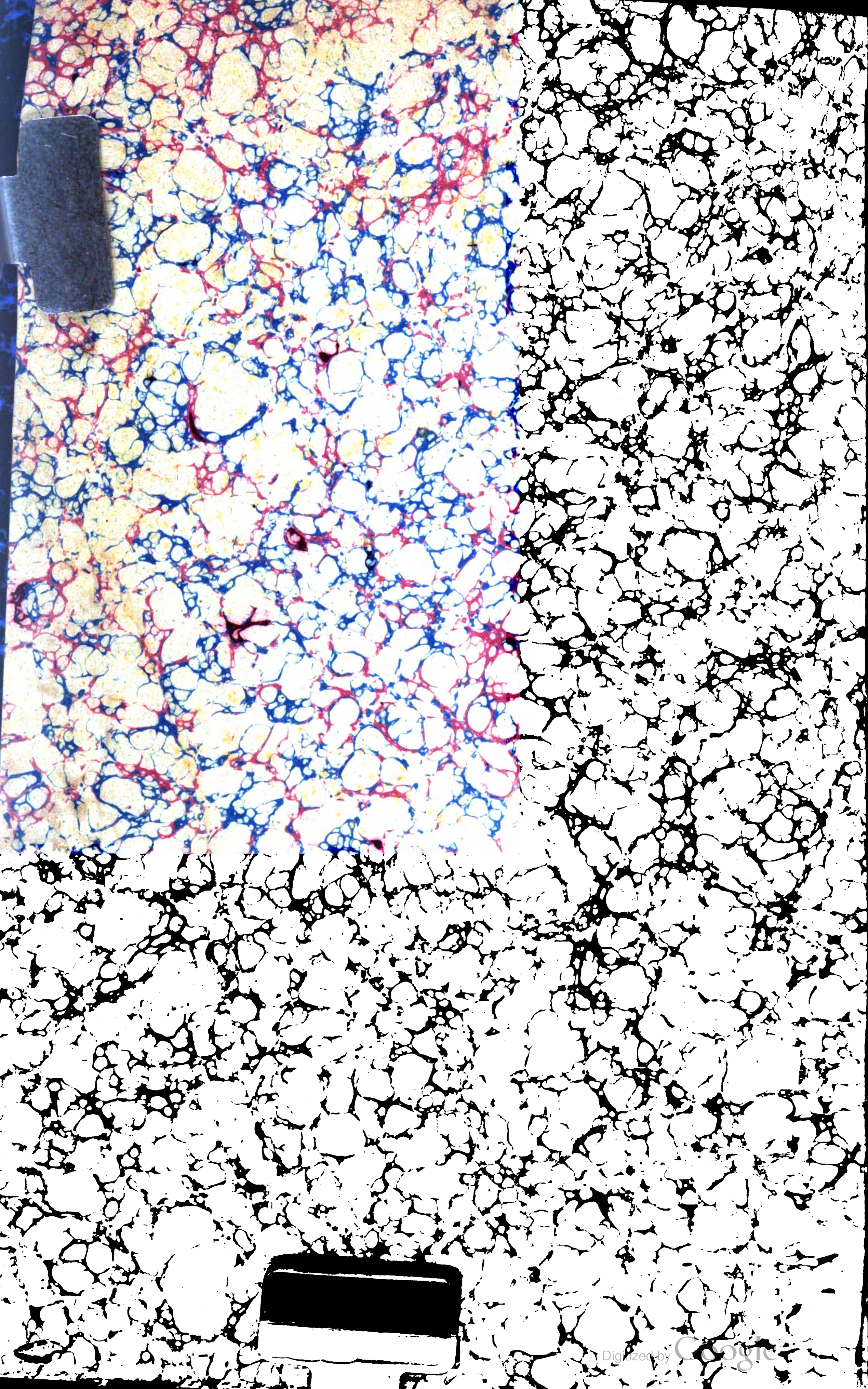


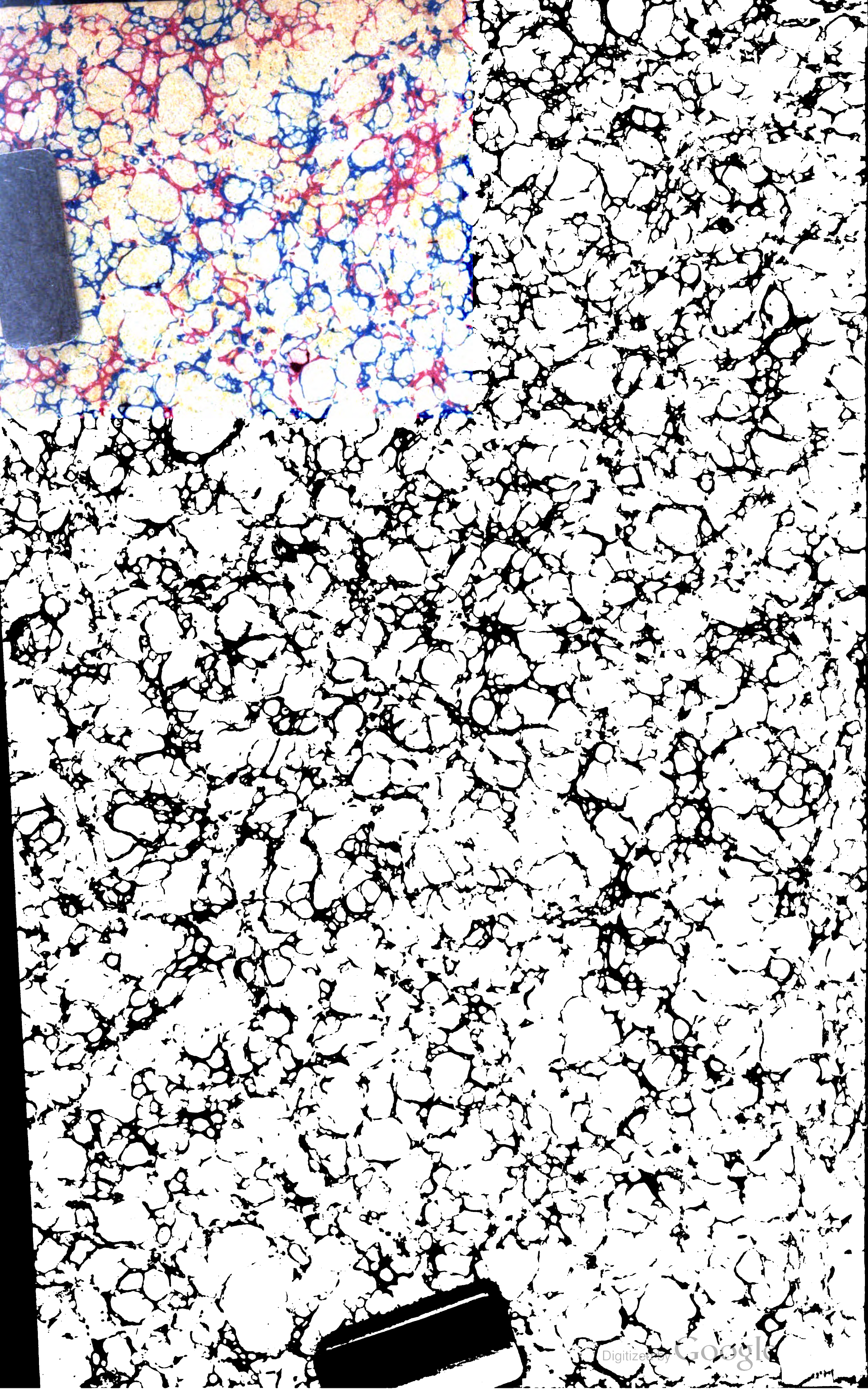


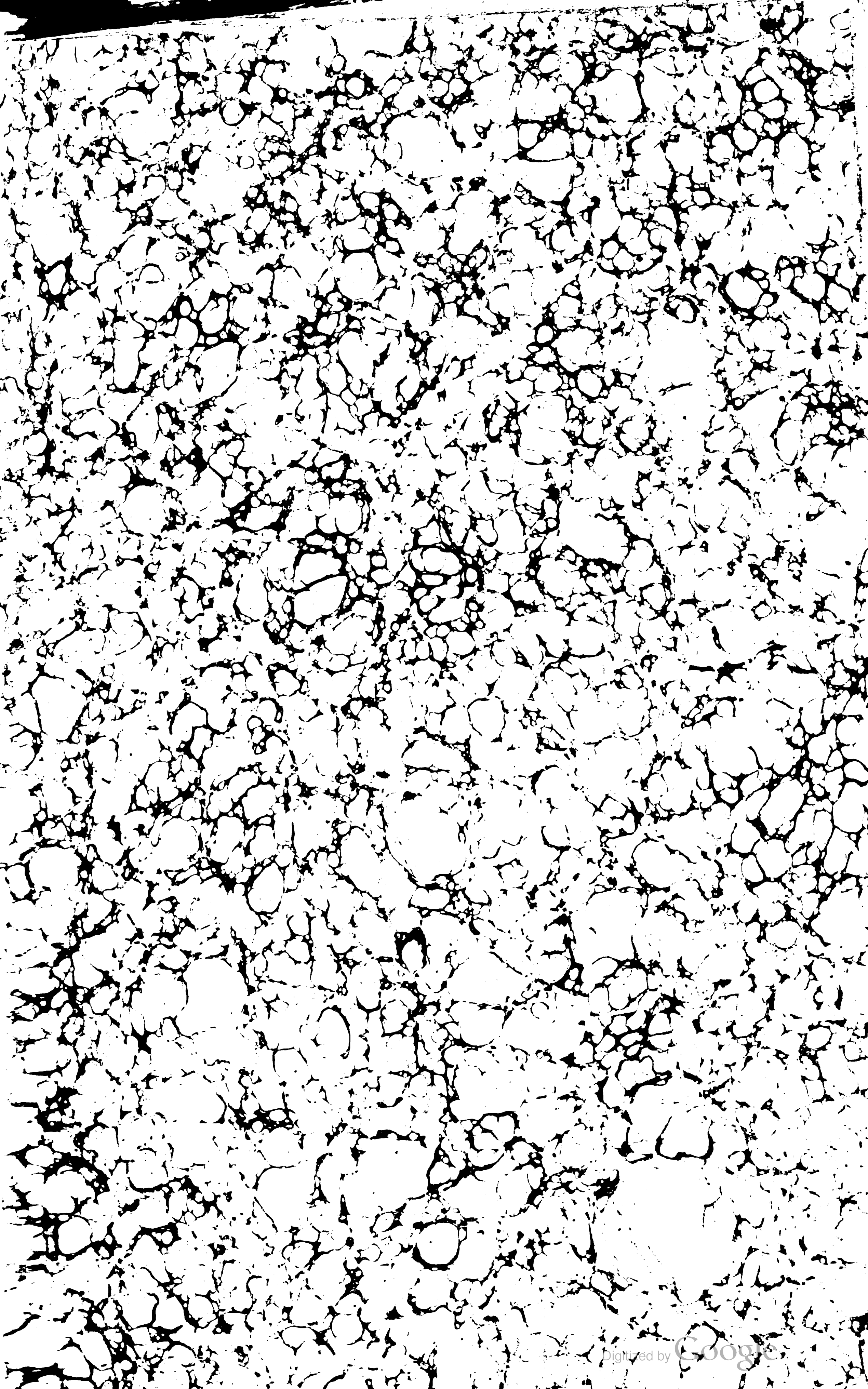
Viaje dramático alrededor del mundo

Adolfo Joarizti









VIAJE DRAMÁTICO
AL REDEDOR DEL MUNDO.

TOMO II.



VIAJE
DRAMATICO
AL REDEDOR DEL MUNDO.

AVENTURAS DE LOS MÁS AFAMADOS VIAJEROS,

Colon, Vasco de Gama, Vespucio, Cortereal, Aranha, Cortés, Magallanes, Elcano, Pizarro, Almagro, Willoughby, Drake, Barentz, Bering, Hudson, Kotzebue, Bougainville, Mungo Park, Cook, Wilson, Lemaire, La Peyrouse, Ross, Dumont-D'Urville, etc., etc.,

Y

NAUFRAGIOS CÉLEBRES

EN

EUROPA, ÁFRICA, ASIA, OCEANÍA Y AMÉRICA;

aspecto y naturaleza de los paises ménos conocidos;
historia, carácter y costumbres de los pueblos que los habitan,

SEGUN LAS RELACIONES MAS AUTORIZADAS DE TESTIGOS OCULARES,

ARREGLADO

por Adolfo Joarizti.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.

MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚMERO 12.

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro,
callejon entre los números 21 y 23.—1864.



Los caciques pidieron luego que se trajese allí el cordero.

Se
a non
s de
Sur, d
del Af
mayor
ra, ar
óreas
tos bo
gigan
ochen
anima
dante
hipop
el Yn
to, L
Marq
mites
E
vo y
tan c

VIAJE
DRAMATICO
AL REDEDOR DEL MUNDO.

COSTA ORIENTAL DE ÁFRICA.

MOZAMBIQUE, ZANGUEBAR, AJAN.

Separa la isla de Madagascar del continente el canal de Mozambique al que da nombre la posesion que tienen los portugueses en el Africa y cuya extension es de unas 28,800 leguas cuadradas. Lá bahía de Lorenzo Marquez la limita al Sur, dividiéndola de la Cafrería propia. El terreno, como la mayor parte de los del Africa, es en extremo fértil, y sería sobremanera productivo si se cultivara en mayor escala. Los portugueses cosechan con preferencia trigo, maíz, arroz, yuca, azúcar, café y añil: las plantas oleaginosas ó medicinales, así como las tintóreas, crecen espontáneamente. Lo mismo que en Madagascar se encuentran vastos bosques poblados de árboles de maderas de valor, descollando entre ellos el gigante del reino vegetal, llamado *malumpaya*, cuyo tronco llega á veces hasta ochenta y dos piés de circunferencia, y en sus huecos se alberga el coloso de los animales, el elefante. Los rios que fertilizan esta region son caudalosos y abundantes en pesca; en el Zambezé se encuentran huéspedes más temibles, como el hipopótamo y el cocodrilo: despues de este los más caudalosos son el Sofala, y el Ynhanbane que desaguan en las bahías de su nombre; y el del Espíritu Santo, Lorenzo Marquez y el Mafenmo, que van á desaguar en la bahía de Lorenzo Marquez. Los lagos escasean, pero se encuentra el misterioso Marabí, cuyos límites se ignoran.

El reino mineral es muy rico; se encuentra en la parte occidental oro en polvo y hierro en abundancia, y tambien algunas minas de cobre: el salitre es cosa tan comun que se desprecia. Los portugueses hacen un gran comercio con el oro

en polvo, colmillos de elefante y rinoceronte, pieles, aceites, ámbar gris, etc.

En 1498 abordó por primera vez á aquellas costas el intrépido navegante Vasco de Gama, pero hasta 1508 no levantó su nacion en ella un fuerte que fue la base de su futuro poder. La poblacion se calcula en unas 300,000 almas entre blancos y negros; algunas tribus se mantienen independientes, y toda su actividad se limita, cuando les apremian las necesidades de la vida, á extraer de sus minas algunos metales trocándolos por los objetos más indispensables.

ZANGUEBAR.

Recorrerémosle con rapidez, y no porque carezca de atractivos para el viajero, sino por las pocas noticias que de él se tienen á causa del lamentable estado de su poblacion. Por lo regular las tierras que han podido explorarse presentaban fértiles llanuras en algunos puntos, y en otros solamente charcos cenagosos ó extensos bosques, cuyo silencio interrumpen los rugidos de las fieras; penetrar en ellos es exponerse á una muerte segura, pues ademas de los leones, panteras y leopardos, son literalmente un hormiguero de toda clase de reptiles venenosos.

Los límites occidentales de Zanguebar se pierden en las vastas regiones ignoradas hasta ahora, y que el geógrafo está obligado á designar con el nombre de *países desconocidos*. El Océano índico forma en la costa algunas bahías, siendo la mayor la de Zanzibar delante de la isla del mismo nombre. Numerosos rios la cruzan en todas direcciones, pero de ellos sólo se conoce, y aun con imperfeccion, su desagüe. El clima es muy cálido y poco fértil la tierra; pero en algunas regiones crece espontáneamente el algodonero, la caña de azúcar y el añil. Aunque algunos han fijado la cifra de la poblacion en unos dos millones de habitantes, el cálculo es aventurado, pues como queda dicho, aquellas regiones son apénas conocidas.

AJAN.

Al hablar de este punto casi nos verémos reducidos á su situacion geográfica. Aján se extiende desde el cabo de Magadocso, hasta el de Guardafuí. Los territorios hasta ahora explorados presentan un aspecto árido, si bien en la parte septentrional se encuentran algunas montañas. Pueblan la costa árabes mahometanos; los habitantes del interior son negros idólatras.

ASIA.

AVENTURAS DE BOUTEKOÉ.

INCENDIO DEL NIEUV-HOORN.

Guillermo Isbrantz Boutekoé, fue nombrado en 1618 por la compañía holandesa de las Indias orientales, capitan del buque *Nieuv-Hoorn*, de mil y cien toneladas destinado al comercio de aquellas lejanas comarcas, y montado por doscientos seis hombres de tripulacion.

Boutekoé zarpó de Texel el 28 de diciembre de aquel mismo año, y ya desde el 5 de enero siguiente, apénas salió del canal de la Mancha, su buque aguantó tres furiosos temporales que llenaron de agua la mitad de la bodega. En medio del natural espanto de la tripulacion, Boutekoé, hombre activo sobre todo en el momento del peligro, ordenó extraer el agua con baldes; mas los puentes se hallaban tan atestados de cofres que se chocaban entre sí por efecto del continuo balance del buque, y no habia sitio para maniobrar desahogadamente, por lo que se tuvo que romper los que oponian mayores obstáculos á los trabajadores.

Una vez conjurado el peligro, el 20 aprovechóse un tiempo más bonancible para proseguir el viaje. Dos embarcaciones holandesas tambien, halladas sucesivamente, el *Nieuv-Teeland*, capitan Pedro Ehyz de Amsterdam; y el *Enckluisen*, al mando de Juan Jansz, prestaron sus auxilios á Boutekoé.

Las tres navegaron en conserva hasta pasar la línea, pero sobrevino una calma que los detuvo tres semanas, obligándoles despues á apresurar la marcha á fin de poder salvar los Abrojos (escolleras en el mar de las Antillas), con viento Sureste. Volvió á repetirse la calma cerca de aquellas rocas, las cuales al fin salvaron felizmente, buscando en seguida las islas de Tristan de Acunha (1), á cuya altura encontrábanse sin saberlo. El buen tiempo les indujo luego á dirigirse hácia el cabo de Buena Esperanza, mas habiendo arreciado el viento, obligóles á recoger velas, evitando aproximarse á la costa. Boutekoé temiendo á cada instante ver destrozada su nave, propuso á sus compañeros reunirse en consejo, á lo que accedieron estos, y en vista de que las tripulaciones eran vigorosas, y grande la presion del agua, los tres oficiales convinieron de

(1) Grupo compuesto de tres islas cuya principal lleva este nombre, y situado en el Atlántico; algunos se establecieron en él en 1820. Es un punto bastante importante para las embarcaciones que se dirigen á la Australia (Nueva Holanda).

comun acuerdo doblar el cabo, mas sin arribar á él. Esta resolucion fue ejecutada con éxito, y pronto quedóse atras la tierra de Natal. El tiempo era magnífico; mayo tocaba á su término; cinco meses habian trascurrido ya desde la partida de Boutekoé.

En esto el *Enckluisen*, que iba destinado á la costa de Coromandel, se separó de sus compañeros de viaje, para tomar su derrota entre la costa de África y Madagascar. Poco despues, con motivo de algunas disensiones que surgieron, Boutekoé dejó asimismo de seguir navegando en union del *Nieuw-Teeland*, y ambos perdiéronse de vista á los 23° de latitud Sur.

Las enfermedades empezaban á menudear á bordo del buque que mandaba Boutekoé, aumentando de tal modo, que pronto estuvieron cuarenta hombres fuera de servicio, y la salud de la mayor parte de los restantes bastante quebrantada. En su consecuencia se hizo rumbo hácia Madagascar á fin de guarecerse y reponer algun tanto en la bahía de San Luis, y como no se hallara allí buen fondeadero, Boutekoé mandó botar la chalupa al agua, embarcándose en ella miéntras su nave seguia la costa bordeando; pero las muchas rompientes impidiéronle acercarse á la playa. Sin embargo, no tardaron en parecer algunos insulares, y un marinero de la chalupa ganó la tierra á nado para hablarles. Aquellos hacian repetidas señas con la mano, semejando indicar algun puerto á propósito para efectuar el desembarque; mas no podia oírseles distintamente á causa de la distancia, y por otra parte como no ofrecian víveres, Boutekoé tuvo que volverse á bordo despues de practicado un trabajo inútil y penoso. Grande fue el desaliento de los enfermos al verle regresar sin adelantar nada que pudiera mejorar su situacion.

El *Nieuw-Hoorn* emprendió de nuevo la marcha siempre con direccion al Sur hasta una latitud de 29°, llegado á la cual decidióse ir á hacer escala en la isla Mauricio ó en la de Mascarenhas (1). En efecto, gobernó buscando el paso del canal que las separa, y fondeó próximo á la última de dichas islas con una profundidad de cuarenta brazas de agua, á pesar de no ser este sitio muy seguro por su demasiada inmediacion á la tierra. Todos los enfermos ansiaban que se les desembarcase, pero la fuerte marejada no permitió intentarlo siquiera. Unos cuantos hombres de entre los ménos desfallecidos de la tripulacion partieron en la chalupa con objeto de explorar la isla, los cuales regresaron en breve trayendo gran número de tortugas, cuya vista aumentó el afan de los enfermos por saltar en tierra, creidos de que sanarian si no del todo poco ménos, tan luego como lo efectuaran.

El sobrecargo del buque llamado Hein-Rol se opuso no obstante á sus vehementes deseos so pretexto que la embarcacion estaba expuesta á derivar, y que á suceder esto, habia riesgo de perder á cuantos desembarcaran. Los pobres marineros suplicaron empero con tan vivas instancias, que Boutekoé no pudo ménos de conmoverse; así es que subiendo á cubierta, anunció que todos irian en seguida á tierra; esta noticia fue recibida con entusiastas demostraciones de alegría. Boutekoé proveyó á los enfermos de una vela para que con su auxilio

(1) Hoy dia la Isla de Francia y la de Borbon. Las noticias de Boutekoé respecto á esta última, actualmente una de las más ricas colonias francesas, están llenas de interes y merecen leerse detenidamente.

levantaran una tienda, provisiones, utensilios y un cocinero, conduciéndoles ademas él en persona. Era un cuadro verdaderamente conmovedor, verles revolcarse entre la yerba fresca, cual sobre tupida alfombra, ¡infelices! aseguraban que sólo aquello les proporcionaba ya notable alivio.

Apénas en la ribera echóse de ver una multitud de palomas torcaces que se dejaban coger con la mano, ó matar á palos, sin hacer ningun movimiento para huir. El primer dia mataron más de doscientas, y otro tanto sucedia con las tortugas. Boutekoé muy satisfecho de que nada les faltara á los enfermos cuyo número ascendia á cuarenta, dejóles regresando á bordo con los demas.

El paraje en que fondeara el buque parecióle por último tan pésimo, que se resolvió á buscar otra bahía mejor. Al efecto tomó de nuevo la lancha, y á unas cinco millas más allá halló una ensenada segura y de fondo arenoso; descubriendo á corta distancia tierras adentro un lago bastante extenso y al parecer de agua dulce. Boutekoé vió en él patos, pichones, loutos pardos y varias otras aves; hasta veinte y cinco tortugas durmiendo á la sombra debajo de un solo árbol, y tan grandes que con dificultad podian moverse.

Despues de sondeada minuciosamente toda la bahía, Boutekoé envió la noticia de su descubrimiento á sus compañeros de viaje, quienes volvieron á embarcarse halagados por la esperanza de proporcionarse mayores comodidades en su nuevo asilo, fondeando en un sitio en que la sonda acusó treinta y cinco brazas de agua. Dióse desde luego permiso á la tripulacion para desembarcar por turno, y enviaron al lago ocho personas provistas de una jábega, pescando hermosos peces tales como carpas, murcias, y una especie de salmon grueso y de buen sabor. Abundaban ademas en aquella bahía los drontes (1), pájaros que tienen las alas pequeñas, y son muy pesados por efecto de su gran corpulencia. En fin, cúpole la suerte á un marinero de dar con un manantial de agua dulce junto á un riachuelo bordeado de árboles en ambas orillas, el cual tenía su nacimiento en las montañas.

No estando poblada la isla, los viajeros pudieron recorrerla en todas direcciones, y entregarse libremente á la pesca y caza. Hacian asadores de madera, en los cuales ensartaban el producto de sus correrías, regando las piezas al asarlas con aceite de tortuga preparado por ellos mismos, convirtiéndolas así en delicados manjares, y tan sabrosos como si estuvieran mechados. Otro rio mayor que el primero y de límpidas aguas fue tambien descubierto, y los convalecientes observaron en él con regocijo innumerables y gruesas anguilas que cogieron en gran cantidad encontrándolas exquisitas. Ademas vieron en la márgen opuesta algunos machos cabríos, pero sólo pudieron matar uno asaz viejo y cuyos cuernos estaban medio carcomidos por los gusanos, del cual nadie quiso comer.

Aquella abundancia no podia ménos de ser saludable para los enfermos; así es que al cabo de unos cuantos dias todos estuvieron en disposicion de embarcarse otra vez, excepto empero siete, cuya extremada debilidad reclamaba permaneciesen en tierra hasta el preciso momento de emprenderse de nuevo la mar-

(1) . En aquella época existia efectivamente en la isla Borbon una especie de pájaro pesado é informe que se arrastraba y no podia volar; esta clase de aves, del todo destruida hoy dia, no ha vuelto á observarse en ningun otro punto del globo.

cha. Antes de abandonar la isla túvose buen cuidado de hacer gran provision de aves y pescados salados y secados con antelacion.

Pocos dias despues levóse el ancla con designio de hacer escala en la isla Mauricio; mas habiendo recalado el viento, esta quedóse atras viéndosela únicamente de léjos. Como entre la tripulacion se contaban algunos individuos que no estaban enteramente restablecidos, se echó de ménos la isla de Mascarenhas, que la generalidad opinaba haber dejado harto pronto. Por otra parte preveníase que sería preciso recorrer durante algun tiempo las latitudes del Sur ántes de encontrar vientos alisios que permitieran arribar á Bantam ó Batavia, y que el buque corria peligro de ser arrastrado por la fuerza de las corrientes. Esta aprension fue causa de que se resolviera hacer rumbo en derechura á la isla Santa María, próxima á Madagascar, frente por frente de la bahía de Antongil. Arribóse en efecto á ella por el lado oriental, fondeando cerca de la costa con trece brazas. Los indígenas, aunque ménos acostumbrados que los de Madagascar á ver europeos, trajeron sin embargo á bordo gallinas, limones y arroz, dando á comprender por señas que tambien tenian vacas, ovejas y otras provisiones. Presentóseles una taza de plata llena de vino que vaciaron con sorprendente avidez, bebiendo en ella de bruces; pero en seguida empezaron á gritar desaforadamente. Iban casi desnudos, y sólo un pedazo de tela les cubria imperfectamente el centro del cuerpo; su color era amarillo oscuro.

Cada dia, cierto número de hombres pasaban á tierra para trocar con ellos algunos objetos. Pareciales á los insulares un rico presente, en cambio de las terneras, ovejas, cerdos, sandías, leche y arroz de que abastecian á los viajeros, las campanillas, cucharas, cuchillos con mangos amarillos, abalorios, etc. Llevaban la leche en grandes hojas diestramente enlazadas. Boutekoé reparando que entre los demas víveres nunca traian limones ni naranjas, hizo ánimo de llegarse hasta Madagascar. Con este objeto embarcóse en el bote armado llevando consigo algunas mercancías, las cuales pensaba trocar por aquellos frutos. Despues de seguir agua arriba por espacio de una hora el curso de un rio caudaloso, no pudo ir más adelante, porque los árboles de las dos orillas juntaban sus ramas que pendian hasta casi rozar la superficie del agua, formando de este modo una barrera impenetrable. Ademas, no hallando en el camino indicio alguno que denotase la existencia en aquella comarca de árboles frutales y habitaciones, Boutekoé vióse obligado á retroceder. Otro dia, sin embargo, sus investigaciones obtuvieron un éxito lisonjero, pues en la misma isla frente á la cual se hallaba anclado el buque, encontró algo más allá en la misma costa y tierra adentro, lo que con empeño buscaba, como tambien leche, arroz y bananos.

Durante los nueve dias consecutivos que pasaron en aquella benéfica bahía la tripulacion recobró todo el vigor, salud y robustez que perdiera al dejar la Holanda, y tanto cambió su ánimo que á menudo cuando iban á tierra se hacian acompañar por un músico que tocaba la viola. Los insulares escuchaban este instrumento para ellos desconocido con la mayor sorpresa; los unos sentábanse al rededor del músico, haciendo castañetear sus dedos; otros bailaban alegremente. En varios sitios veíanse por fuera de sus casas cabezas de buey fijadas en estacas, ante las cuales se prosternaban y parecian adorarlas.

Entre tanto habíase limpiado el buque hasta la quilla y carenádole con tal es-

mero que si algun temor abrigaban los holandeses no procedia de la nave seguramente. En esto el *Nieuv-Hoorn* levó anclas con direccion al estrecho de la Sonda.

El 19 de noviembre de 1619, es decir once meses próximamente despues de su salida de Texel, hallábase la expedicion á 5° 30' de latitud Sur, cuando Boutekoé oyó gritar:

—¡Fuego! ¡fuego!

Apresuróse á bajar á la bodega y no observando apariencia alguna de incendio, preguntó dónde se presumia que se hubiera declarado.

—Capitan, en este tonel, contestóle un marinero.

Boutekoé acercóse al barril y lo tocó; estaba frio, y nada hacia sospechar la proximidad de una desgracia.

Dijéronle entónces que el despensero habia bajado aquella tarde segun costumbre para sacar el aguardiente que debia repartir al siguiente dia; que á consecuencia de haber colocado su candelero de hierro en un barril, colocado una hilera más alto que el que iba á perforar, una chispa, ó mejor dicho una partícula de la mecha encendida, cayó precisamente en el mismo agujero que acababa de abrir, prendiéndose fuego al espirituoso licor contenido en el tonel, cuyas dos tapas saltaron, y el líquido corrió inflamado hasta el depósito de carbon incendiándolo tambien. Sin embargo, algunos cubos de agua echados sobre el fuego parecieron extinguirlo del todo. Boutekoé, algo más tranquilo despues que oyó este relato, mandó por prudencia bañar de nuevo abundantemente el combustible, y no echando de ver huella alguna del voraz elemento, volvióse confiado á su camarote.

«Media hora despues, dice Boutekoé, varios hombres de la tripulacion empezaron á gritar otra vez: ¡Fuego!

«Esta segunda alarma me espantó, y volviendo á bajar en seguida, ví en efecto alzarse las llamas del fondo de la bodega. El incendio habíase declarado en toda forma en el carbon que bañara poco ántes el aguardiente inflamado, y el peligro era tanto más apremiante, en cuanto el fuego amenazaba propagarse á tres ó cuatro hileras de toneles colocados á corta distancia unos sobre otros. En vista de lo que empezámos á echar cubos de agua sin parar; pero un nuevo incidente vino á aumentar la general inquietud: el agua al caer sobre el carbon encendido producia una humareda tan densa y nauseabunda, que no se podia permanecer en la bodega, so pena de morir asfixiado. No obstante, no me moví ni un instante del sitio que me prescribia mi deber, dando las convenientes órdenes á fin de atajar los progresos del siniestro. Desgarrábame el corazon pensar que quizá algunos de mis subordinados habrian muerto ahogados por el calor y el humo, sin siquiera poderse aproximar á las escotillas; yo mismo estaba sofocado, y no sabiendo ya lo que hacia, iba á intervalos á apoyar mi cabeza en un tonel, con el rostro vuelto hácia la escotilla para respirar un momento.

«En fin, viéndome obligado á salir de la bodega, dije á Rol que era de parecer se arrojara la pólvora al mar; esta opinion le repugnó bastante.

—Si arrojamos la pólvora, contestóme, ¿qué será de nosotros cuando nos veamos en el caso de combatir á algun enemigo? ¿Qué medios nos restarán para defendernos?



«Pero el fuego no menguaba; fuerza nos fue en tal apuro practicar á hachazos unos cuantos agujeros en el entrepuente por los cuales entraba gran cantidad de agua, sin por esto dejar de continuarlo haciendo por las escotillas como en un principio. Do quier no se veia sino fuego y agua que nos amenazaban ambos á la vez, pues no se avistaba tierra alguna donde arribar, ni cualquier otro buque á quien pedir auxilio.

«Hacia tres semanas que se habia echado el bote grande al mar; otro tanto se hizo con la lancha existente sobre cubierta á fin de facilitar la maniobra. Los tripulantes se aprovecharon de esta circunstancia para deslizarse por todas partes fuera del buque bajando por los obenques. Desde allí dejábanse caer al agua, alcanzaban á nado la chalupa ó el bote, y á su bordo se escondian debajo de los bancos ó de las velas, esperando á juntarse en mayor número para desamarrar y alejarse.

«Rol, teniendo ocasion de pasar por la galería, extrañóse al ver dentro de las dos embarcaciones menores del buque gran parte de los marineros, los cuales le exhortaron á que se les reuniera, pues de lo contrario iban desde luego á alejarse. Lo vivo de sus instancias y la inminencia del peligro indujéronle á seguir su ejemplo, sólo que al llegar junto á ellos, les dijo:

—Amigos mios, esperemos al capitan.

«Los tripulantes no atendieron la recomendacion del sobrecargo, que ya ninguna autoridad gozaba, y tan pronto como estuvo embarcado, cortaron la amarra que los aguantaba largándose en seguida.

«Yo siempre ocupado en dar órdenes y activar el trabajo, ignoraba cuanto sucedia; cuando algunos de los que se quedaron á bordo, acudieron presurosos á decirme con espanto:

—Capitan, el bote grande y la lancha bogan á lo léjos; estamos perdidos...

—Es cierto, les contesté, y al abandonarnos tendrán el designio de no volver.

«Inmediatamente me dirigí á la toldilla, ví la maniobra de los fugitivos, y como notara que el buque tenía cargadas las velas, grité al contramaestre:

—Iza pronto y desaferra; probemos de alcanzarlos; y si rehusan recibirnos á bordo de la lancha, vamos á pasar por ojo á esos cobardes á fin de enseñarles á cumplir con su obligacion.

«En efecto, nos acercámos á ellos hasta unos tres largos de buque, mas al divisarnos ganaron el barlovento y alejáronse. Entónces dije á los que me acompañaban:

—Ya lo veis, amigos, no nos es dado confiar en adelante sino en la misericordia de Dios, y en nuestros propios esfuerzos; redoblemos, pues, la energía y tratemos ante todo de extinguir el incendio. Corred en seguida al pañol de la pólvora y arrojadla al mar ántes que el fuego pueda alcanzarla.

«En cuanto á mí, quedéme con los carpinteros y díles órden de practicar inmediatamente unos agujeros con el auxilio de gubias y taladros, á fin de que el agua penetrara en el buque á una altura de braza y media; pero estas herramientas fueron insuficientes para perforar los gruesos costados reforzados con espesas planchas de hierro.

«Tamaño obstáculo acrecentó sobremanera la consternacion de que estaban poseidos los ánimos, y á cada instante el eco repetia gritos y gemidos. Continuó-



«Arrójame ese madero, me lo pondré debajo y lo haré flotar hácia tí para colocarnos en él juntos.»

se empero echando agua, y el incendio pareció disminuir algun tanto. Desgraciadamente, en realidad no fue así, porque poco despues encendiéronse los aceites, con lo cual ya considerámos nuestra pérdida inevitable. Cuanta más agua se vertia, mayor incremento tomaba el elemento devorador, el aceite y la llama propagábanse por todas partes con increible rapidez; y en tan apurada situacion las imprecaciones y alaridos que se oian sin cesar eran de tal modo espantosos, que se me erizaban los cabellos al par que un sudor frio empapaba todo mi cuerpo.

«Sin embargo, prosiguióse trabajando con igual ardor que al principio; inundábase de agua el buque, y las municiones se arrojaban al mar. Más de sesenta medios barriles de pólvora habian sido ya pasto de las olas, y todavía quedaban unos trescientos, cuando por efecto de una terrible fatalidad el fuego propagóse de repente á ellos haciendo instantáneamente volar el buque que quedó destrozado en mil pedazos. Éramos á la sazon ciento diez y nueve hombres á bordo, de entre los cuales sesenta y tres trabajaban en aquel preciso momento delante de mí sobre cubierta ocupados en sacar agua. La violencia de la explosion arrebatóles de pronto á mi vista, y los desgraciados desaparecieron en el espacio con la velocidad del relámpago... Igual suerte cupo á todos los demas; yo persuadido de que mi destino era perecer como mis infortunados compañeros, alcé suplicante las manos al cielo, exclamando:

—¡Dios mio, tened piedad de mí!...

«Conservé no obstante toda mi presencia de ánimo, sintiendo al propio tiempo renacer en mi pecho la esperanza; mas una fuerza irresistible y violenta arrancóme tambien del sitio en que estaba; de pronto halléme elevado en el aire, cayendo luego al agua entre los despojos del buque hecho añicos. En semejante estado recobré el valor é instantáneamente parecióme que una trasformacion completa se operaba en mí. Al mirar en torno ví el palo mayor á mi derecha y el de mesana en el lado opuesto; me afiancé al primero y en esta posicion pude contemplar cuantos tristes objetos me rodeaban. Entónces, con el corazon partido de dolor pensé exhalando un suspiro:

—Mísera suerte le cupo á ese hermoso buque; el Señor ha permitido que pereciera al igual de las impías Sodoma y Gomorra.

«Durante largo rato, estuve sin vér á ninguno de los hombres que componian los restos de mi tripulacion; luego por fin ví parecer entre las espumosas olas á un jóven que salia del fondo nadando vigorosamente, y se aferró á un trozo de la proa que se mecia sobre la superficie del agua sentándose encima, y exclamando:

—¡Gracias, Dios mio; ya que me habeis concedido el beneficio de conservar la vida!

«Al oir su voz pregunté:

—¿Hay por ventura aquí algun otro sér que sobreviva á nuestra desgracia?

«El jóven llamábase Herman Van-Kiphnisen, y era natural de Eyler. Como el palo mayor en el que yo me sostenia no cesaba de dar vueltas á causa de las frecuentes oleadas, causándome por lo tanto mucho trabajo mantenerme en equilibrio, y viendo flotar cerca de Herman un trozo de mástil, gritéle:

—Empuja hácia mí ese madero á fin de que pueda asirme á él y reunirme á tí.

«El jóven hizo en seguida lo que le mandaba; sin esto, rendido como yo estaba por el salto y la caida, la espalda lastimada y la cabeza herida en dos distintas partes, no pudiera alcanzarle á nado. Hasta aquel momento no reparé en mi lastimoso estado; oprimióseme entónces el corazon sobre todo cuando estas dolencias empezaron á hacerse sentir con tanta fuerza que súbitamente creí perder á la par la vista y el oído. Juntos ya ambos y cogidos cada uno á una pieza de la proa, dirigímos una rápida y ansiosa ojeada en torno nuestro, esperando descubrir la chalupa y el bote. Los vímos, en efecto, pero muy en lontananza; el sol corria aprisa hácia el ocaso.

—Amigo mio, dije tristemente á Herman señalándole las dos embarcaciones menores, toda esperanza es en adelante vana para nosotros. Se hace tarde, el bote y la lancha están ya demasiado léjos. Sería un milagro poder mantenernos en esta situacion de aquí á mañana. Puesto que no tenemos otro recurso, encomendémonos al Sér Supremo y pidámosle nuestra salvacion, sinceramente resignados á su divina voluntad...

«Así fue, nos pusímos en el acto á orar, y apénas acabábamos de elevar nuestras preces al cielo, divisámos con alegría la chalupa y el bote cerca de nosotros.

—¡Salvad!... ¡salvad á vuestro capitan! grité con voz desfallecida.

«Algunos marineros que me oyeron exclamaron sorprendidos:

—¡Aun vive el capitan!

«En el acto remaron en nuestra direccion, pero no se atrevian á acercarse por temor de tropezar con el macizo maderámen que flotaba en torno. Herman sintiéndose con bastantes fuerzas para nadar, echóse en seguida al agua y pocos minutos despues entraba sano y salvo en la chalupa. En cuanto á mí dije á los marineros:

—Si quereis salvarme la vida, es menester que me recojais, pues estoy tan débil que me sería imposible alcanzaros nadando.

«El corneta saltó fuera de la lancha con una amarra, cuyo cabo me alargó; una vez entre mis manos, le rodeé á mi cintura y merced á este recurso pude llegar felizmente á bordo. En la lancha iban embarcados Rol, Guillermo Van-Galen, y el segundo piloto llamado Menider-Kryns; todos me miraron con profunda extrañeza.

«Al principio de la expedicion mandé construir en la popa de la chalupa un pequeño camarote, en el que podian estar con facilidad dos hombres. Entré en él para descansar algun tanto, pues experimentaba un malestar indecible, y parecíame que no me quedaban ya sino cortos instantes de vida; á más sentía un vivo dolor en la espalda, y las dos heridas que tenía en la cabeza me hacian padecer horriblemente. Por lo tanto dije á Rol:

—Creo que haríamos bien permaneciendo toda esta noche junto á los restos del malogrado buque. Mañana así que amanezca tratarémos de salvar algunos víveres, y quizá encontremos tambien la brújula.

«Fue tal la precipitacion con la cual todo el mundo se pusiera á salvo cuando estalló el incendio, que nadie llevó consigo sino los víveres apénas suficientes para una racion, quedando las demas provisiones abandonadas; en cuanto á las brújulas, el piloto mayor las habia sacado de la bitácora al notar en la tripulacion los primeros síntomas de fuga.

«Rol, sin atender mis consejos ni reflexionar que la oscuridad casi nada permitia distinguir, hizo coger los remos, mandó que bogaran con la esperanza de descubrir la costa y al rayar el dia se encontró separado de tierra y de los restos del buque.

—Capitan, me dijo, ¿qué va á ser de nosotros? No se vé tierra y ademas estamos sin víveres, sin carta y sin brújula.

—¿Por qué no me hicisteis caso anoche? le respondí. Recuerdo que cuando flotaba sobre el palo mayor estaba rodeado de tocino, queso y otras provisiones.

—Querido capitan, me dijeron, salid de ahí y venid á conducirnos.

—No puedo, les repliqué, estoy tan magullado que es imposible moverme.

«Sin embargo, ayudado por ellos pude sentarme en la cubierta, y entónces habiéndome informado de que sólo nos restaban siete ú ocho libras de bizcocho, les dije:

—No remeis más; os cansaréis en vano y despues no tendréis comida para reparar vuestras fuerzas.

«Les exhorté á que se despojaran de la camisa á fin de poder arreglar una vela y con las cuerdas de repuesto, escotas y amuras, siguiendo nuestro ejemplo los del bote.

«Cosidas las camisas para hacer algunos velachos pasé revista á la gente y éramos cuarenta y seis en la chalupa, y veinte y seis en el bote. En consideracion á mi estado me cedieron un capote azul de marinero y una almohada que encontraron en la chalupa y el cirujano púsome galleta mojada en agua del mar en las llagas, curándome con ayuda de este remedio sin duda por un favor especial del cielo.

«El primer dia, 20 de noviembre, miéntras trabajaban en las velas, nos abandonámos al movimiento de las olas y al anochecer apénas estuvieron listas, las envergámos y enfachámos al viento. Nuestro guia fueron las estrellas, cuya salida y puesta conocia perfectamente. De noche hacia un frio irresistible y de dia el calor nos sofocaba, pues los rayos del sol caian perpendiculares sobre nuestras cabezas. El 21 y los dos dias siguientes, nos ocupámos en construir un sextante para tomar la altura; y ayudado por Temis Sybrandsz, carpintero del buque, que poseia un compas y algun conocimiento del modo de marcar la flecha, pude dibujar un cuarto de círculo servible. Despues tracé una carta marina sobre una plancha, señalando las islas de Sumatra, de Java y el estrecho de la Sonda situado entre estas. Recordando que el dia de nuestro infortunio, cuando al medio dia tomé la altura, estábamos á los 50°, 30' de latitud Sur, fijé un punto distante unas veinte leguas de la tierra y con el compas hice diariamente el cálculo, gobernando siempre la chalupa hácia la entrada del estrecho con el fin de escoger con facilidad nuestro derrotero apénas descubriéramos tierra.

«Siete ú ocho libras de galleta componian nuestros únicos víveres; arreglé las raciones diarias y miéntras duraron repartí á cada uno la suya, pero bien pronto las dímos fin á pesar de ser sumamente exiguas. No teniamos con que satisfacer la sed: por cuya razon cuando llovia se extendian las velas para recoger agua que se depositaba en los dos únicos toneles que poseiamos, reservándola para los muchos dias que no llovia.

«Estos apuros no impedian que me ofrecieran espontáneamente cuanto creian

serme necesario, pero yo rehusaba tomar más que los otros, contentándome con la satisfaccion interior que me causaba su conducta. El bote se esforzaba por seguirnos, pero como ningun entendedor iba á su bordo y ademas andábamos más que ellos, los que lo tripulaban no cesaban de rogar les admitiéramos á bordo porque temian desviarse ó que un golpe de mar les separase de la chalupa; pero la gente comprendiendo que de hacerlo nos exponíamos á perecer todos, se opusieron con todas sus fuerzas á aquella pretension.

«Por desgracia no tardámos en llegar al colmo de la miseria; estaba agotada la galleta y sin descubrir tierra. Empleé todos mis esfuerzos en persuadir á los más impacientes, pero no abrigaron mucho tiempo esta esperanza. Empezaron á murmurar de mí diciendo que equivocaba mis cálculos y en vez de acercarme les alejaba de la costa.

«Cuando el hambre era ya extremada, el cielo sin duda permitió que una bandada de paviotas viniera á revolotear sobre la chalupa y su vuelo era tan bajo que pudímos coger algunas, comiéndolas crudas, y pareciéndonos su carne en extremo sabrosa, pero al mismo tiempo insuficiente para conservar mucho tiempo la vida.

«El resto del dia se pasó del mismo modo. La gente estaba consternada; la muerte nos pareció tan inevitable que decidímos admitir á bordo á los del bote, que se aproximaron con el fin de morir todos juntos.

«Con los treinta remos que habia entónces en la chalupa y que colocámos sobre los bancos en forma de puente, una vela grande, un foque y el palo mesana, construímos una especie de toldo debajo del cual podia sentarse un hombre; en seguida dividí mi gente en dos grupos, y miéntras unos estaban bajo el toldo, los otros prestaban el servicio á cubierta, relevándose por intervalos iguales.

«Cuando la desesperacion sucedió en nosotros á la tristeza notámos que saltaban en la barca multitud de peces como merluzas. Cada cual cogió unos cuantos que se repartieron y comímos crudos, lo que nos proporcionó un ligero alimento. Todos por fortuna nos encontrábamos sedientos, pero algunos desoyendo mis consejos empezaron á beber agua del mar, por lo que me ví precisado á decirles:

—Por nada del mundo bebais agua salada; no sólo no os apagará la sed, sino que os causará una disentería á la que no resistiréis.

«Comenzaban á fulminarse mútuamente miradas feroces cual si estuviera cercano el momento de devorarse entre sí, y aun ya se hablaba de llegar á esta funesta extremidad manifestando que debian elegirse primero á los más jóvenes. En vano trataria de expresar lo que por mí pasó al oir esta proposicion que abatia mi valor y ver que los marineros trataban de apoderarse de los jóvenes para llevar á cabo su propósito.

—¿Qué vais á hacer, amigos? les grité con voz suplicante. Vuestro corazon ¿no se subleva á la sola idea de cometer accion tan bárbara? No estamos léjos de tierra, os lo juro; sufrid un poco más con paciencia y rogad á Dios que venga en ayuda de nuestra miseria.

«Luego les enseñé el derrotero y la latitud de cada dia, y me respondió uno de los más exaltados:

—Siempre nos decis lo mismo y nunca descubrimos tierra. Os engañais

ó quereis engañarnos, por lo tanto es preciso acabar de una vez; si dentro de tres dias no ha cambiado nuestra suerte, nadie será capaz de detenernos.

«Esta espantosa resolucion me penetró hasta el fondo del corazon, y rogué ardientemente á Dios para que nuestras manos no cometieran el más abominable de todos los crímenes.

«El tiempo entre tanto trascurria y yo mismo apénas podia rechazar la desesperacion que se apoderaba de mí aunque la reprendia en los demas. A cada paso escuchaba á mi alrededor: ¡Ay!... si estuviésemos en tierra comeríamos al ménos yerba como las bestias. Yo no dejaba de exhortarles, pero al dia siguiente empezó á faltarnos la fuerza y el valor; la mayoría no tenian ánimo ni para levantarse del sitio en que estaban sentados ni para permanecer en pié; Rol se encontraba tan abatido que no podia moverse, y por mi parte, á pesar de la extrema debilidad causada por las heridas, poseia aun bastante vigor para recorrer la chalupa de una parte á otra y animar el decaido espíritu de mis compañeros.

«El dia 2 de diciembre y 13 de nuestro naufragio se condensó la atmósfera y llovió bastante, lo que nos sirvió de algun alivio; la lluvia fue acompañada de calma, de modo que pudímos desatar las velas y extenderlas sobre la embarcacion; muchos se arrastraron por encima de ellas para beber agua hasta saciarse. Yo entónces me hallaba al timon y parecíame segun mis cálculos que debíamos estar cerca de tierra, pero me ví obligado á reunirme con los compañeros porque la espesa bruma y la lluvia que no cesaba me produjeron una terrible sensacion de frio.

«Apénas habia trascurrido una hora desde que el contramaestre, á quien llamé para que gobernara, ocupaba el puesto cuando gritó con alegría: ¡Tierra! ¡tierra! y todos se levantaron instantáneamente, pues querian asegurarse por sus propios ojos de tan próspero acontecimiento. En efecto se descubria tierra, y al punto largámos velas, si bien al aproximarnos encontrámos tan fuertes rompientes que no nos atrevíamos á cruzarlas; por último tuvímos la dicha de entrar en una pequeña bahía. Echámos un anclote al agua, quedándonos con otro más pequeño para atracar en caso de apuro y apresurándonos á saltar en tierra.

«Poseida la tripulacion del más vivo deseo de encontrar algun alimento, se internó en los bosques y yo ántes que nada me hinqué de rodillas, besé la tierra con gratitud y dí gracias al cielo por el favor que nos habia dispensado, pues casualmente aquel dia era el fijado para degollar los grumetes.

«La isla á que arribámos ofrecia abundantes cocos pero no agua dulce, y sin embargo nos creímos dichosos al poder gustar el jugo fresco y agradable de aquel fruto; comímos los más viejos cuya corteza era más dura, pero el exceso nos produjo retortijones y violentos dolores de vientre que nos precisaron á tendernos en la arena. Al otro dia ya mejorados pudímos recorrer toda la isla en la cual no hallámos habitaciones, si bien existian indicios de seres humanos.

«Despues de llenar la chalupa de cocos, única produccion de la isla, levámos ancla haciendo rumbo á la isla de Sumatra (1) que descubrímos á la mañana siguiente. Miéntras tuvímos provisiones corrímos á lo largo de las costas, pero

(1) Grande isla del archipiélago de la Sonda, al Norte de Java, de 250 leguas de longitud. Las costas están habitadas por malayos y el interior por pueblos salvajes poco conocidos. Los holandeses tienen un establecimiento en Padang.

obligados por la necesidad tratámos de abordar á ellas aunque no pudímos cruzar las rompientes. Temiendo vernos en los mismos apuros que ántes, se resolvió que cuatro de los mejores nadadores fuésen á tierra para que buscaran sitio en que poder fondear, y en efecto atravesaron á nado con felicidad y echaron á andar por la costa, miéntras nosotros les seguíamos con la vista, haciéndonos al poco rato seña para indicarnos que habian hallado lo que deseaban.

«Al aproximarnos notámos en la embocadura un banco contra el cual se estrellaba la mar con violencia. A pesar de que no me parecia prudente arriesgar tan difícil paso, decidido á hacerlo por la opinion general mandé que á cada lado de la popa se situasen dos marineros cada uno con un botador, y en seguida empuñé la caña del timon, poniendo la proa recta á la tierra. El primer golpe de mar llenó de agua la mitad de la chalupa, que sacámos con los sombreros, los zapatos y cuantos útiles podian servir para llevar á cabo la operacion; pero un segundo golpe de mar me hizo temer por nuestra seguridad, pues ni podíamos gobernar el barco ni apénas mantenernos á flote. Todos trabajaban con ardor cuando una tercera ola invadió la cubierta, aunque por fortuna fue pequeña, pues de lo contrario hubiéramos perecido de seguro; por fin la marea empezó á crecer y pudímos atravesar las rompientes. Sin embargo, todas nuestras fatigas se olvidaron al hallar agua dulce. Anclámos en la orilla derecha que se veia cubierta de verde yerba, entre la cual descubrímos habones, como los de algunos parajes de Holanda.

«Cuando todos comímos con avidez, algunos se alejaron hasta una punta de tierra que se presentaba delante de nosotros encontrando tabaco y fuego, que nos produjo grande alegría, porque comprendímos que no léjos de allí debian existir hombres. Entónces sirviéndonos de dos hachas que teníamos á bordo cortámos algunas ramas, encendímos varias hogueras y la gente se sentó á fumar á su alrededor.

«Al anochecer aumentámos el fuego, y temeroso de alguna sorpresa coloqué tres centinelas en torno de nuestro reducido campamento, quienes á cosa de media noche avisaron la aproximacion de numerosos indígenas. En nuestro concepto su intencion debia ser atacarnos; y aun cuando nos hallábamos casi indefensos, pues nuestras armas consistian en dos hachas y una espada mohosa, á pesar de lo enervados que la fatiga nos tenía, reanimados por la proximidad del peligro cogímos cada cual un tizon y corrímos al encuentro de los enemigos.

«Las chispas que saltaban nos daban cierto aspecto imponente, y los isleños, ya por esto, ya porque ignoraban si contábamos con armas, huyeron en seguida y se ocultaron en un bosque. La gente volvió al lado de las hogueras pasando el resto de la noche en vela. Rol y yo creímos prudente refugiarnos en la chalupa para contar al ménos con este recurso en caso de un acontecimiento desgraciado.

«No bien amaneció el dia siguiente, tres isleños salieron del bosque adelantándose hasta la ribera y nosotros enviámos tres de los nuestros que por haber hecho viajes á Indias conocian algo los usos y la lengua del país. La primera pregunta fue la nacion á que pertenecíamos, á la que satisfacieron los nuestros, añadiendo que éramos desgraciados marinos mercantes cuyo barco habia consumido el fuego, y entónces se manifestaron dispuestos á suministrarnos provisiones. Durante este diálogo los isleños adelantaron atrevidamente hasta colocarse cerca

de la chalupa. Yo extendí las velas sobre la cubierta porque desconfiaba de su curiosidad, y cuando quisieron saber si teníamos armas, los nuestros dijeron que llevábamos mosquetes, pólvora y balas.

«En seguida se alejaron no sin prometernos ántes que nos proporcionarian víveres; y cuando volvieron trayéndonos arroz y gallina cocidos, les ofrecímos ochenta y cuatro reales que se habian reunido entre todos, con cuyo precio quedaron muy satisfechos. Exhorté á los mios para que aparentaran tranquilidad, y despues nos sentámos todos en la yerba para comer en presencia de los tres isleños que tuvieron ocasion de admirar nuestro buen apetito. Acabada la comida tuvímos consejo, y todos manifestaron la persuasion de hallarnos en Sumatra indicando que Java distaba poco, y esta noticia me regocijó en extremo, pues careciendo de brújula habia vacilado hasta entónces.

«Faltándonos solo víveres para tranquilizarnos por completo, resolvíme á embarcar con otros cuatro en una piragua, que se observaba en la orilla y llegar hasta un pueblecillo que se divisaba en lontananza para adquirir con el poco dinero que nos quedaba las provisiones posibles; y en efecto compré algunas gallinas y arroz que envié á Rol recomendándole la mayor equidad en la distribucion para evitar disgustos.

«Nosotros comímos bien en el pueblo; los habitantes sentados en torno observaban atentamente nuestros movimientos devorando con los ojos las tajadas. Cuando dímos fin compré un búfalo por cinco reales y medio, pero era tan montaraz que no pudieron cogerle ni conducirle. El dia empezó á declinar y traté de volver á la chalupa, pero mis compañeros se negaron á acompañarme alegando que á la noche podrian apoderarse con facilidad del búfalo, y aunque no lo creia prudente cedí á sus repetidas instancias abandonándoles á su propia conducta.

«Cuando llegué á la orilla del rio ví varios indígenas que aparentaban disputar, y cuando comprendí que unos querian dejarme marchar y otros se oponian formalmente, cogí á dos del brazo y les empujé hácia la piragua con dureza.

«A pesar de sus miradas feroces se dejaron conducir y entraron conmigo. Uno de ellos se sentó delante y otro detras, y entónces pude observar en su cintura una especie de puñal y que por lo tanto eran dueños de mi vida. A corta distancia el de delante se acercó á mí pidiéndome por señas dinero. Saqué de mi bolsillo una moneda de escaso valor, y apénas la tuvo entre sus manos la miró con cierta duda y envolviéndola en un pedazo de tela que rodeaba su cintura se volvió á su sitio. El de detrás imitó al anterior con la diferencia de que al tomar la moneda pareció indeciso entre guardarla ó atacarme, lo cual me produjo cierto temor, pues comprendia la magnitud del peligro y la facilidad con que podrian llevar á cabo su propósito, pues yo me hallaba sin armas.

«Pasado este incidente continuámos deslizándonos por el rio con bastante rapidez impulsados por la corriente; mas hácia la mitad del camino los dos indígenas comenzaron á hablar entre sí con bastante calor y todos sus movimientos revelaban que su intento era arrojarse sobre mí. Un temblor involuntario se apoderó de todos mis miembros; dirigí mis preces al cielo y sin duda por una inspiracion secreta y extraña empecé á cantar con toda la fuerza de mis pulmones, repitiendo el eco de mi voz el rio y los cercanos bosques que cubrian la orilla. Los dos salvajes se echaron á reir abriendo desmesuradamente la boca, y sus miradas indi-

caban que me creian sin temor ni desconfianza. En tanto que proseguia ejercitando mi voz, la piragua cortaba la corriente con tanta velocidad que pronto distinguí la chalupa; entónces hice señas á la gente y esta acudió á la orilla. En seguida volviéndome hácia los remeros hice sentar á entrambos en la proa, á fin de que ninguno pudiera atacarme por la espalda, y de esta suerte salté tranquilamente á tierra.

«Apénas me vieron en seguridad entre mis compañeros preguntaron dónde pasaba la noche tanta gente, y se les contestó que debajo de las tiendas, y despues de inquirir dónde dormíamos Rol y yo, que les parecíamos los más respetados, y saber que lo verificábamos en la chalupa, regresaron á su ranchería.

«Entónces conté á Rol y los demas cuanto me ocurriera en el viaje, manifestándoles que esperaba ver en la mañana siguiente á nuestros cuatro compañeros. La noche se pasó con tranquilidad, pero empezámos á recelar alguna desgracia al ver que despues de la salida del sol no volvian los que se quedaran en el pueblo. Algo más tarde llegaron dos isleños que cazaban un búfalo, pero no el que yo compré, y uno de los nuestros que comprendia la lengua del país les preguntó por qué no traian el búfalo que me vendieron, y ademas dónde estaban nuestros compañeros, á lo cual respondieron que les habia sido imposible cogerlo y que los compañeros venian detras de ellos conduciendo otro. Algo repuestos por esta contestacion que disminuyó en gran parte nuestra inquietud, y notando que aquel búfalo era tan montaraz como el del pueblo, le hice cortar los corvejones con el hacha y al momento ambos salvajes prorumpieron en gritos y aullidos espantosos.

«Al oir este ruido dos ó trescientos isleños ocultos en el bosque salieron corriendo de allí y se encaminaron á la chalupa con el fin de interceptarnos el paso; pero tres de los nuestros que tenian encendida una hoguera á corta distancia de las tiendas adivinaron su proyecto y nos dieron aviso en seguida. Entónces noté que otros cuarenta ó cincuenta trataban de arrojarse sobre nosotros y dije á mi gente: Ánimo: el número de estos miserables no es bastante para intimidarnos. Mas viendo aparecer una turba numerosa, la mayor parte con escudos y una especie de espada, grité con fuerza: Amigos, corramos á la chalupa: si nos cortan el paso estámos perdidos. Echámos á correr todos y los que temieron tardar demasiado se arrojaron al agua para llegar nadando hasta ella.

«Los enemigos nos persiguieron hasta la orilla; por desgracia nada estaba dispuesto para alejarnos con rapidez. Las velas se hallaban extendidas formando toldo de un extremo á otro de la embarcacion, y miéntras que nos apresurábamos en saltar á bordo los indígenas hirieron á varios que se quedaron rezagados. Por nuestra parte procurábamos defendernos con las dos hachas y la espada que manejaba con buen éxito el panadero de la tripulacion, quien á su fuerza hercúlea unia el coraje que le animaba. El barco estaba amarrado por dos anclotes uno á popa y otro á proa; así es que arrimándome á uno de los palos dije al panadero: Pica el calabrote. Viendo que era imposible lograrlo me dirigí á popa, y colocando el calabrote sobre el codaste, grité: ¡Pica! Entónces lo cortaron con facilidad y recogiéndolo los de proa empujaron la chalupa hácia el mar. Los isleños se empeñaron en seguirnos, pero perdieron fondo y se quedaron con el sentimiento de tener que abandonar la presa.

«Los heridos levemente entraron á bordo, y sin duda por un favor del cielo cambió de repente el viento y empezó á soplar del lado de tierra. Largámos todo el trapo enfachando el viento y de una sola bordada pasámos con sorprendente facilidad la barra y las rompientes que nos hicieron temer por nuestra vida al entrar en el rio. Los enemigos, imaginándose que naufragaríamos, avanzaron hasta el extremo del cabo esperándonos tal vez para darnos muerte, pero el viento continuó siéndonos favorable.

«Cuando ya nos hallámos fuera de peligro noté que el panadero estaba herido con un arma envenenada en el esternon; corté la carne ya de un color negruzco hasta el hueso para atajar la gangrena, pero fue en vano; cayó muerto en seguida y tuvímos que arrojarlo al mar. Pasada revista resultó que faltaban diez y seis, de los cuales once murieron en la orilla. Todos sentíamos en extremo la suerte de los cuatro que permanecieron en el pueblo, pero nos vímos en la cruel necesidad de abandonarlos, y por otra parte era probable que ya no estuviesen vivos.

«Todas las provisiones consistian en ocho gallinas y un poco de arroz que se distribuyeron entre los cincuenta que éramos; mas como gobernábamos siempre viento en popa y sin alejarnos de la costa, pudímos con facilidad acercarnos á ella apénas el hambre se hizo sentir. Al ver los isleños reunidos en gran número cerca de la ribera que bajábamos á tierra, huyeron con precipitacion y nosotros que ya teníamos experimentada la barbarie de aquellos salvajes para abrigar esperanza de que nos proporcionarian víveres, nos contentámos con saborear el agua dulce de la isla, las ostras y otros moluscos que nos ofrecian las vecinas rocas.

«Saciado ya el apetito y llenos los bolsillos de aquellos mariscos, volvímos á la chalupa y depositámos á bordo dos toneles de agua fresca, y apenas salímos de la bahía propuse que nos largáramos un poco mar afuera para hacer más camino, cuya proposicion fue aceptada por unanimidad.

«Al apuntar el dia descubrímos tres islas en frente de nosotros y resolvímos abordar á ellas aun cuando las juzgámos desiertas; pero abrigábamos la esperanza de hallar algun alimento. En la que desembarcámos crecian numerosos bambúes; cogímos algunos y despues de agujerear los nudos á excepcion de los de abajo los llenámos de agua dulce tapándolos luego. Tambien vímos palmeras cuya punta era demasiado tierna para que pudiese alimentarnos.

«Un dia, encontrándome al pié de una elevada montaña no pude resistir al deseo de subir á la cima acariciando la vaga esperanza de observar algo que nos pudiera ser útil. Apénas llegué á ella paseé mis miradas al rededor no divisando más que la inmensidad del cielo y el mar; entónces con el corazon henchido de amargura caí de rodillas y elevé á Dios mis oraciones mezcladas con suspiros y lágrimas; al levantarme creí ver nubes procedentes de tierra, y al cabo de un momento de exámen percibí dos grandes montañas de color azulado que me hicieron recordar lo que estando en Hoorn me contara Guillermo Schomten. Este marino, que habia hecho dos ó tres viajes á las Indias Orientales, decia que en el cabo de Java existian dos montañas al parecer azules.

«Convencido ya de que mis cálculos no eran equivocados, bajé lleno de alegría y me apresuré á noticiar á Rol cuanto habia visto: Reunamos la gente, me dijo, y naveguemos hácia ese punto. Apénas lo comuniqué á la tripula-

cion todos poseidos del mejor deseo se apresuraron á conducir á la chalupa agua, bambúes y puntas de palmeras, y con el mayor entusiasmo largámos velas con viento en popa é hicimos rumbo hácia las dos montañas, guiándonos durante la noche por el curso de las estrellas.

«Al despuntar la siguiente aurora nos detuvo la calma; estábamos sin saberlo en la costa de Java (1). Al oir gritar á un marinero desde lo alto del palo que se divisaban veinte y tres barcos, nuestro gozo no tuvo límites y estalló en trasportes difíciles de explicar. Todos se apresuraron á remar á causa de la calma y nos dirigímos hácia la flota.

«Los veinte y tres barcos eran holandeses é iban mandados por Federico Hontman de Alkmaar, quien nos estaba contemplando desde el alcázar sorprendido de la originalidad de nuestras velas. A fin de averiguar la verdad de un espectáculo para él tan nuevo, envió su bote á saber quiénes éramos, y los que lo tripulaban nos reconocieron pues nos habíamos hecho á la vela juntos en Texel y no nos separámos hasta llegar á las aguas de España. Pasámos á su bordo Rol y yo para conferenciar con el almirante, quien despues de manifestarnos la más viva alegría y comprendiendo sin duda nuestra más imperiosa necesidad nos hizo servir de comer sentándose á acompañarnos; pero me fue imposible probar bocado, pues al ver el pan y los manjares europeos se apoderó de mí tan vivo júbilo que las lágrimas inundaron mi rostro.

«Los demas compañeros de infortunio se repartieron en los otros buques de la escuadra, y no bien se enteró el almirante de todas las aventuras, que escuchó con el mayor interes, nos hizo embarcar en un yate que nos condujo á Batavia, á donde arribámos el dia siguiente. Todos cincuenta, provistos de vestidos que nos regalaron los de la flota, entrámos en la ciudad con buen órden dirigiéndonos en seguida al palacio de Juan Pietersz Cohen, general de la Compañía, quien á pesar de no estar prevenido nos recibió con gran afabilidad, conmoviéndose con la historia de nuestras desgracias y tratándonos con esplendidez durante ocho dias.

«Sirvióse al cabo de ellos nombrarme capitan del *Bergeboot*, y dos dias despues Rol fue designado para el cargo de mayordomo en el mismo buque, teniendo de este modo la suerte de encontrarnos reunidos ocupando los mismos puestos que en el *Nieuw-Hoorn*.»

Rol obtuvo más adelante el gobierno de un fuerte en Amboine, una de las islas Molucas, en donde falleció. Boutekoé mandó varias expediciones y partió al fin para Europa en 6 de febrero de 1625, desembarcando en Zelandia á 15 del siguiente noviembre y se retiró á Hoorn, pueblo de su naturaleza, en el cual murió querido y estimado de cuantos le conocian.

(1) Java, una de las grandes islas de la Sonda, está situada entre Sumatra y Borneo. En Java fundaron los holandeses la capital de sus colonias de las Indias orientales, la poderosa y rica Batavia que cuenta en el dia más de 100,000 habitantes.

La cordillera de Salak, que los marinos llaman *Montañas azules*, es uno de los puntos más elevados de la isla.



NAUFRAGIO DE EL GAVILAN.

Fletado por la Compañía holandesa de las Indias orientales, salió el dia 10 de enero de 1653 *El gavilan* tripulado por sesenta y cuatro hombres y al mando del capitan Eybertz de Amsterdam.

El 1.° de junio llegó á Batavia, isla de Java, y el 14 de dicho mes, por órden del gobernador general, despues de proveerse de víveres, hízose á la vela con direccion á Tay-Ouan, en la isla Formosa, fondeando en dicho punto el 16 de junio, y partiendo de nuevo el 30 para el Japon en virtud de disposicion del consejo.

Al oscurecer del dia siguiente á su salida del canal de Formosa se desencadenó una tempestad que fué en aumento durante la noche, y al amanecer del 1.° de agosto se encontró el buque cerca de un islote á cuyas aguas arribaron venciendo grandes dificultades. Apénas se disipó la neblina, sorprendiéronse los holandeses notando que se hallaban tan cerca de las costas de la China, en cuyas riberas se distinguian á la simple vista hombres armados, sin duda con la intencion de apoderarse de los restos del barco; mas á pesar de esta circunstancia desfavorable continuaron en el mismo fondeadero aquella noche y el dia siguiente, aun cuando los indígenas no dejaban de observarles sin cesar. La tempestad que cada vez rugia con más furia les echó el tercer dia á unas veinte leguas del derrotero, desde donde aun percibian la isla Formosa, y despues siguieron su ruta pasando entre esta isla y el continente. La temperatura era fresca y el horizonte hasta el 15 se mostró borrascoso y variable.

La violencia continua de las corrientes habian maltratado el casco; la lluvia no cesaba, por lo que no pudiendo hacer observacion alguna resolvieron recoger velas y abandonarse á merced de las ondas. En la noche del 16 una ola arrebató el bote y gran parte de la obra muerta, resintiéndose la proa y el palo bauprés; y otra barrió la cubierta llevándose á los marineros que se hallaban en ella, embarcando tanta agua que el capitan creyó necesario picar el palo mayor al punto é implorar el auxilio de Dios, pues dos ó tres sacudidas fuertes bastaban para sumergir el buque.

Al rayar el dia, pues la lluvia y la espesa neblina impidieron distinguirlo ántes, gritó el vigía: ¡Tierra, tierra! En efecto, esta sólo distaba un tiro de fusil, pero fue imposible anclar por no encontrarse fondo. Miéntras se practicaban esfuerzos para conseguirlo notaron que el buque hacia agua, y en tan gran cantidad que se ahogaron algunos que se hallaban en la bodega. Algunos de los que estaban sobre cubierta fueron arrastrados por las olas y otros se arrojaron

al mar. De toda la tripulacion compuesta de sesenta y cuatro hombres, solos quince ganaron la costa, casi todos heridos de peligro.

Cuando amaneció los marineros enterraron con sentimiento el cadáver del capitan Eybertz, única víctima de cuantas perecieron que devolvió el mar á sus afligidos compañeros, recogieron un saco de harina, una barrica de carne salada, alguna manteca y un tonel de vino que el agua depositó en la arena. Al anochecer cesaron la lluvia y el viento y entónces los marineros buscaron para formar con ellos y las velas que salvaron del naufragio tiendas en que guarecerse de la intemperie.

El 17 descubrieron á tiro de cañon un hombre que emprendió la fuga apénas les echó de ver, á pesar de las señas que le hacian para desvanecer su temor; y al medio dia dos ó tres más, uno de ellos con fusil y los otros con flechas, quienes adelantaron hasta cien pasos de distancia, pero tambien huyeron al aproximarse los holandeses. No obstante, dos ó tres de estos pudieron reunirse con ellos y en seguida el del fusil lo abandonó, con el cual se consiguió encender fuego.

Los tres hombres vestian á la china y sus casquetes eran de crin, por lo que los holandeses pensaron, no sin temor, que serian chinos salvajes ó piratas.

Hácia el anochecer se presentó un centenar de hombres armados y con igual traje que los primeros, quienes despues de contar el número de los holandeses les tuvieron asediados toda la noche; al medio dia siguiente unos dos mil hombres, ya á pié, ya á caballo, se extendieron en ala delante de sus tiendas. El secretario, los dos pilotos y un grumete se acercaron á ellos y fueron conducidos á presencia del jefe; y colgándoles del cuello una gruesa cadena con una campanilla les hicieron prosternarse delante de él, tratando de igual modo á los que habian permanecido en la cabaña, miéntras los isleños prorumpian en agudos gritos como en demostracion de aplauso. Despues de tenerles un rato en esta postura les indicaron que se arrodillaran y entónces les dirigieron varias preguntas que les fue imposible comprender, del mismo modo que ellos no entendieron á los holandeses cuando manifestaron que se dirigian al Japon. Conociendo el jefe que no podrian saber unos ni otros lo que se decian, mandó que trajeran una taza de arrack que les ofreció á todos por turno enviándoles despues á su tienda, donde al poco rato les llevaron arroz cocido con agua.

Por la tarde los holandeses vieron llegar con sorpresa varios indígenas con cuerdas en la mano y temieron que llevasen intencion de ahorcarlos; mas desvaneciése su temor al notar que se encaminaban á la orilla para sacar los restos del destrozado buque. El piloto hizo entónces sus cálculos y se convenció de que se hallaban en la isla de Quelpaert, situada á los 32° 32' de latitud.

Los isleños emplearon el dia 19 en recoger los despojos del barco, secar las velas y quemar la madera para extraer el hierro que buscaban con grande afan.

Los holandeses ofrecieron al jefe de la isla y á su ministro un anteojo de larga vista, una botellita de vino y la taza de plata del capitan, cuyos objetos fueron hallados en las rocas. Tanto el anteojo como la botellita los aceptaron y aun se repartieron entre los dos el vino, hasta experimentar sus efectos; pero la taza fue devuelta, no sin manifestar su amistad y reconocimiento.

El 20, cuando ya daban fin á la quema de la madera del buque, se dispararon involuntariamente dos cañones cargados con bala por estar muy próximos á la hoguera. Los isleños, al oir aquella imponente detonacion, echaron á correr y sólo volvieron porque los holandeses por señas les tranquilizaron. En dicho dia sirvieron arroz por dos veces á los náufragos, y á la mañana siguiente les dió á entender por signos que le entregasen cuanto habian podido salvar, con objeto de sellarlo, cuya operacion practicó allí mismo. Algunos indígenas se llevaron hierro, cuero y diferentes restos del cargamento, mas el jefe les castigó severamente en el acto, para manifestar á los extranjeros que ni él ni sus súbditos abrigaban el más mínimo deseo de perjudicarles en sus personas ó intereses. A cada ladron le aplicaron treinta ó cuarenta palos en las plantas de los piés con un garrote de seis piés de largo y del grueso de un brazo.

A cosa del medio dia los holandeses se aprestaron á marchar. A los que disfrutaban de buena salud les facilitaron caballos y los enfermos fueron conducidos en hamacas, escoltados por una numerosa guardia de caballería é infantería. Despues de cuatro leguas de marcha hicieron alto en una aldea llamada Tadiane, en donde les proporcionaron una cena frugal alojándoles en un almacen que parecia un establo. El 22 al rayar el dia llegaron á una bahía fortificada en la cual vieron dos galeotas, y despues de comer emprendieron de nuevo la marcha entrando á la noche en la ciudad de Maggan ó Mokso, residencia del gobernador de la isla. En seguida fueron conducidos á una plaza cuadrada frente á la casa ayuntamiento, en donde habia unos tres mil hombres sobre las armas. Algunos de ellos se adelantaron á ofrecer agua á los holandeses, más estos creyeron en un principio al notar sus muchas armas que abrigaban el designio de darles muerte.

El secretario y algun otro fueron conducidos ante el gobernador viéndose obligados á prosternarse cerca de una especie de balcon, en el cual estaba aquel sentado como un soberano. Este les preguntó por gestos su procedencia y al punto á que se dirigian, y ellos respondieron ser holandeses y encaminarse á Nangasaki en el Japon. El gobernador aparentó comprenderles y en seguida, despues de hacerles desfilar de cuatro en fondo con el objeto de pasarles revista minuciosa, les mandó trasladarse á un edificio en el cual acabó el resto de sus dias el tio del rey, acusado de haber querido arrebatar la corona á su sobrino.

Una partida de insulares les servia de custodia en esta prision, repartiéndoles á cada uno de ellos doce onzas diarias de arroz é igual cantidad de harina de trigo, salvo las veces que el gobernador les mandaba entregar un poco de carne ú otra clase de alimentos. Disfrutaban del permiso de salir cada tarde de seis en seis para pasear y lavar la ropa y muchas veces llamaba á alguno de ellos para que escribiesen delante de él, ya en holandes, ya en coreo; de modo que al cabo de poco tiempo llegaron á comprender varios términos de la lengua del país. La benevolencia de aquel honrado gobernador les hacia abrigar la esperanza de trasladarse tarde ó temprano al Japon.

El 29 de octubre el secretario, el piloto y el practicante de cirujía fueron conducidos al palacio del gobernador, donde hallaron sentado á un hombre que tenía una larga barba bermeja.

—¿De dónde diriais que es este hombre? les preguntó.

Ellos respondieron que le creian holandes.

—Os engañais, repuso sonriendo el gobernador.

Entónces aquel que aun no habia desplegado los labios interrogóles en holandes quiénes eran y de qué lugar. Los náufragos despues de satisfacer estas dos preguntas hicieron un sucinto relato de sus desgracias, contestándoles aquel que su nombre era Juan Welterri, su patria Ryp en Holanda; que el año 1627 en un viaje que hacia al Japon á bordo de la fragata *Ouderkeres* les arrojó el viento á la costa de Corea; faltos de agua en el buque y comisionado por la tripulacion se dirigió á tierra con otros dos, muertos despues en aquel país, siendo presos por los isleños; contaba cincuenta y ocho años de edad y estaba comisionado por el rey para informarse de ellos y del objeto que les habia llevado á la isla. Añadió luego que varias vecés habia solicitado del rey permiso para ir al Japon, respondiéndole siempre este que nunca realizaria sus pretensiones á ménos que tuviera alas para volar, y por último les explicó las costumbres del país referentes á no dejar salir de allí á los extranjeros, no para martirizarles, pues por el contrario, no carecerian durante toda su vida de vestidos ni alimento que facilitaba el gobierno gratuitamente.

Este discurso entristeció á los holandeses, consolándoles al propio tiempo la idea de haber encontrado tan buen intérprete. Welterri habia olvidado tanto su lengua natal que al principio apénas se dejaba comprender y tuvo necesidad de un mes entero para recordarlo. El gobernador envió fielmente á la córte las declaraciones de Welterri, quien en compañía de algunos oficiales tuvo á todas horas la libertad de ver á los náufragos é informarse de sus necesidades.

Al principiar el mes de diciembre el gobernador dejó su cargo por haber espirado los tres años que debe desempeñarle. Apénas podria imaginarse, dice el autor del relato, las deferencias y bondades que recibieron los holandeses de aquel generoso protector ántes de su partida. Viéndoles mal provistos de ropa para resistir los frios del invierno, les mandó hacer á cada uno dos pares de zapatos, un traje forrado y un par de medias de piel, uniendo á esta meritoria accion un noble proceder y asegurándoles que sentía en extremo no poder enviarles al Japon ó conducirles en su compañía al continente; pero que no debian deplorar su ausencia pues emplearia en la córte toda su influencia para conseguir su libertad ó al ménos permiso para que le acompañaran. Les devolvió los libros salvados del naufragio y parte de los efectos, á lo cual añadió una botella de un aceite precioso, decidiendo por último al nuevo gobernador, que les habia reducido á arroz, sal y agua, á que les facilitara alimentos más abundantes y nutritivos.

Despues de la partida de este, en enero de 1654, fueron tratados con mayor crueldad que nunca. Sólo les daban cebada y harina de cebada en lugar de arroz y harina de trigo; así es que se veian obligados á venderla para procurarse otro alimento. Tantos rigores les condujeron á pensar en la fuga apénas entrara la primavera, y despues de infinitas deliberaciones se acordó que seis de ellos se apoderarian durante la noche de una barca; pero cuando el más atrevido subió á la muralla para asegurarse del sitio en que se hallaba la barca, fue descubierto por algunos perros, cuyos ladridos difundieron la alarma entre los guardas.

A principios de mayo el piloto pudo obtener permiso para salir con cinco compañeros á paseo, descubriendo en una aldea vecina una barca bastante bien provista que parecia abandonada, pues no se veia en ella guardian alguno. En el

momento se apoderó de esta frágil embarcacion y partió, y habiéndolo notado algunos habitantes les alcanzaron y obligaron á volver al pueblecillo. Durante las contestaciones que se cruzaron cayeron al mar el mástil y la vela y los fugitivos fueron conducidos con otra barca á la aldea.

Una vez en presencia del gobernador les mandó este que se tendieran boca abajo en el suelo, y despues de atarles las manos á dos grandes troncos de árbol les preguntó si sus compañeros tenian conocimiento de su fuga, á lo que contestaron sin immutarse que no. Welterri por órden de aquel dignatario trató de adivinar sus designios que manifestaron ser los de escaparse al Japon. Aquellos desgraciados recibieron cada uno veinte y cinco palos en la espalda desnuda, pero este castigo fue aplicado con tanta barbarie que tuvieron necesidad de guardar cama durante un mes, miéntras que se vigilaba á los dèmas con asiduidad teniéndolos encerrados sin dejarles salir para nada.

Hácia fines de mayo el gobernador recibió la órden de conducirlos al continente, distante veinte ó veinte y cinco leguas, embarcándose en cuatro barcas con la precaucion de ponerles cadenas en los piés y atarles las manos á una especie de postes.

Despues de luchar por espacio de dos dias contra el viento, este les arrojó á la misma isla de Quelpaert. El gobernador les hizo quitar las cadenas y los tuvo cuatro ó cinco dias en su antigua prision hasta que se decidió á embarcarlos de nuevo. Salieron de la isla ántes de amanecer y llegaron al continente á las primeras horas de la noche que la pasaron en la bahía. Al dia siguiente temprano saltaron á tierra, y si bien les aliviaron por segunda vez de las cadenas doblaron la guardia, y dándoles caballos continuaron su marcha hasta llegar á la ciudad de Haynam, en la cual con gran regocijo se reunieron de nuevo todos, pues el viento les habia separado haciéndoles abordar á distintos puntos.

Despues de atravesar por algunas poblaciones pasaron un rio que parecióles tan ancho como el Mosa en Dordrecht, y al cabo de una legua de camino llegaron á Sior, capital del reino. Desde el primer punto de desembarco hasta esta ciudad contaron que habia una distancia de setenta y cinco leguas al Norte inclinándose un poco al Oeste. Durante dos ó tres dias consecutivos estuvieron alojados todos en la misma casa y luego les facilitaron pequeñas cabañas situadas en el barrio de los chinos que habitan en Sior. Les condujeron delante del rey, é interrogados por conducto de Welterri le pidieron permiso para trasladarse al Japon en cuyo país sus compatriotas se dedicaban al comercio. El rey les respondió que las leyes de Corea prohibian á los extranjeros salir del reino; pero que de nada careceriàn. Mandó que cada cual manifestara á su vista el arte ó ciencia que poseia, que cantaran y bailaran, despues de lo cual les sirvieron refrescos, regalando á cada uno una pieza de género para que se vistiesen de igual modo que los indígenas.

Al dia siguiente les presentaron al general de las tropas, quien les notició por medio del intérprete Welterri que el rey les habia admitido en el número de sus guardias de corps, y que en calidad de tales se les suministraria cada mes setenta katis de arroz. A cada uno le dieron un papel en que constaba su nombre, edad, naturaleza, profesion ejercida hasta entónces y empleo cerca del rey de Corea. Esta filiacion estaba escrita en caractéres coreos, sellada con

el sello real y refrendada con el del general, que consistia en la impresion de un hierro caliente, recibiendo ademas un mosquete, pólvora y balas. Dióseles órden de hacer una descarga los dias primero y cuatro de cada mes delante del general, y estar siempre dispuestos á seguirle ya para acompañar al rey ó para cualquier otro asunto, nombrando jefes de los veinte y cinco á un chino y Welterri.

Varios personajes de la córte les obsequiaron é invitaron á comer para hacerles bailar á la moda holandesa. Las mujeres y los niños acudian en tropel á verlos, pues se decia que pertenecian á una raza monstruosa y que su nariz era tan larga que para beber tenian que atársela detras de las orejas, aumentando en ellos la admiracion cuando echaron de ver que eran más gallardos y mejor formados que los habitantes del país y llamándoles especialmente la atencion la blancura de su piel. La multitud les rodeaba al principio de tal suerte que ni podian abrirse paso ni encontrar un momento de descanso en sus cabañas. Por último el general hizo publicar un bando, prohibiendo que sin permiso se acercaran á sus viviendas; esta órden fue acogida con júbilo por los holandeses, pues hasta los esclavos de los grandes señores les obligaban á salir de sus chozas para solazarse con ellos.

En el mes de agosto llegó un enviado tártaro con el objeto de exigir el tributo y en seguida mandó encerrar á los holandeses en una gran fortaleza distante seis ó siete leguas de Sior, en la cual estuvieron detenidos hasta la partida del ministro tártaro, ó sea un mes entero.

A fines del mes de noviembre el frio era tan intenso que el rio se heló, pudiendo pasar sobre él caballos y carros. Los holandeses empezaron á padecer á consecuencia del rigor de la estacion, y el general alarmado manifestó su inquietud al rey quien les hizo distribuir algunos cueros casi podridos que salvaron del naufragio para que los vendiesen y pudieran proporcionarse ropa de abrigo. Dos ó tres de ellos emplearon parte del producto en la adquisicion de una pequeña cabaña que les costó ocho ó diez escudos, prefiriendo sufrir el frio á verse de continuo atormentados por los dueños que les enviaban á buscar leña al monte distante cuatro ó cinco leguas de la ciudad.

El enviado tártaro se presentó de nuevo en Sior en marzo de 1655 y con este motivo prohibieron á los holandeses salir de su casa, amenazándoles con severos castigos si desobedecian. Sin embargo, el dia en que aquel debia partir, Enrique Sans y Enrique Juan Ros resolvieron presentarse á él en el camino con pretexto de ir en busca de leña. En cuanto le vieron adelantar á la cabeza de su escolta se situaron cerca del camino por donde debia pasar, y deteniendo al caballo por la brida abrieron sus túnicas enseñándole debajo de ellas el traje holandes. Este incidente causó una general sensacion y el enviado les preguntó con extrema curiosidad quiénes eran; mas no pudiendo hacerse entender de ellos indicóles por señas que le siguieran. A la noche trató de indagar el nombre de algun intérprete y le hablaron de Welterri, al cual envió á buscar al punto. Este advirtió al rey cuanto pasaba y en seguida reunió consejo decidiéndose hacer un buen presente al enviado para impedir que la queja llegara á noticia del khan. Los dos holandeses fueron conducidos á Sior y encerrados en una estrecha mazmorra, donde murieron á poco tiempo. Despues de la vuelta de aquellos dos desgraciados los demas fueron sometidos á un consejo de guerra para que examinara si eran sus

cómplices. Les preguntaron si tenian conocimiento de la fuga de sus compañeros, no obstando su negativa para que les condenaran á recibir cada uno cincuenta palos en la planta del pié; mas el rey les perdonó y mandóles retirar á sus cabañas prohibiéndoles terminantemente que saliesen de ellas.

En el mes de junio el general les comunicó por el intérprete que un buque habia encallado en la isla Quelpaert y que contando Welterri con demasiada edad para emprender el viaje, tres, los que hablasen la lengua del país, debian disponerse á ir á Quelpaert y observar las circunstancias del naufragio.

El enviado tártaro llegó en agosto y se les renovó la órden de no salir de las chozas bajo rigurosas penas. La víspera de su llegada recibieron una carta de sus compañeros diciéndoles que en vez de conducirlos á Quelpaert les habian encerrado estrechamente en una de las fronteras meridionales del reino, y cuando el khan, si llegaba á informarse de la muerte de los dos, preguntaba por los demas, debian contestar que tres murieron en la travesía á Quelpaert.

El enviado tártaro volvió á fines de año. Varios señores se esforzaron en persuadir al rey á que diera muerte á los holandeses. Tres dias consecutivos se reunió el consejo, pero el rey, el príncipe su hermano, el general y algun otro desecharon tan monstruosa proposicion porque podia llegar tarde ó temprano á noticia del khan. El general propuso que se les hiciera combatir á cada uno de ellos contra dos indígenas y de ese modo era fácil desembarazarse de ellos, sin que pudieran decir que el rey habia sido el asesino: esta resolucion llegó á noticia de los infelices por conducto de algunas personas caritativas. El hermano del rey pasó á visitar el barrio y al ver que todos se arrojaban de rodillas á sus piés, se sintió conmovido convirtiéndose en protector de ellos. Varios magnates se manifestaron resentidos de esta indulgencia y entónces se resolvió relegarles á la provincia de Thillado asignándoles la cantidad de cincuenta libras de arroz mensuales para su subsistencia.

En virtud de esta órden salieron de Sior á caballo en el mes de marzo de 1657 bajo la vigilancia de un sargento. Welterri les acompañó por espacio de una legua hasta el paso del rio que atravesaron al venir de Quelpaert. Por último llegaron á una ciudad importante llamada Din-Song ó Thilla-Pening, que domina una fuerte ciudadela. En ella reside Pening-Sé que sustituye en ausencia al gobernador. El sargento que les custodiaba entrególes en manos de este oficial así como algunas misivas del rey, y en seguida se ausentó á fin de cumplimentar la órden de ir á buscar los tres compañeros que partieron de Sior el año precedente y habitaban en una ciudad, cuyo mando estaba encomendado al almirante, situada á unas doce leguas de Din-Song, y todos juntos en número de treinta y tres fueron alojados en un edificio público.

Durante el mes de abril les entregaron varios cueros que hasta entónces dejaran en Quelpaert. Su única ocupacion era arrancar dos veces al mes la yerba que crecia en la plaza del castillo. El gobernador les demostraba mucho afecto, como todos los vecinos; mas su sucesor tratólos con más inhumanidad. Obligábales á ir á recoger leña á una montaña distante tres leguas de la ciudad, mas un ataque de apoplejía les libró pronto de este odioso dueño, que murió en el siguiente setiembre.

Hasta el año 1660 tuvieron que sufrir el maltrato de dos gobernadores que

les encerraron con el mayor rigor. Por este tiempo nombraron á un funcionario en extremo bondadoso que sentía en el alma no poderles permitir el regreso á su patria. Su humanidad contribuyó bastante á hacerles más llevadera la desgracia, pero una terrible esterilidad asoló el país durante dos años y fue necesario en 1662 abandonar la ciudad de Din-Song que no producia víveres para mantenerlos. Doce fueron enviados á Say-Syanc, cinco á Siun-Schien y cinco á Namman á diez y seis leguas más léjos. Separáronse con gran sentimiento, si bien esta separacion les proporcionó medios de fuga y por consiguiente de salvacion.

Emprendieron el camino á pié ménos los enfermos á quienes facilitaron gratuitamente caballerías. Al tercer dia entraron en Siun-Schien en donde quedaron cinco, y al dia siguiente al medio dia el resto en Say-Syanc, entregándoles los guias al gobernador ó almirante de Thillado que residia en aquella ciudad. Este funcionario les distinguia con su benevolencia, mas el que le relevó en el cargo fue su más cruel azote. Lo único que no les estaba vedado y aun por gran favor era el permiso de cortar madera para hacer flechas á los de su servidumbre, que no tienen otra ocupacion que tirar al blanco, pues estos señores tienen gran vanidad en poseer excelentes arqueros.

Apénas se dejaron sentir los primeros frios del invierno, cuando tuvieron que pedir permiso para mendigar á fin de procurarse vestidos, y se les concedió el permiso de ausentarse al mismo tiempo la mitad de ellos y sólo por espacio de tres dias. Los principales habitantes de la ciudad, movidos á compasion, favorecian sus excursiones, que á veces duraban un mes entero. Este género de vida que les proporcionaba alguna más libertad, mejoró todavía al poco tiempo, pues habiendo pasado el gobernador á ocupar el cargo de general de las tropas, con cuyo destino fue agraciado, su sucesor alivió en gran parte la suerte de los holandeses, ordenando que se les tratase con iguales consideraciones que las que disfrutaban sus compañeros en otros puntos. En efecto, relevóseles de todo trabajo penoso, y únicamente se les exigió que se presentaran en la revista mensual y que cuando trataran de ausentarse dieran parte al secretario manifestando el punto á que se dirigian.

Aquel bondadoso gobernador ademas de estos y otros favores les dispensaba la honra de convidarles á comer alguna que otra vez. Enterneciase cuando le referian sus desgracias y les preguntaba cómo viviendo en una poblacion tan próxima al mar no intentaban trasladarse al Japon. Ellos manifestaban su temor de incurrir en el desagrado del rey y la imposibilidad de verificarlo por carecer de embarcacion é ignorar la ruta; mas el gobernador replicaba que se hallaban numerosos barcos en la costa, y sin comprender que el principal objeto de los holandeses era desvanecer toda sospecha, burlábase de ellos cuando añadian que no osaban evadirse porque estaban convencidos de que á salir mal de su empresa serian tratados como ladrones y desertores.

Hácia el fin de aquel año aparecieron tres cometas que permanecieron á la vista durante unos dos meses. Iguales fenómenos precedieron á la guerra de los tártaros que asolaron aquella region y la de los japoneses, de modo que alarmada la córte dictáronse órdenes para que se doblasen las guardias en los fuertes y los buques, se abastecieran las fortalezas de provisiones de boca y guerra y las tropas se dedicaran al ejercicio diariamente. El pánico del rey era tan grande

que prohibió se encendieran hogueras durante la noche en las casas inmediatas al mar, temeroso de ser atacado por algun pueblo vecino. Los holandeses se veian acosados á cada paso por las preguntas de los habitantes que deseaban saber su opinion sobre aquellas apariciones, á lo cual respondian que pronosticaban algun terrible acontecimiento como peste, guerra ó hambre, y acaso las tres desgracias reunidas. Los holandeses, dice el autor, hablaban de buena fe porque la experiencia les habia convencido de tan triste verdad.

Durante los años de 1664 y 1665 fueron tratados con suma benignidad, por lo cual no cesaban de inventar medios para apoderarse de una embarcacion; mas nada pudieron conseguir, aun cuando poseian una lancha con la cual atendian á su subsistencia, y en ella recorrian las costas de los islotes observando cuanto pudiera favorecer su fuga. Los compañeros residentes en otros pueblos venian á verles de vez en cuando y ellos con permiso del gobernador les devolvian la visita.

En 1665 perdieron á este excelente gobernador, quien pasó á la córte elevado á una de las primeras dignidades en recompensa de sus virtudes y buena administracion.

Despues de su partida estuvieron tres dias sin gobernador, porque la ley concede este plazo al sucesor á fin de consultar á los adivinos acerca del momento más favorable para inaugurar su mando. La eleccion no favoreció á los holandeses, pues el nuevo funcionario dispuso que se les tratase con rigor, y quiso obligarles á trabajar en alfarería y ladrillos. Los holandeses se negaron fundándose en que no podian atender al trabajo y á procurarse la subsistencia, y en que no estaban destinados por el rey á tal género de faenas, manifestando por último que si debia observarse con ellos tal severidad, preferian renunciar á la subsistencia que se les concedia y que les trasladasen al Japon ó á otro cualquier punto en que residieran compatriotas suyos. Respondióles el gobernador amenazando con obligarles á ello, mas faltóle tiempo para ejecutarlo. Pocos dias despues hallándose á bordo de un hermoso buque se incendió la santabárbara situada delante del palo mayor, y voló parte de la proa pereciendo cinco hombres. En la confianza de que este accidente quedaria oculto no le comunicó al intendente de la provincia, pero uno de los muchos espías que la córte sostiene en todos los pueblos observó el fuego y dió parte. El intendente se apresuró á ponerlo en conocimiento del soberano, y este destituyó al punto al gobernador, condenándole á destierro perpétuo despues de aplicarle ochenta palos en las plantas de los piés.

El gobernador que le sucedió fue tan cruel y riguroso con los desgraciados cautivos que les sometió á las faenas más rudas, y hallándose enfermo á poco tiempo, estos aprovecharon la ocasion para salir de tan aflictiva situacion procurándose cualquiera embarcacion aunque debieran correr en ella los mayores riesgos. Para esto se valieron de un correo que les debia varios favores, al cual encargaron les comprara una barca para ir á mendigar algodon en las islas vecinas, ofreciéndole parte de las limosnas que recogieran. Compróla en efecto, más noticioso el pescador que la vendió de quiénes eran sus nuevos poseedores, y temiendo que si la empleaban en fugarse le costara la vida, intentó deshacer el trato; pero los holandeses aumentaron el precio, y cerróse al fin la venta.

Apénas estos se vieron en libertad proveyeron la barca de una vela, una ancla, cuerdas, remos y los enseres más precisos: quedáronse en su compañía dos de sus compatriotas que vinieron á visitarles, y mandaron llamar á Juan Peters de Aries, hábil marinero, para que les sirviese de piloto. En la noche del 4 de setiembre de 1667 apenas se ocultó la luna, y sin curarse de las sospechas que inspiraban á los vecinos de su morada, se deslizaron á lo largo de las murallas de la ciudad cargados con las provisiones, consistentes en arroz, algunos pucheros con agua y una marmita, llegando sin ser descubiertos á la playa. De los treinta y seis holandeses salvados del naufragio sólo quedaban diez y seis; ocho que emprendieron la fuga despues de una cautividad de más de doce años, y los restantes que no pudieron escapar de Corea en donde sin duda acabarian sus dias, pues nunca más se supo de ellos.

En un islote situado á tiro de cañon de la ciudad llenaron un tonel de agua fresca, llevando su arrojo al extremo de pasar por delante de los buques de guerra para salir del canal. Al amanecer la calma obligóles á echar mano de los remos; pero al medio dia refrescó el viento y se dirigieron hácia el Sureste segun sus conjeturas, disipándose á la noche próxima el temor de ser aprehendidos, pues habian doblado ya el cabo de Corea.

El 6 por la mañana encontráronse muy cerca del Japon (1), y como el viento habia cambiado llegaron sin saberlo á la isla de Firando no atreviéndose á arribar porque no conocian la bahía, y ademas porque segun decian los coreos no se hallaba isla alguna en el camino de Nangasaki. Continuaron su ruta con buen viento y el 7 costearon las islas cuyo número parece infinito, con la esperanza de fondear á la noche en un islote; mas advirtieron en la atmósfera indicios de tempestad y determinaron proseguir sin detenerse.

Por efecto sin duda de alguna corriente contraria, ocupaban el 8 por la mañana el mismo sitio que la noche precedente, y fondearon sin conocer la bahía en que lo verificaban. Miéntras disponian la comida, varios indígenas pasaron con frecuencia cerca de ellos sin hablarles, y hácia el oscurecer vieron una barca montada por seis hombres con dos cuchillos cada uno, quienes avanzaron á fuerza de remo. Los holandeses levaron anclas aceleradamente, empezaron á remar y largaron velas; el viento cedió á la caida de la tarde y la barca les dió caza. Aun cuando los fugitivos podian con auxilio de sus largos bastones de bambú impedir que los desconocidos abordaran, notando que otras varias embarcaciones tripuladas por japoneses se dirigian hácia ellos, resolvieron esperarles tranquilamente.

Los que montaban la primera barca les preguntaron por señas el punto á que se dirigian, y ellos por única respuesta enarbolaron una bandera amarilla con las armas de Orange, gritando: ¡Holanda!... ¡Nangasaki!... Los indígenas les dieron á entender que recogieran velas, y obedecieron teniendo el sentimiento de no poder comprender las diversas preguntas dirigidas por dos japoneses que pasaron á bordo. Su llegada produjo tal alarma en la costa que todos acudieron

(1) El Japon es un grande imperio formado por muchas islas de la costa oriental del Asia. Firando es una de ellas y Nangasaki una de las cinco ciudades imperiales del reino. Unicamente en este puerto pueden penetrar los holandeses, no sin verse precisados á sufrir multitud de vejaciones humillantes, si bien son los únicos extranjeros, á excepcion de los chinos, que sostienen relaciones comerciales con aquel país.

provistos de sus dos machetes. A la noche se trasladó al buque de los holandeses un oficial que ocupaba la tercera dignidad de la isla, y reconociendo que estos decian verdad, les manifestó por signos que seis buques de su nacion se hallaban surtos en el puerto de Nangasaki y que aquella era la isla de Guto. Tres dias pasaron en el mismo tiempo custodiados severamente, durante los cuales les facilitaron los japoneses leña, carne y una estera para que se guarecieran de la lluvia que caia en abundancia.

El 12 partieron con direccion á Nangasaki bien abastecidos de provisiones bajo la vigilancia del oficial de la isla de Guto, portador de despachos para el emperador. A la noche siguiente descubrieron este puerto, fondeando á media noche en la bahía donde estaban anclados cinco buques holandeses. El 14 saltaron en tierra recibidos por los intérpretes japoneses de la compañía, quienes despues de dirigirles diferentes preguntas escribieron sus respuestas, conduciéndolos en seguida al palacio del gobernador, quien, enterado de las aventuras de los holandeses, elogió su extremado valor que les impulsó á arrostrar tantos peligros. Los intérpretes cumpliendo las órdenes de este funcionario les acompañaron á casa del jefe de los holandeses, y tanto este, Guillermo Holquers, como Nicolas Leroy teniente, y los demas compatriotas les recibieron con excesiva bondad. El gobernador de Nangasaki deseaba retenerles, mas despues de informarse de todo con el mayor interes les entregó al director general de la compañía, quien les alojó en su propia casa. Pocos dias despues partieron para Batavia llegando á dicho punto el 29 de noviembre. El general á quien presentaron una relacion de sus desgracias les dispensó la más favorable acogida, y en cumplimiento de la promesa que les hizo los embarcó el 20 de diciembre en un buque que volvia á Europa, y el 20 de julio de 1668 arribaron con felicidad á Amsterdam despues de quince años de ausencia.

NAUFRAGIO DEL ALCESTE.

Decidido el gobierno inglés á poner término á las vejaciones que experimentaba su comercio por parte de las autoridades chinas de Canton, envió un embajador á Pekin, confiando el mando de la escuadra que debia conducirle al capitan Murray Maxwell. Aquel plenipotenciario y el personal de la embajada se embarcaron en el *Alceste*, fragata de cuarenta y seis cañones, formando parte de la expedicion el brig *Lira* al mando del capitan Batil Kall, y el *General Kerritt*, buque de la compañía de las Indias, al del capitan Campbell.

El 9 de febrero de 1816 se hicieron á la vela los tres buques, y el *Alceste* salió de Canton el 20 de enero de 1817, arribó á Manila el 3 de febrero siguiente, continuando el 9 del mismo su viaje para Inglaterra.

«Al salir de Manila, dice Mac-Level, cirujano de este buque, gobernámos

con el objeto de evitar los numerosos escollos, casi desconocidos aunque se encuentran en esta parte del mar de la China, y con más frecuencia al Oeste de Filipinas y al Noroeste de Borneo. El 14 seguímos el derrotero ordinario para pasar por el estrecho de Banka ó por el de Gaspar. La travesía por cualquiera de ambos es buena, pero decidímos escoger el último como más directo y ménos propenso á calmas que el primero. El capitan, el oficial de turno y el contramaestre que se hallaban sobre cubierta descubrieron en la madrugada del 18 la isla Gaspar, y como los resultados de las sondas eran iguales á las indicaciones de las costas, seguímos exactamente la línea que aquellas marcaban para evitar los peligros. Sin embargo, á cosa de las siete de la mañana chocó el buque contra un arrecife oculto en el agua, produciendo un terrible sacudimiento.

«Cualquier tentativa para sacar el buque de la roca en que estaba encallado acarrearia funestas consecuencias, porque á ambos lados tenía diez y siete brazas de agua, y ademas eran tales las averías que á salir del arrecife no podia tardar muchos minutos en irse á pique. Fondeámos con nuestra mejor ancla para asegurar el buque, y en seguida por órden del capitan cesóse de picar las bombas, y se embarcaron los botes.

«El teniente M. Hoffmer quedó encargado de tomar en el cútter y la chalupa al embajador, el resto del personal y todos aquellos cuya presencia no pareció indispensable, para desembarcarlos en una isla cercana. Entre tanto el capitan y los oficiales que permanecieron en la fragata trabajaron en salvar los víveres, operacion difícil al principio porque el agua llegaba hasta el segundo puente y no bajó la marea hasta el medio dia. Construyeron una balsa para colocar los objetos más pesados y algunos bagajes que condujeron á tierra.

«De vuelta las embarcaciones que trasladaron al embajador supímos que el desembarco se practicó con suma dificultad, pues los muchos mangles que crecian en la isla penetraban en el mar, y se vieron precisados á seguir á lo largo de la costa una distancia de tres millas, teniendo que trepar por las rocas para poder arribar á tierra. En la isla se divisaba mucha maleza y un gran claro al pié de una eminencia; de modo que pasaron la noche debajo de aquel techo de follaje.

«Con la pleamar las olas levantaron la fragata dejándola caer despues con tanta fuerza sobre las rocas, que á media noche se hizo indispensable picar el mastelero de juanete. El 19 fuí á tierra con dos hombres heridos por la caida de los palos y noté que los únicos vestidos de cuantos se encontraban en la isla, incluso el mismo embajador, consistian en la camisa y pantalon.

«Lord Amherst, cuando supo que aun no se habia podido trasportar á tierra agua dulce de la que llevaba la fragata por no ser fácil sacarla de la bodega, reunió á todos los que se hallaban con él. Mandó que se distribuyera á cada uno sin distincion, un vaso de la que llevaron el dia anterior, hizo añadir á este medio vaso de ron, y tomando su parte con alegría dió el ejemplo de la resignacion, que produjo un excelente efecto entre todos.

«Varios exploradores enviados al interior de la isla practicaron pozos, y sin duda por la proximidad del mar sólo hallaron agua salada y un esqueleto humano. Los que penetraron en los bosques tuvieron que adoptar la precaucion de señalar los árboles para no extraviarse.

«Hácia el medio dia el capitan conferenció con lord Amherst sobre el mejor

partido que podia tomarse en tan críticas circunstancias. En las embarcaciones sólo cabia la mitad de la tripulacion, y como era indispensable que alguno de ellos arribara á un puerto para reclamar socorro, decidió el capitan que el embajador y sus agregados debian marchar sin dilacion á Batavia ó cualquier otro punto de Java en que estacionaran buques.

«Atravesábase entónces la época del monzon del Noroeste y todo hacia presumir que los barcos favorecidos por el viento y la corriente tardarian tres dias á lo más en fondear en Java. El embajador partió á las cinco de la tarde, acompañado del resto de la embajada, de Hoffmer, algunos oficiales y un destacamento de guardias para poderse defender en caso de ser atacados por los piratas malayos. Los pasajeros que conducia la chalupa eran cuarenta y siete y llevaban víveres para cuatro ó cinco dias. En la isla quedaron doscientas personas inclusos los grumetes y una mujer.

«La primera disposicion del capitan Maxwell fue elegir trabajadores para ahondar un paso y trasladar nuestro campamento á la cima de una colina en la que se respiraba aire fresco y saludable y cuya posicion ofrecia grandes ventajas en caso de tener que resistir un ataque. Quemóse la yerba de la colina para realizar el proyecto, y esta operacion nos libró de los innumerables insectos y reptiles que abundan en aquellas latitudes. Los exiguos víveres que poseíamos fueron depositados bajo custodia en una especie de cueva que formaba en la cima de la montaña la aglomeracion de rocas, visitando á la par dos veces al dia la fragata para extraer de ella todo lo posible.

«Hacia dos dias que á todos atormentaba la sed, pues sólo se distribuia una pinta de agua por cabeza, y no se hablaba de otra cosa que de averiguar con la mayor ansiedad si se encontraria agua en los pozos. A cosa de media noche entregaron al capitan una botella de agua cenagosa, primera que hallaron, y por fortuna era dulce. Todos corrieron á los pozos impidiendo el trabajo. Colocáronse algunos centinelas para evitarlo, y al poco rato descargó una abundante lluvia que fue recogida extendiendo velas, manteles y toda clase de telas, que torcian en seguida. Varias personas se bañaron en el mar y su sed se aplacó, segun decian.

«En la madrugada del 20 el capitan reunió á la tripulacion para declarar en términos semejantes á los de las ordenanzas de la marina que todos le debian igual obediencia que á bordo, y que en su consecuencia haria observar la más rigurosa disciplina, pues de ella dependia la salvacion de todos, manifestando por último que las provisiones serian repartidas con la mayor equidad, pero con economía hasta que llegaran socorros.

«Los pozos proveyeron á cada uno de una pinta de agua, cuyo gusto se asemejaba á la leche del coco. Los viajes de los botes á la fragata nos proporcionaron algunos útiles necesarios.

«El 21 un destacamento que pasó la noche en el *Alceste*, al salir el sol se vió rodeado por un gran número de piratas malayos, y como carecian de armas para defenderse tuvieron que saltar á los botes y apresurarse á llegar á tierra. Varios piratas trataron de darles caza, más al notar que salian dos barcas para acudir en auxilio de los que perseguian, se volvieron á la fragata posesionándose de ella. Algun tiempo despues los que guarnecian la cima de la eminencia vieron

que á unas dos millas desembarcaban piratas en la isla. El capitan dió órden de que todos se armaran del mejor modo posible. Hicieron picas con ramas de árboles y pedazos de espada ó cuchillo, clavos y toda clase de instrumentos puntiagudos. Los que no pudieron procurarse hierro, endurecieron al fuego un trozo de madera aguzado que podia usarse como arma ofensiva. Ademas, poseíamos unos doce sables; los soldados de marina tenian treinta fusiles con sus bayonetas, si bien sus municiones se componian de sólo setenta y cinco cartuchos. Felizmente se trasportaron los cañones, que fueron colocados en una especie de trinchera levantada con gruesos troncos por los carpinteros, la cual nos defendia imponiendo respeto al enemigo desprovisto de artillería.

«Una partida que se envió de descubierta refirió que los malayos no habian desembarcado en la isla sino en las rocas vecinas, donde depositaban cuanto podian sacar del *Alceste*.

«Por la tarde el capitan pasó revista general, formó compañías y asignó puestos mandando que sólo se disparara á boca de jarro. Se encallaron los botes en la orilla y un peloton mandado por el respectivo oficial quedó custodiándolos. Durante la noche el centinela gritó al arma á consecuencia de percibir ruido en el bosque, y entónces se apreciaron las excelentes medidas tomadas por el capitan, pues cada cual se encontró en su puesto sin la menor confusion.

«El dia 22 varios malayos se aproximaron al sitio en que estaban los botes. El oficial y cuatro hombres les salieron al encuentro llevando en la mano una frondosa rama, símbolo de paz reconocido en todo el universo. Los malayos que sólo deseaban reconocer nuestra posicion huyeron en seguida á las rocas. El capitan ordenó al teniente señor Hay, que partiera en las tres embarcaciones y de grado ó por fuerza tomara posesion del buque ocupado en aquel momento por unos ochenta indígenas. Apénas los malayos de las rocas vieron en el agua nuestros botes, cargaron en los suyos los objetos robados de la fragata y se largaron. Al notar los de la fragata que sus compañeros abandonaban las rocas y nosotros avanzábamos hácia ellos, huyeron tambien en sus embarcaciones pegando fuego á la fragata, por lo que pudiendo los nuestros apoderarse de ella volvieron á tierra.

«Las malas intenciones de los malayos nos prestaron sin embargo un gran servicio, pues nuestro objeto era destruir toda la parte superior del *Alceste* para que los objetos del fondo pudiesen sobrenadar y llegar hasta la orilla.

«Aquella noche un marinero notó en el bosque un bulto que se dirigia á él, y como nadie contestó al quién vive hizo fuego, pudiendo reconocerse despues por varios indicios que el visitador nocturno pertenecia á una raza de monos grandes que encontrámos en la isla y que sin duda nos disputaba la posesion.

«El domingo 23 abordaron las embarcaciones á la fragata que humeaba aun y sacámos pipas de vino, barricas de harina y un tonel de cerveza. Repartióse una pinta de cerveza á cada uno, y este agasajo fue acogido con tres hurras estrepitosos, pasando el dia en mejorar nuestra trinchera, á la que añadímos varios reparos. Los enemigos se retiraron á un islote llamado Poulo-Tehalacca, isla de la Desgracia, distante unas dos millas de nosotros. En la apariencia esperaban refuerzos, pues sus barcas se dirigieron á Bilsiton.

«El 24 los botes recogieron de la fragata barricas de harina, unas cuarenta pipas de vino y diez y ocho fusiles. Los artilleros fabricaron cartuchos con la

pólvora que salvámos, y ademas como nos quedaba algun plomo y estaño fundímos balas en turquesas de barro. Estos preparativos contribuyeron á que todos cobraran ánimo y confianza; aumentóse por la tarde el regocijó con el grato hallazgo de agua dulce y cristalina en uno de los pozos que se abrian al pié de la colina.

«Aun se extrajeron de á bordo el 25 varias pipas de vino y barricas de harina, trabajando todo el dia en abrir senderos hasta los pozos y cortar los árboles que impedian la vista del mar. Al otro dia descubrímos al rayar el alba dos embarcaciones de piratas remolcando otros tantos botes que avanzaban hácia el recodo en que teníamos amarrados los nuestros. El teniente Hay, que durmió á bordo, salió en su persecucion y ellos huyeron á todo trapo dejando en su poder los que llevaban á remolque. Cuando los malayos vieron que se acercaban nuestras barcas hicieron fuego, al que Hay contestó con el único fusil que poseia, y los insulares dispararon flechas que afortunadamente á nadie hirieron. Entónces Hay mandó el abordaje y tomó el buque despues de matar cuatro hombres, apoderándose de tres heridos, uno de ellos de gravedad, pues los cinco restantes se echaron al agua.

«Sin embargo, los malayos, cuya tenacidad es inconcebible, nos abandonaron el buque en tal estado que á corto rato se fué á pique. El herido tenía el cuerpo atravesado por una bala, y trasladado que fue á nuestro bote en el momento que se hundia el suyo, pudo apoderarse de un sable y no sin trabajo conseguímos arrancárselo de las manos; un instante despues espiró. La segunda embarcacion nos regaló una descarga de fusilería y se alejó doblando el cabo septentrional de la isla. En las dos piraguas encontrámos diversos objetos procedentes de nuestro buque. El aspecto sombrío de los otros dos prisioneros anunciaba que se creian próximos á perder la vida; uno de ellos pasaba de cuarenta años y el otro aun era jóven. Cuando vieron que se les desataba, curaba y ofrecia comida se serenaron un poco, aparentando suma satisfaccion al saber que tratábamos de enterrar el cadáver de su compatriota.

«El más jóven tenía fracturado por un balazo el hueso de la rodilla, por lo cual era necesaria la amputacion. Convencidos de que nos sería imposible darle á comprender que esta operacion se practicaba para curarle y no como un suplicio, determinámos cuidarle con esmero y dejar obrar á la naturaleza para evitar que si algun dia llegábamos á caer en poder de los salvajes hiciesen otro tanto por venganza y crueldad. Construímos para él una choza y le dímos una manta, quedando su compañero encargado de cuidarle. Rehusó nuestros comestibles y sólo aceptó con satisfaccion arroz que podia preparar á su gusto.

«Al medio dia distinguímos catorce barcas grandes y otras muchas pequeñas que procedian al parecer de Banka y fondearon detras de Poulo-Tehalacca. Varios individuos tomaron tierra cargados con voluminosos fardos, volviendo á buscar otros á las embarcaciones. El punto de donde procedian y el sitio que eligieron para anclar, precisamente el que convenímos con lord Amherst, nos hizo esperar que serian socorros de Batavia.

«En seguida enarbolámos en lo alto de la colina la bandera de la embajada, á lo cual contestaron los recien venidos izando otra semejante en el tope de sus palos. Entónces el capitan les envió un destacamento, y ellos por su parte hicie-

ron lo mismo. Cuando estuvímos á corta distancia de ellos, los malayos, pues por tales los reconocímos, paráronse; nosotros les imitámos avanzando solamente su abanderado y nuestro jefe. Ambos se acercaron con precaucion y despues de repetidos saludos y ceremonias se dieron la mano, hasta que indicaron cada cual á los suyos que se incorporasen, dirigiéndose amigablemente juntos hácia donde les esperaba el capitan Maxwell con otros oficiales. Nuestros marineros confiados en que los malayos venian á socorrernos exhalaban gritos de alegría, pero en breve reconocímos por los signos y palabras que pudímos comprender que pertenecian á una tribu nómada que iba en busca de cierta yerba marina muy abundante en esta isla, cuyo comercio hacian en la China por ser allí en extremo apreciada.

«M. Hay escoltado por varios soldados pasó al buque del jefe de los malayos, que deseaba conocer á nuestro capitan, al cual regalaba pescado y leche de coco. Durante la noche nos ocupámos en discutir los medios más oportunos para entrar en negociaciones con ellos; algunos eran de parecer que la esperanza de una recompensa les decidiria á conducirnos á Java en sus embarcaciones, que junto con las nuestras bastaban para todos, y otros desconfiando del carácter falso de los malayos temian que al aceptar llevasen la idea de asesinarnos para apoderarse de los insignificantes objetos que nos restaban y que ellos estimaban sobremanera.

«La luz del dia puso término á las discusiones. Apénas los malayos descubrieron el casco de la fragata, se dirigieron hácia él, por lo cual conjeturámos que, ignorando la víspera nuestra situacion, nos agasajaron imaginando sin duda que formábamos parte de alguna colonia recien establecida en aquel punto.

«No se juzgó prudente ir á desalojarles, pues aunque momentáneamente se alejarian sólo consiguiéramos hacerlos precaverse de ser sorprendidos por la noche como quizá sería preciso, y ademas ninguna utilidad nos reportaban el hierro y cobre que extraian del buque.

«La víspera escondímos los botes en una ensenada oculta por las ramas de los mangles y protegida en caso de ataque por una verdadera muralla de rocas. Practicámos un sendero que conducia á la colina y se tomó la precaucion de que á la noche guardase aquel punto un piquete al mando de un oficial.

«El 28 continuaban los malayos al rededor de la fragata. Una de sus lanchas se dirigió hácia nosotros á eso del medio dia, mas retrocedió en cuanto una de las nuestras salió á su encuentro.

«Al notar que no llegaban auxilios de Batavia carenámos las embarcaciones y construímos una balsa á fin de no perdonar medio para salir de la isla ántes de que se agotasen los víveres.

«El 1.° de marzo catorce nuevas barcas de la parte Norte se unieron á los malayos, trabajando todos con ardor en destrozar la fragata. Durante la noche les llegaron refuerzos, y el domingo 2 por la mañana dejaron las piraguas para que continuasen el pillaje en el buque avanzando como unas veinte barcas hácia la orilla, y sacando sus cañones, tocando los tambores y arrojando gritos espantosos anclaron á cosa de unas cien brazas de nuestra bahía. Pusímonos al punto sobre las armas, reforzáronse las guardias que custodiaban los botes, y como algunas barcas enemigas se dirigian á atracar por nuestra espalda, colocámos cen-

tinelas para que vigilasen sus movimientos y se enviaron patrullas á recorrer la isla temerosos de una emboscada por tierra.

«El más anciano de los dos prisioneros, vigilado por los centinelas de los pozos, estaba cortando leña por encargo imprudente de uno de los nuestros, y en cuanto oyó los gritos, sin cuidarse del estado del compañero, huyó á los bosques con el hacha.

«Cuando comprendímos que no trataban de desembarcar, un oficial saltó á un bote haciéndoles señas amistosas. Ellos despues de un rato de deliberacion enviaron una barca que conducia veinte hombres armados con *kris*, puñal con la hoja en forma de llama. Esta conferencia sólo dió por resultado demostrar los malayos su carácter, pues pidieron con repetidas instancias á un grumete el pantalon y la camisa, de cuyas prendas no le despojaron porque él se resistió, si bien no emplearon la fuerza para obtener lo que tan vivamente anhelaban.

«M. Maxwell escribió al jefe del establecimiento ingles en Minto, situado á la extremidad Noroeste de Banka, exponiéndole su situacion y suplicándole encarecidamente le enviara dos ó tres embarcaciones grandes cargadas de pan, carne salada y municiones de guerra. El oficial fué de nuevo al encuentro de los malayos y entrególes la carta, repitiéndoles diferentes veces la palabra Minto que parecian comprender é indicándoles al propio tiempo con la mano la direccion. Dióles tambien á entender que si traian contestacion les darian muchas piastras cuya muestra les enseñó. Una de las barcas partió en seguida, pero en vez de dirigirse hácia Banka, tomó el camino de Poulo-Tehalacca en donde residia el jefe principal.

«Entre tanto las fuerzas enemigas aumentaban con rapidez, pues contaban ya unas cincuenta barcas. Las mayores contenian de diez y seis á veinte hombres, y las más pequeñas unos siete ú ocho: en total unos quinientos hombres. El pillaje del buque no les interesaba ya gran cosa porque suponian que el más precioso botin se conservaba en nuestro poder. Establecieron un bloqueo riguroso, formando en línea de batalla muy cerca de tierra, temerosos de que aprovecháramos la marea creciente para emprender la fuga.

«Al medio dia los que se hallaban al lado del rajah y que considerámos al principio como amigos se aproximaron manifestándonos con signos y palabras que desconfiásemos de todos ménos de ellos, y proponiéndonos enviar cierto número de hombres para defendernos, pues los otros pensaban atacarnos á la noche. Rechazámos la proposicion porque su primitiva conducta era suficiente prueba de perfidia, y ellos se alejaron tomando desde aquel momento una actitud hostil.

«Como á las ocho de la noche y cuando todo el mundo como de ordinario estaba sobre las armas para pasar revista y relevar las guardias, el capitan Maxwell nos hizo formar en círculo dirigiéndonos la siguiente alocucion:

«Compañeros, ya veis el aumento de las fuerzas enemigas. Su conducta hostil y amenazadora actitud me indican claramente que atacarán esta noche. Sin embargo de nuestra inferioridad, espero que podrémos defendernos merced á la posicion y trincheras que ocupamos. ¿Podrá intimidaros esa horda de salvajes desnudos y mal armados? ¿Juzgais que les será posible hacer uso de los cañones que ostentan á nuestra vista sin duda con el objeto de amedrentarnos? Nosotros en cambio poseemos buenas armas, y en los doscientos semblantes que

me rodean veo brillar valor suficiente para afrontar doble número de enemigos. Tranquilizáos, pues, y fiad en mí; yo os prometo la victoria. Encargo sobretodo que mis órdenes sean estrictamente obedecidas. Dejémoslos aproximarse, y caigamos sobre ellos apoderándonos de sus embarcaciones, que utilizarémos para volver á Batavia.

«Esta enérgica arenga fue acogida con entusiastas hurras que el eco de los bosques repitió en lontananza, dándoles sonidos más vigorosos é imponentes y produciendo en los salvajes cierta impresion, que conocímos al observar que encendian fogatas las cuales no dudámos fueran señales, porque les contestaron las embarcaciones situadas al otro lado de la isla.

«Despues de una cena frugal nos acostámos con las armas en la mano como lo practicábamos hacia varios dias, y el capitan permaneció vigilando los centinelas y cuidando de que se cumpliesen sus disposiciones. Durante la noche dióse la voz de alarma y todos sin distincion corrieron á sus puestos; mas con general sentimiento el alarma fue falso.

«Continuaban los malayos el dia 3 en la misma posicion y reforzados con otras diez embarcaciones. Nuestra situacion se hacia cada vez más crítica, pues el número de los enemigos aumentaba visiblemente y la disminucion de víveres nos obligaba á adoptar sin dilacion una medida desesperada. Todos los ánimos estaban exaltados y dispuestos á atacar á los piratas para apoderarse de las barcas y recobrar nuestra libertad trasportándonos á Batavia.

«Un oficial que vigilaba desde un árbol que nos servia de atalaya descubrió á cosa de medio dia y á gran distancia al Sur, un buque que juzgó demasiado grande para pertenecer á los malayos. Toda la atencion se concentró en el árbol, al cual subió el capitan con el telescopio; mas una densa bruma le ocultó por espacio de veinte minutos. Cuando volvió á aparecer anunció el observador que el buque era europeo y que se dirigia á la isla á toda vela. Imposible fuera describir nuestra alegría. Enarbolóse un pabellon en la cima del árbol con el objeto de llamar la atencion del barco, dado qne fuese extranjero.

«Tambien los piratas le descubrieron. Observando nosotros la marea favorable y convencidos de que si conseguíamos doblar los arrecifes era fácil dominar sus embarcaciones con nuestros fuegos y apoderarnos de alguna, intentámos la salida; mas cuando vieron aparecer á los nuestros entre los mangles que guarnecen la orilla, la barca malaya más próxima disparó un cañonazo y todos se alejaron á fuerza de remos sin que nuestros tiros pudieran alcanzarles. Esta circunstancia nos favoreció porque el viento y las corrientes, que duraron algun tiempo, obligaron al buque á fondear á unas ocho millas de la isla, y á no tener que huir, fácilmente podrian cortar las comunicaciones entre aquel y nosotros.

«Partió al punto un bote que reconoció en él al *Ternate* de la compañía de las Indias enviado en nuestro auxilio por lord Amherst, regresando á comunicarnos la noticia. El cútter del buque quiso seguirle, mas tuvo que renunciar á ello despues de luchar nueve horas contra la corriente en la noche del 3 al 4. Durante el dia nos apresurámos á reunir cuanto se pudo salvar del *Alceste* y el 5 arribó el cútter seguido de dos lanchas con un cañon de á doce, balas, metralla y pólvora para el caso en que aparecieran los piratas.

«El dia 6 se embarcaron en los botes y la balsa cuatro oficiales, cuarenta y

seis marineros y una nave, llegando todos con felicidad al *Ternate*. Recogímos de la colina lo que podia ser de alguna utilidad á los malayos, y á la noche, cuando fuéron las barcas para conducir al capitan Maxwell y los que aun permanecian á su lado, pegámos fuego á lo restante.

«Merced á la conducta enérgica y humanitaria del bravo capitan evitáronse los horrores y desgracias consiguientes al desórden y confusion, y su ejemplo á la vista del peligro inspiró confianza y sostuvo los ánimos que ya empezaban á decaer.

«Digna es tambien de mencionar la buena suerte de no caer enfermo alguno durante los diez y nueve dias que permanecímos en la isla, ya expuestos á abundantes lluvias, ya á un sol abrasador, cuyos rayos caian perpendiculares sobre nuestras cabezas. Los que estaban enfermos cuando llegámos, recobraron la salud en breve exceptuando un soldado de marina que se hallaba en el último período de una aguda enfermedad del hígado. Dirémos asimismo que al tercer dia de permanencia en la isla se escapó uno de los nuestros que por su carácter insufrible era odiado de todos y del cual no volvímos á saber.

«Grabámos en las rocas con grandes letras negras la fecha de nuestra partida para noticia de los buques que trataran de buscarnos, y el 7 por la tarde levámos anclas. La isla se llama Poulo-Lit; mide unas seis millas de largo por cinco de ancho y está situada á corta diferencia á los 2° 30' al Sur del ecuador, formando parte de la cadena de islas que se encuentran entre Borneo y Banka, de cuyo último punto dista poco. Está inhabitada y segun pudímos observar nada produce de utilidad, si bien su suelo parece susceptible de cultivo y crecen en él dos árboles, el *caius* y el *mangostan*.

«El 9 de marzo llegámos á Batavia, ocupando la mayor parte los botes, pues no cabíamos todos en el *Ternate*. El Malayo continuó en nuestro poder, y á la salida de Java aun no estaba completamente curada su articulacion; mas en la actualidad es probable se halle sirviendo á bordo de aquel buque.

NAUFRAGIO DE EL DUROC.

La catástrofe acaecida al *Duroc* ha sido ya narrada por el insigne Mery, quien viendo en el relato de tamaño infortunio un drama más terrible y conmovedor que todas las ficciones de la novela, dejó al describirlo de ser poeta é hízose historiador. El documento más notable que conocemos respecto á este suceso es el artículo publicado por aquel ingenioso escritor, despues del cual difícil nos sería tratar un asunto referido por él con incontestable mérito; así es que más bien nos concretarémos á desempeñar el simple papel de copistas.

Zarpó el *Duroc* de la Nueva Caledonia, puerto frances, con rumbo hácia Ja-

va; atravesaba una mar peligrosa para cuya navegacion la ciencia nunca pudo trazar derrotero cierto, y en la que álzanse á cada paso abundantes escollos. Toda la prudencia del navegante no le basta para guiar su nave con acierto al traves de tan frecuentes y temibles peligros, debiendo esperarlo todo de la Providencia que en esta circunstancia abandonó al *Duroc* á su propia suerte.

El 13 de agosto de 1856 hacia ya cinco dias que el buque navegaba al rededor de aquellos bancos, más peligrosos aun en aquel momento á causa de la oscuridad de la noche, describiendo numerosas bordadas al objeto de evitarlos. El alférez Madeleine estaba de guardia con la mirada fija en el timon, cuando á cosa de las cinco de la madrugada el buque encalló de repente.

Para cerciorarse con exactitud de la situacion fue preciso esperar á que amaneciera, y apénas lucieron los primeros fulgores del crepúsculo matutino, conocida ya aquella, buscóse en lontananza, aunque vanamente, tierra donde refugiarse; no se divisaba isla alguna, y sólo observaron á corta distancia, casi á flor de agua, un banco de coral muy llano, único refugio en el que, caso de irse á pique el buque, los náufragos podian luchar con la muerte algunos dias más. Aquel islote, dice el capitan Vayssiere de Lavergne, parece figurar en los derroteros con el nombre de *Mellish*.

A la primera ojeada echó de ver el capitan que la nave estaba perdida sin remedio; una ancha via de agua habíase declarado en los fondos, y el mar entrando á borbotones por esta abertura enclavaba cada vez más al *Duroc* en el escollo oculto. Sin embargo, no por eso deja el comandante de disputar al Océano hasta el último momento la embarcacion que le fue confiada, y sólo resignaráse á separarse de ella cuando sienta que las fuerzas le abandonen del todo. Ademas, dos seres queridos se hallan junto á él sobre cubierta, cuya presencia tan pronto infunde en su alma el desaliento como estimula su valor; el bravo marino avezado á luchar con los elementos y á quien el peligro jamas intimidó, recuerda entónces que es esposo y padre, vibra en su corazon una fibra adormecida un momento por las penalidades de la vida del navegante y el bramido de la tempestad, teme por su esposa y su hija, y á fin de arrebatarlas á una muerte cierta, inevitable, aumenta sus esfuerzos y energía.

«La señora de la Vayssiere de Lavergne, refiere Mery, semejante á su marido, se muestra pronta á apurar hasta las heces el amargo cáliz de la desgracia sin mostrar la menor flaqueza, ni aun la más legítima, el amor maternal. Su linda hija Rosita, tierna flor que apénas cuenta cuatro primaveras, duerme tranquilamente en sus brazos; su sueño empezado horas ántes en una hamaca mecida por su padre, continúa en medio de los horrores del naufragio, acaso al amparo de un ángel que por ella vela desde el cielo.

«Contempla el sol y vigoriza con sus fulgentes tintas este cuadro aterrador compuesto de un áspero arrecife, unos cuantos tablones y un grupo de hombres, sirviéndole de marco el dilatado círculo de la vasta mar del Sur, es decir, lo infinito.»

Horrible en efecto debia ser el aspecto de aquella escena de angustia, lágrimas, clamores y desesperacion. Cuando al traves de un cielo encapotado y cargado de electricidad brilla el relámpago desgarrando la densa capa de negros nubarrones; cuando el imponente retumbar del trueno concurre á aumentar con

su ronco estruendo el pánico que embarga el ánimo, lo pavoroso de la situacion y el mar embravecido por la furia de los vientos levanta rugientes olas que volteando sobre sí van á entrechocarse con horrísono fragor convirtiéndose luego en una extensa sábana de blanca espuma, el marino se encuentra frente á un enemigo que conoce y con el cual está acostumbrado á combatir: sucumbirá si es preciso de igual modo que el soldado cae en el campo de batalla víctima de su deber, y á quien el ardor de la pelea salva de la desesperacion impidiéndole presentir la proximidad de la muerte; pero considerarse perdido en un mar tranquilo, bajo un cielo límpido y azulado y sin tener contra sí más que la impotencia propia, verse condenado á morir fijo en un mismo sitio, ¡ah! es el colmo del dolor.

El comandante despues de convencer á la tripulacion de la inutilidad de cuantas tentativas se emprendieran, les indica el islote de Mellish como postrera esperanza de salvacion. Los intrépidos marineros mueven tristemente la cabeza al oir á su capitan. Y en efecto, ¿qué suerte les aguarda sobre aquel banco casi del todo cubierto por las olas? Pero amenazados á un tiempo por dos peligros á cuál más terrible, optan por el que consideran ménos inminente y se deciden á desembarcar en aquella roca enclavada en las entrañas del Océano.

El alférez Madeleine, á la cabeza de las tres embarcaciones menores de el *Duroc*, parte encargado de buscar tierra y pedir auxilio; boga sin rumbo fijo, dejando á la casualidad el cuidado de guiarlo hácia el objeto de sus pesquisas.

«En cuanto á Rosita, dice el historiador de este deplorable acontecimiento, estaba muy alegre cuando desembarcó en el islote de Mellish con su madre. ¡Cuán grande es el júbilo de la inocente al poder juguetear á su sabor sobre la arena bañada por las verdes ondas y perseguir á multitud de aves marinas de toda especie que ahuyenta el tímido ruido de sus lindos piececitos! Corriendo tras los pájaros halló entre las grietas coralinas del banco una porcion de nidos... ¡qué hallazgo! Ya para ella este reducido espacio es una morada deliciosa, el eden soñado por la infancia. Entre tanto llenaba de nidos su delantal diciendo:

—¡Qué contento se pondrá papá cuando le enseñe tantos pajaritos!

«Precisamente en aquel momento el esforzado marino abandonaba el último la malograda embarcacion y dirigíase hácia el islote, transido de dolor, pero retratada en su semblante la más fria impasibilidad. Rosita loca de contento acude presurosa al encuentro de su padre cargada con su botin, y se lo manifiesta para hacerle partícipe de su alegría. El desgraciado apela á su más amable sonrisa, examina el tesoro contenido en el delantal, la da un tierno beso y procura consolar á sus antiguos subordinados, ahora compañeros de infortunio.»

El poeta cuenta tambien otros varios episodios no ménos interesantes referentes á la llegada de los náufragos al islote de Mellish. Afectuosos y agradecidos con su capitan á quien todos consideran como á un padre, los infortunados tripulantes de el *Duroc* tratan de probarle por cuantos medios están á su alcance que le profesan más que respeto, verdadero cariño. Les es conocido el medio de granjearse su afecto y esfuérzanse en complacer á su esposa y Rosita, prodigándolas las mayores y más delicadas atenciones.

Reunen en la chalupa que trasporta las provisiones cuantos objetos pueden

ser de alguna utilidad para la esposa del comandante; y un marinero le lleva triunfalmente un espejo *con ayuda del cual le será fácil á la jóven señora estudiar la expresion risueña que ha de dar á su rostro,* no obstante la penosa emocion que la embarga el pecho.

Dejémos á Mery referirnos un hecho más gracioso todavía:

«En el puerto frances de la Nueva Caledonia un colono regaló á la señora de la Vayssière una bonita cabra excelente criadora; con ella jugaba Rosita á bordo de el *Duroc* y correspondia á las caricias que la prodigaban suministrando abundante y suculenta leche. Los marineros viendo á la niña privada de su inseparable amiga, resolvieron salvarla tambien y devolverla á su cariño. No era muy fácil llevar á cabo con buen éxito este pensamiento, porque en medio del espantoso desórden causado por el naufragio, el animalito amedrentado esquivaba los amistosos llamamientos de sus perseguidores. Por último logróse rendirla y fue embarcada en un pequeñísimo bote, verdadero juguete de niño. Para conducirla al islote era preciso atravesar numerosos canales formados por bancos de coral á flor de agua y poblados de tiburones. Dos de estos tigres marinos dirigieron al bote sus ataques y paralizaban su marcha á intervalos, clavando en el casco sus afilados dientes. No podia dudarse de que la cabra era el objeto de su codicia. Calcúlese, pues, cuántos esfuerzos debieron hacer los marineros para librarla del inminente peligro que la amenazaba; armados de bicheros opusieron á los voraces mónstruos una tenaz resistencia, pero por desgracia el pobre animal poseido de terror saltó de pronto al agua entregándose él mismo á la muerte por el deseo de evitarla. Durante largo rato viósela brincar de escollo en escollo, atravesando á nado los estrechos para saltar de nuevo y desaparecer como una exhalacion, siempre perseguida por los tiburones cuya presencia se distinguia fácilmente por la ancha estela de espuma que dejaban en pos de sí. Los marineros se proveyeron de armas, y olvidando por un momento su reciente desgracia, lo crítico de su situacion y el islote próximo á convertirse para ellos en sepulcro pusiéronse en seguimiento de los tiburones, resueltos á arrebatarles la cabra ó á morir. Semejante determinacion en tan deplorable circunstancia tiene incontestablemente algo de sublime. Mas ¡ay! todo en el mundo tiene su destino prefijado; el Océano Indio debia ver repetirse en su seno un hecho por desgracia harto frecuente: la traicion destruir á la inocencia. Pronto un ancho reguero de sangre anunció la consumacion de una muerte á la que siguió en el acto la venganza, pues los marineros exasperados acometieron denodadamente á los dos mónstruos, logrando matarlos despues de inauditos esfuerzos. Sus cadáveres fueron en seguida abiertos, de sus enormes mandíbulas extraidas las patas de la malhadada cabra, y estos ensangrentados despojos llevados á la señora de la Vayssière en prueba del justo castigo inferido á los voraces tiburones... La esposa del comandante apreciando en todo su valor el fino proceder de aquellos hombres tan solícitos, mostróseles sobremanera agradecida y les estrechó afectuosamente la mano al par que sus ojos vertian abundantes lágrimas hijas de su profundo reconocimiento.

«Cuando la señora de Lavergne me contó este interesante episodio, no pude ménos de recordar, sin saber por qué, otro referido en distinta ocasion por el valiente Donnadieu, abanderado del navío almirante *Bucentaure,* concerniente



Mandé un marinero á tremolar la bandera tricolor.



á Cosmao capitan del *Pluton,* y á su brillante hazaña verificada al dia siguiente del memorable combate de Trafalgar. Ambos relatos, con veinte y cinco años de distancia entre sí, me han causado idéntica emocion.»

El capitan la Vayssière tomó posesion en nombre de la Francia del monton de arena sobre el cual le arrojara su mala suerte, y el pabellon tricolor saludado por entusiastas hurras ondeó en aquella colonia que acababan de fundar treinta y un náufragos. El órden más perfecto que siempre reinara á bordo sigue manteniéndose en el islote de Mellish: el capitan conserva su completa autoridad y desde luego medita los medios convenientes de efectuar el salvamento. Al efecto manda construir un bote bastante capaz para contener á todos; pero miéntras tanto es menester tratar de vivir con la mayor comodidad posible sobre aquel árido peñasco calcinado por los rayos de un sol abrasador é invadido en su mayor parte por el mar. Á este fin se arman varias tiendas empleando el velámen del buque, constrúyense hornos é improvísanse talleres.

Sola la Providencia sabe el tiempo que ha de durar tan penoso destierro, y en su consecuencia desde el dia siguiente á la catástrofe púsose tasa á las raciones. Se hacian dos comidas diarias, una á las diez de la mañana y otra por la tarde á las seis, en las cuales dábase á cada marinero un poco de cecina y un pedacito de galleta. El agua faltaba casi por completo, así es que tuvieron que emplear agua de mar ligeramente desalada, que los debilitaba en extremo. Sometidos á semejante régimen y expuestos ademas á una temperatura de cuarenta grados, no era pues de extrañar que los marineros trabajaran muy poco y que por consiguiente la construccion de la lancha adelantara lentamente; muchos hasta se veian obligados á cesar en el trabajo. Y sin embargo convenia apresurarse porque estaba próxima la época en que el banco á flor de agua desapareceria completamente sumergido por el Océano. Para referir de un modo exacto los sufrimientos sin número padecidos por los desgraciados náufragos y recordar los hechos verdaderamente heróicos de algunos de ellos, copiemos las siguientes líneas trazadas por el hábil historiador de el *Duroc.*

«Rato há que el astro radiante sigue girando en la segunda mitad de su carrera; es más de medio dia. Empero no por eso dejan de proseguir todos en sus faenas sin levantar mano. Cierto que las frentes se enardecen, los labios sécanse, á los pulmones fáltales aliento, el hambre desgarra los estómagos, pero nada importa; fuerza es trabajar, cuanto ántes alejarse de aquellos parajes inhospitalarios, devolver su bandera á la madre patria. Es preciso sobretodo salvar á cualquier precio la vida á una mujer jóven, bella, amada, que nada ambiciona para sí, sino para su hija. ¡Pues bien! un vigoroso esfuerzo allanará lo imposible; los agudos aguijones de la sed, del hambre, sólo servirán de que el trabajo sea más constante y porfiado. El auxilio de Dios concluye donde empieza el hombre á ayudarse á sí mismo; la fe en la salvacion es ya el principio de esta.

«Vendrá dia en que se citarán con orgullo los nombres de los que se mostraron dignos hijos del pabellon frances durante su permanencia en aquel islote sitiado por el Océano. En el breve relato que nos ocupa ahora debemos tan sólo concretarnos á indicar de paso algunos de los que en realidad sobresalieron de entre los demas; aunque por otra parte puede decirse sin riesgo de incurrir en error que todos cumplieron con su deber segun sus respectivas fuerzas é inteli-

gencias. Hablando conmigo no há mucho la señora de la Vayssière, pronunció un nombre, el de Girandan, excitando esta circunstancia á tal punto mi natural curiosidad, que me permití interrogar á la heroina del Mellish acerca del hombre que le merecia el insigne favor de ser designado por ella. Pronto viéronse satisfechos mis deseos; Girandan, cuyo apellido ha publicado el *Monitor* del 23 de junio en su artículo referente á recompensas, es en la actualidad, á pesar de su carencia de conocimientos científicos, un buen ingeniero por instinto. De fijo á naufragar y refugiarse solo en una isla deshabitada, hubiera sido otro Robinson ó Tomas Selkirk. Nada encuentra difícil, por nada se apura, y cuando todo le falta es precisamente cuando le sobran recursos, porque la carencia de una cosa súplela su genio inventando en el acto otra equivalente; en fin, privado de lo necesario, sustitúyelo con lo supérfluo. En Mellish Girandan hábíase consagrado al servicio especial de la fragua. ¡Sólo el pensarlo hace admirarle! En efecto, dedicarse á semejante género de ocupacion cuando el termómetro marca en aquellas apartadas regiones cuarenta grados, es á no dudarlo existir en medio de esa espantosa *temperatura máxima* de que habla Humboldt al referirnos su viaje á las comarcas equinocciales. Despreciando esta pesada atmósfera de sol y fuego, Girandan trabajaba sin descanso alegre y satisfecho cual si se encontrara debajo del fresco cobertizo de un herrero en las riberas del Sena, frente á un espeso grupo de frondosos castaños y tilos. Con los escasos é incompletos elementos de fabricacion de que únicamente puede disponer, y merced á otros tantos recursos imaginarios como creara Robinson Crusoé en sus numerosas aventuras, el diestro operario llega á forjar seis mil clavos de cobre, una crecida cantidad de argollas, sunchos, pernos, y lo que es más asombroso aun, un ancla, ¡verdadero símbolo de esperanza!

«Francisco Robert, tripulante de segunda clase asimismo citado en el periódico oficial con igual fecha, es tambien otro hombre á propósito para siniestros marítimos y aventuras de toda especie; un atleta que rebosa fuerza y valor, un excelente marinero algo aficionado al merodeo en tierras extrañas, pero perteneciente en cuerpo y alma á su capitan, y pronto á hacer ciegamente por él cualquier sacrificio, incluso el de la existencia. Mas los hombres dotados de estas cualidades son por lo general descomunales, glotones, y sobrellevan mal en tiempos de penuria el exiguo régimen de alimentos y la tasa de racion: Milon de Crotona que mataba un buey de un puñetazo y se lo comia entero despues, habria sobrevivido poco tiempo reducido á contentarse con media galleta; los argonautas viéronse precisados á desembarcar á Hércules porque llevaba trazas de concluir él solo con todas las provisiones de la nave que le conducia. Pero si bien está probado que la carencia engendra el deseo, lo aviva y tiene por efectos inmediatos la necesidad y el sufrimiento á falta de medios naturales, el ingenio natural de Robert bástale á satisfacer las mayores exigencias de su apetito gastronómico. Así, pues, cuando se ha convencido de que la presencia de los tiburones en aquellas aguas dificulta en gran manera y hasta casi imposibilita la pesca, y le demuestra la experiencia que el consumo de las aves marinas llamadas plangas produce enfermedades á los que las comen, Robert descubre nuevos manjares, á su modo de ver más apetitosos y salubres. En el islote de Mellish no se encuentra la más mínima yerbezuela; sólo se veia en algunos sitios entre

las grietas de la peña, musgos ó líquenes que el caviloso marinero cogia, limpiaba cuidadosamente y luego freia con aceite, operacion á que tambien sujetaba las virutas más finas. Su racion ordinaria y ademas este *principio*, le permitian, pues, hacer cada dia dos *sibaríticas* comidas que, segun él, le sentaban perfectamente. ¡Ah! ¡cuánta razon asiste al inmortal Sheakspeare cuando mezcla en sus trágicos dramas la risa con los siniestros lamentos! A pesar de los continuos padecimientos de que era testigo el islote de Mellish, reíase tambien en aquel triste refugio al ver como Robert preparaba sus singulares alimentos; soltábanse estrepitosas carcajadas que repetia el eco de la noche, cuando durante las sombrías veladas algun alegre marinero contaba á su manera grotescamente pintoresca alguna escena jocosa á las que frecuentemente dan lugar aun los mayores peligros, y sobretodo la siguiente ocurrida en el mismo *Duroc* precisamente en los momentos del siniestro.

«Entre las provisiones para el consumo llevábanse unos lechoncitos que asustados por el choque del buque contra el escollo se ocultaron debajo de un tonel lleno de vino, bebiéndose gran parte del contenido cuando aquel se destrozó. A los pocos momentos fácil es de presumir su estado. Dormian, segun el marinero, echados panza arriba contemplando con la bienaventuranza de la embriaguez aquel espantoso desastre alumbrado por el sol naciente. Tal era la escena cuyo recuerdo en boca de un sencillo marinero promovia á veces en medio de su acerbo dolor la franca hilaridad de los desdichados náufragos. Por su parte Rosita, la niña de angelical sonrisa, ¡cuántos ratos agradables no proporcionó á los pobres tripulantes que la habian nombrado *cabo* en el campo de batalla de sus inocentes travesuras! Placíales verla pasearse entre ellos ufana con sus galones ostentando sus gracias infantiles majestuosa como una reina. No se extrañe, pues, que el poeta se atreva á desarrugar durante breves instantes las frentes nubladas por las fatales peripecias que encierran los argumentos de Hamlet y de Otelo. La risa es el rayo celeste que la bondad del supremo Hacedor hace reflejar en la desgracia para endulzarla.»

Tales ejemplos infundian nuevo aliento á los ménos animosos, próximos ya á ser vencidos por el cansancio y las privaciones; pero lo que estimulaba todavía más la quebrantada energía de aquellos hombres, eran los afectuosos consejos y admirable conducta de la esposa del capitan. Esta digna señora semejante á un espíritu benéfico permanecia constantemente á su lado para avivar su fe y mantener la esperanza en sus afligidos corazones. A intervalos, para hablarles el lenguaje mútuo del alma, su hija era fiel intérprete de los piadosos sentimientos; Rosita recorria las filas de trabajadores presentándoles á cada uno con adorable ingenuidad, para que la besaran, la cruz bendita pendiente de su cuello alabastrino.

Así trascurren cincuenta y dos dias, al cabo de los cuales el bote queda concluido; acércase por consiguiente el momento deseado en que los náufragos van por fin á dejar el monton de arena, testigo mudo de sus padecimientos y hacer un supremo esfuerzo fiando su suerte futura en manos de la Providencia.

Las flores artificiales que adornan el sombrero de la señora de la Vayssière sirven para decorar la embarcacion en cuya popa se fija la cruz de Rosita. Los sufridos marineros escogen de este modo como intermediarios entre Dios y ellos á los dos genios protectores que tan brillante papel han desempeñado por largo

tiempo en la roca de Mellish, y colocada bajo esta doble proteccion bótase en seguida al agua la lancha con el nombre de *Rescate*. ¿Corresponderá á las esperanzas que en ella se cifran justificando ese nombre de feliz presagio? ¿Conducirá á los desventurados náufragos al puerto de salvacion, ó deben desaparecer juntos en las profundidades del abismo?

Entónces empieza un nuevo período de mortales angustias.

El hombre, esa débil criatura, dice Mery, cobra aquí proporciones verdaderamente sobrehumanas y dáse en todo á conocer como obra predilecta de Dios. La imaginacion mejor avezada á presenciar impasible los más conmovedores espectáculos, de seguro se impresionara vivamente al seguir con la vista aquella cáscara de nuez perdida en medio de la inmensidad del Océano é incesante juguete de las inconstantes olas. El bote fluctúa á merced de los vientos guiado tan sólo por las estrellas y el sol, y en su seno se albergan treinta y una personas, á quienes el alba de cada dia anuncia su nueva resurreccion. En vano se cansan sus ojos de interrogar el dilatado círculo del horizonte buscando en él un punto negro que señale la presencia de algun buque; el mar se mantiene siempre desierto, ninguna vela aparece en lontananza sobre el reluciente zafiro ó la blanca espuma que cubre la vasta ruta del polo.

Un dia la calma chicha, cosa muy frecuente en el ecuador, detiene de pronto la lancha como para incrustarla en el agua, dándola la fijeza é inmovilidad de una isla. Los pasajeros preocupados por este incidente echan en seguida al agua unos maderos, y se estremecen de espanto al ver que permanecen inmóviles en el mismo sitio en que han caido. Ni la más ligera brisa, ni una insignificante corriente, nada los agita, y á no radiar el astro luminoso en aquella mar tranquila, pudiérase creer que macizos témpanos de hielo aprisionan repentinamente cuanto flota, como acontece á menudo en el estrecho de Behering. Para colmo de desesperacion, al par que el hambre acosa á los tripulantes tornándose cada vez más inaguantable, los víveres se agotan ó averian, convirtiéndose en fétido polvo; al verlos cierran los ojos por miedo de que la boca se atreva á devorarlos; el aparato de destilar el agua no produce ya sino un líquido deletéreo que excita la sed en lugar de apagarla.

Por fin sopla el viento y saca al bote de la inercia en que quedara sumido devolviéndole su libertad; pero otro mayor peligro le amenaza bajo el ingrato clima ecuatorial. De improviso se desencadena uno de esos terribles huracanes de que los habitantes de zonas más benignas no podemos formar idea exacta. A un momento dado sopla el aquilon con ímpetu; la bóveda inconmensurable del Océano se abre por do quier para dar paso á torrentes de lluvia, y asorda el ronco fragor de repetidos truenos, alumbrando este horrible cuadro de la naturaleza enfurecida el azulado relámpago que, sin cesar un segundo, finge un dia pavoroso y fantástico. Entónces la débil embarcacion se adelanta á la ventura envuelta en un torbellino de lenguas de fuego, bogando tímida, vacilante en un mar azotado por la tormenta en cuyas olas van á sepultarse multitud de rayos.

«En el preciso momento que la creacion entera parece próxima á anonadarse y desaparecer, una esforzada mujer á quien jamas embargó el desaliento, vela junto á una niña que duerme cobijada por un toldo improvisado en la proa de la lancha. La lluvia cae en abundancia y para guarecerse de ella los náufra-

gos se apresuran á cubrir sus desfallecidos cuerpos con hules; la tierna madre, por el contrario, todo lo desprecia, y no acordándose sino de su hija recoge afanosa aquella agua, precioso tesoro emanado del cielo, con el cual refrescará los labios de la niña al despertar.»

La tempestad por último se aplaca, y entónces échase de ver con profundo desaliento que los rudos embates de las embravecidas olas han abierto en el casco de la embarcacion una ancha via, por la que el agua penetra á borbotones inundándola con increible rapidez. Luchar contra este nuevo é implacable enemigo es empresa harto difícil y casi imposible. Ya las bordas se hallan casi al nivel del mar, y el *Rescate* sumergiéndose por momentos no tardará en irse á pique. En tan crítica situacion un hombre únicamente puede picar la bomba; pero ¿cómo con tan extremada debilidad logrará detener los rápidos é invasores progresos del Océano? Sin embargo Robert no vacila un punto en encargarse de esta penosa faena, y la emprende con animoso valor; pero la bomba rehusa funcionar, y en vano el atleta, reuniendo las escasas fuerzas que le restan, se doblega sobre el aparato para vencer su resistencia: agótase su esfuerzo inútilmente y el temible elemento sigue ganando terreno.

¿Qué hacer? Timor dista unas doscientas leguas, y las costas más cercanas, pobladas de salvajes, no ofrecen asilo seguro. Robert examina con detencion la bomba, busca y halla la causa del contratiempo... un pedazo de tela obstruia el conducto. Removido el obstáculo, los resortes recobran su natural movimiento, y la incansable constancia de un solo hombre mantiene la barca á flote á pesar del agua que la invade sin cesar. Robert no se separa ya del aparato; lucha dia y noche contra las olas, las rechaza, y á cada nuevo asalto su voz desafia al mar diciéndole: ¡Detente! mi voluntad se opone á que prosigas.

«La mirada de su jefe querido siempre fija en él alienta la energía espirante del Hércules; todavía un esfuerzo y todos se hallarán en salvo.

«A medida que la embarcacion avanza, el horizonte se despeja presentando vistas cada vez más hospitalarias; pronto aparece el estrecho de Torrés, y poco despues el cabo australiano de la tierra de Carpentarie. El cálido ambiente de la India europea reanima el espíritu descaecido de los náufragos; el rico y suave perfume que exhala la isla de Java, galvaniza aquellos cadáveres vivientes. En fin, he ahí Timor con sus peligrosas costas: el Océano ha sido vencido, pero aun falta librarse de los caníbales. Su salvacion no depende ya sino del acierto con que el timon sea dirigido. Pero ¿cómo temer si gobierna el capitan cuya mano y vigilancia son firmes y conocidas? El bote pasa de largo rápido como el viento, arribando por último á Coupang, donde flota un pabellon amigo, el de Holanda... El *Rescate* ancla en el puerto y un grito de alegría se exhala de treinta pechos á un tiempo; son otros tantos infelices que vuelven á la vida!»

Como se ve, excepto el incendio, los náufragos del *Duroc* experimentaron cuantas vicisitudes reserva el mar para los que osan descifrar sus arcanos; escollos, calma, hambre, tempestad, todo contribuyó á amontonar á su alrededor peligros y privaciones. Habíanse salvado, es verdad; empero ¡por cuán heróicos medios, á costa de cuántos dolorosos padecimientos! Al saltar en tierra aquellas víctimas resignadas de una suerte adversa desmayaron; sus fuerzas se desvane-

cieron cuando ya el peligro no las sobrescitaba. La señora de la Vayssière, hasta allí tan animosa, cayó gravemente enferma, salvándose casi por milagro. No era de extrañar... ¡Infeliz! Ninguno debió padecer lo que ella. ¡Era madre!...

NAUFRAGIO DEL SAN PEDRO.

Behering, de orígen danes, pero al servicio de la armada rusa desde el año 1707, terminaba en 1740 su primer viaje á Kamtschatka, verificado por órden de la emperatriz Catalina. Preocupado tanto él como los dos tenientes Spangeberg, aleman, y Tschirikof, ruso, por haber observado entre los 50° y 60° de latitud troncos de árboles, bandadas de pájaros y otros indicios que revelaban la proximidad de tierra, propusieron al gobierno un segundo viaje á dicho punto, ofreciendo al propio tiempo hacer algunos descubrimientos entre el Asia y el Norte de América. La Rusia gozaba entónces de una paz inalterable, y la proposicion de Behering, cuya capacidad, conocimientos y ánimo esforzado habíanse probado ya en diferentes ocasiones, fue aceptada confiriéndole el mando de la nueva expedicion con el nombramiento de capitan comandante. Los dos tenientes fueron tambien ascendidos á capitanes auxiliares, si bien Spangeberg partió para una comision especial al Japon, no regresando hasta 1742.

El nuevo capitan sin perder tiempo hizo construir en Okhostk (1) dos barcos de gran porte y solidez, aptos para resistir tempestades y hielos, nombrando al uno *San Pedro* y al otro *San Pablo*.

Completóse la tripulacion á mediados del verano, y el 4 de setiembre de 1740 hízose á la vela la expedicion, los señores formando parte de ella, Delisle de la Croyère, astrónomo, y Steller, naturalista. Componíase de cinco buques: el *San Pedro*, mandado por Behering; el *San Pablo*, capitan Tschirikof; uno más pequeño conduciendo á los dos observadores científicos, y los dos restantes con víveres.

Durante los frios invernaron en Avatcha, y ántes de salir de dicho punto se reunieron en consulta los capitanes invitando á la Croyère para tratar del derrotero que debian seguir. Decidióse navegar hácia el S. S. E. con direccion á las tierras descubiertas por Juan de Gama, y en caso de no hallarlas, hasta los 46°, y se seguiria al E. y N. E. por lo ménos hasta los 66° de latitud.

Steller se embarcó en el *San Pedro*, la Croyère en el *San Pablo*, y los dos buques zarparon de Avatcha el 4 de junio de 1741. El 12 sin avería alguna llegaron á los 46° de latitud fijada de antemano, mas convencidos ambos capitanes

(1) Pequeña ciudad situada en el golfo de Kamtschatka, cabeza del distrito ruso de este nombre. Ordinariamente pasan por este puerto todos los buques que se dirigen á Kamtschatka, y su principal comercio son pieles, cuya circunstancia le da un aspecto animado en medio de las vastas soledades que le rodean. Dista unas 1500 leguas de San Petersburgo, capital del imperio.

de que no existian en aquellas aguas las tierras de Gama, viraron de bordo y continuaron su viaje con direccion al Norte hasta los 50° sin observar indicios de tierra, viéndose precisados entónces á navegar hácia el Este para acercarse á América.

La tremenda tempestad que se desencadenó el dia 20 en aquellos mares, seguida por espacio de algunas horas de una oscuridad completa, separó los dos buques. El dia 18 del siguiente mes Behering, que se corrió algun tanto hácia el Norte con la esperanza de reunirse de nuevo al *San Pablo*, divisó el continente americano, cuyas elevadas montañas cubiertas de nieve ofrecian un aspecto pintoresco é imponente.

Aun cuando hicieron grandes esfuerzos por arribar á la costa, no lograron su objeto hasta el 20 á causa del viento escaso y variable.

Fondeados en una isla bastante extensa y próxima al continente, el capitan mandó una partida de hombres armados dirigida por Steller en busca de agua, y una chalupa con varios marineros al mando del contramaestre Chitrof á fin de que exploraran el golfo. El contramaestre encontró entre dos islas un fondeadero abrigado, pero peligroso; pues las rompientes no permitian penetrar en él buques de algun calado, y Steller por su parte tuvo la suerte de descubrir varias cabañas inhabitadas, sin duda propiedad de algunos habitantes del continente que se trasladaban á ellas para dedicarse á la pesca. Las cabañas eran de madera, forradas de planchas de hierro, y dentro de una de ellas habia un gran cofre de álamo, una bola hueca de tierra y una piedra en la que recientemente se debian haber afilado algunos cuchillos de cobre. En una cueva inmediata encontraron tambien salmon ahumado, una yérba dulce preparada del mismo modo que en Kamtschatka, cuerdas, utensilios y muelas de diferentes clases y dimensiones.

Tan pronto como los indígenas notaron la presencia de los extranjeros huyeron en desórden dejando en poder de estos una flecha y un objeto para encender fuego parecido á los usados en Kamtschatka, formado de una plancha con varios agujeros, en uno de los cuales se mete el extremo de un palo y por el otro lado se le da vueltas entre las manos hasta que la rapidez del movimiento le enciende.

En lontananza se distinguia una colina con bastante arbolado al traves del cual brillaba el resplandor de una hoguera. Steller no se atrevió á llegar hasta allí, contentándose con recoger en los alrededores gran cantidad de plantas en cuya análisis empleó algun tiempo, pues la mayor parte pertenecian á familias de vegetales casi desconocidas en Europa.

Los marineros observaron, al pasar por entre varias piedras, señales de haber encendido fuego, troncos cortados y huellas humanas en la yerba, como tambien pescado ahumado semejante á las carpas, y cuatro ó cinco zorras que ni aun abandonaron su puesto al aproximarse los rusos.

Deseosos estos de manifestar á los americanos sus pacíficas intenciones, y comprendiendo que aquellos no se acercarian durante su permanencia en la isla, les dejaron en tierra algunos presentes el dia ántes de la partida, entre ellos una pieza de percalina verde, dos calderos de hierro, tres ó cuatro cuchillos, veinte libras de abalorios gruesos y una de tabaco de Tscherkassie en hojas.

El dia 21 de julio resolvió Behering navegar á lo largo de la costa hácia el Nor-

te hasta los 60° de latitud; pero despues de andar algunas millas fuele preciso cambiar de rumbo porque la direccion de la costa era Sureste. A cada momento aumentaban los obstáculos; la navegacion empezaba á ser peligrosa; islotes pequeños rodeaban por todas partes el continente, de modo que cuando ménos se esperaba veíase detenido el buque por numerosos escollos y obligado á retroceder para buscar paso franco. Durante la noche engruesó la marejada, saltó la tormenta y el barco ya navegaba entre olas agitadas, ya se deslizaba suavemente por aguas tranquilas; despues de algunas horas de calma volvíase á encontrar en una mar tan impetuosa que el piloto ni aun podia gobernar. Esta diferencia sin duda era producida porque los arrecifes imposibles de distinguir en medio de la oscuridad le protegian momentáneamente del temporal.

El dia 3, que aun continuaban navegando entre las islas, divisaron en una de ellas varios habitantes que por señas les invitaban á bajar á tierra.

Decidióse en consejo de oficiales acceder á los deseos de los indígenas, y en su consecuencia una barca tripulada por nueve marineros armados al mando del teniente Waxel se dirigió hácia ellos. Llegados á la playa amarraron la chalupa á unas rocas al propio tiempo que saltaban á ella tres hombres, uno de ellos coreo que les servia de intérprete.

Los rusos fueron bien recibidos de los salvajes, mas no pudiendo entenderse, viéronse obligados á adoptar el lenguaje mímico. Los americanos les ofrecieron carne de ballena, único manjar que poseian. Estaban detenidos en apuel punto para la pesca de dicho cetáceo; en la orilla se balanceaban numerosas capas, mas no se descubrian mujeres ni cabañas.

Tampoco llevaban armas de ninguna especie, por lo que no temiendo los rusos de su parte ataque alguno visitaron casi toda la isla, sin perder nunca de vista la chalupa.

El traje de los insulares consistia en tripas de ballena para la parte superior del cuerpo, pieles de can marino ajustadas á las piernas y casquete de leon marino adornado con vistosas plumas de diversos pájaros y entre ellos de halcon. Llevaban la cara pintada de encarnado y algunos de diferentes colores; sus facciones expresaban tipos completamente distintos, y al propio tiempo que unos tenian la nariz aplastada como los kalmucos, la de otros era recta al igual de los europeos. Su estatura aventajada, y su alimento principal ballenas, vacas, leones y osos marinos, como tambien raíces de árboles.

Miéntras los rusos exploraban la isla entró en la chalupa, ocupada por Waxel, un indígena que por su edad y aspecto parecia el jefe. Llevaba en la cintura un cuchillo de forma particular, de unas ocho pulgadas de largo y punta muy ancha y roma. Waxel ofrecióle una taza de aguardiente, mas aquel despues de gustarla la arrojó con ademan airado, y el teniente para calmarle le regaló una sarta de cuentas de vidrio, pipas y otros objetos que no aceptó, demostrando por signos y gritos que sólo deseaba volver entre los suyos.

Los americanos detuvieron al intérprete y dirigiéndose despues hácia las rocas tiraron del cable que sujetaba la chalupa con intencion de acercarla á tierra, creyéndola sin duda tan fácil de manejar como sus canoas. Waxel, temeroso de que lograran su objeto, mandó picar el cable y disparar dos tiros al aire. El éxito coronó sus deseos, pues á las detonaciones que reprodujo la vecina mon-

taña cayeron asustados, dando lugar á que el intérprete pudiera reunirse con sus compañeros. No tardaron mucho en recobrarse demostrando por medio de gritos y ademanes que estaban muy ofendidos, mas Waxel sin hacerles caso dirigióse hácia el buque á todo remo, pues la distancia era larga, la mar de fondo y la oscuridad creciente.

Al dia siguiente miéntras Waxel estaba ocupado en aparejar el buque, aproximáronse seis ó siete salvajes cada uno en su canoa. Dos ó tres se encaramaron á la escalera para regalar á los rusos en testimonio de buena amistad sus casquetes, un esqueleto humano que al parecer les servia de ídolo, y un baston como de cinco piés de longitud, en cuyo extremo estaban colocadas sin órden varias plumas de halcon. Waxel correspondió con otros presentes á los obsequios de los indígenas, quienes tenian intencion de entrar en el buque, mas el viento comenzaba á arreciar bastante y determinaron regresar á la isla. Apénas llegados á ella formaron círculo en la orilla gritando en coro por espacio de un cuarto de hora, y al pasar por delante del *San Pedro* renovaron su gritería para demostrar que les deseaban buen viaje, ó quizás la alegría causada por verse libres de tales huéspedes.

El 24 de setiembre anunció el timonel que se descubria tierra, pero el viento Sur impedia llegar á la orilla. Insensiblemente fué cargando el viento; densas nubes se amontonaron en el espacio, y desencadenóse un récio temporal que arrojó el buque hácia el Sureste. Durante diez y siete dias fueron vanos los esfuerzos del piloto para gobernar el barco, pues las olas rugian impetuosas, y aun cuando se aguantaron á palo seco, el 12 de octubre, dia en que la tempestad amainó algun tanto, encontráronse á los 48° 18' de latitud, segun cálculo aproximado, pues fue imposible tomar la altura con exactitud á consecuencia de que aun continuaba el cielo encapotado.

Las enfermedades que reinaban á bordo se desarrollaron con espantosa rapidez, y el escorbuto empezó á declararse con bastante intensidad, causando la muerte de uno ó dos hombres cada dia, así es que apénas quedaban marineros suficientes para la maniobra.

En tan tristes circunstancias se trató de volver á Kamstchatka ó bien invernar en algun punto de América, y decidido el capitan á adoptar el primer partido, dirigiéronse al Norte apénas el viento fue favorable, y el 15 de octubre se corrieron un poco hácia el Oeste. Pasaron delante de algunas islas; una de ellas la bautizaron con el nombre de *San Macario* y las otras tres con los de *San Estéban*, *San Teodoro* y *San Abraham*.

El dia 29 y 30 cruzaron por delante de dos islas que posteriormente nombraron *islas de la Seduccion*, pues al principio, creyendo serian las dos primeras Kouridas (1), navegaron hácia el Norte, cuando siguiendo el mismo derrotero pudieran llegar al cabo de dos dias á Avatcha.

Esta equivocacion tuvo funestas consecuencias y en vano trataron de navegar despues hácia el Oeste. La costa de Kamtschatka continuó siendo para ellos invisible, y lo avanzado de la estacion arrebatábales toda esperanza de llegar á

(1) Grupo de veinte y una islas que forma una línea de 310 leguas de longitud al Sureste de Kamtschatka. Pertenecen casi todas al gobierno ruso que recibe un tributo en pieles.

puerto ántes del invierno. El escorbuto continuaba haciendo estragos; el timonel cayó enfermo, y era preciso conducirle á su puesto entre varios y relevarle á menudo, pues le faltaban fuerzas para manejar la caña. El capitan ni aun se atrevia á largar velas, ya por temor de que en caso de necesidad no pudieran recogerse, ya por el de que las desgarrara el viento, por estar ya muy deterioradas.

La incesante lluvia que venian sufriendo convirtióse primero en pedrisco y por último en nieve. Las noches se alargaban cada vez con mayor oscuridad impidiendo que á bordo se gozara de tranquilidad, pues á cada paso temian encallar, llegando el abatimiento y desesperacion al extremo de permanecer el buque varios dias consecutivos inmóvil en medio del mar sin que la tripulacion ejecutara maniobra alguna.

Reducidos á este apuro, Waxel exhortó á los marineros para que no desesperaran de la voluntad divina é hicieran un supremo esfuerzo en favor de su propia salvacion. Este discurso produjo grande efecto entre la tripulacion, que comprendiendo las fundadas razones de su jefe se dispuso á trabajar, y Dios sin duda en recompensa de sus afanes les deparó la singular satisfaccion de descubrir tierra al poco tiempo.

Grande fue entónces la alegría que estalló en trasportes indescribibles, y los extenuados marineros recobraron como por encanto sus perdidas fuerzas.

Desde aquel momento trataron de acercarse á la costa, mas no pudieron conseguirlo, pues aun estaba bastante lejana. La noche sobrevino y el capitan juzgó prudente mantenerse á la capa hasta el cercano dia; mas á consecuencia del viento y la maniobra encontraron á la mañana siguiente rota casi toda la jarcia de estribor.

Reunióse en seguida consejo de oficiales adoptándose la resolucion de desembarcar en vista de la falta de aparejo, escasa tripulacion y averías que sufriera el buque en su peligroso viaje.

El viento Norte refrescaba demasiado, la sonda acusaba treinta y siete brazas y fondo de arena, y á las cinco de la tarde igual fondo y doce brazas. Dieron fondo entónces largando tres cuartos del cable. Las impetuosas olas le rompieron á las seis horas y arrojaron furiosamente el buque contra unas rocas, en las que tocó dos veces seguidas. Apénas consultada la sonda que marcaba cinco brazas de profundidad, una ola rompió con tal fuerza en uno de los costados del buque que le hizo estremecer. Tiróse al agua una segunda ancla y el cable se rompió casi al momento. Por casualidad la única que restaba debia prepararse, y gracias á esto no se tuvo que deplorar igual percance, pues ninguna hubiera resistido la furia del oleaje. De repente un golpe de mar levantó el buque arrojándole por encima de las rocas y le depositó en una ensenada, cuyas aguas corrian apacibles.

La divina Providencia les habia conducido como por milagro á un sitio en apariencia peligroso, pero en realidad el único en que cabia la posibilidad de salvarse. Por ambos lados arrecifes de rocas inaccesibles rodeaban el continente, y de seguro tanto hácia el Norte como al Sur hubiera estrellado el buque contra los escollos exponiendo á la tripulacion á una muerte casi segura.

El invierno con sus rigurosos frios estaba ya algo adelantado, de modo que los marineros apénas en tierra se dedicaron á escoger el sitio más á propósito

para establecerse. Waxel y Steller desembarcaron el dia 6 de noviembre á cosa de la una de la tarde y pudieron convencerse por sus propios ojos, con el mayor sentimiento del mundo, que aquel país era del todo estéril, y comenzaba á verse cubierto de nieve; sin embargo, á pesar de la estacion, aun no se habia helado un arroyo que serpenteaba por la montaña y arrastraba un caudal de agua límpida y de buen sabor. Ningun material se descubria en la isla que pudiera aplicarse á la construccion de cabañas para guarecerse de la intemperie; la desgracia, al parecer, se complacia en perseguirles sin descanso, dibujándoles en lontananza una perspectiva desconsoladora; mas es sabido que la necesidad aguza el ingenio del hombre y así sucedió. El teniente echó de ver algunas cuevas que la naturaleza practicara cerca de la arena que humedecia el arroyo, y en seguida mandólas limpiar y cubrir con parte de las velas del buque, hasta tanto que el mar arrojara á la orilla madera suficiente para levantar algunas cabañas que pudiera proporcionarles mayores comodidades.

El 8 de noviembre trasladaron á la isla algunos enfermos, pero por efecto de habérseles expuesto al aire libre sucumbieron á las pocas horas.

Criábase allí una especie de zorras llamadas *petzi* en lengua rusa, que en lugar de asustarse y huir al ver gente, se acercaban sin duda porque jamas sér humano hollara con su planta aquella isla completamente desierta. Estos animales dando pruebas de una ferocidad increible arrojábanse sobre los muertos con avidez, de modo que devoraron las manos y los piés de algunos cadáveres ántes de poder enterrarles.

El dia 9 condujeron á tierra entre cuatro hombres al capitan, preservándole con el mayor cuidado del aire exterior, y en los siguientes á los demas enfermos que aun continuaban en el buque; mas fueron vanas sus precauciones, pues ninguno escapó con vida del terrible escorbuto.

Los síntomas de esta enfermedad comienzan por displicencia, hastío y abatimiento de ánimo. El enfermo prefiere estar tendido á pasearse, causa casi siempre de que esta dolencia se agrave. Dolores agudos afectan todos los miembros; hínchanse los piés; tórnase amarillento; manchas amoratadas cubren su cuerpo; mana la sangre de la boca y encías y los dientes se conmueven. El paciente pierde entónces la fuerza necesaria para moverse y nada le importa ya perder la vida. Entre los atacados pudieron observarse dos fenómenos opuestos; unos estaban sobrecogidos por un terror pánico y el menor ruido bastaba para alarmarles, y otros por el contrario comian con buen apetito sin siquiera imaginar la gravedad del peligro. Estos últimos apénas oyeron la órden de que los enfermos fuesen conducidos á la isla, se vistieron presurosos no dudando de su pronto restablecimiento; mas sorprendióles la muerte al respirar sobre cubierta el aire libre.

Unicamente consiguieron salir bien de la enfermedad los que á causa de su carácter no se dejaron abatir, continuando siempre en movimiento. El influjo de la fuerza moral pudo notarse sobretodo entre los oficiales, que estando ocupados á todas horas para dictar órdenes, hacian mucho ejercicio y no decaia su ánimo distraido con otras tareas. Ademas tenian la ventaja de que Steller, sobre ser médico, era una de aquellas personas que comunican la alegría á cuantos las rodean.

La salud de Waxel y Chitrof no se alteró en lo más mínimo durante la travesía, y resolvieron no abandonar el buque hasta que todos se hallaran en tierra. Esta resolucion estuvo á pique de costarles muy cara, pues ya por falta de ejercicio y distraccion, ya por estar mezclada á bordo la atmósfera con el aire mefítico del sollado, al cabo de pocos dias se encontraban tan mal que se hizo preciso llevarles á tierra. La experiencia les habia enseñado á todos las grandes precauciones que debian adoptarse para los enfermos, así es que les envolvieron bien en mantas y sólo les dejaron aspirar el aire por grados. Felizmente restablecióse con este procedimiento la salud de los dos oficiales, aun cuando la convalecencia de Chitrof fue más lenta que la de Waxel.

El dia 8 de diciembre los náufragos tuvieron que deplorar la pérdida de su capitan Behering, y á fin de perpetuar su recuerdo le dieron á la isla por nombre el de dicho capitan (1). Cuando trasladaron á la isla á este marino se empleó el mayor esmero, colocándole luego en una de las cuevas ménos incómodas que cubrieron. Desde los primeros dias ponia especial empeño en desprender con los piés las diversas capas de arena de la pared para cubrirse la parte inferior del cuerpo. Al fin de la enfermedad llegábale ya hasta el vientre y no osaban quitársele por temor de enfadarle y agravar su estado, pues sostenia que le prestaba calor, de modo que al espirar fue preciso materialmente desenterrarle para sepultarlo.

Algunos dias ántes de ocurrir la muerte de Behering, los rusos tuvieron que lamentar otra nueva desgracia. El buque estaba anclado y expuesto á la impetuosidad de las olas, y en la noche del 28 al 29 una violenta tempestad en direccion de E. á S. E. rompió el cable y estrelló el buque contra una de las rocas cercanas al sitio donde dormian. A la mañana siguiente pudieron reconocerle y hallaron rota la quilla y las jarcias, habiéndose llevado el mar la mayor parte de los víveres consistentes en harina, avena y sal.

Sin embargo aun les restaba una esperanza en su corazon, y era la de poder construir uno nuevo con los restos del primero, que por fortuna quedó como encallado en la arena.

Los rusos ignoraban aun si se encontraban en una isla ó un continente, si estaba ó no habitado, y sus producciones animales y vegetales. Los oficiales decidieron escoger los marineros más robustos para que fuésen á explorar tanto por el Norte como por el Sur. Los exploradores se alejaron hasta las últimas rocas que se perdian en el mar, y al cabo de cuatro dias regresaron con la conviccion de que no se descubria la menor huella humana, y sí sólo en la orilla multitud de nútrias y en el interior zorras de color azul y blanco tan mansas como los petzi. Varios subieron á una montaña de gran elevacion, desde cuya cumbre sólo se divisaba en torno el mar, por cuya razon no dudaron un momento de que se hallaban en una isla que no producia sino algunos sáuces que á grupos crecian á lo largo del arroyo.

Despues de este reconocimiento procedióse al exámen de los víveres salvados

(1) La isla de Behering, que ha conservado su nombre, está inhabitada y al Norte de Kamtschatka, y sólo la visitan los *morsos*, focas y nútrias marinas.

Behering tambien dió nombre al estrecho que separa el cabo Norte del Asia del de América, y se conserva aun en la parte septentrional del Océano boreal.

del furor de la tempestad, y lo primero fue separar en calidad de reserva ochocientas libras de harina que debian servirles para el regreso á Kamtschatka. Aun cuando las raciones señaladas para cada dia eran sumamente exiguas é insignificantes para el alimento, no alcanzaran con mucho hasta su salida de la isla si los animales marinos no suplieran la falta producida por aquellas.

Los primeros de que echaron mano fueron las nútrias, cuya carne es dura y coriácea, pero fueles preciso contentarse con este manjar hasta poderle sustituir por otro ménos desagradable; y aun cuando más adelante no les sirvieron ya de alimento, no por eso dejaron de cazarlas en gran número á causa de sus hermosas pieles. Estas tienen un valor inmenso para ciertos países como la China, donde ha llegado á pagarse por cada una de ellas ochenta y cien rublos. Los náufragos reunieron durante su permanencia en la isla unas novecientas pieles, las cuales se distribuyeron por partes iguales entre todos. A Steller tocáronle, empero, algunas más que á sus compañeros; á fuer de médico, muchos agradecidos por los cuidados que les dispensara, le regalaron varias, y otros en la duda de si les seria dado volver algun dia á su patria, se las vendieron por un precio insignificante; de modo que á su regreso poseia más de trescientas.

En marzo las nútrias desaparecieron reemplazándolas los perros marinos y otro mamífero llamado en el Kamstchatka gato marino á causa de sus largos bigotes. Estas dos clases de animales abundaban en las costas de la isla, particularmente los segundos en la parte occidental; llegando á pesar los mayores hasta ochocientas libras. Su carne asaz desagradable al paladar repugnábales bastante, y sin embargo, á falta de otros alimentos veíanse obligados á comerla; por fortuna alguna que otra vez solian sorprender leones marinos, animal de excelente carne y enormes dimensiones, cuyo peso asciende á más de sesenta arrobas. El leon marino es temido de los demas anfibios, así como del hombre mismo; sus fieros instintos se observan fácilmente en su aspecto terrible y en el fulgor de sus encendidos ojos; los rusos sólo osaban acometerlos miéntras dormian.

El morso fueles tambien muy útil; varios de los que lograron coger pesaban cerca de ocho quintales, de suerte que uno solo era suficiente para mantenerlos durante quince dias. Cuando son grandes, su carne se parece á la del buey, y á la ternera cuando jóvenes; la grasa que la cubre es análoga á la del cerdo. Los náufragos derretíanla y usaban en vez de manteca; en cuanto á la carne despues de salarla la metian en barriles y guardábanla para su regreso á Kamtschatka.

Una circunstancia inesperada modificó algun tanto la triste situacion de los rusos en la isla de Bering. Al principio del invierno el mar arrojó á la playa no léjos de su habitacion el cadáver de una ballena que medía próximamente ocho brazas, y proporcionóles nuevos y abundantes recursos, sustituyendo á los demas animales marinos cuando estos escaseaban, por lo que dieron en llamarle el *almacen de víveres*. Cortaban la grasa en pedazos cuadrados, de la que extraian aceite haciéndola hervir; luego de practicada esta operacion comian lo restante aunque duro. Pocos dias ántes de la primavera otro cetáceo igualmente muerto, pero mucho más fresco que el anterior, fue tambien arrojado á la costa, razon por la cual los rusos abandonaron el primero.

Hácia fines del mes de marzo de 1742, época en que empieza el deshielo,

ocupáronse formalmente de su regreso. Al efecto reuniéronse todos en número de cuarenta y cinco y deliberóse sobre los medios más fáciles y oportunos de volver á Kamtschatka. La entera igualdad en que vivian produjo desde luego entre ellos diversidad de pareceres, apoyados en sólidos argumentos y sostenidos con ardoroso empeño. No obstante, Waxel, sin herir el amor propio de nadie supo hábilmente oponer la opinion del uno á la del otro contrario sirviéndose para destruirla de la de un tercero, que rechazaba en seguida á su vez merced á poderosas objeciones contra las cuales no habia réplica posible. Por último, de comun acuerdo con Chitrof propuso como más conveniente despedazar el buque y construir con sus restos otro de menores dimensiones, pero bastante espacioso para contener tripulacion y provisiones. De este modo cuantos habian sufrido juntos no se separarian, ninguno quedaria abandonado; y caso de acontecer una nueva desgracia las sobrellevarian como hasta allí, unidos y socorriéndose mútuamente. Esta proposicion fue aprobada por unanimidad de ella redactóse un acta que firmaron todos, y aprovechando el buen tiempo que sobrevino á principios de abril, tratóse de llevarla á cabo. Emplearon un mes entero en quitar los aparejos y deshacer el casco, trabajando con ahinco, en lo cual daban ejemplo los oficiales.

Los tres carpinteros del buque habian fallecido, mas esto no impidió la ejecucion del plan. Afortunadamente entre los tripulantes se contaba un cosaco natural de Krasnoiarsk en Siberia, llamado Sawa Starotonbzof, quien sirviera como operario en el astillero de Okhostk y que se ofreció para dirigir la construccion del nuevo buque con tal de que se le facilitaran los datos indispensables al efecto. Aceptada su proposicion, llevó á cabo su cometido con gran acierto, y tal servicio prestado á sus compañeros de infortunio no quedó sin recompensa, pues tan luego como regresaron á su país, la córte de Rusia confirióle la distincion de *simboiakoy*, que es el primer título de nobleza en Siberia.

Así pues, el 6 de mayo púsose la quilla á una embarcacion de cuarenta piés de eslora por trece de manga; y al finar el mes, la roda, los codastes y las varengas se hallaban ya colocadas. A principios del siguiente forróse el buque por dentro y fuera, y algunos dias despues se le calafateó. Su arboladura componíase de un palo, y aunque de un solo puente, contenia sin embargo una cámara de popa y una cocina en la proa. Llevaba ademas cuatro remos por banda y sobre cubierta un bote capaz de contener nueve ó diez personas.

Una vez terminado el casco lo botaron al agua, poniéndole por nombre *San Pedro* como el buque de cuyos restos procedia. Las balas de cañon y la ferretería del primero se emplearon como lastre aprovechando una calma constante que duró seis dias en colocar el palo, el timon, las velas y cargar los víveres.

Grande fue la alegría de los náufragos al ver terminado un buque, en el cual esperaban volver al suelo natal. Embarcáronse el dia 15, el 16 zarparon y el 25 avistaron Kamtschatka, teniendo la dicha inefable de desembarcar el 27 en el puerto de Avatcha.

ASIA.

Terminada ya la coleccion de los naufragios ocurridos en los mares del Asia, detengámonos un momento ántes de penetrar en el inmenso archipiélago de la Oceanía, para echar una ojeada retrospectiva sobre esa parte del mundo, cuna del género humano al parecer, y la más interesante sin duda por los recuerdos que excita y los misterios que aun hoy encierra.

El Asia, orígen de todos los pueblos conocidos, patria de las más famosas naciones, solar de los más brillantes imperios, ha sido largo tiempo desconocida casi del todo por los europeos, y su historia primitiva se pierde en un cáos en el que aparecen confundidas la fábula y la verdad, siendo no pocas veces harto difícil distinguirlas. Veamos, pues, aunque someramente por qué série de circunstancias fue conocida, consignando como honrosa mencion los nombres de los esclarecidos viajeros que más contribuyeron á revelarla.

El nombre de Asia es muy antiguo. Homero, Herodoto y Eurípides se sirvieron de esta palabra para designar una comarca de la Lidia. Parece natural, segun observa Malte-Brun, que los griegos extendiesen gradualmente este nombre desde una sola provincia al Asia menor, y despues á las otras comarcas orientales á medida que adquirieron mayor conocimiento del territorio. A veces el Egipto iba comprendido en los límites del Asia, la cual por consiguiente terminaba donde empezaba la Libia. Muchas son las disertaciones hechas sobre el orígen de este nombre. Unos, como Bochart, creen que procede de una palabra hebrea ó fenicia que significa medio, por estar situada entre los otros dos, segun los conocimientos de aquellos tiempos; mas esa etimología carece de fundamento histórico segun opinion de muchos sabios. Otros suponen que deriva del sanscrito, y que significa el oriente, ó el nacimiento de la luz. Los griegos, que con su mitología hallaban el orígen de todos los nombres geográficos, hacian derivar el nombre de Asia del de la mujer de Prometeo, y segun otras tradiciones, Asia era la mujer de Jafet y madre de Prometeo. Herodoto, que cita este orígen, añade que, segun los lidios este nombre deriva del de Asias, hijo de Cotys, que dió su nombre á los ases (Asiada) tribu de sardos.

En los libros de Moises y en otras partes de la Biblia se encuentran los primeros detalles geográficos sobre el Asia occidental, pues por ellos tenemos noticia de los imperios más antiguos conocidos; por ella sabemos que en tiempos muy remotos atravesaban esta region caravanas de mercaderes atraidos por la sed del oro. Homero describió con exactitud el reino de Troya, que extendia su dominio hasta Cilicia, dejándonos tambien alguna reseña de las costas orientales del mar Negro y Asia menor, así como de los fenicios. Este célebre poeta ase-

gura que los etíopes vivian en el Oriente, y que eran los pueblos más remotos de la tierra, infiriéndose de sus obras que poseia tambien nociones confusas de los árabes. Los escritores posteriores á Homero comprendieron sucesivamente, bajo la denominacion general de etíopes, á los persas, bactrianos, indios y todos los pueblos que se iban descubriendo hácia el Oriente y Mediodía. Sin embargo, el imperio de los persas se conoció mucho mejor despues de su larga guerra contra los griegos, pues ya entónces súpose que Darío realizó la conquista de la India, probablemente de las provincias del Pendj-ab, que por el E. sirven de límites al Sind. Herodoto extendió los conocimientos geográficos del Asia, mas solo tuvo una idea muy confusa de la India, aunque nos la representa como muy rica y poblada. Aplicaba el nombre de escitas á los pueblos nómadas del Asia central y de los alrededores de los mares Caspio y Negro, describiendo el primero con bastante exactitud. Asia, segun él, era más extensa que Europa, y se encontraban desiertos al E. de la India. En el año 399 ántes de J. C. la retirada de los diez mil, cuya historia escribió Xenofonte, proporcionó á los griegos nuevas noticias sobre la region que componen en el dia el Kurdistan y la Armenia, y sobre las costas del mar Negro.

Hácia esta época Ctesías, que vivió en la córte de los reyes de Persia, publicó un libro sobre la India, que contiene noticias, unas fabulosas, y otras cuya exactitud se reconoce si se examinan con atencion. En su expedicion desde el año 331 hasta 324 ántes de J. C., Alejandro extendió el conocimiento del Asia. Este conquistador penetró más allá de la Bactriana (Grande Bukharia) hasta el país de los escitas cerca de la estepa de los kirghis, atravesó la cordillera del Paropamiso y sus ramales meridionales, pasó el Indo, recorrió el Pendj-ab, volvió á pasar el Indo cerca de su embocadura, y siguió la costa del mar Erytreo, hoy mar de Oman. Los geógrafos que le acompañaban señalaron en sus obras particulares la marcha de aquel conquistador ántes de volver á entrar en la Persia, y sus almirantes Nearco, Androsthenes y Onesicrito recibieron órden de reconocer las costas que el ejército siguiera por tierra. Esta memorable campaña suministró á los griegos multitud de datos nuevos sobre la geografía é historia natural de Asia, y rectificó los que se tenian acerca de la India. El año 290 ántes de J. C., Seleuco Nicator, uno de los sucesores de Alejandro, llevó sus armas victoriosas hasta las márgenes del Gánges, y su almirante Patrócles surcó el Océano Indio y el mar Caspio, miéntras que el comercio abria nuevas vias á los viajeros. Los reyes griegos de Egipto enviaban sus flotas desde los puertos del golfo Arábigo con direccion á las costas occidentales de la India y á la isla de Taprobana (Ceilan), si bien en su ruta no se alejaban de las costas.

Cuando Tolomeo Filadelfo envió geógrafos á la India con el objeto de adquirir noticias más exactas del país, las caravanas iban ya por el N. de la Persia y por la Bactriana á la India septentrional, y penetraban por un lado hasta Palibothra (Allah-Abad), bajando por el Gánges; y por el otro, dando la vuelta del Imaus (Tsungling é Himalaya), penetraban en el Tibet y llegaban á la Sérica y á los confines occidentales sujetos al imperio chino. Bajo el reinado de Tolomeo Fiscon (desde los 146 hasta los 116 años ántes de J. C.), Eudocio de Cizico acortó la derrota á la India, saliendo de la entrada del golfo Arábigo con direccion á la costa de la India, siendo al parecer este navegante el primero que trajo diamantes de

aquellas regiones. Despues de las conquistas verificadas por Mitrídates, rey del Ponto, y por Pompeyo su vencedor, se estableció otro camino para ir á la India. Al N. de la Iberia, de la Albania y otros países más conocidos del Cáucaso, se vieron llegar pueblos nómadas que llevaban á las costas del mar Caspio las mercancías de la India que recibian por la Bactriana y por el Oxo (Djyhun).

Bajo Augusto, Elio Galo recorrió el interior de la Arabia. Hácia principios de la era cristiana Estrabon reunió en su geografía todas las noticias adquiridas hasta entónces sobre el Asia, mas ninguna añadió á las que diera Eratosthenes acerca de las tierras orientales de este continente. Juzgó que la India era el pueblo más oriental de Asia, teniendo por límites el Océano. Pomponio Mela trazó el curso del Oxo (Djyhun) hácia el mar de Aral, y pareció poner en duda la pretendida comunicacion del mar Caspio con el Océano creida por muchos geógrafos de aquel tiempo. En el primer siglo de la era vulgar Hippalo notició á los griegos de Egipto los monzones, con cuyo auxilio se atravesó rápidamente el mar de Arabia para ir y volver de la India. Plinio, que murió el año 79, trasmitió los nombres de varios pueblos de la costa occidental y del interior del Indostan hasta los montes Imans. Tolomeo, que vivió en tiempo de los Antoninos, suponia que Asia y África se juntaban hácia el Mediodía. Este geógrafo colocó el Quersoneso de oro en el extremo oriental de Asia, luego el Gran Golfo, y más allá el país de los sines. Durante mucho tiempo se creyó que el Quersoneso de oro era la península de Malaca, y el país de los sines, la China. Gosselin opina que son la costa de Ava, y la de Siam; mas parece que esta suposicion impone límites demasiado estrechos á los conocimientos de los antiguos acerca de esta parte del mundo.

La irrupcion de los bárbaros que en el siglo V destruyeron el imperio romano, á pesar de proceder los más de ellos del centro del Asia, no contribuyó en lo más mínimo á la exactitud de las noticias que se poseian acerca de este continente. Luego cesaron de cultivarse las ciencias, y aunque los árabes continuaron la geografía en la edad media, no añadieron mucho á lo que ya se sabia en tiempo de Tolomeo, y algunos entre ellos repitieron los errores de aquel geógrafo; de manera que ni llegaron á saber que el mar de Herkend, esto es, el mar entre el Africa y la India, no formaba más que un todo con el Océano Atlántico, más en compensacion adquirieron noticias exactas de las regiones situadas al N. de la Persia y de la India. Sólo indicaron de un modo vago la península situada más allá del Gánges, y las islas del archipiélago asiático á la otra parte de Sumatra y de Java. Segun ellos, las comarcas más septentrionales de Asia eran las de Gog y Magog (á la otra parte de los montes de los kirghis) y las fábulas que inventaron sobre ellas se trasmitieron á la geografía de los cristianos, en la cual subsistieron mucho tiempo.

Algunos embajadores árabes y otros viajeros fuéron por tierra á la China en el sigló VIII; luego acudieron bastantes mercaderes, los cuales llegaron por mar en el siglo IX; el movimiento impetuoso de las cruzadas colocó á Europa en contacto más directo é inmediato con el Asia, mas con todo contribuyó ménos á los progresos de la geografía que las grandes revoluciones de este último continente, que originaron la necesidad de visitar la Tartaria y la China. Las victorias y expediciones de los mogoles, que se extendieron hasta Silesia, llamaron la aten-

cion de Europa hácia la patria de estos devastadores, y de las naciones que habian sometido. La Santa Sede procuró apartar por medio de embajadores y misioneros el azote que amenazaba á Europa, y las relaciones de Ascelin, de Plan-Carpin y de Rubruquis diputados á los khanes de los mogoles en el siglo XIII, se han conservado hasta nuestro tiempo; y á ellos debemos las primeras noticias exactas de la Tartaria y el país de los mogoles.

En los siglos XIII y XIV salieron algunos misioneros para predicar el Evangelio á los mogoles, y varios de ellos penetraron hasta Pekin. La mayor parte dejaron relaciones de sus viajes, si bien muchas se perdieron ó están sepultadas en el polvo de las bibliotecas. Segun todas las apariencias, estos misioneros fueron precedidos por Benjamin, judío de Tudela en Navarra, que en 1160 escribió todo lo más notable que vió en sus viajes, penetrando hasta la India.

El espíritu incansable del comercio animó luego á otros viajeros. Varios mercaderes italianos llegaron á la Tartaria y al Mogol visitando otros pueblos nómadas del Asia, y por espacio de unos 200 años el comercio de la India y de la China estuvo en manos de los genoveses y venecianos, que enviaban allí sus naves como ántes los romanos.

De todos los viajeros de la edad media el más célebre y que más terreno recorrió es seguramente el veneciano Marco Polo, el cual emprendió su viaje por los años 1271, regresando á su patria en 1295, despues de recorrer toda el Asia central y las provincias de la China. Este escribió con bastante exactitud la descripcion de Cambalu (Peking), de Nanking y de otras ciudades; de Cipangu, (el Japon) y del Siampa al S. de la Cochinchina, visitando ademas las islas Nicobar y Andaman; la península occidental de la India; el Gudjerate, la Persia y la Arabia, de modo que con razon puede decirse que Marco Polo es el creador de la geografía moderna de Asia, y en todos los tratados que se publicaron en Europa su obra sirvió de texto por mucho tiempo respecto á este continente.

Durante los siglos XIV y XV la religion, la política y el comercio atrajeron la atencion de Europa hácia el Asia central. Las nociones emitidas por Francisco Balducci Pegoletti sobre el camino de Azof á la China, cuyo viaje efectuó en 1335, prueban que era más expedito entónces que ahora. Haithon, armenio, describió su país; Oderico de Portenau y Mandevile dieron tambien algunas noticias acerca del Asia, aunque añadieron muchas fábulas y pocas verdades á los datos suministrados por Marco Polo. Las relaciones del siglo XV ofrecen un carácter ménos fabuloso que las del XIV. Ruy Gonzalez de Clavijo, enviado en 1403 á Tamerlan por Enrique III, rey de Castilla, describió su viaje por Asia hasta Samarcanda. Juan Schildberger de Munich, que sirvió en los ejércitos de Tamerlan y otros khanes tártaros hasta 1427, escribió una relacion de sus viajes que no es muy interesante para la geografía. La relacion de Josaphat Barbaro, embajador veneciano, que visitó Tana (Azof) en 1436 y la Persia en 1471, es mucho más instructiva.

Las relaciones de los viajeros que recorrieron el Africa occidental, confirmadas por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza en 1468, dieron á conocer la existencia de un mar que se extendia al O. de Africa. En 1497 Vasco de Gama salió con una flota en busca de las Indias, y llegó el año siguiente á Calicut en la costa de Malabar. Desde entónces quedó abierto para los europeos el cami-

no por mar á la India. Los portugueses fueron los primeros que visitaron las costas occidentales de la India y de Bengala, Ceilan, los varios reinos de la península oriental de que hasta entónces no tenian noticias los europeos, y llegaron á la China en 1514, y despues al Japon en 1542. Otras naciones europeas siguieron su ejemplo y gradualmente adquirieron noticias de las costas meridionales y de parte de las orientales del Asia. Los holandeses, que expulsaron á los portugueses de la mayor parte de sus posesiones en las Indias, navegaron solos al Japon, y Van Diemen, gobernador general de las Indias orientales, envió en 1641 una embajada al rey de Laos. Dos años despues envió al Norte los buques *Castricum* y *Breskes*, los cuales descubrieron, aunque muy incompletamente, Ieso, Tchaka y algunas de las Kuriles meridionales. Hácia fines del siglo XVII Kaempfer, médico aleman empleado por la compañía holandesa, visitó y descubrió el Japon. Algunos misioneros recorrieron la China, el Annam y el Asia central. En 1603 Benito Goes fué de Lahor á la China, atravesando la pequeña Bukharia y el gran desierto. Pedro de Andrada pasó el Himalaya en 1624. Bernier, médico frances, visitó el Indostan y el Cachemir en 1664, y una multitud de viajeros europeos descubrieron el Asia menor, la Palestina, la Persia y las Indias.

La Siberia, conocida por los rusos desde el año 1499, fue conquistada por el corsario Yermak en 1578. Kupilof fue el primero que llegó en 1639 á las orillas del mar de Okhotsk, y Desehnkf dió la vuelta de las extremidades del Asia en 1648, desde la embocadura del Kovima hasta el Anadyr. Sin embargo, el Kamtschatka no fue ocupado hasta medio siglo despues, y aun entónces mal trazado en los mapas. En seguida se reconocieron algunas de las Kuriles.

Behering en su último viaje en 1728 fijó el extremo oriental del Asia, separado de la América por el estrecho que lleva el nombre de este navegante. En 1739 Spangenberg, danes como aquel, dió noticias más exactas de Ieso y de las islas vecinas; mas sólo á La Perouse estaba reservado el poder rasgar el velo que encubria aun esta parte de los mares de Asia. Este navegante descubrió en 1787 el estrecho entre Ieso y Tchoka, y reconoció el golfo de Tartaria; Brughton le siguió en 1797 y atravesó el estrecho de Sangaar. El reconocimiento de Tchoka terminado en 1805 por el capitan Krusenstern, es el último practicado por los europeos en las costas de esta parte del Asia.

Muchas partes del interior de este continente son conocidas con harta imperfeccion. En el año 1557 el ingles Jenkinson atravesó el mar Caspio y penetró hasta Khiva, y en nuestro tiempo Mouravief no pudo traspasar dicho punto. En otras regiones se realizaron progresos de mayor consideracion. Desde 1733 hasta 1743 J. F. Gmelin recorrió la Siberia, el abate Chappe en 1760, y Pallas desde 1768 hasta 1774 siguieron los pasos de aquel viajero. S. T. Gmelin, Guldenstedt y Klaproth describieron el Cáucaso y la Georgia. En 1821 una embajada rusa, que fué á la gran Bukharia, dió algunos pormenores sobre este estado y adyacentes. La Rusia contribuyó tambien á dar nociones sobre el interior de Asia por medio de las embajadas que en varias épocas envió á la China, la primera de las cuales se verificó en 1619. Los misioneros establecidos en este imperio desde el siglo XVI han adelantado mucho sobre su geografía y la de las comarcas inmediatas ó sujetas á su dominio. Las embajadas holandesas en el siglo XVII y á fines del XVIII y las inglesas en esta época y á principios del XIX no añadieron

gran cosa á los conocimientos que debíamos á los misioneros. La última embajada sólo proporcionó algunos pormenores que ignorábamos sobre una parte de las costas de la China, é islas Lieu-Kieu. Sin embargo, á los ingleses debemos la mayor parte de las noticias sobre el Indostan, por las conquistas que en él hicieron facilitándoles publicar mapas. Bogle fué al Tibet en 1774, Turner á Butan en 1784, y Kirck-patrick al Neypal en 1793. Desde principios del siglo XIX Webb, Moorcroft y Fraser reconocieron las fuentes del Gánges, pasaron el Himalaya y visitaron una parte del pequeño Tibet. En 1782 Forster viajó en el Cachemir y atravesó el Afghanistan y el Korazan hasta el mar Caspio.

En 1808 Elphinstone penetró en el Afghanistan, y en 1810 Pottinger visitó el Belutchistan y la Persia.

Esta última, recorrida en el siglo XVII por Pietro de la Valle, Thevenot, Tavernier, Herbert, y Chardin, y posteriormente por Hanway, Otter Bruguiere y Olivier, lo ha sido en nuestro tiempo por Morier, William Ouseley, Jaubert, el general Malcolm, y Ker-Porter. Rich describió la Mesopotamia: Niebuhr, Ali-Bey (Badía), Seetzen y Burkhart la Arabia; Volney y Chateaubriand la Siria y la Palestina, y Beaufort las costas de la Caramania. El capitan Gauttier rectificó pormenores acerca del mar Negro y del archipiélago. Beauchamp determinó la posicion de varios lugares en toda la Turquía asiática que describieron Tournefort, Chand-ler, Leake, y la mayor parte de los viajeros que han visitado la Persia, y varios como Magdonaldo Kinneir, recorrieron la Armenia y el Kurdistan.

Tal es en breve resúmen la historia geográfica del Asia en general. Fáltanos ahora recordar rápidamente la particular de algunas comarcas principales y examinar los usos y costumbres de las que más excitan la curiosidad de los europeos.

Nada dirémos de la Siberia, páramo inmenso velado á las codiciosas miradas de Europa por un eterno manto de nieve, hasta que un bandido audaz, acosado por do quiera, penetró en su helado seno y plantó sus estandartes á las raquíticas montañas que dominan aquellas tristes llanuras. La historia del descubrimiento de la Siberia, prescindiendo de una insignificante expedicion verificada en 1499 por los rusos, se limita á las correrías del cosaco Iermak que en 1580 atravesó los montes Urales con seis mil compañeros, recorrió la comarca, derrotó al soberano que en él reinaba y se apoderó de la capital llamada Iskir, ó Sibir, nombre que se aplicó despues á todo el territorio y con el que se designa en el dia la region que limita el Norte de Asia. Iermak pidió perdon al czar, ofreciéndole en homenaje el terreno conquistado, y no sólo lo tuvo sino que recibió ademas el título de príncipe de Siberia. Poco tiempo sin embargo pudo gozar de su fortuna. Sus tropas se le rebelaron, y aprovechándose de esta coyuntura, el jefe indígena Kutchumkhan le atacó de improviso, lo derrotó por completo y le obligó á penetrar en el Irlick en cuyas aguas murió ahogado.

La historia interesante y desgarradora á la par de la Siberia, la formaria el relato de todos los martirios sufridos por las innumerables víctimas de trastornos políticos ó cortesanos caprichosos que han ido á terminar sus dias en los sombríos bosques que cubren los recuestos de sus breves colinas ó perdidos en los interminables desiertos expuestos sin abrigo á los helados vientos del polo. Más

infelices todavía algunos sucumben en el seno de las minas gastados por un trabajo duro superior á sus fuerzas. Dichoso en cambio el que puede refugiarse en alguno de los reducidos pero fértiles y agradables valles que como oásis en el desierto se encuentran de vez en cuando ocultos por montecillos cubiertos de hielo. ¡Cuántas fortunas esplendentes han ido á extinguirse en aquellas terribles estepas! ¡Cuántos corazones generosos han dejado de latir paralizados por el hálito helado y mortífero de aquella tierra maldita! La historia del *Nechchastnieloodi* (pueblo desgraciado) fuera indudablemente historia muy dramática; pero no nos pertenece. Seria la historia de la Rusia, la de sus crímenes y horrores, y necesarios fueran volúmenes sin fin para escribirla.

La Tartaria con sus fértiles y risueños oásis poblados por numerosas tribus toscas é indomables, la Turquía asiática, la Tierra Santa, la Arabia, patria y sepulcro de Mahoma, teatro de tantas epopeyas y cuna de la sangrienta religion que tantos años habia de disputar al cristianismo el imperio del mundo, la Persia con sus históricos recuerdos, ofrecen ancho campo para luminosas observaciones; pero este viaje ni es histórico ni pintoresco y debemos limitarnos, cuando en la historia penetramos ó nos entretenemos en pintorescas descripciones, á aquellos hechos que por su importancia tienen un interes señalado para la geografía y forman parte de la historia de los descubrimientos de pueblos que por su índole especial y por la circunstancia de estar descartados de la historia general de las naciones civilizadas son poco conocidas y se consideran como objetos de curiosidad.

Apresurémonos á llegar á la India y reanudar el interrumpido relato de las aventuras de su intrépido explorador Vasco de Gama, á quien dejámos en frente de Calicut, cuando desde Africa le seguímos despues de doblar el cabo de Buena Esperanza, descubierto apénas por su compatriota el portugues Bartolomé Diaz.

Gama, al desembarcar por la vez primera en las costas de la India, intentó presentarse en ella con la mayor brillantez posible. Sus marineros, vestidos de gala, marchaban ordenadamente al sonido del clarin. Al poner pié en tierra, le hicieron entrar en un palanquin que llevaron cuatro hombres tan rápidamente, que sus compañeros, que iban á pié, no podian seguirlos. Hallábase á la discrecion de los indios, mas no experimentó mal trato. Al llegar á la orilla de un riachuelo sus portadores hicieron alto para aguardar á los rezagados, á quienes embarcaron en dos almadías.

Al llegar á Calicut, á donde habia vuelto entónces el *zamorin*, la comitiva de los portugueses se aumentó con algunos amigos del *catual* y con una multitud de náires, ó nobles, que los llevaron á palacio con grandísima pompa y al son de los clarines. Esta mansion real, aunque de tapia, era grandísima y deliciosa, situada en medio de magníficos pensiles. Fueron recibidos á la puerta por un anciano de venerable aspecto, el jefe de los *bramines*, vestido todo de blanco, símbolo de pureza. Cogió á Gama por la mano, y haciéndole atravesar largos aposentos, lo introdujo finalmente en el salon donde el príncipe aguardaba á los europeos, rodeado de toda la pompa y esplendor de los monarcas asiáticos. Levantábase el trono sobre un gran estrado; el vestido del príncipe, de una tela de algodon admirablemente fina, y su turbante de seda estaban ricamente bordados

de oro; de sus orejas pendian dos anillos adornados de diamantes del mayor precio; sus piernas y brazos desnudos estaban cuajados de brazaletes con piedras preciosas. Á un lado un anciano sostenia un plato de oro que contenia la nuez de *areck* y la hoja de *betel*, y al otro un vaso de oro recibia los productos de la masticacion. Al acercarse el almirante portugues, el orgulloso potentado levantó la cabeza de la almohada donde la reclinaba, y con una seña ordenó á uno de sus sirvientes que hiciese sentar á Gama en las gradas del trono. Recibió cortesmente las cartas ó poderes, y le prometió examinarlas despues; y al mismo tiempo le dijo que podia retirarse é ir á descansar, ordenando le condujesen á un paraje donde nada tenia que temer de sus adversarios los moros.

El almirante se proponia hacer una segunda visita al príncipe, mas era forzoso aguardar sus órdenes, y supo que en esta segunda entrevista tendria que ofrecer presentes cuyo valor serviria para apreciar la grandeza del rey su amo y la importancia de su embajada. Gama, segun se expresa Barros, sabia perfectamente que en Asia todo comienza y acaba con regalos; y á su partida de Lisboa olvidaron suministrarle los medios necesarios al efecto. Así que no pudo hacer mas que buscar entre su tripulacion lo que creyó más conveniente, reduciéndose todo á algunas varas de paño encarnado, seis sombreros, varios pedazos de cobre y coral, un poco de azúcar y miel. Al ver tan ruin presente, el catual se echó á reir diciendo que léjos de convenir á un príncipe tan poderoso el más ínfimo de los mercaderes que frecuentaban el puerto no se atreveria á ofrecerlo al zamorin; y acabó manifestando que más valia no ofrecer presente que ofrecerle tan mezquino. Sin embargo, tras madura deliberacion acordó Gama enviarle tal como era, añadiendo que habiendo salido de Lisboa para un viaje de descubrimientos, y sin saber si alcanzaria la honra de ser presentado al príncipe de Calicut, no traia regalo alguno de su amo; por lo cual elegia entre la tripulacion lo que ménos indigno le parecia de ser ofrecido á S. M.; pero que á su próximo viaje no dejaria de reparar este olvido. El rey, pagado, en apariencia al ménos, con esta excusa, recibió por segunda vez al almirante; y en esta audiencia, si debemos dar crédito á los historiadores portugueses, Gama le manifestó que lo que más le alentaba en su viaje era la esperanza que abrigaba de que el zamorin era un príncipe cristiano; á lo que este contestó afirmativamente. Pero es de pensar que cuando ménos existió error de una ú otra parte en las preguntas ó en las respuestas.

Parece que hasta entónces el príncipe inspirado por una cuerda política, se mostró muy bien dispuesto para con los portugueses. Pero los moros, que con aquellas buenas disposiciones veian confirmados sus temores, se alarmaron sériamente. Convocaron una asamblea en la que los astrólogos les anunciaron la destruccion de sus escuadras de resultas de la llegada de los extranjeros á los mares de la India, acordando que era forzoso por todos os medios aniquilar las naves portuguesas. Sin embargo, como obrando directamente temian ver achacar sus acciones á una rivalidad envidiosa, buscaron otro medio; cohecharon al catual, que poseia toda la confianza de su amo, y de cuyos intentos egoistas no cabia sospecha. Este empleado manifestó al príncipe que todas las noticias llegadas del Occidente representaban á los recien llegados como gentes muy diversas de lo que decian ser; que en vez de ser negociantes y embajadores eran pi-

ratas á quienes sus crímenes cerraban los mares de Europa, y que desgraciadamente venian á los mares de la India en busca de la impunidad y de un nuevo teatro para ejercer su infame profesion. Por otra parte, era evidente que si llegaran, segun lo suponian, encargados de una comision por un monarca poderoso, llevarian consigo presentes dignos del príncipe que los enviaba, y no un regalo que no osara presentar el más ruin capitan de un buque mercante.

El príncipe, vivamente irritado por estas calumnias, envió á buscar á Gama, quien, aunque carecía de medios para refutarlas, dió tales explicaciones que el zamorin, satisfecho al parecer, le permitió retirarse, prometiéndole que no se le ofenderia. El almirante, que no auguraba muy bien de esta entrevista, apénas salió de palacio, subió en su palanquin, y mandó á sus portadores que lo condujesen sin perder tiempo á su buque. Pero el catual, corriendo tras él, le alcanzó á la cabeza de un cuerpo crecido de sus náires, y se chanceó cortesmente con Gama sobre su priesa que por poco privaba á sus amigos del placer de proporcionarle una escolta. El almirante devolvió el cumplido, y dió las gracias al ministro con un calor poco sincero sin duda. A la tarde llegó á Pandarani, y pidió al punto una barca para ir á bordo de sus buques; pero le aseguraron que en aquel momento no era posible hallar ninguna; por lo cual le fue forzoso pasar la noche en una casa grande preparada de intento para recibirle. Al dia siguiente por la madrugada estaba ya dispuesto á partir, cuando halló todas las salidas guardadas por náires. Entónces conoció que estaba preso efectivamente. El catual, al paso que le impedia salir, le trató siempre sin embargo con el mayor respeto, y agotó las formas de la más inoportuna cortesía para arrancarle la órden de que sus naves fondeasen cerca de la costa. Comprendiendo Gama el objeto de todos aquellos cumplidos, y que se proponian sin duda conducir sus buques á una posicion en la que fácilmente se les pudiera pegar fuego, contentóse con responder que las naves, á causa de sus grandes dimensiones, no podian acercarse tanto á la costa como los barcos chatos de los indígenas, so pena de varar en ella. Y luego sospechando que los oficiales del zamorin obraban sin autorizacion de su amo, levantó la voz, previniéndoles que daria cuenta al príncipe del mal trato de que era víctima. Al fin sin embargo se le permitió ir á bordo, despues de desembarcar parte de las mercancías, que confió á Diego Diaz y á Alvaro de Braga, su secretario.

No contando ya el catual y los moros apoderarse de Gama, se afanaron en imposibilitarle toda clase de negocios, y lograron con efecto estorbar que fuésen los compradores á Pandarani. El almirante envió á Diaz al zamorin para quejarse de estas intrigas, y el príncipe, siempre dispuesto á favorecer el comercio de los extranjeros, permitió trasportar el cargamento á Calicut, donde se vendió con grandísima ventaja. De este modo los negocios pusieron á los portugueses en comunicacion íntima con los indígenas que iban familiarmente á visitarlos á bordo. Pero los moros no desistian de sus proyectos, y luego se supo por Monzaida que el rey estaba completamente á favor de ellos. Con efecto, cuando se presentó Diaz al príncipe para despedirse y pedirle la facultad de comerciar para sus compatricios, fue muy mal recibido. A su vuelta le escoltó una partida de náires, y llegado á la factoría fue vigilado por guardias de vista. Gama, enterado de esta novedad por su amigo Monzaida, se turbó en extremo; sin embargo, disimulando

su descontento, siguió recibiendo á los insulares con cordialidad y hasta escribió al rey una carta en la que aparentó ignorar cuanto mediaba. Los indios siguieron pues visitando como ántes los buques portugueses, y un dia en fin Gama tuvo la satisfaccion de ver llegar seis náires y otras quince personas de distincion. Apénas pusieron el pié á bordo, fueron presos. Vasco de Gama escribió entónces al zamorin para noticiarle lo que acababa de hacer y que tan pronto como Diaz fuese puesto en libertad los portugueses entregarian los prisioneros. El zamorin pretendió ignorar la prision de Diaz; pero no se manifestaba dispuesto á satisfacer al portugues. Gama, resuelto á dar un gran golpe, levó anclas y dió la vela. Entónces vieron separarse de la costa siete barcas, en una de las cuales reconocieron á Diaz, quien poco despues llegó á bordo enviando Gama á tierra á los principales de sus prisioneros. Pensó no obstante retener á algunos, con el objeto de granjearse sus simpatías con el buen trato. Despues de mostrarles la grandeza del reino de Portugal y el rango que en él ocupaban los principales oficiales de la expedicion, esperaba conducirlos de nuevo á su patria, el año siguiente, y contaba con lo que ellos dirian para desvanecer las sospechas de su soberano.

Esta conducta no ménos injusta que impolítica debia al contrario justificarlas é inspirar al príncipe un odio irreconciliable contra los europeos. Al punto envió una escuadrilla de barcas armadas que siguieron á Gama, buscando ocasion de acometerle, y hasta logró armar contra los portugueses toda la costa de la India. Un espía de Goa, que por ellos fue reconocido, y á quien aplicaron el tormento, confesó que el *zabaim*, ó príncipe de aquel territorio, estaba armando tambien una escuadra contra ellos; que cada bahía, cada rio estaban llenos de barcas armadas para el mismo intento. En tal situacion el almirante, aunque mal provisto para volver á Europa, ya no podia diferir su marcha, y acordó volver á pasar la inmensa extension de mar que le separaba de la costa de Africa. Su larga y penosa travesía duró cuatro meses, durante los cuales el escorbuto renovó sus estragos á bordo.

Los recursos estaban casi apurados, cuando llegó á la vista de Mugadojo, el punto más septentrional que reconoció de la costa oriental de Africa; pero sabedor de que esta ciudad estaba completamente en poder de los moros fanáticos, determinó dirigirse al Sur en busca del puerto amigo de Melinda. Recibiéronle allí cordialmente y le proporcionaron víveres frescos; pero desgraciadamente llegaban tarde ya para atajar la mortalidad de los europeos.

Las tripulaciones estaban tan fatigadas, tan reducidas que Vasco precisado á renunciar al intento que abrigara de doblar el Cabo con sus tres buques, pegó fuego al *San Rafael*, despues de distribuir sus provisiones entre los otros dos. Siguiendo luego la costa de Africa, recaló en las islas de Zanzibar, Pembia y Mortia, donde fue bien recibido; mas no arribó á Mozambique. Bien provistos de víveres frescos, toda la marinería disfrutaba de la mejor salud cuando doblaron el Cabo, y acabaron sin otro incidente su largo viaje al rededor del continente africano. En Tercera, sin embargo, el almirante tuvo el sentimiento de perder á su hermano Pablo, pérdida que debió serle tanto más sensible cuanto que aquel oficial se distinguiera sobre todos por su valor y talento en aquella expedicion memorable.

El 29 de agosto de 1499 Vasco de Gama entró en el Tajo despues de un

viaje de dos años y dos meses. De los ciento y ocho marinos que le acompañaron cincuenta y cinco solamente volvieron á su patria.

Gama, segun la piadosa costumbre de su tiempo, pasó al punto al convento de Belen, donde permaneció ocho dias orando y dando gracias á la Vírgen; y trascurridos entró solemnemente en Lisboa, rodeado de toda la pompa de conquistador. En premio de sus servicios el rey le confirió el título de conde de Vidiqueira, con una cuantiosa pension y el privilegio de traer de la India libre de todo derecho una considerable cantidad de especias. En fin, para manifestar su gratitud á la Vírgen, bajo cuya proteccion se colocó en aquel viaje, levantóse en su honor un magnífico convento, que despues fue habitado durante mucho tiempo por los reyes de Portugal.

ALVAREZ CABRAL.

Entusiasmados los portugueses trataron de utilizar los importantes descubrimientos que acababan de verificarse, y al efecto dispusieron una flota formidable para aquel tiempo, la cual constando de trece buques tripulados por 1,200 hombres, era bastante para desafiar las marinas de Asia. El jefe de la expedicion era Alvarez Cabral, oficial de reconocido mérito.

El 8 de marzo de 1500 pasó el rey al convento de Belen para tomar allí una bandera consagrada que entregó á Cabral, quien se embarcó al dia siguiente. Un descubrimiento brillante señaló el paso por el Atlántico. Dejándose llevar al Oeste por los vientos alisios, hallóse el almirante de pronto delante de una tierra fértil, ricamente arbolada, que se extendia á lo léjos y formaba parte del Nuevo mundo, descubierto pocos años ántes por Cristóbal Colon. Aquella costa era la del Brasil, que vino á ser despues la más rica colonia de Portugal. Desde allí navegaron para el cabo de Buena Esperanza, sufriendo por espacio de dos meses horrorosas tormentas, en las que perdieron cuatro buques, en uno de los cuales iba el célebre Bartolomé Diaz, que pereció en medio de los borrascosos mares que ántes que nadie atravesara.

Cabral no llevaba más que tres buques cuando dobló el cabo que no acertó á ver. Tampoco descubrió á Sofala, aunque en aquellas aguas detuvo un buque que iba cargado de oro; pero la tripulacion, teniendo á los portugueses por piratas, arrojó casi todo su cargamento á la mar. Viendo sin embargo que ningun daño se les hacia, ni se intentaba hostilizarlos, refirieron sus temores y accion suplicando aunque en vano á los portugueses empleasen la poderosa mágia que les atribuian en sacar sus tesoros del fondo del mar. Apénas se detuvo Cabral en Mozambique; pero recaló algunos dias en Quiloa, que pinta como un puerto

rico y floreciente situado en medio de un terreno fértil, en el cual sin embargo no fue muy bien recibido. De allí pasó á Melinda, á la isla Anguediva; y en fin, el 13 de setiembre fondeó á la vista de Calicut.

No estaba muy tranquilo en punto al recibimiento que le dispensarian; pero las apariencias se presentaron favorables. Algunos personajes principales pasaron á visitar sus buques en almadías, y le aseguraron que el zamorin abrigaba las mejores disposiciones hácia él. Cabral devolvió entónces los prisioneros arrebatados por Vasco de Gama, todos magníficamente vestidos y prontos á atestiguar el buen trato que habian recibido. Invitado despues por el príncipe para que saltara en tierra, contestó que se hallaba dispuesto á verificarlo, y aun á concertar un tratado de comercio y amistad, pero exigia como rehenes, durante su permanencia en tierra, á cuatro personas que designó. El zamorin rehusó al principio la proposicion, diciendo que las personas nombradas por Cabral eran bramines revestidos de carácter sagrado, que no podian sin profanarlo ir á bordo de los buques, donde por otra parte les era imposible efectuar sus abluciones y cumplir con los deberes de su religion. Cabral no obstante insistió en lo dicho, y por fin lo consiguió.

Preparóse todo para recibirle en tierra; levantaron una galería bastante estrecha, tendida de ricos tapices y cortinas de terciopelo de color de escarlata magníficamente bordadas. En el fondo de esta galería Cabral, seguido de algunos de sus oficiales todos de gala, encontró al monarca. El traje del príncipe se componia únicamente de una pieza de tela ricamente bordada y ceñida á la cintura, y sus piernas y brazos estaban literalmente cubiertos de brazaletes, collares, anillos de oro, diamantes, rubíes, zafiros, perlas, etc. La entrevista fue en extremo amistosa; el presente de Cabral, que se componia de vasos de oro y plata y de varias piezas de ricas telas, fue aceptado con placer; y en cambio otorgáronle completa libertad de establecer una factoría en Calicut. Sin embargo, los rehenes que ya durante su traslado á los buques europeos mostraron sumo terror, se sobresaltaron tanto al hacerles subir á bordo, que se arrojaron á la mar para alcanzar la costa á nado, lo que en efecto consiguieron dos; pero cogieron á los restantes los portugueses y los bajaron á la bodega con centinelas de vista. Este accidente causó en tierra tal pavor, que aun despues de vuelto Cabral á bordo, ninguna barca osó ir á recoger los rehenes, quienes permanecieron tres dias á bordo sin atreverse á probar bocado de ninguna clase, y aterrados hasta que por fin, temeroso Cabral de alguna desgracia, los mandó poner en tierra de noche en un punto solitario de la costa.

No obstante el comercio con la ciudad empezó bajo los más felices auspicios, y hasta los moros aparentaban conservar buena armonía con los europeos. Por entónces previnose oficiosamente á Cabral que si deseaba complacer al zamorin se le presentaba muy oportuna ocasion. Tratábase de apoderarse de un gran buque ricamente cargado, portador de siete elefantes, uno de los cuales sobretodo anhelaba vivamente el príncipe, cuyo buque saliera pocos dias ántes de Cochin, puerto enemigo. El marino más solícito en agradar á su aliado que en observar justicia y equidad encargó á Duarte Pacheco que se apoderase de aquella nave; y en efecto, el cañon victorioso de los europeos la obligó al punto á rendirse.

Esta proeza, sin embargo, inspiró temores y zozobras. La buena inteligencia

que al principio reinaba entibióse desde luego; los moros por su parte apuraron sus cábalas é influencia con los traficantes de Calicut para impedirles realizar ningun negocio con los portugueses, quienes, durante dos ó tres meses, vieron diariamente partir buques con ricos cargamentos, sin poder ellos completar los propios. Presentaron sus quejas al príncipe, quien contestó que no podia obligar á sus súbditos á comerciar; que los moros eran muy temidos de su pueblo, y añadió un dia que lo mejor seria que los europeos se apoderasen de uno de los buques cargados por cuenta de los moros, con tal que pagasen razonablemente su precio. El factor portugues Aires Correa, hombre de carácter violento y arrebatado, aceptó con gusto aquella singular proposicion, y á pesar de la desaprobacion de sus amigos y de la opinion del mismo Cabral, trató de ponerla en planta.

Entre tanto los moros empezaron á cargar con gran boato y ruido un buque de las más preciosas especias, y luego que el cargamento estuvo completo, fijaron solemnemente el dia y hora de su partida, cuidando de prevenir á los portugueses para mofarse de ellos. El almirante, viendo tan rica presa salir del puerto, dejóse vencer por las importunidades del factor y de sus agentes; envió varias lanchas para apresar el buque, el cual fue detenido, y todo su cargamento trasbordado á los buques portugueses. Los musulmanes que provocaron aquella crísis corrieron inmediatamente al palacio del príncipe para anunciarle que los piratas empezaban á mostrarse abiertamente, y que en menosprecio de su autoridad acababan de saquear una nave en su mismo puerto. El zamorin, ya porque echara en olvido el consejo que los portugueses decian haber recibido, ya porque no creyese que lo llevasen á efecto, les permitió tomar el desquite como mejor les pareciese. Unidos á los náires y seguidos de gran parte de la poblacion de Calicut, presentáronse los moros á atacar la factoría europea. En cuanto á los portugueses, era tal su confianza, que no atinando al principio su intento les costó algun trabajo cerrar las puertas. No obstante pelearon heróicamente, aunque sólo eran setenta contra dos mil, pero acabaron por ser exterminados. Aires y cincuenta de los suyos perecieron en la refriega; los restantes se arrojaron al agua y fueron recogidos por las embarcaciones que Cabral mandó armar tan pronto como llegó á su noticia el suceso, pero tarde ya para salvar á sus compatricios.

En el primer ímpetu de la ira, acordó Cabral tomar una venganza tremenda de aquel ultraje. Sin embargo, segun Castañeda, concedió algunas horas al zamorin para dar una explicacion de su conducta; pero cuando en lugar de disculpas se supo que estaba atareado en tomar su parte del saqueo de la factoría, el almirante portugues no dilató su venganza. Atacó y apresó diez buques moros, sus cargamentos fueron trasbordados á los buques portugueses, sus tripulaciones hechas prisioneras, y los barcos entregados en seguida á las llamas á la vista de los habitantes. Los portugueses anclaron despues contra el viento para no virar, y rompieron contra la ciudad un furioso cañoneo que pegó fuego á varios puntos y por poco mata al príncipe, quien huyó tierra adentro.

Despues de satisfacer de este modo su venganza, Cabral dió la vela y condujo su escuadra á Cochin, la segunda ciudad de aquella costa, tanto en extension como en importancia comercial. En aquel tiempo no era lícito comerciar en

ningun puerto del Asia sin estar autorizado al efecto por su soberano. El príncipe de Cochin se hallaba entónces casualmente en el interior; pero el almirante se granjeó las simpatías de un *yogi ó fakir*, uno de los sabios orientales que viven errantes, medio desnudos, cubiertos de boñiga y sujetándose á las austeridades más desatinadas. Este se llamaba, segun los portugueses, que sin duda desfiguraron el nombre, Micael; pero sea como fuere, logró su intento.

El príncipe de Cochin, vasallo oprimido y malquisto con el zamorin de Calicut, creyendo hallar en el comercio y la alianza de aquellos extranjeros un medio para sacudir definitivamente el yugo que sobre él pesaba, volvió apresuradamente á la ciudad, y concedió á Cabral una audiencia, de la cual este quedó contentísimo, aunque nada vió en su palacio que siquiera se aproximara á la magnificencia y esplendor que le deslumbraron en la córte del zamorin. La misma ciudad cotejada con Calicut no parecia estar tan poblada ni ser tan importante para el comercio; sin embargo los portugueses hallaron gran cantidad de pimienta, que era el artículo que más estimaban y del cual se proporcionaron fácilmente un cargamento. Aparejaban ya para volver á Europa, cuando supieron que el soberano de Calicut enviaba contra ellos una escuadra de sesenta velas, entre ellas diez y seis buques mayores, y en consecuencia Cabral zarpó inmediatamente con ánimo de presentarles batalla; pero como el viento era favorable, pensó que, aun cuando saliese victorioso, vendria á ser un triunfo inútil para su patria, y por tanto era preferible conducir á Europa los ricos cargamentos que conducian. Dirigióse á Portugal recalando en Cananor, donde fue recibido mejor quizá que en Cochin; y luego atravesando el Océano Indio y el Atlántico, entró en Lisboa el 31 de julio de 1501.

SEGUNDO VIAJE DE VASCO DE GAMA.

En los momentos en que Cabral se determinaba á partir, enviaba el rey tres buques y una carabela á las órdenes de Juan de Nueva para reforzar su escuadra. Este oficial debia ir en derechura á Calicut, cuando felizmente en San Blas, en la costa de Africa, halló una carta que le enteró de los deplorables acontecimientos de Calicut, y le aconsejaba que condujese sus naves á Cochin, á donde pasó en efecto siendo bien recibido, aunque tambien lograron los moros suscitarle allí algunos tropiezos. Al saber la llegada de aquellos nuevos buques, el zamorin de Calicut envió su escuadra para atacarlos; pero fue tan completamente derrotada que el monarca asustado entabló proposiciones de paz que Juan de Nueva ni siquiera se dignó escuchar.

La llegada de Cabral con las noticias que traia causó una viva excitacion en la capital. Declaróse una fuerte oposicion contra aquellas expediciones que costaban sumas cuantiosas, y no prometian al parecer otro resultado que un lar-

go porvenir de guerra en países situados al extremo del globo; pero el rey Manuel, léjos de desalentarse con las siniestras profecías de personas apocadas, recibió con más entusiasmo que nunca los sucesos que abrian al parecer á su ambicion un campo sin límites, y de una vez tomó los títulos pomposos de *señor de la navegacion, conquista y comercio de Etiopía, Arabia, Persia é India.* Al mismo tiempo mandó aprestar una gran escuadra más considerable que cuantas hasta entónces se presentaron en los mares de la India. La flota principal, compuesta de quince velas, estaba destinada para proteger las factorías de Cochin y Cananor; una escuadra auxiliar llevaba órden de bloquear el estrecho de Bab-el-Mandeb, para cortar toda comunicacion entre los moros y la costa de Malabar. Ofrecióse el mando de la flota á Cabral, y no aceptándolo, se dió á Vasco de Gama, y el de la escuadra á Vicente Sodre.

En este viaje recaló Vasco de Gama por primera vez en Sofala, donde ajustó un tratado de alianza y de comercio. En Quiloa vengó el mal trato dado á Cabral, y exigió del príncipe la promesa de un tributo. Acercándose á la costa de Arabia, apresó una embarcacion de los moros, que saqueó, y encerrando á la tripulacion en la bodega, le pegó fuego. Mareando en seguida para la costa de la India, recaló primero en Cananor, y fondeó despues en las aguas de Calicut. Allí pidió cuenta de los insultos de que sus predecesores se quejaban; pero viendo que los consejeros del zamorin buscaban evasivas y dilaciones reunió á cincuenta indígenas tripulantes de los diversos buques que apresara, y tomando un reloj de arena, anunció á los enviados del zamorin que si no se le daba satisfaccion cumplida en el momento en que acabara de pasar el último grano de la arena contenida en la ampolleta, mandaria degollar á todos aquellos desventurados. Trascurrido el tiempo sin recibir contestacion, el almirante portugues ejecutó su terrible amenaza; y hasta llevó la barbarie al extremo de mandar cortar piés y manos á sus víctimas, enviándolos despues á tierra para que no cupiese la menor duda de lo ejecutado. En seguida cañoneó la ciudad por espacio de algunas horas, y partió para Cochin, donde fue cordialmente recibido.

Apénas llegó á Cochin, recibió un mensaje del zamorin, por conducto de un bramin anciano, de venerable aspecto y astucia consumada. Empezó por dirigir preguntas á los portugueses respecto á la religion cristiana, á la cual profesaba, segun decia, la mayor admiracion, en términos que se hallaba dispuesto á abrazarla. En seguida habló del vivo anhelo de su amo por reanudar relaciones de amistad con los portugueses y hasta de concederles cuantas reparaciones exigiesen por los ultrajes de que con justo motivo se quejaban, y por fin logró engañar tan completamente al almirante que le determinó á pasar á Calicut, con un solo buque para conferenciar con el zamorin. Pero cuando llegó delante de la ciudad, en vez de la entrevista que se le prometiera, hallóse como deberia preverlo, rodeado de treinta y cuatro naves de guerra. En aquel trance desplegó Gama toda su energía y brio, y ayudado por Vicente Sodre hízose á la mar sin deplorar pérdidas afortunadamente, y en seguida empezó á cruzar con su escuadra, apresando varios ricos bajeles, uno sobretodo que llevaba un ídolo magnífico, vestido de rica tela de oro batido, con ojos de esmeralda. Recalando despues en Cananor y dejando á Sodre el cuidado de bloquear el Mar rojo con su escuadra, partió para Portugal.

Esta partida era impolítica, y dejaba sobretodo en triste situacion á los aliados de los portugueses. Apénas estuvo cierto el zamorin de la ausencia de los portugueses, acordó vengarse de su rebelde vasallo el príncipe de Cochin, con cuya ayuda lograron los europeos fundar un establecimiento permanente en la costa de Malabar. Reunió un grande ejército y marchó sobre Cochin, exigiendo que quedasen cortadas todas las relaciones con los europeos, y se le entregasen todas las personas de sus factorías. Los más de los consejeros del desgraciado príncipe opinaban que seria vana toda resistencia y que era forzoso ceder; pero él, léjos de desanimarse, resolvió arrostrar todos los peligros ántes que renunciar á su alianza con los portugueses. Sus tropas incapaces de resistir á las superiores fuerzas del enemigo, fueron derrotadas en varios encuentros; sus aliados, y hasta los grandes de su córte, le abandonaron, en términos que al fin fue arrojado de su capital despues de una resistencia sangrienta, aunque infructuosa, y tuvo que refugiarse en la islilla de Vipin, donde sin duda alguna le fuera preciso capitular, á no llegar en el postrer trance socorros importantes de Europa.

FRANCISCO ALBURQUERQUE.

Resuelto Manuel á practicar nuevos esfuerzos para establecerse en Asia, acordó enviar á ella expediciones regulares. Una de ellas iba mandada por Alfonso Alburquerque, el futuro conquistador de la India; otra por Francisco Alburquerque, y otra por Antonio Saldaña. Francisco fue el primero que llegó á la costa de Arabia para recoger los residuos de la escuadra de Vicente Sodre, que no curándose ya de su aliado de Cochin, se dió á piratear pereciendo en un temporal. Desde allí el almirante portugues dió la vela para la isla de Vipin, donde fue recibido como un libertador, pues bastó la noticia de su llegada para que se alzara el sitio de Cochin por las tropas del zamorin. Restablecido su aliado en su capital, continuó la guerra á la llegada de su hermano Alfonso, y aun dirigió expediciones por el interior hasta las tierras del enemigo. Estas expediciones, que no todas fueron igualmente felices, determinaron al príncipe de Calicut á entablar proposiciones de paz, la que le fue otorgada á condicion de que se concederian á los portugueses ámplias reparaciones por todos los agravios recibidos; que á título de indemnizacion se les entregaria una cantidad de pimienta, y por último, que la ciudad estaria completamente abierta al comercio portugues. Poco despues del ajuste de este tratado, uno de los capitanes europeos cometió la reprensible felonía de apresar un buque calicutiense, y el zamorin irritado se apercibió para volver á empezar la guerra. En vano los dos Alburquerque pasaron á Calicut para tratar de renovar el tratado, pues se negaron á recibirlos. Comprendiendo que carecian de fuerzas para proseguir las hostilidades, dieron

la vela para Europa en busca de nuevos socorros, dejando sin embargo á sus aliados algunos centenares de soldados europeos mandados por uno de sus más valerosos oficiales, Duarte Pacheco.

Con solos quinientos hombres este osado aventurero derrotó dos veces las crecidas huestes y escuadras del zamorin. Sus victorias deben considerarse como el preludio de los triunfos que desde entónces ilustraron las armas europeas en Asia; pues probaron que las innumerables hordas de indígenas no podian resistir con buen éxito á un puñado de soldados disciplinados y provistos de armas inventadas por la civilizacion occidental. Pacheco mostró el camino á Alburquerque, cuyas brillantes hazañas eclipsaron las suyas; y sin embargo, con medios muy inferiores, Pacheco venció constantemente, y quizá era superior á su émulo victorioso por la sabiduría, el talento, y sobretodo por la humanidad. Reemplazóle despues en el mando Lopez Suarez, que llegó de Europa con una escuadra y un ejército, tratándole con cuanta distincion merecian sus brillantes servicios, y á su regreso á Europa le elogió públicamente. Llevado de su celo por el bien público, Pacheco no se cuidó de acrecentar su fortuna, y el rey intentó proporcionarle otra vez la ocasion de rehacerla nombrándole gobernador de El Mina, capital de los establecimientos portugueses en la costa de Africa. Sin embargo, á su llegada al gobierno, levantóse contra él una faccion poderosa que lo envió encadenado á Lisboa, donde padeció un cruel encierro; hasta que declarado inocente tras una larguísima causa, murió pobre, sin obtener el premio que sus gloriosos servicios merecian.

La expedicion de Suarez no produjo resultado alguno. En 1505 el rey de Portugal envió nuevamente á la India una grande escuadra mandada por Francisco Almeida, quien por primera vez llevaba el título pomposo de virey de la India. Al llegar á Cochin halló una mudanza notable en los negocios. Triumpara, el antiguo y fiel aliado de los portugueses, se tornó fakir; vivia de yerbas, se vestia de esteras, habia renunciado completamente al mundo y absorto en la contemplacion de la esencia misteriosa de Brama, cedió el trono á su sobrino Nambiadin. Sin embargo, esta resolucion era de poca importancia, comparada con los acontecimientos que en el Norte se preparaban. El soldan de Egipto, enardecido por el bárbaro celo que inspira el mahometismo á sus sectarios, irritado de los insultos que recibieran sus buques de los aventureros europeos, armó una numerosa escuadra enviándola á la costa de la India para arrojar de ella á los infieles que extendian sus conquistas y estragos por los mares del Asia. Cuando supo que esta escuadra se dirigia á ellos, no tenia Almeida consigo mas que algunos buques; los otros, mandados por su hijo Lorenzo, habian salido á una expedicion. Envióles inmediatamente la órden de salir al encuentro de los egipcios y atacarlos ántes que se presentaran en la costa, donde podrian producir una revolucion entre los príncipes indígenas. El jóven almirante se hallaba en el puerto de Chaol cuando recibió las órdenes de su padre, y miéntras se aprestaba para zarpar, asomaron los egipcios en el horizonte. El enemigo favorecido por el viento y la marea entró en bahía y empezó al punto el combate. Durante todo el dia pelearon los portugueses con el más brillante denuedo, descargando un fuego horroroso sobre el enemigo, sumergiendo y tomando al abordaje algunas de sus galeras. En la mañana del segundo dia, y comenzado de nuevo el fuego,

ya los egipcios flaqueaban cuando les reforzó la escuadra de Melik Az, virey de Din. En la noche de aquella sangrienta jornada los buques europeos quedaban muy malparados, los principales oficiales y el mismo Lorenzo estaban heridos, y por último, la escuadra enemiga era tan superior en fuerzas, que no cabia esperanza de victoria.

Celebróse consejo de guerra acordando aprovechar la marea para hacerse á la mar. Este movimiento, empezado á media noche, prometia un feliz éxito, cuando por una desgraciada casualidad el buque montado por Lorenzo varó en una estacada levantada por unos pescadores para tender sus redes y amarrar las barcas. Pelagio Sousa, capitan de la galera que seguia á Lorenzo, empezó á remolcarle y procuraba sacarle de aquel paso, cuando advertido el enemigo de lo que pasaba, llegó con fuerzas sobre el buque varado. Por su parte la tripulacion de Sousa, temerosa de padecer la suerte de sus camaradas, tuvo la cobardía de abandonarle para dejarse llevar por la marea, que la arrebató dejando al almirante solo en medio del enemigo. En vano le instaron para que se pusiese en salvo en una lancha con la cual le seria fácil librarse del enemigo y alcanzar su escuadra; el heróico jóven se negó á abandonar su tripulacion en tan grave riesgo, empeñándose en compartir su suerte á todo trance. No perdia totalmente la esperanza de sostenerse ejecutando prodigios de valor, hasta el momento en que la próxima marea sacara su buque á flote. Y en efecto, con sus cien hombres de tripulacion, setenta de los cuales estaban ya heridos, se mostró con ademan tan denodado, que los egipcios no osaron abordarle. Colocados á cierta distancia al rededor de él, le destrozaban con su artillería, que envolvió largo rato á los combatientes en medio de una nube de fuego y humo. Herido de un balazo en el muslo, Lorenzo se mandó atar al mástil, y desde allí seguia dando sus órdenes y alentando á los suyos, cuando otro balazo que recibió en el pecho dió fin á su vida. Siguió todavía el combate y ya los portugueses rechazaron tres abordajes, cuando por fin Melik Az, príncipe tan notable por su valentía y humanidad, logró que los veinte hombres que restaban heridos, todos se entregasen. Trató á los prisioneros generosamente, escribiendo á Almeida manifestando su sentimiento por la muerte de su hijo, cuyo heróico valor le inspiraba la más profunda admiracion.

Doloroso encargo era ciertamente anunciar al virey la muerte de su hijo único, cruelmente arrebatado al principiar una carrera que al parecer tanta gloria le prometia. Almeida recibió la noticia con piadosa entereza, manifestando que sólo deseaba á su hijo una vida gloriosa más que dilatada; esperando que recibia en el cielo el premio de su hidalga conducta, no debia ya quejarse el padre, sino pensar solamente en vengarle en los enemigos de Dios. Con efecto armó una escuadra de diez y nueve velas, con tropas de desembarco, portuguesas é indias, cuando se vió atajado por el acontecimiento más imprevisto que imaginarse pueda.

En 1506 Alfonso Alburquerque llegó desde Europa con refuerzos para la escuadra de la India, dirigiéndose á la costa de Arabia, tomó á Mazat y otras plazas importantes; en seguida atacando el célebre reino de Ormuz, obligó al príncipe tras increibles prodigios de valor á reconocerse tributario de la corona de Portugal, y estaba construyendo un fuerte que dominaba á la capital,

cuando tuvo que abandonar el fruto de sus victorias á causa de la traicion de tres de sus oficiales. Para cohonestar su alevosía pasaron á ver á Almeida, engañándole de modo que creyó deber tachar las operaciones de Alburquerque. Pero ¡cuál fue su asombro cuando Alburquerque, llegado á Cochin, presentó un despacho real que le nombraba gobernador general de la India! No pudo resignarse á cejar al principio de una empresa á que le arrojaban pasiones tan poderosas, y considerando que los principales oficiales de quienes era idolatrado llevarian su adhesion hasta el extremo de desobedecer las órdenes terminantes del rey, contestó á Alburquerque que le era imposible someterse, al ménos hasta que no destruyese la escuadra egipcia vengando la muerte de su hijo. Alburquerque replicó y con razon que la órden del rey era perentoria, y que desobedecerla era declararse rebeldes á la autoridad real. Almeida insistió no obstante, y hasta se negó á aceptar la cooperacion de Alburquerque en la expedicion proyectada.

Partió, pues, la escuadra á las órdenes de Almeida y tomó desde luego la importante ciudad de Dabal que entregó á las llamas; luego desde allí se dirigió al golfo de Cambay, á donde se habian retirado los egipcios tras su victoria. Hallábanse en el puerto de Diu, donde Melik Az aconsejaba que aguardasen al enemigo; pero el almirante Mir Husein salió á recibir á los portugueses en la bahía, manteniéndose sin embargo bastante cerca de la costa para poder ser protegido por una línea de baterías allí construidas. Sus buques mayores estaban amarrados de dos en dos y defendidos contra el abordaje por redes. Los portugueses sin embargo avanzaron con brillante denuedo, y Vasco Pereyra, el héroe de la escuadra, dirigió al punto su galera sobre la del mismo emir para sumergirla. La primera descarga le mató diez hombres; pero sin dejarse amedrentar llegó rápidamente sobre el egipcio, y le dió el albordaje. Forzado por el calor á quitarse el casco para respirar un poco, fue herido casi al mismo instante de un balazo en la garganta que le mató en el acto. Tavora, que le reemplazó en el mando, escaló las redes de abordaje con parte de los suyos, cuando rompiéndose estas con el peso, dejó caer repentinamente toda la carga sobre la cubierta; pero á pesar de estos accidentes, los egipcios fueron ó muertos ó prisioneros ú obligados á salvarse á nado; y los buques, unos apresados ó sumergidos, y otros se retiraron á duras penas al rio, fuera del alcance de los portugueses. Los buques apresados contenian ricos cargamentos, y Almeida los distribuyó entre sus tripulaciones sin reservarse nada.

A consecuencia de esta derrota Melik Az solicitó la paz. El vencedor recibió al principio sus proposiciones con suma altivez, exigiendo la entrega de Mir Husein, el implacable enemigo de los cristianos. Pero el príncipe de Cambay, animado siempre de los sentimientos pundonorosos de que tantas pruebas tenia dadas, rehusó aquella condicion humillante, declarando que cuanto podia hacer era devolver todos sus prisioneros cristianos. Almeida acabó por aceptar, y desgraciadamente para su gloria, al llegar al puerto de Cananor tuvo la crueldad de mandar degollar á todos los prisioneros mahometanos, que la victoria puso en sus manos.

De vuelta á Cochin, intimóle nuevamente Alburquerque que le entregase el mando; pero alentado Almeida por sus partidarios rehusó verificarlo, llevando la

rebelion al extremo de colocar centinelas de vista en la casa del que consideraba como rival.

Entre tanto Fernando Coutiño, oficial sobresaliente por su nacimiento y valor, llegó de Portugal con una escuadra de quince velas y crecido número de tropas, presentándose como mediador entre los dos contrincantes, y manifestando á Almeida la inconveniencia de su conducta, alcanzó que dimitiese el vireinato. Sacrificada la ambicion al deber, dió Almeida la vela para Europa. En una de sus arribadas por la costa de Africa, habiendo armado parte de su tripulacion una pendencia con los hotentotes, desembarcó á la cabeza de algunos hombres mal armados para socorrer á los suyos; pero rudamente acometidos por los bárbaros echaron á huir, y Almeida abandonado de los suyos murió entre los enemigos traspasado por una azagaya.

Libre ya Alburquerque, no pensó más que en realizar cuanto ántes sus vastos planes de conquista. El primer blanco de sus ataques era naturalmente Calicut, capital y residencia del enemigo más acérrimo de los europeos. Coutiño, que ya se disponia á partir para Portugal, insistió con vehemencia para que le confiriesen el mando de esta expedicion, y por su jerarquía, así como por la amistad que manifestó á Alburquerque, no era posible desatender su pretension. La escuadra fondeó el 2 de enero de 1510 delante de Calicut, y como los aproches de la ciudad estaban resguardados por frondosos bosques y estrechos senderos donde las tropas no podian desplegarse, decidióse en consejo de guerra que los dos generales dividirian las tropas atacando separadamente. Apénas durmieron los soldados de Alburquerque durante la noche que precedió al ataque; tal era su ansia de pelear que al amanecer fue imposible contenerles, y precipitándose á la costa ganaron un palacio fortificado contra el cual, á causa de su posicion, debian dirigirse los esfuerzos de los portugueses. Cuando Coutiño, cuya marcha retardaron diversos obstáculos, llegó con sus tropas, todo estaba terminado. Irritado contra el virey, declaró que no permitiria igual burla en el ataque del palacio principal, situado al otro lado de la ciudad. En vano intentó Alburquerque justificarse; en vano rogó á Coutiño que no se internase en la ciudad ántes de asegurarse la retirada; el ofendido oficial se negó á oirle, y atravesando las angostas calles de Calicut llegó á la residencia real, que segun costumbre en Asia formaba por sí sola una ciudad pequeña bien amurallada, única fortificacion regular de la capital. Guarnecíanla ademas las mejores tropas del principado; pero nada pudo contener el ardor de Coutiño y de sus soldados, quienes forzaron en breve las puertas y ocuparon el palacio con sus dependencias.

Contando con una victoria completa, Coutiño permitió el saqueo á sus tropas, y él mismo penetró en los reales aposentos para descansar de las fatigas de la batalla. Los indios fueron sorprendidos, mas no derrotados; y acaso permitieron á los portugueses internarse tanto para atraerlos á una celada. Lo cierto es que el caudillo de los náires exhaló un grito que repetido de boca en boca en un espacio de varias millas reunió en torno suyo á más de treinta mil hombres bien armados y resueltos, los cuales embistieron á la division de Alburquerque que ocupaba la ciudad protegiendo las comunicaciones con la escuadra. No estaba Alburquerque preparado para este ataque, y los indios colocados sobre las azoteas de las casas y todos los puestos ventajosos, arrojaron un diluvio de flechas

y piedras sobre los portugueses, quienes embarazados en las estrechas calles de la ciudad no podian avanzar ni retroceder. Despues de perder á los más valientes y esforzados, el jefe no tuvo más recurso que pegar fuego á la ciudad, aprovechando la dispersion que el incendio producia en el enemigo para que los europeos se replegasen á sus naves. Entre tanto Coutiño recibia continuos avisos de su crítica posicion; pero fiado en su triunfo, y menospreciando á los indios negóse á seguir los cuerdos consejos de Alburquerque. Mas cuando despues que se retiró su compañero, dirigió el enemigo todas sus fuerzas contra él, presentóse el peligro tan inminente que no le fue ya posible dudar por más tiempo de la realidad. Verificó entónces una salida y peleó como un leon; el palacio fue entregado á las llamas, pero sus tropas envueltas por fuerzas muy superiores no pensaron sino en alcanzar la playa. En aquella desastrosa retirada murió Coutiño; y al procurar defenderle cupo la misma suerte á Vasco Silveira y á otros varios oficiales de las más nobles familias de Portugal. Barros asegura que de mil seiscientos hombres, ochenta quedaron muertos y trescientos heridos en aquella refriega. Alburquerque tambien cubierto de heridas permaneció algun tiempo sin sentido y juzgándole muerto, costó á sus soldados gran trabajo llevársele, llegando casi moribundo á Cochin, donde tardó largo tiempo en restablecerse.

Sin embargo, tan azaroso principio no entibió el celo del virey. Apénas curado de sus heridas, prosiguió más vivamente que nunca sus atrevidos proyectos de conquista, y si no osó atacar la capital del zamorin, acordó no obstante apoderarse de alguna ciudad importante donde sus compatricios pudiesen establecerse definitivamente, y sus escuadras hallasen buen resguardo para servirse de ella como de base de operaciones en la colonizacion que se proponia plantear. Timoia, pirata indio y fiel aliado de los portugueses, le habló de Goa.

Hállase situada esta ciudad en una isla de veinte y tres millas de circunferencia, si puede llamarse isla una punta de tierra separada del continente por un pantano salobre, vadeable por muchísimos puntos. El suelo es fértil, cercado de alturas y valles y casi suficiente para cubrir todas las necesidades de una ciudad populosa. Goa fue conquistada por los mogoles y agregada al principio á la corona de Delhi; pero más adelante, merced á las revueltas del imperio se formaron en el Sur varios estados independientes. El soberano de Goa á quien llamaban el *zabaim* era el más poderoso de estos diversos príncipes. Sin embargo, Timoia informó al almirante portugues de que este príncipe ocupado por la guerra con varios estados del interior dejaba sus estados sin defensa.

Alburquerque acogió gozoso la proposicion, y guiado por Timoia llegó á la bahía de Goa el 25 de febrero de 1510. Ganados rápidamente los fuertes que defendian los aproches y costeando la escuadra los muros de la ciudad, los habitantes, que casi todos eran del comercio, empezaron á pensar sériamente en las consecuencias de un asalto, sobretodo por un enemigo que no se recomendaba por su clemencia. Enviaron, pues, una comision, compuesta en su mayor parte de negociantes, quienes convinieron en entregar la ciudad á condicion de que se dispensaria cabal proteccion al comercio, respetando las propiedades particulares. Alburquerque aceptó el tratado y tomó inmediatamente posesion de la ciudad.

Dueño por este medio de la residencia del zabaim revistióse del lujo é ínfulas de un potentado asiático, enviando una embajada á Narsinga, y recibiendo con gran énfasis á los enviados de Persia y Ormuz cerca del príncipe de Goa. Pero luego reparó que la posicion no era tan segura ni agradable como imaginaba. Sabedor el zabaim de que su capital se hallaba en poder de los extranjeros, abandonando todos sus demas proyectos para expulsarlos, ajustó inmediatamente la paz con sus enemigos, los más de los cuales determinaron unirse á él contra los europeos, y presentóse poco despues delante de la ciudad al frente de una hueste de cuarenta mil hombres. Resuelto Alburquerque se apercibia para rechazarle, cuando sus mismos compatriotas produjeron peligros mucho más formidables.

En aquellas remotas regiones no era fácil mantener la disciplina entre aventureros como los que componian las expediciones europeas; así es que oficiales y soldados censuraban sin reparo las operaciones y proyectos de su general. Levantóse, pues, un partido numeroso, sosteniendo que con la escasa fuerza que mandaba Alburquerque, y sin esperanza de obtener prontos socorros, era una locura tratar de resistir á un ejército como el que llegaba á sitiar la ciudad, sobretodo hallándose rodeados de enemigos en medio de una ciudad populosa, cuyos habitantes aprovecharian la primera ocasion que se les presentase de exterminar á los europeos. Estos temores no eran del todo infundados; pero el audaz Alburquerque no queria abandonar sin combate la rica presa de que se habia apoderado. Los sediciosos eran novecientos, clamando que no se debia sacrificar tantos valientes á la terquedad de un solo hombre, y formaron un complot para destituirle del mando; pero Alburquerque, que conocia á sus jefes, sorprendióles en una reunion secreta y los prendió. Los demas imploraron clemencia y fueron perdonados.

Entretanto el zabaim avanzaba hácia la ciudad. La principal esperanza de Alburquerque estribaba en los medios con que contaba para defender los aproches de la isla; mas el canal que la separaba del continente era tan angosto y poco profundo, que no constituia ciertamente un obstáculo insuperable para el enemigo. En los puntos más expuestos colocó sus mejores tropas al abrigo de muros y fortificaciones. El príncipe indio, rechazado con pérdida en sus primeros ataques y desesperando casi del éxito, resolvió hacer una postrera tentativa favorecido por una de las noches lóbregas y borrascosas que preceden á la variacion de los monzones. En la del 17 de mayo dos cuerpos numerosos de tropas se adelantaron sobre dos puntos diferentes, y aunque no lograron burlar la vigilancia de los portugueses, pudieron no obstante penetrar en el interior de la isla. Toda la hueste pasó tras ellos y empezó desde luego las operaciones contra la ciudad.

El virey siguió no obstante defendiéndose con la incontrastable firmeza que le caracterizaba; pero viendo al enemigo auxiliado por motines repetidos en la ciudad, y por el descontento de sus oficiales que volvian á murmurar contra él, tuvo que retirarse á la ciudadela, asentada sobre un riachuelo que aseguraba sus comunicaciones con la escuadra. Dueño de la ciudad, el zabaim atacó al punto la ciudadela, y sumergiendo grandes barcas cargadas de piedras en el riachuelo trató de cortar las comunicaciones de los portugueses, al paso que por otro lado se esforzó repetidamente en incendiar sus buques. Alburquerque, dema-

siàdo débil para resistir á este sistema de ataque, se vió finalmente precisado á evacuar la ciudadela. Era esta operacion demasiado ardua; ejecutóla sin embargo con tanto arrojo como felicidad, y embarcados todos sus cañones y municiones de boca y guerra, partió con sus tropas en medio de una noche lóbrega y con el mayor sigilo, embarcándose el último.

Aunque obligado á hacerse á la mar, léjos de desalentarse no pensaba sino en concluir alguna hazaña que realzara el blason de sus armas y el ánimo de sus soldados. El enemigo estableció en Pangin, cerca de Goa, un gran campamento atrincherado, desde el cual enviaba con frecuencia buques armados para molestar á los portugueses. Alburquerque se dirigió inmediatamente por aquel lado desembarcando al rayar el dia, y ántes que reparasen en él cayó sobre el campamento de los indios con tal estruendo de tambores, clarines y mosquetería, que sobresaltado el enemigo huyó á la desbandada dejando en poder de los portugueses multitud de cañones y provisiones abundantes.

Algunos dias despues, sabedor que el zabaim preparaba una escuadrilla de barcas armadas, envió á su encuentro algunas de sus naves á las órdenes de su sobrino Antonio Noroña. El zabaim en persona mandaba la flota compuesta de treinta velas bien armadas; pero tras un combate tenaz tuvo que huir á la costa, viéndose precisado á consecuencia de esta derrota á hacer proposiciones de paz, que Alburquerque desestimó.

Humillado con esta victoria el orgullo del enemigo y reanimado el aliento de los portugueses condujo la escuadra á Cananor, donde recibió refuerzos considerables, con los cuales se decidió á intentar otro ataque sobre Goa tan pronto como la estacion lo permitiese. Esperaba ser más afortunado esta vez sobretodo á causa de la guerra que acababa de trabarse nuevamente entre el rey de Narsinga y el zabaim. Sin embargo, como no contaba más que con mil quinientos europeos y trescientos soldados indígenas, era todavía arriesgado atacar una capital grande y fuerte, defendida por una guarnicion de cerca de diez mil hombres, y fortificada nuevamente por la parte de tierra con un baluarte y foso, y por la de mar con una récia estacada, dentro de la cual estaban los buques indios fondeados con toda seguridad. Mas tan pronto como Alburquerque avistó la ciudad determinó dar el asalto dividiendo sus tropas en dos cuerpos, uno de los cuales capitaneado por él mismo debia atacar por la parte del Norte, y el otro por la del Sur, mandado por Limas y otros oficiales valerosos, el cual en breve desalojó al enemigo que se oponia al desembarco, y persiguiéndole espada en mano llegó tras él á las puertas de la ciudad. Iban á cerrarlas los de dentro cuando Melo atravesó un madero, y los portugueses entraron al mismo tiempo que los indios. Estos siguieron defendiéndose denodadamente por las calles, en las casas y sobretodo en el palacio del zabaim; pero arrojados de este puesto, volvieron á reunirse en una altura inmediata, y costó la victoria seis horas más de combate.

Dueño de esta importante plaza Alburquerque sólo pensó en fundar un establecimiento permanente. Su intento era convertirla en un punto fuerte y seguro para las escuadras portuguesas, de refresco y retirada en caso de desastre, un medio de eximirse de la alianza siempre precaria del príncipe indígena, en una palabra, establecer en Goa la capital de un nuevo imperio asiático. Envió y recibió embajadores, á quienes asombró con la ostentacion de una magnificencia

desconocida aun en la India, y con las numerosas fortificaciones y obras que al punto mandó levantar. Procuraba granjearse el afecto de los insulares, y con este fin ideó un medio harto peregrino. Capturó entre los soldados varias mujeres, algunas de las cuales pertenecian á familias distinguidas, y despues de tratarlas con esmerada consideracion y miramiento procuró casarlas con sus oficiales, á veces sin su beneplácito, por manera que Barros compara este modo de cimentar el poder lusitano con el que empleó Rómulo para poblar su ciudad naciente. Es de suponer que á las hermosas cautivas se las imponia la obligacion absoluta de abrazar la religion cristiana, cosa no muy ardua de alcanzar por cuanto en Goa las preocupaciones religiosas eran ménos tenaces que en las otras ciudades de la India. Despues de verificados estos casamientos, el virey mostraba á los novios un aprecio particularísimo y comunmente daba un buen empleo al marido. Observando, pues, las ventajas que podian sacar de aquellos entronques, acabaron por conformarse gustosas. Cuéntase sobre esto un lance muy singular. Una noche en que se celebraban á la par varios casamientos con un gran banquete que el virey ofrecia á los novios, se apagaron las luces repentinamente, y en medio de la oscuridad sobrevinieron singulares equivocaciones. Al dia siguiente no bien amaneció trataron de deshacerlas, pero bien considerado juzgaron más prudente que cada cual se atuviese á la suerte que la casualidad le adjudicara.

Arreglados los negocios interiores de su gobierno prosiguió Alburquerque sus primeros proyectos de conquista. Dos puntos sobretodo eran el objeto de sus afanes. Ormuz, el rico depósito del golfo Pérsico, que ya una vez conquistara, y Malaca, considerada entónces como la llave de las regiones é islas más distantes del Asia. Cúpole á Malaca la preferencia. Aunque situada en la costa de una península árida, capital de este reino, gozaba á la sazon de una prosperidad increible, debida á su posicion que la constituia el centro del comercio entre el Indostan, la China y las islas del archipiélago indio, esto es, el que constituye en el dia la riqueza de Singapore. Alburquerque partió con una escuadrilla compuesta de ochocientos portugueses y seiscientos soldados indios, que iban á pelear contra una guarnicion, segun aseguraban, de más de treinta mil hombres. Empezaron por negociar, declarando que sólo deseaban la paz; pero era evidente que una expedicion de este género no podia ménos de parar en guerra. Los insulares ayudados de poderosas máquinas de madera, artillería y materias combustibles, resistieron vigorosamente; pero la intrepidez de los expedicionarios arrolló todos los obstáculos. Expulsada la guarnicion indígena y dueño ya de la ciudad, Alburquerque comenzó al punto la construccion de un fuerte con los escombros del palacio, y organizó su gobierno con aquella actividad, firmeza y espíritu de conciliacion que eran la base de su política. Entabló despues relaciones con Sim, Java y Sumatra, de donde pretenden los escritores portugueses que recibió embajadores.

Miéntras se hallaba ocupado en esta expedicion, el zabaim reunió sus fuerzas, y á la cabeza de una hueste numerosa penetró en la isla donde se asienta Goa; y hasta construyó en ella un fuerte llamado Benaster. Estrechaba ya la ciudad vigorosamente cuando llegando á la cabeza de refuerzos considerables que acababa de recibir de Europa, Alburquerque le obligó á levantar el sitio; y aun-

que repetidas veces rechazado le arrebató el fuerte de Benaster, estableciendo definitivamente la supremacía portuguesa en la pequeña isla de Goa.

Prosiguió su proyecto de conquista, aunque con desgracia, en dos tentativas que emprendió sobre Aden, que era á la sazon el depósito del comercio del mar Rojo. Rechazado por aquel punto preparó un nuevo armamento más numeroso que los anteriores, y á la cabeza de mil quinientos europeos y seiscientos soldados indios, hízose á la mar para Ormuz, cuyo príncipe no osó siquiera resistirle, y le permitió construir un fuerte cerca de su capital. Despues de realizado este plan con su acostumbrada actividad, exigió que trasportasen á aquel nuevo establecimiento cuantos cañones existian en las murallas de la ciudad. El desdichado príncipe tuvo que allanarse á aquella demanda, y de este modo la famosa Ormuz convirtióse en un establecimiento portugues, triunfo que casi ya nada más dejaba que desear al ambicioso virey en esta parte del mundo, donde con el pabellon lusitano afianzó la victoria y la política.

Pero tan brillante carrera se acercaba ya á su término; frisaba ya casi en la senectud, y su salud menoscabada por tantos afanes comenzaba á inspirar zozobras. Por último, determinado á volver á Goa, y siguiendo la costa de Cambay recibió noticias que le lastimaron cruelmente. Salia de Portugal una nueva escuadra mandada por Lope de Suarez, hombre á quien aborrecia de muerte, el cual venia nombrado virey en lugar suyo, y con él nuevos oficiales para el mando de los buques y fuertes, todos notorios enemigos suyos. Su poder y valimiento estaban derrocados. Los historiadores portugueses, que acostumbran siempre á encubrir cuanto puede empañar la gloria de sus reyes, no nos enteran de los motivos que pudieron determinar el sacrificio del varon ilustre que conquistara un imperio. Ni cartas, ni ningun premio honorífico mitigaban aquella ruina.

El golpe era mortal. Débil, postrado, moribundo, intentaron persuadirle de que el afecto de sus soldados podia facilitarle los medios de resistir á las órdenes de un señor ingrato y seguir victorioso en los mares de la India. Quizás oyó al principio esta tentacion peligrosa; pero algunos dias de reflexion se la hicieron desechar, y ya no pensó más que en sepultar en la tumba su vanidad herida. Vivamente agitado, rehusando toda especie de alimento y medicamentos, llamando la muerte con impaciencia, iba á extinguirse cuando le aconsejaron que escribiese al rey recomendándole su hijo, lo cual verificó en los siguientes términos:

«Señor, próximo á morir, dirijo á vuestra majestad esta última de todas las cartas que le escribí durante el largo período de mi vida, en que tuve la honra de serviros. En vuestro reino tengo un hijo, su nombre Braz de Alburquerque, á quien ruego á vuestra majestad se digne tratar tan bien como para él lo merecen los servicios de su padre. En cuanto á los sucesos de la India, ellos hablarán de suyo por sí y por mí.»

Conociendo que iba á espirar ántes de llegar á Goa, recobró la serenidad de ánimo para dirigir todos sus pensamientos hácia la eternidad donde volaba su alma. Una ligera barca enviada al efecto condujo al vicario general, quien le administró los sacramentos de la Iglesia y recibió su postrer aliento el 16 de diciembre de 1515. Su cuerpo fue llevado con grandísima pompa á Goa, donde su muerte causó un luto universal, tanto entre sus compatricios como entre los indígenas, cuyo afecto habia sabido granjearse.

En esta época el imperio portugues alcanzaba en la India el apogeo de su grandeza; pues lo único que se le agregó despues fueron algunos puntos distantes en la costa de Africa y en la de Coromandel. A juzgar por el enfático Faria y Sousa, el imperio portugues se extendia desde el cabo de Buena Esperanza hasta la frontera de la China, en una extension de costas de más de doce mil millas; mas no cabe tomar sériamente esta frase, si consideramos que en tan inmenso espacio nunca contaron los portugueses más que unas treinta factorías, y las más veces, por no decir siempre, no poseian una pulgada de terreno más allá de las murallas de las fortalezas. Su verdadero imperio era el Océano, donde sus buques mejor armados y tripulados que los de las potencias asiáticas, salian casi siempre y á poca costa victoriosos. Esta especie de gobierno, al que la posesion casi exclusiva del comercio entre la India y la Europa ensalzaba mucho, subsistió por espacio de más de un siglo. Su historia en todo este período es la de sus luchas contra los indígenas, á quienes la intolerancia religiosa de los portugueses infundió vivísimo encono contra ellos. Estas luchas cuyo resultado ordinario era volver á colocar á las dos partes en la posicion en que se hallaban ántes del combate, son demasiado monótonas y poco interesantes para que entremos á detallarlas, pues apénas ofrecen algunos hechos que merezcan referirse.

En 1536 Nuño de Acuña, entónces gobernador general, obtuvo el permiso de construir un fuerte cerca de la importante ciudad de Diu en una posicion bastante favorable para el comercio, y que anudaba sus relaciones con los reinos de Cambay y de Guzarate. Bader, soberano de Cambay, y que al principio recibió bien á los portugueses, no tardó en tornarse enemigo suyo. En una visita que hizo al establecimiento europeo trabóse una pelea, y en ella fueron muertos él y varios oficiales portugueses. Silveyra, que en seguida tomó el mando de la plaza, se esforzó para justificar á sus compatricios con los indígenas, y al parecer lo consiguió; pero quedó de aquel lance desgraciado un gérmen de discordias que produjo su fruto. Enconó la contienda Khodja Zofar, jefe moro, que anteriormente se mostró amigo de los portugueses, trocándose despues en su más peligroso enemigo. Logró reunir en el Guzarate una hueste numerosa á la que debia apoyar con todas sus fuerzas el gobernador de Egipto Soliman Bajá, de órden del gran señor, y partió efectivamente de Suez con setenta galeras que llevaban siete mil hombres de tropas escogidas de desembarco y un inmenso material de artillería. Al saltar en tierra se le agregaron más de veinte mil hombres del Guzarate, y en los primeros dias de setiembre de 1538 sitió el fuerte de los portugueses. Silveyra no contaba más que con seiscientos hombres enfermos los más; y de resultas de un interregno en el gobierno, tampoco podia esperar socorros de Goa. Aprestóse sin embargo para resistir con denuedo, y el sitio que sostuvo se considera como el episodio más glorioso de la historia lusitana en Asia. Hasta las mujeres rivalizaron en valor y entusiasmo. Doña Isabel reunió á las que estaban encerradas en el fuerte, exhortándolas, puesto que todos los hombres estaban sobre las armas, á reparar los destrozos hechos por el continuo fuego del enemigo. Doña Ana Fernandez, esposa de un médico, corria de un puesto á otro en medio de una granizada de balas para alentar á los soldados; murió su hijo en su presencia, y ella misma se llevó el cadáver, y luego volviendo al teatro

del combate, permaneció en él hasta el fin, sin pensar hasta entónces en sepultar al desgraciado fruto de sus entrañas.

Rechazaron varios asaltos; pero la guarnicion estaba ya reducida á la mitad, y tan rendida de cansancio, que no parecia posible que continuase por más tiempo la defensa. Los sitiadores por su parte, exasperados por una resistencia tan obstinada, decidieron hacer un esfuerzo desesperado, y al efecto empezaron por aparejar sus galeras, como si se preparasen para levantar el sitio, y luego á media noche, dando repentinamente la señal de ataque, corrieron con escalas al muro que se prolongaba por la parte del mar. La guarnicion acudió al punto á las armas y recibió al enemigo; pero los musulmanes atacaban con tal furia que por fin penetraron en la plaza. Sin embargo, fueron rechazados por prodigios de valor increibles, y perdieron mil quinientos hombres, muertos ó heridos en este último asalto. Cara costó la victoria á los portugueses; no quedaban cuarenta hombres en estado de servicio, y Silveyra se entregaba á los más tristes presentimientos, cuando observó con gozo indecible que aquel fue el postrer esfuerzo del enemigo. Ignorando Soliman probablemente la posicion precaria de sus adversarios, zarpó el 5 de noviembre con toda la escuadra para Egipto.

Khodja Zofar, que era todavía poderosísimo en el Guzarate, conservaba la esperanza de vengarse. Siete años despues logró levantar un ejército tan crecido casi como el primero, y volver á sitiar á Diu, defendido á la sazon por don Juan Mascareñas y una guarnicion de doscientos diez hombres solamente, con cuya cortísima fuerza defendió valerosamente su puesto. El rey de Cambay, que acudió al sitio, persuadido de que tomarian el castillo, se espantó tanto con una bala de cañon que penetró en su tienda y mató uno de sus oficiales á su lado, que partió en el acto, dejándoles en cuidado de proseguir el asedio. Algunos dias despues murió Zofar de una bala de cañon que se le llevó la cabeza, pero su hijo Rumé Khan heredó la perseverancia y odio de su padre á los cristianos. A pesar del valor con que los sitiados rechazaron todos los ataques, sus filas estaban muy mermadas y ya empezaban á padecer hambre, cuando Alvaro de Castro les condujo provisiones y un refuerzo de cuatrocientos hombres. Estas tropas empero no fueron de gran provecho; pues intentando una salida para acreditar su valentía, fueron rechazadas con bastante pérdida y repelidas al fuerte. En fin, en octubre de 1545 el nuevo virey don Juan de Castro, uno de los más valientes oficiales portugueses, llegó con refuerzos tan considerables que desde luego pudo tomar la ofensiva contra el enemigo, y penetrando en su campamento le forzó á aceptar la batalla, rechazándole hasta la ciudad con grandísimas pérdidas. En una salida verificada por los musulmanes con ocho mil hombres, Castro los derrotó por segunda vez persiguiéndoles con tanto brio, que penetró tras ellos en la ciudad apoderándose de ella. Desgraciadamente empañó su gloria entregándola al saqueo y furor de los soldados. En seguida volvió el 11 de abril de 1546 á Goa, donde entró en triunfo, acompañado de músicas, ceñida su frente de laurel, y llevando tras sí el estandarte real de Cambay, trofeo de sus victorias. Las calles estaban colgadas de telas de seda, sembradas de flores y pobladas de un gentío que atronaba los aires con sus aclamaciones. Sabedora de esta orgullosa ceremonia la reina Catalina, dijo, segun cuentan, que si su general peleó y venció como caballero cristiano, habia triunfado como un pagano.

De Castro conservó el título de virey solamente de 1545 á 1548, pero bastóle este breve tiempo para establecer su reputacion y hacer temible el nombre portugues por todas las costas de la India. Parece que fue muy celoso por el servicio de su rey, y sobretodo muy desinteresado, por cuanto despues de ocupar tan lucrativo empleo murió en suma pobreza. Sin embargo, las horrorosas barbaries que autorizó, por más que no se las increpen los historiadores de su tiempo y país, deben sin duda empañar su gloria á los ojos de las naciones modernas.

La posicion más crítica en que se vieron los establecimientos portugueses de la India se presentó en 1570 bajo el gobierno de don Luis de Ataide. Adel Khan y Nizam-ul-Mulk, dos oficiales eminentes del Mogol, contrajeron alianza con el zamorin, con el firme propósito de arrojar á los europeos de las costas de la India. El asedio de Goa, que fue la operacion más importante de los aliados, le emprendió Adel Khan, y para lograr su intento llevó consigo todas sus tropas que ascendian á cien mil hombres, mandados por él en persona. Esta hueste empleó ocho dias en trasponer los desfiladeros del Ghates, y en seguida asentó sus reales en frente de los muros de la ciudad, los cuales, dispuestos con aquel órden admirable en el cual descollaban los mogoles, presentaban el aspecto de una ciudad grande y magnífica. El virey, sorprendido, en apariencia al ménos, no contaba en Goa con más de setecientos hombres, á los cuales agregó mil trescientos frailes y esclavos armados. Aplazando la partida de una escuadra que iba á dar la vela para Europa, pudiera reforzar su guarnicion con unos cuatrocientos hombres; pero rehusó denodadamente este recurso, pues se negó á tomar sobre sí la responsabilidad de las zozobras que causaria á la metrópoli la tardanza de los buques. El enemigo empezó por intentar penetrar en la ciudad; pero en vano, pues no solamente le rechazó don Luis, sino que recibiendo algunos pequeños refuerzos, practicó muchas salidas, en las que sus tropas se portaron con el valor y, fuerza es decirlo, la crueldad de costumbre. Despues de la horrible carnicería de los combates enviaban á la ciudad carretadas de cabezas, para sostener con este horroroso espectáculo el valor de los habitantes. Tras dos meses de inútiles ataques Adel Khan empezó á desesperar del éxito de su empresa, y hasta entabló negociaciones con el gobernador. Pero como unos y otros procuraban disimular sus verdaderos deseos y fingir lo que no sentian, afectando una confianza excesiva que estaba léjos de ser sincera, la negociacion fue muy lenta.

Ataide recibió varios refuerzos, y de una vez mil quinientos hombres de las islas Molucas que acrecentaron de tal suerte su preponderancia, que el enemigo tuvo que desechar su intento de tomar la plaza. Sin embargo, reparando el general mogol un punto ménos guardado que los otros, tal vez por su posicion naturalmente inexpugnable resolvió intentar un postrer esfuerzo para romper las líneas de los sitiados. En consecuencia el 10 de abril Soliman Agá, capitan de sus guardias, atacó aquel punto con tal ímpetu, que á pesar de una heróica resistencia penetró en la isla con parte de los suyos; pero acudiendo los portugueses con nuevos refuerzos, mataron ó ahuyentaron á los mogoles. Adel Khan, que de lo alto de una colina presenciaba la derrota de los suyos, se desalentó extraordinariamente y desde entónces el asedio se tornó ménos molesto; sin embargo, el

orgulloso mogol se resistia á ceder, y hasta el mes de agosto no levantó el sitio retirándose despues de perder en esta infructuosa tentativa más de doce mil hombres.

Por su parte Nizam-ul-Mulk, cumpliendo con las obligaciones que el tratado de alianza le imponia, llegó con una hueste tan numerosa como la de Adel Khan para atacar á Chal, establecimiento importante á la sazon en las cercanías de Bombay. Los medios de defensa de esta plaza eran al parecer más escasos todavía que los de Goa, pues consistian en un pequeño muro de tapia y un fuerte de no mayor resistencia. Por esta razon aconsejaron al gobernador general que retirase sus tropas y la abandonase, pero él desechó tan pusilánimes consejos, y con algunos refuerzos que el comandante Luis Freyre de Andrada recibió y elevaban el total de la guarnicion á dos mil hombres, trató de suplir con el valor y el talento cuanto le faltaba por otros conceptos. Tras algunas tentativas desgraciadas para asaltar los sitiadores establecieron una batería regular de setenta piezas, y al cabo de un mes el muro estaba casi del todo derruido, y el enemigo sitiaba aisladamente las casas convertidas en fortalezas y defendidas tenazmente por los sitiados.

Un dia llegaron los mogoles á penetrar en la ciudad por diversos puntos; pero fueron rechazados con grandísima pérdida. Decididos á retirarse, los portugueses pegaron fuego á una mina, que desgraciadamente voló demasiado presto arrebatando cuarenta y dos hombres. Una casa defendieron por espacio de seis semanas, y otra durante todo un mes. A principios de junio y despues de seis meses de asedio los sitiadores habian perdido algunos millares de hombres, por lo que propusieron entrar en negociaciones; pero fue en vano. Irritado el Nizam volvió á empezar el ataque con más ahinco, apoderándose sucesivamente del convento de Santo Domingo, las casas de Nuño Alvarez y de Gonzalo Meneses, é intentando un asalto decisivo. El 29 toda la hueste sitiadora se abalanzó prorumpiendo en agudos alaridos á los restos de las fortificaciones que los portugueses seguian defendiendo. El combate fue terrible; repetidas veces plantó el enemigo sus banderas en las murallas, logrando casi posesionarse de la ciudad, pero tras increibles esfuerzos el valor y la disciplina de los europeos alcanzaron el triunfo. El general de los mogoles continuó el ataque hasta la noche, mas observando lo infructuoso de sus esfuerzos propuso segunda vez entrar en negociaciones, y aceptada la proposicion acabóse por ajustar un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Mostróse el zamorin poco exacto en cumplir los compromisos que por el primer tratado contrajera, y observando á los portugueses estrechados por los otros dos confederados, ofreció á estos romper la alianza y ajustar un tratado con ellos. Pero, aun en medio de tan extremado trance, Ataide tuvo á mengua obtener la paz á costa de condiciones humillantes; desafió altaneramente el poder del príncipe, descansando en su talento y en el denuedo de los suyos para arrostrar todos los peligros que sobre él se amontonaban. El zamorin envió entónces algunas tropas al Nizam, y él mismo fué á sitiar el fuerte de Chal, situado á unas dos millas de Calicut; pero defendióse la guarnicion tan valerosamente como las otras, y recibiendo algunos refuerzos retiróse el zamorin vergonzosamente.

De este modo se estrelló contra el talento del gobernador portugues y el va-

lor de sus tropas aquella liga formidable, formada por las mayores potencias de la India meridional.

LOS HOLANDESES EN ASIA.

Merced á tan brillantes hazañas los súbditos de Portugal durante todo el siglo décimo sexto conservaron sus posesiones en las costas y su supremacía en los mares de la India; y hasta despues de la época en que decayó en ellos aquel impulso emprendedor, el alto renombre y el poder moral que adquirieron no permitieron á los indígenas sacudir el yugo. Por los años de 1700 apareció en los mares del Asia un nuevo enemigo mucho más temible que cuantos hasta entónces encontraron en aquella parte del mundo. Los holandeses, subleváronse contra la España, y tras una larga lucha, sangrienta, conquistaron un puesto entre los estados independientes de Europa. Aun ántes de ser reconocidos como tales por las otras naciones, gozaban la reputacion de primera potencia naval del mundo. Estrechados en un territorio árido, observando un contínuo aumento de poblacion con la multitud de refugiados que allí arribaban en busca del doble beneficio de la libertad, impulsábalos la necesidad á exigir del Océano la riqueza y hasta la subsistencia que les faltaban. La situacion de sus costas favorable para la pesca y el comercio les permitia progresar en este ramo de la industria humana, sobrepujando á los resultados conocidos en la historia de los tiempos modernos. Un pueblo que así ejercitaba su actividad no podia ménos de pensar luego en el comercio de la India, al que siempre se atribuyó y mucho más entónces una importancia imaginaria. No contaban al principio con fuerzas para luchar con las escuadras de España y Portugal que defendian las costas de la India, y así probaron á buscar paso al Asia por el Norte, empresa que la imperfeccion de los conocimientos geográficos de la época presentaban como practicable. Partieron, pues, al intento tres expediciones sucesivas, y su mal éxito sirvió cuando ménos para probar que si este paso existe, ninguna utilidad práctica reportaba á la navegacion comercial.

Imposible era pues entrar en competencia con los portugueses sin seguir sus huellas por el cabo de Buena Esperanza, y á ello se arrojaron los holandeses, fiados en las noticias especiales que obtuvieron de Cornelio Houtman, el cual las recogió durante una larga permanencia en Lisboa. El gobierno de esta capital, receloso de sus investigaciones y sospechando el objeto de su afanosa curiosidad, le prendió y no le fue posible conseguir su libertad sino á costa de una crecida suma de dinero. Por sus instrucciones equipóse en tres meses una escuadra de cuatro buques bien armados y provistos de todos los artículos necesarios para el

comercio, y Houtman, que mandaba la expedicion, zarpó en el otoño de 1596, llegando tras un penoso viaje, pero sin obstáculos notables, á la vista de Cantam en la isla de Java. Al principio fue bien recibido y mejor tratado, pero enemistado despues con este monarca fue apresado y aherrojado, debiendo su libertad á la cesion de una parte de su cargamento. Volvió al punto á Europa donde le recibieron triunfalmente, pues acababa de mostrar á los holandeses el camino y la posibilidad de conducir una escuadra á aquellos mares lejanos libre de enemigos.

La compañía formada para la primera expedicion, reforzada con los capitales de una segunda que se fundó al regreso de Houtman, envió á principios de 1599 bajo su mando y el de Van-Neck una nueva expedicion que contaba hasta ocho buques. Llegaron felizmente á las costas de Sumatra, donde realizaron sus cargamentos con beneficios tan cuantiosos, que Van-Neck fondeó el año siguiente en el puerto de Amsterdam con cuatro buques cargados de especias.

Tan venturoso principio alentó á los holandeses; estableciéronse varias compañías nuevas; y los resultados de su emulacion fueron tales que en 1600, esto es, cuando aun no hacia cinco años que el pabellon holandes traspuso el cabo, partieron para los viajes de la India cuarenta buques, midiendo cuatrocientas á seiscientas toneladas, y su actividad y exactitud desbancaron casi á los portugueses en el comercio de aquellas regiones. Hasta entónces evitaban con cuidado chocar en lo más mínimo, absteniéndose de visitar los parajes frecuentados por los buques portugueses; pero alentados con el éxito y reforzados decidieron expulsar á sus rivales, quienes favorecian admirablemente sus intentos no perdonando medio para provocar el descontento de los indios, los cuales empezaron á nota. que los portugueses se afanaban más por conquistar que por comerciar, y por otra parte les irritaba su intolerancia religiosa. Excitados los malayos por debajo mano y ayudados por algunos voluntarios holandeses, se apoderaron un dia, por sorpresa, del fuerte de Achin y degollaron á toda la guarnicion sin que se salvase un solo hombre de aquella carnicería, arrebatándoles tambien algunos establecimientos en las Molucas, al paso que los holandeses acrecentaban de dia en dia su poder.

Felipe II, que á la muerte de don Sebastian se apoderó de la corona de Portugal, no podia contemplar sin enojo á sus súbditos expulsados de sus magníficas posesiones por las armas de una provincia rebelde que ya era una gran potencia marítima. Sabedor de que en Holanda se aguardaba el regreso de un gran convoy de la India, mandó armar secretamente treinta buques de guerra, dándoles órden de apresar al paso la escuadra holandesa. Cerca de las islas de Cabo Verde encontró la escuadra española ocho buques holandeses que iban á la India, mandados por Spilbergen; pero este logró con acertadas maniobras evitar aquel conflicto, y llegó á la India sin otro contratiempo. Parece que aquel fue el postrer conato de Felipe II para luchar por mar contra los holandeses, intentando exterminarlos por tierra, aunque inútilmente como es sabido, contentándose entónces con promulgar edictos que les vedaban bajo severísimas penas el comerciar con las posesiones españolas. Sin embargo los portugueses de la India, ayudados por los españoles de las Filipinas, siguieron por algun tiempo haciendo el corso contra los buques holandeses; pero estos acabaron de expulsarlos de todas las islas que producen especias. En 1605 reforzaron su escua-

dra en los mares de la India con diez y nueve buques armados y montados por dos mil hombres escogidos. Con estas fuerzas atacaron y redujeron sucesivamente todos los establecimientos de sus rivales en las islas de Amboina y de Timor, apresando cuantos buques encontraban, y estableciendo su supremacía en los mares de la India.

Sólo les faltaba apoderarse de Malaca, convertida por los portugueses en capital de sus establecimientos indo-chinos. El almirante Matclief condujo su escuadra delante de la ciudad, pero esta se hallaba tan bien preparada para recibirle, que tras varias semanas de vivo ataque tuvo el holandes que abandonar la empresa. ¡Cuál fue empero su sorpresa cuando volviendo á Amboina le recibieron á cañonazos, y observó la bandera española tremolando en los muros! Tal revolucion fue motivada por algunos buques de las Filipinas, que aprovechándose de su ausencia, se apoderaron de aquellas islas importantes. Matclief quedó aturdido al principio; pero fiando en el valor de sus soldados desembarcó, atacó el fuerte y lo ganó por asalto, pasando á cuchillo á la guarnicion entera. Alentado por aquel triunfo dirigióse á las otras islas y en ménos de dos meses las reconquistó para las Provincias Unidas.

Poco tiempo despues trataron los holandeses de fundar un establecimiento en la isla de Ceilan. En 1605 enviaron allí, al mando de Weert, una expedicion, que como siempre comenzó por ser muy bien recibida, pero poco despues, á causa de quebrantar una promesa solemne hecha al rey del país, y presentarse en la córte con la altivez que por donde quiera empezaban á mostrar sus compatricios, Weert fue preso y muerto á sablazos. Sus valientes compañeros, que á pesar de la desproporcion del número tuvieron el arrojo de vengarle, sufrieron la misma suerte. El trágico desenlace de esta expedicion no desalentó al gobernador general Bort, quien atribuyendo únicamente el desastre de Weert á sus culpables violencias, envió á Ceilan una segunda á las órdenes de Marcelo Boschkouveur, oficial ménos hábil que valiente, el cual llegó cabalmente en el momento crítico en que los portugueses, saliendo con fuerzas considerables de su establecimiento de Columbo, estrechaban con tanto rigor la capital del rajah, que este desesperaba ya de poderles resistir por más tiempo. El oficial holandes, dirigiendo las operaciones de los indios y auxiliándolos con sus soldados, alcanzó una victoria completa á favor del rajah, y este, agradecido, le permitió fundar un establecimiento con las condiciones más ventajosas. Sin embargo, hasta 1856, tras una lucha larga y sangrienta no triunfaron los holandeses definitivamente de sus rivales. En dicho año capituló Columbo tras un sitio de siete meses, y los portugueses fueron completamente expulsados de la isla de Ceilan.

Dueños ya del archipiélago indio, los holandeses pensaron construir una ciudad que fuese la capital de sus conquistas asiáticas, el centro de sus negocios políticos y comerciales, y eligieron al efecto un paraje situado al extremo occidental de la costa Norte de Java, ventajosa posicion que domina la derrota de las islas de las Especias, y comunica fácilmente con Sumatra, Borneo y Celebes. Llamáronla Batavia del antiguo nombre de su país, y es aun en el dia una ciudad rica y floreciente, pero desgraciadamente muy insalubre para los europeos.

Repitieron sus esfuerzos para apoderarse de Malaca; pero no lo consiguieron hasta 1640, tras un obstinado asedio. En el mismo continente de la India, el

verdadero enemigo de los portugueses fue la Inglaterra, que no luchó largo tiempo. A pesar de su influjo en la córte del Mogol pronto quedaron desbancados en Surate y otros puertos del Guzarate por esta nueva rival. Una expedicion mancomunada de los ingleses y Shah Abas de Persia les despojó de la plaza de Ormuz, miéntras que el *iman* de Mascate, los expulsó de la mayor parte de sus posesiones en la costa de Africa. En el dia Goa y Mozambique, ambas en decadencia, sin comercio, arruinadas, representan cuanto queda del imperio fundado por el grande Alburquerque.

LOS INGLESES EN ASIA.

Desde que el impulso aventurero y comercial-marítimo se despertó en Inglaterra, consideróse en ella el comercio de la India como una fuente inagotable de riquezas. Las esperanzas extraordinarias que fundaban sobre este punto mezclábanse sin duda con muchas ilusiones. Una economía política más ilustrada demostró más tarde que la agricultura y la industria son fuentes mucho más fecundas de prosperidad que toda especie de negocio; que el comercio interior, con sus prontos retornos, es mucho más productivo que el comercio con el extranjero; que el cambio con naciones inmediatas enriquece mucho más á una nacion, que el comercio con las lejanas; en fin, que un comercio cuyo mercado está situado al extremo del globo, nunca logrará más que emplear el excedente de los capitales de un territorio rico. Sin embargo, mediaban circunstancias que, al principiar la Europa este tráfico, realzaban el comercio de la India. Los principales productos que se importaban eran telas más hermosas y ricas que cuantas se fabricaban á la sazon en el Occidente, ademas de los diamantes, perlas, joyas y especias. La grande escala en que allí se verificaban las operaciones, las pingües fortunas que se realizaban de cuando en cuando, prestaban á este comercio una apariencia de grandeza que no se notaba en el ordinario europeo. Todo, hasta la misteriosa distancia de las regiones en que se ejercian las especulaciones, hasta la incertidumbre y la aventura en que estaban envueltas, las hacia más codiciables para el espíritu osado y emprendedor del siglo diez y seis.

Quizas debemos aquí recordar que existe alguna memoria de un viaje practicado á la India en una época mucho más remota. Hakluyt cita dos pasajes de las crónicas de Guillermo de Mamesbury, donde se afirma que en el año 883 el rey Alfredo envió á la India á Sighelmo, obispo de Sherburn, con el encargo de ofrecer de su parte ricos presentes al sepulcro de santo Tomas. Sighelmo, segun el cronista, terminó felizmente esta peligrosa empresa, y volvió

á Inglaterra con un rico cargamento de piedras preciosas y especias, productos de aquella region famosa. Añaden que por el tiempo en que se escribió la crónica se conservaban todavía en la iglesia de Sherburn algunos efectos traidos por el devoto obispo. Por más ilustradas que sean las crónicas que tal mision relatan, arduo es sin otro testimonio admitir como cierta esta devota romería en la época de que trata. Sin negarla absolutamente, es lícito pensar que Sighelmo no pasó más allá de la costa oriental del Mediterráneo, en donde entónces, como en el dia y como siempre, venia á parar uno de los radios del comercio de la India.

Del reinado de Eduardo IV, y sobretodo del de Isabel, data el desarrollo comercial y marítimo de la Inglaterra. Hasta entónces los flamencos les eran superiores en industria; los italianos y más aun los españoles y portugueses, en la navegacion. Estos dos pueblos, en un período admirable de gloria, acababan de abrir el campo de los grandes descubrimientos, y estaban prontos á defender con toda su pujanza, que era mucha á la sazon, los imperios que conquistaron. Los ingleses, en la nueva carrera á que iban á arrojarse, no solamente debian temer los riesgos de las largas navegaciones, sino tambien la poderosa oposicion de los dos pueblos que se disputaban entónces el imperio de los Océanos. La Inglaterra sin embargo la emprendió entusiasmada y todo el mundo se enardeció, desde los traficantes hasta los guerreros, los estadistas y palaciegos. Bajo los auspicios de Isabel, prodújose en Inglaterra toda una generacion de hombres grandes. En primer lugar trataron de descubrir una nueva derrota para pasar á la India, donde se hallasen libres de rivales tan formidables como los portugueses. Sus primeras tentativas se encaminaron á la costa Norte del Asia; pero nada podian estas producir. Una expedicion de tres buques, armada á costa de una compañía de comerciantes y mandada por el valiente sir Hugo Willouhgby, terminó del modo más desgraciado. Dos de los buques vararon en la costa de Laponia, y sus tripulaciones, precisadas á invernar en aquel clima riguroso, perecieron allí de frio y abandonadas. Sin embargo, Ricardo Chancelor llegó al mar Blanco con el tercer buque, y desde allí pasó por tierra á Moscou, donde se puso en comunicacion con la córte de Rusia, casi desconocida entónces de la Europa occidental. Ocurriόles á la sazon á los aventureros abrirse un camino por tierra, al traves de la Persia y de la Rusia; pero en vano emplearon en esta empresa dinero y afanes; pues aunque algunos de sus agentes penetraron en Persia por el mar Caspio y aun hasta Bokhara, capital de la Tartaria independiente, ninguno llegó á la India. Comprendiendo al fin que, aun cuando el camino estuviese expedito perjudicaria al comercio tan largo y costoso rodeo, y la via del golfo Pérsico ó del mar Rojo seria siempre más breve y ménos dispendiosa, orillaron su proyecto y volvieron á Inglaterra.

Rechazados por este lado, trataron de abrirse paso por el Noroeste, doblando la costa septentrional de América. Imaginábanse entónces, ó más bien esperaban que este continente remataba en un cabo, situado en una latitud, alta sin duda, pero no tanto que no cupiese trasponerlo para penetrar en el Océano Pacífico, y desde allí pasar á la costa oriental del Asia. Dirigieron sobre aquel punto esfuerzos enérgicos, intrépidos y tenaces, una série de ilustres navegantes como Cabot, Frobisher, Davis, Hudson; y bajo el punto de vista científico, continuaron la empresa los Parry, los Ross, los Black, etc.; aunque con la diferencia de que

estos sabian ya lo que valdria prácticamente esta derrota, si realmente existiese.

El adverso resultado de todas las empresas intentadas para penetrar en los mares de la India por el Norte de los grandes continentes, ó por el interior de las tierras, obligó por fin á los ingleses á acudir al derrotero del cabo de Buena Esperanza, como el único asequible y provechoso. Sin embargo, Felipe II, como rey de Portugal, pretendia gozar un derecho exclusivo sobre aquel derrotero, y esta pretension, segun el derecho de gentes de aquel tiempo, parecia fundada en justicia. Por otra parte, el gobierno inglés no se hallaba muy dispuesto á chocar con el monarca más poderoso de aquella época; y ademas los buques armados por empresas particulares, al pasar cerca de las costas de Portugal ó de los establecimientos del rey de España, en la costa de Africa ó de Asia, corrian el riesgo de verse apresados por rivales temibles que jamas daban cuartel.

Sin embargo, los proyectos de los navegantes ingleses acrecian sin cesar, y comenzando la Inglaterra á ocupar un puesto entre las grandes potencias marítimas, tratóse de probar un nuevo camino en el cual no se temieran rivalidades. Drake, oficial que se distinguió en el golfo de las Antillas y en la costa de América, concibió el intento de penetrar en la India por el mar del Sur. Dedicó las riquezas que adquiriera en sus primeras expediciones al armamento de cinco buques, de los cuales el mayor no llegaba á cien toneladas, y el más pequeño medía doce solamente. Los equipó embarcando un rico cargamento, hermosas muestras de la industria inglesa, y hasta una banda de música, partiendo de Plymouth el 13 de diciembre de 1577, y atravesando en agosto del año siguiente el estrecho de Magallanes; cruzó en seguida durante algunos meses las costas de la América española, apresando varios buques ricamente cargados que halló al paso. Enriquecido con estas presas, aunque su flota se hallaba entónces reducida á un solo buque, intentó volver á Europa por el Noroeste de América. Dió á la vela para la costa de California, é imaginándose su primer descubridor, la tituló Nueva Albion; pero al remontar más al Norte, notando que su proyecto era impracticable, emprendió atravesar el Océano Pacífico y volver á Europa, recalando en las Molucas. Dirigióse entónces al traves del Océano, sin arribar en parte alguna hasta llegar á las islas de las especias, cuyos preciosos productos eran tan estimados en el Occidente. El rey de Ternate que estaba á la sazon en guerra con los portugueses, recibió al navegante inglés con regocijo y cúpole á Drake la prez de ser el primero en empezar el comercio que desde entónces desarrolló la Inglaterra tan prodigiosamente. Desde allí costeando la isla de Java pasó al cabo sin tocar en ningun punto del continente asiático; luego, proveyéndose de víveres y agua en Sierra Leona, volvió á entrar en Plymouth el 26 de setiembre de 1580, despues de dos años y medio de viaje. Sus compatricios le recibieron triunfalmente, y la reina Isabel le visitó en su buque armándole caballero.

La gloria de Drake alentó á otros capitanes á seguir sus huellas. Tomas Cavendish, rico personaje del condado de Sufolk, que hizo su aprendizaje en la marina á las órdenes de sir Ricardo Granville, vendió sus haciendas para aplicar el producto á un viaje de especulacion en el mar del Sur y al rededor del globo. Salido de Plymouth el 21 de julio de 1586, ya se hallaba en los primeros meses del año siguiente en la costa de la América española, donde siguiendo siempre las huellas de Drake adquirió muchas y ricas presas. Desde allí traspo-

niendo el Océano Pacífico, recaló en Guahan, una de las islas de los Ladrones, visitó en seguida las Filipinas, ocupadas ya entónces por los españoles, despues las Molucas y Java, y volvió finalmente á Europa por el cabo de Buena Esperanza en setiembre de 1588.

A pesar del feliz éxito de estos viajes y de la admiracion que causaron, no cabia sin embargo considerar semejantes expediciones como modelos de un comercio regular, y siempre buscaban un camino más fácil y conveniente. Antes del regreso de Drake, pensaban atravesar el Mediterráneo, desembarcar en la costa de Siria, pasar por Alepo y Bagdad al golfo Pérsico, y de allí por Ormuz á la costa de Malabar. Stevens, que realizó un viaje á Goa en un buque portugues, publicó una relacion en la que ponderaba en términos pomposos la fertilidad del país donde se asienta aquella ciudad, las ventajas que ofrecia al comercio, y la buena acogida que en su puerto se dispensaba á los buques de todas las naciones. En consecuencia Juan Newberry y Ralph Fitch, las dos personas que más vivamente insistieron en seguir el nuevo camino, fueron enviados por el gobierno de la reina con dos cartas dirigidas, una al emperador de la China, y la otra al gran Mogol el emperador Akbar, calificado en la carta de *Zelabdin Echebar*, rey de Cambaya. La reina solicitaba su benevolencia á favor de hombres que llegaban de tan léjos para comerciar en sus estados, prometiéndole recíproco auxilio y proteccion igual para sus súbditos, y provistos de estos documentos, partieron los viajeros á principios del año de 1583.

Las cartas enviadas desde Alepo y Bagdad por J. Newberry tratan solamente de materias comerciales. Quéjase en Bagdad de la dificultad de poder vender sus mercancías, al paso que si en vez de estas llevara dinero, compraria grandes cantidades de especias á precios muy bajos. De Bagdad pasó á Basora, y de allí á Ormuz, donde al principio le permitieron negociar sin estorbo; pero seis dias despues le acusó ante las autoridades con su compañero de viaje, un italiano llamado Miguel Stropenes, envidioso de ver unos rivales que le disputaban el comercio con el que adquiriera riquezas inmensas. Los dos ingleses fueron presos. Newberry poseido de terror escribe á sus socios de Basora en los términos siguientes: Es muy posible que nos cercenen la cabeza, ó cuando ménos que nos retengan presos por largo tiempo. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Sin embargo los pusieron en libertad poco despues para enviarlos á Goa; pero apénas sentaron el pié en tierra tras una peligrosa travesía, los encarcelaron otra vez. La principal queja que de ellos presentaban era la conducta del capitan Drake acusado de disparar sobre un galeon portugues en las aguas de Malaca. Newberry ignoraba el suceso y decia que era injustísimo tratar tan cruelmente á los ingleses, al paso que los franceses, flamencos, turcos, persas, moscovitas, etc., podian residir y traficar libremente en Goa. Tras un mes de cárcel le pusieron por fin en libertad mediante una fianza de dos mil *pardaos* y su palabra de no salir de la ciudad sin permiso. Y con efecto no era su ánimo abandonarla tan pronto; alquiló casa en una de las principales calles, realizando, segun afirmaba, muy buenos negocios. Durante su permanencia en Goa recibió bastantes favores de Stevens, alumno que fue de New-Cola, universidad de Oxford, y en la actualidad al servicio del arzobispo de Goa, y á Juan Linscot ó Linschoten, marino holandes muy inteligente.

Pero segun Fitch todas estas halagüeñas apariencias eran engañosas. Gran parte de sus mercancías fueron robadas; tuvieron que invertir grandes cantidades en regalos, sin contar lo que les costaron las fianzas. Tras cinco meses de residencia, presentando sus quejas al gobernador, recibieron una respuesta poco satisfactoria y hasta les amenazaron con nuevas desdichas, anunciándoles que existian contra ellos nuevos motivos de queja. Sobresaltados por tal novedad y temerosos de que los redujeran á esclavitud, ó al ménos, segun se les anunció en confianza, de recibir unos cuantos palos, acordaron escapar miéntras que aun quizas podian verificarlo, y el 5 de abril de 1585 huyeron de la ciudad. Internándose en la India pasaron por Belgaum, donde se realizaba á la sazon un gran comercio de diamantes y piedras preciosas, y de allí á Kidjapore. En esta ciudad contemplaron la idolatría indiana desplegar todas sus pompas; las selvas vecinas estaban llenas, segun dijeron, de infinitos templos é ídolos, parecidos unos á una vaca, otros á un mono, otros al pavo real, otros al mismo diablo. Fitch, cuya relacion seguimos, quedó pasmado de la magestad de los elefantes de guerra, de la abundancia de oro y plata. Visitó á Golconda, que describe como una ciudad grande y amena, cuyas casas son de ladrillo y madera; en medio de un terreno abundoso de frutas deliciosas en la inmediacion de minas inmensamente ricas de diamantes. Habláronle de Masulipatan como de un gran puerto, asiento de un vastísimo comercio.

Desde Golconda se dirigió al Decan, visitó la ciudad de Barhampur, capital del Candeisch. Era aquel territorio, segun dice, extraordinariamente fértil y poblado, las casas de tapia y hojarasca, y durante la estacion de las lluvias, época de su paso, las calles estaban intransitables á causa de los arroyos convertidos en torrentes. Las costumbres matrimoniales de los indios le arrancan exclamaciones de sorpresa, cuando ve casar á niños de ocho ó diez años con niñas de cinco ó seis; describe con asombro la pompa maravillosa que se ostenta en tales ocasiones, en que los jóvenes esposos recorren las calles á caballo, ambos magnificamente vestidos, precedidos de bandas de músicos, y seguidos de numerosa y alegre comitiva. Pasó despues á Mandu, ciudad fortísima, construida sobre un peñasco alto y tajado, cuya conquista costó á Akbar doce años de extraordinarios esfuerzos. De allí fué á Agra, ciudad más grande y populosa que Lóndres, con caserío de piedra y anchas y hermosas calles. El emperador residia entónces en Fatipur, ciudad, segun el viajero, todavía mayor que Agra, pero no tan hermosa. Sin embargo, como Fatipur fue siempre de importancia secundaria, es de creer que debiese su grandeza pasajera solamente á la presencia del emperador y de su córte. Toda la distancia que separaba á estas dos grandes ciudades parecia una dilatada feria. El viajero reparó tambien en los medios de transporte que usaban los grandes personajes y consistian en pequeños coches dorados y esculpidos, colgados de sedas ó de ricas telas, tirados por dos bueyes apénas como perros. En las orillas del Dejamna pudo observar las ceremonias y abluciones de los bramines. Oran desnudos en medio del agua, preparando sus comidas y comiendo del mismo modo; por via de penitencia se revuelcan y dan volteretas en el suelo; levantan á menudo las manos hácia el sol y besan la tierra cruzando los brazos y arrodillándose. Sus mujeres hacen las abluciones por grupos de veinte ó treinta, y cantando. Reparó tambien en una multitud de mendi-

gos en cueros, acerca de los cuales referia cosas extraordinarias. Todos eran repugnantes, pero sobre ellos uno que comparado con los demas podia pasar por un mónstruo, con la barba desmesurada, el cabello que le caia hasta la cintura y las uñas de dos pulgadas. El viajero inglés no logró arrancarle una sola palabra, jamas hablaba, y ni aun al rey contestaria. Los Bramines son, segun Fitch y los viajeros modernos, una horda de gente alevosa y peor que los judíos.

Al partir los fugitivos de Agra, Guillermo Leader, el joyero, se quedó al servicio de Akbar, quien le dió casa, caballo, cinco esclavos y cuantioso sueldo. Los viajeros se avistaron varias veces con el emperador, pero desgraciadamente ninguna noticia dan sobre este punto.

De Agra, Fitch pasó á Allahabad que llama Pragi, corrupcion de la voz Playaga que designa la confluencia de los rios Djamna y Gánges. Bajó por este hasta Benares, y su asombro acrece cuando refiere las maravillas de esta capital del comercio y de la supersticion india describiendo los numerosos y magníficos templos de que abunda.

Allí vió la idolatría desarrollarse en escala mayor de lo que él se imaginara. Todas las calles y plazas estaban llenas de ídolos, ninguno de los cuales sin embargo merecia llamar la atencion. Los más son negros, tienen garras y largas uñas de bronce, unos se representan montados sobre pavos reales ó animales fantásticos que significan el genio del mal, otros tienen cabeza de halcon, pero ninguno posee aspecto halagüeño: sus formas son exageradas, sus bocas monstruosas, sus orejas doradas están cargadas de joyas, y los dientes y ojos son de oro, plata y vidrio. Los honores que tributan á estas asquerosas divinidades son tan variados como extravagantes, y las abluciones sobretodo extraordinarias. Nunca oran sino dentro del agua, arrojándosela sobre la cabeza con entrambas manos. Unos las practican con quince ó diez y seis vasos grandes y pequeños, y agitan una campanilla mezclando el contenido de todos los vasos; y despues de terminada, se acercan á los ídolos para hacer libaciones que consideran santas y eficaces. Asistió al sacrificio de mujeres que se abrasaban sobre los sepulcros de sus maridos; y de no verificarlo, dice, les afeitan la cabeza, lo cual las deshonra. Cuando uno cae enfermo, pasa la noche delante del ídolo, y si al dia siguiente no está sano llegan sus parientes, se sientan al rededor prorumpiendo en grandes alaridos, en seguida lo conducen á la orilla del rio, construyen una ligera almadía de cañas, y le abandonan á la corriente en la frágil barca. El viajero continúa los singulares detalles de ciertas ceremonias de casamiento á las que asistió: Los dos esposos bajan al rio con un sacerdote, una vaca y una ternera; los tres sujetan la vaca por la cola vertiéndola agua encima con un vaso de cobre; en seguida el sacerdote ata á entrambos esposos con sus vestidos mojados; entónces distribuyen limosnas á los pobres, entregando al bramin la vaca y la ternera; en seguida ofrecen dinero á diversos ídolos, y tendiéndose boca á bajo, besan repetidamente el suelo, y se retiran.

Desde Benares pasó Fitch á Patna, capital en otro tiempo de un reino, pero que entónces formaba parte del imperio de Akbar, y aunque bastante grande, sus casas eran de tapia y paja. El territorio estaba infestado de forajidos nómadas como los árabes. La supersticion popular pagaba crecidos impuestos á unos

personajes holgazanes que pasaban por santos. Uno de ellos se durmió un dia montado en su caballo en medio de la plaza del mercado, y el viajero vió á la muchedumbre que acudia desaladamente para tocarle los piés, prodigándole las mayores muestras de acatamiento.

Desde allí pasó á Tanda en Bengala, otra posesion de Akbar, siguiendo al Norte á un territorio llamado Couche, que debe ser el situado al pié de las montañas del Butan; al describirle dice que es tan húmedo, que con facilidad puede anegársele. Los habitantes, budhistas de religion, mostraban su ordinario respeto á los animales, sosteniendo hospitales para ellos y criando arañas. Cuatro dias distaba el que hoy se conoce por Butan, terreno extenso y lleno de montañas tan altas que se divisan desde seis jornadas. Es cierto, pero sola la imaginacion puede obligar á decir á los habitantes que desde la cumbre de aquellas montañas se divisaba la mar al Sur. Frecuentábanlo entónces, como en el dia, traficantes que llegaban de las frias regiones del Norte, vestidos de telas de lana, sombrero, calzones blancos y botas (los tártaros), y por otros sin barba, llegados de una region calurosa al Este (los chinos). Los primeros decian que en su patria se criaba una raza de caballos pequeños, pero robustos, y cuyas largas colas extraordinariamente pobladas constituian un gran comercio con la India, donde eran muy estimados.

Fitch bajó despues por el Hugly dirigiéndose á Oriza, cuyas fronteras halló casi desiertas, incultas y cubiertas de yerbas tan altas como un hombre, y con muchos tigres. El puerto de Angeli, que no es posible reconocer en el dia, era entónces el centro de un gran comercio, y frecuentado por buques de Sumatra, de Malaca y de las diversas partes de la India. De allí volviendo hácia el Gánges, recorrió la provincia oriental de Tipara cuya poblacion estaba empeñada en continuas guerras con los moyen, habitantes del reino de Aracan. Volviendo otra vez á las orillas del rio, visitó á Serampore y otras ciudades situadas en sus embocaduras. La poblacion de esta parte de la India vivia en perpétua rebelion contra el emperador Akbar, favorecida por el gran número de islas, que les proporciona la facilidad de refugiarse de una en otra. Menciona los tejidos de algodon, como superiores en calidad á cuantos se fabrican en lo restante del imperio.

Desde Serampore pasó á Negrais en el reino de Pegú, cuya capital visitó, lo mismo que á Malaca que era á la sazon el principal establecimiento de los portugueses en aquellos mares, y donde obtuvo algunas noticias sobre la China y el Japon. Desde allí, regresando á Bengala, se embarcó para Cochin, recalando al paso en Ceilan, que es, segun se expresa, una buena isla, fértil y hermosa. Los portugueses poseian en Colombo un fuerte atacado á menudo por los insulares y hasta con una hueste de cien mil hombres, desnudos los más, aunque algunos armados de mosquetes. Doblando el cabo Camorin y reconociendo la pesca considerable de perlas que se hace en aquella costa, pasó por Calan á Cochin, que le pareció poco agradable; pues el agua era mala y los víveres escasos, no produciendo arroz ni trigo. Con todo, la falta de medios de trasporte le obligó á permanecer allí ocho meses. El zamorin de Calicut, segun le dijeron, continuaba hostil á los portugueses; persiguiendo sus buques mercantes con barcos montados por cincuenta á sesenta hombres cada uno, que devastaban toda la costa, atacando y saqueando cuantos buques encontraban.

De Cochin pasó á Goa y á Chal, donde se embarcó para Ormuz, despues de terminar el más largo viaje que hasta entónces verificó europeo alguno.

Aunque esta expedicion se terminó de un modo glorioso para los aventureros, y proporcionó muchísimas noticias sobre el comercio y los productos, era evidente con todo que un tráfico expuesto á tantos riesgos, por tan largo camino, no podria ser seguro ni provechoso. Verdad es que tambien le hacian los venecianos; pero aun hallándose estos en posicion más ventajosa que la Inglaterra, desde el descubrimiento del paso del cabo, no podian ya sostener la competencia con los portugueses. El interes comercial tomaba ya decididamente esta última via, como única que presentaba ventaja y seguridad; pero guardábanla con la más celosa vigilancia los portugueses y españoles; y de ahí era que el gobierno de Isabel, aunque en guerra á la sazon con estas naciones, vacilaba en alentar unas empresas que imposibilitarian para más adelante todo ajuste. Mr. Bruce halló en los archivos del reino una peticion firmada y presentada en 1589 por cierto número de negociantes solicitando permiso para enviar seis buques á la India. Ignórase la contestacion que recibieron; pero en 1591 partieron tres barcos de Plymouth el 10 de abril, á las órdenes de los capitanes Raymond, Kendal y Lancaster. En agosto cuando arribaron al cabo existia á bordo número tan considerable de enfermos, que se adoptó el partido de enviar al capitan Kendal á Europa con ellos. Los otros dos capitanes prosiguieron el viaje, pero llegados á la altura del cabo Corrientes, fueron acometidos por una horrorosa tempestad, de cuyas resultas el buque de Raymond, que mandaba la expedicion, fue separado de su conserva, no volviéndose á saber más de él.

Respecto al que mandaba Lancaster, padeció algunos dias despues otro temporal, y el fuego del cielo le mató cuatro hombres hiriendo y cegando á casi todo el resto de la tripulacion. Sin embargo, despues de reponerse en algun tanto los navegantes acabaron por alcanzar la isla Comore, donde tomaron víveres y agua. Al principio no se mostraron hostiles los insulares, y al punto se estableció la confianza; pero un dia dos partidas de diez y seis hombres cada una enviadas á tierra para un trabajo urgente, se hallaron repentinamente envueltas por una multitud de aquellos alevosos isleños, y el capitan Lancaster vió sucumbir á su presencia casi todos aquellos hombres, sin que le fuese posible socorrerlos.

Precisado á levar anclas, fué á Zanzibar, donde halló buen fondeadero y pudo reparar convenientemente el buque; pero allí supo que los portugueses se proponian atacarle. Arrebatado por vientos contrarios recaló en la isla de Socotora, donde esperó vientos favorables que le llevaron directamente al cabo Comorin. Despues que le dobló en mayo de 1592, pasando por delante de las islas de Nicobar, sin divisarlas, recaló en Sumatra, y desde allí se dirigió á las islas inhabitadas todavía de Poulo Penang, en donde pasó la invernada, esto es, el tiempo de las borrascas que castigan á aquellos mares en julio y agosto. Siguiendo despues la costa de Malaca, encontró tres buques de sesenta y cinco á setenta toneladas, de los cuales sólo pudo alcanzar uno, que pertenecia á una comunidad de jesuitas, al ménos segun se expresa el capitan inglés, por cuyo motivo no vaciló en apresarlo. Seducido por aquel modo expedito y lucrativo de especular, empezó á cruzar á la entrada del estrecho de Malaca, por el cual debian pasar los portugueses que iban á la China y á las Molucas, y al poco tiempo

apresó un buque de Nagapatnam, cargado de arroz, y aunque dejó escapar otro de cuatrocientas toneladas, pocos dias despues apresó un magnífico galeon de Goa, que se entregó sin combate abundantemente cargado de todos los artículos necesarios para el comercio de la India. Sin embargo, esta hermosa presa no aprovechó mucho á los aprehensores; en primer lugar porque el capitan y la tripulacion lograron escaparse, y luego porque Lancaster malcontento con la insubordinacion de los suyos, acordó abandonarla para hacerse cuanto ántes á la mar, como lo verificó en efecto pasando á la bahía de Junkseylon, donde se proporcionó alquitran para recorrer su embarcacion y navegando para la punta de Gales de Ceilan. Allí empezó á cruzar aguardando las escuadras de Bengala y de Pegú, pero los marineros contentos ya con sus primeras presas y cansados de tan largo viaje se declararon en abierta rebelion para obligarle á regresar á Inglaterra. Hallábase en el cabo á principios de 1593, y tras un penoso viaje á lo largo de la costa de Africa, vióse precisado, por falta de víveres, á encaminarse á la Trinidad. Un error de cálculo en su derrota le condujo al golfo de Paria mareando al traves de los archipiélagos de las Antillas hasta las Bermudas, en cuyas aguas le acometió un temporal horroroso que le arrojó contra una isla desierta, donde todos perecieran de hambre, á no ser recogidos por unos buques franceses que los llevaron á Dieppe. Allí desembarcaron el 19 de mayo de 1594 tras un viaje de tres años y dos meses, esto es, despues de emplear doble tiempo del que empleaban ordinariamente los portugueses en esta navegacion.

PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS DE LOS INGLESES.

A pesar de los resultados poco ventajosos, considerados mercantilmente al ménos, de todas aquellas tentativas, el afan, el instinto que arrebataba á los ingleses á la península indiana, no se mitigó un momento. Divulgándose en 1595 que los holandeses acababan de enviar cuatro buques á aquellas aguas, la opinion pública manifestóse más que nunca impulsada por la emulacion; y en 1599 se formó una asociacion por acciones con el capital de treinta mil libras esterlinas, suma considerable entónces, para enviar á la India una nueva expedicion comercial de tres buques. La reina, no contenta con aprobar completamente aquella empresa, envió ademas un embajador, Juan Mildenhall, al gran mogol, para pedir las seguridades necesarias. El embajador halló en el trono de la India al célebre Akbar, en cuya córte residió algun tiempo; pero á su regreso murió en Persia, y su mision no produjo resultado positivo. Sin esperar su regreso, empero, proseguia la compañía con teson su proyecto, alentada por su creciente influjo y popularidad.

En 1600 contaba ya á su cabeza á Jorge, conde de Cumberland, y doscien-

tos quince nobles, *aldermen* ó comerciantes constituidos en corporacion bajo el nombre de *Gobernador y compañía de los negociantes que hacen el comercio con las Indias orientales*. Estaban revestidos de los dos grandes privilegios que era costumbre entónces conferir á las corporaciones de comerciantes; se les permitia extraer metálico por la suma de treinta mil libras esterlinas, y productos ingleses sin pagar derecho alguno por sus cuatro primeros viajes, concediéndoles ademas el privilegio exclusivo de comerciar en todos los países situados allende el cabo de Buena Esperanza. La carta en virtud de la cual quedó constituida la sociedad fijaba en catorce años su duracion; pero era revocable á voluntad del soberano, con tal que se previniese á la compañía con veinte y cuatro meses de anticipacion. Aun que varios accionistas se mostraron poco dispuestos á satisfacer, otros se hallaron más celosos y confiados que entregaron los fondos poniéndose en lugar de los medrosos, con la condicion de cobrar los dividendos, si resultasen, en lugar de aquellos cuya falta suplian. El primer capital empleado ascendió á la suma de setenta y cinco mil trescientas setenta y tres libras esterlinas: treinta y nueve mil setecientas setenta y una invirtiéronse en compra de buques, seis mil ochocientas sesenta en mercancías, y veinte y ocho mil setecientas cuarenta y dos quedaron en efectivo. La córte deseaba vivamente que el mando de la expedicion se confiase á sir Eduardo Michelborne; pero los comerciantes insistieron en su acuerdo de no emplear á personajes de la nobleza para hacer sus negocios con gentes de su clase. En consecuencia confiaron la direccion de la empresa á Lancaster, cuya conducta en su atrevido, aunque desgraciado viaje, le granjeó una alta reputacion de valor y talento.

El 2 de abril de 1601 partió con cinco buques de diverso porte, desde ciento sesenta hasta seiscientas toneladas de carga, y dobló el cabo de Buena Esperanza sin accidente. El objeto principal, casi exclusivo del comercio de la India en aquel siglo eran las especias, la pimienta, la nuez moscada, etc. que se podian hallar en Sumatra, Java, en las Molucas, sin poner el pié en el continente asiático. Despues de tocar en Madagascar y en las islas de Nicobar, sin más objeto que abastecerse el comodoro mareó directamente para Achin, puerto principal de Sumatra. A pesar de la oposicion de los portugueses, ajustó con el rey indio un tratado de comercio ventajoso, y comenzó sin dilacion á cargar sus buques de pimienta. Esta especie, empero, escaseaba tanto que temió perder el tiempo, y mucho más regresar á Inglaterra sin cargamento. Libróse de aquella ansiedad apresando un buque portugues de seiscientas toneladas, tan cargado de percales y otras mercancías preciosas, que pudo llenar con ellas su buque. Sin embargo, no volvió á Europa sin ajustar otro tratado igualmente ventajoso con el rey de Bantam, y enviado á las Molucas una barca de cuarenta toneladas, con el encargo de preparar un cargamento de especias para una nueva expedicion.

La segunda escuadra equipada por la compañía la mandaba el capitan Middleton, quien más adelante, bajo el título de sir Enrique, adquirió gran fama como uno de los más felices expedicionarios á las Indias. Partió de Gravesend el 25 de marzo de 1604 con el *Red dragon*, el dragon rojo, y otros tres buques. El capital empleado montaba á sesenta mil cuatrocientas cincuenta libras esterlinas. Tras un feliz viaje, durante el cual sólo recaló en Saldaña, cerca del cabo, llegó á últimos de diciembre á la bahía de Bantam. Allí se separaron los buques,

quedándose dos para tomar un cargamento de pimienta, y dirigiéndose el tercero á Banda, al paso que el mismo Middleton pasaba con el cuarto á las Molucas, cuyas islas encontró asoladas por una guerra furiosa entre holandeses y portugueses, sostenidos unos por el sultan de Ternate y los otros por el de Tidore. Los primeros, de quien el comandante inglés pensaba recibir una acogida fraternal, le ofendieron gravemente representando á los ingleses como una gavilla de piratas y suponiendo que la Holanda sola era más poderosa por mar que toda la Europa junta. Fuese temor ó confianza en lo que le decian, disuadieron al sultan de Ternate de permitir á Middleton ninguna clase de comercio; y por otra parte siendo los portugueses dueños de Tidore, no pudo el capitan inglés emprender cosa alguna por aquel lado aunque recibió una carta del sultan reclamando su apoyo contra los holandeses. El capitan Colthurst, que mandaba el otro buque, llegó á Banda sin tropiezo, permaneciendo allí tranquilamente veinte y dos semanas, reuniendo su cargamento.

La compañía empero veíase entónces amenazada en la misma Inglaterra por una competencia formidable. Sir Eduardo Michelborne, á quien se negaron á aceptar como jefe de la primera expedicion, acababa de obtener del gobierno permiso para emprender un viaje en los diversos países del Oriente, é inmediatamente equipó un buque y una barca, llamados el *Tiger* y el *Tiger's Whelp*, el Tigre y el Cachorro del Tigre. Sin embargo, este viaje fue poco honroso para el que lo emprendió; pues ni realizó descubrimientos, ni negocios de la menor importancia. No fué á las Molucas; pasó el tiempo en los mares de la India, pirateando, dando caza á todos los buques, no sólo portugueses, sino tambien indios. En una de sus expediciones apresó una *yunca* japonesa cuya tripulacion tranquilizó las sospechas de los ingleses con la cortesía y cordialidad aparentes con que los recibió, pero que más adelante se rebeló é hizo un esfuerzo desesperado para posesionarse otra vez de su embarcacion. El capitan Davis pereció en la refriega y Michelborne pudo escaparse refugiándose en la bodega, desde donde ayudado por su contramaestre y algunos marineros le fue dable contener á los agresores y dominarlos. Preso el jefe de los rebeldes preguntáronle por qué atacó á los ingleses, á lo cual respondió friamente que para degollarlos y recobrar su buque, y que pues su intento habia fracasado, harto comprendia que iba á perecer. Michelborne apresó ademas dos yuncas chinas cargadas de sedería, y volvió á Inglaterra con su presa.

Entre tanto la compañía enviaba á los mares de la India una tercera expedicion compuesta de tres buques, tripulados por trescientos diez hombres y mandados por los capitanes Keeling, Hawkins y David Middleton. Los dos primeros, que salieron en abril de 1607, fondearon en la bahía de Bantam el 18 de octubre, partiendo poco despues para las islas Molucas y Banda. Desde el viaje de Enrique Middleton cambió mucho el aspecto del territorio. Los portugueses fueron expulsados de aquellos mares por los holandeses, á los cuales encontró Keeling empeñados en una guerra encarnizada con los indígenas, á quienes acusaban para justificar la guerra de haber asesinado alevosamente á cuarenta de sus compatricios. Intimáronle que saliese inmediatamente de la isla conquistada por la Holanda, á cuyo mensaje Keeling contestó que miéntras no se le obligara sino con palabras, permaneceria surto hasta completar su cargamento. Sabedor no obstante de que se ajustaba un tratado de comercio



entre los holandeses y los de Banda, del que se desprendia la sumision de los últimos, acordó retirarse.

Middleton, que salió de Europa el 12 de marzo, no trató de reunirse á los otros dos capitanes, é hizo un viaje muy parecido al de aquellos.

Equipóse en 1507 una cuarta expedicion compuesta de dos buques mayores, la *Asuncion* y la *Union*, mandada por el capitan Alejandro Sharpey. El capital empleado eran treinta mil libras esterlinas. Parece que el objeto de esta expedicion fue emprender una tentativa sobre la costa de Cambay, y sobretodo en Surate, que era considerado entónces como el depósito más rico de la India occidental. Partió en marzo, padeciendo en la travesía una larga série de contratiempos y desdichas. Los dos buques separados por una tormenta al doblar el cabo de Buena Esperanza no pudieron volverse á reunir. La *Asuncion* siguió la costa de Africa hasta Pemba, y fue atacada dos veces por los moros, que le mataron algunos hombres. Prosiguiendo su viaje y casi extenuados por las enfermedades y la falta de víveres, encontraron un grupo de islas desiertas, las Seichelas probablemente, donde pudieron cargar cocos y tortugas en abundancia, recalando despues en Aden y Moka, donde fueron bien recibidos. Volviendo á pasar el estrecho de Bab-el-Mandeb fuéron á cargar víveres en Socotora, y se dirigieron finalmente á la India. Desde Diu iban á atravesar el golfo de Cambay en direccion al puerto de Surate, cuando les indicaron que mediante una corta cantidad se podrian proporcionar fácilmente un piloto, que por otra parte les era absolutamente indispensable para navegar por aquellas aguas peligrosas. Pero el capitan, dominado por su amor propio y terquedad, figurándose que él mismo podria guiar perfectamente su embarcacion, se negó á tomarlo, y poco despues encalló en los bajíos que abundan en aquel mar, y allí pereció. Así, dice un historiador de aquellos sucesos, se perdió aquella magnífica nave, con gran perjuicio de la honorable compañía, y sobre todo de nosotros, pobres marinos. Salváronse en los esquifes y procuraron llegar al rio de Surate; pero tuvieron que entrar en el de Gondivi, circunstancia que fue un favor de la Providencia, por cuanto los portugueses de Surate estaban ya apercibidos para prenderlos. Algunos individuos de la tripulacion fuéron hasta Agra, donde entónces residia Hawkins en clase de embajador del gran mogol, y trataron de regresar á su patria por la Persia, miéntras que otros se embarcaron en Goa para Europa.

La *Union* empero no sucumbió como á bordo de la *Asuncion* se suponia; refugiándose en San Agustin de Madagascar pasó despues á Zanzibar, donde una contienda con los naturales, en la cual los ingleses perdieron varios hombres, les obligó á volver á su primera recalada, donde les aguardaban nuevas desdichas, pues el clima y la alevosía de los isleños les movieron una guerra cruel. Partiéron de Madagascar, navegando al Norte, hácia la costa de la India, dirigiéndose en línea recta á Sumatra, donde hallaron en Achin y Priaman los medios de proporcionarse con pactos ventajosos un rico cargamento de pimienta. No se sabe exactamente la historia del regreso de la *Union* á Europa. Sin embargo, parece que este viaje fue largo y penoso, y terminó en febrero de 1611 con la pérdida del buque en las costas de Bretaña cerca de Morlaix. Sabedora de tan triste nueva la compañía, envió al punto un hábil ingeniero, quien halló el buque muy malparado para poder seguir el viaje, pero salvó doscientas toneladas

de pimienta, las anclas, artillería y aparejos. De setenta y cinco hombres que partieron de Inglaterra en la *Union*, solos nueve sobrevivieron á este viaje desgraciado.

En 1609 el capitan David de Middleton salió nuevamente de Inglaterra con un buque llamado la *Expedicion*, estimado, con su cargamento, en trece mil setecientas libras esterlinas. Dirigióse á las islas de las especias, donde halló como ántes á los holandeses muy pujantes y con ínfulas de soberanía exclusiva sobre aquel archipiélago. Sin embargo, con su maña y actividad logró obtener un buen cargamento. Este feliz resultado irritó tanto á los holandeses, que repetidas veces trataron de aniquilarle con su buque, y fue verdaderamente un milagro que escapara de aquellas asechanzas. Llegó despues á Bantam, regresando á Europa sin accidente desgraciado.

En el invierno de 1609 á 1610 la compañía envió á los mares de la India la expedicion más importante que hasta entónces surcara el mar. Componíase de tres buques, uno de ellos llamado *Trade's Increase*, el aumento del comercio, de mil toneladas, y juntos los tres con sus cargamentos, se valuaron en ochenta y dos mil libras esterlinas. Mandábalos sir Enrique Middleton, quien justificó el renombre de inteligente denodado que le daban. El mar Rojo, Surate, y sobretodo las islas de las especias eran los puntos que debia visitar. En consecuencia dobló el cabo, y mareó para el golfo Arábigo y el puerto de Moka, donde al principio le recibieron con particular benevolencia, si bien esta era sólo un lazo armado por la alevosía de los turcos. Atraido á tierra, fue preso, maltratado brutalmente y llevado á Sarra, capital del Yemen. Con todo logró obtener la libertad desquitándose de las tropelías que habia padecido.

Volviendo á bajar por el mar Rojo, pasó á Surate deseoso de realizar algunos negocios con el gran depósito del comercio de la India. Llegó á la costa de Cambay en octubre de 1611, no sin excesivo trabajo para hallar el desembocadero del rio, en cuyas orillas está situada aquella ciudad, y pudiendo adquirir un piloto, supo que para entrar en el puerto y llevar sus proyectos á término, le era preciso vencer obstáculos mucho más sérios que cuantos hasta entónces encontrara. Una escuadra portuguesa que constaba de veinte velas, segun algunos historiadores, fondeaba en la embocadura del rio para impedir la entrada á todo buque europeo. El oficial que la mandaba don Francisco de Sotomayor, envió á decir á los ingleses que si eran portadores de despachos del rey de España ó de su virey en la India, podian contar con una acogida amistosa; mas de lo contrario, sus órdenes eran estorbar la entrada en el rio á todo el que no fuese súbdito del rey de España. Sir Enrique contestó inmediatamente que no era portador de cartas del rey ni del virey; pero que llegaba con credenciales de su soberano para entablar relaciones comerciales con el gran mogol, que no era vasallo de los portugueses, y cuyos estados acogian los pabellones de todos los pueblos, por cuya razon le asistia igual derecho que á los españoles ó portugueses para traficar en el golfo de Cambay. En vista de esta contestacion, don Francisco resuelto á no hacer la menor concesion empezó por interceptar los víveres frescos á los ingleses, en quienes, de resultas de tan largo viaje, empezaba á causar estragos el escorbuto. Súpose al mismo tiempo por Sharpey, que se hallaba en Surate despues de su naufragio, que el gobierno mogol estaba envuelto entre las intrigas

de los portugueses y de los moros, por lo cual ninguna ventaja podian esperar en Surate.

Indeciso Middleton pensaba dirigir sus operaciones sobre otro punto de la costa, cuando le noticiaron las autoridades de la ciudad que á no ser por su temor á los portugueses, se holgaran de traficar con él. Resuelto á no desatender cosa alguna que acrecentase los inteseses de sus armadores, el capitan inglés acordó tentar la empresa. Como el *Trade's Increase* calaba demasiado para acercarse á la costa, dió órden de avanzar al *Peppercorn* y otros dos buques menores. Miéntras ejecutaban este movimiento, la escuadra portuguesa los seguia capeando en órden de batalla, con banderas desplegadas, dando grandes voces, pero sin mostrar intento de trabar combate. Sin embargo, al adelantarse para sondear el paso una de las embarcaciones de Middleton, dos barcazas enemigas se encaminaron á ella tratando de apresarla. Recibidas con un vivísimo fuego, viraron de bordo, y una de ellas fue tan tenazmente perseguida que la tripulacion se arrojó al agua para alcanzar la playa á nado. Los ingleses se apoderaron de la embarcacion y con sumo gozo hallaron en ella abundante surtido de géneros del país. Los otros buques de la escuadra intentaron acudir al socorro del barco amenazado; pero se vieron igualmente obligados á retirarse. Tras esta corta victoria los dos buques de Middleton fondearon con siete brazas de agua, y cuantos esfuerzos practicaron los portugueses para impedir su desembarco fueron rechazados con grave pérdida.

Las autoridades de Surate al ver la resolucion de los ingleses, no vacilaron ya en tratar con ellos. Mocrib Khan, el gobernador, se trasladó á bordo con diez y seis negociantes de los más principales de la plaza, y pasó allí una noche, aceptando con sumo placer los manjares y regalos que les ofrecieron. Por último lograron los extranjeros el permiso de desembarcar, y empezaron á realizar algunos negocios. Khodja Nasan y los otros traficantes les ofrecieron ricos surtidos de percales, pero Downton se queja de que procuraban venderlo y comprarlo todo á precios excesivos exigiendo cincuenta por ciento de beneficio sobre mercancías compradas allí, al paso que para las que ellos conducian desde tan léjos, apénas sus ofertas bastaban á cubrir los gastos de trasporte. Sin embargo, deben reflexionarse tales quejas. Los comerciantes deseaban, con sobrada razon, adquirir solamente los renglones que esperaban colocar; al paso que los ingleses, cargados de artículos, y entre otros de plomo, de venta inasequible en el mercado de Surate, insistian en que lo comprasen los traficantes. Convencidos al fin los indios de que nada obtendrian de la terquedad de los ingleses, acordaron tomar el plomo con los otros géneros; pero despues de desembarcados, llegó á noticia de sir Enrique que Khodja Nasan se quejaba públicamente del trato que le obligaban á cerrar, y que hasta envió contraórden á los carros que debian cargar tan ruin género. Añadian ademas que, segun costumbre del reino, todo contrato podia anularse, con tal que una de las partes notificara su no aceptacion dentro de las veinte y cuatro horas. Para atajar tan desagradable contratiempo, sir Enrique echó mano de un expediente cuya moralidad cuando ménos es cuestionable. Hallándose á bordo el gobernador y algunos de los principales oficiales cuando supo tan malas nuevas, los mandó arrestar, anunciándoles que no recobrarian la libertad hasta que se hallaran en su poder las mercancías prometidas en pago de

las suyas. No obstante dejó á los negociantes la facultad de librar al gobernador presentándose en su lugar; proposicion que fue aceptada, aunque de mala gana. Merced á este recurso los ingleses alcanzaron lo que deseaban, pero semejante conducta promovió el acuerdo de notificarles que salieran inmediatamente de Surate, sin establecer factoría alguna, y sin aguardar siquiera á cobrar lo que aun se les adeudaba. Achacóse aquella órden á los jesuitas y portugueses; pero de cualquier modo, sir Enrique partió con un cargamento poco satisfactorio, y sin esperanza de que sus compatriotas fuesen allí bien recibidos en adelante.

Al salir de Surate fué costeando y recaló en Dabul, donde al principio le recibieron con grandes demostraciones de júbilo; pero observando despues que el gobernador le contrariaba por bajo mano en sus empresas, se alejó sin resultado alguno. Volvió entónces al mar Rojo, exigiendo á los habitantes de Moka una buena indemnizacion por el perjuicio que le infirieran, deteniendo ademas cuantos buques indios encontraba y obligándoles á trocar sus cargamentos con condiciones arbitrarias y ventajosas para él.

Despues de algunos meses de este comercio singular sir Enrique zarpó para Bantam; pero en esta travesía el *Prade's Increase* chocó contra una roca, recibiendo averías de consideracion. Miéntras lo reparaban, Middleton envió á Downton á Europa con el *Peppercorn*, y ya se disponia á seguirle, cuando enfermó en Java y murió.

En 1611 la compañía envió el *Globo*, capitan Hippon, para probar fortuna en la costa de Coromandel, llevando á su bordo un holandes llamado Floris en clase de factor. Hippon partió á fines de enero, y en julio siguiente doblaba la punta de Gales, dirigiéndose á lo largo de la costa hácia Negapatam. Sin recalar en este puerto fué en derechura á Pulicat, donde contaba negociar; pero el dia despues de su llegada, Van Wersike, presidente del establecimiento holandes en aquella costa, pasó á su bordo, y le previno que sus compatricios poseian del rey de Narsinga, de quien dependia la ciudad de Pulicat, un *kaul* ó privilegio que prohibia todo comercio á los europeos excepto á los portadores de un permiso del príncipe Mauricio. El capitan contestó que él llevaba sus despachos del rey de Inglaterra, lo cual juzgaba suficiente, y de ahí originóse una acalorada disputa. Sin embargo, el *shab bandur*, ó gobernador, les persuadió que suspendiesen la contienda hasta la llegada de la princesa Konda Maa, á cuyo principado pertenecia la ciudad. La real alteza llegó con efecto; pero cuando Hippon solicitó audiencia, le respondió que no podia recibirle aquel dia, y que le enviaria á buscar al siguiente. Considerando esta contestacion como evasiva, el capitan se avistó con el ministro, quien le manifestó que en efecto los holandeses gozaban el privilegio en que se fundaban, y le aconsejó que se dirigiese á ellos para obtener el permiso de comerciar. Pero tardaria dos meses por lo ménos, aun en el caso de alcanzar una contestacion favorable, lo cual era harto incierto; asi fue que Hippon juzgó más conveniente pasar á Petapoli, donde fundó una pequeña factoría, y de allí á Masulipatam, el gran depósito de las magníficas telas fabricadas en aquella costa. El gobernador de la ciudad se mostró inclinado á negociar en la apariencia, pero en realidad sólo intentaba engañar á los ingleses. Les contó sendas mentiras y pretendió que siendo él emir ó descendiente de Mahoma, debia creérsele

más que á los cristianos. El capitan ingles se incomodó, pero los negociantes lograron apaciguarle.

Tras este principio tan poco halagüeño, no esperando el capitan Hippon realizar cosa importante en Masulipatam como en Pulicat partió para Bantam, y de allí á Patani, donde en junio de 1612 desembarcó rodeado de pomposo aparato, con banderas desplegadas, escoltado por músicos y precedido de un elefante que llevaba sus despachos, los cuales presentó á la reina, quien le recibió favorablemente y acabó por acceder á su solicitud de fundar una factoría. El capitan murió en Patani, mas esto no impidió que el buque siguiera su derrota para Siam. Floris, que cuatro años ántes visitó aquella costa en un buque holandes, notando en ella tan viva demanda de mercancías europeas que le parecia imposible satisfacerla la Europa entera, halló entónces el mercado tan sobrecargado, que no pudo negociar. Volvieron á Masulipatam, donde fueron algo mejor recibidos que la vez primera, pero sin conseguir, comercialmente hablando, resultados más felices.

En el mismo año la compañía dispuso otra expedicion mucho más considerable, pues se componia de tres buques, el *Clove,* el *Hator* y el *Tomas,* á las órdenes del capitan Juan Saris, los cuales no tocaron en la India propiamente dicha; por tanto reseñarémos brevemente su viaje. Saris pasó al mar Rojo donde encontró á sir Enrique Middleton cuando su segunda aparicion en aquellas aguas; los dos capitanes reunidos ejercieron de mancomun el comercio y la piratería. En Agosto de 1612 Saris navegó para Bantam, considerado siempre como el principal mercado de los ingleses en Asia, llegando á últimos de octubre; pero sabedor de que el gran número de buques de todas naciones, presentes ó esperados en bahía, ocasionaba una alza extraordinaria en el precio de los clavos de especia, de la pimienta etc., mareó para las Molucas, que halló cruelmente asoladas por la guerra civil entre los indígenas, y por las disensiones entre holandeses y portugueses, sostenidos estos por los españoles de las Filipinas. Los holandeses consiguieron casi expulsar de las Molucas á todas las otras naciones, y no escaseaban medio para disuadir á los jefes principales de traficar con los ingleses. Saris, sin embargo, con actividad y maña, logró completar un rico cargamento de clavos de especia, y desde allí dió la vela para Firando, en el Japon, esperando entablar relaciones con aquel imperio famoso, cuyo gobierno no habia decretado todavía la exclusion absoluta, tan rigurosamente observada, de los europeos. Pasando el gobernador á su bordo, acordó con él visitar al emperador en Saranga, donde el capitan inglés fue efectivamente recibido con una benevolencia que le inspiró esperanza de poder establecer una factoría en Firando; pero esta esperanza quedó burlada.

Resultaban, pues, en esta época ocho expediciones enviadas por la compañía á los mares del Asia, cuyo resultado, unas con otras, era extraordinariamente ventajoso. Prescindiendo del desgraciado viaje de Sharpey, produjeron por término medio un beneficio de ciento setenta y uno por ciento. El historiador de la compañía, Mr. Mill, deduce de aquí que las empresas se condujeron con mayor cordura é inteligencia mercantil que las siguientes, á pesar de los distintos resultados obtenidos. Observarémos, sin embargo, que los negocios se realizaron en estos primeros viajes con condiciones mucho más fáciles y ventajosas de las que cabia esperar para lo sucesivo. Prescindiendo de que escuadras enteras volvieron más

de una vez cargadas de mercancías que no compraron, sino robaron con las armas en la mano, dirémos ademas que el comercio se practicó entónces por regla general con condiciones que, dictadas por la violencia, era natural redundaran en provecho del más fuerte. Y realmente, los beneficios de aquellos primeros viajes más fueron fruto de la piratería que del comercio legal.

La compañía se constituyó al principio como sociedad por acciones; la direccion de los negocios corria á cargo de un gobernador y de los directores, y sus productos debian repartirse entre los suscritores segun el número de sus acciones. Pero como las entradas de fondos escaseaban á pesar de las excitaciones de los directores, se acordó, en vez de crear acciones de capital fijo, recibir lo que cada cual entregara, dividiendo los beneficios á prorata de las puestas. Aunque los negocios de la compañía prosperaban con este sistema, procedian de él muchísimas irregularidades, que fueron causa de que se volviese al antiguo método de acciones. De este modo se realizó en 1612 un capital de cuatrocientas veinte y nueve mil libras esterlinas, con el cual los directores proyectaron construir, durante los cuatro años siguientes, veinte y nueve buques al precio de doscientos setenta y dos mil libras esterlinas, empleando lo restante en cargamentos.

Como el comercio de la India por momentos iba tomando las proporciones de una empresa nacional, el rey Jacobo I envió en 1614 un embajador á la córte del gran mogol, sir Tomas Roe, con encargo de obtener el permiso de comerciar en los principales puertos de sus dominios. No afirmarémos que esta embajada se malograse completamente; pero el influjo ejercido contra los ingleses por los portugueses y los indígenas fue tan poderoso; los proyectos de aquella córte magnífica y bárbara eran tan inciertos y mudables, que á pesar del *firman* que finalmente alcanzó sir Tomas á favor de sus compatriotas, debió aconsejarles que no confiasen demasiado en aquel documento, y sólo fundaran el éxito en las ventajas que pudieran obtener de las autoridades locales y de los negociantes particulares.

Por este tiempo las relaciones con la India estaban casi regularizadas, cuantas rutas podian conducir á ella exploradas detenidamente, y de ahí que los viajes individuales perdieran su interes, siendo poquísimos los que desde entónces se hallan mencionados en los anales de la compañía. La situacion de los ingleses peligró á veces de resultas de las intrigas de las potencias que ántes que ellos formaron establecimientos en los mares del Asia, y que miéntras pudieron consideraban á sus rivales poco ménos que como contrabandistas. Desde el principio los portugueses sobretodo alardeaban de pretensiones exclusivas sostenidas por violencias; pero su poder marítimo se hallaba ya tan menguado y era tan poco temible para las escuadras inglesas, que apénas se presentó caso en que al atacarlas no quedasen derrotados.

No sucedia por cierto lo mismo con los holandeses, cuya marina en su apogeo á la sazon, era un enemigo verdaderamente formidable. Ya habian expulsado completamente á los portugueses de las islas Molucas y de Banda, cuya posesion exclusiva reclamaban. Los ingleses no trataron al principio de lastimar á los holandeses en aquellos establecimientos donde podian argüir el derecho de propiedad. Sin, embargo las pequeñas islas de Pularun y de Kosengin, que formaban

en realidad parte de un grupo ocupado por ellos, pero donde no poseian establecimientos, fueron consideradas como territorio neutral, y hasta levantaron en ellas obras defensivas. Los holandeses no obstante lo entendieron de otro modo, y despues de procurar aunque en balde expulsar á sus rivales de estas fortalezas, se apoderaron de dos buques, amenazando no entregarlos hasta que la Inglaterra no abandonara sus pretensiones al comercio de las islas de especias. Estas condiciones fueron rechazadas con altivez, lo cual motivó hostilidades fatales á entrambas naciones, y en particular á la Inglaterra.

En 1619 cuatro buques que pertenecian á la compañía inglesa, *el Dragon, el Oso, la Expedicion y la Rosa*, fueron apresados cerca de la isla de Tecon, y el *Star*, Estrella, en el estrecho de la Sonda. Al mismo tiempo las dos compañías se quejaban amargamente una de otra á sus gobiernos respectivos; entabláronse negociaciones para impedir que las hostilidades particulares produjesen una guerra nacional, valiéndose entrambos gabinetes de un expediente muy singular. Asociaron las dos compañías para el comercio de la India, obteniendo los ingleses la mitad del comercio de la pimienta y un tercio del de otras especias. Cada nacion debia equipar diez buques destinados á la proteccion y trasporte de las mencancías de uno á otro puerto de la India, y finalmente formar un consejo de defensa compuesto de cuatro miembros de cada compañía encargados de hacer ejecutar las condiciones de este tratado extraordinario.

Estas estipulaciones traian consigo tantas complicaciones que no podian ménos de producir discusiones sin término. Los holandeses, que contaban en las islas con fuerzas más considerables que sus rivales, lo interpretaron todo á su favor y empezaron por negarse á admitir á los otros á la parte que les correspondia ántes que pagaran la mitad de todas las sumas que la compañía holandesa, con necesidad ó sin ella, gastó en la construccion de fortificaciones. La enemistad entre las dos marinas se fué enconando cada vez más, y estalló finalmente con la sangrienta tragedia, conocida con el nombre de *matanza de Amboina*.

Continúa siendo esta isla la más rica del grupo de las Molucas y la más abùndante en clavos de especia. El principal establecimiento de las dos compañías se hallaba en la capital de la isla, donde los holandeses ocupaban un castillo defendido por una guarnicion de doscientos hombres, al paso que los ingleses en número de diez y ocho solamente no poseian más que una casa de la ciudad donde se juzgaban seguros, contando con la fe de los tratados. En esta situacion aconteció que un soldado japones, que inspiraba sospechas á la autoridad local, fue preso y sometido al tormento. Vencido por el dolor confesó que algunos de sus compatriotas y él conspiraban para apoderarse de la fortaleza, y en vista de aquella confesion se procedió á nuevas prisiones. Miéntras tanto los ingleses seguian yendo y viniendo, preguntando apénas acerca de aquel suceso, como completamente extraños á él: casi al mismo tiempo uno de ellos, el médico Abel Price, fue preso por algunos desmanes cometidos estando embriagado, encarcelado en el castillo en donde le preguntaron una mañana si era cierto que sus compatricios estaban comprometidos en la trama. Al principio negó tenazmente, pero le apalearon con tal crueldad, que acabaron por obligarle á confesar cuanto deseaban, y poco despues enviaron al capitan Towerson y á los otros miembros de la factoría inglesa un mensaje rogándoles que se personaran ante el gobernador. Pas-

mados quedaron cuando al presentarse les notificaron su prision y el secuestro de todas las mercancías, como tambien que se les exigia la confesion de la parte que tenian en la conspiracion. A pesar de las más solemnes negativas los sujetaron separadamente á diversos interrogatorios y á tormentos tan atroces que sus quejidos se oian á gran distancia. Los tormentos les arrancaron finalmente cuanto cumplió á sus acusadores que declararan, pero las confesiones de este modo obtenidas son tan extrañas que no puede caber la menor duda de la violencia ejercida sobre las desventuradas víctimas.

Satisfecho con este resultado el gobernador holandes ordenó ponerlos en libertad, y no bien la recobraron, cuando protestaron de todas sus declaraciones. Dos sobretodo las retractaron con el acento de la verdad más sincera: entónces se les volvió á aprisionar, á aplicarles el tormento y en él repitieron lo anteriormente declarado. Manifestando uno que estaba pronto á confesar cuanto desearan con tal que le indicasen desde luego lo que solicitaban, juzgóse su manifestacion como un insulto inferido al tribunal, y se le aplicó el tormento hasta que inventó una série de mentiras que satisfacieron á sus verdugos. El resultado de este bárbaro procedimiento fue una sentencia que condenaba al capitan Towerson y á nueve de sus compañeros á la pena capital, indultando á los otro ocho. Permitiéronles verse ántes de morir, y comulgaron por manos de un ministro holandes, en cuyo acto renovaron solemnemente la protesta de su inocencia. Samuel Colson exclamó: Señor, tan cierto como imploro de tu misericordia el perdon de otros pecados, soy inocente del crímen que se me imputa; y si miento, no participe jamas de tu reino. ¡Amén! contestaron los otros; y en seguida trocaron un sincero perdon por las mútuas acusaciones que el tormento les habia arrancado. ¿Cómo podria yo, dijo Juan Clark, esperar el perdon de Dios, si no os perdonara? Despues de esta entrevista fueron decapitados. Envolvieron el cadáver del capitan Towerson en un paño negro, cuyo valor reclamaron sus verdugos con cínica impudencia de la compañía inglesa. Un portugues y nueve japoneses, degollados al mismo tiempo como culpables de igual crímen, protestaron tambien de su inocencia ántes de morir.

Cuando llegó á Inglaterra la noticia de estas barbaries la indignacion pública se desbordó. La junta mandó distribuir una estampa en que estaban representados los tormentos de las desdichadas víctimas. La prensa no escaseó medio para enardecer la ira de la multitud, y la irritacion vino á ser tan general y tan viva, que los holandeses que á la sazon se hallaban en Inglaterra dirigieron una instancia al consejo privado exigiendo garantías para la seguridad de sus personas. El historiador de la compañía de las Indias, Mr. Mill, afanoso por mostrarse imparcial, supone exagerado el efecto producido por aquel suceso. Negándose á prestar fe á la barbarie de derramar sangre por mero placer, juzgó más probable que los holandeses, ciegos y enconados por la violenta oposicion de intereses, creyeron sinceramente en la culpabilidad de sus víctimas, juzgándoles y condenándoles con demasiada pasion para poder deslindar la verdad, y ejecutándolos sin remordimiento. La tortura por absurda que sea se empleaba entónces en Holanda y en otros estados de Europa como un medio para arrancar la verdad á los acusados. Los dos pueblos, observa, en aquellos mares lejanos donde sus navegantes se hallaban libres de la accion de la ley y de un gobierno re-

gular, se arrojaban con frecuencia á violencias y crueldades. Admitiendo hasta cierto punto la exactitud y fuerza de estas observaciones, débese sin embargo considerar este hecho como una barbarie atroz.

Cuando se exigió reparacion á los holandeses empezaron por dar respuestas evasivas; mas al contemplar sus buques apresados por el gobierno ingles, autorizaron la formacion de causa. Las negociaciones se dilataron y el asunto no quedó terminado definitivamente hasta 1654, bajo el gobierno de Cromwell, con una indemnizacion de tres mil seiscientas quince libras esterlinas, repartibles entre los herederos de los que perecieron víctimas de tan cruel tropelía. Al mismo tiempo cada compañía exhibió un estado de las pérdidas que pretendia haberla irrogado la otra durante los cuarenta años que mediaron desde el dia que concibieron la desatinada idea de asociarlas hasta 1652. Los ingleses reclamaban dos millones seiscientas noventa y cinco mil novecientas noventa y nueve libras esterlinas, y los holandeses dos millones novecientas diez y nueve mil ochocientas sesenta y una. Estas pretensiones se estrellaron ante los ocho árbitros, cuatro por parte, encargados de arreglar la liquidacion definitiva, los cuales concedieron á los ingleses la suma de ochenta y cinco mil libras esterlinas.

La catástrofe de Amboina descargó el postrer golpe á la asociacion de ambas compañías, la cual, segun desde el principio debieron prever, era un pensamiento desatinado. Los ingleses conservaron por largo tiempo todavía su establecimiento de Bantam, que erigieron en capital de sus posesiones en los mares del Asia. A pesar de las fuerzas considerables con que los holandeses contaban en aquellas islas y que aumentaban anualmente, su posicion fue con frecuencia comprometida; ademas, las colonias que imperceptiblemente atraian á los ingleses al mismo continente de la India les obligaron á abandonar poco á poco los establecimientos insulares, á excepcion de algunas factorías que conservaron en la costa de Sumatra.

Durante algun tiempo fundaron grandes esperanzas en un establecimiento del golfo Pérsico. En 1622 una expedicion inglesa, de acuerdo con el shah de Persia, expulsó como dijímos á los portugueses de Ormuz, tan rico entónces, y que fue decayendo hasta ser en el dia insignificante. En pago de sus servicios, los ingleses obtuvieron, ademas de su parte en el botin, el permiso de establecer una factoría en el fuerte de Gombrun, donde al principio se presentaron los negocios bajo el aspecto más favorable.

Surate era ya hacia tiempo la principal plaza del comercio ingles en la India, y á ella arribaban todos los años expediciones importantes; pero hallándose expuestos allí á las exacciones arbitrarias del gran Mogol y de sus empleados, así como á las incesantes incursiones de los mahratas, el gobierno inglés trató de asegurarse la posesion de una ciudad fortificada contra la agresion extranjera. Buscábase una ocasion y se encontró en 1662. Con motivo del enlace de la infanta Catalina con el rey Cárlos II, la isla de Bombay fue cedida á la Inglaterra como parte del dote de la princesa. Sin embargo, los términos del acta de esta cesion eran muy vagos; los ingleses pretendian que comprendia á Salseta y otras dependencias: los portugueses afirmaron que se ceñia á los peñascos de aquella isla estéril, interpretacion á que los ingleses tuvieron que atenerse. Tal fue no obstante la primera posesion territorial adquirida en la India por la corona de In-

glaterra, y que en su orígen no redituaba para cubrir los gastos de ocupacion. De ahí fue que en 1668 los derechos de soberanía de la corona sobre este peñasco fueron trasferidos á la compañía, que en 1687 trasladó allí desde Surate la presidencia de sus demas establecimientos, y desde entónces Bombay llegó á ser como en el dia la capital de las posesiones inglesas de la India occidental.

Entre tanto adquirian importancia los establecimientos en la costa de Levante. Al principio las factorías de Coromandel se consideraban secundarias, las trasladaban frecuentemente de un lugar á otro, y dependian jerárquicamente de las autoridades de Bantam. En el viaje de Hippon referímos la fundacion de las de Masulipatam y de Pulicat, la última de las cuales fue luego abandonada, por efecto de la rivalidad de los holandeses. Para librarse de la hostilidad de esta nacion y de la tiranía del gobierno indígena, los ingleses adquirieron en 1625 un corto terreno en Armengam, algo al Sur de Nellore, donde establecieron una factoría. Sin embargo, considerada como depósito de las hermosas telas de algodon, que dan importancia al comercio de esta costa, era muy inferior á Masulipatam; por lo cual fue forzoso volver á ella. Por medio de negociaciones se lograron privilegios del rey de Golconda, al mismo tiempo que el emperador mogol sancionaba la creacion de un establecimiento inglés en Pipley, en Orisa. No obstante, era siempre de suma importancia para la seguridad del comercio de la compañía poseer una plaza fuerte propia, y así fue que en 1640 obtuvo de un reyezuelo indígena la autorizacion de construir un fuerte en Madraspatam. Llamáronle fuerte San Jorge, y desde entónces se convirtió en la capital de los establecimientos de la compañía en la costa de Coromandel.

El establecimiento de Bengala, que desde entónces alcanzó tan portentosa prosperidad, fue fundado más tarde que los otros. Un médico inglés, llamado Broughton, que en 1651 verificó un viaje á Agra, tuvo la dicha de curar una enfermedad peligrosa á la hija del emperador shah Jehan. La gratitud del padre y soberano proporcionó á los ingleses importantes privilegios comerciales. Desde Agra Broughton pasó en seguida á la córte del nabab de Bengala, donde su talento proporcionó otra vez á sus compatricios ventajas é inmunidades de consideracion. Merced á esta influencia los negociantes de Surate lograron por un lado libertad completa para su comercio, y exencion de los derechos de aduana; y por otro pudieron fundar en 1656 una factoría á orillas del Hugly, que es el brazo principal del Gánges. Desde esta época se enviaron buques á Bengala todos los años y desde entónces se establecieron allí otras factorías; pero durante mucho tiempo fueron considerados como inferiores en importancia comercial á los de la costa de Coromandel, y dependieron jerárquicamente de las autoridades del fuerte de San Jorge.

En Bengala fue, sin embargo, donde los ingleses trataron de establecerse en la India como potencia política y militar. Desde allí por la vez primera trasmitiendo los agentes de la compañía las quejas que podian producir contra los príncipes indígenas, insinuaron la idea de alcanzar justicia por la fuerza de las armas. En 1682 los directores enviaron al capitan Nicholson con diez buques armados y seis compañías de soldados, armamento destinado nada ménos que á hostilizar al gran mogol y al nabab de Bengala. El plan de campaña se dirigió por de pronto á ocupar y fortificar á Chitagong, punto algo distante del centro de actividad co-

mercial, el cual trataban de ocupar como base de las operaciones militares. La ejecucion de este gran proyecto no fue feliz; los buques llegaron separadamente y no obraron con acierto. La escuadra que subió por el rio Hugly fue rechazada por la artillería del enemigo y precisada á refugiarse en un puerto, donde empezaba á levantarse la opulenta ciudad de Calcuta. Las factorías que se fundaron en Patna y en Cohimbazar fueron tomadas y saqueadas. El nabab, aprovechándose de una tregua que solicitó para poder mejor engañar á sus enemigos, reunió de repente su ejército, contando acabar con los ingleses desunidos, pero estos en aquel trance ejecutaron prodigios de valor. No solamente contuvieron á todas las fuerzas del Mogol, sino que se apoderaron ademas de Balasore, donde quemaron al enemigo cuarenta embarcaciones. Esta victoria decidió al nabab á entablar negociaciones, y ya lograban los ingleses el permiso de volver á levantar sus factorías, ya parecian los negocios volver á su antiguo estado, cuando entraron en el Gánges dos nuevos buques de guerra mandados por el capitan Heath. Este oficial desaprobó el tratado y volvió á empezar inmediatamente la guerra; pero fue derrotado, y los ingleses tuvieron que evacuar á Bengala. Aurengzeb, que ocupaba á la sazon el trono del imperio de los mogoles, se irritó tanto con la conducta de los ingleses en aquella ocasion, que mandó atacar todas sus factorías. Tomáronse las de Surate, Masulipatam y Vizigapatam, aunque costaron mucha sangre, y Bombay fue estrechamente bloqueada. Los ingleses se encontraron otra vez reducidos á solicitar la paz humildemente, para que este príncipe á pesar de su inteligencia política, á pesar de las ventajas que obtenia con el comercio exterior, les permitiese reaparecer en los puertos de su imperio.

Desde entónces, sin embargo, la compañía empezó á crear una potencia política en la India. En 1689, dice Mill, se acordó definitivamente, como base de la política futura, constituirse independientes y adquirir un poder territorial. Desde entónces los directores escribieron á sus agentes: El aumento de la renta por el impuesto debe ser el blanco de nuestros conatos tanto como el desarrollo del comercio.

Los ingleses pues se establecieron en Bengala en 1640; pero sin que les fuese permitido levantar fortalezas. En 1680 el *subah* concedió á su agente una guardia de treinta hombres; poco tiempo despues fueron expulsados del territorio; pero volvieron á ocuparle en 1698 y fundaron el fuerte Williams, en Calcuta.

En 1717 obtuvo la compañía la cesion de tres lugares cerca de Madras, hecha por Hosan Alí, emperador mogol, así como la jurisdiccion civil de sus factorías, y la exencion de registro para todas sus mercancías; fue declarada soberana de treinta y siete lugares que compró á los alrededores de Calcuta y obtuvo el derecho de ejercer en ellas la justicia civil y criminal.

En esta época empezaron en aquella comarca las guerras entre ingleses y franceses. Más de dos siglos hacia ya que protegidos estos por Francisco I, intentaron entablar relaciones mercantiles con la India; pero contrarestado por una tempestad el débil armamento que al efecto prepararon, no pudo doblar el cabo de Buena Esperanza. La compañía francesa de las Indias orientales, creada por Enrique IV en 1601, fue algo ménos desgraciada; sin embargo las varias tentativas de los franceses no alcanzaron buen éxito hasta mediados del siglo XVII, época de la fundacion del establecimiento de Pondichery. Desposeidos de esta plaza en

1693 volvieron á ocuparla por la paz de Riswick, con los holandeses, que se la restituyeron mejor fortificada. Martin y Dumas, los dos primeros gobernadores de esta colonia, la hicieron muy floreciente, y despues de ellos Dupleix, el cual elevó tambien á Chandernagor á una de las principales plazas de comercio de Bengala.

Por aquel tiempo, 1744, se encendió la guerra entre la Francia y la Inglaterra, primero en Europa y despues inmediatamente en la India. La Bourdaunaye, fundador de la colonia de la isla de Francia, armó á su costa seis buques y se apoderó de Madras en 1746. Dupleix causó tambien grandes pérdidas á los ingleses; pero estos dos hombres de mérito, en vez de unir sus fuerzas contra el comun enemigo, se perjudicaron mútuamente, y los ingleses aprovecháronse de esta desunion.

La toma de Madras, la victoria naval obtenida por la Bourdaunaye y la gloriosa defensa de Pondichery por Dupleix contra los ingleses, inspiraron á los pueblos del Indostan una alta idea del valor y carácter de los franceses. Dupleix no se descuidó en aprovechar tan oportuna ocasion de adquirir para la Francia sólidas ventajas en el Asia, y al efecto trató de disponer de la subabía del Duan, vacante por fallecimiento de Nizam-el-Muluk, y de la nababía del Karnatie, en la cual se hallaba situada la ciudad de Pondichery. La sucesion á estos dos principados causó una guerra entre los príncipes indos; y las compañías inglesa y francesa entraron como auxiliares en ella. Entónces se presentó en los ejércitos ingleses Clives, que de simple proveedor de las tropas llegó por su talento militar á obtener uno de los grados más elevados. Con su valor y acertadas disposiciones logró inclinar la balanza á favor de los ingleses en el Karnatie. Por otra parte Bussy, general frances, consiguió grandes ventajas en el Dekhan y logró apoderarse de Aureng-Abad. Las noticias que llegaban á Europa relativas al brillante estado de prosperidad que adquirian los franceses en la India excitaron en extremo los celos del gobierno inglés, que amenazó á la Francia con una guerra continental, siempre que mancomunadamente con él no hiciese cesar las hostilidades en la India. El 2 de octubre de 1754 se firmó un tratado por el cual ambos gobiernos convinieron en disfrutar sin altercados ni discordias de sus posesiones en la India, y que en lo sucesivo ninguna de las dos compañías tomaría parte en las guerras ó desavenencias que aconteciesen entre los príncipes indígenas. Dupleix recibió órden de regresar á Francia, y fue sacrificado al resentimiento de los ingleses.

En este estado se hallaban los negocios en la India cuando el subab de Bengala declaró la guerra á los ingleses, apoderándose de Calcuta y del fuerte de Williams. Los franceses residentes en Chandernagor, en cumplimiento del convenio celebrado entre las dos potencias, se negaron á auxiliarle, y al mismo tiempo Clives, que se hallaba en Inglaterra, se embarcó conduciendo nuevas tropas, llegó á las Indias, batió al subab, reconquistó las plazas pertenecientes á los ingleses, y le obligó á firmar una paz sumamente ventajosa para la compañía. Convinieron en que aun en el caso de guerra entre la Francia y la Inglaterra se conservarían neutrales ambas compañías; pero sabedores los ingleses, despues de imponer la paz al subab, que estallaban hostilidades entre la Francia y la Inglaterra, hollando los pactos solemnemente jurados, se dirigieron sobre Chandernagor, y apoderándose de esta plaza demolieron las fortificaciones. Al mismo tiem-

po resolvió Clives deshacerse del subab y al efecto entró en relaciones con Myr-Djeffer-Alykhan; declaró á aquel la guerra, le batió é hizo degollar en seguida por uno de los hijos de su ministro, quien inmediatamente subió al trono. Bussy sostenia la gloria de los ejércitos franceses en el Dekhan, cuando el general Lally Tollendal fue enviado á las Indias. A su llegada se apoderó del fuerte San David, que valió á los franceses la adquisicion de ricas provincias; pero los celos que le inspiraba la conducta y glorias de Bussy fueron causa de retirar el mando á este oficial, quien hasta entonces mantuvo en alianza con la Francia al subab del Dekhan; mas apénas fue relevado de su destino Bussy, perdiendo el apoyo de los franceses, se entregó á sus enemigos.

Lally atacó á Madras, pero se vió obligado á levantar el sitio y retirarse á la ciudad de Pondichery, que fue en seguida sitiada, tomada y destruida. El malhadado general volvió á Francia y pagó con la cabeza en un patíbulo los yerros que cometiera. La paz de 1763 terminó la efusion de sangre en aquella region; pero al mismo tiempo sirvió para aumentar el poder de los ingleses.

El imperio del Mogol se hallaba á la sazon en decadencia, y su débil soberano no conservaba poder alguno sobre sus vasallos, cuando los príncipes del norte del Indostan se coligaron contra los ingleses. Dos victorias conseguidas por Clives sobre las tropas indias reunidas libraron nuevamente á la compañía inglesa de la situacion desventajosa en que iba á encontrarse. El emperador Chah-Allem arrojado de Dehly, su capital, imploró el socorro de los ingleses, con cuyos auxilios logró volver á entrar en ella, y en pago de este servicio les concedió la soberanía absoluta de Bengala.

Un nuevo enemigo aun más terrible se declaró muy luego en la península occidental de la India, y amenazó el poder de los ingleses. Este fue Hayder-Aly, hombre de baja extraccion, quien despues de haberse apoderado de la soberanía del Maissur, se unió con los mahratas y marchó en seguida contra los ingleses. Obtuvo desde luego algunas ventajas, y á pesar de verse abandonado de los mahratas se dirigió á Madras. Batido por el general Wood conservó á pesar de esto un poder y una influencia tan extensos que los ingleses debieron comprar la paz á fuerza de sacrificios en 1769. A instancia de estos talaron los mahratas el Maissur, pero fueron rechazados; el mogol Chah-Allem invocó su proteccion y logró volver á entrar en Dehly. Los ingleses consideraron este paso como una infraccion del tratado anteriormente celebrado con ellos, y de resultas se apoderaron de Allah-Abad, adquiriendo muy pronto tambien la posesion de Benares. Una carestía horrorosa causada por la extremada sequía asoló aquella comarca en 1770, de tal manera que morian los habitantes á millares. Acusóse entónces á la compañía inglesa de estancar el arroz, aumentando por este medio sus riquezas á costa de la vida de tantos infelices, y aunque lord Clives logró justificarse, devorado por los remordimientos se suicidó.

Hayder-Alí, los mahratas y el Nizam volvieron á coligarse contra los ingleses, cuya situacion llegó á ser muy crítica á causa de una nueva guerra con la Francia: Pondichery y el Karnatie fueron tomados y asolados por el soberano del Maissur, y retirándose los ingleses despues de batidos en varias ocasiones, Hayder-Alí se apoderó de Arcate. Los ingleses socorrieron á Madras, apoderándose de las posesiones holandesas; pero al propio tiempo el bailío de Suffren atacó di-

ferentes veces sus escuadras. Felizmente consiguieron separar de la coalicion á los mahratas y el Nizam, y la casualidad contribuyó á su completa seguridad con la muerte de Hayder-Alí, Tippoo-Zaib, hijo de Hayder, fue proclamado soberano del Maissur; y aunque el marques de Bussy despues de ganada la batalla de Gudelur se apresuró á unirse con el nuevo soberano, la paz de 1783 le obligó á suspender todos sus planes motivando la alianza de la compañía con Tippoo-Zaib. Esta guerra, que amenazó con una próxima y general destruccion á las posesiones inglesas, fundó, de un modo inesperado, las bases de la dominacion más absoluta de la Gran Bretaña en la península occidental de la India.

Jamas la compañia de las Indias orientales fue tan poderosa; pero convirtióse en mero instrumento de prosperidad y grandeza dirigido por el gobierno británico.

En 1780 obtuvo próroga de su título por diez años, á condicion de pagar al gobierno una suma de 400,000 libras esterlinas, y al público las tres cuartas partes del excedente de los productos netos de la renta de sus dominios despues de satisfechos todos los gastos, y repartido el ocho por ciento á sus accionistas: obligándose ademas á costear el vestuario y manutencion de las tropas británicas que pudieran enviarse al Indostan, desde el dia en que se verificase su embarque para aquella region hasta el de su regreso y desembarque en Inglaterra, y por último, encargándose de todos los gastos y víveres necesarios para las fuerzas navales, que á peticion suya se empleasen para la defensa de sus establecimientos en la India, á excepcion de una cuarta parte de su importe, que se consideraria como deuda nacional para con la compañía, para saldarla en la cuenta de las ganancias anuales.

Sola la paz podia cicatrizar las heridas que una guerra larga y desastrosa ocasionara á la nacion inglesa, así en el Indostan como en la Europa, y ajustóse al fin, aunque desventajosa á la Francia, que descuidó sus establecimientos de la India.

En tanto Tippoo-Zaib continuaba siendo el enemigo irreconciliable de los ingleses, y sólo aguardaba ocasion oportuna para atacarles con ventaja. Envió embajadores al rey de Francia, quien los recibió el 3 de agosto de 1788; pero el resultado de esta embajada no correspondió á las esperanzas de aquel soberano. La Francia se hallaba á la sazon abocada á una crísis que no la permitia ocuparse de los negocios de la India, y á poco estalló la gran revolucion que trastornó á Europa entera, y en su consecuencia Pondichery fue evacuado en 1789. El abandono de aquel punto acarreó la ruina de los establecimientos franceses, siendo una de las principales causas á que se debe el prodigioso engrandecimiento de los ingleses en la India. Tippoo quedó por las mismas causas expuesto á los ataques de la Inglaterra, cuyas fuerzas podian fácilmente penetrar en el Maissur.

La guerra entre esta potencia y el sultan volvió á empezar en 1792. Cornwalis atravesó los Ghattes con suma dificultad y en seguida sitió á Bangalore. Fue tomada esta ciudad, los ingleses se aproximaron á Seringapatam, capital del Maissur, pero la estacion lluviosa les obligó á retirarse. Volvieron luego á emprender el sitio; pero Tippoo solicitó la paz, y la obtuvo á costa de una tercera parte de sus dominios y de 300.000,000 de reales, que se le obligó á pagar por los gastos de la guerra.

Los franceses sólo conservaban en la India, despues de su revolucion, escaso territorio; mas aunque sin soldados ni medios de defensa, eran temibles para los ingleses. Raymond, aventurero frances de talentos extraordinarios adquirió la mayor consideracion en la córte del Nizam; mandaba un cuerpo de 25,000 hombres disciplinados á la europea y con oficiales franceses. Como la influencia de los ingleses iba en aumento desde que se apoderaron de Pondichery, en 1793, se valió de todos los medios imaginables para suscitarles enemigos, y ya la preponderancia del partido frances en la córte de Nizam causaba á la Inglaterra recelos y temores continuos, cuando la muerte de Raymond los libertó de un enemigo encarnizado. La influencia francesa sucumbió con el hombre que la creara y el subab quedó enteramente bajo la dependencia de los ingleses, preparando estos por este medio la invasion de los estados de Tippoo.

En 1797 salieron de Madras y de Bombay dos ejércitos ingleses destinados á penetrar en el Maissur. El sultan guarneció inmediatamente las principales plazas colocándose á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres; pero perdiendo dos batallas consecutivas, corrió á encerrarse en su capital Seringapatam, á donde fueron á sitiarle sus enemigos, quienes se apoderaron de la ciudad el 4 de mayo de 1799. Entre un monton de cadáveres se halló el del sultan, y los ingleses se apoderaron de tesoros considerables en dinero y alhajas, no valiendo ménos la artillería de la plaza.

La revolucion del Dekhan, la expulsion de los franceses de los estados del subab, la evacuacion impolítica de Pondichery, y la traicion de Mirzaeid, visir de Tippoo, fueron otras tantas causas de la muerte de este sultan, tras la cual quedaron los ingleses dueños de casi todo el Indostan. Pondichery, Chandernagor y otras posesiones francesas, de que se apoderó la Gran Bretaña durante sus guerras con la república y el imperio, fueron restituidas en 1814. Los holandeses en 1822 cedieron á los ingleses cuanto poseian en el Indostan, en cambio de Benculen y algunos otros establecimientos británicos en las islas de la Sonda.

Aunque omnipotente al parecer, no podia la Inglaterra fiar demasiado en la debilidad de sus enemigos. El fanatismo religioso, el espíritu nacional inextinguible en un pueblo dominado por la fuerza y las extorsiones á que imprudentemente se entregaban sus agentes exasperando el odio de los indígenas, fueron lentamente rodeando á los ingleses de una atmósfera de peligros ocasionando la tempestad que al estallar faltó poco para producir su exterminio total. La última sublevacion ocurrida en nuestros dias y cuyas horribles escenas están recientes en la memoria de todos, si bien en último resultado sirvió solo para extender y afirmar el dominio de la Gran Bretaña en el Asia meridional, presentó á sus hombres de estado una leccion terrible y provechosa, pues merced á ella se han corregido muchos abusos, aprendiendo, aunque no lo bastante quizá, á conocer cuánto tacto es necesario para hacer soportable á un país la dominacion extranjera, nunca legítima, odiosa siempre, y apénas compensable en un pueblo rudo por los beneficios que sobre él puede derramar una civilizacion más ilustrada que la suya. La Inglaterra para asegurar su preponderancia procuró formar en la India una nueva poblacion oriunda de sus provincias europeas, que aumenta cada dia y será indudablemente un nuevo elemento de fuerza por algun tiempo; pero es indudable que tarde ó temprano, educada ya en las costumbres europeas,

la poblacion indígena acabará por emanciparse, si ántes y á consecuencia del mismo acrecentamiento de la poblacion importada no ocurre en la India lo que en los Estados Unidos. Los ingleses al salir de su patria llevan por do quiera costumbres y sentimientos poco á propósito para someterse fácilmente al duro régimen de un gobierno colonial.

Tal es en suma la historia de la India desde que en ella aparecieron los europeos guiados por Vasco de Gama. En sus últimos períodos la hemos condensado todo lo posible para no apartarnos demasiado de nuestro principal objeto. Apresurémonos pues á recorrer esas curiosas comarcas para examinar las costumbres más notables.

Antes, empero, y para formar una idea de la verdadera fisonomía de ese pueblo singular que en tan alto grado llamó siempre la atencion, preciso nos será trazar á grandes rasgos su primitiva historia anterior á la aparicion de los europeos.

Los anales primitivos de los indios son tan fabulosos que nada satisfactorio puede obtenerse de ellos. La opinion que acerca de su antigüedad nos trasmitieron Arriano y Plinio está fundada en un sistema que pareció quimérico á todos los sabios; mas es indudable que los conocimientos astronómicos de los brahmas, y los monumentos de arquitectura y escultura de los indios, acreditan un orígen remotísimo á este pueblo, desconocido de los antiguos hasta el tiempo de las conquistas de Alejandro. Entónces tuvieron noticia los griegos por primera vez de la India, por las relaciones de Nearco, y mucho más por las de Megastenes. Las conquistas de Alejandro terminaron por aquella parte entre el Indo y el Hyphasis; Seleuco Nicator, uno de sus sucesores, penetró hasta el Gánges y entabló relaciones con Sandrocotto, indio emprendedor, que siguió á Alejandro y residió en su campamento, logrando posesionarse de Palibothra, Patna, á la cual eligió luego para capital de su poderoso estado. Sabido es que Palibothra era la capital de los prasii, vecinos de los gangaridæ, que ocupaban las bocas del Gánges; pero la historia de las comarcas en que habitaron (Bengala), se halla envuelta en tinieblas hasta el año 1203.

Cuenta Plinio que en la parte que llamamos Gudjerate y en el Concar existian dos poderosos reyes, uno de los cuales fue despues conocido por los árabes con el nombre de Balhara. El mismo autor coloca al Sur del Kirchna la *regio Pandionis* que se extendia hasta el Cabo Comorin; pero respecto á la costa oriental, fue poco ménos que ignorada de los antiguos. Desde el reinado de Sandrocotto apénas se menciona la India en los autores griegos y latinos; sabiéndose sólo y aun muy vagamente que Arsáces, rey de los partos, penetró en ella y se apoderó de todo el territorio donde reinaba Poro, émulo de Alejandro; que los bactrianos, despues de sacudir el yugo de los Seleucidas, alcanzaron mayores conquistas en la India que el mismo Alejandro; que Menandro, su cuarto rey, llevó sus armas al otro lado del monte Imaus, y Eucratides, uno de los sucesores de Menandro, se apoderó, segun se dice, de mil ciudades situadas en aquellas regiones.

Cerca de dos siglos ántes de la era cristiana los partos y los escitas invadieron toda la India septentrional designada por Tolomeo bajo el nombre de Indo-Escitia; y por el año 648 los chinos llevaron la guerra á las comarcas limítrofes

del Gánges. A principios del siguiente siglo los sectarios de Mahoma, abriéndose paso con las armas en la mano, subyugaron casi todo el Multan estableciéndose en la parte septentrional. Mahmud-Khan, uno de los gobernadores de las provincias conquistadas, se aclamó independiente de Ghiznih, siendo el primer conquistador de la India en los tiempos modernos, y el primer fundador de la dinastía musulmana de los ghiznevides, ghazanides ó ghazenides que existió desde 797 hasta mediados del siglo XII. Dícese que extendió sus conquistas hasta Goa. El último príncipe de esta dinastía que reinó en un imperio, cuyo centro formaba el Cabul, el Candahar y el Khorazan fué despuesto en 1152; pero Kassim Gauri, fundador de la dinastía de los gaurides, el cual tomó su nombre del país de Gaur y residió en Lahore, sometió el Kanava y el reino de Bisnagor, el Multan, el Dehly y hasta Benares.

El imperio de los Gaurides se dividió hácia el año 1215, y Kutub, á quien cupieron en suerte las conquistas de la India, fundó la dinastía de los patanes ó afghaneses, é hizo á Dehly capital de su imperio. El reino de los emperadores patanes sufrió las invasiones sucesivas de Djenghiz-Khan y de Tamerlan, y sus soberanos fueron remplazados en 1413 por la familia de Ghizer, á quien sucedió á su vez en 1450 Bellali-Lodi, cuyo nieto, Ibrahim-Lodi, fue derrotado por Baber, fundador de la dinastía mogol.

Akbar, su nieto, consolidó y extendió su poder en toda la parte septentrional del Indostan, sometiendo á Bengala donde reinaba el radjah Chah-Dowes, cuya comarca despues de ser teatro de numerosas revoluciones formó alternativamente un reino ó estados separados. Los primeros anales de su historia están envueltos en fábulas, y para nosotros no empieza á ser verídica hasta el siglo XIII. Hácia fines del XIV era dueño Tamerlan de aquella comarca. Las turbulencias que siguieron á esta invasion le facilitaron en parte su independencia, gobernándola á veces soberanos indios, y en otras ocasiones gobernadores mahometanos tributarios de los emperadores de Dehly. Akbar subyugó tambien el Cabul, conquistando á Cachemira; pero sus tentativas sobre el Dekhan fueron infructuosas. Dividió su imperio en diez y seis subabías, gobiernos subdivididos en *perganahs*, provincias administradas por nababs sometidos á los subabs; pero dependientes directamente de la córte. Este príncipe modelo de los reyes del Indostan, murió en 18 de octubre de 1605 despues del fallecimiento, producido por los excesos, de su segundo hijo á quien amaba entrañablemente, y teniendo que combatir á su primogénito rebelado contra su autoridad. Sentado ya en el trono que tanto ambicionara bajo el nombre de Djekanghyr, tambien se le rebeló su hijo Djehan, cuyos tres hijos verificaron despues otro tanto contra él. Uno de ellos Aurengzeyb, despues de asesinar á sus dos hermanos y envenenar á su padre, subió al trono y elevó el imperio mogol al más alto grado de poder y celebridad. Celoso partidario del islamismo, persiguió á los indios, los cuales á pesar de sublevarse varias veces sucumbieron bajo su poderío. No sucedió lo mismo con los mahratas, que habitaban en las montañas de los Ghattes. Estas tribus belicosas se coligaron con diferentes príncipes indios cansados de sufrir tan pesado yugo, confirieron el mando de sus tropas al valiente Suiadgi, conquistaron uno de los más poderosos estados de la India, y si la muerte no les privara de su jefe en 1680, al tiempo que se ocupaba en proyectos de venganza más vastos aun, sin duda der-

rocaran el trono de Aurengzeyb. Sin embargo continuaron la guerra, y el emperador vióse en la necesidad de transigir con ellos, cediéndoles como tributo la cuarta parte de la renta que producian las provincias conquistadas en el Dekhan. Los hijos de Aurengzeyb se rebelaron tambien contra su padre, pero sufrieron continuas derrotas. Despues de la muerte de este príncipe fue el Indostan víctima de la anarquía y rebelion, y durante aquella época comenzó á decaer el imperio mogol.

Azem-chah, el mayor de los hijos de aquel príncipe, se apoderó de la corona, mas se la disputó su hermano presentándole batalla cerca de Agra. Azem-chah pereció en el combate y su ejército fue completamente derrotado, de cuyas resultas subió su hermano al trono bajo el nombre de Chah-Allem. Murió este príncipe en 1713 despues de reinar seis años, y sus hijos, que gobernaban varias provincias se hallaron cada uno al frente de un ejército formidable, disputándose el imperio. Tres de ellos perecieron en diferentes épocas, y el primogénito llegó á ser proclamado emperador con el nombre de Djehanderchah.

Disgustados de él los *Omrahs*, dos hermanos de la tribu de los *seydes*, cuyo nombre llevaban, urdieron una conspiracion, colocando en el trono á Ferokhsir, sobrino de Djehanderchah, al cual mandó decapitar el nuevo soberano. Apénas se halló este príncipe al frente del imperio, cuando resolvió libertarse de la dominacion de los seydes cuyo poder llegó á ser colosal; mas anticipáronse estos, y apoderándose de su persona le arrancaron los ojos ahogándole en seguida en 24 de febrero de 1719, elevando á la dignidad de gran mogol á Raffoeil-al-Dertjant, á quien envenenaron tres meses despues, proclamando para sustituirle á su hermano mayor, que tomó el nombre de Shah-Djehan.

Celosos del poder de los seydes los principales omrahs se rebelaron, pero fueron completamente batidos, y Shah-Djehan falleció de muerte natural hácia fines de 1719. Los seydes ocultaron su fallecimiento algunos dias, y proclamaron despues á Mohammed-chah, segundo hijo de Chah-Allem. Este príncipe, cansado de la dominacion de los dos hermanos, excitó por sí mismo la rebelion entre los principales omrahs, y so pretexto de marchar contra ellos reunió un ejército, mandó asesinar á uno de los hermanos que le acompañaba para no perderle de vista, y marchó contra el otro, á quien venció é hizo encerrar en una prision. Dueño de la autoridad absoluta, se entregó á su inclinacion por los placeres, abandonando el cuidado de su imperio; el desórden y la confusion se generalizaron, los mahratas llegaron hasta las puertas de Dehly, y sólo á costa de un tratado ventajoso para ellos consiguió el país librarse de su invasion. Aprovechándose del desórden en que se hallaba el imperio, Nadir-chah, por otro nombre Thamas-Kuli-Khan se apoderó del territorio de Candahar, atravesó el Sind despues de concertado con los afghaneses, batió á los mogoles, y arrebatando por ardid la persona del emperador, tomó y saqueó á Dehly cuyo botin ascendió á 13,200.000,000 de reales. Este acontecimiento se verificó en 11 de marzo de 1739, y el conquistador no se retiró hasta despues de obtener la cesion de las cinco provincias, situadas en las márgenes del Sind. Mohammed arrastró aun algunos años su miserable vida, perdiendo sucesivamente casi todas las provincias de su imperio.

Nizam-el-Muluk erigió en el Dekhan una soberanía hereditaria, y los mah-

ratas adquirieron tal poderío que fue preciso cederles como tributo la cuarta parte de la renta de las provincias que recorrieran á mano armada. Los *robillahs*, tribu que habitaba en las montañas entre la India y la Persia, fundaron un estado independiente en las márgenes del Gánges y á treinta y dos leguas de Dehly. Mohammed-chah murió en 1747 y dejó la corona á su hijo Ahmed-chah, que sólo la disfrutó seis años, y en cuyo transcurso se desmembró y disolvió totalmente su imperio. Dos años despues de su advenimiento al trono el último ejército imperial fue batido por los robillahs; los *djates* invadieron la provincia de Agra y se establecieron en ella; Selsdar-Djong se apoderó de Ande. Bengala quedó sujeta á su virey Aliverdy, Allah-Abad fue patrimonio de Mohammed-Kuly y los mahratas cada dia más poderosos añadieron á sus posesiones gran parte del Gudjerate, del Oryzah y del Berary; la dinastía de Tamerlan quedó reducida á la sola posesion de Dehly y de su territorio. Esta ciudad fué decayendo en tiempos posteriores; mas sin embargo, la persona y el nombre del emperador eran objetos de respeto y deferencia para los usurpadores, quienes procuraban legitimar sus invasiones con las pretendidas concesiones de aquel príncipe que obtenian por fuerza, apoderándose de su persona y haciendo pasar por actas de legítima cesion las que ellos mismos extendian. La moneda siguió acuñándose en el Indostan con el busto del emperador mogol, aun cuando este carecia de imperio, de provincias y hasta de todo poder.

El emperador Ahmed fue depuesto en 1753 por su visir Ghazi el cual para salvar las apariencias colocó en el trono á Allemgher, nieto de Chah-Allem. Deseoso este nuevo soberano de deshacerse del visir que le imponia una coyunda insoportable, invitó á Abdallah, que reinaba en las provincias indias cedidas á Nadir-chah, á que le restableciese en el trono. Respondiendo al llamamiento este príncipe recorrió seis veces el Indostan y le asoló, cometiendo los mayores excesos, particularmente en la ciudad de Dehly; en vista de lo cual los mahratas resolvieron deponer á Abdallah y apoderarse del Indostan. En los llanos de Karnal y de Pamos se libró una reñida batalla en la que quedaron muertos sesenta mil hombres: los mahratas perdieron sus provincias septentrionales y su poder empezó á declinar. Abdallah ejerció en Dehly un poder ilimitado é invitó á Chah-Allem, hijo de Allemgher, depuesto y asesinado despues por Ghazi, á encargarse del poder; pero rehusándolo proclamó aquel á su hijo Djehan-Buglat, que estaba en sus manos; precisado Abdallah á abandonar la ciudad de Dehly á los *seykhes* se entregó á discrecion de los mahratas, quienes le restablecieron en Dehly. Finalmente, el último emperador Mogol fue pensionado por los ingleses, los cuales se apoderaron de Dehly y de Agra.

Conocida ya aunque sumariamente la historia de la India y sus distintos conquistadores, pasemos desde luego á examinar con brevedad tambien sus rasgos característicos desde la más remota antigüedad.

RELIGION, USOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS.

Como en casi todos los pueblos de antiguo orígen, la religion y filosofía de los indios hállanse envueltas en sus *vedas*, cantos populares, himnos ó plegarias, cuyos autores, olvidados ó desconocidos, se ocultan en el misterio de una época cuyo principio se ignora. Los indios, empero, poseen ademas un código de leyes antiquísimas, el cual lleva el nombre de *Manú*.

El rasgo más característico de la sociedad descrita en este código es su division en cuatro clases ó *castas*: la sacerdotal, la militar, la industrial y la servil.

Las tres primeras, aunque no completamente iguales en importancia y derechos, poseen todas, sin embargo, ciertas prerogativas peculiares; y que, hablando con propiedad, vienen á formar la sociedad, en beneficio de la cual se establecieron las leyes y el gobierno. De la cuarta casta y las mestizas que le son aun inferiores, no se ocupa el legislador sino como de instrumentos de riqueza y poderío para las superiores.

El hombre de la casta sacerdotal, el bramin es el jefe de todos los séres creados. El mundo y cuanto encierra le pertenecen; á él deben los otros mortales la conservacion de la vida. Sus imprecaciones omnipotentes le bastan para aniquilar á un rey con sus tropas, elefantes, caballos y carros de guerra; y tal es su poderío, que le es fácil crear otros mundos y dar la vida á otros dioses. El bramin debe ser tratado con mayor respeto que un rey. Su vida y persona están protegidas por las rigurosísimas leyes de este mundo y la amenaza de los más tremendos castigos en el otro. Ni aun por los mayores crímenes se le puede aplicar la pena capital.

La elevacion del bramin sobre todas las demas criaturas debió necesariamente convertirle en soberano y tirano de la sociedad; mas sin embargo, las condiciones de la ley le obligan á dedicar su existencia al estudio, al trabajo, retiro y austeridad.

Debe el bramin pasar el primer período de su vida estudiando junto á un maestro, en la abstinencia y humildad; dedicar toda su inteligencia exclusivamente al estudio de los vedas, y no ocuparse en nada mundano. Debe obediencia pasiva á su maestro, respeto y cariño á las personas de la familia, y está obligado á desempeñar en su casa todos los quehaceres domésticos mendigando de puerta en puerta para vivir.

Durante el segundo período de su vida se casa, educa á su familia y cumple los deberes impuestos á los bramines, como leer y enseñar los vedas, ofrecer sacrificios, prodigar limosnas y recibir ofrendas. La más honrosa de estas funciones es la enseñanza, debiendo notarse que al contrario de las otras religiones en

que la dignidad sacerdotal adquiere su mayor realce del servicio en los templos, el bramin al contrario se degrada si ofrece sacrificios. Le está rigurosamente prohibido recibir regalos de toda persona indigna, y sobretodo de las que pertenecen á las últimas gradas de la escala social. Nada debe admitir sin necesidad; si se halla apurado para vivir puede mendigar, cultivar la tierra, y hasta en caso de extrema necesidad dedicarse al comercio; pero jamas servir á nadie. La música, la caza, el baile, los juegos de azar le son enteramente vedados. Debe abstenerse de todo placer de los sentidos y evitar los honores mundanos como si fuesen veneno. Sin embargo, está exento del ayuno y otras prácticas religiosas. Lo que le exigen ante todo, es que su vida sea decente y dedicada á los estudios que le están prescritos. Hasta su traje está señalado por la ley: llevará el cabello y la barba corta, un manto blanco y el cuerpo siempre en estado de pureza. Tales se observa hoy á los bramines, apoyados en un largo báculo, con un ejemplar de los vedas debajo del brazo, y anillos de oro en las orejas.

En la tercera parte de su vida el bramin debe tornarse anacoreta, retirándose á la soledad de las selvas, vestido de corteza de árbol ó de la piel de una antílope negra, dejándose crecer la cabellera y las uñas, durmiendo en el suelo, viviendo sin fuego ni casa en el silencio más absoluto, sustentándose de frutas y raíces; mortificarse cruelmente, exponerse en cueros á la lluvia, llevar en invierno vestidos húmedos, y en verano colocarse en medio de cinco hogueras bajo los abrasadores rayos del sol.

En el último período de su vida el bramin vive casi tan solitario y retirado como en el tercero. Pero entónces está exento de todas las prácticas exteriores; cesaron sus mortificaciones, y la contemplacion le embarga exclusivamente. Su traje se parece entónces al de los bramines ordinarios, y su abstinencia, aunque grande todavía, no es ya tan rigurosa. Impasible en medio de los acontecimientos de la vida, se absorbe deliciosamente en sus meditaciones sobre la divinidad, hasta que por fin su alma se desprende del cuerpo, *como el pájaro abandona la rama.*

Así, pues, durante toda su existencia el bramin vive completamente separado del mundo; pero al tratar de penetrar los misterios de este código singular, se observa que todo este método está descrito, ó segun las tradiciones engalanadas de lo pasado, ó segun un ideal que las necesidades positivas de la vida y de las sociedades humanas han obligado á completar por medio de modificaciones importantes que acercan á los bramines á las condiciones ordinarias de este mundo y les confieren sobre todo una parte esencial del poder.

Así es que el rey debe conservar á su lado á un bramin en calidad de íntimo consejero; él es quien ha de instruirle y enseñarle las reglas de la política y de la justicia. Toda la autoridad judicial excepto la que el rey ejerce en persona está en manos de los bramines, y si bien el estudio de los textos sagrados no está prohibido á las dos clases siguientes, sólo por la autoridad de los bramines puede interpretarse el sentido de la ley. Con efecto, el código pone en sus manos todo el poder judicial.

Los intereses pecuniarios de la clase sacerdotal no están ménos protegidos. La liberalidad para con los bramines está recomendada como una virtud y es un deber particular del rey. Los sacrificios, las oblaciones y todas las ceremo-

nias de la religion son otras tantas ocasiones de ofrecer á los bramines presentes magníficos. Los órganos del sentido y de la accion, dice un artículo del código, la reputacion en esta vida y la dicha en la otra, la misma vida, los hijos, los rebaños, todo queda arruinado por un sacrificio que termina con mezquinos presentes ofrecidos á los bramines. Redímense muchos delitos por multas que se pagan á la clase sacerdotal. Si un bramin halla un tesoro, lo guarda para sí solo; pero si el tesoro cae en poder de otra persona, pertenece por mitad al rey y á los bramines. A falta de herederos las propiedades recaen en el rey, mas no las de los bramines, que se reparten entre los de su casta. Un bramin sabio está exento de todo impuesto, y si es pobre, el rey debe cuidar de su subsistencia.

La casta militar, la de los *kehatrias*, aunque muy inferior á los bramines, goza de grandes privilegios. La ley dice que la casta sacerdotal no puede prosperar sin la militar, ni la militar sin la otra, y que la dicha de entrambas en este mundo depende de su union.

La casta militar goza, aunque en menor grado, con respecto á los *veysias*, de los mismos privilegios que los bramines poseen sobre las otras. El rey es de la casta militar, así como probablemente tambien sus ministros ordinarios. El mando de los ejércitos, todos los puestos donde se ejerce alguna autoridad, pertenecen á los kehatrias por derecho de nacimiento; y es muy de notar que en una legislacion establecida por los bramines, estos sólo se reserven la administracion de justicia, negándose toda participacion en el poder ejecutivo.

Los deberes impuestos á la casta militar son defender al pueblo, hacer limosnas, sacrificar, leer los vedas y no entregarse á los placeres de los sentidos.

La jerarquía social de los veysias ó miembros de la tercera casta no es muy elevada. Ademas de los sacrificios, las larguezas y la lectura de los vedas que les están encomendados, tienen el encargo de criar ganado, comerciar, prestar á interes y cultivar la tierra.

Los conocimientos prácticos que se exigen á los veysias son más extensos que los de las otras clases; por cuanto ademas de la labranza y cria de ganado, deben conocer tambien las producciones y necesidades de los otros países, los diversos dialectos, y todo lo relativo á la venta ó compra de mercancías.

El deber de un *sudra* es, dice brevemente el código, servir á las otras castas, y particularmente á los bramines. Si no logra colocarse á las órdenes de una persona de las clases superiores, puede ganarse el sustento alquilándose de peon, carpintero, albañil, pintor, escribiente, etc. Un sudra puede cumplir los deberes religiosos, pero debe omitir los textos santos que los acompañan. Un bramin no puede leer los vedas, ni aun para sí en presencia de un sudra. El enseñarle la ley, ó el modo de expiar sus pecados, es para el bramin un crímen que le conduce al infierno *Asambrita*. Ninguna falta más grave señala la ley á los bramines que recibir presentes de los sudras. Un bramin en necesidad puede aceptar grano de un sudra, pero en ninguna circunstancia comer un manjar preparado por el hombre que está obligado á sustentarse con las sobras de sus amos y vestirse con su ropa vieja. No pueden acumular riquezas, ni aun por medios lícitos, para que, segun dice la ley, no se ensoberbezcan ni causen pesadumbre á los bramines.

Si un sudra insulta de palabra á un hombre de las clases superiores, le cor-

tan la lengua. Si se sienta en el mismo asiento que un bramin, la parte de su cuerpo que cometió el crímen es quemada con un hierro candente. Si se atreve á amonestar á un bramin sobre sus deberes religiosos, manda la ley que le viertan aceite hirviendo en la boca y en las orejas.

El nombre de sudra, dice ademas la ley, es la expresion del menosprecio, y la multa impuesta por la muerte de un hombre de esta clase no es mayor que la en que se incurre por matar un gato, un sapo, un perro ó un lagarto.

Si más que evidente aparece el envilecimiento de los sudras, arduo es fijar su estado civil. Los sudras están designados generalmente con el nombre de *casta servil*, y se declara que, aun manumitido por su amo, no puede desprenderse de los lazos de la servidumbre, porque dice expresamente la ley: ¿Quién podria eximirle de su estado natural?

Sin embargo, no resulta explícitamente del texto del código que el sudra sea y deba ser siempre el esclavo dependiente de un individuo; al contrario, puede ofrecer sus servicios al que mejor le parezca, y hasta ejercer oficios por su propia cuenta. Nada por otra parte autoriza á pensar que sean los sudras esclavos del estado; pues se observa que la emigracion, vedada severamente á las demas clases, les es permitida. Pueden poseer, derecho vedado á los esclavos; sus personas estan protegidas hasta contra sus amos, quienes no pueden corregirles sino del modo prescrito por la ley. Los castigos que esta les aplica, son aplicables tambien á la mujer por su marido, á los hijos por su padre, al discípulo por su maestro, y al hermano menor por el mayor. Es incontestable que existieron sudras esclavos; pero tambien abundan razones para juzgar que los hombres de las otras castas podian asimismo quedar reducidos á la servidumbre.

La condicion de los sudras debia pues ser en realidad mucho mejor que la de los esclavos en las más de las repúblicas antiguas, y mejor quizá que la de los siervos de la edad media.

Aunque fuese tan marcada la línea de division entre todas las castas, no parece sin embargo que en su orígen se afanaran tanto por impedir la mezcla como lo verificaron despues. Parece que movió al legislador más bien el anhelo de proteger el honor de las mujeres que el de asegurar la pureza de la descendencia.

Los hombres de las tres primeras castas son dueños de escoger sus mujeres en las inferiores, con tal que no ocupen el primer lugar en su familia. Está vedado casarse con una mujer de casta superior; el adulterio se castiga con las penas mas rigorosas, y el niño fruto de él está condenado al último grado de envilecimiento. Al hijo legítimo de un bramin y de una mujer kchatria lo coloca la ley en situacion media entre el padre y la madre; y las hijas de este enlace, si durante siete generaciones consecutivas se casan con bramines, elevan otra vez á sus hijos á la casta sacerdotal; pero el hijo de un sudra y una mujer de orígen bramínico es un *tchandala*, el más vil de los mortales, y su union con mujeres de las castas superiores produciria una raza más vil todavía que la de su padre.

Parece que desde el tiempo de Manú los hombres de las diversas castas escrupulizaban comer juntos; y con todo no se halla en la ley texto positivo que lo prohiba excepto para los sudras; y aun esta es falta que un bramin puede expiar fácilmente. En el dia las preocupaciones sobre este punto están más arrai-

gadas que nunca, pues se pierden los privilegios de casta, que en otro tiempo sólo se perdian por algun gran crímen.

Es muy notable que en ninguna de las cuatro castas se señale lugar á los artesanos. Verdad es que los sudras pueden ejercer ciertos oficios mecánicos; mas no se observa que estos oficios sean la ley de ninguna clase particular. Segun ciertos párrafos del capítulo diez del libro de Manú, parece que los artesanos pertenecian, como en el dia, á las castas mezcladas. Sin embargo, puede presumirse que la division de las castas se verificó en una época en que la industria se hallaba muy poco adelantada para que se especificasen los oficios.

El gobierno pertenecia á un príncipe absoluto. Ninguna autoridad humana podia censurar su conducta; pero aunque en un párrafo se conmina un castigo, y una multa en otro, no se repara sin embargo que la ley ratifique por ningun medio la aplicacion de estas penas. Sus consejeros y los jefes militares, que de él dependen, parece que no disfrutan otra autoridad que la que él se digna concederles. No obstante es cierto que debia estar sujeto á las leyes, que se suponian señaladas por la misma divinidad, y el influjo preponderante de los bramines debia robustecer el poder de las mismas.

El objeto de la institucion del rey es, dice el código, impedir la violencia y castigar á los malhechores.

«El castigo está en vela cuando las guardias vigilan.

«Si el rey no castigase á los delincuentes, el prepotente asaria al desvalido como el pescador asa al pez en las parrillas.

«La propiedad no perteneceria ya á nadie, y los pequeños derribarian á los grandes.»

Los deberes del rey están definidos así en términos generales: velar por la administracion de justicia en su reino, castigar al enemigo extranjero con rigor, obrar sinceramente con sus amigos, y mostrarse caritativo con los bramines. Debe escuchar respetuosamente sus lecciones para portarse con modestia, instruirse en la justicia, política, metafísica y teología. Debe resistir á los placeres, moderar sus pasiones y evitar la molicie.

El gobierno del rey se compone en primer lugar de siete consejeros, pertenecientes segun toda probabilidad á la casta militar, y un bramin instruido, superior á todos los demas, que obtenga su confianza. Entre los oficiales hay uno que se llama el embajador, que ejerce realmente las funciones de ministro de negocios extranjeros. Este personaje debe ser como todos los demas de noble nacimiento, atesorar sumo talento, y sobretodo gran sagacidad y penetracion; honrado, popular, hábil en los negocios, instruido en la historia, gallardo, elocuente, y enterado de lo que pasa en los otros reinos.

El ejército está á las órdenes de un general en jefe. La aplicacion de las penas la dispone y reglamenta el ministro de justicia; la hacienda y el estado los administra el mismo rey; el embajador ordena la paz ó la guerra.

La administracion interior está confiada á una jerarquía de empleados civiles, compuesta de jefes de ciudades ó aldeas, de jefes de diez, de ciento y de mil ciudades, todos nombrados por el rey, y obligado cada cual á consultar los negocios con su inmediato superior.

El sueldo del jefe de una ciudad se paga de los impuestos en especie,

que el rey está autorizado á exigir á la misma ciudad; el jefe de diez ciudades disfruta de dos jornales de tierra, esto es, dos veces lo que un hombre puede arar en un dia; el jefe de cien ciudades posee una aldea y el jefe de mil ciudades una ciudad entera.

Estos oficiales están bajo la vigilancia de inspectores revestidos de suma autoridad, y debe residir uno en cada ciudad grande. Ellos son los encargados de reprimir los abusos de autoridad en que los jefes de distrito, segun se expresa la ley, están harto propensos á caer.

El reino se divide tambien en provincias militares, cada una de las cuales mantiene un cuerpo de tropas. Los límites territoriales de estas divisiones no corresponden necesariamente con los de las civiles.

Las rentas del estado se componen de un impuesto sobre los productos de la agricultura, contribuciones sobre el comercio, una leve contribucion anual sobre los mercaderes al pormenor, y un jornal al mes para los artesanos.

Los mercaderes deben pagar segun el precio de las mercancías, gastos de viaje y trasporte, y beneficios realizados.

Hé aquí la escala del impuesto: sobre el ganado, perlas, oro y plata que anualmente se agreguen al capital del contribuyente, un décimoquinto; en tiempo de guerra ó invasion, puede exigirse el duodécimo.

Sobre el grano un duodécimo, un octavo, un sexto, segun el terreno y la cantidad de trabajo indispensable para su cultivo. En caso necesario el gobierno puede exigir la cuarta parte.

Sobre el aumento anual de los árboles, carne, miel, aromas y algunos otros productos de la naturaleza ó del trabajo del hombre, un sexto.

El rey tiene derecho asimismo al veinte por ciento sobre el beneficio líquido de todas las ventas; hereda á los que mueren sin herederos; le pertenece toda propiedad sin dueño legítimo, tres años despues de mandarlo pregonar, como tambien la mitad de todas las minas.

El rey debe fijar su capital en una provincia fértil del reino, pero de difícil acceso, y cuyos contornos no puedan sustentar á una hueste invasora. La fortaleza donde resida debe estar siempre bien guardada y provista de una guarnicion numerosa. Ocupa el centro el palacio de fácil defensa, bien construido, brillante, rodeado de agua y de árboles. Cuando llega el momento de casarse debe elegir una reina notable por su nacimiento y hermosura, nombrando un sacerdote encargado de las ceremonias religiosas en el interior de su palacio.

Se levanta á la última vigilia nocturna y despues de ofrecer los sacrificios reune la córte en un salon espléndido, recibe á sus súbditos y los despide con palabras halagüeñas. Pasa en seguida con su consejo á la cima de una montaña, ó á una azotea, á la sombra de hermosos árboles, en paraje seguro y reservado, del cual mandará alejar á las mujeres y á las aves. Concluido el consejo se entrega á algunos ejercicios guerreros, se baña y vuelve para comer á su aposento privado. Entónces es cuando se dedica á su familia, á recapacitar sobre la eleccion de empleados y al personal de su gobierno.

Despues de comer pasa revista á sus tropas, recibe los partes de sus emisarios, descansa un rato, y por fin se retira para cenar en el aposento más reservado, y se acuesta.

Empañan este cuadro los consejos que recibe acerca de su seguridad personal. Le recomiendan que mande preparar sus manjares por personas de fidelidad reconocida y que tenga siempre dispuestos sobre la mesa antídotos contra el veneno. Cuando recibe á sus emisarios lo verifica siempre armado. Manda registrar á todas las personas de su servidumbre, hasta á las mujeres; y así en su palacio como fuera de él, debe estar prevenido siempre contra las tentativas de sus enemigos.

La política y la guerra ocupan muchísimos capítulos del libro sagrado. Su lectura seria interesante; aun cuando no fuese mas que por las pruebas que presentan de la division de la India, en aquella época remota, en varios estados independientes.

Un gobierno puede obrar de cuatro modos contra sus enemigos: derramar dádivas, sembrar la discordia entre ellos, negociar, ó vencer por la fuerza de las armas. El sabio, dice el legislador, prefiere los dos últimos.

El rey debe considerar siempre á sus vecinos inmediatos y aliados como enemigos. Los reinos situados más allá de estos enemigos naturales deben ser tratados como amigos. Por lo que respecta á los estados más lejanos, deben considerarse como neutrales, repitiendo al rey el consejo notable de no implorar ni aun en sus mayores apuros la proteccion de un príncipe más poderoso que él. Aunque reducido al último extremo es siempre ménos peligroso aventurar, aunque débil, una guerra animosa. Los espías figuran en primer término en la política extranjera y en las guerras; se señala con bastante precision la clase de sugetos de que para este objeto se debe servir. Es forzoso valerse, y todavía se observa esta regla en la India, de ermitaños degradados de su santo estado, de negociantes apurados, de penitentes falsos.

Las leyes del arte militar son sencillísimas. Es de suponer que redactadas por los bramines, no pueden presentar idea del talento guerrero de los indios.

El rey moverá su hueste cuando todavía está en pié la cosecha de la primavera ó la del otoño, y marchará inmediatamente hácia la capital del enemigo.

Componíanse los ejércitos de caballería é infantería; sus armas principales eran sin duda el arco, el sable y el broquel. En todo tiempo se emplearon los elefantes en la guerra. Los carros armados reemplazaban probablemente nuestra artillería. El rey reclutaba las tropas con especialidad en el Norte del Indostan, donde aun en el dia se hallan los mejores soldados, ofreciéndoles él mismo ejemplo de valor, y alentándoles ántes de la accion con cortas y enérgicas alocuciones.

Las presas pertenecen á los que las hicieron; mas cuando no son el premio del valor individual, se reparten entre las tropas.

Las leyes de la guerra son humanas. Se prohiben las flechas emponzoñadas, en figura de sierra ó incendiarias; se hallan frecuentes casos en que no es lícito matar al enemigo; debe respetarse á los heridos y desarmados, al que pide misericordia y dice: soy tu prisionero. Todavía se hallan órdenes más generosas; el hombre á caballo ó en un carro de guerra no debe matar al infante; está prohibido atacar al que la fatiga obliga á tenderse, al que duerme, huye ó pelea con otro.

La conquista está tambien sujeta á condiciones liberales. Debe disfrutar todo

el mundo de seguridad inmediata; respetarse la religion y leyes del país; y tan pronto como queda consumada la conquista, debe colocarse en el trono á un príncipe de la sangre real vencida, como vasallo del vencedor.

Las leyes de sucesion no están muy deslindadas; pero parece, por un párrafo del código, que el príncipe (como todavía es costumbre en los príncipes indios) nombraba heredero suyo al hijo á quien juzgaba más capaz de sucederle.

El rey en persona, asistido de bramines y otros consejeros, administra justicia, pero le es lícito confiar tan delicado cargo á un bramin, asistido de tres personas de la misma casta.

El rey ó juez al oir las causas debe observar muy particularmente los modales, gestos y modo de hablar de las partes y de los testigos. Debe conformarse con los usos locales de los distritos, de las familias, y seguir en cuanto quepa los precedentes establecidos por los antiguos jueces. Ni á él ni á sus empleados les es lícito alentar la manía de pleitear, pero deben con la mayor premura dar curso á una accion regularmente entablada. A los jueces en general se les previene no considerarse ofendidos del lenguaje generalmente apasionado de los litigantes y de los ancianos y dolientes que á ellos se dirigen. Por último, nunca deben anular un fallo ajustado á ley.

La justicia criminal india es severísima, y entre todas sus instituciones es quizá la que ménos aboga en su favor; no obstante no es sanguinaria sino cuando influyen en ella la supersticion y preocupaciones de casta. La mutilacion, sobretodo la de la mano, es un castigo ordenado en todos los usos judiciales del Asia; sin embargo debemos decir en su elogio que no impusieron al parecer tormento á los acusados.

La ley civil es muy superior á la criminal y mucho más racional de lo que podria esperarse, atendido el tiempo en que fue escrita.

Empieza por establecer los casos en que no debe oirse la instancia del demandante, y aquellos en que el juez puede fallar en rebeldía.

Si es preciso estudiar á fondo la cuestion, empieza el juez por examinar á los testigos, á los cuales se oirá de pié, en medio de la sala de audiencia y en presencia de las partes. Antes de preguntarles, el juez debe dirigirles una breve exhortacion demostrando los peligros á que con un falso testimonio se expondrian. Si no existen testigos, el juez recibe los juramentos de las partes, y oido el asunto, pronuncia el fallo.

El acreedor está autorizado por la ley, aun ántes de dirigirse al tribunal, á cobrar por todos los medios empleando hasta cierto punto la fuerza material. Aun en el dia, en algunas partes de la India, es harto frecuente observar á un acreedor encarcelar en su propia casa á su deudor, y retenerle en ella hasta que paga.

El interes legal del dinero es de dos por ciento al mes para un bramin y de cinco por ciento para un sudra.

Los contratos fraudulentos ó que obligan á las partes contra la ley son nulos de derecho. Un contrato hecho por un esclavo para alimentar á la familia de su amo ausente, es obligatorio para este.

La venta de un objeto por el que no es su dueño es nula á ménos de realizarla en el mercado público; en cuyo caso es válida, si el comprador puede pre-

sentar al vendedor; pero no siendo así el propietario legítimo tiene derecho de readquirir su propiedad pagando la mitad de su valor. Un ajuste puede ser invalidado por una de las dos partes dentro de los diez dias que siguen á su conclusion.

Una niña puede casarse á los ocho años y ántes. Si su padre no la casa en los tres que siguen á su nubilidad, puede toda muchacha por derecho propio elegir ella misma su marido.

Los hombres pueden casarse con mujeres de clases inferiores á la suya, mas no con superiores. Nadie puede casarse con una parienta hasta el sexto grado, ni con otra que lleve el mismo apellido que él; por cuanto supone la ley que deben ser de la misma familia.

El casamiento entre personas de la misma casta se consagra juntando las manos; una mujer kehatria al casarse con un bramin debe llevar un arco en la mano; una veysia un látigo; una sudra la punta de una manta.

El casamiento es indisoluble y las partes deben guardarse mútua fidelidad.

Un viudo tiene derecho de contraer segundas nupcias, pero el casamiento de las viudas está reprobado, si no prohibido. Por lo general, parece que un hombre puede casarse solamente con una mujer; decimos parece, por cuanto la ley no se explica positivamente sobre este punto, aunque ciertas prescripciones que contiene deben hacerlo presumir. Así pues una mujer estéril por espacio de ocho años, ó sin hijo varon en el espacio de once, puede ser reemplazada por otra esposa; las mujeres que se entregan á la embriaguez ó á otro cualquier vicio y las maliciosas, pueden asimismo ser reemplazadas. Excepciones son estas que deben confirmar la regla.

El marido que parte para un viaje debe dejar á su mujer medios de subsistir durante su ausencia.

La mujer aguardará á su marido ausente por espacio de ocho años, si se alejó para cumplir deberes religiosos; por seis si está ausente para instruirse ó adquirir nombradía, y por tres, si partió por recreo ó diversion.

Los herederos naturales son los hijos ó los hijos de estos, y en su defecto, los hijos de las hijas. A falta de hijos naturales, hereda el hijo adoptivo, quien pierde su derecho á la herencia de su padre natural y conserva siempre derecho al sexto de los bienes de su padre adoptivo, aun cuando este tuviere hijos despues de la adopcion.

A estos herederos siguen diez especies de hijos que sólo pueden haber imaginado los indios, para quienes la necesidad de un descendiente que cumpla las ceremonias religiosas sobre el sepulcro de los difuntos es una consideracion superior á todas las demas. Entre estos hijos cuentan el que nació de la esposa de un hombre ó de un padre desconocido durante la ausencia del marido; al hijo de que estaba en cinta una mujer sin que lo supiese su marido cuando con ella se casó; al hijo ilegítimo de la hija y de un hombre con quien despues se casare; al hijo de mujer casada que abandonó el domicilio conyugal; al de viuda, etc.

A falta de hijos vienen los sobrinos, que hasta están autorizados legalmente para hacerse adoptar con exclusion de todos los demas, y en defecto de hijos, nietos, hijos adoptivos y sobrinos, vienen los padres, luego los herma-

nos, los abuelos y demas parientes, luego el maestro, el condiscípulo, el discípulo, y finalmente los bramines y el rey.

El padre puede distribuir en vida sus bienes á los hijos. No dice la ley en qué proporciones, y tampoco habla de testamento.

A su muerte los hijos pueden seguir viviendo en familia ó repartirse sus bienes. Si permanecen juntos, el hermano mayor administra el caudal viviendo los demas bajo su autoridad, y todas las adquisiciones sucesivas van acumulándose á los bienes anteriores.

Si se dividen estos, un vigésimo pertenece por privilegio al primogénito, un octogésimo al menor, un cuadragésimo á los intermedios, y lo restante se divide por partes iguales entre todos. Las hijas solteras están al cargo de sus hermanos. Nada reciben del caudal paterno, pero parten con igualdad con sus hermanos el de la madre.

Esta igualdad entre los hijos subsiste solamente en caso de nacimiento igual; no siendo así, el hijo de una bramina tiene cuatro partes, el de una kehatria tres, el de una veysia dos, el de una sudra una. Esta sola parte, ó á lo más un decimo, es cuanto puede caberle al hijo de una madre sudra, aun cuando no existieran otros hijos.

Los eunucos, los de castas mezcladas, ciegos, jorobados, sordos, los que perdieron el uso de un miembro, los locos é idiotas, están excluidos de la sucesion, pero quedan á cargo de los herederos. Sin embargo pueden heredar los hijos de esclavas.

Hay cuatro vedas, aunque el cuarto lo desechan la mayor parte de los indios instruidos. Cada veda se compone de dos ó tres partes. La primera comprende himnos y oraciones; la segunda preceptos religiosos y controversias de teología. Algunas de estas controversias van á veces comprendidas en la segunda parte, y otras están separadas, en cuyo caso forman la parte tercera.

Los vedas no son obra de un solo autor. Fueron compuestos por varias personas, cuyos nombres, sobretodo en los himnos, acompañan á sus producciones. Escribiéronse pues en épocas diversas y se reunieron en la forma en que los conocemos, ántes de Jesucristo.

Están escritos en estilo antiguo sanscrito, tan diferente del que se usa en el dia, que sólo los bramines más instruidos pueden ahora comprenderlos. Una pequeñísima parte ha sido traducida; y aunque nos presenta un resúmen de su contenido cierto autor cuyo talento debe inspirar la mayor confianza, útil fuera que los trabajos de los doctos llenasen luego este vacío.

La doctrina fundamental de los vedas es la unidad de Dios. No hay verdaderamente, dicen algunos pasajes del texto sagrado, mas que un solo Dios, el Espíritu Supremo, el Señor del universo, y cuya obra es el universo.

Entre las criaturas del Sér supremo existen varias superiores al hombre que deben ser adoradas, y cuyos favores y proteccion deben solicitarse por medio de oraciones. Los que más se nombran entre estos seres son los dioses de los elementos, de las estrellas, de los planetas. En los vedas cítanse varias veces las tres principales manifestaciones de la divinidad (Brama, Vishnú y Siva), y otros atributos personificados de ella que forman la mitología india; pero el culto de los héroes divinizados no forma parte del sistema.

Por casualidad se nombra á Brama, Vishnú y Siva, divinidades que no gozan de preeminencia alguna, ni son objeto de ninguna adoracion especial. Colebrooke no ha descubierto ningun pasaje que trate de sus encarnaciones.

Así pues, si Manú ha conservado la idea de la unidad de Dios, sus teorías sobre la naturaleza y los actos de la divinidad son ya diferentes del original donde bebió. Vese esto sobretodo en el modo con que explica la creacion del mundo. Hay pasajes en los vedas en que se declara que Dios es la causa natural y eficiente del universo, el alfarero que fabricó el vaso, y la materia empleada por el alfarero. Sin embargo los indios más ilustrados creen que estos textos tan positivos no deben tomarse al pié de la letra, y que sólo sirven para indicar el orígen de todas las cosas producidas por la misma causa primera. Los institutos, al contrario, consideran al parecer el universo como formado de la sustancia del Criador, y admiten la eternidad de la materia como parte de la sustancia divina. Segun Manú, la causa existente por sí misma, inapreciable á los sentidos, pero creando este mundo sensible de los cinco elementos y de los otros principios, se ha manifestado en toda su gloria disipando las tinieblas.

Resuelto á producir los diversos seres de su propia sustancia divina, creó desde luego, por un impulso de su pensamiento, las aguas, poniendo en ellas un gérmen productivo.

De este gérmen salió el huevo del mundo en el cual nació el mismo Sér supremo bajo la forma de Brama.

En esta forma produjo los cielos y la tierra y el alma humana, dió á todas las criaturas nombres distintos y diversas ocupaciones, como tambien creó las divinidades con atributos y almas puras y los genios inferiores.

Toda esta creacion dura cierto período. En espirando se retira la fuerza divina, Brama queda absorbido en la esencia suprema, y todo el sistema se desvanece.

Estas extinciones de creacion, á las que corresponden épocas de renacimiento, vuelven periódicamente á plazos prodigiosamente largos.

Las divinidades inferiores son los representantes ó elementos, ó cuerpos celestes, ó ideas abstractas. Indra es el dios del aire, Agni del fuego, Varuni del agua, Prithiva de la tierra, Surya del sol, Chandra de la luna, Dherma de la justicia, Dhamantora de la medicina. No se habla en los vedas de ninguno de los héroes divinizados que hacen hoy dia tan gran papel en el panteon indio, tales como Rama, Crishna, etc.

Distintos de los dioses existen genios buenos y malos, colocados en la enumeracion de la creacion más bien entre los animales que entre las divinidades. Genios benéficos, fieros gigantes, salvajes sedientos de sangre, cantores celestiales, ninfas y demonios, culebras horrorosas, aves de alas inmensas, cuadrillas de *pitris* ó padres del género humano.

El hombre está dotado de dos espíritus interiores, el alma vital que anima al cuerpo, y el alma racional, asiento de las pasiones y prendas buenas ó malas. Estas dos almas, existencias independientes, están unidas en la divina esencia que existe en todos los seres.

El alma vital es quien expia los pecados de los hombres; segun sus faltas, está sujeta á tormentos más ó ménos largos, despues trasmigra á cuerpos de

hombres, de animales y hasta á las plantas. Su nuevo destino es tanto más ínfimo cuanto mayores fueron sus pecados, y esta trasmigracion durará, hasta que en fin, purificada por los padecimientos y humillaciones, merezca ser absorvida en la existencia suprema.

Al crear Dios el hombre le erigió en juez de su propia conciencia, y estableció una diferencia completa entre el bien y el mal, como entre el placer y el dolor, etc.

Acompañan varias ceremonias religiosas al embarazo de la madre, al nacimiento del hijo, etc. La principal es la que manda rasurar la cabeza del niño, no dejándole sino unos pocos cabellos en la coronilla. Esta ceremonia debe efectuarse durante el primero ó tercer año. Pero la más importante es la en que el hombre recibe la investidura del cordon sagrado. Esta ceremonia un bramin no puede retardarla más de diez y seis años ni más de veinte y cuatro un mercader. Se le llama el segundo nacimiento, y da á las tres castas que á ella están admitidas el dictado de hombres *dos veces nacidos*, con el cual se les nombra con frecuencia en el texto de Manú.

Todo bramin, y sin duda todo hombre dos veces nacido, debe bañarse diariamente, orar al alba y al crepúsculo en sitio poco frecuentado, cerca de agua pura, y cumplir tambien cada dia las cinco obligaciones sagradas, que son: leer los vedas, hacer oblaciones á los manes de los mayores, quemar un holocausto en obsequio de los dioses, dar arroz á las criaturas vivientes y recibir á los huéspedes generosamente.

El culto consiste en encender en las aras de los distintos dioses ofrendas de manteca clarificada, derramando en ella jugo de ciertas plantas. Si el texto habla de los ídolos, reprueba siempre su adoracíon, y en ningun pasaje alude á las ofrendas de flores y aromas que se colocan en el dia á sus piés.

Estas obligaciones son fáciles de llenar, excepto la lectura de los vedas, pues deben leerse distintamente y en voz alta, con ánimo sosegado y en postura respetuosa. La lectura puede ser interrumpida por ciertos presagios, tales como la lluvia, el trueno, los eclipses, los aullidos del chacal, ó suspendida por ciertas ocurrencias que pueden distraer el ánimo.

Ademas de las obligaciones diarias ordénanse otras mensuales para con los manes de los antepasados. A este objeto deben buscarse unos claros en los bosques ó parajes solitarios en las orillas de los arroyos. El sacrificador quema varias ofrendas y coloca en el suelo tortas de arroz y manteca clarificada invocando los manes y rogándoles que acudan á tomar parte. En seguida agasaja á un corto número de bramines, les sirve respetuosamente, y estos deben comer en silencio.

No pueden hacerse exequias á las personas de mala vida ni á los que se suicidaron. Pero por otro lado se verifica una ceremonia pavorosa cuando una familia reniega solemnemente de un miembro indigno de ella, pues celebra sus exequias como si realmente hubiese muerto. Sin embargo, si se arrepiente, puede mediante otra ceremonia volver á su familia y á la vida civil.

Son innumerables los manjares de que no puede usar un hombre dos veces nacido. Todo bramin debe abstenerse de alimentos preparados por un cazador, un minero, un blanqueador, un tintorero, y ¿quién creyera que la misma prohibicion se extiende hasta los médicos y que esta útil profesion está clasificada por

la ley entre las más impuras? Y lo que no sorprende ménos al comparar á los indios de entónces con los del dia, les es lícito á los bramines comer varias especies de carne, y que hasta se les manda servir en sus mesas carne de vaca en ciertas fiestes solemnes. Verdad es que el legislador recomienda expresamente la humanidad con los animales, y que es meritorio á sus ojos el abstenerse de su carne, pero no está prohibida en ningun pasaje del libro. Es notable sobretodo el permiso de comer carne de vaca, por cuanto parece que la vaca entónces á los ojos de los indios era un animal tan sagrado como en el dia. El salvar la vida de una vaca es una buena accion que puede expiar el asesinato de un bramin; el matar una vaca es crímen que no puede redimirse sino con tres meses de las mas ásperas austeridades y solícitos cuidados dispensados á un rebaño.

Más de la mitad del libro está lleno de reglas sobre la purificacion.

La causa más comun del estado de impureza es la muerte de un pariente. Este estado puede durar diez dias para un bramin y un mes para un sudra, si era deudo cercano.

Una infinidad de circunstancias que seria larguísimo enumerar pueden tornar impuro. Sin embargo, en medio de estas ordenanzas que tan desatinadas nos parecen, léense algunas que prueban un notable criterio. Ni el rey ni sus empleados pueden estar impuros durante el tiempo que dedican á los negocios. La mano del artesano empleada en su faena está siempre pura, los parientes del soldado muerto en el campo de batalla están exentos de impureza, y el mismo soldado que muere cumpliendo con su obligacion queda libre de todas sus impurezas.

La moral predicada por el legislador es pura. Generalmente propende á levantar las almas, á infundir sentimientos generosos; sin embargo, fuerza es decir que la tendencia general de la moral de los bramines se propone conservar la inocencia del hombre más bien que excitar virtudes activas, y sobretodo asegurar la tranquilidad del alma y evitar toda sensacion de pena ó dolor á los seres sensibles.

Pasemos á sus costumbres. Al tratar de conocer las de un pueblo lo que primero llama la atencion es quizá la condicion de las mujeres.

La mujer en la sociedad india debe completa obediencia á su marido, quien está encargado de que observe la ley, permitiéndola recreos inocentes. Si es soltera ó viuda vive bajo la autoridad de sus parientes varones. Por otra parte, está expresamente mandado al marido y á los parientes honrar á las mujeres, pues dice la ley: si las mujeres no son honradas, todos los actos religiosos son infructuosos, y una familia en que las mujeres no estan en una posicion honrosa y feliz perece luego miserablemente, al paso que en aquella que el marido está satisfecho de su mujer, y la mujer de su marido, se halla la dicha afianzada. Los deberes del marido para con su mujer encuéntranse consignados asimismo con una minuciosidad que no acertamos á comprender. Entre otras cosas se le manda proveerla siempre de joyas, alimento, etc.

Las viudas están bajo la proteccion especial de la ley; sus parientes varones son extraños á su fortuna. El rey es el protector nato de las viudas y solteras y castiga como ladrones á los parientes que tratan de despojarlas de sus bienes.

Poquísimo se lee en el código de Manú en órden á las costumbres domésticas

de su tiempo, pues sólo trata de los bramines para darles órdenes severas, aunque pueriles. Así es que un hombre de esta casta no debe comer con su mujer, ni mirarla comer, ni asistir á su tocador, cuando ella se ennegrece los párpados, etc.

En todas las clases es obligacion de las mujeres vigilar el gasto de la casa, preparar el alimento diario, dirigir el ajuar. Aunque reclusas en el interior de los aposentos, todas las mujeres corren peligros excepto aquellas que estan guardadas por los sentimientos de su corazon.

No se halla palabra en todo el código que se refiera á los *satis*, esto es, á la costumbre de abrasarse las viudas sobre el cadáver de sus maridos; ántes al contrario, se recomienda á las viudas de los bramines que observen una vida virtuosa y austera. Por donde es evidente que nunca le ocurrió al legislador tan bárbara costumbre.

Los únicos suicidios autorizados por la ley son el del ermitaño que doliente de enfermedad incurable se deja morir de hambre, y el del rey que sintiendo acercársele la muerte distribuye parte de su fortuna á los bramines, entrega á su hijo las riendas del gobierno y va á hacerse matar por el enemigo, ó en tiempo de paz se deja morir de hambre.

Podemos conjeturar los placeres ó recreos conocidos entónces por aquellos de que debe guardarse un rey, que son la caza, los juegos de azar, los excesos carnales, la embriaguez, el canto, la danza, y los viajes sin utilidad.

Encomiéndase siempre el mayor respeto con los padres, ancianos, personas doctas y elevados personajes. En el camino se debe ceder el paso á un carro con ruedas, al anciano de noventa años, al enfermo, al hombre que lleva pesada carga, á una mujer, á un príncipe, á un novio.

En algunos parajes recomienda el código como importantísimo el respeto absoluto á las costumbres de inmemorial orígen. Es la ley trascendental la raíz de toda piedad. Aun en el dia es el espíritu vital de la sociedad india y la causa más real de la estabilidad de sus instituciones.

Las artes, aunque sencillas todavía, salieron ya de la barbarie. La ley habla del oro y perlas, de la seda y joyas como de cosas que se hallan en todas las familias. Los elefantes, caballos y carros sirven ya al parecer de medios comunes de trasporte para personas, así como el ganado, el camello y las carretas para mercancías. Las profesiones que se citan en el libro de Manú prueban que se conocian á la sazon todas las necesarias á la vida civilizada ya que no al refinamiento de la civilizacion; y el número de granos, especias y aromas, cuyos nombres aparecen en él, indica una agricultura ya adelantada.

No se habla de tribus nómadas.

De todos los pueblos de la antigüedad, los egipcios son al parecer los que más se han asemejado á los indios, pero es muy poco aun lo que de ellos sabemos para poder establecer un paralelo entre las dos naciones. Más obvio es comparar los indios con los griegos, tales como los pinta Homero, casi contemporáneo de Manú. Si los indios son inferiores en valor, energía y elegancia á aquella raza heróica; si cotejamos, no obstante, las leyes de ambos pueblos, sus formas administrativas, su conocimiento de las artes, es imposible dejar de reconocer que los indios poseian una civilizacion superior á la de los héroes europeos. Las costum-

bres eran ménos severas, su conducta para con los enemigos más humana, mayor el desarrollo intelectual; y en fin, por lo que respecta al conocimiento de Dios, ya estaban alumbrados por una luz, que con harta incertidumbre columbraron los ingenios más eminentes de la Grecia.

Y ahora, ántes de terminar este rápido bosquejo de la sociedad bramina, ¿osarémos levantar una punta del velo que oculta su historia?

Reuniendo toda la luz que podemos sacar del código de Manú, se observa que las tres castas primeras forman realmente la sociedad, llamada á gozar del beneficio de la ley, y que los sudras se hallan en una posicion servil y degradada. Parece sin embargo por el mismo texto del libro que existian ciudades gobernadas por reyes sudras, pero donde no deben penetrar los bramines, y hasta territorios enteros habitados por los sudras, llenos de ateos y vacíos de bramines. La ley manda ademas á los hombres dos veces nacidos habitar exclusivamente la zona situada entre el Himalaya y los montes Vinahyas, desde el mar oriental al occidental; pero el sudra puede ir á buscarse la vida en todas las regiones del mundo.

Parece inferirse de aquí que las castas de los dos veces nacidos eran una raza conquistadora; que la casta servil representa la raza aborígena y vencida; que existian en el territorio sagrado ciudades que conservaban su independencia, y que no todo el país al Sur de los Vindhyas estaba sujeto todavía á los conquistadores y á su religion.

Pero ¿eran estos conquistadores de raza extranjera ó una tribu local como los dorios en Grecia, ó una secta que impuso sus creencias con las armas? Las diferencias físicas que aun hoy se notan entre los hombres de las castas superiores y los sudras, tenderian á persuadírnoslo; pero otras razones impiden admitirlo como cierto. Así es que ni en el código de Manú, ni en los vedas, ni en libros de fecha intermedia, se alude á otro territorio. Ni aun la mitología traspasa el Himalaya, que considera como la morada de los dioses.

Fáltanos examinar ahora los usos y costumbres actuales de ese pueblo singular, que deben haber sufrido notables variaciones; mas ántes harémos una observacion importante.

La diferencia más perceptible es la que existe entre los habitantes del Indostan y los del Decan.

Las comarcas intermedias se diferencian ménos á causa del frecuente roce que las ha asimilado más que á los de los extremos opuestos. Así en cuanto al idioma, los dialectos del Norte y Sur no se parecen sino en la comunidad de orígen, que es el sanscrito. Las sectas religiosas, la arquitectura, el traje, la fisonomía, todo difiere en igual proporcion. Los habitantes del Norte son altos y blancos; los del Sur pequeños y muy morenos. Aquellos se alimentan de trigo, y estos de *rañi* (cynosurus coraconus) especie de grano que sólo allí se cultiva.

Algunas variaciones proceden de las diversas épocas de invasion ú ocupacion de dichas regiones por los bramines ó los turcos; pero la principal debe atribuirse á la diferencia de climas y tal vez de castas. Los territorios de Bengala y Gánges, por ejemplo, debieron desde muy antiguo estar sujetos á idénticas leyes y gobierno; pero el primero es húmedo y expuesto á inundaciones, miéntras que el Indostan, propiamente dicho, al par de su fertilidad, es seco. Estas dife-

rencias que exigen distinto género de vida han podido producir grandes desigualdades en los habitantes, aun cuando la identidad de idioma acredita el mismo orígen.

Pero cualquiera que sea su procedencia, es de notar que los indostanes del Gánges son los de mayor estatura, más blancos, belicosos y enérgicos. Usan turbante y traje igual á los musulmanes. Edifican en las llanuras, sus casas están cubiertas con tejas, y se alimentan de pan sin levadura. Los bengaleses al contrario, aunque de bellas facciones, son pequeños y morenos, mansos en apariencia, y notables por su pusilanimidad, supersticion, astucia y artería; viven en cabañas techadas de mimbres y diseminadas en los bosques de bambúes y palmeras, y visten todavía á la usanza india con ceñidor y bandolera. Despues de bañarse se abrillantan la piel con aceite, lo cual á la par les resguarda de la humedad del clima. Casi no comen otra cosa que arroz, y su dialecto es ininteligible para los indostanes.

Sin embargo, la religion, leyes, forma de gobierno y culto son tan idénticos, que ántes de un exámen detenido, cualquier europeo pasaria de un territorio á otro sin observar variacion notable, porque la diferencia no se nota sino en las generalidades que les son comunes. La mayor parte de la poblacion es agrícola; los labradores viven en las villas, salen al campo por la mañana, y vuelven á su hogar al anochecer.

Los pueblos varian segun las comarcas; aquí están rodeados de murallas bastante fuertes para resistir por algunos dias los ataques de las tropas ligeras del enemigo; en otras partes son abiertos, sin otro cercado que zarzas para impedir que el ganado salga de noche.

Las casas del territorio de Bengala con su techo de mimbres y paredes de bambú son las más pintorescas de toda la India. Las del Indostan, de tapia ó ladrillos y tejas, si bien ofrecen más comodidad, son ménos vistosas.

Las barracas del Decan, de piedra y con azoteas parecen otros tantos montones de ruinas; pero más al Sur, aunque construidas del mismo modo, pintan las paredes con anchas listas perpendiculares, rojas y blancas, lo cual comunica á las poblaciones cierto carácter aseado que encanta.

Hállase en cada pueblo un bazar compuesto de varias tiendas para la venta de granos, tabaco, víveres, telas, etc., un templo cuando ménos, y una casa para alojar á los extranjeros. Por medio de contribuciones locales se distribuyen limosnas, se costean las fiestas públicas y atienden á los demas gastos comunales.

El alojamiento de los extranjeros es por lo regular la municipalidad, si bien generalmente acostumbran los concejales á reunirse al pié de algun árbol tradicional donde discuten públicamente los asuntos, sentados en el suelo.

El mueblaje de las casas consiste en una estera, algunos jarros de barro ó metal, platos, un molinillo, un mortero, una plancha de hierro para cocer el pan, etc., y la cama que se tiende en el suelo por la noche, colocándola en un rincon durante el dia. La cocina se encuentra debajo de un tinglado ó soportal fuera de la casa, y las habitaciones, á pesar de su humilde apariencia, son en extremo aseadas. Distínguense las aldeas de las villas, en que las casas de estas constan de dos pisos y patio.

La condicion de los campesinos es bastante precaria, pues para satisfacer sus

arrendamientos, necesitan tomar dinero á préstamo con tal interes que jamas pueden extinguir la deuda.

Se afanan tan poco por el porvenir, que no economizan, y son muy raros los que llegan á reunir con que comprar un pedazo de tierra.

Las exacciones y tiranías de las autoridades provocan alborotos con frecuencia; y generalmente son todos muy inclinados á litigios, si bien aborrecen la violencia y la embriaguez, y entre sus buenas cualidades se pueden contar la sobriedad y buena conducta.

La península indiana se compone del Decan y el Indostan, y su superficie es tan considerable como la Europa, exceptuando la Rusia y las regiones del Norte del mar Báltico. En este vasto territorio encuéntranse diez naciones diferentes entre sí en costumbres y lenguaje, como las de Europa, observándose igualmente cierta semejanza que les confunde á la vista de los europeos que no los analizan, á la manera que un indio no distinguiria un ingles de un italiano.

Las casas de las ciudades suelen ser de piedra, con ventanaje estrecho; las calles angostas, enlosadas, y tan concurridas que á veces no se puede transitar por ellas á causa del gentío, procesiones, palanquines, soldados, religiosos, y bueyes sagrados á quienes es preciso ceder el paso.

Las tiendas más pintorescas son las de los confiteros, fruteros, traficantes en granos, caldereros, droguistas y vendedores de tabaco. Los mercaderes de chales y otras telas no despliegan los géneros, y los orífices ó plateros no exponen sus artefactos. Las tiendas están completamente abiertas por el lado de la calle, y los compradores no atraviesan el umbral ni aun para ajustar.

Las ciudades están generalmente bien fortificadas, y sus cargos municipales no son hereditarios como en las aldeas, pues sólo las administra un agente del gobierno, auxiliado de algunos subalternos encargados de la policía y recaudacion de contribuciones. Para facilitar el servicio divídense en barrios. Cada casta elige un jefe que es su intermediario natural con el gobierno; y como las castas se dividen por oficios ó profesiones, son realmente gremios ó corporaciones industriales y comerciales.

Los principales son los banqueros, comerciantes y agentes del gobierno.

Los banqueros y comerciantes pueden ejercer á la vez ambos comercios y arrendar los impuestos, lo cual les proporciona grandes lucros por lo regular sin riesgo. Prestan dinero á un crecido interes compuesto, tanto que la liquidacion de una deuda casi siempre termina sacrificando el prestamista gran parte de sus pretensiones, y con todo le queda una ganancia enorme. Los comerciantes viven con suma modestia, si bien á veces gastan sumas cuantiosas en ciertas fiestas de familia ó trabajos de utilidad pública.

Más adelante hablarémos de los representantes del gobierno; pero ahora dirémos cuatro palabras acerca del considerable número de empleados, escribientes y agentes subalternos que componen parte de la poblacion de las ciudades. No sólo cada ramo mantiene cierto número, sino que todo detall por mínimo que sea debe contar con su empleado especial. Así es que cada compañía de soldados necesita un contador, y los sugetos acaudalados tienen contadores de cocina, caballeriza, cetrería, etc., quienes sirven de intermediarios en los negocios y rela-

ciones de urbanidad y cortesía. La mayor parte, por efecto de su ociosidad, sólo se ocupa en cábalas é intrigas.

Los ciudadanos como los campesinos se alimentan principalmente de pan sin levadura, vegetales, aceite ó manteca clarificada y especias. El tabaco es casi el único renglon de lujo que se permiten. Algunos fuman drogas que embriagan, pero esto sólo lo efectúa la hez del pueblo que tambien se embriaga con bebidas espirituosas. Es bastante raro sin embargo, y aun solamente en las comarcas húmedas como Bengala, Concan y otras al Sur de la India. La embriaguez acrece en los territorios gobernados directamente por la Inglaterra, donde mediante una contribucion se permiten la fabricacion y venta de las bebidas alcohólicas; pero es vicio tan poco natural á los indios, que la prohibicion absoluta de este comercio en la mayor parte de los estados gobernados por príncipes indígenas parece casi una precaucion supérflua. El opio que usan con exceso en el Oeste del Indostan, es un consumo particular de los *radjeputes*, desconocido á las clases inferiores. Todo el mundo masca el betel, hoja aromática astringente, y la nuez de *aree*, mezclada con una cal particular, extraida de conchas y de diversas especias segun los medios de los consumidores.

Las clases elevadas, especialmente los bramines, viven del mismo modo, sin otra diferencia que los vegetales y especias. El asa fétida es una salsa apetecida, que comunica á algunos manjares el sabor de la carne. El cuidado con que evitan comer en platos ó sobre tapices impuros porque sirvieron á personas de otras castas, ha originado algunas costumbres curiosas. En un banquete de un bramin, y en el que colocan delante de cada convidado veinte ó treinta manjares ó salsas, los sirven en hojas de árboles y sobre el suelo, el cual, á modo de mantel, está cubierto delante de cada convidado, de flores y adornos hábilmente dibujados con arena de todos colores que barren acabada la comida. Las castas inferiores comen carne, y son algo ménos escrupulosos en punto á los platos, sobretodo si son de metal, que pueden purificar con el lavado. Sin embargo, la diferencia de castas impide las relaciones sociales. El soldado, como está separado de su familia, guisa su comida, no la parte con nadie, y de los placeres de la mesa no conoce mas que la grosera satisfaccion del apetito. Todos comen con los dedos, lavándose las manos ántes y despues.

Los indios conocen el juego del ajedrez, una especie de chaquete, los naipes que son redondos, y en los que las imágenes de sus dioses reemplazan á nuestros reyes, caballos, etc.; sin embargo, su recreo predilecto consiste en una cantinela monótona acompañada de pausados movimientos, que apénas puede llamarse danza. Las actitudes son graciosas, y los cantos aunque monótonos, agradables; pero se repiten con tanta frecuencia que fastidian, lo cual no impide que en particular las clases inferiores pasen á veces en pié noches enteras contemplándolas.

Durante estos recreos se alumbran con antorchas ó lámparas de barro ó de metal.

Adornan las casas de los ricos pesados cortinajes de seda, y las puertas están esculpidas como todo el maderámen de los aposentos. Cubre el pavimento una tupida alfombra de algodon, sobre la cual extienden una pieza de tela blanca para sentarse, y estos son los únicos muebles admitidos. Los iguales se sientan en la parte inferior del salon de recibo, esto es, al lado de la puerta. Un príncipe

ó un gran personaje ocupa el centro de la parte superior donde se coloca un asiento algo más elevado por medio de un cogin delgado cubierto de un tapiz de seda bordado. Esto juntamente con un dosel redondo, de telas bordadas, que llaman el *masnad ó gadiy*, sirve de trono á los soberanos que no son reyes.

La etiqueta es rigurosísima. Salen á recibir á las personas de distincion á una ó dos millas fuera de la ciudad. Las visitas son recibidas, segun su jerarquía, ó á la puerta de la casa, ó á la del salon; ó bien se levantan solamente del asiento, abrazando á los amigos largo tiempo ausentes. Saludan á los bramines elevando las palmas de las manos dos ó tres veces á la altura de la frente; para los demas, se limitan al *zalam* musulman, llevando la mano primero al corazon, luego á la boca y despues á la frente. Los bramines se saludan entre sí de un modo particular: los otros indios al encontrarse repiten dos veces el nombre de *Rama*. Cuidan mucho de que cada sugeto ocupe el puesto correspondiente á su jerarquía, lo cual en solemnidades origina largos retardos preliminares. Los indios de alta jerarquía se distinguen por su urbanidad para con los inferiores, á los cuales dirigen la palabra en tono cortes ó familiar, y casi nunca profieren expresiones duras ó injuriosas.

El pueblo muestra suma cortesía en sus mútuas relaciones; pero cuando está irritado, no suele ser tan escrupuloso en las expresiones.

Todas las visitas terminan cuando el dueño de la casa presenta á su huésped la hoja de betel y la nuez de aree; al mismo tiempo le vierte en el pañuelo esencia de rosa ó algun otro aroma, y rocia sus vestidos con agua de rosa, lo cual equivale á despedirle.

En las fiestas presentan á los huéspedes piezas de chales ó telas, collares de perlas, brazaletes, etc.; y aun á veces un caballo ó elefante, cuando visitantes ó visitados son personajes elevados.

Regalan tambien á los criados que aprecian, á los soldados distinguidos, á los poetas, eruditos, cantantes y bailarinas. En las visitas de etiqueta toman la palabra los principales personajes y los demas guardan silencio; pero en las ordinarias la conversacion es general y muy animada. Los modales de los indios son corteses y obsequiosos. Nunca acaban sus cumplimientos y expresiones de humildad y rendimiento, aunque hablen con sus iguales. Muestran pocos deseos de instruirse más allá de la esfera ordinaria de sus costumbres. Pero en este limitado círculo su conversacion es amena y aguda, mezclada á veces con observaciones satíricas é ingeniosas.

Ademas de las ocasiones, bastante raras, como casamientos, nacimientos, etc., dan tambien fiestas solemnes en ciertos dias señalados, y á veces como obsequio particular á un amigo, las cuales empiezan con un banquete, siguiendo las danzas y cantos, intermediados con ejercicios de juglares ó chocarrerías de bufones. Arde el incienso, coronan á los convidados con guirnaldas de flores, etc., y abundan los regalos como condicion obligada de toda fiesta.

En las córtes hay dias señalados en que todos los grandes van á presentar sus homenajes á los príncipes, siendo en estas recepciones numerosísima siempre la concurrencia.

Cada cual llega á su vez á saludar al príncipe y á ofrecerle su *nazer* ó regalo, compuesto de algunas monedas, cuya cantidad es respectiva á la jerarquía

del que presenta el donativo. Lo ménos es una rupia; pero los pobres ofrecen á veces una flor y los mercaderes al por menor algun objeto de su comercio. Generalmente se corresponde con un vestido, cuyo valor nunca es inferior al de los nazeres. El nazer de mayor cuantía es, segun la etiqueta, de cien *ashrefis* (de diez mil á doce mil reales); mas algunos ofrecen joyas de mayor precio; y tambien cuando un príncipe se allana á visitar á una persona de inferior condicion, esta le prepara un *masnad* con sacos que contienen hasta cien mil rupias (cincuenta mil duros), y que van comprendidos en el nazer.

En las fiestas religiosas preparan un salon en obsequio de la divinidad del dia. Su imágen, ricamente adornada y rodeada de una barandilla dorada, ocupa el centro de la pieza; los príncipes y sus séquitos, lujosamente vestidos y cuajados de joyas, se colocan á un lado del salon, como si fuesen los convidados por la divinidad ó sus servidores. El resto de la ceremonia es igual á las recepciones ordinarias. Acaso los cantos sean poesías religiosas, pero el incienso, las guirnaldas de flores y los presentes son como en las visitas habituales, y hasta presentan en nombre del ídolo el betel y la esencia de rosa, que se distribuye á los que acuden á visitarlo.

La ceremonia religiosa más notable es sin duda la instituida en conmemoracion de la toma de Lanka por Rama, que se celebra al aire libre.

Lanka, representado por un gran castillo con torres y bastiones, es atacado por un ejército vestido con el traje tradicional de Rama y sus soldados, al cual sigue una multitud de monos conducidos por su caudillo Hanuman. Termínase la batalla con la toma de Lanka, iluminada por fuegos artificiales notabilísimos, y un desfile triunfal ejecutado con gran magnificencia.

Esta fiesta se celebra de otro modo, y quizá con mayor explendor entre los mahratas. En este dia empiezan siempre sus operaciones militares; y el episodio particular que celebran es el en que Rama, despues de ejecutadas sus devociones, toma una rama de cierto árbol, prenda segura de la victoria, y marcha con su hueste.

En una llanura despejada, cerca del campamento ó de la ciudad, plantan un árbol de la especie consagrada por la tradicion; y la infantería, caballería y artillería forman carrera á ambos lados del camino que conduce al árbol. El espacio restante está cuajado de espectadores. El séquito aunque ménos uniforme y regular que el de los príncipes mahometanos, es con todo uno de los mejores de la India. El príncipe se adelanta montado en un elefante, precedido de estandartes, de funcionarios con varillas de oro y plata, y de una falange armada con picas de quince á diez y seis piés de largo. A sus lados van la nobleza y los jefes militares del reino en caballos ricamente enjaezados, con lujosos trajes, y acompañados de una guardia escogida por su continente aguerrido. Siguen largas hileras de elefantes, con sus mantillas que barren el suelo; unos con gigantescos estandartes cuajados de oro y pedreria; otros con *hodahes* abiertos ó cerrados, plateados ó dorados. Al rededor y despues de los elefantes marcha un ejército de caballería cuyos lujosos trajes brillan heridos por el sol, abandonando al viento sus bandas de brocado de oro y agitando una selva de lanzas y pendones. Los que van á los costados giran hácia fuera y corren á ocupar la cola de las filas ejecutando brillantísimas evoluciones á imitacion de los árabes; todos corren

á galope, se confunden, revuelven, separan, reunen, chocan al parecer como las olas del mar, ofreciendo un espectáculo animado y magnífico. Cuando el príncipe se acerca al árbol se disparan cañonazos, la infantería hace repetidas salvas y la caballería redobla al parecer su rapidez. Diríase que es una hueste de caballería que carga al enemigo.

Cuando el príncipe termina sus devociones y coge el ramo sagrado, vuelve á tronar el cañon; y á esta señal todo el mundo se lanza al galope procurando cada cual apoderarse de alguna hoja del árbol, adornando su turbante con la rama, por lo cual dan y reciben parabienes, concluyendo la fiesta con un gran *darbar* ó recepcion, en el que se presentan todos los oficiales.

Obsérvase ménos grandeza, aunque no menor interes en las ferias y fiestas populares.

Las primeras se parecen mucho á las de Europa; su objeto y las diversiones que ofrecen són análogas tambien. Pero ninguna asamblea popular en Europa puede ofrecer idea del efecto producido por el inmenso concurso de aquel pueblo vestido de blanco, con bandas de los colores más brillantes. La aficion de los indios á las procesiones y ceremonias piadosas, la presencia de tanta gente cubierta de armas centellantes, la multitud de banderas, prestan á las ferias indianas un aspecto caprichoso y especial. Los indios se entregan ciegamente á los placeres de estas fiestas, acudiendo con el inocente deseo de divertirse cuanto puedan. Todos pretextan alguna ceremonia religiosa; pero no les roba esta un momento de placer y apénas se acuerdan de ella. En las romerías es distinto: el pensar durante el largo camino en el objeto por que la verifican, y el ejemplo de los demas que caminan cantando el nombre del dios y la santidad del lugar consagrado, conservan los sentimientos devotos. Con otros deberes religiosos cumplen no ménos notables, y cuando á veces se reunen en número extraordinario cuando se ven miles de ojos clavados en un solo punto, y se oyen miles de voces proclamando un solo nombre, forma un espectáculo que impresiona hasta al más indiferente.

Pero aun en las romerías el afan de solazarse es más poderoso que el celo religioso, y la mayor parte de los lugares consagrados por la afluencia de peregrinos son célebres tambien por sus productivas ferias.

Entre los recreos de las clases elevadas debemos contar los jardines, que aunque con cierta regularidad algo monótona, son sin embargo encantadores. Divídense en numerosas y anchas calles por cuyo centro corren largos y estrechos canales de piedra y estuco, desaguando todos en un mismo centro. Las calles están festoneadas por largas líneas de amapolas de todos matices, y acirates de flores formando caprichosos dibujos. Las quintas son de construccion ménos pesada y más elegante que las casas de las ciudades, pero no se repara en ellas, por atender al jardin, en el cual nótase la rica vegetacion oriental al contemplar los hermosos grupos de naranjos y limoneros, los bosquecillos donde el negro cipres se enlaza con los árboles cubiertos de flores y con la graciosa y elegante palmera. En los calores del estío, los emparrados impenetrables al sol, sombreados por las ramas del árbol que produce el aree, brindan con frescos retiros, más deleitosos todavía con el murmurio de los arroyuelos que riegan el jardin, el profundo silencio y sosiego de la naturaleza, adormecida bajo los rayos del sol del medio dia.

Es probable que este género de jardines haya sido introducido por los musulmanes, pues no resulta de las descripciones de los poetas antiguos que los jardines de la India tuviesen en otro tiempo esta regularidad uniforme. Ademas los jardines de los mahometanos son idénticos, tanto los de Ispahan y Constantinopla, como los que Mehemet Alí arregló en su palacio de Chabra en Egipto.

Las flores y árboles de la India no son tan escogidos ni están tan bien cultivados como en Europa, y muchas veces llegan á su mayor perfeccion y hermosura sin cuidado de ninguna especie. Hállanse con frecuencia en el campo bosquecillos de viejos *mangues*, de *pipales* y altos tamarindos, que sembrados, en el Guzerate sobretodo, en un terreno levemente accidentado, prestan á la campiña la apariencia de un parque ingles. En otras partes, en el Rohilcund, la llanura sin la menor eminencia, y admirablemente fértil, está cubierta de hermosos bosquecillos que la comunican un aspecto delicioso, aunque llegan á cansar por su uniformidad. En Bengala vaga el viajero en medio de una vasta llanura sin árboles donde no halla otra cosa que una inmensa sábana de arrozales. De cuando en cuando aparecen al extremo del horizonte frondosos bosques de bambúes, que le parecen servir de guarida á las fieras; pero cuando se acerca, le sorprende hallar un cercado de bambúes, en cuyo recinto se alzan risueñas y pobladas aldehuelas.

La parte central del Decan se compone de un sin número de collados que se suceden á veces durante centenares de millas, sin producir otra cosa en la primavera que verdes mieses tan altas que pueden ocultar un hombre á caballo. En el estío parece un desierto, árido, pardo, sin un árbol ni arbusto que distraiga al viandante en medio de aquel paisaje que fatiga. En otras partes, sobretodo en el Oeste, se hallan grandes bosques, árboles decrépitos, cubiertos de plantas parásitas y aromáticas; unas produciendo flores de los más bellos matices, otras enlazando los árboles con ramas tan gruesas como el muslo. Las selvas del Este y centrales están pobladas de árboles gigantescos, son impenetrables, y en algunos sitios cortadas por estrechos senderos, como las selvas vírgenes de América.

En las provincias mejor cultivadas se encuentran á veces, y por espacio de varias jornadas, dilatados bosques de *palas* ó *daques* que pierden la hoja en la primavera, para cubrirse de grandes flores de un color rojo tan subido que desde léjos semejan interminables fogatas.

Al pié del Himalaya es donde la naturaleza se ostenta en todo su esplendor y majestad. El viajero más apático no puede contemplar tal espectáculo sin entusiasmo; y la impresion que produce es tan viva, que lo recuerda toda la vida sin que nada lo borre ni aun le iguale. Los Ghattes occidentales presentan igualmente la frondosidad peculiar á los países montuosos, y ni aun por asomo poseemos nada en Europa que pueda compararse con el Himalaya.

El concepto que forma el viajero de la belleza de los Ghattes depende de la estacion. Si los visitó en verano, despojados de su diadema de nubes, de su rica alfombra de verdor é innumerables cascadas, entónces la altura de las montañas no basta á compensar la esterilidad de su aspecto, pues su único adorno son las magníficas selvas de sus vertientes.

Celébranse en la India varias fiestas comunes á todas las clases, y á las que acuden los de las ciudades como los campesinos.

La principal es el *holi* que se celebra en loor de la primavera. Las gentes del pueblo, sobretodo los niños, bailan por la tarde en torno de grandes hogueras, entonando canciones licenciosas ó satíricas, y burlándose de sus superiores (que no se dan por ofendidos) cuanto les sugiere su imaginacion inventiva y maligna. Pero el mayor recreo de la fiesta consiste en rociarse unos á otros con un líquido amarillo nada agradable que arrojan con jeringas, y en mancharse el rostro con cierto carmin en extremo difícil de borrar, el cual preparan en forma de una bolita cubierta con una ligerísima capa de cola *piscis* que al chocar con el rostro revienta y da salida al polvo. Todos, sin distincion de clases, toman parte en esta diversion con entusiasmo, y por lo regular cuando termina, todos están bañados de aquel líquido y cubiertos de polvo.

Un primer ministro no se juzgará rebajado en convidar á un embajador extranjero á celebrar el holi en su palacio; y él mismo figurará en los episodios más tumultuosos de la fiesta con el ardor de un muchacho.

Celébranse tambien fiestas locales ó particulares de ciertas poblaciones. A ellas pertenece la en que los mahratas se convidan á comer los primeros granos tostados del *badfry* (holcus spicatus) del año, á que todos acuden. El radjah de Berar, por ejemplo, convida á los principales dignatarios de su córte varios dias seguidos, sirviéndose primero el grano tostado y en seguida un gran banquete.

El *dinali* es otra fiesta general que consiste en iluminar todos los templos y casas con caprichosos festones de farolillos de colores formando adornos á las cornisas, ventanas, puertas, etc., con ayuda de unos armazones de bambú preparados al efecto. Benares vista desde el Gánges por la noche, presenta entónces un espectáculo magnífico y sorprendente. Durante el mes á que corresponde esta fiesta todas las noches encienden en las aldeas y en las casas particulares unas lámparas que elevan á tal altura con bambués, que á primera vista parecen estrellas.

El *djanam ashtomi* es otra fiesta en la que unos niños, en el traje de Crishna y de sus zagalas, representan un drama tradicional con cantos y danzas de carácter.

Los militares, esto es, todos los individuos de las clases elevadas que no siguen la carrera religiosa ni el comercio, son aficionadísimos á la caza á caballo. Persiguen al ciervo, al lobo, á la liebre con jaurías que emplean tambien contra el jabalí; pero en este caso, tambien ellos atacan á la fiera con picas ó espadas. Cazan el tigre montados en elefantes á veces á caballo, y aun á pié. Los campesinos se reunen en cuadrillas para cazar tigres que allí abundan, y acreditan en esta cacería gran valor y resolucion, á pesar de que no hostilizan á la fiera hasta que embiste.

Los militares á pesar de su habitual indolencia son buenos y resueltos jinetes. Los mahratas sobretodo poseen suma habilidad en guiar el caballo y manejar la lanza. Llevan los estribos cortísimos, emplean costosas gamarras y frenos muy ligeros. Sus caballos son anchos de remos y están amaestrados á girar sobre el cuarto trasero en medio de la carrera más veloz. Tambien los acostumbran á salir á escape y saltar repentinamente con tal rapidez que hiere el jinete á su enemigo ántes que este haya tenido tiempo de ponerse en guardia.

Las tropas ligeras de dos ejércitos indios se mezclan y atacan lanza en mano, con tal minuciosidad que parecen hallarse en una sala de esgrima. Cada cual gi-

ra en derredor de su adversario, finta botes, aparenta retraerse, aunque siempre están al alcance, y atisbándose sin pestañear: ¡ay del que se descubre! al punto queda traspasado de una lanzada, cuya herida casi siempre es mortal.

Los indios manejan bastante bien el fusil á caballo; pero les aventajan los árabes en este ejercicio.

Los altos personajes guian á veces en persona sus elefantes; y para disculparse de faltar á la etiqueta, alegan que es forzoso saber gobernar á un elefante para el caso en que su guia ordinario muriese en una refriega. En la antigüedad les era indispensable este conocimiento.

El traje ordinario de los indios es igual al de los habitantes de Bengala ya descrito, y le visten los que se precian de profesar la fe bramínica. Compónese de dos piezas de algodon blanco, una de las cuales despues de ceñir el talle forma una especie de calzoncillo que cae más abajo de las rodillas, y la otra cubre las espaldas arrollándola á veces al rededor de la cabeza, en la que no llevan jamas otro tocado. Se afeitan cabello y barba, y sólo dejan un mechon en la coronilla. Algunos usan bigotes, pero no los bramines. Excepto en Bengala, todos los indios que afectan principios rigurosísimos llevan actualmente la pieza de algodon que les envuelve el cuerpo, más corta, pero más ancha; visten por encima una túnica de muselina ó seda ceñida con una faja de algodon de color; una banda terciada y turbante completan el traje. Hállanse con todo varios que usan pantalones flotantes como los musulmanes.

Como traje de fiesta, visten una larga túnica blanca de muselina, casi transparente y pegada al cuerpo hasta la cintura, pero de allí abajo muy plegada y ancha, completando el traje la banda, turbante, brazaletes, collares y otras joyas.

Las mujeres visten casi como los hombres, con la diferencia de que las dos piezas de cotonada son más anchas y largas y por lo regular de colores vivos. Entrambos sexos se adornan con muchas joyas, siendo este á veces un medio de llevar consigo todo su caudal. Fabrican collares de semillas que se endurecen con el tiempo y adquieren un hermoso color pardo; otros de madera torneada que mezclan con granos de oro ó coral. Suelen estar descalzos y con las piernas desnudas; pero al salir calzan pantuflos bordados, de punta encorvada, que se quitan al entrar en un aposento ó en el palanquin. Los niños van sobrecargados de adornos de oro, que con harta frecuencia provocan la codicia de los ladrones y cuestan la vida á sus desdichadas víctimas.

Parece que en lo antiguo las indias eran muy recatadas, viviendo más retiradas. Las musulmanas están, como en todas partes, veladas y secuestradas; pero entre los indios sola la clase militar adopta la costumbre de los conquistadores.

Sin embargo, no se admite á las mujeres en la sociedad de los hombres, ni las consideran como iguales. En las clases inferiores, la mujer cuida de la cocina, sirve la comida á su marido, y aguarda á que este acabe para comer ella. Cuando se pasean juntas dos personas de distinto sexo, el hombre va delante y la mujer le sigue. Pegar á una mujer no es accion tan rara y vergonzosa como en Europa. Sin embargo, á pesar de esta inferioridad, la etiqueta, el afecto y la razon colocan á las mujeres en su lugar legítimo; los maridos confian en ellas y las consultan en todos sus negocios; y á veces no son siempre los maridos los verdaderos jefes de la casa.

Pero lo que con más justicia puede reconvenirse á la sociedad indiana es la sancion de la esclavitud. La esclavitud doméstica, aunque bajo formas suaves, es universal en la India. Los esclavos ó bien nacieron en la casa, ó fueron niños vendidos por sus padres en tiempo de carestía, ó robados por los *bandjarras*, tribu de pastores trashumantes, que se dedican tambien al acarreo de granos y mercancías con sus rebaños. Verdad es que la ley india castiga este crímen, pero es difícil de averiguar.

Los esclavos son tratados exactamente como los criados y mejor quizá, por cuanto los consideran como miembros de la familia. Nunca los venden, ni reparan en ellos, pues ninguna señal exterior llevan para ser reconocidos. Pero al fin la esclavitud origina alguna infamia. Las niñas robadas van á parar á veces en manos de gentes malvadas que las prostituyen; y cuando no, son víctimas de la brutalidad de sus amos ó de los celos de sus señoras.

Existen provincias donde ricos y pobres poseen esclavos, y hasta los labradores, en cuyas casas son considerados como miembros de la familia. Entre los antiguos indios no habia siervos de la gleba, segun se observa en el código de Manú; pero conforme se extendieron al Sur, parece que hallaron esta esclavitud puesta en práctica. En algunas provincias aisladas, en las comarcas pobladas de selvas, se hallan esclavos anexos al suelo, pero tan suavemente, que reciben un salario y disfrutan de cierta libertad. En el Sur de la India son de igual clase y los venden con el terreno. En el Malabar, donde se les trata con mayor dureza que en otra parte, los venden tambien sin la tierra. El número, así en el Malabar como en el extremo Sur, se estima de diversos modos; pues segun unos habrá cien mil, y cuatrocientos mil segun otros. Vense tambien esclavos en algunas partes de Bengala, Behar y Guzerate; pero su número, con respecto á la poblacion, viene á ser insignificante.

Acompaña á los casamientos multitud de ceremonias poco interesantes. Juntan las manos de los desposados y las unen con un lazo de césped sagrado. La parte esencial de la ceremonia son los siete pasos solemnes que da el desposado, repitiendo á cada uno de ellos una oracion particular. Terminado el séptimo paso, el matrimonio es ya indisoluble. Tal es en el dia la única forma de casamiento.

La prohibicion, tan á menudo repetida en el código de Manú, de que el padre reciba lo más mínimo del marido de su hija, se observa hoy al parecer más rigurosamente que en tiempo del legislador. El pundonor es tan escrupuloso en esta materia, que se considera como un baldon recibir cosa alguna, aun despues de la muerte de un yerno ó de un cuñado.

El novio es quien debe solicitar personalmente la mano de la novia á su suegro, en cuya casa se celebra la ceremonia, y en esta entrevista se observa la hospitalidad antigua con sus formas tradicionales, conservándose todavía la costumbre de matar con este motivo una vaca, si bien en el dia el novio intercede por ella y á sus instancias la conceden la vida.

Cuando un príncipe se casa con una jóven extranjera, construyen un palacio provisional que representa la casa del padre de la novia. En todas las clases, el séquito de la desposada desde la casa de su padre hasta la de su esposo es espléndido.

En Bengala sobretodo estos séquitos son magníficos, y se citan casamientos que costaron varios *laques* de rupias (un laque vale cincuenta mil duros). Cásanse comunmente muy niños, y acontece á menudo que no llegan á los diez años, mas no siempre son felices tan precoces casamientos.

Los indios quieren entrañablemente á sus hijos cuando niños; pero no es raro ver disputas y hasta litigios entre padre é hijos, cuando estos llegan á la edad viril, originados casi siempre por el interes.

Los hijos de familias ricas figuran en la sociedad á edad muy corta; vestidos como los hombres, con su sablecito al cinto, se portan con tanto juicio, decoro y aun respeto á la etiqueta como los adultos. Los niños de las clases inferiores vagan por las calles, riñen, se apedrean y gozan de más libertad que los europeos, siendo á esta edad muy hermosos.

La educacion del vulgo no pasa de la lectura, escribir, y elementos de aritmética. En las ciudades y aun en la mayor parte de las aldeas se hallan escuelas que se sostienen sólo con la retribucion de los alumnos. Se calcula que en el Sur de la India los gastos de instruccion de un niño son de setenta ú ochenta reales al año, y mucho ménos en las otras provincias. En Bengala y Behar la retribucion que percibe el maestro consiste generalmente en cierta cantidad de granos ó legumbres. Síguese en estas escuelas el sistema de enseñanza mútua, sistema que se supone importado de la India en Inglaterra, donde apareció por primera vez en Europa.

El número de niños educados en las escuelas públicas de la presidencia de Madrás es cuando menos de una tercera parte; pero por escasa que parezca esta proporcion, sir Tomas Munro dice con razon que es mayor que la que no há mucho se observaba en Europa. Las mujeres no reciben casi educacion alguna.

Raros son los ricos que envian sus hijos á la escuela; edúcanlos á domicilio los bramines. La instruccion superior es gratuita. Los profesores viven y mantienen á cierto número de alumnos con el producto de las contribuciones voluntarias de los príncipes y personas opulentas. En el dia solo los bramines poseen algunos conocimientos, y con todo, su caudal científico es harto escaso.

Los monumentos que restan de la literatura antigua demuestran su gran esplendor, aunque faltan pruebas evidentes para afirmarlo; mas si se observa que la ley obliga á tres de las cuatro castas á leer y estudiar los vedas, debemos suponerles mayor instruccion que la que poseen en el dia.

Al tratar de los nombres indios debemos analizarlos un poco para reconocer á los personajes citados en la historia.

En pocas poblaciones indias se conoce la significacion de un apellido, exceptuando á los mahratas, quienes siguen exactamente la costumbre europea. Los radjputes usan nombres de *clanes* ó tribus que se aplican con harta generalidad, para considerarlos como apellidos de familia, y otro tanto sucede con los bramines del Norte de la India.

Los habitantes del Sur acostumbran anteponer á su nombre el de la ciudad ó pueblo en que moran así dicen Carpa Candi Rao por Candi Rao de Carpa. La costumbre adoptada en las actas auténticas, ó ceremonias legales, es como en la mayor parte del Asia, agregar el nombre del padre al del hijo; costumbre probablemente introducida por los conquistadores musulmanes. El europeo que juz-

gase indiferente llamar á un sugeto por uno de sus nombres, se expondria á que nadie le respondiese, pues acontece que el primero sea el de una ciudad, y el último el del padre del individuo ó el de su tribu.

Los indios queman los cadáveres extendiéndolos sobre la hoguera; pero á los religiosos los colocan sentados y con las piernas cruzadas. Cuando un enfermo está moribundo le sacan de la casa, y acostándole sobre un lecho de césped sagrado, recitan preces al rededor de él y le cubren con hojas de albahaca. Si mora cerca del Gánges, le trasladan á la orilla del rio sagrado. Dicen que las personas que despues de esta logran sanar, no vuelven ya más á sus familias.

Hállanse aldeas en las orillas del Gánges que suponen habitadas por los que sufrieron esta prueba, ó por sus descendientes. Despues de muerto lavan el cadáver, le perfuman, cubren de flores y llevan á la hoguera. En el Sur el cortejo fúnebre va precedido de músicos, y el cadáver con la cara descubierta y pintada de carmin. En otras partes, al contrario, cubren esmeradamente el cuerpo, y no asiste música al entierro; pero los que le acompañan despiden dolorosos ayes.

La pira, de cuatro á cinco piés de alto, está cubierta de flores; vierten sobre ella manteca clarificada y aceites olorosos, y terminadas las ceremonias y oblaciones preliminares, un pariente del difunto la prende fuego, y en seguida acompañado de los demas parientes va á purificarse en un arroyo cercano, sentándose en la orilla hasta que se apaga el fuego. Oprímese el pecho al contemplarlos envueltos en sus vestidos mojados y con los ojos dolorosamente fijos en la llama. Sin embargo la religion le ordena no llorar y mitigar su dolor recitando ciertos versículos de los libros santos.

Los indios no erigen sepulcros sino á los guerreros que mueren en el campo de batalla y á las viudas que se queman con sus maridos. Estos sepulcros tienen la forma de altares pequeños y cuadrados.

Las exequias originan á veces gastos cuantiosos. Un periódico de Calcuta referia, en junio de 1824 que cierta familia india sin contar los magníficos y numerosos presentes ofrecidos á los principales bramines gastó en las exequias de su jefe la suma increible de quinientas mil rupias (5.000,000 de reales), distribuidas en limosnas.

Las viudas indias se queman á veces con sus esposos, y estas víctimas se llaman *satis*. Ignórase á qué época se remonta tan bárbara costumbre; lo cierto es que de ella no se trata en el libro de Manú que habla largamente de la conducta que deben observar las viudas fieles, en la suposicion de sobrevivir á sus maridos. Algunos autores juzgan encontrar alusiones á esta costumbre en los libros antiguos de los indios, especialmente en el Rig-veda, y aunque otros lo niegan, no cabe duda que es antiquísima, pues Diodoro cita un ejemplo más de tres siglos ántes de J. C., ocurrido en el ejército de Euménes. Lo que añade acerca del derecho que la mujer de más edad goza de sacrificarse ántes que las otras, de la prohibicion de subir á la hoguera las mujeres embarazadas, etc. etc., está muy en armonía con las instituciones indias, y las ceremonias tan exactamente descritas por el autor griego, que es imposible dudar de la autenticidad de su narracion, y debemos suponer que esta cruel costumbre se hallaba ya establecida en su tiempo.

La causa primera de esta barbarie se atribuye por Diodoro y por los misioneros ingleses á la deplorable condicion de la mujer que sobrevive á su marido. No obstante, si tal motivo fuese cierto, los satis serian sin duda más numerosos. Es probable tambien que la esperanza de gozar inmediatamente de la felicidad celestial y de que participe de ella su esposo, como asimismo la gloria que acompaña á tamaño sacrificio, contribuyen á excitar el entusiasmo de las pocas víctimas que le realizan.

Suponen algunos que los parientes de las víctimas las alentaban con el objeto de heredarlas; pero es increible semejante aserto: fuera para ello preciso juzgar muy depravada á la especie humana. Al contrario, está probado que los parientes casi nunca omiten medio para disuadir á la víctima de su fatal propósito; y no contentos con sus exhortaciones y con los ruegos de los niños, llaman en su auxilio á los amigos de la familia y hasta á la autoridad. Si se trata de una familia distinguida, el mismo soberano suele pasar á casa de la viuda para consolarla y alejarla de su fatal intento. Cuando se verifican muchos satis, el gobierno lo considera de mal agüero. Ordinariamente distraen á la viuda con visitas extraordinarias, miéntras que por otra parte se llevan el cuerpo y lo abrasan.

El sacrificio de las viudas varia segun las provincias. En Bengala la atan al cadáver con fuertes cordeles y cubren entrambos cuerpos con bambúes para burlar toda tentativa de fuga. En Orisa la misma viuda se arroja á la hoguera que al intento se enciende en un foso bastante profundo. En el Decan la viuda se sienta sobre la pira, apoyando sobre sus rodillas la cabeza del difunto, y permanece en esta posicion hasta quedar sofocada por el humo ó derribada por la caida de la leña sujeta con cuerdas á cuatro estacas fijadas en los cuatro ángulos de la hoguera.

Horroroso espectáculo es el de una viuda que va á la hoguera, pero arduo es deslindar si domina la compasion ó el asombro en el ánimo del espectador. La serenidad sobrehumana de la víctima, los testimonios de respeto que recibe de la multitud, su aspecto modesto y cariñoso afan por no olvidar á nadie en la distribucion de sus postreros dones, los saludos que dirige á los conocidos, su aparente indiferencia á la suerte que la aguarda, todo produce una impresion vivísima y dolorosa, considerando á qué grado de heroismo conduce la supersticion.

Dícese que en el Guzerate embriagan con opio reduciéndolas á un estado de insensibilidad completa á las mujeres que van á la hoguera; pero esto seria raro, pues en todas las demas partes las víctimas van al sacrificio con calma y serenidad, y algunas permanecen sentadas en medio de las llamas, orando, elevando las manos al cielo con tanto sosiego como si practicaran sus ordinarias devociones; al paso que otras forcejeaban para huir de las llamas siendo arrojadas á ellas por los circunstantes.

Sin embargo, esta costumbre no es general en la India. Los satis se desconocen al Sur del rio Kishme; y en la presidencia de Bombay, que comprende todo el antiguo imperio de los pemvas. Por término medio el número de satis es de treinta y dos cada año. En lo restante del Decan es ménos todavía. Pero en el Indostan, propiamente dicho, y en Bengala es tan crecido, que se estima en algunos centenares al año sólo en el territorio gobernado directamente por los ingleses.

No es raro el suicidio entre los hombres; pero los desdichados que á él se

deciden son por lo regular personas que padecen enfermedades incurables. Los suicidas se arrojan á las llamas ó al agua, se hacen enterrar vivos, se precipitan debajo de las ruedas del carro sagrado de Jajernat, etc., etc. Durante cuatro años de residencia en Jajernat, Mr. Stirling no notó más que tres casos de personas aplastadas por el carro. La una fue por casualidad y las otras dos voluntariamente; pero desde largo tiempo ántes padecian enfermedades horrorosas.

Así como divide en castas todos los oficios la sociedad india, divide tambien en castas á los ladrones, y existen algunas en que los niños consideran el robo como su oficio hereditario. Podrian comprenderse en esta clase muchísimas tribus montañesas que moran próximas á terrenos fértiles, pero tambien en los llanos se hallan castas más célebres por sus hábitos incurables de robo, que en Europa los gitanos, oriundos de la India, segun parecer de sabios historiadores.

Si juzgamos por los ladrones indios, parece que la cuestion hereditaria de las profesiones favorece bastante el desarrollo de la destreza y del talento, pues en ninguna parte se hallarán ladrones que por su destreza puedan compararse con los de la India. Las relaciones de los viajeros contienen multitud de anécdotas que pintan la extraordinaria paciencia de estos ladrones, su perseverancia y maña increibles, y la maravillosa audacia con que arrebatan la presa en medio de las circunstancias más arriesgadas. Unos abren galerías subterráneas y penetran en la casa por bajo tierra; otros que entraron no se sabe cómo, cuidan de tener abierta una ó dos puertas para poder efectuar la retirada. Cometen los robos en cueros, armados, untados de aceite; de modo que si arriesgado es prenderlos, más aun es detenerlos.

Cierta especie de ladrones muy numerosa, llamados los *thags*, viajan continuamente mudando cada dia de traje, arte en que son maestros consumados. Ordinariamente, ya de este, ya de aquel modo procuran captarse la confianza de los viajeros que llevan dinero para que los admitan en su compañía, hasta que se les presenta ocasion de administrarles una droga que los aletarga, ó de estrangularlos. Los thags escrupulizan sobremanera derramar sangre y sepultan á sus víctimas con tanta reserva, que nunca se consigue saber su paradero: invocan á Bhavaní por patrona, y nunca dejan de ofrecerle parte de su presa.

Los serenos que están al servicio de los consejos y de los particulares, pertecen ordinariamente á castas de ladrones; y sin embargo son muy fieles y buenos guardianes. Su presencia es proteccion suficiente contra los de su propia casta; su destreza y vigilancia luchan con feliz éxito contra las de las castas extrañas. Existen en el Guzerate algunos de estos guardianes que son célebres por la destreza con que persiguen á los ladrones por sus huellas. En un suelo seco y durante el estío, el pié de un hombre deja apénas una estampa inperceptible en la tierra; y no obstante, la reconocerán tan fácilmente, que por medio de estas huellas perseguirán á un ladron á distancias increibles. En cierta ocasion valiéronse de uno de ellos para descubrir á un ladron que robó la vajilla de los oficiales de un regimiento inglés que estaba de guarnicion en Kaira. Siguió las huellas del ratero hasta Ahmedabad, á cuatro ó cinco leguas de distancia; allí las perdió en las calles populosas de aquella ciudad; pero volvió á dar con ellas en una de las puertas, y aunque descarriado un buen trecho por el ladron, que para borrar la pista caminó por el lecho de un arroyo con agua hasta las rodillas, acabó por

sorprenderle y recobrar lo robado á distancia de ocho ó diez leguas del paraje donde cometiera el hurto.

Mas al lado de las castas de ladrones hállanse otras cuyo instituto es defender á la sociedad contra sus ataques; tales son los *bhates* y los *charanes* del Oeste, los bardos y en cierto modo los heraldos de las tribus radjputes. Las caravanas que conducen por Radjputana no solamente van seguras de los ladrones, sino tambien exentas de los derechos de aduanas. En el Guzerate trasportan sumas de consideracion por terrenos donde no les protegerian fuertes escoltas, garantizando todos los convenios de los jefes, y hasta con el gobierno.

La autoridad de que gozan dimana de la santidad de su carácter é inflexible energía de su resolucion. Cuando un bhat encargado de una cantidad de dinero teme un ataque, dice que va á cometer el *traga*; y lo mismo amenaza el que falta á su promesa. Si no basta la amenaza, se apercibe para ponerla en ejecucion. Clávase en primer lugar un puñal en el costado, y luego en el corazon, si siguen resistiendo: ya cortará la cabeza á su hijo, ya si son varios los que salieron fiadores de un contrato que una de las partes no cumple, sortean el que debe ser degollado por los demas. El baldon que resulta de estos medios extraordinarios para el que los motivó y el temor de tener que expiar la muerte de un bardo, bastan comunmente para reducir á los más obstinados. La fidelidad de estos hombres es realmente portentosa, y jamas vacilan en sacrificar la vida á trueque de mantener la fuerza moral que constituye toda la importancia de su casta.

Los bramines observan una costumbre algo parecida, pues se sientan á la puerta con un puñal en la mano ó una copa de veneno y anuncian que irremisiblemente van á matarse si no acceden á sus demandas. Los acreedores se valen de un medio semejante, llamado el *dherna* para cobrar de sus deudores. Impiden al deudor comer, y ellos mismos ayunan durante el tiempo que privan al otro de alimento. Este modo de exigir alguna cosa se emplea contra los príncipes y no cabe resistir con la fuerza. Tambien las tropas emplean muy á menudo este proceder para obligar al gobierno á pagarles.

Las montañas y selvas del centro de la India están habitadas por una poblacion distinta de la de los llanos. Es una raza pequeña, negra, esbelta, activa, de ojos vivos. Las tribus de que se componen van casi desnudas, armadas de arco y flecha, viven del pillaje, y á ménos que el gobierno posea bastantes fuerzas para contenerlas, están en guerra perpétua con sus vecinos. Si se les ataca en sus breñas, se resisten con valor é inteligencia; no hay peñasco ni matorral de donde no lluevan sobre los invasores nubes de flechas disparadas por manos invisibles, y cuando se llega allí, no se halla enemigo alguno.

Estas tribus moran en aldehuelas que trasportan á veces consigo en sus emigraciones. Divídense en pequeñas cuadrillas, cuyo caudillo está revestido de un poder ilimitado. Subsisten del producto de su imperfecto cultivo, y de lo que agencian en la llanura por via de trueque ó pillaje.

Al paso que reconocen á algunos dioses indios, adoran á otros propios, á quienes atribuyen el poder de dispensar ciertos males ó bienes. El que envia las viruelas es al parecer el más temido.

Sacrifican gallinas, hacen libaciones ántes de comer, obedecen á magos inspirados; pero carecen de sacerdotes. Sepultan los cadáveres, practican ceremo-

nias particulares para los nacimientos, etc.; son muy inclinados á la embriaguez, y matan á los bueyes comiéndolos sin escrúpulo. Residen principalmente en la cordillera de los montes Vindhyas, y en los dilatados bosques que se extienden desde Allahabad al Norte hasta Masulipatam al Sur, y se prolongan con cortas interrupciones casi hasta el cabo Comorin. En ciertos parajes la agricultura ha desmontado las selvas, y los habitantes permanecen en la campiña en clase de guardas de aldea, cazadores, etc., funciones que no desdicen de sus primeros hábitos. En otros parajes al contrario, sus devastaciones vuelven á convertir en selva lo roturado, y se hallan todavía las ruinas de las aldeas antiguas.

De la analogía de carácter y fisonomía puede suponerse que estas tribus adustas forman un pueblo aparte; pero tambien presentan diferencias entre sí harto perceptibles: cada una lleva un nombre separado, y sólo por medio de la comparacion de sus idiomas, donde hablan un dialecto aparte, puede resolverse la comunidad de su orígen.

Llámanse en Bagalpur *paharias*, del que hemos formado parias; cuya palabra significa montañes. Con el nombre de *coles* ocupan un grande espacio en una comarca silvestre, en el Oeste de Bengala y en Behar, extendiéndose por los montes Vindhyas hasta cerca de Mirzapur. En las inmediaciones de los Vindhyas y en el centro y Sur de la gran selva, los llaman *gondes:* más al Oeste, *bhiles*, y al extremo Oeste, *colis,* nombre que sin duda tiene alguna analogía con el de *coles* en el Behar, y de *colaris* en el extremo Sur de la península, ocupando las montañas y bosques del Oeste hasta el Guzerate cerca del desierto.

Su historia es casi desconocida. En el Decan y en la época de la invasion india eran ya lo que son en el dia, y sin duda facilitaron á Rama aquellos auxiliares que la tradicion considera monos.

Toda esta comarca no era á la sazon más que una selva, y las tribus actuales ocupan todavía las partes que la agricultura no ha invadido. La grande extension de bosques que llaman Ganduana, situada entre las ricas provincias de Behar y Catac, y donde se hallan á trechos algunos ensayos de cultivo, da una idea de lo que era al principio el Decan, y del modo con que se efectuó en él el progreso.

En el Indostan propiamente dicho, esta raza representa quizá á los vencidos de quienes se formó la casta servil; ó bien si es verdad que en su dialecto se halle mezcla de tamul, cabe que descienda de una poblacion aborígena, y anterior tambien á las vencidas por los indios.

Encuéntranse ademas otras tribus de montañeses en las sierras del Noreste y en las faldas del Himalaya; pero difieren completamente de las que acabamos de describir, y por los rasgos generales y conformacion física se aproximan sobretodo á los pueblos que habitan entre la India y la China.

A los europeos en la India les es más difícil de lo que á primera vista parece comprender el carácter de los indígenas, pues ademas de que en Europa, no se conocen sino muy imperfectamente las clases y sólo pueden enterarse de esa materia por medio de libros y periódicos que en la India no existen, la religion y costumbres son vallas insuperables entre los europeos y los indios, impidiendo las relaciones y libre expresion de las opiniones. Así es que los europeos ignoran el interior de las familias, y no pueden asociarse á aquellas circunstan-

cias tan numerosas en la vida, en que los hombres manifiestan su carácter con más sinceridad.

Los misioneros que van á enseñar una religion extraña, los jueces, magistrados, militares, empleados de hacienda y hasta diplomáticos no conocen seguramente la parte más virtuosa de una nacion; y á decir la verdad no consiguen conocerla muchas veces porque juzgan por las apariencias. Un hombre echa á llorar como un niño por cualquier cosa fútil, y deducen que es incapaz de energía y resignacion: piensan que el que se dejó llamar embustero sin enfurecerse es capaz de todas las bajezas. Desaparecen las distinciones de tiempos y lugares; confunden al bengales con el mahrata; y achacan á la generacion presente los crímenes de los héroes del Mahabharata. A los que ceden con tal facilidad á impresiones desfavorables podemos decir que las personas que por más largo tiempo vivieron con los indios han formado de ellos mejor opinion.

No obstante, aunque es cierto que deben emitirse juicios con suma reserva acerca de un pueblo como el indio, no pueden negársele ciertos defectos capitales que nacen en parte de causas morales, y en parte de la constitucion física, suelo y clima.

Algunas razas son ciertamente ménos vigorosas que otras, y todas degenerarian en una atmósfera debilitante.

El calor solo no enerva. Si no cabe sustraerse á él, si es permanente, hasta puede producir una especie de energía análoga á la que se atribuye á los inviernos rigurosos del Norte. Si la esterilidad se le agrega, si los raros productos de un trabajo penoso son difíciles de conservar en medio de pueblos belicosos, aparecen entónces la energía y el denuedo de los árabes.

Pero en la India se hermana una temperatura cálida con un suelo fértil que dispensa de ásperos trabajos con una extension superficial de territorio que podria subvenir á todos los aumentos de la poblacion. El mismo calor es moderado por las lluvias, y todo parece arreglado de intento para excitar á aquella indolencia que malea hasta los extranjeros. Las gradaciones de los diversos caracteres que se observan en la India tienden á confirmar esta hipótesis. Los habitantes de las zonas secas del Norte, que en invierno soportan frios bastante rigurosos, son robustos y activos comparados con los demas. Los mahratas, habitantes de un terreno montañoso y poco fértil, son laboriosos y osados, al paso que el bengales, con su clima húmedo y sus dos cosechas de arroz es el pueblo más enervado de la India. Sin embargo, la indolencia es el rasgo general y característico de toda la poblacion india. La timidez que procede más bien del deseo de evitar todo motivo de molestia y fastidio que de la carencia de valor físico es otra de sus cualidades distintivas. De estas dos causas combinadas brotan casi todos los vicios de los indios.

El principal es la falta de veracidad, y en esta parte aventajan á todas las demas naciones del Asia. Síguese el perjurio, que es otra mentira con circunstancias agravantes, como consecuencia natural; y no es presumible que los que tan poco atienden á la verdad en el presente, sean muy fieles á sus promesas para el porvenir. El indio falta á su palabra con deplorable facilidad; pero con todo no puede decirse que el que la cumple es una excepcion.

En las relaciones del pueblo con el gobierno es donde sobretodo se nota más

deslealtad; pero en la India el desdichado cosechero se ve con harta frecuencia precisado á resistir á la fuerza con la astucia.

En algunas circunstancias los vicios del gobierno producen el efecto contrario. Así es que los negociantes y banqueros son generalmente muy fieles á sus compromisos; y no cabe otra cosa, pues el comercio llegaria á imposibilitarse donde tan mal administrada está la justicia.

Los indios son muy ladinos y hábiles en intrigas; pacientes, flexibles y afables, callan el secreto de la persona con quien tratan; observan su carácter, le irritan ó ablandan, segun la necesidad; presentan las cosas bajo un aspecto favorable á sus intentos, y manéjanse indirectamente de modo que inclinan á los otros hácia lo que ellos desean. Sin embargo, no son sus intrigas tan atrevidas y criminales como las de los otros asiáticos y musulmanes de la India, aunque estos se han suavizado por su largo contacto con la poblacion que les rodea.

Las faltas del gobierno son la causa principal de la corrupcion del pueblo; entre las autoridades está admitido recibir dinero para cumplir con su deber, y tomarlo por faltar á la justicia se considera como un leve error. No causa rubor la distraccion de fondos, y si pertenecen al erario, nadie repara en ello.

Igualmente es culpable el gobierno de su proceder lisonjero é importuno.

La adulacion india es extremada, y su importunidad nace de la indecision de los gobernantes, que jamas responden categóricamente y no vacilan en dilatar la terminacion de un negocio, ya por indolencia, ya porque esperen momento oportuno para concluirle segun su conveniencia.

Los indios, como todos los que temen las luchas personales, son muy pleitistas, y propensos á disputar. Persistirán en un pleito hasta quedar completamente arruinados, y en otras ocasiones disputarán con una violencia tan contraria á sus hábitos, que quien no los conozca prevé golpes y efusion de sangre.

El patriotismo se reduce á su casta ó aldea; pero en esta pequeña esfera suele ser enérgico. De vez en cuando muestran un verdadero espíritu nacional en la guerra, sobretodo de religion; pero por lo general ignoran los deberes del ciudadano. Esto explica la facilidad con que les han dominado, y hoy el único elemento temible para los ingleses son los musulmanes.

A pesar de tales defectos, no debe considerarse á los indios como destituidos de virtudes. Salvo los casos indicados, cumplen los deberes morales, y existen ciertas leyes tan respetadas por ellos que por nada las infringirán.

Un indio adicto al bramismo morirá de hambre ántes que probar un manjar vedado; un jefe de aldea aguantará el tormento mejor que aprontar una contribucion exigida tiránicamente; y aun el criado que no vacila en engañar á su amo en las cuentas, custodiará con escrupulosa fidelidad cuanto dinero se le confie.

Su menosprecio á la muerte parece increible, comparado sobretodo con la timidez que suelen mostrar cuando luchan con quebrantos de poca monta. Una vez resuelta su suerte, el más ínfimo la aguarda y se somete á ella con una serenidad que excitaria la admiracion en Europa; habla casi alegremente con sus amigos, y ni aun en su postrer momento desmiente su tranquilidad.

El tipo que mejor conserva la originalidad nacional, es el de los radjputes y clases militares del Indostan gangético, donde los ingleses reclutan su ejército.

Allí se observa la altivez, el valor entusiasta, singularmente hermanados con la urbanidad, blandura y sencillez casi infantil.

Los labradores son todos inofensivos y afables, apegados á la familia, caritativos con los vecinos, honrados y sinceros, excepto con el gobierno.

Los vecinos de las ciudades son más reservados, pero pacíficos, tranquilos, y rara vez perturban la paz pública con asonadas ó contiendas particulares. Exceptuando los dependientes del gobierno, la poblacion de las ciudades indianas no cede á la de Europa. La índole especial de su religion y organizacion social la elevan quizá sobre las clases medias del Occidente. En los proletarios no se nota la depravacion tan comun en nuestras grandes ciudades: la multitud que en Europa vive solamente del fraude, los impostores y aventureros de toda especie, desde los que explotan las altas jerarquías de la sociedad hasta los que viven á costa del vulgo, son casi desconocidos en la India.

Otro defecto de los indios es la falta de energía y su constitucion servil. Las absurdas supersticiones y extravagante mitología, las sutilezas de la filosofía y suavidad de la poesía, sus modales afeminados, carácter manso, temor de toda mudanza, y el placer con que escuchan cuentos pueriles, son otros tantos indicios que prueban la carencia de carácter sólido y talento en el pueblo.

Pero esta crítica, aunque verdadera en tésis general, no es aplicable á todas las clases ni á todos los tiempos. Las inferiores son laboriosas y perseverantes; y las demas con facilidad se sujetan á grandes privaciones y ásperas fatigas, sobretodo si de ellas debe resultarles algun placer.

Son poco aptos para luchar largo tiempo contra enemigos determinados, y ménos contra el desaliento; si bien se registran en su historia militar acciones que honrarian á las naciones más guerreras; siempre se les halla dispuestos á sacrificar la vida por su religion ú honor. Regimientos de cipayos han triunfado donde los europeos eran derrotados, y hasta la hez de la sociedad no vacila en suicidarse cuando considera su honor amancillado.

Preséncianse á veces crímenes superiores á cuanto pueda imaginarse.

Ya conocemos á los thags; pero los *decoites* les exceden en crueldad.

Son estos cuadrillas de malhechores que se asocian para saquear; reúnense de noche, caen de improviso sobre una aldea, matan á cuantos se resisten, apodéranse de cuanto pueden llevar, y torturan á los que suponen ocultar dinero. Al dia siguiente se mezclan con los habitantes sin que sea posible descubrirlos; y es tal el terror que infunden, que, ni aun conociéndolos, se atreve nadie á denunciarlos. Cuéntanse al ménos tantos musulmanes como indios, así entre los thags como entre los decoites.

El horror que inspiran tales crímenes contribuye á suponer una gran depravacion en el territorio donde se cometen; mas, aun incluyendo á los thags y decoites, la estadística criminal es ménos numerosa que en la mayor parte de Europa. Los thags forman un pueblo aparte, los decoites son criminales rematados; pero lo restante de la poblacion desconoce casi las pasiones perturbadoras. Resulta de una série de informes presentados á la cámara de los comunes en 1832 que, durante un período de cuatro años, el término medio de las ejecuciones en Inglaterra y país de Gales, era de uno por doscientos tres mil doscientos y un habitantes, y en Bengala, de uno por un millon cuatro mil ciento ochenta y

dos; que el término medio de las deportaciones perpétuas era, para la Inglaterra, de una sobre sesenta y siete mil ciento setenta y tres habitantes, y para Bengala, de una sobre cuatrocientos dos mil y diez.

Debemos admitir que la proporcion de crímenes impunes es mucho mayor en Bengala que en Inglaterra; pero con todo, es imposible que tal proporcion, por muy considerable que se suponga, pueda restablecer la igualdad entre las dos naciones.

Se cometen más homicidios por celos que por amor al dinero, y el robo está circunscrito en ciertas clases; por cuya razon se teme tan poco á los rateros que todos duermen con las puertas abiertas.

Acúsase á los indios de ingratos; pero cuando los amos son realmente bondadosos pueden contar con el reconocimiento de sus servidores como en cualquiera otra parte del mundo.

Estos buenos sentimientos no pertenecen solamente á las clases inferiores, y son muchísimas las personas que, despues de recibir favores de dependientes, les permanecen adictos en su desgracia, y aun despues de muertos á su familia.

Aunque la indiferencia sea comun entre los pobres y la pródiga ostentacion entre los ricos, el indio es generalmente frugal y hasta parsimonioso. Su gasto ordinario es reducido y hasta los más opulentos procuran acrecentar sus riquezas, ya por medio del comercio, ya prestando dinero á crecidos intereses.

Los niños parecen más vivos é inteligentes que los europeos. A los doce ó catorce años asombran, pero decaen rápidamente sus facultades intelectuales pasada la pubertad.

De natural sosegado y contemplativo, son ademas divertidos en sociedad, gustan de conversar y contar anécdotas por lo regular jocosas.

Son generalmente más pequeños y delgados que los europeos, y aunque ménos vigorosos, poseen más gracia y agilidad.

Su tez es morena, el cabello largo, lacio y negro, los bigotes y barba, cuando los usan que es rarísimo, fuertes y largos. Las mujeres son bellas, graciosas, sencillas y recatadas.

El aseo en sus personas es proverbial; no siempre mudan de ropa blanca despues de las abluciones, pero hasta las clases ínfimas son más delicadas que las de otras regiones, pues sus casas están siempre en extremo limpias.

De todo lo expuesto debemos deducir que los indios poseyeron en otro tiempo mejores condiciones morales é intelectuales que en el dia; pero que, aun en su estado de decadencia actual, pueden sostener honrosamente la comparacion con todos los pueblos, ménos los europeos, y que comparados con estos, hállanse ciertos puntos á quienes un juez imparcial concederá la igualdad en mérito y virtud.

LA CHINA.

Otra de las naciones asiáticas que acaso más que la India llama la atencion de los viajeros siendo objeto de repetidas y arriesgadas expediciones, es la China, cuya antiquísima civilizacion velada á los extranjeros por tantos siglos es un misterio que con afanosa curiosidad procuraron investigar cien sabios y aventureros de todas naciones.

Aunque apartándonos de nuestro principal objeto, no podemos ménos, pues en sus fronteras nos hallamos, de detenernos un momento para examinar siquiera brevísimamente los principales caractéres de esa nacion singular, recopilando las noticias más curiosas y verídicas que de ella nos legaron la intrepidez y constancia de algunos ilustres viajeros.

La poblacion nativa de la China designada con el nombre de *peing* (las cien familias), toma sin duda este nombre de una tradicion ó anécdota que fijaba en ciento el número de las que formaron la base de la nacion. Actualmente no pasan de quinientos los apellidos diseminados por todo el imperio, y consideran á las familias en tal grado de consanguinidad, que la ley prohibe todo enlace entre ellas. La civilizacion borró los demas indicios que pudieran revelar las antiguas tribus, y la admision de numerosas familias tártaras y tibetanas, establecidas y relacionadas en el imperio, no permite distinguir los rasgos característicos de los verdaderos autoctones de la China.

Pero en las montañas, y particularmente en las provincias occidentales, todavía subsiste un número considerable de tribus casi independientes de las alteraciones de gobierno, y que segun toda verosimilitud pertenecen á la poblacion originaria, sujetada y modificada en parte por los chinos de las provincias septentrionales y centrales. Nótanse en ellas bastantes indicios de dichos pueblos, con especialidad en las de Sse-tchuan, Yun-nan, y Hu-nan. Los unos que llevan el nombre de Miao-tseu, hablan un idioma peculiar, y parecen descender de una antiquísima tribu mencionada en el Chu-king; los otros, denominados Lo-lo, indican pertenecer á los birmanes, pues conservan su idioma y emplean los mismos caractéres de escritura; estos habitan en las partes occidentales del Yun-nan. Otros pasan por tibetanos, de los cuales los más célebres son los del grande y pequeño Kin-tchuan, en el canton de Mei-no de la provincia de Sse-tchuan, sometidos y en parte exterminados por Khian-lung en 1775, y otros que se dicen descendientes de los Miao-tseu, llamados Yao ó Mugao, de una palabra que significa súbdito ó servidor, porque son malos súbditos ó servidores; y habitan los distritos de An-hoa y de Nincg-hiang, en el departamento de Chang-cha de la

provincia de Human; varios distritos del departamento de Yung-tcheu en la misma; los departamentos de Chas-king y Chao-tcheu en los distritos de Lo-ting; las provincias de Kuang-tung, en el departamento de Khing-yuan, varias comarcas de la provincia de Khuang-si, y el departamento de Kues-ting en la de Kuei-tcheu.

No se menciona á los mandechus, habitantes primitivos de las provincias de Hing-king y de Tching-king, á los *tongus* y *ainos* de la provincia de He-lung-kiang, ni á las tribus mogoles y nigurres de la de Kan-sa. Todas ellas son extrañas ó heterogéneas de la poblacion propia de la China.

El chino es cortes, apacible y laborioso, y puede asegurarse que despues de los europeos no se conoce otra nacion más adelantada en civilizacion. Desde la más remota antigüedad, la ciencia alcanzó en la China altas consideraciones, y el órden social fundado sobre instituciones calculadas en beneficio del interes general, no reconoce ménos antiguo orígen. Libre del despotismo militar establecido por los musulmanes en toda el Asia, ignorando la odiosa division de castas, base de la civilizacion india, situada al extremo del antiguo continente, la China ofrece un espectáculo que desvanece las escenas de violencia y degradacion observadas fuera de ella. La piedad filial es allí apreciada en mucho, y el respeto á los padres se considera como un culto, que dura mucho despues de su muerte, consagrado por diversas ceremonias. La veneracion y obediencia al soberano y magistrados participan en cierto modo de este respeto filial. El matrimonio no es un lazo efímero como entre los musulmanes, por más que esté permitida ó tolerada la poligamia. Una mujer sola disfruta de la categoría y derechos de esposa; las demas son reputadas como de su servidumbre, y no intervienen en el más mínimo asunto doméstico.

No se conocen familias privilegiadas: todos los chinos pueden aspirar á los empleos, que se confieren por oposicion. El profundo conocimiento de los libros clásicos, de los principios del derecho público y de las tradiciones adquirido en los escritos de los filósofos es el único título reconocido, y segun el grado de ilustracion se numeran los candidatos y proveen los empleos. Las categorías están determinadas solamente por el título literario obtenido, y por las funciones consiguientes que ejerce el individuo. Segun el grado de consideracion que obtienen los estados que componen la nacion china, pueden enumerarse, por el órden siguiente: letrados, labradores, artesanos y comerciantes. Solamente las riquezas pueden causar alguna alteracion en este órden, fundado en la opinion social del pueblo.

En la China se conocen tres religiones principales, consideradas verdaderas, pues un proverbio dice: *las tres religiones no son más que una.* La primera que es la de los letrados, y cuyo reformador y práctico es Confucio, se apoya en un panteismo filosófico, diversamente interpretado segun las épocas. Júzgase que en la remota antigüedad era conocido el dogma de la existencia de un Dios todopoderoso y remunerador, y dedúcese de varios pasajes de Confucio que este filósofo le admitia igualmente; pero su poco cuidado en inculcarle en sus discípulos, el sentido vago de las expresiones que empleó, y el esmero particular con que trabajó en apoyar exclusivamente sus principios de moral y justicia en el amor al órden y en una conformidad mal definida con la voluntad del cielo, y el órden de la naturaleza, originaron el extravío de los filósofos posteriores, hasta el punto

de que muchos de ellos despues del siglo XII de nuestra era enseñaron, apoyados en la autoridad de su maestro, otro sistema que participa del materialismo y degenera en ateismo. El culto puramente civil tributado al cielo, á los genios de la tierra, de los astros, montes y rios, y á las almas de los parientes, es para ellos una institucion social sin ninguna consecuencia, ó que puede á lo ménos interpretarse de varios modos. Este culto carece de imágenes y sacerdotes; cada magistrado lo practica en la esfera de sus atribuciones, y el emperador es el pontífice ó patriarca. Generalmente le siguen todos los letrados, sin renunciar por eso á ciertos usos tomados de los otros cultos. Los chinos son más supersticiosos que religiosos; la conviccion no ejerce ascendiente en su conducta; pero la costumbre les somete á ciertas prácticas que ellos mismos ridiculizan, como la diferencia entre los dias felices y aciagos, los horóscopos, la metoposcopía, la adivinacion, etc.

La segunda religion es considerada por sus sectarios como la primitiva, ó sea la de los más antiguos habitantes. Se encuentran en ella muchos dogmas de la precedente; sólo que reconocen la existencia de los genios ó espíritus, independientes por su naturaleza de las cosas en que presiden. Este culto degeneró en politeismo é idolatría por la ignorancia de sus sectarios. Los sacerdotes ó sacerdotisas, consagradas al celibato, practican la mágia, la astrología, la nigromancia y otras mil supersticiones ridículas. Se les titula *taosse,* que significa doctores de la razon, porque uno de sus dogmas fundamentales, enseñados seis siglos ántes de nuestra era por Lao-tseu, uno de sus maestros, se funda en la existencia de un sér llamado *razon primordial,* creador del mundo y semejante al *Logos* de los Platónicos.

La tercera religion es la de Buddha, procedente de la India y diseminada por toda la China dos siglos ántes de la era vulgar. El nombre de Buddha, adulterado por los chinos, se pronuncia *Fo-tho,* del cual queda solo el nombre *Fo.* Los libros sagrados de los buddhistas, escritos al principio en lengua sanscrita, fueron traducidos al chino, lo cual contribuyó algo á vulgarizar aquel idioma en dicho imperio. Los sacerdotes de esta secta observan tambien el celibato, y despreciando el estudio de una filosofía demasiado abstracta para ellos, enseñan una verdadera idolatría, ostensible exteriormente por infinidad de ceremonias en sus templos y conventos, y por adoraciones de figuras alegóricas y monstruosas y de ciertas reliquias que veneran. El patriarca de esta secta, que de la India pasó á la China á fines del siglo V de nuestra era, permaneció largo tiempo en el imperio. El actual reside en el Tibet, con el nombre de Dalai-Lama; pero sus sectarios chinos no reconocen en todo su supremacía espiritual.

Hállanse ademas en la China judíos que pasaron allá en tiempos remotos desde las provincias más orientales de Persia; maniqueos y parsis, sectarios poco conocidos que en otro tiempo habitaron en la Tartaria. Los misioneros católicos penetraron en la China en el siglo XVI, y obtuvieron grandes ventajas, particularmente por los señalados servicios que algunos jesuitas ilustrados prestaron á la dinastía reinante; pero la mision católica fue despues decayendo poco á poco. Algunos protestantes intentaron últimamente introducir en la misma su religion, esparciendo la Biblia traducida, pero hasta el presente nada han conseguido.

El apego que conserva la nacion china á los antiguos usos es su rasgo mas característico, y no ménos considerable es la observancia escrupulosa de las reglas prescritas por el ceremonial. Todas las relaciones sociales, los actos públicos y particulares, banquetes, bodas y entierros están sujetos á prácticas multiplicadas y variadas segun las clases, edad y profesion. La perpétua sujecion á ciertos ritos hace á los chinos graves, comedidos y ceremoniosos, á no ser en el trato familiar ó íntimo.

El gobierno chino se consideró por largo tiempo como despótico; pero en el dia está limitado por el derecho de representacion de ciertos magistrados, y más aun por la obligacion de elegir el soberano sus agentes, por reglas fijas, de la corporacion de los letrados, la cual forma una verdadera aristocracia, cuyos individuos se reemplazan sin intermision por medio de exámenes ó concursos. Los jóvenes de cualquiera condicion son admitidos indistintamente al tercer grado literario. Los que le obtienen concurren para el segundo, al cual pertenecen los funcionarios públicos. Desde este grado se aspira por los mismos trámites al primero, que conduce á los cargos de mayor importancia. Esta distincion, que bajo su forma actual se remonta al VII siglo, constituye la clase de la nobleza, contribuyendo en gran parte á la larga duracion de este imperio, manteniendo el órden y la tranquilidad. Por lo demas, no existen títulos hereditarios sino en la familia imperial y la descendencia de Confucio, si bien se conceden títulos retrospectivos, que ennoblecen los ascendientes de los que se intenta premiar, y el prestigio que le acompaña realza y da importancia á este testimonio de honor.

El emperador ejerce exclusivamente el poder supremo, con el título de autócrata y señor soberano. La corona es hereditaria, y la sucesion por línea masculina desde tiempos remotos; pero no siempre siguen el órden de primogenitura. El amor á una dinastía, despues de legítimamente establecida en el trono, es un principio del derecho público chino. Pocas revoluciones se han verificado para despojar del trono á una familia en pro de otra, y aun así jamas se desmintió en lo más mínimo el profundo respeto que les inspira la dignidad imperial; porque cuando tales acontecimientos llegaron á realizarse, se consideraron siempre como disposiciones celestiales para la conservacion del órden físico y moral del mundo.

Todos los negocios de estado son distribuidos entre seis ministerios ó consejos soberanos, cuyos presidentes gozan de ménos autoridad que nuestros ministros, porque deben someterse al voto de sus colegas. Los referidos consejos son:

1.° El de los empleados, encargado de la eleccion y nombramiento de los que deben ejercer los cargos civiles y militares.

2.° El de hacienda, que administra las rentas del imperio.

3.° El de ritos, que gobierna cuanto se relaciona con ellos, así como el culto de los ascendientes de la dinastía reinante, las grandes solemnidades religiosas ó civiles y un sin número de otras atenciones consideradas como de la mayor importancia.

4.° El de justicia á cuyo cargo están todos los asuntos judiciales, suplicios, amnistías, destierros, y finalmente cuanto se refiere á la administracion de justicia.

5.° El de obras públicas, encargado de la conservacion de caminos y canales, diques del rio Amarillo, armada etc.

6.° El de la guerra que decide en todos los negocios del ejército y dispone las levas de soldados, provision de guarniciones, etc.

Ademas de estos seis consejos, que residen en la capital, existe un consejo de estado y una grande academia, siendo sus miembros elegidos de entre los letrados más célebres del imperio y desempeñando ademas muchos cargos públicos. Sigue despues un consejo particular de negocios extranjeros, una oficina para las traducciones, otra para la redaccion del calendario, otra de medicina, y finalmente un colegio en donde se enseña la literatura más elevada. Despues de la conquista de la China por los tártaros se duplicaron todos los grandes destinos, para distribuirlos por igual entre tártaros y chinos.

Obsérvase desde tiempo remoto el sistema de subdivision de cargos. La administracion de las provincias se reparte entre varios oficiales, independientes entre sí, que presentan á la córte los expedientes en que no están conformes. El gobernador general, que los europeos llaman virey, tiene generalmente dos provincias bajo su dependencia: en cada una hay un intendente, un superintendente de letrados, un director de rentas, un juez criminal y dos intendentes particulares, uno de salinas y otro de graneros públicos. Cada departamento y distrito cuentan ademas con sus magistrados particulares que ejercen de consuno varias funciones administrativas y judiciales. El número de oficiales subalternos es considerable; sus títulos y nombres se hallan inscritos en el almanaque imperial que se imprime cada tres meses. Todos los oficiales del imperio se dividen en nueve clases, subdividida cada una en dos, y todas con sus prerogativas y distintivos particulares. El soberano nombra todos los empleados que le presenta por terna el consejo, encargado de este ramo.

Muchas noticias, decretos y otros varios documentos oficiales se distribuyen, tanto á los magistrados como al pueblo, en forma de instrucciones, publicándolas en la gaceta universal, de donde se extractan para imprimirlas en las gacetas de provincia, que ven la luz pública en las ciudades principales.

La division territorial de la China ha cambiado segun las diferentes dinastías reinantes, y aun es costumbre cuando comienza una dinastía modificar la distribucion y límites de las provincias. Los que se encuentran detallados en las geografías ordinarias fueron determinados cuando entró á reinar la dinastía de los Ming. Ultimamente se practicó una nueva division, que es la adoptada en la gran geografía de los mandechus.

Las ciudades chinas carecen de nombre, y se las designa con el del departamento, distrito ó territorio de que son cabeza. Así, á la que llamamos Canton, le dan la denominacion de ciudad del departamento de Kuang-tung, y á la de Nanking, ciudad del departamento de Tchin-si, etc. Las denominaciones anteriores á este sistema de administracion política se perdieron ó confundieron con las modernas, y otro tanto sucede con los nombres de las ciudades de la Tartaria oriental y occidental reunidas ahora al imperio.

La ciudad en que reside actualmente la córte capital del departamento de Chun-thian en la provincia de Tchi-li, no tiene otro nombre que King-sse (la capital). Cuando en la China se conocieron varias denominaciones simultáneas, ó la córte se trasladó á otro punto, recibieron nombres las ciudades en que se estableció, para indicar su situacion. Pe-king, córte del Norte; Nan-king, córte

del Sur; Tung-king, córte oriental, etc. Estas denominaciones nada ofrecen de particular, y pueden aplicarse á cualesquier otras ciudades, ademas de las conocidas por los europeos.

Todas las ciudades se parecen en construccion. Generalmente su forma es cuadrilátera, están rodeadas de altas murallas con torres de trecho en trecho, y fosos secos ó llenos de agua. Elévanse en ellas arcos triunfales, torres altísimas que pertenecen á monasterios, templos en que se veneran estatuas de deidades indias, monumentos antiguos, inscripciones en honor de varones y matronas ilustres, etc. La anchura de las calles y extension de las plazas públicas varia.

Las casas particulares son bajas y de un solo piso. En las de los acaudalados suelen hallarse dos ó más patios seguidos: la habitacion de las mujeres y los jardines ocupan la espalda de la casa. La mayor parte de los edificios son de madera, pintados ó barnizados exteriormente, y con vista al Mediodía.

Las ventanas ocupan todo un lienzo de la habitacion y están cubiertas de papel, cristal, láminas de mica, ó una especie de concha llamada *vidrio de la China* (placuna). Sostienen las tiendas pilastras cuajadas de inscripciones sobre grandes planchas pintadas y barnizadas, y la mezcla y variedad de colores produce desde léjos un efecto agradable.

A más de las ciudades muradas, que son cabezas de la jurisdiccion de un partido, distrito ó territorio, existe gran número de villas y pueblos abiertos, á veces más poblados que aquellas; pero sin empleados de administracion. Encuéntranse asimismo en las fronteras varias ciudadelas y muchos puertos fortificados que forman una segunda línea de circunvalacion al imperio, por la parte exterior de la gran muralla.

En las casas particulares no se nota por lo general magnificencia, pero en cambio se ostenta notablemente en los monumentos públicos, como puentes, canales, etc. Los puentes son de piedra y de una solidez y longitud extraordinarias. Los más grandiosos se observan en las capitales de Fu-tcheu y de Tsinan-tcheu en la provincia de Fu-kian: el último se halla situado sobre un brazo de mar: tiene dos mil quinientos veinte piés chinos de largo y veinte de ancho, con ciento veinte y seis pares de columnas que sostienen la enorme masa superior, formada de grandes piedras todas iguales, y de suficiente elevacion para permitir el paso á los buques mayores. Las presas, los muelles situados á orillas de los rios y canales, y sobretodo los diques levantados para contener las inundaciones del rio Amarillo; el canal llamado Yn-ho que ofrece paso desde Canton á Pe-king y que ademas de los rios que en el desembocan, mide doscientas leguas de largo demuestran los resultados de una industria perfeccionada y aplicada á objetos útiles é importantes.

No sucede así con la gran muralla, el más célebre y actualmente el más inútil de todos los monumentos de la China. Este inmenso antemural empieza al E. de Pe-king por un muro elevado que penetra en el mar; en toda la provincia de Tchi-li es terraplenada y guarnecida de ladrillos; sigue esta provincia al N., camina al O. por las de Chan-si y de Kan-su, donde es solamente de tapia en su mayor parte. Por regla general mide veinte y cinco á treinta piés de elevacion, aunque pasa por la cumbre de algunas montañas bastante elevadas. Está bien pavimentada y con la anchura necesaria para que puedan marchar por ella cinco

caballos de frente. Tiene de trecho en trecho poternas custodiadas por tropas ó defendidas por torres ó bastiones. Llaman á esta muralla el *muro de los diez mil li* ó de las diez mil leguas; aunque desde el punto en que principia hasta el paso de Kia-iu, cerca de Fu-tcheu en donde termina, no pasa de trescientas veinte y nueve la línea recta, y no es probable que los ángulos y curvas produzcan tal suma. Fue concluido por Chi-huang-ti, de la dinastía de Thsin, doscientos catorce años ántes de la era vulgar, con el objeto de defender la China de los ataques de los tártaros. Monumento tan gigantesco como importante podria en efecto contener las incursiones de algunas tribus nómadas, pero jamas cerrar el paso á los turcos, mogoles y mandechus.

Las artes relacionadas con el dibujo se cultivan poco en la China: los pintores no sobresalen sino en ciertos procedimientos mecánicos relativos á la preparacion y aplicacion de los colores. Sus obras carecen de perspectiva, y no porque la desconozcan, sino porque la desatienden como los antiguos. Hállanse pinturas en miniatura y al temple de suma perfeccion, pero muy inferiores en cuanto al estilo y composicion á las más ínfimas de los europeos. La escultura, rara vez empleada en grandes dimensiones, sólo es notable por lo bien acabada; pero defectuosa en elegancia y correccion de formas. Los chinos no graban en metales, pero sobresalen en el grabado sobre madera, ejecutando relieves de inimitable primor. Copian con tan minuciosa fidelidad que es ya servil. Su gusto es ridículo, mezquino y poco natural. La arquitectura, al contrario, elevóse en dicho imperio al más alto grado de perfeccion, particularmente en la disposicion general de sus grandes edificios, como palacios y templos. Siguen un sistema en la distribucion de los jardines imitado por las demas naciones, y al cual dan impropiamente el nombre de *jardines ingleses*. Su música, en extremo complicada, carece de armonía y melodía, por mas que se pretenda hallar en ella principios parecidos á los de nuestras composiciones.

La astronomía ocupa el primer lugar entre los chinos desde los tiempos más remotos, pero sin progresos de consideracion. Las observaciones directas ofrecen cierto interes, pero se equivocan frecuentemente en los cálculos. Su mayor empeño es calcular los eclipses y demas fenómenos celestes. El año es lunisolar; empieza con la luna nueva más inmediata al dia en que el sol se encuentra en el apogeo de Acuario. Los meses cuentan de veinte y nueve á treinta dias, é intercalan siete veces un mes en el espacio de diez y nueve años. El año astronómico se divide en veinte y cuatro medios meses. Los años y dias se calculan por dos ciclos, uno de diez y otro de doce signos, los cuales combinados de dos en dos forman otro de sesenta, que en el uso familiar sirve de semana, y en la historia para marcar los acontecimientos como entre nosotros los siglos. El zodíaco se reparte en doce casas solares, ocupadas por veinte y ocho constelaciones lunares. El dia natural consta de doce horas equivalentes á dos de las nuestras, y la primera empieza á las once de la noche. La hora tiene ocho *khes*, y el mes se divide en tres décadas. La redaccion del calendario se considera como un asunto importante en la China, y cuando la astronomía no estaba muy adelantada en dicho imperio se apelaba á los astrónomos musulmanes para el efecto. Los jesuitas los reemplazaron en la secretaría de matemáticas; pero desde su salida quedó la redaccion en manos de astrónomos chinos, que la desempeñan con suma imperfeccion.

Dedícanse con especialidad los chinos á la uranografía, meteorología y astrología. Su medicina es un tejido de supersticiones, fundando las teorías en bases absolutamente imaginarias. Mucho se elogió su empirismo en la doctrina de los pulsos, en la aplicacion de la *moxa* (especie de ajenjo, cargado de pólen, del cual hacen torcidas y las queman sobre la parte enferma) y en la acupuntura. Su farmacopea es bastante copiosa; poseen buenos libros de historia natural aplicada á la medicina, con láminas muy útiles. Algunos misioneros elogian los conocimientos de los chinos en matemáticas, pero sólo se apoyan en varios trabajos que suponen cuando más el conocimiento de la geometría práctica. Su numeracion es buena y fundada en el sistema decimal. Verifican con la mayor rapidez toda especie de operaciones aritméticas, valiéndose de una máquina introducida despues en Rusia y en Polonia.

La lengua china se consideró como la más difícil de todas las del mundo, pero desde que se conoce en Europa mejor que antiguamente, desaparecieron las principales dificultades. La escritura fue figurada en un principio; despues pasó á silábica en gran parte, y se aplica á la expresion de los sonidos así como á la representacion de las ideas, y aunque el número de signos compuestos que la constituyen sea casi infinito, los métodos últimamente introducidos en Europa permiten el conocimiento de la lengua en toda su extension y en corto tiempo. Poseen excelentes diccionarios, en donde se encuentran los signos de la escritura y todas las palabras del idioma explicadas con la mayor precision y regular órden. Las sílabas radicales del idioma vulgar son escasas, pero se multiplican por medio de delicadas diferencias de articulacion, reuniéndose dos ó tres para formar palabras compuestas. Cada sílaba corresponde siempre á un signo escrito que tiene su significacion. La gramática es sencilla, y las referencias de sintáxis determinadas por medio de partículas ó por la colocacion relativa de las partes de la oracion. El idioma de las personas instruidas es uno mismo en todo el imperio: por lo demas, existen varios dialectos particulares en las provincias, poco conocidos porque no se escriben, y su uso es local. No obstante se hallan vocabularios de algunos, particularmente del de Emui (Hia-men) en el Fu-kian, y del de Canton en el Kuang-tung. La pronunciacion de Pe-king empieza á alterarse por la permanencia de la córte entre los tártaros. La de Nan-king pasa por la más suave y regular. El mandechu, idioma radicalmente distinto del chino, se habla tambien en la córte y en el ejército, y los documentos oficiales se publican en ambos idiomas.

La literatura china es incontestablemente la primera del Asia, si se atiende al número, importancia y autenticidad de los monumentos. Las obras clásicas de primer órden, que se llaman *king*, pertenecen á la más remota antigüedad. Los filósofos de la escuela de Confucio toman por base la moral y la política. La historia fue siempre el objeto predilecto de los chinos, y sus anales forman el cuerpo más completo y mejor concluido que existe en ninguna lengua. La geografía se cultiva tambien con particular esmero, produciendo excelentes obras, impulsando á la par los certámenes, la elocuencia, política y filosofía. La historia literaria, crítica y biografía, ocupan una infinidad de obras notables por su órden y regularidad, y poseen ademas gran número de traducciones del sanscrito sobre religion y metafísica. Los literatos se dedican á la poesía que reconoce

la doble traba de la medida y de la rima: escriben poemas líricos y épicos, y particularmente didácticos, producciones dramáticas y novelas de todo género, en donde brillan unas veces las pasiones y otras lo maravilloso. Añadirémos que poseen un número considerable de catálogos extensos y universales de las bibliotecas y enciclopedias, y en el último siglo se empezó la impresion de una coleccion de obras escogidas que debia formar un cuerpo de ciento ochenta mil volúmenes. Las notas, glosas, comentarios, índices y extractos por órden de materias, ayudan á encontrar con facilidad las que se desean. Los libros están por lo general impresos en papel; las partes de una obra clasificadas, numeradas y paginadas: en fin no existe nacion, aun en Europa, en donde se encuentren tantos libros, tan bien hechos, tan fáciles de consultar y más baratos.

La instruccion es general en la China: no existe artesano que á lo ménos no sepa leer y comprender los libros de su profesion. La muchedumbre de literatos aprobados en los exámenes recorre las ciudades enseñando caligrafía y elementos de literatura. Los colegios no tienen profesores asalariados, sino examinadores y provisores, cuyo principal cargo es dirigir el concurso y vigilar los estudiantes. En Pe-king existe un colegio para los intérpretes, en donde se enseñan las lenguas de las naciones fronterizas de la China.

La justicia se administra por medio de magistrados nombrados al efecto por el ministerio de justicia, y con diplomas del emperador. Los castigos impuestos á los ladrones y perturbadores de la tranquilidad pública son muy severos: los más comunes consisten en palos, multas, bofetadas, la argolla, encarcelamiento, destierro al interior ó á Tartaria, y la muerte que se ejecuta ahogando ó decapitando al reo. Los castigos son proporcionados á la gravedad de los crímenes; pero su aplicacion es á veces arbitraria y precipitada, á escepcion de la pena capital, para la cual se necesita la aprobacion del emperador, excepto en casos extraordinarios.

Las rentas de la China están calculadas en 5,900.000,000 rs. vn. por los redactores del Viaje de lord Macartney. Degnignes juzga este cálculo exagerado: supone que el impuesto percibido en 1777, comprendidos los derechos de aduanas, sobre la sal, el carbon, etc., con 24 millones sobre el comercio extranjero de Canton, no ascendió mas que á 2,550.000,000. Pero debe añadirse á esta suma el tributo recaudado sobre la seda y tejidos de otras materias, fijado por el mismo autor en 200.000,000, y añadiendo á esta suma otros productos, hace ascender el total de rentas á 2,800.000.000, advirtiendo que no toma en consideracion las de las posesiones del emperador, el monopolio del *jin-chen* ó chinsang, planta medicinal de Tartaria muy buscada por los chinos, las confiscaciones, presentes, y otros objetos de menor cuantía.

En cuanto á los gastos, el diezmo de los productos de las tierras basta para pagar á todos los oficiales del ejército en tiempos normales.

El prest de la tropa se paga mitad en metálico y mitad en frutos. Lo mismo sucede con los honorarios de los magistrados, tanto en la córte como en las provincias, lo que dificulta en extremo las noticias exactas de la inversion.

La misma incertidumbre que se observa en la averiguacion de la poblacion y rentas del imperio, aparece en el número de tropas mantenidas por el emperador. Los ingleses que acompañaron á lord Macartney las fijan en un millon y

ochocientos mil hombres: Vanbraan y Degnignes, á setecientos setenta ú ochocientos mil. Estos diversos cálculos quizá no son tan contradictorios como parece, si se atiende á la variedad de tiempo y circunstancias. Deben experimentarse grandes diferencias entre el ejército en paz ó en guerra, en una nacion donde los soldados salen á ejercer profesiones lucrativas en los intervalos del servicio, y donde naciones enteras son llamadas á las armas en caso de necesidad. Los mandechus de las ocho banderas, los khalkhas y los mogoles se hallan en este último caso, de modo que las tropas chinas no componen sino el número menor del total de fuerzas del imperio.

La artillería es mala, y los fusiles muy imperfectos, y con fundamento puede concluirse que sus ejércitos no opongan gran resistencia á tropas europeas bien disciplinadas. Pero la superioridad del número es una ventaja de aquellos, y la regularidad de sus evoluciones les ayuda sobremanera. La táctica china está acertadamente combinada, y aun fijó la atencion de algunos generales de la escuela del gran Federico. Por otra parte, el espíritu nacional y el odio á los extranjeros son las mejores garantías de la independencia de un pueblo, donde se elevan á tan alto grado estos dos sentimientos.

La historia china remonta hasta 2200 años ántes de nuestra era, y ciertas tradiciones suponen su principio cuatro siglos más allá, esto es, el año 2637 ántes de J. C., que fue el 61 del reinado de Hoang-ti. Ku-hi pasa por el fundador del imperio; pero su reinado y el de varios sucesores están envueltos entre fábulas. Yao es el primer príncipe mencionado en el Chu-king, que es el libro más auténtico entre los clásicos de la China, y Yu, su segundo sucesor, fundó la primera línea de sucesion. Despues de esta dinastía ocuparon el trono otras veinte y una, pero no todas poseyeron la China entera. Los primeros reyes no reinaron al parecer sino en las provincias centrales y del N. O., esto es, en el Ho-nan, en Chan-si, y en el Chen-si, en donde se opina con fundamento que principió la civilizacion china. Su dominacion no se extendió á las provincias situadas en el curso del Kiang, sino por grados, y muy tarde á las que se hallan al otro lado de dicho rio. Las que forman actualmente el imperio no son las únicas que dependieron de él en otro tiempo. El Tong-king y la Cochinchina hasta el Camboge fueron convertidas en provincias chinas en el reinado de Han, bajo los nombres de Fu-nan y de Ji-nan. Toda la pequeña Bukharia, la Transoxana y hasta una parte de la Persia fueron igualmente divididas en provincias, departamentos y distritos en los reinados de la dinastía de los Thang.

En otras épocas, al contrario, las naciones tártaras invadieron trozos más ó ménos considerables del territorio imperial. Algunas tribus de raza turca ó tongusa se establecieron en el Chan-si, en el Ching-king y en el Tchi-li. Una nacion de orígen tibetano formó en lo que actualmente se llama Chen-si y Kan-su un reino que figuró bastante con el nombre de Tangut. Dos pueblos oriundos de la Tartaria oriental se apoderaron de todo el Norte de la China y formaron en dicha parte estados poderosos con los nombres de Khitans y Altun-khans (reyes de oro). Estos últimos fueron despues subyugados por los mogoles, quienes finalmente sometieron tambien la dinastía china de los Sungs retirada al S. En esta época toda la China reconoció por primera vez una dominacion extraña, que fue la de los descendientes de Tchinkis-Khan, mas no duró cien años, despues

de cuyo tiempo los chinos expulsaron á los mogoles obligándoles á retirarse de nuevo al N. de la gran muralla. Por último, á principios del siglo XVII los mandechus y los tártaros oriundos de los Altun-khans, aprovechándose de las turbulencias suscitadas en la China, entraron en ella como auxiliares y concluyeron por colocar en el trono á uno de sus jefes, quien fue el primer emperador de la dinastía de los Thsings. Dos de sus príncipes son los que más contribuyeron á elevar la China á un grado de esplendor que no alcanzó ni aun en las épocas más florecientes.

A más de las razas autoctonas que formaron la base de la poblacion, este imperio recibió en tiempos muy remotos colonias tongusas, mogoles y turcas, y se conservan todavía en su seno tribus enlazadas por su orígen con las naciones tibetanas, birmanes y siamesas. Algunos comerciantes bukhares, persas y árabes, han pasado á dicho país en diferentes épocas, unos por la parte N. y otros por la parte S. En él se encuentran judíos, armenios, lamas del Tibet, peregrinos, indios, etc. Los rusos por un tratado especial mantienen un colegio en Pe-king bajo la direccion de un archimandrita.

La China ha enviado colonias á toda la península indiana, á las islas de Sumatra, Java y Borneo; á las situadas al E. de Formosa; á las Lieu-kieu, al Japon, á Corea, á toda la Tartaria, á Taras en el camino de Transoxana y hasta Armenia, muchas de ellas guiadas por la necesidad ó el interes mercantil, independientes de la voluntad del gobierno. Otras importaron en naciones remotas las artes, lengua é instituciones chinas, siendo en el Asia oriental lo que Roma en Occidente, el centro del poder, luces y civilizacion.

El comercio de la seda, llamada *ser* por los tártaros próximos á la China, existe desde la más remota antigüedad en el centro del Asia, por cuyo punto llegó á Occidente la fama de un grande imperio situado al extremo Oriente: así es que los chinos fueron ya conocidos por los romanos y griegos bajo el nombre de *seres*, y su territorio con el de *Sérica*. El nombre de *Thsin*, propio de una dinastía que empezó á reinar 256 años ántes de J. C., corrió tambien desde dicha época por todo el Oriente, y fue despues diversamente alterado por los geógrafos y viajeros de Europa y Asia que recorrieron la China ó trataron de ella. De aquí dimanan los nombres *Sin*, *Tchina*, *Maha-tchin*, *Man-dji*, *Tsinistan*, *Djen*, *Djenasdan*, y últimamente *China*. Este nombre prevaleció en Europa desde que los portugueses empezaron á penetrar en aquel imperio por los mares de la India, frecuentando sus costas meridionales. El nombre *Cathai ó Khitai*, célebre en la edad media, derivado de los *khitans* que ocupaban las provincias septentrionales del imperio, se conserva en Rusia.

Conócese actualmente que los indios, persas y árabes empezaron desde muy antiguo á comerciar con las provincias meridionales de la China: los romanos fuéron allá en los primeros siglos de nuestra era, y los griegos de Bizancio penetraron poco despues por el N., llevando sus caravanas á Persia y Bukharia. En la edad media algunos religiosos y comerciantes de Europa visitaron la China sometida entónces á los mogoles. Marco Polo la recorrió en toda su extension. Sin embargo se desatendió y llegó á olvidarse este imperio por espacio de dos siglos, hasta que los portugueses volvieron, digámoslo así, á descubrirle por los años de 1517. San Francisco Javier formó en 1552 el designio de predicar allí el Evan-

gelio, y Mateo Ricci lo verificó en 1582 entrando por la provincia de Kuang-tung. En 1603 el P. Goez pasó á ella desde la India para reconocer la parte septentrional, sobre la cual se dudaba con motivo del nombre de Cathai, con el cual se designaba todavía. Desde esta época varias expediciones enviadas por los rusos, holandeses é ingleses, por las ventajas de su comercio, dieron orígen á relaciones y descripciones de la China, entre las cuales se encuentran algunas muy recomendables por su exactitud.

EL JAPON.

La palabra Japon, de orígen chino, se deriva de *Jyfon* (nacimiento del sol), así como el *Zipangue* de Marco Polo procede de la palabra china *Ju-pen-lace* (reino del orígen del sol). El archipiélago japones situado al Noreste de la China, es en efecto con respecto á esta como la cuna del astro del dia. Las principales islas del Japon, que son las de Nifon, Kiusiu y Sikokf, están cubiertas de elevadas montañas volcánicas. Atraviesa á la primera en toda su longitud y de Noreste á Sureste (trescientas diez leguas) una enorme cordillera de gran elevacion, interrumpida por desmesurados picachos coronados de nieves perpétuas.

Hállase otra montaña más alta aun, llamada *Jusi-no-yama*, inmensurable pirámide cuya cresta de hielo resiste á los más ardientes rayos del sol, y en la cual vese el cráter del mayor volcan conocido.

Un fenómeno volcánico produjo en la parte occidental de Nifon el lago interior *Biva-no-mitsu-umi*, de donde nace el *Yodo-gavo*, que desemboca en el golfo de Osaka.

Aunque en idéntico paralelo al de España, Italia y Sicilia, carece de la benignidad de clima que en estos se disfruta, porque faltándole el abrigo de altas montañas como los Pirineos ó los Alpes, y circuido por un océano conocido con el nombre de *mar de las nieblas*, se halla expuesto á los helados vientos de la Tartaria, soportando por consiguiente dias glaciales en enero, febrero y marzo, devastadoras tempestades en junio, julio y agosto, y terribles huracanes en las épocas equinocciales.

Kaempfer opina que los japoneses descienden de una de las familias dispersas cuando la destruccion de la torre de Babel. Maltebrun y Klaproth les atribuyen diferente orígen del de los chinos. Son muy parecidos, dice Klaproth, á primera vista y en conjunto á los chinos, pero examinando con detencion sus rasgos característicos, y comparándoles con estos, nótase al punto la gran diferencia que existe entre ambos pueblos. Yo mismo hice esta observacion en la frontera del imperio ruso y de la China, donde encontré confundidos individuos de ambas naciones. Los ojos de los japoneses, aunque colocados casi tan oblícuamente como los de los chinos, son más anchos en el lagrimal y el párpado aparece como

vuelto al abrirle. El cabello es pardo oscuro, y en los niños menores de doce años obsérvanse todos los matices; sin embargo, hállanse aunque en corto número individuos de cabello negro y rizado con los ojos oblícuos y la piel negra, mirada desde cierta distancia; el color de los aldeanos es amarillento, el de los habitantes de las ciudades varia segun su modo de vivir, y en los palacios se ven mujeres de tez blanca y mejillas tan sonrosadas como las europeas. Los vagamundos y gente que vive á la intemperie tienen un color cobrizo oscuro, como tambien los campesinos, especialmente en las partes del cuerpo expuestas á la accion del sol. Demuéstrase asi mismo la diversa procedencia de las dos naciones por el idioma japones, el cual difiere por completo de todos los comarcanos, y si bien se hallan en él bastantes palabras chinas, compréndese que han sido introducidas por las colonias y literatura de esta nacion, pues no constituyen una parte radical é integrante del idioma. Tampoco se parece al coreo, ni al de los *ainos ó kuriles* que habitan el Yesso, ni menos á los de los *mandechus* y *tonguses,* que ocupan la parte opuesta del continente asiático.

Presentan testimonio más exacto de la diferencia de tipos la diversa higiene y temperamentos; de la divergencia de idiomas, la existencia de una lengua primitiva, conservada por unos en toda su pureza, al par que olvidada por otros.

Debemos pues calcular que los chinos, de orígen probablemente jafético, mezcláronse con los pueblos comarcanos en la zona que desde el Japon atraviesa la Corea y termina en China, bastardeándose estas mezclas en Tong-King, Cochinchina y Siam. La comunidad de orígen entre los actuales habitantes del Japon y los del continente chino es ademas consecuencia de su historia.

Los anales japoneses pretenden que al principio gobernaron su archipiélago siete espíritus ó dioses que fuéron sucediéndose: los tres primeros increados, y los otros cuatro procedentes de ellos. Despues de estos siete espíritus, vinieron cinco semidioses ó genios; el primero, la hija del Sol, llamada Ten-sio-dai-sin (el gran espíritu de la luz), fundadora del imperio y de la cual descienden los *dairis* ó emperadores. Afirmó la dinastía, en el año 660 ántes de Jesucristo, Vin-hu (el guerrero espiritual), que saliendo de la estremidad occidental conquistó todo el imperio ménos la parte septentrional, que los *ijebis*, habitantes anteriores, continuaron ocupando largo tiempo. Vin-hu fue sin duda chino, é introdujo en el Japon la agricultura y la industria. Acudieron luego otros colonos, entre ellos trescientos jóvenes de ambos sexos que el emperador Tsin-chi-huang-ti envió á las órdenes del médico Viko-fuk (Sin-fu), á la isla imaginaria de For-aisun, para buscar el elíxir vital, arribando al Japon 209 años ántes de Jesucristo, y como su conductor introdujo las artes y ciencias, que ántes no se conocian, tributáronle despues de su muerte honores divinos; y así los chinos, si no poblaron desde el principio el Japon, al menos modificaron y asimilaron las familias existentes.

Tres son las religiones principales del Japon, á saber: el *sinto* ó sinsiu, el *siuto* ó religion de Kong-futse (Confucio), y el buddhismo, subdivididas en multitud de sectas.

El sinto ó religion de los *kamis* (espíritus) está reducida al culto de las divinidades invisibles que dirigen todas las cosas. Llámase kamis á los siete espíritus que componen la primera dinastía de soberanos del Japon, y á los cinco

semidioses que forman la segunda. Los emperadores descendientes de Vin-hu, fundador de la tercera, tambien son elevados á kamis despues de su muerte, si el dairi ó emperador reinante así los declara. Los siete espíritus primeros están considerados como harto superiores para ocuparse de las cosas terrenales; por cuya razon invocan ante todo á la diosa Ten-sio-dai-sin, de quien procede el dairi. Su principal templo, edificado cuatro años ántes de la era cristiana, es el Nai-ku, cerca de Uza, provincia de Isé (la tierra santa de Japon). Está rodeado de otros siete dedicados á diferentes genios.

El hermano de la diosa es el dios de la guerra, Fastman, al que suelen llamar Uza-Fastman, porque su templo está en Uza, en la provincia de Bunzer. Cuida de la integridad del territorio, y los emperadores le mandan embajadas cuando amenaza guerra. Toyo-keo-dai-sin, reputado como creador del cielo y tierra, y patrono del dairi, tiene un ghe-ku, templo exterior, en el monte Nuki-Nuko-Yama. Al ocupar el trono cada dairi se mide con un bambú, que se conserva en el templo hasta su muerte; entónces se traslada envuelto en un papel que contiene su biografía, y estos bambúes son venerados como otros tantos kamis. Desde su construccion, cuatro años ántes de Jesucristo, consérvanse en el ghe-ku un sombrero de paja, un manto para guarecer de la lluvia y un azadon, emblemas de la agricultura, que despues de las armas es la profesion más considerada. Circuyen ese templo otros cuatro consagrados á la tierra, á la luna, al viento, etc.

El pueblo cree inextinguible la descendencia de los dairis, y cuando el emperador no tiene hijos, la diosa le envia uno. En este caso procuran colocar en la puerta del palacio debajo de cualquier árbol á un niño de ilustre cuna, escogido secretamente por el dairi; y al verle el pueblo prorumpe en trasportes de alegría y reconocimiento.

Los sintoitas pretenden que las almas sobreviven á los cuerpos, siendo juzgados en la otra vida por jueces celestiales. Las de los virtuosos entran en el Taka-ama-ka-vara, es decir, en la cumbre del cielo, donde llegan á ser kamis ó genios bienhechores; miéntras que las de los malvados son precipitadas en el Ne-no-ku-ni, ó reino de las várices. Los kamis tienen varios *miyas* ó templos de diferentes proporciones, en cuyo centro se halla el símbolo de la divinidad formado de tiras de papel pegadas á varetas de *finoki* (thuya japónica), y al cual llaman *gofei*. Tambien se encuentran en las casas en pequeñas miyas ó *mnas*, á cuyos lados colocan macetas con ramas verdes de *sakaki* ó de mirto y jazmin, dos lámparas, una taza de te, y varios vasos llenos de *saki* ó vino japones, y en ellas hacen los moradores sus oraciones matutinas y nocturnas á los kamis.

Los miyas, aunque sencillos, unidos á veces con las habitaciones de los sacerdotes, forman vastos edificios con extensos pórticos llamados *tori-i* ó sitios destinados para las aves. En frente están las estatuas de los dos perros Koma-inu, y delante del santuario de Ten-sio-dai-sin las de Fino-o, (el rey del fuego), y Mityá-o (el rey del agua), que acompañaron á la diosa en su viaje de Finga á Idzumia.

En ciertas épocas se ofrecen sacrificios diarios á la fundadora del imperio, á los buenos dairis, y á todos los que han llegado á kamis; pero no se implora directamente á Ten-sio-dai-sin, sino á los Sin-go-sin (divinidades protectoras),

que son los conductores de la oracion, y á cuya jerarquía pertenecen los demas kamis; entre los animales, que son reverenciados de igual modo, figura la zorra ó *inari,* extraordinariamente venerada por su astucia.

La consultan sus negocios más arduos, erigiéndola templos domésticos y ofreciéndola arroz y frutas. Si se los come, es buen agüero; si los desaira, sigue desgraciado. En la antigüedad ofrecíanse víctimas humanas á los genios maléficos, como Kiusin-rio (el dragon de las nueve cabezas del monte Toka-kusi); mas despues se sustituyeron con arroz, pescados y machos cabríos.

Cada distrito venera sus divinidades tutelares de los transeuntes; los marineros de Nifon y Sikokf invocan á Koufiro, reputado como el *tengu* ó perro celeste del país.

Los sacerdotes sintoitas llevan el cabello largo como los seglares, y pueden casarse. Antiguamente cuando moria un gran personaje se enterraban con él vivos varios amigos y criados suyos, mas luego en lugar de enterrarse se abrian el vientre, bárbara costumbre prohibida el año 3 de la era cristiana, y perpetuada hasta fines del siglo XVI; tambien solian reemplazarse con estatuas de barro.

Por los años 284 de Jesucristo introdujeron el siuto ó religion de Kong-futse varios sugetos versados en ella que llegaron de Corea á Miyako llevando el Rongo, libro de Kong-futse, que presentaron al dairi y enseñaron á uno de sus hijos. Wo-nin, jefe de aquella mision religiosa y literaria alcanzó despues de su muerte honores divinos, y desde entónces la escritura china se generalizó en el Japon.

El buddhismo fue importado de la Corea en el año 552 de Jesucristo. Los anales indígenas refieren que uno de los príncipes coreos envió aquel año al dairi un embajador con una imágen de Buddha-Sakya y los libros clásicos de aquella religion. Ensayad ese nuevo culto, dijo al emperador uno de sus ministros. No, replicó otro, porque ya tenemos hartos dioses que adorar, y si aceptamos otros extranjeros, los nuestros se disgustarán. Eligióse un término medio, no declarándose en pro ni en contra de las doctrinas búddhicas; pero adoptadas primero por la aristocracia, extendiéronse hasta la plebe prefiriendo sus pomposas prácticas al rito sencillo de sinto, y viéndolas afirmadas en general los dairis las mandaron reconocer como religion del estado. Hasta los sintoitas la adoptaron sin imaginar que abjuraban la suya, y tal es la tolerancia ó confusion de cultos, que en los templos de sinto se ven ídolos búddhicos y en los de Buddha se ofrecen dones á los kamis.

La mayor imágen de Buddha es la de Fo-ko-zi de Miyako, célebre en toda el Asia por sus enormes dimensiones, y llamado Daibuts, ó gran Buddha Rusiana (el resplandeciente). Representa á Buddha sentado á la usanza india sobre una flor de loto. Antes era de bronce dorado; mas destruida por el terremoto del año 1662, fue reemplazada en 1667 por otra de madera cubierta de papel dorado. La total altura de este coloso mide ochenta piés; setenta la estatua y diez la flor sobre la que se asienta. Sostienen el templo enlosado de mármol blanco noventa y seis columnas de madera de cedro. En una estancia inmediata está suspendida la campana más grande que existe en el mundo; su altura es de diez y siete piés, y pesa un millon setecientas mil libras japonesas, equivalentes á dos millones poco

más ó ménos de libras holandesas. El dios *Amida* ó *Xaca* es el mismo Buddha Sakya de los indios: adóranle bajo varias formas, principalmente la de un hombre con cabeza de perro, montado en un caballo de siete cabezas, y con un aro en las manos.

Sigue á este en importancia el de su hijo *Kang-won*, ó *Canon*, erigido en una garganta cerca de Miyako, y representado por una figura gigantesca con veinte brazos armados de otras tantas flechas y siete cabezas de niño pintadas en el pecho.

Dejarémos á un lado las ocho sectas principales de buddhistas que se cuentan en el Japon, para hablar sólo de los ya-ma-bus (habitantes de las montañas), especie de anacoretas á los que el pueblo atribuye ciencia sobrenatural y poder mágico, ocupándose únicamente en visitar los lugares reputados por santos. Siempre caminan descalzos vistiendo un traje talar y holgado de forma particular y distinta del de los demás bonzos, que es más sencillo, y llevando indistintamente la cabeza rapada ó con un mechon de cabellos. Obsérvase en el Japon el suicidio religioso como en el Indostan.

Frecuentemente, dice Charlevoix, vense en las costas barcas llenas de fanáticos, que se precipitan y perecen en el agua cantando las alabanzas del dios Canon, cuyo paraíso suponen en el fondo del Océano, miéntras la multitud presencia el suicidio, elogiando su valor, y colmándoles de bendiciones hasta que desaparecen bajo las olas. Otros se mandan emparedar en cavernas, donde mueren de hambre con la esperanza de que Amida recibirá su alma al salir del cuerpo, ó bien suben á los cráteres de los volcanes, é invocando á su dios se arrojan al abismo; pero con más frecuencia se colocan al paso de los carros que conducen los ídolos, muriendo aplastados por las ruedas ó por los piés de la multitud que á tales solemnidades acuden. Mas aunque no todos están poseidos de este absurdo fanatismo, es sin embargo general la práctica de la penitencia, que verifican de un modo cruel é inhumano. Ya en el rigor del invierno se desnudan y bañan con agua fria, ya emprenden largas peregrinaciones descalzos por caminos sembrados de guijarros, brezos y maleza, ya suben arrastrando hasta las cumbres de los riscos causándose graves heridas, ó en fin pronuncian miles de veces el nombre de su dios con la frente en el polvo.

Terminarémos esta reseña con la peregrinacion que de tiempo en tiempo hacen los bonzos llamados *xamabugis* (yama-bus), ó sea celosos discípulos de Xama.

Sobre doscientas personas se reunen todos los años en la ciudad de Nara, situada á ocho leguas de Miyako, para emprender un viaje de setenta y cinco leguas por caminos y desiertos tan intransitables y ásperos, que apénas pueden andar una legua diaria. Cada cual lleva su provision de arroz machacado, harto exigua por cierto, pues sólo comen dos veces al dia la cantidad que puede caber en el hueco de la mano, con tres vasos de agua. Cuando alguno cae enfermo, cosa muy frecuente, le dejan abandonado, y por lo general allí muere. A ocho leguas de Nara el terreno va elevándose, los caminos son impracticables, y sólo se avanza con el auxilio de ciertos bonzos llamados *genguis*, que aguardan á los peregrinos para acompañarlos hasta otra estacion, ocho leguas más allá, entregándoles á otros bonzos llamados *quoquis*. Unos y otros son especies de ana-

coretas que nadie sabe de qué viven, ni dónde se albergan. La idea que se tiene concebida de estos hombres extraordinarios, su figura repugnante, mirada fiera, tono de voz y maneras salvajes, y la agilidad con que trepan y corren por las más ásperas crestas al borde de espantosos precipicios, inspiran pavor y amedrentan á los más intrépidos. Los primeros misioneros que los vieron aseguraron que están en comunicacion con los demonios; sin embargo, ellos pretenden ser los confidentes del dios Xaca, el pueblo los juzga santos, y merced á esta opinion ejercen sobre los desgraciados peregrinos un dominio y autoridad absolutos. Ante todo les mandan observar estrictamente el ayuno y demas fórmulas prescritas para el importante acto que van á verificar, y si alguno incurre en la más leve falta, le cuelgan de un árbol por las manos sin apelacion, donde muere de hambre y desesperacion, presenciando este suplicio los demas sin proferir una palabra, pues si alguno se permitiera la más mínima observacion, sufriria la misma suerte. En la mitad del camino se encuentra una planicie donde obligan á sentar á los viajeros con las manos en cruz y el rostro contra las rodillas, permaneciendo en esta postura un dia y una noche, sin hacer el menor movimiento, so pena de recibir unos cuantos palos, y examinando entre tanto su conciencia para verificar una confesion general.

Terminado este acto, continuan la marcha, y á pocas leguas se descubre una cordillera de altas montañas, próximas al parecer unas á otras, en cuyo centro se eleva una altísima roca aislada, que se pierde entre las nubes, y su cima es el término de la peregrinacion. Por medio de un aparejo especial fijan en ella horizontalmente una barra de hierro, de cuyo extremo pende una monstruosa balanza, suspendida sobre un abismo tan profundo y horrible que causa vértigo. En uno de los platillos van colocando los peregrinos uno á uno, y en el otro peso proporcionado para formar el equilibrio: en esta posicion confiesa en alta voz sus pecados, que oyen los demas sentados en los picachos inmediatos. Si los bonzos imaginan que el penitente trata de ocultar ó atenuar sus faltas, imprimen con un mecanismo cierto movimiento á la barra, y el infeliz cae al precipicio, cuyo solo aspecto corta la palabra. Cuando ya han sufrido esta horrible prueba les conducen al templo de Xaca, donde se halla una estatua enorme de este dios, de oro macizo, y á su alrededor otras de varios ídolos, cuyo número aumenta cada año.

Cumplidas las ceremonias religiosas en Xaca, recorren las otras montañas en veinticinco dias, despidiéndose de los bonzos á quienes entrega cada uno cuatro escudos de limosna, y reunidos en otro templo, despues de orar se separan, regresando cada cual á sus hogares por el camino que más le agrada.

Los dairis en calidad de pontífices legisladores y jefes militares reunen en sí todas las atribuciones religiosas, civiles y políticas, pero enervados por la molicie dejan á los *kuvos* ó generales del ejército reinar de hecho en su nombre. El valimiento de estos data sobretodo desde Yoritomo, de la familia de los Ghensi, que habiendo salvado en el año 1190 al dairi reinante de las ambiciosas tramas de los *jeikes*, fue nombrado generalísimo fijando su residencia en Kama-Kura, donde absorbió de tal modo el poder, que en el siglo XVI el dairi era soberano nominal, y real y efectivo el kuvo ó *sengun*. Sin embargo, tribútase al dairi un respetuoso culto como hijo de una diosa, el cual acrece á medida que su autori-

dad disminuye. No es lícito al emperador, dice Charlevoix, tocar la tierra ni aun con el pié, porque le profanaria, y así, cuando desea trasladarse de un punto á otro le llevan en andas personas destinadas al efecto. Rara ó ninguna vez se presenta en público, estándole prohibido cortarse el cabello, la barba y las uñas. Kaempfer asegura que su servidumbre lo verifica miéntras duerme. Antiguamente tenia obligacion de sentarse todas las mañanas en el trono, y permanecer allí durante algunas horas, inmóvil como una estatua; su inmovilidad juzgábase de buen agüero para la tranquilidad del imperio; pero si por desgracia le ocurria moverse ó dirigir la vista hácia cualquiera de sus provincias, recelaban próximos el fuego, el hambre, la guerra, ú otras calamidades semejantes. Despues acordaron librarle de tan violenta y ridícula ceremonia, y desde entónces se limita á colocar sobre el trono la corona imperial, cuya inmovilidad es más segura, y segun ellos produce los mismos efectos. El traje del dairi consiste en una túnica de seda negra, una toca encarnada, y sobre ella otra de crespon de seda finísimo, y un bonete de forma cónica con colgantes por detras. Prepáranle diariamente doce suntuosas mesas en otros tantos aposentos del palacio, y todos los doce servicios se reunen en la mesa que elige; durante la comida una estrepitosa música atruena con sus sonidos discordantes, y la vajilla, de finísima porcelana, se rompe á medida que se retira de la mesa, en la inteligencia de que si otro que el dairi tocase á ella, moriria ahogado: otro tanto piensan respecto á los vestidos. Un consejo eclesiástico cuida de que la corona no salga de la familia de Vin-hu, sucediendo siempre al príncipe reinante su más próximo pariente.

El poderío de los sengunes, aunque real de hecho, se halla bastante circunscrito; hasta 1585 fue patrimonio de la rama de Yoritomo, cuando se trasladó la capital á Yedo. Manifiesta al dairi grandes y respetuosas consideraciones, pero tan luego como ocurre cualquier reforma legislativa ó cuestion diplomática, le envia un embajador solicitando su asistencia; á su vez el dairi sostiene un consejo eclesiástico al lado del sengun, con encargo de vigilar su conducta religiosa.

El imperio está dividido en ocho grandes reinos, llamados *do*, ó caminos, los cuales se subdividen en sesenta y ocho *kokfs* ó provincias, comprendiendo seiscientos veinte y dos *koris* ó distritos. El sengun no tiene jurisdiccion sino en cinco provincias, que gobiernan en su nombre unos delegados llamados *obanjos;* las restantes se dividen entre un gran número de *dai-mio* ó príncipes de los kokfs, dignidades tanto más poderosas, cuanto que son hereditarias, aunque sometidos como feudatarios al jefe supremo. Este feudalismo organizado, limita en cierto modo el poder de los sengunes. Los principales dai-mio forman parte de un consejo revocable á voluntad, pero cuya autoridad es casi decisiva. Este *tsin-djo-no-sio,* ó consejo general central, se subdivide en otros secundarios, como nuestros ministerios ó tribunales, en los que se separan los negocios de legislacion é instruccion pública de los del interior, política general, guerra, causas criminales, hacienda pública, y patrimonio ó casa del emperador. Los dai-mio están obligados á sufragar todos los gastos de las localidades que gobiernan, y ademas á economizar una cantidad que deben enviar como tributo al sengun; sosteniendo tambien una fuerza militar á disposicion de su jefe, todos los gastos de una córte fastuosa, y á presentarse cuando sean llamados á ofrecer sus homenajes al soberano. A excepcion de algunos que conservan cierta independen-

cia, la mayor parte de los dai-mio, sobrecargados por sus mismos privilegios, son pobres, miéntras que el sengun disfruta la enorme renta de seiscientos á ochocientos millones.

El pueblo está distribuido en ocho categorías; los dai-mio, príncipes hereditarios; los *chadamodo*, nobles de segunda clase, que alternan con aquellos en los cargos públicos; los ministros de la religion ó sacerdotes, sometidos especialmente al dairi; los militares que por sus buenos servicios llegan al grado de *sossines*, y alcanzan tal honra, que se les da siempre el tratamiento de *sama* ó señor; los comerciantes, clase rica pero poco apreciada; los artesanos, los labradores, y un corto número de esclavos chinos ó coreos. Es muy raro que el labrador sea propietario del terreno que cultiva; como mero arrendador paga al verdadero dueño las tres quintas partes de su cosecha. La profesion más abyecta es la de los desarrolladores, quienes están obligados á servir de verdugos y carceleros, concediéndoles en cambio el derecho de mendigar en dias de mercado, que son el primero y último mes del año. De esta jerarquía social así constituida resulta una independencia relativa, circunscribiéndose cada cual en los límites de sus derechos y deberes.

Darémos algunos detalles de las costumbres japonesas. Los nacimientos no constan legalmente, ni existen registros de estado civil como en Europa, en atencion á que la ley japonesa coloca á los hijos á la entera disposicion de sus padres, que tienen sobre ellos derecho de vida y muerte, lo que produce con frecuencia los infanticidios. Sorprende, dice Charlevoix, que en un país tan reglamentado se encomie el derecho de dar muerte ó abandonar los hijos que sus padres juzgan no poder mantener; pero como á todos los vicios se ha pretendido darles forma de virtudes, los japoneses alegan para defender esa barbarie que en eso ejercen un acto de humanidad, pues de ese modo libran á las criaturas de una vida que seria para ellas una carga insoportable. Las personas acomodadas que carecen de hijos, adoptan los que sobran á sus parientes y amigos. Tan pronto como los hijos mayores llegan á la edad viril, los padres resignan la administracion doméstica, entregándoles todos sus bienes y reservándose solo lo que creen necesitar en su retiro para sí y para mantener á los demas hijos. La legítima de estos es muy corta, y las hijas al casarse no llevan al marido más que lo puesto, pues no se conocen los dotes. Los japoneses desposan varias veces á sus hijas desde la cuna, y realizan el matrimonio cuando cumplen quince ó diez y seis años. Kaempfer nos explica las ceremonias del matrimonio en estos términos: Desde la madrugada del dia señalado para la boda, pasean los novios, cada cual en una carroza tirada por búfalos ó caballos; despues, acompañados de músicas les llevan fuera de la ciudad, por caminos diferentes, á una colina donde se reune mucha gente á presenciar el acto. A la carroza del marido siguen otros pequeños carros con los regalos para la novia, quien los acepta entregándolos en seguida á sus padres ó parientes por su cuidado en educarla. De esta manera un padre se enriquece si tiene muchas hijas que casar, y si sus novios son personas acomodadas. Poco ántes de llegar á la colina la desposada se apea de la carroza, y miéntras que ella sola sube por un lado, el marido lo verifica tambien solo por otro. En la cumbre está dispuesta una tienda de campaña muy adornada, y en su centro un altar con el dios del matrimonio que tiene la cabeza de perro, los

brazos abiertos y un alambre en las manos, y es una de las formas bajo que se representa á Amida. Por la cabeza de perro significan la fidelidad y vigilancia de los casados, y el alambre simboliza la estrecha union que debe reinar entre ellos. Ante el ídolo se halla un sacerdote, colocándose á su derecha la desposada, y á la izquierda el esposo, ambos con cirios. La primera enciende el suyo en una de las lámparas de la tienda, y miéntras el sacerdote pronuncia algunas palabras, el segundo lo enciende en el de su prometida, exhalando los concurrentes gritos de alegría deseando á los casados felicidades y luego sigue la bendicion del sacerdote. Miéntras que los nuevos esposos celebran esta ceremonia, los convidados, que permanecen al pié de la colina, se ocupan unos en arrojar al fuego los juguetes con que la esposa se divertia cuando niña, otros en mostrarla un torno y una rueca, otros custodian el carro de los regalos de boda; y por último, los sacerdotes matan dos búfalos como en sacrificio al dios del himeneo. En seguida conducen á la desposada en la carroza en medio de música y general alegría á casa de su marido, cuyas habitaciones están sembradas de flores; y allí se celebra en la azotea un gran banquete. Esta costosa fiesta dura ocho dias. Otra costumbre singular, es la de que la jóven japonesa debe desfigurarse el dia de su matrimonio, por lo cual ennegrece la blanca dentadura con un licor corrosivo, se afeita las pestañas y tiñe los labios de verde, para demostrar que en adelante está bajo el dominio del marido. El adulterio se castiga en la mujer con la muerte; una leve imprudencia la cuesta á veces la vida. La fidelidad conyugal se lleva al extremo y la adhesion al marido llega en la mujer hasta el punto de dejarse morir de hambre á la muerte de aquel. Hé aquí un caso que refiere Charlevoix á este propósito: Un noble japones del Fingo estaba casado con una mujer hermosísima que le amaba tiernamente y que labraria su dicha, si no llegara á oidos del emperador, quien le mandó matar, para casarse con la viuda, á quien se llevó á palacio. Esta, disimulando su idea, le pidió permiso para poder llorar en libertad á su marido por espacio de treinta dias y dar despues un banquete á sus parientes en el palacio, y él no sólo se lo concedió sino que deseó tomar parte en el festin. Fué en efecto, y al levantarse de la mesa, la dama se acercó al balcon, y fingiendo apoyarse en él, se arrojó desde aquella enorme altura (pues la fiesta se verificaba en el último piso de una torre) y quedó muerta en el acto, poniendo así en seguridad su honor, y la fidelidad jurada á su esposo. Los maridos, ménos fieles, sostienen algunas concubinas, con la obligacion de servir á la esposa legítima si lo exige, no sentándose jamas á la mesa del jefe de la familia. La ley japonesa autoriza tambien el divorcio.

Contrasta de un modo notable con tal disolucion de costumbres el desprecio á la vida que existe en el Japon, desprecio que prueba un valor, hijo de la vanidad, y un exceso de amor propio que en parte alguna se lleva á tal extremo. Una simple criada de servicio, dice Charlevoix, por sola una chanza de sus amos, se juzgó deshonrada, dándose muerte en el acto. Otro japones exigió á su esposa, que estaba leyendo una carta de su madre que se la entregase, y negándose aquella por motivos de delicadeza hasta el punto de tragársela con tanta precipitacion que casi la ahogó, el marido, imaginando que aquella carta era de un galan, la abrió la garganta para sacársela, y convenciéndose por su contenido del engaño que padeciera, no encontró otro medio para atenuar su falta y

remordimiento, que recoger en su casa aquella madre, causa inocente de la desgracia, rodeándola de comodidades hasta su muerte. Dos japoneses que estaban al servicio del sengun se encontraron un dia en la escalera del palacio, uno bajando con un vaso vacío, y otro subiendo con un plato destinado á la mesa imperial. Por casualidad al juntarse tropezaron sus sables; el que bajaba se picó porque lo juzgó una ofensa; el otro le presentó sus excusas añadiendo que no se agraviase, pues no era causa para ello el choque de dos sables que tanto valian uno como otro. Pues yo, dijo el ofendido, os demostraré la diferencia que media entre los dos. Y desenvainándole se abrió con él el vientre. Sin replicar el que subia, corre á poner cuanto ántes el plato en la mesa imperial, vuelve al sitio en que su adversario estaba espirando y le dice: Dispensadme si el servicio del príncipe me retardó un poco, y para que veais que mi sable vale tanto como otro... Abrióse tambien el vientre y espiró.

Los hijos de familia se ejercitan desde la niñez en aprender á darse la muerte, y así como nuestros jóvenes se dedican á los ejercicios gimnásticos para desarrollar la agilidad y fuerza corporal, los japoneses estudian el modo de saber morir, para que aquel acto final les honre. La ley autoriza y prevé el suicidio, fijando sus circunstancias. Para que se consume de una manera legal, la víctima debe llevar ropa limpia sin insignia ni adorno alguno particular. Cuando es un noble el que se va á matar se cubre la fachada de su casa, donde están sus armas, con una cortina blanca, y ante toda la familia reunida se abre el vientre. Charlevoix compara la manía de los japoneses por el suicidio con la de los europeos por el desafío; y hace esta reflexion: Difícil es consignar cuál es la más bárbara; en cuanto á mí, las considero iguales. Sin embargo, los japoneses llevan la ventaja de que juzgando un deshonor que el hombre tema la muerte, razonan con más justicia dándosela ellos mismos para lograr una ventaja sobre sus enemigos; y para ello no necesitan padrino como nosotros, lo cual es una locura ménos.

Las clases bajas entierran sus muertos en los cementerios. Despues de cubrir el cadáver con aromas le depositan en una fosa, plantando en la tierra que le cubre árboles y flores. El monumento fúnebre es cuidado con esmero por los parientes, quienes lo embellecen visitándole con frecuencia. Los acaudalados los queman con un ceremonial suntuoso. Una hora ántes de sacar el cuerpo de la casa, los amigos del difunto se dirigen magníficamente vestidos al sitio destinado para quemarles como tomando posesion de él. Llegada la hora el cortejo fúnebre se pone en marcha. Las mujeres, parientes ó amigos de la familia van vestidos de blanco, color de luto en el Japon, despues las personas más notables de la poblacion, á las que siguen los bonzos de la secta á que pertenecia el difunto, que es conducido en una litera cubierta con telas de oro y seda, y rodeado de sacerdotes vestidos con túnicas blancas y mantos negros. Detras va un hombre con traje ceniciento, llevando una tea de pino encendida, y seguido de doscientos bonzos entonando alabanzas á Dios; enseguida varios acólitos derramando flores que el pueblo recoge y algunos bonzos novicios con estandartes vueltos hácia abajo donde está inscrito el nombre del dios de la secta que pertenecia el muerto, el cual tambien se lee en diez cintas que llevan otros tantos portantes y cuelgan de un gran estandarte. Aquel largo acompañamiento llega al-

gunas veces hasta la colina, donde está preparada la hoguera, mucho ántes de que el cuerpo salga de la casa. El finado viste de blanco, y está colocado en la postura de oracion con la cabeza baja y las manos juntas, llevando encima de su traje un cartelon en que se leen los misteriosos caractéres que le han de facilitar la entrada en el elíseo. Sus hijos vestidos con magnificencia rodean la litera conducida por seis hombres, llevando el más joven de aquellos la antorcha destinada á encender la hoguera. Cuando el féretro llega al recinto funerario, los acompañantes prorumpen en gritos y exclamaciones en medio del rumor de treinta *tam-tams* (instrumento de cobre) que se tocan á la vez. En los dos lados de la pira de leña seca, cubierta con un magnífico tapete de seda, hállanse dos mesas: una provista de pastas, confituras y frutas, y sosteniendo la otra una estufa llena de carbon encendido, y un plato con astillas de aloe. Despues de entonar el jefe de los bonzos el himno de los muertos que repiten los circunstantes, toma de mano del hijo del difunto la antorcha encendida, da con ella tres veces vuelta á la pira para que prenda fuego á la cabeza del cadáver, imitándole los demas con las que llevan, encendiendo la pira por otros puntos. En seguida echan sobre el fuego aceite, perfumes, palo de aloe y otras materias inflamables y odoríferas, hasta que el cuerpo queda consumido, retirándose en seguida y abandonando los manjares á los pobres que acuden. Al dia siguiente los parientes y amigos del difunto van á recoger las cenizas y los huesos, guardándolos en un vaso de porcelana, que cubierto con un rico velo queda depositado en el mismo sitio de la hoguera durante siete dias, al cabo de los cuales le colocan en el sepulcro erigido sobre un pedestal en que está escrito el nombre del difunto y el del dios á cuya secta pertenecia. Siete meses despues se renuevan casi iguales ceremonias, que se repiten por último al cabo de siete años. Atendiendo á este ceremonial, dice Charlevoix, la idea de la muerte nada tiene de lúgubre para aquel pueblo que la considera, no como un mal, sino como un paso necesario para llegar á la verdadera felicidad. Se empieza por participar de la dicha del muerto, y en seguida se llora su pérdida. El luto dura dos años, en los cuales se abstienen de todas las diversiones y placeres, presentándose en público siempre con los ojos bajos y las manos ocultas en las mangas del vestido, caminando lentamente y con cierta gravedad.

Celebran tambien una fiesta anual consagrada á todos los muertos, el dia trece de la séptima luna, en esta forma. Todas las casas, dice Charlevoix, se adornan como para la recepcion de una persona de elevada jerarquía. Durante la noche precedente todas las familias salen de la ciudad y van al sitio donde imaginan que acuden las almas, felicitándolas y dándolas la bienvenida. Las invitan á descansar, las presentan refrescos y entablan con ellas una conversacion que dura lo ménos una hora. Terminada aquella ceremonia se retira parte de la familia á casa para preparar lo necesario, y los restantes continuan la conversacion con las almas invitándolas á que les sigan, prolongando esta farsa todo el camino hasta llegar á la ciudad, que se halla espléndidamente iluminada, como tambien el interior de las casas. Celébranse despues grandes banquetes, en los cuales se reserva á los muertos su cubierto, y como segun ellos las almas están formadas de una materia en extremo sutil, no dudan que los acompañan y absorben el jugo de los manjares que les sirven. Despues de la comida cada cual va á visitar las almas de sus deudos ó vecinos y pasan la noche recorriendo la

ciudad. La fiesta dura todo el siguiente dia, y vuelve por la noche á reunirse la misma comitiva para acompañar las almas, á las que juzgan ya bastante obsequiadas, al mismo punto donde la víspera fuéron á recibirlas, con iguales ceremonias. Los campos se iluminan en la segunda noche, á fin de que las almas no se pierdan en el camino; y por temor de que algunas se queden en las casas, se registran cuidadosamente todas las habitaciones, metiendo ruido, dando palos en los rincones para que salgan, pues sentirian que permaneciesen en la casa tan importunos huéspedes, cuyas apariciones les causan más pavor que á los niños en Europa.

OCEANÍA.

Esta parte del mundo se presenta, segun la expresion de Walckenaer, como restos de una gran parte del hemisferio habitable, sumergida por las aguas del Océano. Pueden efectivamente descubrirse grandes direcciones orográficas á traves de estas cadenas de islas, grupos y tierras aisladas, que tal vez estuvieran antiguamente reunidas. La más importante es la que, separando la cuenca del Grande Océano de la del Océano indio, parece formar la continuacion de las montañas de Malaca como prolongacion de la elevada cordillera S. E. del Asia: dirígese primero al E. S. E., recorriendo las islas de la Sonda, esto es, Sumatra, Java, Bali, Sumbava, Flores, Timor, Timorlaut y otras ménos considerables; alcanza la Nueva-Guinea en la cual se extiende al S. E. Numerosos arrecifes señalan su continuacion á traves del estrecho de Torres, al N. E. del golfo de Carpentaria; penetra despues en la Nueva-Gales meridional (parte oriental de Nueva-Holanda), recorriéndola en toda su longitud, desde el cabo York hasta el de Wilson, en direccion general del N. al S. y con el nombre de montañas Azules; atraviesa el estrecho de Bass, y termina en la extremidad meridional de la tierra de Diemen. Esta cordillera no presenta en su vertiente S. O. ramificacion alguna notable, como no sea tal vez en la Nueva Holanda, cuyo interior es todavía enteramente desconocido. Hácia el Norte contiene tres ramificaciones principales: la primera parte del S. E. de Sumatra, pasa por las islas Basua, Billiton, Borneo, despues por Palanan, Mindoro y Luzon, en las Filipinas, y forma los límites S. E. y oriental de la cuenca del mar de la China, separándola de las de los mares de Java y de la Sonda, del estrecho de Macasar y de los mares de Célebes y de Mindoro. Por entre estos dos últimos se ex tiende un ramal, que destacándose, al N. E. de Borneo, de la ramificacion indicada, entra por las islas Sulus en Mindanao. La segunda ramificacion, que se dirige casi paralela á la anterior, parte de Flores, forma las islas Calaur, recorre la de Célebes, determina una cadena de islas de las cuales la más considerable es la de Sanguir, alcanza la de Mindanao, y separa el mar de la Sonda, el estrecho

de Macasar y el mar de Célebes, del mar y paso de las Molucas. Finalmente, la tercera ramificacion se reconoce en la cadena de las islas Molucas. En la parte del E. proyecta un gran ramal que principia al S. E. de Nueva Guinea y sigue los archipiélagos de Nueva Bretaña, Salomon, Santa Cruz y Nuevas Hébridas, y la Nueva Caledonia, circuyendo de este modo, con la costa N. E. de Nueva-Holanda, un mar sembrado de escollos, denominado por algunos mar de coral. La Polinesia entera, sin incluir las islas Sandwich, desviadas al N. E., no forma realmente más que una sola cordillera en direccion general del N. O. al S. E., y cuyos puntos extremos son las islas Moninsima, en el archipiélago de Magallanes, al N. O., y la isla de Pascuas al S. E.

No corre por la Oceanía rio alguno de consideracion, y los más notables que la bañan son: en la Nueva Holanda, el Macquaria y el Lachlan, que se internan en el continente y cuyo curso interior es desconocido, y el Brisbane, el Paterson, y el Flawkesbury, que desaguan en la costa oriental; en Sumatra el Andragiri y el Palembang, y en Borneo el Pontianak y el Bandermassin.

El aspecto general y suelo de esta parte del mundo ofrecen muchísima variedad. Aquí el zoófito, dice Malte-Brun, crea con la acumulacion de sus despojos un recinto de peñascos calcáreos en derredor del banco que lo vió nacer; más léjos se observa un oscuro volcan que domina la fértil comarca producida por la lava que arrojó, y al lado de un monte de cenizas y escorias brilla una rápida y lozana vegetacion. Algunos territorios más extensos nos presentan escenas mucho más dilatadas: unas veces el inexplicable basalto se levanta majestuosamente en columnas prismáticas, ó cubre á lo léjos la solitaria márgen de sus restos pintorescos; otras los enormes picos graníticos hunden sus erguidas crestas en las nubes, miéntras visten sus faldas sombríos pinares que matizan tristemente el inmenso vacío de estos desiertos. Más á lo léjos, una costa baja, cubierta de *bruguiera gymnohiza* y de mangles se oculta insensiblemente bajo la superficie de las aguas, extendiéndose hasta muy léjos en engañosos bajíos, en medio de los cuales las olas cubren los negros peñascos con su nevada espuma... En otras partes se desplega un anfiteatro de verdor ante los ojos del viajero. Los frondosos bosques mezclan su sombría hojarasca con el claro esmalte de las praderas. Una eterna primavera y un perpétuo otoño abren las flores y maduran los frutos en el mismo campo, y un perfume suave y exquisito embalsama la atmósfera constantemente refrescada por las saludables brisas del mar. En ninguna parte del globo se encuentra tanta multitud de islas bajas ni de tan peligroso acceso como en la Polinesia y la Australia: por lo general, forma su base un arrecife circular de coral cuyo centro ocupa una laguna.

En las islas de la Notasia y en las del N. E. de la Polinesia se encuentran los volcanes, situados en las pequeñas islas centrales, altas, estériles y de forma regularmente cónica, ó bien hundidas y rajadas. La Nueva Holanda, que no pasa del paralelo de 39° 15' S. goza de una temperatura ménos elevada de lo que promete la latitud: el invierno no es en ella riguroso; pero sí notable por los frecuentes y tempestuosos vientos de que va acompañado; los frios jamas son de larga duracion, y las épocas de las estaciones enteramente opuestas á las de Europa. La Nueva Zelandia, una de las principales de la Oceanía más distantes del ecuador, disfruta de clima bastante templado, pero húmedo y expuesto á violen-

tos huracanes. Las que se encuentran bajo la línea equinoccial, como Sumatra, Borneo, las Célebes y Molucas, no padecen los excesivos calores que podrian esperarse de tal latitud: el aire que en ellas circula es fresco por efecto de las montañas del interior ó las brisas marinas; pero el suelo bajo y pantanoso de las costas produce en muchos puntos una temperatura insalubre.

La vegetacion del archipiélago de Notasia reproduce todas las riquezas del S. E. del Asia, en medio de las demas producciones que le son peculiares. Las plantas más preciosas son: el arroz, maíz, caña de azúcar, el árbol del café, la alcandía, el alcanfor, el benjuí, la higuera infernal, el añil, el árbol de la nuez moscada, el clavero, el enebro, el aloe, palo de águila y de sándalo, el algodonero, el banano, la palma, pamplemusas y naranjos; pero el venenoso *bohon-hupas* entristece algunos bosques de Célebes y de Java. Las palmeras crecen en todas las islas de la Polinesia, y abundan el precioso árbol del pan, las patatas, bananas y dos especies de yeros. El moral del papel y el *phormium tenax*, de cuyas hojas se saca una hilaza utilísima, son peculiares de Nueva Zelandia.

El reino vegetal de Nueva Holanda presenta caractéres especiales, pues ofrece un ramaje seco, áspero y delgado, cuyas hojas son casi siempre sencillas, y los frutos secos, coriáceos, leñosos é inútiles como alimento. Las plantas útiles son el *eucalipto resinífero*, del cual mana una goma encarnada; el *smilax glyciphilla*, cuya raíz produce el té dulce; la *mimosa decurrens*, que dá una goma análoga á la arábiga; el *xanthorœa*, que produce un excelente barniz; buenas maderas de construccion, entre otras la *casuarina*, y otras varias propias para la ebanistería, particularmente el cedro, de que se hallan espesos bosques. En la parte septentrional crecen el árbol de la nuez moscada, el del café, añil y la caña de azúcar; y en la meridional prosperan los árboles frutales de Europa, excepto el albérchigo, que no ha podido aclimatarse.

El reino animal presenta en este continente un aspecto más especial y raro que el de la botánica. Todos los mamíferos se distinguen por una doble papada, excepto las focas, y se encuentra una especie de perros que no ladran. Los *kangurúes* son los cuadrúpedos más grandes y siguen despues los *potoros*, *perameles*, *falangeros, petauristes dasyures*, *thylasines y wrombates*, cuya carne es muy sabrosa. El *ornithorynco* participa á la vez del cuadrúpedo, del ave y del reptil, y el erizo no es ménos singular por su organizacion.

En las islas de la Notasia se encuentran los principales cuadrúpedos del Asia meridional, como elefantes, rinocerontes, hipopótamos, leones, tigres, osos, gamos, jabalíes, búfalos, caballos, etc., y en Borneo abunda el orangutan. En la Polinesia se observa al ganado de cerda en estado de domesticidad, y tambien se halla numerosa volatería. Entre el 10° paralelo boreal y el 20° paralelo austral se encuentran las cotorras de brillante azul zafir ó de color verdoso con pintas encarnadas. Las hermosas aves del paraíso casi no se hallan sino en Nueva Guinea y en algunas islas inmediatas; pero los *lorys*, notables por sus vivos colores, se encuentran con más generalidad. En el N. O. se ven principalmente las golondrinas *salanganas* cuyos nidos son un manjar exquisito para los chinos. En Nueva Holanda hay cisnes negros, oropéndolas, *príncipes regentes*, *casicanes*, *philedones*, *scytropes*, *cereopsis*, *casoares*, halcones blancos, *moscaretas*, etc. En el archipiélago asiático se crian enormes reptiles, entre otros el cocodrilo y la boa. En

Nueva Holanda se distinguen los estincos negros, *pithones*, la serpiente *hilo*, que ocasiona la muerte en pocos minutos, y la negra, cuya terrible ponzoña le ha adquirido el nombre de *acantophis*, verdugo.

La mayor parte de los territorios comprendidos en la Oceanía abundan en tortugas, como tambien en curiosos insectos, de los cuales citarémos las grandes hormigas y la brillante *citoine orfea* de Nueva Holanda. En casi todas las costas se pescan bonitos, doradas, atunes, barbos, rayas, sargos, y la lija de *philip*, peculiar de Nueva Holanda, cuyas costas meridionales son frecuentadas por las ballenas.

Ninguna parte del globo cuenta como esta tanta variedad de mariscos y zoófitos, y entre estos últimos debemos citar el *holothuria-trepang*, que se encuentra en abundancia en los innumerables arrecifes del N. de la Australia. El archipiélago Asiático parece el único para preciosas riquezas minerales. La isla de Borneo contiene diamantes, y en ella y la de Sumatra hállanse minas de oro, cobre y hierro; el estaño abunda particularmente en Banca.

Si recorremos las diferentes especies de hombres que pueblan la Oceanía, notarémos primero esparcidos en la mayor parte del archipiélago Asiático y de la Polinesia, y en la parte oriental de la Australia, hombres atezados llamados malayos, que parecen oriundos de Sumatra: tienen el pelo negro, espeso y rizado, la cabeza algo estrecha hácia la extremidad, la frente un poco redondeada como tambien los pómulos, pero nada abultados, la mandíbula superior algo saliente y la nariz gruesa y chata. En general son inteligentes, atrevidos, valientes, pero feroces y vengativos. Su idioma se distingue por la uniformidad y dulzura.

Pertenecen á los segundos los negros oceánicos, que habitan particularmente en Nueva Guinea, en donde llevan el nombre de *papus*. Su aspecto es repugnante, y la tez de color negro luciente se halla desfigurada por cicatrices y señales semejantes á las que produce la lepra: tienen la nariz aplastada, la boca muy grande, el labio superior abultado, los cabellos lanosos, negros ó rubios, y enmarañados.

Los indígenas de Nueva Holanda son más claros de color, cenceños, poco fornidos, de cabello récio, negro y áspero; cara aplastada, nariz muy larga con las ventanillas casi trasversales, labios gruesos, boca grande, dientes inclinados y orejas anchas y semicirculares, cuyo conjunto da á su fisonomía un aspecto salvaje y feroz. Todas las tribus hablan diferentes idiomas sin analogía entre sí. Su embrutecimiento moral es extremado, si bien no se les tacha de antropófagos, segun se observa en los que habitan algunas comarcas de la Australia oriental y de la Polinesia, en cuya última region está generalizada la horrible costumbre de sacrificar víctimas humanas.

Los ingleses, holandeses y españoles son los únicos europeos que poseen algunos establecimientos en esta parte del mundo. Los primeros tienen en la Nueva Gales meridional una importante colonia á donde deportan á los condenados á expatriacion, quienes cultivan una gran parte de la tierra de Diemen. Tambien se han establecido en las márgenes del Sevanriver, en la parte occidental de Nueva Holanda; Sydney, en la costa oriental de este continente, es la principal ciudad en el mundo marítimo. Los Países Bajos poseen en el archipiélago Asiático la mayor parte de Java, en donde se halla Batavia, capital de sus posesiones de la Oceanía, y ademas Banca y Billiton, algunas porciones de Sumatra, Borneo y Célebes, y varias de las Molucas que producen gran can-

tidad de especias. La España es señora de Filipinas, siendo Manila, en la isla de Luzon, la capital de sus establecimientos. En las islas Sandwich y de la Sociedad los americanos é ingleses adquirieron grande influencia moral, debida al celo de sus misioneros, quienes han convertido al cristianismo muchos indígenas, derramando entre ellos los beneficios de la civilizacion é instruccion elemental.

Las numerosas sociedades religiosas ó filantrópicas, establecidas en la capital del imperio británico, acostumbran celebrar sus asambleas generales y anuales en el mes de mayo. En una de estas benéficas reuniones del año 1826, la de las misiones de los baptistas, M. W. Ellis, recien venido de las islas del mar del Sur, en donde desempeñó las funciones de misionero, pronunció un discurso del cual citarémos el pasaje siguiente:

«Me falta tiempo para manifestar todos los cambios efectuados en las islas del mar del Sur por la introduccion de la Biblia, traducida en aquel dialecto. Estas floridas regiones antiguamente interesantes por su aspecto romántico y agreste se ofrecen en la actualidad como un jardin cultivado con el mayor esmero, reemplazando á la choza baja y cubierta de hojas la aseada y agradable casita, y el insular indolente, audaz y errante trocóse hoy en urbano, aplicado é industrioso miembro de la sociedad. La felicidad doméstica era desconocida; mas en la actualidad reina afortunadamente en las familias, derramando en su seno innumerables beneficios. Al abrazar los habitantes la moral evangélica, sus instituciones civiles han esperimentado un cambio no ménos sorprendente, y el sistema de gobierno, en otro tiempo cruel y despótico, ha adquirido benignidad y justicia. Sabias leyes garantizan la inviolabilidad de los derechos individuales y los de la propiedad; creáronse tribunales, y la justicia es administrada con estricto arreglo á las leyes.»

Los griegos y romanos no conocieron parte alguna de la Oceanía, como no fuese la isla de Sumatra, que Tolomeo parece designar, á lo ménos en parte, bajo el nombre de Jaba-Diu. Las primeras nociones positivas acerca del archipiélago Asiático suministráronlas los portugueses, quienes penetraron en él en 1510, descubriendo la Nueva Guinea en 1511; Magallanes recorrió la Polinesia y las Filipinas en 1521 y Mendaña tituló con su nombre á un archipiélago en 1595. Los holandeses descubrieron á Nueva Holanda en 1605; hácia la misma época Quirós visitó la Polinesia y la Australia oriental, y posteriormente los holandeses Dirck-Hartighs, Nuyts, Schonten, Maire y Tasman hicieron algunos descubrimientos interesantes. Dampier viajó por la parte del S. O. hácia fines del siglo XVII y en el XVIII; varios é ilustres navegantes recorrieron la Oceanía en todas direcciones. Entre ellos citarémos á Bering, Anson, Byron, Bougainville, Cook, Teauxana, Carteret, Marchand, Vancouver, La Perousse, que murió en el archipiélago de Santa Cruz, y Entrecasteaux, que iba en su busca. En el siglo actual los viajes más notables practicados á esta parte del mundo son los de los capitanes Flinders, Baudin, Luis de Freycinet, Krusenstern, Duperrey, Dumont-d' Urville, Dillon, King, etc.

NAUFRAGIO DE LA JUNO EN ALTA MAR. (1)

«En mayo de 1795, dice John Mackey, fui admitido en clase de contramaestre á bordo de la *Juno*, buque inglés al mando del capitan Alejandro Bremner, surto á la sazon en el puerto de Rangoun, donde se encontraba cargando madera de *teack* para Madras.

Este buque, de cuatrocientas cincuenta toneladas de capacidad, se hallaba asaz averiado y desprovisto bajo todos conceptos, componiendo su tripulacion cincuenta y tres hombres, la mayor parte *lascares*. Con nosotros iban tambien la esposa del capitan y su esclava, ambas nacidas en la India, y algunos malayos, de suerte que éramos setenta y dos personas á bordo.

El 29 del expresado mes zarpámos con la pleamar, calando veinte y cinco á treinta piés de agua y fondo de légamo blando. A cosa de las seis de la tarde la sonda acusó de repente ménos de veinte piés, por cuyo motivo dióse órden de virar en seguida, pero desgraciadamente ántes de que se llegara á poner la caña del timon á sotavento el buque encalló en un banco de arena muy dura. Procedióse en el acto á aligerar la parte de proa para impedir que continuara yendo á la ronza y mantenerle boyante, mas todo fue inútil. Entónces hincáronse dos anclotes de leva á estribor, que mordieron durante un buen rato; pero luego aflojando uno de ellos arrastró al otro, y fue preciso filar sin pérdida de momento el ancla de esperanza, la cual por último nos aguantó. Entre tanto la marea iba creciendo y con ella era de esperar que desembarrancara el buque, si bien quedaba el peligro de que zozobrase con la baja mar. Para evitarlo, ó cuando ménos disminuir tan fatales probabilidades, amaináronse los palos y juanetes, aminorando así el peso. Despues levámos anclas cuando la pleamar puso la embarcacion del todo á flote, y forzando velas navegámos con mayor calado que ántes y más tranqui-

(1) Si bien el interesante episodio marítimo que vamos á describir parece debiera estar comprendido en la serie de naufragios ocurridos en el mar del Asia, atendidas las comarcas á que arribaron los principales personajes, efecto de una sorprendente casualidad, ocupa sin embargo este lugar por haber acaecido gran parte de él en las aguas de la Oceanía, no lejos de la isla de Andanam.

los al observar que ya no hacia agua, lo que nos indujo á pensar que la avería causada en el casco á consecuencia del choque era de poca consideracion.

El 1.° de Junio récios vientos contrarios desviaron al buque de su derrotero, empujándole hácia el vasto archipiélago oceánico; la mar se alborotó, y por efecto del duro oleaje declaróse una considerable via de agua en la bodega. Ocho dias duró el temporal y en su espacio todos sin distincion acudímos á las bombas, que más de una vez se descompusieron á fuerza de funcionar. A falta de carpintero y con escasas herramientas, nosotros mismos las reparábamos del mejor modo posible, operacion las más veces inútil, porque la arena que constituia el lastre las obstruia sin cesar.

A los cinco dias echóse algun tanto el viento, el buque hacia ménos agua, y por consiguiente ya no fue preciso picar mas que una sola bomba. Aprovechámos esta circunstancia para reconocer el verdadero estado de la embarcacion, resultando de aquel exámen que la abertura por la cual se introducia tanta agua los dias anteriores, se extendia desde el codaste hasta la línea de flotacion. Sobrevino luego la calma, y entónces echóse al agua un bote en el que se embarcaron cuatro hombres encargados de calafatear el agujero clavando encima una tela embreada y sobre ella una chapa de plomo, con cuyo medio lográmos miéntras abonó el tiempo no usar las bombas sino dos ó tres veces al dia. Esto nos hizo presumir con algun fundamento que estaba conjurado el peligro inminente escapando así á una muerte segura; cada cual felicitóse por ello en su interior, los ánimos recobraron todo su valor embargado un momento por el pánico, y prosiguióse el viaje alegremente.

Sin embargo, era preciso ser ciegos para suponer que un pedazo de tela pudiera resistir los embates de las olas, cuando á causa del mal tiempo el buque debiese trabajar mucho. La mala suerte nos convenció en breve de tal error.

Apénas recompuestos los aparatos de desagüe, el 12 de junio volvió á cargar el viento Suroeste y á hincharse el mar. Desde el principio el agua penetró en el buque en mayor abundancia que nunca y reprodujéronse á cada instante los mismos obstáculos que impidieron ántes maniobrar en las bombas con regularidad, imposibilitando casi su uso; no obstante, tres de ellas funcionaban constantemente aunque á costa de esfuerzos inauditos, como tambien se extraia el agua con cubos de madera.

El 16 volvió á cambiar el viento y entónces casi extenuados por el cansancio y la falta de reposo, empezámos á concebir graves temores con respecto á nuestra salvacion, pues el buque medio anegado no obedecia ya al timon, navegando sin rumbo fijo á merced del viento y de las olas. En la imposibilidad de gobernar, decidímos navegar á todo trapo viento en popa, pensando que quizá el viento nos condujera á la parte más próxima de la costa de Coromandel, para desde allí seguir hasta Madras, luego de reparada la embarcacion, ó bien dirigirnos á Bengala, segun lo permitieran las circunstancias. Al efecto largáronse alas y arrastraderas, tomando todos los rizos, pero como las bombas no podian quedar desamparadas, exigiendo por el contrario un trabajo asiduo, no fue posible cuidar lo conveniente del velámen; así es que ántes del 18 el viento destrozó y llevóse todas las velas, excepto la de trinquete. Colocámos el buque en facha hasta la mitad del dia siguiente; empero se sumergia de tal modo

y su marcha tornábase á intervalos tan pesada, que más de una vez temímos se fuéra á pique. Hácia medio dia orientámos la mesana y corrímos viento en popa y á palo seco, uniendo al par todos nuestros esfuerzos para extraer con el auxilio de las bombas y cubos el agua que inundaba la embarcacion.

A cosa de las ocho de la noche subieron los marineros que trabajaban en la bodega, anunciando que el agua llegaba ya al primer puente. Esta mala noticia impresionó vivamente á los lascares, los cuales se entregaron á la desesperacion, imitando su ejemplo los europeos, quienes estaban no ménos apesadumbrados. Como la creencia general era que el buque iba de un momento á otro á zozobrar, la tripulacion en masa pidió á voces que se echaran los botes al mar, aun cuando nadie ignoraba que de nada podrian servirnos, pues la chalupa y la pinaza de seis remos, únicas que teníamos á bordo se hallaban en pésimo estado y hacian tambien agua.

Una hora despues picóse el palo mayor esperando aligerar algun tanto el buque hasta el otro dia; desgraciadamente al ejecutar esta operacion, el mástil cayó sobre la cubierta, y á causa de la confusion que semejante incidente produjo, los que cuidaban del timon dejaron el buque presentar el costado á la ola, de suerte que el agua penetró por todos lados. En tan crítico instante, la vida de la señora Bremner, que á la sazon dormia en la cámara, se hallaba amenazada. El ruido que metian los marineros corriendo azorados de una á otra parte y su desesperado y continuo clamoreo, la despertaron. Trató entónces de ponerse en salvo advirtiendo el peligro que corria; y al efecto halló medio de salir por la escotilla. Maese Wade y yo la ayudámos luego á subirse en los durmientes de popa, y cuando el buque enfiló del todo el viento y quedó un momento parado, la colocámos sobre los obenques del palo de mesana. La sacudida fue tan repentina y violenta, que considerámos al buque próximo á hundirse; sin embargo, aquel cesó de sumergirse durante breves momentos cuando el agua invadió por completo la cubierta, lo que nos dió á todos tiempo suficiente para asirnos á los obenques y jarcias, cuidando de subirnos gradualmente á medida que las frecuentes oleadas hacian desaparecer el buque bajo la superficie del agua. El capitan, su esposa, Wade, varios otros y yo alcanzámos la cofa de mesana; el resto de la tripulacion se aferró como pudo al aparejo de este mástil, á excepcion de un marinero, quien hallándose á proa refugióse en la de trinquete. La señora Bremner por efecto de la precipitacion con que huyó del lugar donde, á permanecer algunos minutos más, encontrara una muerte cierta, estaba poco ménos que desnuda, pues sólo cubrian su cuerpo la camisa y una ligera enagua de pita; así quejábase mucho del frio que sentia, y como yo iba más abrigado que su marido, quitéme inmediatamente la chaqueta y se la ofrecí, lo cual me agradeció en extremo.

Aunque el buque se balanceaba con tanta fuerza que nos costaba gran trabajo aguantarnos, varios se durmieron rendidos de cansancio; tocante á mí, no juzgándome bastante seguro para imitarles, permanecí constantemente en vela. Al principio aterróme la densa oscuridad reinante, y en vano busqué en torno mio el más leve resplandor; luego con el alma embargada por el miedo púseme á reflexionar dos ó tres horas acerca de nuestra apurada situacion y las probabilidades más ó ménos admisibles que todavía restaban de salvarnos. Durante aquel

tiempo cruzaron por mi mente los más diversos pensamientos, esperanzas ilusorias que se desvanecian en seguida al contemplar la triste realidad; por fin, despues de mucho cavilar, ocurrióseme como más probable que quizá al ser de dia pasara cualquier buque y nos prestara auxilio. Hasta allí me resigné con mi desgraciada suerte, miéntras me parecia inevitable; pero tan luego como concebí un rayo de esperanza, fueme imposible sobrellevar la probabilidad de una muerte inminente; por eso todo el resto de la noche lo pasé con ojo avizor y oído atento. A intervalos figurábaseme oir en lontananza el estampido de un cañonazo, y cada vez que participaba á mis compañeros semejante aprension, parecíales lo mismo.

Al amanecer un marinero anunció con regocijo que descubria á lo léjos una vela. Los lascares, de religion musulmana, contestaron al grito del marinero con una invocacion dirigida á su profeta, y fuerza me es confesarlo aunque con vergüenza, fué menester su ejemplo para que nosotros recordásemos cuánto debíamos al Todopoderoso. Aun así procurámos dar gracias al cielo dignamente por nuestra salvacion, considerándola ya indudable. Mas ¡ay! la vista de aquel hombre se engañó tan cruelmente como mis oídos durante la noche anterior. Puedo afirmar que de todos nuestros padecimientos posteriores, ninguno tal vez nos causó tan vivo dolor como el experimentado en aquel momento. Oprimióseme el corazon, y desmayó por completo mi ánimo.

A medida que avanzaba el dia, refrescaba el viento; alzábanse las olas á prodigiosa altura, desencajando sus repetidos embates la cubierta y obra muerta del buque; las jarcias que sostenian los masteleros y á las que fuertemente asidos nos aguantábamos con grandes esfuerzos setenta y dos desdichados, cedian bajo este peso. Los gritos desgarradores de las mujeres y de los lascares añadian al horror que de por sí inspiraba nuestra situacion. Algunos individuos desesperados entregáronse voluntariamente á la muerte arrojándose al mar; otros cuyo estado desfallecido no les permitia ya sostenerse en el cordaje, eran arrebatados por las olas y sepultados en el abismo; empero estábanos reservado á la mayor parte arrostrar pruebas todavía más terribles.

El viento continuó cargando por espacio de tres dias con igual impetuosidad, en cada uno de los cuales agravóse nuestra miseria y con ella los sufrimientos. Bien es verdad que aun podíamos permanecer á bordo del buque por algun tiempo, merced al auxilio que prestábanos su aparejo, pero el hambre y las atroces torturas que la son consiguientes, nos auguraban una muerte horrible, cercana. Confieso aun cuando esto deba atraerme el anatema de mis semejantes, que en aquel desesperado trance mi primera intencion, lo propio que las de mis compañeros, fue prolongar nuestra angustiada existencia manteniéndonos con los cuerpos de los que primero fallecieran: propósito cuyo secreto ocultámos unos á otros por vergüenza. Dias despues un acontecimiento casual pareció agravar lo crítico de las circunstancias, incitándonos á cometer tan horrendo atentado. Varios marineros, cuya posicion era demasiado incómoda en la cofa de mesana donde se guarecian, intentaron trasladarse á nado hasta la de trinquete, pereciendo dos ó tres en su arriesgado intento. Sólo el condestable, sin duda acosado por la necesidad, atrevióse á indicarlo, pidiéndome al notar en mí cierto escrúpulo que le dijera con franqueza mi opinion acerca del bueno ó mal proceder que habria en apelar á tal

recurso. Sin embargo, aquel incidente léjos de inducirnos despertó por el contrario en nosotros el sentimiento de nuestra propia dignidad, así es que unánimes rechazámos indignados las inhumanas indicaciones del condestable, quien no pudo ménos de ruborizarse de su bárbara proposicion. A pesar de tan cruel desgracia, en medio de las inaguantables privaciones que sufríamos sin la más remota probabilidad de salvacion, ántes que mancharnos con la consumacion de un acto reprobado por la misma naturaleza, preferímos arrostrar resignados las funestas consecuencias de nuestro destino adverso, esperanzando únicamente en la suprema omnipotencia.

Luego de tomada esta resolucion, apoderóse de mí un temblor convulsivo al que sucedió por breves instantes una especie de indiferente displicencia. Intenté dormir para adquirir si posible fuera una insensibilidad absoluta, pues los constantes y vanos lamentos de mis compañeros me cansaban sobremanera, y en vez de compadecer sus males, me irritaba que turbaran mi voluntaria apatía. Durante los tres dias siguientes poco me molestó la falta de alimento; el cuarto apaciguóse el huracan, las nubes que oscurecian el firmamento se disiparon, y tras la cruda borrasca quedámos expuestos á los ardores de un sol abrasador que agravó más nuestra angustiosa situacion. Si grande fue hasta entónces mi temor respecto de lo que pudiera acontecer, á la sazon aminoróse un tanto, y no obstante la penosa necesidad que sentia, con especialidad la ardiente sed que me devoraba, con todo pareciéronme más llevaderas que al principio, á juzgar por los relatos cuyo recuerdo asaltaba de continuo mi imaginacion. Entre otros recordé haber leido en el del capitan Inglefield que los hombres con él embarcados envolvíanse desnudos por turno en una manta empapada en agua de mar, y que los poros del cútis así humedecido, absorbian el agua dejando la sal en la superficie, lo que les preservaba bastante del calor. Ejecutélo del propio modo repetidas veces mojando á intervalos en el mar la almilla de lana que llevaba encima; varios compañeros me imitaron y no tardámos en experimentar los benéficos efectos de este medio sencillo. Persuadido estoy de que cuantos lo practicámos, á él solo debímos la conservacion de la vida; por lo que á mí toca, sirvió cuando ménos para mantener mi mente siempre ocupada, impidiendo me embargara la desesperacion.

La noche del cuarto dia tuve un sueño singular: los seres más caros para mi corazon, objetos harto conocidos desde la infancia, se me aparecieron. Soñé que padecia una fuerte calentura, y que mi anciano padre de rodillas junto al lecho oraba fervientemente deshecho en llanto; miéntras duró su piadoso ruego, la fiebre fué decreciendo por grados, pero volvió á recrudecer tan pronto como cesó. A poco observé un venerable sacerdote disponiéndose á prestarme los últimos auxilios de la religion; entónces desperté. En vano traté de explicarme el verdadero significado de tan extraña pesadilla; nada hallé que satisfaciera mis deseos; por último, cansado ya de cavilar, deduje, efecto quizá de alguna inspiracion sobrenatural, que acaso habia muerto mi padre, y que desde la celeste, mansion donde gozara el merecido premio á sus virtudes, contemplaba mis padecimientos y me compadecia. Varias circunstancias que acompañaron al sueño recordáronme las angustias que padeciera cierto tio mio en ocasion que ignoraba el paradero de uno de sus hijos, y la sola idea de lo que mis padres sufririan

por mí causóme un pesar profundo, indecible. Abrumado bajo el peso de este doloroso presentimiento, llamé en mi ayuda los sabios consejos paternos que guiaron mis primeros pasos en la vida, produciendo en mi alma al invocarlos un resultado maravilloso y saludable. Luego más tranquilo pensé en reconciliarme con Dios, pronto ya á morir resignado.

A los cinco dias de haberse sumergido el buque presenciámos una escena desgarradora, triste presagio del fin que tal vez estaba reservado á los demas. Dos compañeros fallecieron víctimas del hambre; el uno espiró casi de repente, miéntras el otro padeció una larga agonía, que empezó con frecuentes náuseas seguidas de fuertes convulsiones. Posteriormente observé que aquellos síntomas eran el preludio de una muerte próxima y cruel.

Todo el dia reinó un calor sofocante, la mar estuvo tranquila, el cielo sereno, y demostrando el capitan y el contramaestre entera confianza en las jangadas como mejor medio de salvacion, aprovechóse la tranquilidad del tiempo para improvisar una con las vergas de trinquete y baupres y las berlingas. A mediados de la mañana siguiente quedó concluida la balsa despues de inauditos esfuerzos; en seguida se comenzó el embarque, á cuyo objeto el capitan, su esposa y Wade se apresuraron á bajar de la cofa que nos albergaba. Yo les imité y detras el resto de la tripulacion, pero la jangada era asaz pequeña para contener á todos, y de ahí resultó una lucha en la cual los más vigorosos rechazaron á los débiles obligándoles á retroceder. Cuando iban á picar el cable que amarraba la balsa al buque, pregunté á Bremner en qué direccion suponia se encontraba la tierra; no obtuve la menor respuesta, y observando su silencio, exhortéle á que se volviera á bordo con su esposa. Sin embargo de que desoyó mis palabras y ninguna impresion causaron en el capitan ni á los demas, me decidí á permanecer en su compañía y compartir su suerte; minutos despues, bogábamos viento en popa, usando como remos grandes astillas sacadas de la obra muerta, á las que los marineros dieron con sus cuchillos la forma de remos.

Pronto pudímos convencernos de que éramos todavía demasiados en la balsa. Esto ocasionó algunas quejas, de las cuales me valí para renovar mis observaciones, esta vez más fructuosas; pues Wade temeroso de exponerse á nuevos peligros, mayores quizá que los hasta allí arrostrados, consintió en volverse conmigo á la cofa de mesana. Nuestra proposicion fue recibida con aplauso, porque al disminuir el número de personas contenidas en la balsa, las restantes estarian necesariamente en ella con mayor holgura, ayudándonos los compañeros á recobrar los puestos que ocupábamos ántes. Al ponerse el sol la perdímos de vista.

El 27 sorprendiónos en extremo divisar la balsa á lo léjos, y en opuesto lado del que partiera. Sus tripulantes remaron toda la noche hasta agotar sus escasas fuerzas, bogando al azar, ignorantes del rumbo que seguian, y hallándose por la mañana cerca de nosotros, abandonaron la jangada y se volvieron á los palos.

A poco el capitan padeció un acceso de delirio, y el vivo pesar que por ello sintió su desgraciada esposa ocasionóle terribles convulsiones. Era hombre robusto, de mucha salud y ya entrado en años, miéntras ella, por el contrario, de poca edad y complexion excesivamente delicada; apénas contaban once meses

de matrimonio. Tan pronto parecia que la presencia de su jóven consorte causábale pena ó disgusto, como la prodigaba las más tiernas caricias, y sólo á costa de grandes esfuerzos lográbamos arrancarla de entre sus brazos, por temor de que en un arrebato hijo de la fiebre la maltratara. En medio de su loco desvarío se imaginaba tener delante una espléndida mesa cubierta de ricos licores y exquisitos manjares, preguntándonos con afan, la mirada encendida y el semblante azorado porqué no le servíamos tal ó cual plato; en fin, á nadie se dirigia sino para hablarle de comer y beber.

A pesar de lo que me atormentaba la sed, me abstuve cuanto pude de beber agua salada, pero en la imposibilidad de aguantar por más tiempo el fuego que abrasaba mis entrañas, bajé y bebí como unos dos vasos de agua del mar. A mi juicio el nauseabundo líquido no podia ménos de serme nocivo; pero, cosa rara, léjos de dañarme avivó mis fuerzas y valor, aunque no por eso dejé de considerarlo como un veneno, y cada minuto que trascurria era un paso más hácia la muerte. Sin embargo, no tardaron en desvanecerse mis recelos; dormí profundamente y el ardor que poco ántes me consumia aminoró. Al despertar me sentí más animado, y si bien el uso de aquella bebida detestable me causaba en lo sucesivo violentos dolores de vientre, eran tolerables en comparacion del alivio que me proporcionaba.

En la madrugada del 28 Wade declaró que ya le era del todo imposible sobrellevar su estado, y que se hallaba dispuesto á embarcarse de nuevo en la balsa siempre que yo le acompañara. Como es de suponer rehusé horrorizado semejante proposicion, procurando en vano disuadirle: replicóme que cualquier género de muerte, por atroz que fuese, era preferible á nuestra situacion, y que nada cambiaria su resolucion. Logró persuadir á dos marineros, dos malayos y cuatro lascares, quienes á poco partieron con él en la balsa, y horas despues los perdímos de vista. Por la noche saltó una ventisca acompañada de lluvia que sin duda les fue fatal, puesto que no los volvímos á ver, miéntras á nosotros nos proporcionaba lo que más necesitábamos.

Aprovechámos tan favorable suceso extendiendo nuestras ropas para recibir la bienhechora lluvia; y aunque al principio la sal del agua del mar, de que estaban empapados, inutilizaba la que del cielo recogíamos, como llovia en abundancia, nos fue fácil hacer desaparecer la sal, destinando desde aquel punto una parte del exiguo vestuario á recoger el agua pluvial, y otra para mojarla en el mar cuando así lo exigieran las circunstancias.

Trascurrieron despues cuarenta y ocho horas sin llover, durante las cuales cuando nos faltaba la fuerza suficiente para bajar arriábamos por medio de un cabo alguna chaqueta ó pedazo de paño hasta sumergirlo en el agua, sacándole luego para envolvernos en ellos á fin de refrescar nuestros cuerpos calenturientos con su agradable y reparadora humedad. A intervalos sorbíamos tragos de agua dulce que nos devolvian la vida y el vigor haciéndonos olvidar por breve rato los males que nos aquejaban. Solíamos tambien recurrir á otro medio que la experiencia nos enseñó como el más á propósito para mantener constantemente cierta frescura en la boca. Consistia en mascar cuanto hallábamos á mano: pedazos de lona, cuerda y hasta plomo. Extraña parecerá esta accion, atendiendo á que el plomo es la base de uno de los venenos más activos que se conocen;

pues bien, puedo atestiguarlo, mastiqué por espacio de horas enteras trozos de dicho metal reduciéndolo á polvo que alguna vez tragué. Esto necesariamente me produjo agudos dolores que acallaba la perspectiva de los padecimientos que me estaban aun reservados ántes de morir. Acosaba de continuo mi mente el recuerdo de que es imposible subsistir por mucho tiempo sin tomar alimento, y al cabo de unos cuantos dias parecióme una ilusion encontrarme aun con vida; de suerte que saludaba cada nueva aurora como la postrera de mi existencia.

Ante mis ojos fallecieron sucesivamente casi todos mis compañeros despues de largos delirios en medio de las más terribles convulsiones, y la vista de aquellos cuadros desgarradores, unida á la íntima persuasion de que no podia ménos de caberme igual suerte, me obligaba á anhelar la hora fatal. Sobrecogido por el temor, pedia con insistencia al Todopoderoso terminara pronto tan crueles sufrimientos, otorgándome la gracia de conservar sereno mi juicio en los últimos momentos; pero cuando consideraba cercana la realizacion de mis fervientes votos, despertábase en mí cual chispa eléctrica ese sentimiento hijo de la propia naturaleza y que conmueve todos los pechos á la proximidad del peligro, el instinto de conservacion. Estremecíase mi sér á la sola idea de su inmediato aniquilamiento, y si bien temia sobrevivir á mis infortunados compañeros, siendo de esta suerte el postrero sobre quien extendiera desapiadada sus garras la muerte, repugnábame sin embargo morir el primero.

La fatalidad complacióse en ayudar á que se acrecentara tan angustiosa situacion. Un lascar falleció en las jaretas de los obenques, precisamente debajo del sitio que yo ocupaba; el que se hallaba á su lado trató de arrojarlo al mar, mas no pudo conseguirlo por estar muy enredado el cuerpo en las jarcias, de manera que el cadáver permaneció allí dos dias, concluyendo por exhalar un hedor insufrible.

En la mañana del 1.° de julio, undécimo dia de nuestro desastre, la señora Bremner halló á su marido muerto entre sus brazos. Eran tan escasas nuestras fuerzas que sólo á costa de grandes esfuerzos lográmos sepultarlo en las ondas, despues de despojarle de una parte de sus vestidos, los cuales aprovechó su desconsolada y jóven viuda. Durante el mismo dia perdímos igualmente á dos hombres de los que se cobijaban en la cofa de mesana, y otros dos de la de trinquete. Poco nos comunicábamos con los náufragos refugiados en esta última, porque no teníamos aliento para reunirnos á ellos ni podíamos siquiera alzar la voz para que nos oyeran á aquella distancia. Cuando amainó el viento varios lascares se trasladaron á proa, reduciéndose nuestro número de tal modo que las dos cofas bastaron para albergarnos á todos.

No me es dable referir ciertamente lo que aconteció despues; sólo diré que á los vivos aguijones del hambre sucedió una debilidad absoluta, vencida sobretodo cuando lograba acercar á mis labios marchitos un poco de agua dulce. Más de una vez las noches nos parecieron frescas, pero á medida que perdíamos las fuerzas, nos eran más sensibles las variaciones atmosféricas por insignificantes que fuesen. Miéntras duraba el dia y por consiguiente el calor su benéfico influjo extendíase á todos nuestros miembros que exponíamos sucesivamente á la accion de los rayos solares hasta que recobraban su natural elasticidad. Ya reanimados anudábamos la conversacion interrumpida la víspera, que casi siempre

reducíase á evocar recuerdos pasados, lamentar lo infausto del presente, sin poder concebir con viso de certeza la más leve esperanza para el porvenir; pero cuando el astro diurno se acercaba á su ocaso renovábanse los padecimientos, y de ahí que un mortal entorpecimiento embargara nuevamente los cuerpos medio exánimes, y que los dientes castañetearan con incesante estrépito; en una palabra, era tal el malestar y la penosa sensacion, que á veces llegábamos á temer morir de frio en parajes donde el abrasador sol ecuatorial radiaba á plomo sobre nuestras cabezas.

Ignorante ó poco ménos de lo que acaecia á la demas tripulacion, cuyos individuos se hallaban distantes de mí, sus lastimeros y continuos gritos demostraban lo angustioso de su situacion. Algunos parecian luchar desesperados horas enteras con la muerte, espirando por último en pos de atroces torturas; no siempre los que más carecian de fuerzas eran los más tranquilos al morir, miéntras otros exhalaban el último suspiro en medio de una agonía dilatada, imponente y cruel.

Por ejemplo, cerca de mí el hijo de Wade, jóven robusto y sano, murió casi de repente, miéntras otro de igual edad, pero débil y de complexion delicada, resistió por más tiempo que el anterior. El padre de este último, que ocupaba la cofa de trinquete, noticioso de que su hijo agonizaba, apresuróse á bajar y arrastrándose penosamente con piés y manos á lo largo de la regala de barlovento, reuniósele luego en los obenques de mesana donde se encontraba. A la sazon sólo quedaban tres ó cuatro trozos de la obra muerta de popa junto á los jardines; el desdichado condujo allí á su hijo apoyándole fuertemente en los tablones temeroso de que las olas se lo arrebatasen. Cuando el moribundo padecia alguna náusea ó convulsion, tomábale en brazos enjugando solícito la copiosa espuma que brotaban sus labios, y si acertaba á llover, abríale la boca para que penetraran en ella las frescas gotas de agua, ó bien le hacia tragar las que exprimia de un trapo mojado; ambos permanecieron en semejante posicion por espacio de cinco dias, despues de los cuales el jóven espiró. El padre afligido levantó entónces los restos inanimados de su hijo y les contempló largo rato con semblante extraviado como si le costara trabajo convencerse de la triste realidad; pero luego no siéndole ya posible abrigar la menor duda, pintóse en su rostro la desesperacion, y no obstante la viva emocion que le agitaba anteriormente quedóse inmóvil sin verter una sola lágrima y guardando el más profundo silencio. Así que el mar arrastró el cadáver, envolvióse en un pedazo de lienzo y se dejó caer para no levantarse más. Acaso sobreviviera todavía algunas horas á juzgar por el imperceptible estremecimiento de su cuerpo cada vez que contra él se estrellaban las frecuentes oleadas.

La vista de aquella conmovedora escena de amor paternal me impresionó profundamente así como á los demas, cuyos sentidos embotados á consecuencia del continuo padecer eran insensibles á sus propios males.

Entre tanto se sucedian rápidos los dias, aunque cada minuto trascurrido se me figuraba un siglo por lo largo y doloroso de nuestros padecimientos, sin que nada en apariencia dejara entrever su próxima terminacion de cualquier naturaleza que fuese. Respecto al buque, sumergido hasta la cubierta que habia barrido el mar llevándose cuantos objetos podian sernos útiles inclusa la brújula,

verdadera masa inerte, sólo se movia ora á impulso del viento muy variable que lo arrastraba en direcciones para nosotros ignoradas, ora en los momentos de calma mecido blandamente por el ligero pero constante movimiento de las olas. Éranos de todo punto imposible establecer ni aun por medio de cálculo aproximado la altura á que nos encontrábamos, pues si bien al principio sospechámos atendido el viento que navegábamos con rumbo hácia alguna de las islas de la Oceanía situadas en el golfo de Bengala, lo dudámos despues por lo mucho que aquel variara desde el dia de la catástrofe. Léjos estábamos de pensar que pronto iba á modificarse nuestra situacion, cuando la tarde del 10 de julio, ó sea á los veinte dias despues de sumergirse el buque, uno anunció en lontananza algo parecido á la tierra. Tan grata noticia fue empero recibida con pasmosa frialdad y nadie hizo el menor esfuerzo para inquirir la exactitud; pero si bien no produjo en nosotros el efecto que era de esperar, no por eso dejó de causarnos cierta sensacion, pues alzando yo la vista minutos despues, observé que todas las miradas se dirigian hácia el punto indicado. Continuámos mirando en aquella direccion, pero sin mucho afan, hasta que la noche extendió por do quier sus negras sombras; entónces los más no vacilaron en declarar á viva voz como resultado de sus observaciones que efectivamente nos encontrábamos cerca de tierra, lo que indujo á la señora Bremner á preguntarme si juzgaba posible nuestra salvacion arribando á la costa. Participéles sin rodeos mis dudas de que fuese en realidad la tierra lo que se divisara durante el dia, y á tenor de mis objeciones decidieron aplazar para la mañana siguiente cerciorarse y resolver. Tal era mi conviccion acerca del particular que cuando me desperté al amanecer, ni siquiera se me ocurrió averiguar si la tierra estaba ó no á la vista. A poco uno de los marineros colocados en la cofa de trinquete agitó diferentes veces su pañuelo para indicarnos que la noticia de la víspera no carecia de fundamento y que en efecto se divisaba á lo léjos tierra. Hallábame en aquel momento cómodamente sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, respirando con delicia el fresco y puro ambiente matutino, y aunque deseaba incorporarme para mirar, sin embargo no me moví. Mis vecinos mostráronse más diligentes; uno de ellos se levantó gritando en seguida que descubria tierra, á cuyas palabras imitóle otro, y otro, y así sucesivamente, por manera que en breves instantes, todos estuvímos en pié.

Fuerza nos fue durante el dia convencernos plenamente de la verdad y al paso que renacia en los pechos la confianza, crecia tambien la general inquietud. Todos abrigábamos alguna esperanza de salvacion, pero aminorábalo el temor de que el buque encallara de un momento á otro muy distante de la playa; ademas hostigaba sin cesar mi mente la idea de que nuestra suerte llegaria al colmo de lo horrible, si tras tan duras pruebas sufridas en medio de la inmensidad del Océano pereciamos frente al puerto de salvacion. Por la tarde nos acercámos lo bastante para notar con gran sentimiento que lo que divisábamos era sólo una playa desierta sin rastro de habitantes. Con el alma entristecida por esta amarga decepcion, me dormí convencido de que el buque poco tardaria en estrellarse y que aquel era el último dia de mi existencia. Antes de amanecer despertóme la violenta sacudida que produjo la embarcacion al chocar contra una roca. Las sacudidas fueron despues más fuertes y frecuentes; yo lo preví, y por lo tanto estaba resignado á cuanto aconteciera. Al rayar el alba la violencia de las sacudidas

nos impidió mantenernos en pié; luego la marea bajó de suerte que lo que restaba de la cubierta quedó del todo en seco. Imaginámos entónces oportuno trasladarnos á ella, y lo efectuámos, si bien con dificultad, y el condestable y yo ofrecímos nuestros auxilios á la señora Bremner para que lo verificara á su vez; mas tuvímos que dejarla en las jaretas porque estaba tan débil que ni aun podia moverse, y nosotros carecíamos de la fuerza suficiente para llevarla en brazos. Ultimamente cesó el constante balance del buque, y á la bajamar, quedando tambien á seco el entrepuente, los lascares abandonaron la cofa de trinquete para ocuparse en buscar con avidez alguna moneda de plata. Propuse á los dos que me parecieron más vigorosos bajasen á la señora Bremner de donde la dejáramos, á lo que se negaron categóricamente. La pobre señora unió sus súplicas á las mias prometiendo recompensarlos, y tras repetidas instancias cúpome el vivo pesar de oirles decir que sólo consentirian en prestarle tan importante servicio á condicion de entregarles cuanto dinero llevara encima. Los lascares no se equivocaban; al sumergirse el buque, la señora Bremner guardó en uno de sus bolsillos treinta rupias, y por cierto que su cuidado en conservarlas fue más de una vez objeto de nuestras chanzas. Léjos estábamos de pensar que esta corta cantidad contribuyera poderosamente á salvarnos la vida. Nuestra infeliz compañera se opuso á entregarles por completo su escaso caudal previendo que quizá más tarde nos fuera útil. La codicia obligó á los lascares para no perderlo todo á rebajar mucho sus pretensiones, y al fin consintieron en socorrerla mediante ocho rupias, exigiendo se les cumpliera lo prometido luego de llenado su compromiso. Es el único caso en que faltaron á la subordinacion, ó mejor dicho, se mostraron insensibles á los padecimientos de sus semejantes, miéntras permanecieron entre nosotros; pues por lo demas su comportamiento fue siempre ejemplar y en extremo delicado, muy especialmente para con las mujeres.

Permanecímos descansando por algun tiempo sobre cubierta; luego al examinar el estado del buque observámos que faltaba la tabla del timon y que en su lugar existia una abertura que comunicaba con la bodega. Aguardámos á que el mar se alejara de la bodega para bajar á aquel departamento con objeto de examinar si quedaba aun algo que pudiera servirnos; pero despues de numerosas pesquisas sólo hallámos unos cuantos cocos; el agua todo lo habia arrebatado. Era de temer que los primeros en echar mano á estas frutas se las apropiaran exclusivamente; mas debo decir para honra suya, que no bien las tuvieron en su poder, apresuráronse á declarar que las compartirian de buen grado con los demas, reservándose únicamente el líquido interior. El agua que contenian habíase convertido á causa de su larga fecha y humedad en un aceite rancio, de mal sabor é impropio para apagar la sed; y la carne, desprovista ya de toda sustancia alimenticia, nos sentó mal.

Nuestra estancia en la santa bárbara parecíónos holgada y agradable comparada con nuestra situacion anterior en las cofas, y miéntras permanecímos allí disfrutámos cierto bienestar, sin acordarnos de que nos era factible arribar á la costa. Por mi parte, poco deseaba intentarlo, pensando que no hallaríamos en ella alivio á nuestra suerte, considerando de consiguiente como más aceptable morir de inanicion á bordo que no despedazado por las fieras; ademas un secreto presentimiento me decia que acaso así lograríamos por último salvarnos.

Hasta cierto punto, ¿no podia presumirme que la Providencia nunca hubiera prolongado nuestra existencia de un modo tan milagroso á no entrar en sus impenetrables designios compadecerse en su dia de nosotros? Esta esperanza que siempre avivó mi aliento endulzando la acritud del pesar en las horas de profunda amargura, robustecíase al considerar que nadie más falleciera á bordo desde el fausto momento que divisámos la tierra.

Trascurrieron muchas horas sin que nada nos indicara en aquella isla la existencia de seres humanos, al cabo de las cuales se nos figuró distinguir unos hombres paseándose en la orilla. Entónces los ménos desfallecidos de entre nosotros corrieron hácia la parte del buque más próxima á ellos, y trataron de llamar su atencion agitando vestidos y metiendo el mayor ruido posible. Los desconocidos ni siquiera repararon y continuaron su camino. A su vista determinámos desembarcar; para realizarlo volvímos acto continuo á la bodega en busca de unas berlingas que viéramos allí. Despues de muchas fatigas lográmos echar media docena al agua, únicas que pudímos mover, y que eran insuficientes para sostenernos á todos. De noche seis lascares de los más vigorosos se asieron sólidamente á ellas, y pronto la pleamar los arrojó á la playa donde arribaron felizmente á pesar de ser entónces muy fuerte la corriente. Una vez en tierra practicaron un corto reconocimiento, descubriendo poco distante de la orilla un riachuelo, de cuyas aguas puras y cristalinas bebieron en abundancia; luego se echaron á dormir sobre la arena, y á la mañana siguiente los vímos dirigirse de nuevo al arroyo para refrescar. Quisímos imitarlos, pero la escasez de nuestras fuerzas y número no nos permitió mover una sola berlinga. Causa asombro decir que de las setenta y dos personas embarcadas en la *Juno* á su partida de Rangoun no quedaban ya á bordo sino dos mujeres, tres ancianos, un hombre de mediana edad postrado en cama desde dias ántes de acaecer la catástrofe, un muchacho y yo; y estos débiles restos de una tripulacion lozana en deplorable estado de decaimiento despues de las privaciones y enfermedades padecidas. Verdaderamente, merced sin duda á un favor providencial pudímos resistir á males que acabaran con naturalezas mucho más jóvenes y robustas.

A cosa de medio dia reparámos en una partida considerable de indígenas caminando á lo largo de la playa con direccion al sitio en que pernoctaron los nuestros; lo que excitó sobremanera nuestra curiosidad, pues importábanos saber de qué modo los tratarian. Los insulares encendieron un gran fuego, y poco despues se adelantaron hasta la orilla agitando sus pañuelos en señal de que podíamos desembarcar confiados; á ellos éralès harto difícil reunírsenos porque carecian de bote, y aun cuando lo tuvieran neutralizaria sus esfuerzos la mucha rompiente.

Describir la viva emocion que sentímos en aquel instante fuera imposible; entre la duda y el temor vagando, no éramos dueños de nosotros mismos y pareciános cada vez más preciosa una vida que considerábamos como carga muy pesada.

Aunque confiaba yo en que los naturales imaginarian algun medio para socorrernos, intenté cuanto estaba de mi parte á fin de facilitar el salvamento. Al efecto eché una mirada á mi alrededor inquiriendo qué despojos del buque podrian servirnos mejor para ganar la tierra: junto á él ví flotar unos tablones, que

no juzgué los más propios para el objeto apetecido, temeroso de que ofrecieran un apoyo asaz débil para confiar únicamente en ellos. Para mayor seguridad el jóven y yo arrojámos al mar tras inauditos esfuerzos una berlinga atada á una cuerda, con la cual sujetámos luego varios de los tablones flotantes; de este modo ambos nos hallámos con un pedazo de madera á nuestra disposicion. Dispuestos ya á partir faltóme el valor y vacilé todavía durante algunos minutos entre si quedarme á bordo ó desembarcar, tal era mi deseo de salvarme; pero reflexionando que los indígenas se alejarian probablemente al oscurecer, y que quizá contara yo con ménos fuerzas al otro dia, cedí por fin á las repetidas instancias de mi compañero resuelto á proseguir adelante. Antes de alejarme me despedí de la señora Bremner con el corazon traspasado de dolor; la posicion de la pobre viuda era extremadamente crítica, pues á más de serle del todo imposible ponerse en salvo por sí propia á causa de su estado, nadie estaba en disposicion de prestarle un auxilio eficaz. Repugnábame abandonarla y así se lo demostré manifestándole al mismo tiempo mi esperanza de persuadir á cualquiera de los insulares, tan luego como lograra alcanzar la orilla, para que fuéra en su busca. La buena señora agradecida al vivo interes que manifestaba yo por su suerte me regaló una rupia, acompañando á su despedida los votos más ardientes por el buen éxito de mi empresa. Un incidente imprevisto me detuvo un momento: miéntras encomendaba mi alma á Dios, el madero deslizóse y desapareció arrastrado por la corriente; luego reconcentrando todas mis fuerzas, me eché al mar, y así que estuve en el agua, las articulaciones de mi cuerpo ántes rebeldes á todo movimiento recobraron de súbito su natural agilidad. Pronto alcancé la berlinga á nado, mas no pude afianzarme á ella en gran rato porque las frecuentes oleadas la hacian moverse y voltear continuamente. Varias veces la solté desesperado, pero no bien me sentia sumergir, volvia á asirla con nuevos brios. Empero preví desde luego me seria imposible luchar mucho tiempo contra la corriente que me empujaba en sentido paralelo á la costa, miéntras la berlinga continuaba dando vueltas. A fin de impedirlo hice un supremo esfuerzo y logré por último tenderme sobre ella á lo largo manteniéndola sujeta con el brazo y la pierna derecha, en tanto que con los izquierdos procuraba dirigirla hácia la orilla. Esta maniobra me salió bien durante algunos instantes, pero de repente una tremenda oleada rompió sobre mí cubriéndome del todo anonadándome bajo su peso y arrebatando mi sosten. Ya no habia para mí salvacion posible, y á pesar de mis desesperados aunque vanos esfuerzos, empezaba á sumergirme, cuando otra ola no ménos imponente que la primera arrastrándome violentamente me arrojó sobre la berlinga. Poco faltó para que la sacudida no me quitara el sentido; algo repuesto me aferré á ella con piés y manos dando juntos repetidas vueltas en diferentes sentidos, al paso que la arena y conchas que el mar arrebataba á la playa me desgarraban el cuerpo lastimosamente. Luego este rápido é incesante movimiento de rotacion cesó, y entónces una série de oleadas sucesivas me arrojaron impetuosas contra las rocas, á las que me así fuertemente, temeroso de que aquellas al volver me arrebataran segunda vez.

Soplaba un viento récio y frio que estremecia todos mis miembros medio adormecidos por el cansancio, y me resguardé refugiándome en el hueco formado entre dos peñas, durmiéndome al cabo de pocos minutos, aun cuando obser-

vé ántes buen número de insulares que no tardaron en reunírseme. Sus gritos me despertaron, y grande fue mi alegría al oir que me dirigian la palabra en dialecto indio; pues al principio ignorando á qué comarca me condujera la desgracia, temí, arribando á alguna de las islas de la Oceanía, encontrarme en un país desconocido poblado quizá de moradores crueles é inhospitalarios; ó bien fuera del territorio de la compañía y por consiguiente entre enemigos de mi nacion, como verbigracia el imperio de Birman, si una rara casualidad me llevara de nuevo á las costas indias. Para cerciorarme interroguéles del mejor modo que pude en su idioma y me dijeron estábamos solo á seis jornadas de Chittagong (1), añadiendo eran *rajas* ó campesinos dependientes de la compañía inglesa, y se ofrecieron á cuidarme con tal de que los acompañase. Contestéles agradecia en mucho su oferta, pero que me hallaba tan desfallecido por la fatiga y las contusiones, que ni siquiera podia moverme, y que si en algo deseaban servirme, me trajeran un poco de arroz crudo.

Afectábame sobremanera en medio de mi condicion miserable permanecer á su vista en completa desnudez, y á cualquier precio deseara evitarlo; los mismos insulares me evitaron este rubor, pues no bien lo advirtieron, uno de ellos, birman por cierto, quitóse en seguida el turbante que rodeaba su cabeza, y desplegándole cubrió con él parte de mis carnes. Luego convencidos de la inutilidad de mis esfuerzos para incorporarme, los dos más robustos me tomaron en brazos y emprendieron la marcha. Como á unos doscientos pasos corria entre la arena límpido y murmurador un arroyuelo, el mismo que hallaran la víspera los compañeros; llegados á cuyo borde solicité de mis protectores me permitieran beber agua, á lo que se opusieron tenazmente procurando desnudarme; mas supliquéles con tan vivas instancias, que por fin accediendo á mis deseos soltáronme y caí de bruces en el arroyo. En vez de levantarme púseme ávido á beber agua con increible precipitacion, que de seguro me acarreara fatales consecuencias á no impedirme los isleños beber mayor cantidad.

El baño que acababa de tomar y la frescura del agua que bebiera reanimaron todo mi sér, de suerte que pude ya seguir andando á mis conductores, apoyado sin embargo en sus brazos. Pronto llegámos al sitio en donde ántes encendieran la hoguera, junto á la cual reposaban tendidos en el suelo el muchacho que abandonara el buque al par mio, los seis lascares, el condestable y el *serang* ó contramaestre indio.

Causóme indecible satisfaccion tornarme á reunir con mis antiguos compañeros de infortunio como yo sanos y salvos, y tambien oir de su boca las patentes muestras de conmiseracion de que habian sido objeto por parte de nuestros libertadores; y al hallarnos otra vez reunidos, mi mente habituada al sufrimiento y la continua perspectiva de peligros siempre crecientes é imposibles de conjurar, resistíase ahora á convencerse de la placentera realidad, trastornándose de tal modo que por un momento temí enloquecer. Érame en particular difícil comprender cómo el condestable y el serang que se quedaran á bordo, lograron desembarcar en tierra, y las explicaciones sólo sirvieron para confundir más mis ideas.

(1) Chittagong ó Islamabad es la capital del distrito de la compañía de las Indias que lleva su nombre, dista noventa leguas de Calcuta, en los confines del reino de Arakan.

A mi llegada los naturales pusieron á la lumbre una especie de olla de barro toscamente fabricada, en la que echaron una corta cantidad de agua y arroz. Trabajo me costó esperar diez minutos á que se cociera, al cabo de cuyo tiempo, no siéndome ya posible aguantar los vivos aguijones del hambre que despertó en mí la vista de tan grosero alimento, cogí un puñado que masqué pero sin conseguirlo tragar. Al notar mi embarazo, uno de ellos me roció el rostro con agua, entrándome en la boca unas cuantas gotas; gracias á esto los granos de arroz empujados por el agua circularon por mi garganta á riesgo de ahogarme, y el violento esfuerzo que para ello debieron necesariamente hacer los músculos al deponer su tirantez, devolvióme la facultad de tragar, aunque por largo rato fueme todavía preciso acompañar cada bocado de arroz con un trago de agua. Ademas el calor habia agrietado tanto mis labios y paladar, que el menor movimiento de las mandíbulas bastaba para ensangrentarlos causándome agudos dolores.

De lo que sucedió despues, nunca puedo recordar con certeza otra cosa sino que ya entrada la noche desperté algo más repuesto, siendo entónces mi primer pensamiento participar á nuestros humanos protectores la angustiosa situacion en que dejara á bordo á la señora Bremner y demas personas. Con el fin de moverles á que le prestasen auxilio, y teniendo en cuenta el poderoso influjo que ejerce el dinero en el ánimo de los indostanes, díles á entender que si le salvaban la vida, ella gratificaria sus servicios muy liberalmente. Mis insinuaciones decidieron á algunos, quienes seducidos por la halagüeña perspectiva de obtener una buena recompensa, prometiéronme pernoctar en la orilla y socorrer á los restantes náufragos cuando la marea á la sazon más creciente de noche que de dia, aproximara del todo el buque á la costa.

Así fue, pues á media noche me despertaron anunciándome que la señora y su esclava habian desembarcado; levantéme en seguida para ir á su encuentro y felicitarla, pero poco tuve que andar puesto que la pobre señora estaba sentada junto al fuego no léjos de mí. Jamas olvidaré la sonrisa de gratitud que al verme asomó á sus labios, y nunca semblante alguno expresó alegría más viva.

Posteriormente me notició que debia su salvacion al denuedo y honradez del birman que desbarató los codiciosos planes concebidos por los naturales. He aquí el suceso. Los indios, sospechando por mis anteriores palabras que la señora Bremner como esposa del difunto capitan era dueña de una crecida cantidad de dinero, formaron el propósito de robarla y repartirse entre todos sus despojos; mas repugnando al honrado birman, conocedor de la trama, se consumara este odioso atentado que él podia impedir, púsose en acecho, y tan luego como se le presentó ocasion oportuna, salvó á la señora Bremner ayudado por uno de sus compañeros, sin exigirle retribucion alguna.

En el trascurso de la noche, partióse el buque en dos pedazos: la quilla encalló en las rocas, miéntras la parte superior del casco llegó flotando tan cerca de la playa, que los dos únicos hombres que aun permanecian á bordo pudieron arribar á tierra con facilidad. El resto de la noche lo pasámos á la intemperie, lloviendo á cántaros y harto molestados por el frio. Por la mañana los isleños volvieron á darnos arroz, pero manifestando que dejarian de suministrárnoslo en adelante, si no se les entregaba en seguida cuanto dinero poseyera la señora Bremner. Los lascares amedrentados por esta amenaza, y sin esperar á

que se les sometiera por su parte á semejante exigencia, desprendiéronse al punto de las monedas que recibieran de aquella, en trueque de las cuales obtuvieron nuevas provisiones; y prohibiéndoles su religion comer en compañía de personas de creencias diferentes, apartáronse de nosotros. Tocante á la señora Bremner, consintió en pagar ocho rupias con tal de que se nos proveyera de víveres durante cuatro dias.

Cuando la bajamar dejó en seco sobre la playa los restos de la destrozada embarcacion, los insulares ávidos de botin registráronlos minuciosamente, hallando tan sólo varios fusiles rotos, algun hierro, plomo y el cobre del forro, de todo lo cual se apoderaron. Con todo, logré que desistieran amenazándoles con que algun dia se les exigiria cuanto tomaban indebidamente; replicáronme que aquello les pertenecia como recompensa de sus auxilios. Desde entónces me cobraron odio y pronto tuve ocasion de arrepentirme de mi excesivo celo en salvar los intereses de los dueños del buque; pues ora por esta razon, ora por ser yo el único europeo, lo cierto es que cesaron de guardarme toda consideracion, sirviéndome generalmente el postrero y siempre en cantidad menor que á los otros. Ignoro á qué extremo llegara su rencor á no interesarse en favor mio el birman, quien logró ablandarlos aunque poco, realizando ademas una colecta entre sus compatriotas al objeto de proporcionarme recursos. Extraña é incomprensible en verdad fue la conducta de los indostanes, quienes despues de salvarnos la vida nos trataron con bastante dureza, y aun me atreveré á decir que pereciéramos entre sus manos, á no acompañarnos el birman y los suyos.

Parte del dia emplearon los indios en cazar animales silvestres, muy abundantes en el país, comiéndoselos á presencia nuestra sin ofrecernos siquiera una tajada; recogímos los huesos cuando los tiraron, y cociéndolos, con el caldo preparámos una sopa de arroz que nos pareció deliciosa. Llegó luego el momento de regresar los indostanes á sus habitaciones, siguiéndolos nosotros para colocarnos bajo la proteccion de las autoridades europeas. Nos ordenaron emprender la marcha, mas siéndole del todo imposible á la señora Bremner á causa de su extremada debilidad verificarlo á pié, aquellos hombres despiadados despues de una larga é intrincada discusion convinieron por fin en llevar á ella y á su esclava en un palanquin improvisado con bambúes mediante el inmediato pago de doce rupias, y otras dos más por abastecernos á los tres de arroz el tiempo que tardáramos en llegar al pueblo más próximo. Esta nueva vejacion fue sufrida con paciencia y en el acto satisfechos sus codiciosos deseos, á fin de tenerlos contentos y propicios á prestarnos cuantos auxilios necesitásemos durante el viaje. Pusímonos en camino y apénas recorridos algunos pasos, convencíme de que tampoco yo podria continuar á pié, así es que temeroso de quedarme rezagado en el camino, propúseles me condujeran como á las señoras prometiendo remunerarlos generosamente tan luego como me hallara en proporcion de verificarlo, esto es, una vez llegado al punto más próximo donde residiera cualquiera autoridad de mi nacion; pero no obstante mis seguridades y promesas rehusaron descarada y categóricamente prestarme semejante favor si no les satisfacia al contado el doble de lo que por igual servicio exigieron á la viuda del capitan, fundándose en la estéril razon de que yo pesaba más que ella. En vista pues de su negativa y no hallándome en el caso de ceder á sus desmedidas exigencias,

resolví permanecer en aquel sitio hasta que por medio de la señora Bremner llegara mi apurada situacion á conocimiento de los ingleses de la factoría próxima. Para formarse una idea de la inhumanidad de los isleños, bastará decir que aun cuando á tenor de lo pactado se comprometieran á proveerme de arroz diariamente, dispuestos ya á partir se negaron á suministrarme una sola onza, sin darles cuidado de dejarme expuesto á morir de inanicion. Ruegos, amenazas, todo fue inútil; ni mis vivas instancias, ni aun el profundo descontento que de seguro causaria á la compañía su infame proceder, influyeron en su ánimo. En fin, colocado en la dura alternativa de seguirlos, á pesar de mi estado ó quedarme y perecer infaliblemente de hambre, érame preciso adoptar cuanto ántes una resolucion, puesto que el caso no admitia espera. En su consecuencia desistí de mi primer propósito, y el dia 17 de julio á las ocho de la mañana nos pusímos todos en camino en el siguiente órden favorecidos por un vientecillo fresco que nos daba de espalda: la señora Bremner y su esclava en dos palanquines llevados cada uno por cuatro hombres que se relevaban á intervalos, miéntras el grumete, el condestable, el serang y yo cerrábamos la marcha. Todos llevábamos un bambú que á modo de baston nos facilitaba notablemente el andar. En cuanto á los lascares que desde un principio despreciaron nuestra compañía tornándose amigos de los insulares, efecto sin duda de la semejanza de usos y creencias, quedáronse junto á los restos de la nave destrozada.

Recorridas unas dos millas, descansámos una hora que empleé en dormir juzgando que un buen sueño repararia mis fuerzas, para continuar el viaje con ménos trabajo; mas al despertar todas mis articulaciones estaban de tal manera agarrotadas, que para incorporarme necesité se me ayudara, siéndome ya imposible seguir á la comitiva cuyos guias continuando su inhumano proceder echaron á andar sin cuidarse de mí. Sentéme en el suelo desesperado maldiciendo la crueldad de aquellos hombres que me abandonaban sin compasion; empero la Providencia, esa fuente inagotable de mercedes á cuyas benéficas aguas deben siempre acudir las almas laceradas, por acerbo que sea el dolor ó irremediable que parezca la desgracia, seguras de hallar en ellas un alivio eficaz para los males que las aquejan, me reservaba un gran consuelo. Al revolver la vista en torno como para convencerme de que realmente estaba solo en tan inhospitalarios parajes, divisé con asombro al par que alegría no lejos de mí, inmóvil é impresa en su semblante la más sincera piedad al mismo jóven que en diferentes ocasiones intentó compartir mi suerte. Acercóseme en seguida, y despues de prodigarme patentes muestras de interes, me refirió en términos afectuosos que testigo de la bárbara conducta de los indostanes abandonóles indignado y resuelto á no separarse en adelante de mí, aunque sus fuerzas le permitieran andar más á prisa, y á pesar del miedo que le poseia de ser acometido por las fieras. Tamaña abnegacion me arrancó ardientes lágrimas de agradecimiento.

Rato hacia ya que los compañeros desaparecieron perdiéndose entre una espesa polvareda cuyos densos torbellinos iban á desvanecerse en el espacio cuando al buscar un norte á nuestros pasos, en medio de la imponente soledad que nos rodeaba cerrada do quier por horizontes dilatados y desiertos, divisé cerca de la orilla una partida de *mogs* ó habitantes del reino de Arakan, los cuales sentados en torno de una gran hoguera preparaban la comida. Dirigímonos á ellos implorando au-

xilio, y acudieron presurosos á nuestro encuentro con ademanes afectuosos, profiriendo exclamaciones que revelaban su extremada sorpresa. Hablaban un lenguaje del todo desconocido; por lo tanto érame difícil manifestarles mi verdadera situacion; pero el jefe de la partida, persona respetable, me sacó de apuros preguntándome con cariñosa solicitud por las causas que me redujeran á tan precario estado. Satisfice las benévolas preguntas que tuvo á bien dirigirme refiriéndole en breves pero sentidas frases hasta los más insignificantes pormenores de mi desgracia. El desconocido pareció conmoverse vivamente al escuchar mi triste narracion, en particular cuando le conté el villano abandono de los indostanes; prorumpió en improperios contra ellos porque cuando pasaron por allí media hora ántes nada le dijeron respecto á mí, y concluyó invitándonos á que nos sentáramos junto á la lumbre y compartiésemos su comida. Aceptámos su generoso ofrecimiento, y en el acto nos presentó sus mejores provisiones. Bien lo necesitábamos y buena cuenta dímos de ellas; mas al observar la avidez con que yo comia, aconsejóme moderase por entónces mi voraz apetito, prometiendo facilitarnos víveres en abundancia para el camino.

Terminada la comida, el caritativo insular llevó su beneficencia al extremo de lavar mis heridas llenas de arena y polvo, untándolas con *ghi*, lo que apresuró su curacion; luego nos entregó una considerable cantidad de arroz y se despidió deseándonos un pronto y feliz viaje. Nuestro bienhechor era un buhonero portugues residente en Chittagong que iba á vender sus mercancías á Arakan (1).

Las solícitas atenciones de que fuimos objeto por parte de aquel buen hombre, le granjearon nuestro eterno reconocimiento, así es que llegado el momento en que debíamos separarnos para no volvernos á ver jamas, oprimióse mi corazon, y á duras penas pude alejarme de su lado. Aun no habíamos andado veinte pasos, cuando el mercader, que distraido en su afan por servirnos se olvidara de mi completa desnudez, corrió tras de mí entregándome un pantalon para que cubriese mis carnes, y evitarme el rubor al presentarme en la factoría. Tanta generosidad me enterneció; con el pecho embargado por la emocion, no acertaba á articular una sola frase, y no pudiendo contener por más tiempo las abundantes lágrimas que inundaban mis ojos, me arrojé en sus brazos deshecho en llanto, único medio con que podia probarle mi profunda gratitud. El portugues me abrazó con ternura, y despues de varias palabras consoladoras se despidió segunda vez para reunirse á los suyos, continuando yo el camino con el ánimo fortalecido por la esperanza.

A cosa de dos millas más allá, hallámos el resto de los náufragos comiendo; para demostrar á los despiadados indostanes que para nada los necesitábamos, mi compañero y yo preparámos separadamente nuestra comida, con las provisiones recibidas del caritativo mercader. Caminando de nuevo, varios de los que permanecieran custodiando el casco del buque se nos reunieron atemorizados, como tambien seis lascares, porque encontrados por el portugues, increpóles este por su inhumanidad para conmigo, persuadiéndoles que yo era un gran persona-

(1) Arakan, capital del reino que lleva este nombre, fue por mucho tiempo tributaria de los birmanes, albergando en su recinto en la época de su conquista (1783) á más de cien mil habitantes; hoy dia forma parte de las posesiones inglesas y su poblacion no llega á una tercera parte de su anterior cifra.

je, y que tan pronto como el gobernador de Calcuta tuviera noticia de lo ocurrido, les pediria severa cuenta de tal conducta. La reconvencion del mercader junto con el temor de ser castigados produjo saludable efecto; puesto que desde aquel momento notóse un cambio repentino en sus acciones. Así como ántes se mostraran desdeñosos y crueles, ahora por el contrario afectaron dispensarme las mayores consideraciones; empero desechè sus hipócritas homenajes y contentéme con aceptar el ofrecimiento que me hizo su jefe de encargarse de nuestras provisiones.

Sobre las doce del siguiente dia llegámos á las márgenes de un rio caudaloso, únicamente vadeable en la bajamar, si bien lo pasámos al punto en una balsa que los indostanes construyeron con bambúes, nadando á ambos lados cinco ó seis de ellos para impedir que la arrastrase la corriente.

Al otro dia temprano entrámos en un pueblo de aspecto miserable y compuesto de varias chozas esparcidas aquí y acullá sin órden ni concierto. Penetré por curiosidad en una cuya puerta estaba abierta y los dueños ausentes; todo en ella revelaba pobreza, desaseo, y nada hallé digno de notarse, á no ser la densa oscuridad allí reinante y el hedor insoportable que exhalaban las inmundicias amontonadas en los rincones. Abandoné en seguida aquel lugar infecto, y en torno del umbral hallé agrupados á los moradores de las chozas contiguas, los cuales sin duda me vieran entrar y esperaban impacientes mi salida. No bien salí cuando me rodearon y condujeron poco ménos que por fuerza á la habitacion de Doumo Ali Schneiuder, *zemindar* ó gobernador del pueblo, quien me recibió con suma afabilidad; los demas compañeros que me precedieron ante aquella autoridad local llevados del propio modo empezaban ya á extrañar mi ausencia. Una vez reunidos, el zemindar mandó servirnos refrescos con una benevolencia de cuya sinceridad tuve muy pronto ocasion de dudar. Díjonos que distábamos sólo cuatro millas de Ramou, primer establecimiento de la compañía. Esta grata noticia causóme una alegría indecible que procuré disimular; mas notólo el zemindar, y como convenia á sus ulteriores planes retardar todo lo posible nuestra partida, segun pude observar despues, invitónos á que permaneciéramos aun diez ó doce dias en su compañía, ofreciendo para entónces enviarnos por agua á Calcuta en un bote de seis remos. Deseoso de llegar cuanto ántes á Ramou, mi impaciencia crecia por instantes, así es que rehusé respetuosamente la invitacion de nuestro huésped, rogándole al propio tiempo nos facilitara la lancha y un guia. En vista de mi rotunda negativa, el zemindar reiteró sus instancias para que nos quedáramos, por lo cual empecé á sospechar á causa de su empeñada insistencia si acaso tendria parte en los hechos anteriores, é intentaba saquear por completo la *Juno*, cuyo cargamento de madera todavía intacto era presa demasiado tentadora para no torcer su equívoca probidad. No anduve desacertado en mi hipótesis, y de ello pude convencerme cuando al dia siguiente, despues de solicitarle inútilmente por todos los medios imaginables la libertad de proseguir el viaje manifestándole mi resolucion de ponerme acto continuo en camino aunque debiera ir á pié, me tomó á solas para decirme tras mil protestas de adhesion que, si bien ajeno á los desmanes cometidos por sus súbditos, temia que el magistrado del distrito de Islamabad, residente en Chittagong, le hiciera graves cargos acerca de lo ocurrido exigiéndole por ello severa responsabilidad. En su

consecuencia me propuso firmarle un certificado que atestiguara su inculpabilidad en la punible conducta de sus subordinados, declarando con inaudito descaro que sólo con esta condicion me facilitaria una lancha para ir á Ramou ó al punto que yo designara.

Persuadido de que nada arriesgaba en devolverle astucia por astucia, fingí acceder complacido á sus deseos; pero en vez del documento que me exigia, redacté en su lugar una sucinta relacion de nuestras desgracias pasadas y actual estado, extendiendo á continuacion el certificado pedido, temeroso de que cualquiera de sus allegados versado en el inglés descubriese la estratagema. El zemindar confiado en el buen éxito de su empresa, marchó el mismo dia para Ramou con el escrito, que entregó al *phoughedor* ó comisario de policía, quien lo remitió sin pérdida de momento al teniente Towers, comandante del destacamento allí estacionado. Tan pronto como aquel oficial se enteró de nuestra situacion, mandó llamar al phoughedor y le interrogó; este, sin duda de acuerdo con el zemindar, encerróse en los estrechos límites de una reserva absoluta, limitándose á dar alguna que otra respuesta evasiva que nada explicaba. Dudando Towers de su buena fe, mandó practicar minuciosas diligencias hasta llegar al entero esclarecimiento de la verdad, y conocida esta, despachó en seguida en nuestra busca una embarcacion convenientemente escoltada con víveres, numerario y una carta para mí.

Pasaron tres mortales dias sin que el zemindar realizara su promesa á pesar de recordárselo yo distintas veces, prometiéndome siempre cumplimentarla al otro dia. Ultimamente cansado ya de esperar y viendo que me engañaba, el 22 por la noche resolví partir al amanecer. Arriesgado cuanto difícil era burlar la activa vigilancia de que estábamos rodeados; empero alentóme la necesidad de poner pronto término á un estado cuya duracion parecia deberse prolongar indefinidamente. Al efecto consulté á los demas compañeros, quienes aplaudieron sobremanera la determinacion, y todo quedó dispuesto para facilitar mi fuga. A la hora de costumbre nos sirvieron la cena, que se componia por lo comun de una corta porcion de arroz cocido y algun trozo de salvajina asada, parte de la cual guardé preventivamente para el camino. Acababa de acostarme cuando entró en el pueblo la escolta que venia á buscarnos; su jefe conferenció largo rato con el zemindar, quien trató de disculparse protestando la lealtad de su conducta, y al finalizar la entrevista intimóle la órden terminante de que nos pusiera desde luego en libertad, so pena de incurrir en el desagrado de la compañía y por lo tanto de ser destituido del mando que ejercia. No agradó á nuestro huésped dejarnos ir, receloso de que tarde ó temprano se descubririan su perfidia y codiciosos designios; pero obligado á ceder ante la fuerza, ocultó su descontento con el disimulo refinado peculiar á los de su especie, é hizo en el acto entrega de nosotros, aparentando obedecer complacido la órden.

Embarcados aquella misma noche, á medio dia del siguiente llegámos á Ramou. A regular distancia de la ciudad y en la orilla del rio que atraviesa el camino, hallámos al teniente Towers que venia al encuentro, quien no pudo ménos de conmoverse profundamente en vista de nuestra miseria. Su noble proceder para con nosotros fue sublime y le enaltece en gran manera; condújonos á su propia casa cuya mejor habitacion cedió á la señora Bremner, facilitando asi-

mismo alojamiento en ella al resto de la comitiva; constituyóse en nuestro médico y cirujano, y llevó su galantería hasta prepararnos en persona los alimentos; en fin, nada es capaz de igualar su tierna solicitud en atender á nuestras menores necesidades, su anhelo en proporcionarnos cuanto nos pudiera agradar, y siempre subsistirá en mi corazon agradecido la memoria de las infinitas bondades que le merecímos.

Tres dias permanecímos en su apreciabilísima compañía, al cabo de los cuales, el 26 de julio, nos embarcámos de nuevo en dos grandes botes para Chittagong, muy bien recomendados al teniente Price que mandaba en aquel punto. Llegámos dos dias despues, y allí como en Ramou fuimos objeto de continuas atenciones por parte del expresado oficial, cuya benevolencia incansable igualó si no sobrepujó á la que nos dispensara Towers, recordándonos á este en más de una ocasion.

Empleé todo el primer dia en descansar, y al siguiente, tocándome en mi calidad de contramaestre por ausencia del capitan y piloto dar á las autoridades aviso oficial del naufragio de la *Juno*, me presenté á Mr. Thomson, juez del distrito de Islamabad, enterándole detalladamente de las diversas circunstancias de nuestra desgracia, así como de los acontecimientos posteriores. A consecuencia de mi declaracion y hechos en ella denunciados, salió inmediatamente por mandato del magistrado una partida de tropa encargada de custodiar el casco del buque encallado é impedir el latrocinio que continuaban cometiendo los insulares en su cargamento. Luego redactóse una extensa memoria acerca de lo ocurrido, que autorizaron los señores Thomas Johson y firmámos la señora Bremner á nombre de su difunto esposo, el condestable y yo, como testigos presenciales, copia de la cual envióse certificada á los armadores del buque residentes en Madras, despues de registrarla debidamente en el archivo público.

Practicada esta diligencia, dirigíme ante todo á casa del mercader portugues, cuyas señas me dió al separarnos, con objeto de ofrecer mis servicios á su esposa; pero encontrándola cerrada y preguntando á los vecinos, supe con sentimiento que dicha señora habia fallecido pocos dias ántes sin dejar familia.

A los ocho dias de nuestra llegada á Chittagong, embarquéme en una lancha restablecido por completo de mis anteriores dolencias, con varios carpinteros y cuanto era necesario para salvar lo que respetara el naufragio y la rapacidad de los salvajes. Entré en Ramou el 12 de agosto, pasé todo el dia siguiente en compañía del digno teniente Towers, y el 14 continué el viaje en palanquin, llegando el 19 al sitio donde acampaba la tropa.

Bajo mi direccion construyéronse primeramente dos chozas provisionales que nos resguardasen de la intemperie durante la noche, procediéndose en seguida sin descanso y con ayuda de los soldados á aligerar el casco para deshacerlo luego. Costónos más de mes y medio de asiduo cuanto penoso trabajo trasladar á tierra así el cargamento como los restos de la malhadada embarcacion; y ya amontonado en la playa el maderámen procedente de ella, mandé pegarle fuego á fin de aprovechar el hierro, forro y clavazon, que fueron recogidos cuidadosamente, despues de lo cual regresé á Chittagong para noticiarlo, dejándolo todo á cargo del condestable y de un marinero que me acompañaron voluntariamente en esta excursion. Al poco tiempo fuí comisionado por las autoridades inglesas de aquel punto para entregar cuanto restaba de la *Juno* y su cargamento á J. P.

Gallaway, capitan de la *Restauracion*, buque despachado al efecto, á cuyas órdenes debia ponerme despues; propuse entónces á mi fiel amigo el grumete que me siguiera, ofreciéndole cuidar en adelante de su suerte pero era tal la aversion que cobrara á la marina, que rehusó la proposicion prefiriendo fijar su residencia en el país. Causóme por lo tanto hondo pesar separarme para siempre del único sér que se compadeciera de mí en el más crítico instante de mi azarosa vida, y al darle el postrer abrazo, á falta de otro medio le regalé en prueba de afecto cuanto dinero poseia merced á la liberalidad de nuestros bienhechores. Seguidamente despedíme enternecido de los demas compañeros de infortunio, seguro de no volverlos á ver, en particular de la señora Bremner, quien me estrechó la mano conmovida y con los ojos inundados de lágrimas, deseándome toda suerte de prosperidades; con posterioridad llegó á mi noticia que, recuperadas su quebrantada salud y perdidas fuerzas, contrajo segundas nupcias con un comerciante europeo bastante acaudalado residente en Chittagong, del que tenia dos lindos hijos, y que su dicha era completa, rodeada como estaba de cuanto puede amenizar en el mundo la triste condicion de la mujer.

Satisfecha esa deuda de amistad y libre ya de todo cuidado, me puse segunda vez en camino para desempeñar el nuevo encargo, esperando regresar pronto á la nebulosa Albion, mi patria. En pocos dias me trasladé á la costa siguiendo el mismo anterior itinerario, sin notar otra novedad á mi arribo que la muerte del condestable durante mi ausencia, víctima de una enfermedad tan breve como cruel: suceso que me notició su compañero así que me divisó, causándome un vivo pesar por las especiales cualidades que reunia el finado. Procedióse desde luego á embarcar en la *Restauracion*, anclada á conveniente distancia de la orilla, los efectos existentes en la playa, y el 2 de noviembre zarpámos de aquel fondeadero de fatal recuerdo, al que denominé *bahía de Juno* para conmemorar nuestra desgracia, nombre que conserva aun hoy dia, arribando felizmente á Calcutta el 12 del siguiente mes.

Aquí concluye el relato de John Mackay referente al interesante y conmovedor drama marítimo trascrito, y temeríamos dejarlo incompleto si no facilitáramos á nuestros lectores algunas noticias posteriores acerca de tan sufrido cuanto esforzado navegante. Poco tiempo despues de su llegada á Calcutta fue nombrado capitan de uno de los buques que la compañía despachó para Europa, á cuyas costas arribó en agosto de 1796. Así que desembarcó el cargamento, ocupóse en trasportar tropas á la parte occidental de la India y no volvió á su patria hasta mediados del año siguiente, regresando últimamente á las Indias orientales, donde desempeñó largos años un cargo importante en la administracion.



Canal de Samarang, en Java.

JAVA.

UNA ESCALA EN SAMARANG.

Samarang, lo mismo que Batavia, está situada á orillas de un rio en un terreno llano y pantanoso, con la coincidencia de poseer como aquella una bahía espaciosa si bien sumamente incómoda para los buques de algun porte que sólo pueden fondear á unas tres millas, y más aun para los de guerra que fondean á mayor distancia. Desde estos últimos en vano se buscaria con la vista una poblacion populosa, pues sólo se distinguen las primeras líneas de casas, formando el último término de este anfiteatro una cordillera de montañas que se pierde en el interior de la isla. En el puerto se observa una animacion extraordinaria; multitud de *praons* con sus grandes velas de junco desplegadas surcan las aguas en todas direcciones, ó bien encallados en los bancos de légamo que á las horas de reflujo impiden la entrada en el rio, forman grupos inmóviles y pintorescos.

Los *tambanghan*, barcos de fondo casi plano cruzan entre los praons, pues por su forma son los únicos que á cualquier hora pueden atravesar la barra con la mayor rapidez, ayudados de sus velas latinas. Tan pronto se les ve adelantarse hasta llegar á la barra como perderse en seguida á lo léjos en un brazo de rio, cuyas desiertas é incultas orillas mas fértiles en apariencia, se hallan pobladas de perros que acuden en busca de las inmundicias que arrastra la corriente del rio, y de bandadas de garzas reales que sin inquietarse por la aproximacion del hombre se posan tranquilamente sobre la yerba.

El rio va estrechándose poco á poco al entrar en la poblacion. A ambos lados se levantan casas de aspecto miserable, construidas con cañas y palmeras, cuyas anchas hojas mezcladas con el espeso follaje de las enredaderas que crecen en las paredes, se reflejan en las serenas aguas del rio. Mujeres desnudas, bañándose ó lavando ropa al pié de las escaleras de las casas que terminan en el agua, se ofrecen á la vista del espectador, con un enjambre de chiquillos que á grandes voces atruenan el espacio.

La escena cambia de repente al doblar un recodo. Las casas son mayores, y es más difícil la navegacion en el canal por la multitud de barcos que circulan en encontradas direcciones y las naves de gran porte amarradas á la orilla; mas poco despues, vencidos ya los obstáculos que se oponen á la travesía, se distinguen los hermosos barrios de la opulenta colonia.

Al principio aun se hallan algunas casas de extremada blancura confundidas

con otras de mezquina apariencia, y más léjos edificios negruzcos que forman los almacenes del gobierno, cuya construccion data de la fundacion de la ciudad antigua. Una actividad sorprendente reina en este barrio; innumerables tiendas ofrecen sus productos al público, y mercaderes ambulantes recorren las calles, donde los trajes de los javaneses se confunden con los de los chinos y árabes allí establecidos.

El barrio europeo lo componen en su mayor parte grandes y suntuosas moradas. Todas las casas se apoyan en arcos que descansan en caprichosas columnas, en cuyos pórticos se guarecen los paseantes de los rayos de un sol abrasador; aunque de un solo piso, ganan en extension lo que pierden en altura, pues ocupan mucho terreno y están protegidas en la parte posterior por tapias de nevada blancura, detras de las cuales asoman las verdes copas de los árboles. Esclavos vestidos con largas túnicas de vivos matices y ataviados con pañuelos de varios colores guardan los peristilos. La moda consiste en vestir alguna prenda europea, de modo que á la contemplacion del mundo elegante se presentan los cocheros con largas túnicas encarnadas y sombreros á la europea en que luce una escarapela, y otros con una especie de leviton encarnado que forma extraño contraste con el resto de su traje. El viajero no puede ménos de sorprenderse al observar tal miscelánea, que adquiere mayor originalidad con los esclavos descalzos, costumbre adoptada en las colonias como distintiva de la clase baja.

Inmediatamente despues de las tiendas, hállanse los almacenes que contienen toda clase de géneros, como muebles europeos, objetos chinos, productos de la industria del país, todos confundidos en estudiado desórden. Abundan asimismo las producciones francesas y principalmente en el suntuoso despacho del señor Tissut, quien en virtud de un privilegio del gobierno expende las telas de hilo ó algodon que se consumen en la colonia. Este barrio ofrece notable contraste con el europeo de Batavia; en lugar de estar diseminadas las casas en una extension de varias millas, aisladas por los jardines que las separan, se tocan las paredes formando hermosas y anchas calles por las cuales se puede caminar á pié sin temor de pasar por pobre. En Batavia á consecuencia de la larga distancia que separa del centro de la ciudad aquel barrio tan poco aseado, es preciso servirse de carruajes, y el lujo colonial ha llegado á convertirles en muebles indispensables hasta para los empleados de ínfima categoría. En Samarang la disposicion de las casas los hace ménos precisos, de manera que con frecuencia las personas más acomodadas pasean á pié, sin recurrir al incómodo coche que luce en los paseos de *Kouing 's plain.*

Samarang contiene en su recinto magníficas casas, pero en cambio carece de monumentos, pues sólo puede considerarse tal el templo luterano. Su interior es vasto, su bóveda espaciosa, y las dos torres dignas en su conjunto de un edificio de primer órden. Algo más hácia el extremo las casas son ya irregulares y su arquitectura de pésimo gusto, hasta llegar á las tiendas de los chinos, muy numerosas por cierto. Al principio les señalaron un límite para sus establecimientos, mas en el dia lo han traspasado con exceso amenazando invadir el resto de la poblacion.

Los alrededores de la ciudad son una coleccion de paisajes encantadores en



Trajes de novios javaneses.

todos conceptos, en los que varios comerciantes poseen quintas, entre las cuales se distingue por la novedad y riqueza la propiedad del señor Tissut, llamada *Baudion*. Esta hacienda ofrece todos los atractivos de un verdadero palacio, y segun la opinion general en Java, ninguna puede competir con ella en magnificencia. Fue construida por un opulento armenio que arruinado por el coste de la obra la cedió á muy bajo precio. Es de forma cuadrada, de un solo piso de altura, mas de colosales dimensiones, y á ambos lados del cuerpo principal del edificio hállanse pabellones reservados para los extranjeros que acuden á visitarla, y en el interior espaciosos salones, con tarimas de 15 á 18 metros de longitud, para que sirvan dignamente para una recepcion ó baile. Antes de llegar al zaguan de la casa se atraviesa un gran pórtico sostenido por gruesas columnas, donde se disfruta de un fresco agradable, pues circula el aire con libertad.

El panorama que desde dicho punto se extiende ante la vista del espectador armoniza con el edificio. Grupos de árboles de frondosas ramas proyectan á su alrededor una sombra deliciosa; grandes fuentes levantadas en diferentes puntos pueblan de armoniosos murmurios este jardin encantador, al que sólo faltan un parque y baños para ser una verdadera morada de príncipe. El camino que conduce á la ciudad es en extremo pintoresco, pues los árboles que crecen á ambos lados entrelazan sus ramas formando una especie de bóveda, en donde millares de pajarillos entonan himnos melodiosos.

La víspera de nuestra marcha el señor Tissut deseó obsequiarnos con un baile en su quinta de Baudion. El local se prestaba á ello y la reunion fue escogidísima. Dicho señor tuvo la delicada atencion de no convidar á aquella fiesta más que á las personas que hablaran ó al ménos comprendieran el frances. Los músicos eran malayos, pero tocaban instrumentos europeos. Las piezas fueron varias aunque de diferente género. Música antigua, moderna, italiana, española y francesa, sin distincion de orígen ni antigüedad. A media noche cesó aquella para dar lugar á una cena espléndida de más de cien cubiertos, en la que los danzantes encontraron en los vinos de Francia nuevas fuerzas para continuar su interrumpido baile.

No puede explicarse la viva emocion que experimentan cuantos emprenden un largo viaje al detenerse en puntos donde sin merecimiento alguno se les prodiga toda clase de atenciones. La recepcion cordial y solícita de que fuimos objeto en Samarang, no sólo por parte del señor Tissut, sino de todos los habitantes, nos dejó imperecederos recuerdos, pues durante nuestra corta estancia se nos agasajó con inmerecidos obsequios. A eso de las dos de la madrugada nos retirámos de Baudion, donde alimentámos por un momento la ilusion de juzgarnos en Francia al oir hablar nuestro propio idioma. Impresiones tan agradables nos acompañaron hasta la ribera, y las rápidas escenas de esta permanencia en Samarang se destacaron en nuestra mente hasta el momento que la ligera embarcacion nos condujo á nuestra morada flotante; mas el ruido de los aparejos nos sacó de repente de aquella abstraccion. La realidad volvió á recobrar su acostumbrado imperio, y entónces con un sentimiento de pesar involuntario dirigímos al traves de las opacas sombras de la noche una última mirada á la gran colonia.

ISLAS PELERO [1].

NAUFRAGIO DEL CAPITAN WILSON.

En el mes de junio de 1783 arribó á Macao el paquebot *Antílope* de la compañía de Indias, al mando de Enrique Wilson. Recibió órden el capitan de aparejar lo más pronto posible el buque para otro viaje, y consecuente á ello en 21 de julio siguiente se hizo á la vela. Formaban la tripulacion, en número de cuarenta hombres, un intérprete natural de Bengala, llamado Tomas Rose, veinte y tres europeos y diez y seis chinos.

El dia 9 de agosto á cosa de media noche refrescó el viento, cubrióse el cielo de nubes amenazadoras, las olas comenzaron á rugir fragorosamente y al poco rato estalló la tempestad. M. Benger, oficial de turno, mandó amarrar gavias y tomar rizos, juzgando que ni era preciso despertar á toda la gente ni avisar al capitan, persuadido de que la tormenta seria pasajera; mas de repente, cuando los marineros estaban ya montados en las vergas para ejecutar la maniobra, gritó el vigía: ¡Rompientes! ¡rompientes! Apénas estas palabras acababan de salir de sus labios, el buque chocó violentamente. El súbito ruido sembró la consternacion entre todos, que en seguida subieron á cubierta para informarse de las causas de la sacudida que acababan de experimentar, y de una ojeada comprendieron su deplorable situacion.

Las rompientes que se extendian á gran distancia presentaban una escena aflictiva, pues se estrellaban con fuerza contra el barco que estaba lleno de agua hasta las escotillas del primer puente. La tripulacion en seguida se reunió para recibir las órdenes del capitan, quien mandó á unos cuantos trasladar á paraje seguro la pólvora, municiones, armas portátiles y víveres, y á los otros picar todos los palos á fin de aligerar el buque é impedirle zozobrar. Todos rivalizaban en deseos de conservar el *Antílope*, cuyas velas estaban aferradas en el momento que se estrellara contra las rocas.

Echáronse las lanchas al mar, y despues de cargarlas de armas y provisiones de boca y guerra, se colocó en cada una de ellas una brújula. Dióse órden al

(1) Descubrieron estas islas los españoles. En Sourosol, una de ellas, descubierta por Padilla, quedaron dos misioneros, los PP. Dubaron y Cortil, que fueron devorados á los pocos dias por los salvajes.

propio tiempo de que embarcaran dos hombres en cada una, á fin de tenerlas dispuestas para trasladarse á ellas el resto de la tripulacion en el caso de que la marejada y el viento que silbaba con fuerza destrozaran del todo el buque. La mayor tranquilidad reinaba á bordo. Los oficiales no descuidaban ningun preparativo que pudiera ser útil en el caso de irse el buque á pique. Preveian todos los incidentes y las órdenes eran ejecutadas con la mayor escrupulosidad. Todos se reunieron en la popa que era la parte ménos invadida por el agua. La fatiga y la desesperacion abatian el ánimo de los más apocados; pero el capitan, hombre resuelto y animoso les tranquilizó algun tanto manifestándoles que de su obediencia y buenos deseos esperaba confiado que efectuarian sin vacilar cuantos trabajos fueran necesarios para salir de tan penoso estado, á cuyo fin les prohibia el uso de toda clase de licores espirituosos para evitar las discordias, frecuente resultado del abuso de las bebidas. Se repartió bizcocho y dos vasitos de vino á cada cual, y de este modo pudieron esperar tranquilos el dia con la esperanza de descubrir alguna tierra y conocer con certeza su verdadera situacion.

Aquellos momentos de forzada inaccion no carecieron hasta cierto punto de utilidad, pues los marineros se animaron mútuamente, vistiéndose despues por si les era forzoso abandonar el buque. Por fin llegó la aurora tan deseada para todos, y á favor de su diáfana claridad pudieron distinguir hácia el Sur un islote distante tres ó cuatro leguas y al Este otras cuatro ó cinco islas. Noobstante la primera inquietud, disipada al contemplar tierra, aumentó al comprender que ignoraban si estaba ó no habitada por salvajes, cuyas costumbres pudiesen serles fatales. Mas á pesar de estos temores fundados en la posibilidad, embarcóse cuanta gente cupo en las lanchas, bajo la direccion del señor Benger, con ánimo de abordar en las islas. Apénas se separaron algun tanto, el capitan mandó construir una balsa con las vergas para atender á la salvacion de los que aun permanecian en el buque, pues se temia de un momento á otro que el *Antílope* se sumergiera. Grande impaciencia reinaba á bordo respecto á las lanchas, tanto por el estado del mar y la violencia del temporal, cuyos terribles rugidos aterraban, como por los salvajes que podian habitar las islas. Mas felizmente á eso de medio dia aparecieron las lanchas en lontananza y al poco rato circularon de boca en boca las noticias trasmitidas por el oficial Benger á su capitan. En una de ellas inhabitada en apariencia, pero abundante de agua dulce, quedaron cinco hombres y las provisiones. La esperanza volvió á brillar con mayor viveza en aquellos corazones poco ántes tan decaidos. Todos ellos rivalizaban en esfuerzos para concluir pronto la balsa, y efectivamente poco despues fue botada al agua. Entónces el capitan, para que no decayese el buen ánimo de la tripulacion, mandó repartir una racion de bizcocho y vino, y una vez acabado este ligero refrigerio, trasportaron á la balsa cuantos víveres y municiones podia soportar sin comprometer la seguridad de los que en ella debian embarcarse. El bote y la pinaza iban cargados de armas, por si las necesitaban.

Los rayos del sol se ocultaban ya tras las aguas, y sombras confusas comenzaban á invadir el horizonte. Temiendo los oficiales pasar la noche sobre las impetuosas olas que sacudian con fuerza el casi destrozado buque apresuráronse á terminar sus preparativos, consiguiendo abandonar el *Antílope* con la débil claridad del crepúsculo. Los más robustos remeros ocuparon la pinaza que remol-

caba el bote y la balsa; y salvados ya los peligros que ofrecia el paso por los arrecifes, causa de su terrible desgracia, los del bote arriaron el cabo para poder llegar con más prontitud y facilidad á la orilla. A cosa de las nueve arribaron á ella, saliendo á recibirles los cinco marineros que allí quedaron por la mañana. Durante su permanencia se ocuparon activamente en limpiar el suelo y construir con las velas una tienda de suficiente capacidad para albergar á todos los compañeros de infortunio.

Entre tanto la pinaza y la balsa se encontraban en peligrosa situacion pues las ráfagas de viento las separaban á tan larga distancia que casi se perdian de vista. Los de la balsa tuvieron necesidad de aferrarse á ella con todas sus fuerzas para no ser arrebatados por las olas que amenazaban estrellarlos contra las rocas. Los chinos, poco prácticos en las peripecias del mar se contentaban con arrojar agudos gritos que aumentaban el pánico que se iba apoderando de todos. Por fin, despues de emplear dos horas mortales salvaron no sin gran trabajo el arrecife; mas vista la imposibilidad de abordar á la isla anclaron cerca de la orilla, y más tarde se trasladaron á tierra en la pinaza que fue á buscarles.

Apénas se hallaron todos de nuevo reunidos, cuando la alegría sustituyó al temor, y las demostraciones amistosas á la tristeza que se reflejara en sus semblantes al contemplarse juguete de las ondas. Uno de sus primeros actos fue dar gracias á Dios que les libertaba de tan inminente peligro. En seguida tomaron una corta y frugal refaccion, encendiendo fuego despues para secar los vestidos. Colocaron centinelas para el caso de que trataran de sorprenderles los habitantes de las islas inmediatas, encallaron las lanchas en la arena y poco despues se acostaron en la tienda, buscando en el reposo la reparacion de las fuerzas perdidas. La noche fue tempestuosa y temieron que el *Antílope* se fuéra á pique sin darles tiempo para sacar de él los objetos más indispensables.

A la mañana siguiente trataron de remolcar la balsa para que abordara en la isla, mas todas las tentativas fueron inútiles á causa del duro viento reinante. Sin embargo, pudieron alijar los víveres y municiones que contenia. Cerca de medio dia el cielo empezó á despejarse poco á poco y calmóse el viento que durante dos dias sopló con fuerza, permitiendo que dos lanchas se acercasen al buque náufrago, miéntras los que quedaron en tierra secaban la pólvora y limpiaban las armas.

El gran retardo de los botes que no volvieron hasta las diez de la noche fue causa de la manifiesta inquietud que se apoderó de los que permanecian en la isla. Las noticias comunicadas por el contramaestre desvanecieron toda esperanza de poner el buque á flote, así es que los tristes náufragos, cuya imaginacion estaba turbada por las terribles escenas de que fueron testigos, se figuraban verse condenados á una muerte espantosa y privados para siempre de volver á su cara patria. Los pensamientos, cual guiados por un poder invisible, se dirigian á las personas queridas, y desvelados por tan tristes ideas ya no pensaban mas que en su deplorabilísima situacion. No obstante, las reflexiones del capitan les reanimaron algun tanto, de modo que el dia siguiente les encontró, sino tranquilos, al ménos resignados con la suerte que les reservaba el destino. A las primeras horas de la mañana el viento refrescó de nuevo, y no pudiendo echar los botes al agua emplearon el dia en construir tiendas más cómodas y seguras con los materiales arrancados al furor de las aguas.

En la madrugada del 13 de agosto distinguieron una piragua que doblaba la punta de tierra para internarse en la bahía. Durante los primeros momentos todo fue confusion y alarma. Los marineros acudieron presurosos á proveerse de armas para impedirles acercarse; mas restablecióse el órden por completo, gracias á las disposiciones del capitan, quien mandó terminantemente abstenerse de toda demostracion hasta conocer los intentos de los salvajes. En seguida embarcóse con Tom Rose, el malayo, y se dirigió hácia el mismo sitio que la piragua. Una vez cerca de ellos Tom Rose les hizo varias preguntas en su lengua, y aunque al principio no parecieron comprenderle, detuvieron su embarcacion. Al cabo de un momento uno de ellos le preguntó tambien en malayo si eran amigos ó enemigos, á lo que se apresuró á contestar el intérprete que, víctimas de un naufragio, se habian visto obligados á refugiarse en un islote cercano. Los isleños conversaron un rato entre ellos, pues sin duda el que hablaba les trasmitia la respuesta de Tom Rose, y al poco rato saltaron al agua y se dirigieron nadando hácia la isla en que se veia á los náufragos. El capitan apénas desembarcó, abrazóles del modo más afectuoso y les condujo á la tienda para presentarles á los oficiales y demas compañeros de infortunio. Los isleños eran ocho entre los cuales se contaba, segun se supo más tarde, á un hermano del rey. El capitan, deseoso de probarles la consideracion que le merecian y desvanecer al mismo tiempo los temores que manifestaron al saltar á la isla, les invitó á almorzar, dispensándoles ademas varios obsequios. El malayo que acompañaba á los indígenas dijo á los ingleses que era capitan de un buque chino, naufragado en aquellas aguas como unos diez meses ántes, cuya salvacion debia á los habitantes de la isla Pelew (1), de costumbres caritativas (2) pues apénas llegó á su noticia la desgracia, acudieron al rey, quien les envió dos piraguas para que les prestaran cuantos auxilios son necesarios en semejantes circunstancias á fin de atenuar las consecuencias inmediatas de un naufragio inesperado (3).

Esos detalles restablecieron la confianza entre los náufragos, cuyas preces se elevaban á Dios en accion de gracias por haberles arrojado á aquellas playas hospitalarias donde esperaban poder reparar su sensible é inevitable desgracia. Los indígenas son de color aceitunado y van completamente desnudos; su piel es lisa y brillante á consecuencia del aceite de cacao con que se la untan con

(1) Pelew, Pelion, Paláos, Paulong ó Peli, nombre de este archipiélago, es un grupo de islas al Oeste de las Carolinas en la Mironesia.

(2) Extrañamos sobremanera que fueran generosos en la época de Wilson, pues hoy dia sus costumbres difieren en extremo de tales sentimientos, si bien quizá deba atribuirse esta modificacion al roce con los buques que se detienen allí ántes de emprender la pesca de la ballena. En apoyo de nuestra opinion citarémos hechos que no dejan lugar á dudas. No há mucho que atacaron á un buque ballenero que sólo pudo escapar por el arrojo de la tripulacion subida á las vergas, desde cuyo punto hicieron un fuego muy nutrido que sembró la consternacion entre los agresores.

Si debemos juzgar por los escasos indígenas que vímos en el *Astrolabio* dirémos con el capitan del *Daff* llamado Jaime Wilson, que los habitantes de las islas Pelew son muy inferiores, al ménos exteriormente, á los indígenas de las islas Marquesas, de la Sociedad y de los Amigos.

(3) Parece que á consecuencia de los vientos S. O. las corrientes se dirigen hácia estas islas, en las que abundan los naufragios. Urville al pasar por las islas Pelew, su viaje á la Oceanía y los polos, recogió á dos malayos, víctimas tambien del furor de las olas.

frecuencia. Los jefes llevan en la mano una caja de betel y un bambú hueco y muy bien pulimentado que contiene *chinam* (1) para mezclarlo con el betel en el acto de mascarlo (2). Estas sustancias les ennegrecen la dentadura, produciendo una saliva encarnada cuyo aspecto repugna hasta que en fuerza de la costumbre se habitua uno á ello. En diferentes partes de su cuerpo lucen caprichosas pinturas de significacion particular entre ellos. Usan los cabellos largos, cuyo color es negro de azabache, enrollados y recogidos por detrás de cierta manera que no carece de elegancia. Entre los ocho solo el hermano del rey llevaba barba, pues como pudo observarse despues se arrancan de raíz el bozo apénas les apunta. Nunca habian visto europeos, de modo que se extasiaban admirando la blancura de los ingleses y tocándolos para asegurarse de si la ropa formaba parte de los cuerpos. Una de las primeras cosas que más les llamaron la atencion fue el color azul de las venas que se trasparentaba en las muñecas, y persuadidos de que el color de las manos y la cara era efecto de algun tinte especial, empezaron por pedir que se les enseñaran los brazos y no callaron hasta poder contemplar á su sabor un europeo desnudo.

Cuando entraban en la tienda del capitan uno de ellos tropezó con una bala de cañon que por casualidad rodaba por el suelo y quedaron sorprendidos en extremo al ver su enorme peso relativo al volúmen. En seguida por conducto del malayo preguntaron su objeto, y apénas satisfecha su curiosidad, se sorprendieron de nuevo á la vista de dos perros que á la aproximacion de ellos empezaron á ladrar con toda su fuerza. Los isleños no conocian más cuadrúpedos que ratas, de modo que al par que no osaban apartarse de su puesto daban alaridos terribles, cual si el espanto y la admiracion al propio tiempo embargasen sus ánimos.

El capitan Wilson y la tripulacion dispuestos á prestarse á la menor exigencia de los naturales á fin de no malquistarse con ellos en ocasion que necesitaban su auxilio para mejorar su situacion, decidieron que uno de ellos les acompañase, pues deseaban presentarle al rey. La preferencia recayó en Matías Wilson, hermano del capitan, quien en demostracion de agasajo por parte de los náufragos debia entregar á aquel soberano un gran pedazo de paño azul, una caja de té, otra de azúcar candi, y por último un jarron lleno de galleta á peticion del hermano del rey. Este, llamado , cobró Raa-Kouk aficion á los ingleses, y quedóse con ellos junto con otros tres isleños y el malayo que les servia de intérprete. Su caracter era jovial, su curiosidad infatigable, de modo que siempre estaba de buen humor. Deseaba examinarlo todo y enterarse minuciosamente de cuanto le enseñaban para poder imitarles. Se informaba con detencion del objeto de sus operaciones, ofreciéndose ayudarles tanto en cosas sencillas como en trabajos incómodos y penosos, hasta el extremo de incomodarse si no le dejaban soplar el fuego. Poseia una inteligencia regular y desempeñaba el cargo de general de los ejércitos de su hermano.

Dos dias despues de la partida de Matías Wilson, arribaron á la isla dos piraguas cargadas con batatas cocidas y cocos. En ellas iba Arro-Kouker otro de los hermanos del rey, en compañía de un sobrino suyo, jóven de veinte años. Este

(1) Especie de cal de los corales de sus arrecifes.

(2) Esta costumbre se observa en la Australasia y se extiende á las Carolinas y demas islas de la Polinesia central hasta Tikopia. En esta última isla usan alternativamente *kava* y betel.

á su llegada, por medio de los dos intérpretes malayos, que tan buenos servicios prestaban á ambas partes, comunicó á los náufragos de órden del *rupak* su padre, título que toman los reyes en las islas Pelew, que se alegraba infinito de encontrar extranjeros en sus playas y sólo sentia el motivo que les conducia á ellas, y que aun cuando debiera privarse de este placer les autorizaba para construir un buque en la isla que habitaban á ménos que prefirieran trasladarse á su residencia donde estarian bajo su inmediata proteccion.

Esas palabras produjeron á aquellos desgraciados la mayor alegría. El capitan, interpretando el sentimiento que experimentaban todos, dióles las más expresivas gracias, rogándole al propio tiempo se sirviera explicarle las causas de la prolongada ausencia de su hermano. Las explicaciones de Arro-Kouker le tranquilizaron por completo, pues manifestó que sólo los vientos podian originar su retardo, por cuanto ambos se embarcaron casi á la misma hora. En efecto, poco despues las palabras de aquel personaje se confirmaron con la llegada de Matías Wilson, quien estaba sumamente reconocido á las muestras de deferencia de que fue objeto por parte de los indígenas, lo cual manifestó del siguiente modo:

«Tan luego como la piragua que me conducia se aproximó á la isla, residencia ordinaria del rupak, la multitud acudió presurosa á la orilla para satisfacer su curiosidad, excitada por tan extraordinario acontecimiento. Apénas desembarqué en la hospitalaria playa, acercóse Arro-Kouker, hermano del rey, y me acompañó á la ciudad, en la cual observé preparativos cual si se tratara de recibir á un personaje importante, pues se hallaba una estera estendida sobre una plazoleta empedrada con adoquines cuadrados. Al poco rato de estar allí, apareció por una de sus esquinas el rey con otros varios insulares, y me apresuré á saludarle á la usanza oriental, entregándole los presentes de que era portador. Aceptólos con amabilidad, y despues de comer un terron de azúcar candi, distribuyó varios entre los jefes que le acompañaban y mandó servir refrescos que consistian en agua caliente endulzada con melaza y servida en una cáscara de coco. Probó él únicamente su contenido, y despues un jóven, en virtud sin duda de sus órdenes, se encaramó á un árbol para coger cocos frescos. Al cabo de un momento descendió con ellos, y tomando el rey uno, bebió la leche y me lo alargó para que la gustase indicándome por señas que despues se lo devolviera.

«Una vez terminadas estas singulares ceremonias, se agrupó á mi alrededor la muchedumbre, sin osar acercarse. El rey entre tanto conversaba con su hermano y los demas jefes, denotando que se referian á mí con las continuas miradas que me dirigian. Yo que presencié la admiracion de los indígenas cuando desembarcaron en la isla que nos servia de asilo, me descubrí, y la mayor sorpresa se pintó en todos los semblantes. Entónces desabroché la chaqueta, me quité los zapatos, el chaleco, en fin casi todas las prendas, para que comprendiesen no formaban parte de mi cuerpo. Tal como lo pensara, sucedió en efecto, pues los isleños desengañados ya de su primera idea se acercaron para palparme y examinar de cerca el color de mi piel.

«Como ya comenzaba á oscurecer, el rey, su hermano, varios de su séquito y yo nos dirigímos á una casa en la cual nos sirvieron la cena, compuesta de batatas cocidas en agua, una especie de *puding* del mismo vegetal colocado en for-

ma de pirámide en una hortera, y algunos mariscos. La mesa era un taburete grande con alto borde.

«Terminada la cena me llevaron á otra casa situada á corta distancia de la primera. Sirvióme de guia una mujer que me indicó tomara asiento en una esterilla extendida á lo largo de la pieza, que debia servirme de lecho. Durante algun tiempo no me fue posible dormir pues me sujetaron á una especie de exámen de inspeccion, desnudo de piés á cabeza; mas tan pronto como me dejaron solo, me tendí para conciliar el sueño, colocando por almohada como al estilo del país un pedazo de madera (1), cubriéndome con una estera en vez de manta.

«A cosa de media noche me desperté sobresaltado viendo á cinco ó seis hombres que con el mayor silencio se dirigian á los rincones de mi habitacion, en donde encendieron hogueras. Mi primera idea fue que me hallaba en un pueblo de antropófagos, y proyectaban asarme; mas el miedo me privó de movimiento. Sin embargo al cabo de un rato se alejaron dejándome solo. Al dia siguiente me agasajaron como la víspera, pero receloso de lo ocurrido en la noche precedente supliqué al hermano del rey me permitiera volver á la isla de *Oroulong* para reunirme con mis compañeros; mas renuncié á ello, siéndome preciso pasar otra noche en aquel punto, pues las piraguas no podian salir á la mar por los duros vientos reinantes.»

El relato de Matías Wilson y la comision de que iba encargado el hijo del rey reanimaron las esperanzas de los náufragos. El capitan, decidido á construir otro buque para dirigirse á la costa de China, se embarcó en una lancha á fin de recoger los restos del *Antílope*, que aun se balanceaba en el agua, y unidos á los materiales ya depositados en la isla, se dispuso á realizar su pensamiento. Durante la estancia de Matías Wilson en Pelew, varias piraguas se acercaron al buque náufrago y abrieron las cajas que encerraban los medicamentos. Algunos de ellos imaginando sin duda que eran golosinas los cataron, mas poco satisfechos de su sabor las arrojaron al agua. Felizmente el médico conservaba en su poder las medicinas más útiles de modo que no causó perjuicio la pérdida de las otras.

El capitan, no como queja sino más bien como advertencia, pues su uso podria serles nocivo, lo notició al hermano del rey, quien se manifestó quejoso del comportamiento de sus súbditos. Tranquilizó al capitan respecto á las consecuencias de la imprudencia cometida, y le autorizó para matar á los que trataran de apropiarse algo de cuanto le pertenecia. En seguida y para evitar que se repitieran iguales escenas, mandó colocar varias ramas de árboles en los palos del buque (2), y desde entónces ningun otro isleño asomó por allí en algunos dias, pues las ramas indicaban que debia respetarse el sitio donde estaban colocadas.

El capitan al observar el comportamiento honroso y servicial de los indígenas, trató por su parte de corresponder á él dignamente, y al efecto dictó órdenes severas para que se evitara cualquier incidente desagradable, las cuales fueron estrictamente cumplidas por la tripulacion. Prohibióles entre otras cosas el uso de las bebidas espirituosas, temeroso de los resultados que siempre ocasionan;

(1) Esta costumbre se observa tambien en los demas pueblos hasta llegar á Nuka-kiva.

(2) Los hogolienses rodean con ramas de árboles los troncos de los cocoteros para indicar que no se puede coger el fruto.



Se hizo un viaje al buque en busca de arroz y algunas otras provisiones.



mas no se atrevió á dictar tal disposicion sin consultar ántes el parecer de los oficiales, pues no ignoraba que siendo una privacion grande la que trataba de imponerles, podia dar lugar á la desobediencia, mayormente conociendo que los marineros en semejantes casos no se juzgan ligados á sus jefes mas que por el cariño ó la conveniencia, pero nunca por el deber. Reunióles á todos y demostrándoles los perniciosos efectos de los licores, alegó otro motivo más poderoso: Los isleños, dijo, que conocen perfectamente el punto donde se halla nuestro buque, podrian descubrir el depósito de los licores, beberian con exceso, pues ignoran sus resultados, y quizá en el estado de la embriaguez tratarian de atropellarnos, en cuyo caso seria imposible ya aspirar á su amistad, porque á nadie permitiré ultrajar á cualquiera de mis subordinados, sin aplicarle el merecido correctivo. Estas últimas palabras acabaron de decidir á la tripulacion, quien en prueba de su deseo de no apartarse en lo más mínimo de los consejos de su capitan, arrojó en seguida al agua todos los licores, renunciando á beber una sola gota ni aun por última vez.

A la mañana siguiente las dos lanchas se dirigieron de nuevo al *Antílope* del cual sacaron hierro, arroz y varias provisiones; pero el mal tiempo les obligó á volver de nuevo á la isla. Segun la relacion de los ingleses, hallaron numerosas piraguas con isleños á su alrededor ocupados en apoderarse de cuanto topaban y al parecer quejosos de que no se les concediese entera libertad para saquearlo á su gusto. Raa-Kouk, en extremo resentido de que no respetaran sus órdenes y á fin de castigarles con arreglo á su falta, se dirigió allí en una piragua, volviendo á breve rato manifestando que los arrojó del buque, despojándolos de cuanto se apoderaran.

El número de insulares que visitaban la isla aumentaba diariamente. Los oficiales encargados de vigilar por la seguridad general distribuyeron á los marineros armas de fuego y pólvora, y se estableció una guardia nocturna que debia relevarse de dos en dos horas. La tripulacion quedó dividida en cinco pelotones cada uno al mando de un oficial encargado de dar la consigna, que debian exigirse los centinelas cada cinco minutos, pues de este modo seria fácil en caso de ataque hallarse todos sobre las armas. Antes de llegar la noche en que debian comenzar estas precauciones el capitan Wilson juzgó preciso noticiarlo á los insulares, á fin de que no se alarmaran con las patrullas obligadas á dar la voz de alto en cuanto divisaran á cualquier indígena. Despues de avisar al hermano del rey, invitóles á presenciar la colocacion de centinelas y arreglo de la guardia, causándoles este espectáculo súbita admiracion por serles completamente desconocido.

Arro-Kouker, que adquirió noticias minuciosas de cuanto se referia al uso y efecto de las armas de fuego, que sin duda fue objeto de conferencia con su hermano el general, pareció concebir de pronto alguna luminosa idea. Apartóse un poco de nosotros, y llamando apresurado á su hermano le indicó el Norte y el Sur, y despues de un momento de reflexion como imitando la detonacion de un arma de fuego, dijo: *¡Pum!* El hermano, que en seguida comprendió el proyecto de Arro-Kouker, empezó á dar saltos y gritos en demostracion de alegría, yéndose entrambos á acostar tranquilamente en las tiendas. Cuanto observaron en los europeos durante su permanencia en la isla les presentó á su imagi-

nacion, segun luego refirió el malayo, como seres superiores y omnipotentes.

A pesar de la inclinacion de Arro-Kouker á todas las costumbres inglesas, nunca pudo acomodarse á llevar pantalones, aunque deseaba vivamente ponerse camisa. Apénas manifestó este capricho, el capitan le ofreció una de las suyas, que en el acto se vistió. Risa causaba contemplar el contraste del color del lienzo con el de su piel, y sobretodo sus saltos, danzas y contorsiones, que de tal manera divertia á los europeos, que deseaban no terminara. Contaba este príncipe cuarenta años poco más ó ménos, era de estatura mediana, pero tan grueso que parecia cuadrado. Su alegría no conocia límites, é imitaba cuanto veia de un modo sorprendente, de suerte que siempre estaba remedando. Su exterior revelaba tanta bondad é inocencia que los ingleses, aun cuando nada comprendian de cuanto decia, le cobraron cariño, y le rodeaban con asiduidad dándole en todas ocasiones pruebas inequívocas del alto aprecio que le profesaban.

Desde el dia en que le enseñaron un gran perro de Terranova, animal para él extraordinario, se empeñó en llevarle todos los dias la comida con la mejor voluntad del mundo. El perro acostumbrado á verle á menudo demostraba la mayor alegría cuando este se acercaba, y corria, saltaba, le lamia las manos, y el príncipe salvaje, tan contento como el perro, á su vez ladraba, imitándole del mejor modo posible, y colmándole despues de caricias. Arro-Kouker, en la verdadera excepcion de la palabra, era un niño que se granjeaba las simpatías.

El dia 15 de agosto llegó el rey de las islas Pelew á visitar los náufragos, escoltado por un gran número de piraguas que conducian los principales personajes de su exigua córte.

Alba-Thude, nombre del rey, informóse de todo con escrupulosidad y dió á los ingleses las mayores muestras de su afecto, prometiéndoles contribuir por su parte á mejorar su suerte durante el corto plazo que les quedaba de residencia en la isla, á juzgar por los deseos que manifestaban de volver pronto á su patria. Apénas anocheció, acostóse en una tienda dispuesta expresamente para él, y al dia siguiente levantóse temprano y fué á visitar á los ingleses en su alojamiento. Su rostro aquel dia en oposicion con la víspera demostraba seriedad y la carencia absoluta de su franqueza habitual. Mostráronse sorprendidos los náufragos al contemplarle, pues formaban conjeturas acerca de aquel cambio repentino, y la inquietud involuntaria que poco á poco se fué apoderando de ellos impidió hasta al mismo capitan Wilson, de suyo tan sereno y confiado, dirigirle pregunta alguna. Esta situacion embarazosa duró pocos minutos, pues por fortuna la seriedad del rey reconocia otras causas muy distintas de las que imaginaban los ingleses. Alba-Thude y su hermano Raa-Kouker hablaron largo rato de la superioridad que reconocian en los europeos, sobretodo por el uso de las armas de fuego que les prestaba gran ventaja sobre los que sólo poseian las que les proporcionaba la naturaleza. Ambos deseaban vivamente que aquellos seres sobrenaturales les ayudaran en cierta guerra que desde mucho tiempo atras sostenian con los habitantes de una isla vecina, en la cual hasta entónces no alcanzaran ventaja alguna; mas les parecia tan imponente el aspecto de los ingleses que no acertaban á demandar aquel favor para ellos importante en extremo. Por fin, despues de mil rodeos, el rey se atrevió á suplicar al capitan le cediese cinco hombres armados con mosquetes para realizar el plan concertado con sus her-

manos. Wilson, sin vacilar un momento, y por el contrario gozoso de poder prestar algun servicio á un pueblo del que esperaba ayuda para la realizacion de sus deseos, accedió á aquella peticion manifestando al rey que consideraba como á enemigos propios á todos los que lo fueran de él. Esta respuesta, que no carecia de cierta adulacion cortesana, difundió la alegría entre los insulares que se confundian én demostraciones de agradecimiento.

En la mañana del siguiente dia partió el rey con todo su acompañamiento, del que formaban parte los cinco ingleses, para atender á los preparativos de la ideada expedicion que se verificó pocos dias despues. Componíase la flota de ciento cincuenta piraguas que conducian á su bordo más de mil combatientes armados con saetas de bambú de unos ocho piés de largo, cuya punta es de *arec* (1), en figura de sierra. Estas son las armas de que se sirven para el combate cuerpo á cuerpo, pues para batirse desde léjos usan otras de igual forma y mucho más cortas. Para tirarlas se valen de una especie de baston de dos piés de longitud con un hueco en el centro para colocar la punta, el cual, practicada esta operacion, arquean por fuerza para darle el impulso proporcionado, y le despiden segun la distancia del objeto; en general casi siempre caen perpendicularmente. Los ingleses que componian la vanguardia iban embarcados en cinco piraguas distintas.

Antes de empezar el combate Raa-Kouk desembarcó en la isla y celebró una conferencia de pocos minutos con los naturales. Servíale de escolta un inglés con órden de no disparar hasta que se le mandara. El enemigo recibió al general con suma indiferencia y comprendiendo este que no podrian avenirse, arrojó un dardo que fue devuelto en seguida como en señal de aceptacion del combate. El marino inglés entónces disparó su arma con tan buena suerte que mató á un salvaje del ejército contrario. Los enemigos sorprendidos de improviso por las consecuencias de aquella detonacion, comenzaron á dar voces y muestras de la consternacion que les causaban aquellas armas. Los que se hallaban en la orilla echaron á correr tierra adentro, y los que se balanceaban en sus piraguas ganaron á nado la orilla para imitar á sus compañeros, de modo que media docena de tiros bastaron para asegurar una victoria completa.

Los isleños manifestaron gran satisfaccion al contemplar esta derrota; pero las únicas ventajas que reportaron fue bajar á tierra y coger algunos cocos y batatas. Despues del combate la flotilla se dirigió á Pelew, donde se celebraron fiestas públicas para solemnizar tan fausto acontecimiento y se cantaron canciones análogas á las circunstancias. El rey al cabo de pocos dias envió los ingleses á la isla acompañados de varios indígenas, y les agasajó regalándoles gran cantidad de los mejores comestibles del país, comisionándoles tambien para manifestar al capitan en su nombre y como prueba de amistad la cesion de la isla que habitaban.

Durante los dias en que se verificó la expedicion del rey de Pelew, los náufragos demostraron que no desperdiciaban el tiempo, pues en tan corto plazo, con los materiales ya reunidos, construyeron un parapeto al derredor de sus tiendas

(1) Palmera que produce cierto fruto, que con el *chinam* y la pimienta de betel forman la composicion del masticatorio llamado betel.

y comenzaron los trabajos del buque. Todos los hombres disponibles sin distincion de clases se ocupaban en él, porque tales eran los deseos de volver á su patria que nadie se acordaba mas que de esforzarse en acortar cuanto pudiesen la ausencia. Los salvajes continuaban visitándoles más á menudo, ofreciéndose á ayudarles en lo que pudieran. El capitan juzgó que los favores recibidos del rey obligábanle á mostrarse agradecido, de modo que pasó á visitar al soberano de las islas. Alba-Thude le detuvo algunos dias con obsequios y atenciones, y ántes de marchar rogóle que le facilitara diez hombres para dos expediciones que proyectaba. Wilson como era natural se comprometió á ello, y poco despues Alba-Thude pudo realizar su proyecto, con éxito felicísimo, asegurando por este medio que sus vecinos no le molestaran con agresiones, atemorizándoles con sus auxiliares.

Por fin, cual si Dios se dignara terminar las desgracias de los náufragos, no tardaron en ver acabado el buque que debia conducirles á su lejana patria. El rey, deseoso de mostrar su agradecimiento á los ingleses, se encargó de pintarlo por su cuenta, y el dia en que se acordó botarle al agua, acudieron por invitacion de Alba-Thude todos los principales personajes y un gentío considerable para asistir á aquella ceremonia. Empezóse esta en medio del silencio más profundo, y apénas el buque se deslizó tranquilo sobre la superficie de las aguas, espontáneas aclamaciones resonaron en el espacio, á las que se unieron los gritos de los insulares cual si tambien participasen de la alegría de los ingleses. El capitan sumamente conmovido por aquel acto, verificado con toda felicidad gracias á la asidua cooperacion de los indígenas, regaló al rey todas las herramientas que no le eran absolutamente precisas, y este presente fue acogido con las mayores muestras de alegría, pues á no dudar valian un tesoro para los isleños que sólo conocian las que imperfectamente proporciona la naturaleza.

Un marinero inglés llamado Madan Blanchard formó la resolucion de acabar su vida en las islas Pelew. Sus compañeros al principio lo tomaron á broma y no hicieron caso, mas el capitan, convencido de que en efecto decia la verdad, trató de combatir por todos los medios imaginables aquellas ideas. No obstante, ni la persuacion ni las muchas razones que debian obligarle á modificar su proyecto no sólo no lograron resultado alguno, sino que por el contrario produjeron el efecto opuesto. La persuasion de que en las islas Pelew todos vivian contentos y sin trabas de ninguna especie le persuadió que él tambien debia serlo, y estos motivos le determinaron á quedarse entre los salvajes. Wilson entónces trató de sacar partido de aquel incidente hablando al rey para obtener algunas ventajas en beneficio de los ingleses y de Blanchard. Al efecto díjole que en prueba de reconocimiento por las muchas bondades que le dispensara tanto á él particularmente como á todos sus compañeros de infortunio, determinaba dejar en la isla á un marinero de su tripulacion para cuidar de las armas y demas útiles que ántes de su partida pensaba regalarle. Alba-Thude, como es consiguiente, mostróse contentísimo con este ofrecimiento y en seguida mandó comparecer á su presencia á Blanchard. Acogióle con la mayor amabilidad prometiendo elevarle á la dignidad de *rupak* ó jefe, entregarle dos mujeres, una casa y una plantacion, y ademas labrar por cuantos medios pudiese su dicha, á cuyo efecto siempre viviria á su lado ó con su hermano Raa-Kouk. El marinero inglés persistió hasta el

último momento en su resolucion y quedóse en la isla, no sin excitar la compasion de sus camaradas. Curioso seria sin duda conocer su porvenir del todo ignorado para cuantos fueron sus compañeros, si bien es fácil, fundados en las ventajas que proporciona la civilizacion, aventurar el juicio de que llegaria á ser un personaje importante entre sus nuevos compatriotas (1).

No tardó mucho Alba-Thude en dar al capitan una de las mayores pruebas de confianza que un padre puede dispensar. Le propuso que se encargara de uno de sus hijos que manifestaba vivos deseos de seguir á los europeos, de quienes los buenos isleños formaban elevado concepto. El rey de Pelew, aunque sencillo y tal como debe ser un hombre que sólo conoce las leyes que la misma naturaleza le enseña, no carecia de cierta inteligencia que guiaba sus acciones. El conocimiento de la industria de los ingleses le demostró la inferioridad propia, y desde aquel dia su mente acariciaba la idea de enviar dos á Inglaterra á la primera ocasion con el fin de que se aleccionasen en las ventajas de la civilizacion europea, y poder despues á su vuelta difundir los conocimientos adquiridos, de los cuales reportarian inmensa utilidad. Mis súbditos, dijo al capitan por medio del malayo que servia de intérprete, me juzgan superior á ellos, no sólo en jerarquía, sino en ciencia. Sin embargo apénas observé á los ingleses y pude apreciar de cerca su inteligencia, me convencí de mi pequeñez, pues noté que el último de cuantos están á vuestras órdenes posee talento y facultades para desempeñar mi cometido mejor que yo. En vista de estas razones, he resuelto confiar á vuestro cuidado mi segundo hijo, Li-Bon, á fin de que guiado por vuestros consejos alcance la ventaja de instruirse entre los ingleses y aprender multitud de cosas que reportarán grandes utilidades á esta nacion. Uno de los malayos, establecido en Pelew, le acompañará para prestarle sus servicios. Mi hijo, añadió el rey, y me envanezco al decirlo, posee gran disposicion y carácter bondadoso y sencillo.

Raa-Kouker y Arra-Kouker se deshicieron en elogios de su sobrino y unieron sus súplicas á la de su hermano para que el capitan consintiera en prestarle aquel obsequio; entónces Wilson apresuróse á manifestar que consentia en todo cuanto se exigiese de su amistad y que aseguraba tratar al príncipe con las mayores consideraciones é igual cariño que si perteneciera á su propia familia. Ya puede comprenderse la alegría del rey al escuchar aquellas palabras que devolvieron la confianza á su corazon inquieto por el temor de ver defraudadas sus esperanzas, quedando el asunto satisfactoriamente arreglado por ambas partes.

El 9 de noviembre se terminó del todo el buque, que recibió el nombre de *Oroulong*, en conmemoracion de la isla en que fue construido. La alegria de la tripulacion era inmensa; en las miradas que mútuamente se dirigian recordábanse felicitaciones recíprocas y trasportes que la lengua es impotente para expresar. El momento de la partida esperado con tanta ansiedad y sobresalto llegó por fin. La imaginacion de los más soñaba hallarse en presencia de los objetos queridos, de quienes semanas ántes se juzgaban separados para siempre.

(1) Quizá así fuera, á ménos que la envidia de los que el extranjero destinaba á un papel secundario apresuraran su muerte ó bien se convirtiera en odio aquella amistad, que cuando procede de hombres sin cultura suele ser muy variable.



En celebridad de aquel acontecimiento el capitan dispuso para todos, incluso el rey, sus hermanos y los principales personajes un almuerzo espléndido atendidos los pocos recursos con que contaban. Despues concedió á la tripulacion algunas horas de descanso y trascurridas se trasportaron al buque las anclas, las pipas de agua y los dos cañones.

El dia 11 llegó á la isla el jóven Li-Bon, hijo del rey, para embarcarse con los ingleses, y su padre le presentó al capitan y á los demas oficiales. Era tan aseado y afable, sus facciones expresaban tan ingénua alegría y excelente corazon y sus maneras tanta amabilidad, que previno á todos en su favor, inspirándoles un vivo interes justificado por su comportamiento posterior, que le granjeó los mayores elogios de cuantos le trataron.

A la caida de la tarde los oficiales despues de saludar al rey se trasladaron á bordo del *Oroulong*, dejando en la isla al capitan, quien, por invitacion de Alba-Tlude, determinóse á pasar la noche en tierra. El rey amonestó prolijamente á Li-Bon que estaba sentado junto á él sobre el modo de conducirse en lo sucesivo. Uno de los puntos en que más insistió fue en exhortarle á guardar al capitan las mismas consideraciones que á un padre y esforzarse en adquirir su aprecio por medio de la obediencia y el cariño. En seguida dirigiéndose á Wilson le recomendó que moderara su inclinacion á examinar las varias cosas que le llamarian la atencion apénas desembarcase en Inglaterra y no le perdiese de vista un momento. Yo deseo, añadió, que enseñeis á mi hijo cuanto debe saber y le convirtais en verdadero inglés. Mucho me ha preocupado esta separacion; no ignoro que difieren esencialmente de la suya las lejanas regiones que debe recorrer y en las cuales se hallará expuesto á cien mil peligros desconocidos para él y á muchas enfermedades ignoradas entre nosotros. Quizá en cambio de las ventajas que trato de proporcionarle sólo encuentre la muerte. No obstante, no me arredra esa posibilidad; mi alma está fortalecida para sobrellevarla con resignacion. Ese es el destino inevitable de todos los hombres, y poco importa que el de mi hijo ocurra en Pelew ó en cualquier otra parte. Poseo la conviccion nacida del buen concepto que me merecen vuestros sentimientos, de que en caso de caer enfermo lo cuidaréis con esmero, y si por casualidad le sucediera alguna desgracia imposible de prever, que el temor no os impida á vos ni á vuestros compatriotas volver aquí. En esta isla siempre seréis recibido con iguales atenciones y un gran deseo de conservaros entre nosotros. El capitan le aseguró de nuevo que cuidaria de Li-Bon como de su propio hijo, y tratando por su parte de aconsejar á Madan Blanchard que se encontraba en opuesta situacion á la del jóven príncipe, mandóle llamar y le previno la conducta que debia observar con los indígenas y al mismo tiempo la obligacion que contraia de enseñarles y servirles, lo cual conseguiria con facilidad, ya forjando el hierro que le regalaba, ó el que podria extraer de los restos del buque náufrago, ya tratando de conservar en buen estado las armas y municiones, lo que seria para él de grande utilidad en caso de apuro. Le exhortó á que no abandonase jamas el traje europeo, porque de esta suerte conservaria siempre sobre los insulares cierta superioridad. A fin de que pudiera cumplir en esta parte sus advertencias, le entregó todos los vestidos que no le eran necesarios, y en lo tocante á la religion le encargó que no se olvidara de practicar actos de piedad, que eran el principal fundamento de to-

dos los de un buen cristiano, diciéndole por último que pidiese cuanto en su concepto podia serle útil. El marinero determinóse á pedir un compas, y como los oficiales pensaban regalarle la pinaza, llevaron su generosidad hasta el extremo, no sólo de acceder á su peticion, sino de unir á ella y al primitivo regalo los palos, velas, remos y cuanto pertenecia á la pinaza, con la condicion empero de entregárselo todo despues que el buque salvara el arrecife.

A la mañana siguiente al rayar el alba izaron en el palo mayor del buque el pabellon inglés y dispararon un cañonazo para anunciar la partida. El rey, despertado de repente se sobresaltó con aquella detonacion; mas apénas le explicó el capitan su significado mandó que en seguida todas las piraguas fuéran á cargar batatas, cocos, pescado fresco y otras provisiones dispuestas para el viaje y las condujeran á bordo. Muchas otras *shakmans*, propiedad de los particulares, corrieron á ofrecer regalos, de modo que fue imposible admitir los que despues presentaban á porfía los rupaks del Norte, porque materialmente no cabian á bordo.

Apénas el buque se halló listo para zarpar, un bote se dirigió á tierra en busca del capitan. Este mandó desembarcar á los cuatro remeros que lo tripulaban, y junto con Blanchard se encaminaron á una casa en la cual deseaba uno de los jefes que se estableciera. Allí renovó á Blanchard los consejos de la víspera, y en seguida se arrodillaron para dar gracias á Dios que les habia sostenido entre tantos trabajos y peligros, y pedirle que continuara dispensándoles su proteccion hasta llegar con felicidad á su patria. Durante esta corta plegaria el rey y varios jefes é insulares llegaron á la casa para despedirse de ellos; mas al contemplar aquel recogimiento y devocion comprendieron el acto y guardaron el más profundo silencio.

El rey acompañado de su hijo, hermanos y varios jefes pasó á bordo del *Oroulong*, y al momento el oficial encargado interinamente del mando dió órden de largar velas. Los salvajes adivinando aquella señal precursora de la partida rodearon en todas direcciones al buque, suplicando se sirvieran aceptar sus presentes. El buque, gracias á la generosidad de Alba-Thude, estaba provisto de cuanto podia necesitar, de modo que los oficiales se vieron precisados á rehusarlos al principio; mas fueron tantas las súplicas y la bondad que se advertia en los isleños, que despues de reiteradas negativas no tuvieron más remedio que admitir una pequeña parte de los regalos de cada cual.

En virtud de las disposiciones de Alba-Thude que conocia perfectamente la costa, varias piraguas se situaron delante del buque para indicarle el paso más seguro, y otras á lo largo del arrecife servian para indicar el punto despejado de rocas. El capitan entónces tomó el mando y guiado por aquellas señales y su propia experiencia tardó poco en salvar los escollos que obstruian la entrada de la isla.

El rey acompañó á los ingleses hasta el arrecife. Ya allí mandó acercar su piragua y despidióse por última vez de su hijo, á quien no debia volver á ver. Li-Bon conmovióse en extremo y abundantes lágrimas surcaron sus tostadas mejillas. El rey aguardó un momento á que se desocupara el capitan, abstraido completamente dando órdenes á sus subordinados, y apénas le vió libre se dirigió hácia él y le abrazó con ternura, revelando su voz la emocion que le embargaba; y por último estrechó con afecto la mano de los oficiales. Vosotros sois dichosos, les dijo;

volveis á vuestra querida patria; yo tambien soy dichoso al contemplar vuestra felicidad, pero en cambio cuán afligido al veros partir. Despues de esas cortas y expresivas frases, bajó á su piragua acompañado de sus hermanos y jefes, y á poco los ingleses perdieron de vista aquel pueblo tan generoso que sin esperanza de obtener más recompensa que la satisfaccion de obrar bien les prodigaron tantos obsequios y atenciones.

Partió el buque el dia 12 de noviembre, llegando felizmente el 30 al puerto de Macao: desde allí se dirigieron á Canton, en cuyo punto se embarcaron para Inglaterra.

En cuanto á Li-Bon murió en Lóndres víctima de la viruela. Comprendiendo que se acercaba su fin á pasos rápidos, mandó llamar al señor Sharp, médico de la goleta que le condujo á Inglaterra, y le dijo: Amigo mio, cuando vayais á mi país decid á mi padre que Li-Bon toma mucha tisana para curar de la viruela, pero que muere de ella. El capitan Wilson bueno y la mamá (1) tambien... ¡Oh! siento infinito no poder referir á Alba-Thude las muchas cosas buenas que se hallan en esta tierra...

AUSTRALIA.

BOSQUEJO SOBRE LOS NATURALES

DE LA NUEVA GALES DEL SUR,

por Dumont de Urville.

Despues de leer la historia de la colonia inglesa establecida en esta parte de Nueva Holanda, que nos demuestra sus rápidos progresos en el corto espacio de cuarenta años, no puede ménos de recorrerse con manifiesto interes cuanto se refiere á los desgraciados indígenas que ocupaban tan vastas comarcas ántes de establecerse en ellas los ingleses; cuya idea nos anima á ofrecer estos apuntes, añadiéndoles algunas costumbres más recientes, porque, en mi concepto, nada se ha publicado en Francia digno de mencion sobre este asunto, ni aun relaciones de viajeros con algunos detalles. Nociones exactas de tan salvaje raza parecióme un estudio histórico interesante, cuanto más que acaso no trascurra largo tiempo sin que estas tribus, principalmente las que habitan cerca de los establecimientos ingleses, acaben por extinguirse para siempre, degenerando á causa de las enferme-

(1) La señora Wilson.

dades, excesos y padecimientos de todas clases que deben á la presencia de sus conquistadores. ¡Triste y comun destino de cuantos pueblos ha procurado la Europa civilizar! Sólo logró arraigar en ellos sus vicios, pero no inspirarles virtud alguna. Los preciosos datos adquiridos por Collins y Barrington formarán el cróquis del cuadro que intento dibujar, al que añadiré varios artículos de periódicos coloniales y observaciones que he adquirido.

Las relaciones de Collins comienzan por explicar cómo consiguió poco á poco enterarse de las costumbres y usos de los naturales. Despues de varios acontecimientos desgraciados, dice, y al cabo de largo tiempo pudímos trabar amistad con los isleños, realizando de este modo uno de nuestros más vivos deseos. Como gozaban una libertad ilimitada no tardaron en acudir en gran número á la ciudad para vivir sin fastidio ni temores entre los habitantes de Sidney. Contentos con aprender nuestra lengua obteniendo á la par vestidos y variedad en los alimentos, llegaron á habituarse por completo á nuestras costumbres. Apénas fallecia algun indígena en casa de un europeo, otro á quien la suerte de su predecesor le pareciera incomparable, se presentaba para ocupar el puesto vacante. Generalmente se les trataba bien sin mezclarse nunca en sus acciones ni oponerse en lo más mínimo á sus deseos; porque todos comprendian que dejándoles libres en su género de vida, seria mucho más fácil aprender su lengua y merecer su confianza, adquiriendo de tal suerte cuantos detalles deseábamos acerca de sus primitivas costumbres. A consecuencia de esta opinion general en la colonia, siempre que se reunian en grupos para danzar ó combatir en medio de las calles no se les dispersaba, sino que por el contrario los espectadores eran las personas más distinguidas de la ciudad. Semejante atencion por parte nuestra les satisfacia en extremo, siéndoles al mismo tiempo útil, pues si alguno de los dos combatientes salia herido en la lucha se dirigian casi siempre á los cirujanos ingleses, que les inspiraban gran confianza quienes les prodigaban todos aquellos auxilios que requeria su estado, solícitos y satisfechos, porque sufrian sin quejarse las más arriesgadas y dolorosas operaciones.

Poco á poco los dos pueblos empezaron á comprenderse mútuamente, de sus dos idiomas se formó un dialecto corrompido, mezcla de palabras inglesas y australesas, que sólo les servia para sus relaciones con nosotros; mas gracias á este lenguaje y asíduas observaciones por parte de las personas interesadas en conocer los diversos caractéres de este pueblo desconocido, pudieron recogerse las siguientes noticias referentes á la Nueva Gales del Sur.

GOBIERNO.

Los que habitan en las cercanías de Botany-Bay, Port-Jackson y Broken-Bay, están subdivididos en familias, cada una de las cuales no reconoce otra autoridad que la del más anciano de ella. Dió lugar á esta observacion la circunstancia de que cuando al principio de la fundacion de la colonia los europeos encontraban á una familia de indígenas adelantábase para hablarles el de más edad, quien lleva el nombre de *biannai* ó padre, cuyo título dan tambien al gobernador y á todos los que juzgan investidos con cierta autoridad.

Dicha palabra parece que la emplean como título de honor y respeto, pues se

les oye á los niños con referencia á hombres que no son padres, y observóse que cuando el jefe dé una familia muere dejando hijos, el pariente más cercano, ó un amigo, se encarga de los huérfanos, quienes desde aquel dia le llaman biannai.

Cada familia se designa con el nombre propio del lugar de su residencia, al cual añaden la partícula *gal*. De modo que el pueblo situado en la costa al Sur de Botany-Bay, llamada *Gouïa* se conoce con el de *Gouïa-Gal*, y los que moran en la costa Norte de Port-Jackson *Kemnúraï-Gal*. Cuando los ingleses establecieron sus colonias en estos puntos oian á los insulares hablar de esta tribu como de un pueblo poderoso que les obligaba á obedecer todos sus deseos. En efecto, cuando despues pudieron conocerla observaron que era la más numerosa de todas, compuesta de hombres de formas atléticas y reconocido valor. Entre ellos existian varios jefes que se conocian por *kerredaï* y *kerredigang*.

Gozaba tambien este pueblo del privilegio exclusivo y extraño de exigir un diente á cada individuo de las otras tribus costaneras ó sujetas á su autoridad. El ejercicio de este derecho le cohonestában de un modo particular que explica satisfactoriamente su superioridad. Ya ha acontecido negarse alguna tribu á ceder en determinadas cuestiones, difiriendo las satisfacciones exigidas; pero á su presencia se humillan, advirtiéndose al punto la influencia y supremacía que ejercen por el número y fuerza física.

Sin duda tal autoridad data de época remota, y el tributo del diente es el sello auténtico de su poderío.

RELIGION.

Varios teólogos célebres afirman que ningun pueblo existia sin su religion particular; pero cuanto pudo observarse acerca de estas tribus parece demostrar que son una rara excepcion de la regla general. No adoran al sol, á la luna, ni á las estrellas, y aun cuando emplean el fuego á menudo, tampoco le rinden culto, ni respetan los animales. Nunca se observó que objeto alguno material ó imaginario les indujera al bien ó retrajera del mal. Nótase entre ellos cierta idea de una existencia ulterior, aunque completamente ajena á la religion, pues no ejerce influencia alguna en sus actos. Varias veces se les preguntó sobre este punto y sus contestaciones fueron del todo diversas como hijas de las creencias particulares de cada uno; mas la mayoría abriga la conviccion de que despues de su muerte se sumergen en el mar en busca del más allá, ó bien se remontan á las nubes. Collins deseoso de poseer datos exactos sobre el orígen y religion de esta comarca, al regresar Benilong de su viaje interrogóle, y este le manifestó que los blancos establecidos en Port-Jackson procedian de Inglaterra. El indígena despues de vacilar algun tiempo en la respuesta, expuso que los negros provenian de las nubes *(bourouvi)*, á donde regresaban despues de la muerte, remontándose á su morada en forma de niños revoloteando al rededor de las copas de los árboles y alimentándose de pescaditos, su manjar favorito.

Los que residen en Sidney suelen acudir á la iglesia con frecuencia, pero sin fijarse en lo más mínimo ni dar interes alguno á las ceremonias que en ella se celebran. Su fin principal es remedar al sacerdote, y por efecto de su gran disposicion natural consiguen imitarle con tal exactitud, que varias veces, aun estando en lugar sagrado, se les celebra como gracia.

Recordamos que en un folleto ó periódico se decia de estos salvajes que profesan cierta veneracion religiosa á las cornejas, apoyándose en que viendo uno de ellos á un cazador que apuntaba á una corneja corrió él impidiéndo el disparar. Cumpliendo con nuestro deber de narradores é historiógrafos, manifestarémos que no sólo no se oponen á que maten las cornejas sino que por el contrario les agrada infinito su carne y aun la cazan con preferencia á otras aves, empleando para ello la siguiente estratagema. Cuando un indígena acecha el sitio donde acostumbran ir á beber, se encamina á él y se tiende al sol con un pescado en la mano. Apénas la corneja divisa la presa y al hombre inmóvil, se arroja sobre el pescado, pero en el momento en que da el salto es capturada por el salvaje, quien en seguida la mata y asa saboreándola despues con delicia, pues es uno de sus manjares más exquisitos.

Por lo demas podemos asegurar que conocen la diferencia entre el bien y el mal y hasta poseen términos para expresarla, de modo que cuando se les perjudica en algo ó se les invita á comer cierto pescado que no les agrada exclaman *wiri*, malo, y al contrario si se les presta un favor ó se les ofrece kanguró dicen *boud-firi* bueno. Las cualidades morales las expresan con idénticas palabras que las físicas, en lo cual sus ideas se confunden algun tanto. Por esa razon llaman á sus enemigos *wiri* y á sus amigos *boud-firi*. Los antropófagos les inspiran grande horror al par que experimentan cierta satisfaccion cuando presencian el castigo de los que obran mal. Los asesinatos nocturnos, aunque frecuentes á consecuencia de su carácter vengativo, son vilipendiados por ellos mismos; pero aplauden las acciones generosas con frenético entusiasmo. El indígena que no recibiera sin pestañear una lanzada ó apelara á la fuga para evitarla seria tratado de *dji-roun* ó *wiri* y se atraeria el desprecio de todos sus compatriotas, para quienes el valor es la cualidad que más debe sobresalir en el hombre. Por lo demás las nociones referentes al bien y al mal son hasta cierto punto acomodaticias en muchos casos y no juzgan que cualquiera de ellas influya en su estado futuro, pues se imaginan que van al otro mundo convertidos en niños, en la misma forma que aparecieron en este.

ESTATURA Y CONTINENTE.

Los australios en general son de pequeña estatura y la mayor parte, tanto en uno como en otro sexo, bastante mal formados, y con las extremidades demasiado largas, como puede notarse más especialmente entre los habitantes de los bosques, debido quizá á que careciendo de alimento se ven obligados con frecuencia á trepar á los árboles para coger nidos. Verifican sus atrevidas ascensiones provistos de un hacha, practicando incisiones en el tronco donde apoyan el pulgar del pié y sosteniéndose con la mano izquierda, miéntras que con la otra realizan esta operacion hasta llegar á la altura que desean, y que á veces pasa de cien piés.

Las facciones de los varones son pronunciadas y repugnantes. El hueso que cuelga de su horadada nariz, los cabellos crespos y largas barbas contribuyen sobre manera á su aspecto feroz. Las mujeres conservan en su fisonomía cierta

dulzura no exenta de delicadeza, como el bello sexo de las naciones civilizadas. Más de una vez se observó el rubor en sus mejillas cobrizas, esforzándose en ocultar con ciertas posiciones su desnudez.

Tienen la nariz aplastada y las ventanillas dilatadas, los ojos hundidos y penetrantes, velados por espesas y largas pestañas. Usan como tocado una trenza delgada de pelo de kanguró que les rodea la cabeza y la frente, lo cual las proporciona levantarse las cejas, cuya excesiva longitud les cubre los ojos impidiéndoles ver con claridad. Sus labios son bastante gruesos, la boca grande pero adornada de dientes blancos y pequeños. Las quijadas en algunos muy salientes, tanto que un indígena de avanzada edad llamado *Wirang* pasaria fácilmente por un orangutan.

El color no es igual. Unos despues de limpia la capa de humo y grasa con que se barnizan el cuerpo han parecido tan negros como los del centro de Africa y otros á poca diferencia del color de los malayos. Son sus cabellos largos y negros como el azabache en la generalidad, y tambien se hallan varios bermejos.

Distinguen cualquier objeto á larga distancia, y á la finura y percepcion del órgano visual deben con frecuencia la vida, pues el que fuera corto de vista, desgracia desconocida entre ellos, no evitaria las lanzadas que en ciertos ejercicios se dirigen con una fuerza y agilidad increibles, para acostumbrarles á los peligros de la guerra, que á menudo estalla entre aquellas tribus á causa de su carácter indómito.

Ambos sexos se abrillantan la piel con aceite de pescado, el cual les comunica un olor bastante desagradable, si bien les preserva de los mosquitos, cuya picadura produce hinchazon y un dolor largo y agudo. Algunos practican esta operacion con tan poco aseo que se colocan en la cabeza la grasa del pescado hasta que los rayos del sol la derriten, chorreándoles por cara y cuerpo. Los padres cuidan mucho de que los hijos aprendan esta operacion, así es que los niños de tres ó cuatro años se frotan con acierto.

Varios son los adornos que lucen los salvajes. Unos se alisan el cabello con goma á fin de sujetar en la cabeza espinas de pescado, huesos de ave, plumas, pedazos de madera, colas de perro y dientes de kanguró. Otros, la mayor parte de los que habitan al Sur de Botany-Bay, se trenzan el cabello, empleando tambien la goma, de modo que parece llevan trozos de cuerda en la cabeza. Suelen pintarse el cuerpo con tierra blanca ó encarnada, usando el primer color como anuncio hostil y el segundo cuando van á bailar.

Los adornos dependen del gusto particular de cada uno, siendo tan exagerados que están verdaderamente horribles. Nada más feo puede imaginarse que aquellas figuras negruzcas y lustrosas, en cuya fisonomía se dibuja un gran círculo blanco al rededor de los ojos y líneas de igual color en sus brazos y piernas, y aun aparecen más repugnantes cuando señalan las costillas con líneas blancas, pues vistos de léjos se asemejan á esqueletos ambulantes.

Las cicatrices en ambos sexos se consideran como adornos de muy buen gusto y distincion, por lo cual se cortan el rostro con conchas, dejando á la herida que se cierre naturalmente, y esto les produce un costuron que cuanto más

largo y pronunciado les agrada más. Estas operaciones sólo las practican en la juventud y las cicatrices desaparecen con la edad.

A las mujeres les cortan las dos falanges del dedo meñique de la mano derecha; en la primera época de su juventud, alegando para ello que las estorbarian para enrollarse á la mano la red de pescar. El medio que emplean para ello es sencillísimo y pronto; atan fuertemente con cabello el dedo por debajo de la segunda articulacion, impidiendo así que circule la sangre por el extremo superior del dedo, y como es natural se declara la putrefaccion en las dos falanges y caen á los pocos dias. Las raras jóvenes que no están mutiladas, por falta de valor ú otra causa, son despreciadas por las demás.

Los hombres, y sobretodo los habitantes de la costa deben perder un diente; mas de la importancia de esta ceremonia hablarémos en otro lugar.

Raras son las deformidades naturales que en ellos se observan; sólo se han notado en la arena las huellas de dos ó tres piés contrahechos, y ni siquiera hemos visto un solo jorobado á pesar del gran descuido de las madres con los hijos, víctimas á menudo de horribles quemaduras sin que sus madres, que dormian junto á ellos, oyeran sus repetidos gritos, pues su sueño es tan pesado que difícilmente se les despierta con gritos ni ruido.

HABITACIONES.

Las habitaciones son tan toscas que casi es imposible formarse idea de ellas. Redúcese únicamente á una corteza de árbol tendida á lo largo en el suelo, la cual todo lo más puede albergar un hombre acostado. Aun cuando se alejen por varios dias nunca la llevan consigo.

Las chozas de los ribereños son mucho mayores, y se componen de varias cortezas de árbol hincadas en el suelo por un extremo y formando con el otro una especie de bóveda que las asemeja á un horno con su correspondiente boca, sumamente baja. Repugna penetrar en ellas por el desaseo, mal olor y la atmósfera impregnada de humo que se respira allí, sin duda á causa de la hoguera que de continuo arde á la puerta. Alberga cada una siete ú ocho individuos que duermen hacinados sin distincion de sexos ni edades, no sirviéndoles mas que para guarecerse de la tempestad y dormir, si algun enemigo no llega á turbar su reposo.

Ademas de estas cabañas ó chozas de corteza de árbol, los indígenas del centro de los bosques, se albergan en las cavernas de las rocas. En la mayor parte de ellas, aunque se ignora á qué fenómeno es debido, se observó que el terreno que las rodeaba era fértil en extremo y bajo las primeras capas de tierra se encontraron muchas conchas y restos de animales. Los colonizadores apénas se enteraron de este descubrimiento lo aprovecharon para procurarse cal, de cuya materia escaseaban.

Aun cuando parece hasta cierto punto natural que los indígenas debieran estimar las casas de los europeos atendidas las condiciones de comodidad y solidez, sin embargo, no sólo no es así, sino que por el contrario se negaron á pasar

la noche en la que el gobernador Macquaire para manifestarles su deferencia mandó construir con este objeto de modo que aquel edificio se convirtió á corto tiempo en un monton de ruinas. Cierto dia interrogaron las autoridades á un jefe de las tribus para conocer su opinion respecto á aquellas construcciones, y este se limitó á responder encogiéndose de hombros: *Mari boud-firi. Massa posse he rain.* Muy buenas, caballero, en tiempo de lluvia.

Como dijímos ántes, duermen tan profundamente que sus enemigos animados por el deseo de venganza ó la envidia se aprovechan de esta circunstancia para asesinarles á man salva. Entre los numerosos ejemplos que se citan de tal perfidia existe uno notabilísimo. Parece que pronto el asesino á ejecutar sus culpables designios, notó en el momento que iba á herir á la víctima que estrechaba contra su corazon á uno de sus hijos; entónces tomó al niño en brazos, descargó el golpe fatal y encargóse despues del huérfano con la solicitud de un amigo ó un hermano. No ignoran los insulares el peligro que les amenaza entregándose al descanso, y por esa razon solicitan con afan de los colonos un perro cuando les dispensan cualquier favor, pues le consideran como precioso guardian de su sueño.

MODO DE VIVIR.

Los que viven en la costa cuyas costumbres son mejor conocidas entre los colonos, se alimentan casi siempre de pescado, pues ningun otro recurso les suministra el terreno. Su ocupacion consiste en la pesca, pero los medios que emplean varian segun el sexo: los hombres usan el arpon y las mujeres la red y el anzuelo. El arpon es una especie de baston de quince á veinte piés de longitud terminado por cuatro huesos aguzados en figura de sierra y pegados al palo con goma. Durante el buen tiempo se internan en el mar con las canoas inclinadas hácia el agua, á fin de arrojar el arma apénas distinguen la presa, y son tan prácticos en este ejercicio que nunca yerran el golpe.

Fabrican redes las jóvenes con los filamentos de la corteza de un arbusto, y los anzuelos son conchas de ciertas ostras abundantes en aquellos sitios, desgastadas por el frote con las rocas hasta que adquieren la forma necesaria, y se sirven de ellos con rara habilidad.

Las mujeres, indolentemente recostadas entonando alegres canciones, dejan bogar á merced de las aguas sus miserables piraguas, á las que con propiedad ni aun puede aplicársele ese nombre, pues sus bandas quizá no tengan la altura de seis ó siete pulgadas sobre el nivel del agua. Por lo regular se encuentran en la orilla vestigios de fuego, pues acostumbran desembarcar y asar el pescado cuando desean comer, volviendo despues á su comenzada tarea.

Los bosques, á excepcion de los escasos animales que á veces los recorren, no producen otros alimentos que algunas bayas, una especie de batata, raíces de helecho, flores de las diferentes familias de *bauksia* y raras veces un poco de miel. Ya se comprenderá pues que tanto sus moradores como los de las riberas de los caudalosos rios que cruzan el territorio se ven obligados á recurrir á la astucia para obtener de la naturaleza lo indispensable á sus primeras necesidades. En efecto, casi siempre consiguen su objeto, pero no sin arrostrar rudas fatigas, pues para subir á la cima de los árboles necesitan gran agilidad y suficiente va-

lor para exponer la vida en tan atrevidas ascensiones, porque aun cuando conocen varios métodos para coger con lazo á los animales, todos ellos requieren gran fuerza y serenidad.

Se alimentan asimismo con una pasta de raíces de helecho y hormigas, y por efecto de la gran escasez de víveres comen sin escrúpulo cuanto hallan á mano, como gusanos, orugas y otras sabandijas asquerosas.

CASAMIENTO.

Dijímos anteriormente que entre las mujeres existe alguna delicadeza de sentimientos y de otro modo no podria comprenderse cómo se someten al casamiento cuando es notorio que en tal estado sólo las aguardan privaciones de todo género; bien que á decir verdad solo ceden á la fuerza. Parecerá extraño lo que vamos á consignar, pero aseguramos que es la exacta narracion de sus costumbres. Lo más general es que el indígena escoja á su compañera en alguna tribu enemiga, arrebatándola en ausencia de sus protectores. Mas no se imagine que la mujer siga voluntariamente al hombre. Este acecha la ocasion propicia y ántes de darla tiempo á que esparza el alarma entre los suyos, la aturde á golpes en la cabeza, espaldas, cuello y todo el cuerpo, ocasionándola á veces numerosas heridas; en seguida la coge por un brazo y la arrastra al traves de los bosques sin reparar en los guijarros, espinas y rocas que desgarran el cuerpo de la infeliz. Ni los gritos le detienen, ni la vista de su sangre le conmueve: sigue su carrera con toda la velocidad posible y sólo atiende á desaparecer de aquellos lugares para ocultar en su tribu á la que robó por medio de la violencia y la brutalidad.

La tribu de la jóven trata por su parte de reparar este ultraje; pero la mujer así arrebatada se conforma con su suerte y casi nunca abandona á su marido para volver á reunirse con su familia.

Los hombres condenan á las mujeres á la mayor sujecion. Si alguna tribu encuentra al paso á europeos, las mujeres se retiran á cierta distancia, y ni aun pueden moverse del sitio señalado sin permiso de los maridos. La menor ofensa ó desobediencia la castigan con un mazazo en la cabeza que cuando ménos les causa una herida y más de una vez les aplasta el cráneo. Sin embargo, y aun cuando en nuestro concepto semejante comportamiento deberia disminuir el cariño, por el contrario llegan á amar á sus maridos de tal suerte, que enseñan las cicatrices de sus heridas como señales honrosas.

Beinlong ántes de emprender su viaje á Inglaterra poseia dos mujeres que vivian con él en la mejor armonía y le acompañaban en todas sus excursiones. Una de ellas llamada Borang-Arou estaba unida con él desde la época en que fue conducido cautivo á la colonia, y poco despues se apoderó, valiéndose de los bárbaros medios arriba descritos, de Gorou-Barrou-Boulla, perteneciente á la tribu de Botany-Bay. La primera mujer no se resintió por esto; continuó profesándole igual estimacion que ántes y favoreciendo á la rival con franca amistad. Ninguna le abandonó hasta el momento de partir para Inglaterra, y él confesó luego que todos los habitantes de las orillas del Haawkesbury se casaban con dos mujeres.

No son tampoco las mujeres insensibles á la pasion: abrigan frecuentemente y con vehemencia el amor puro y noble, por cuyo sentimiento sacrificarian gustosas hasta la vida si necesario fuese para salvar al objeto de su cariño. La anécdota siguiente, referida por Barrington, íntimo amigo del *lierve* de ella, lo prueba de un modo indudable. Un indígena, de edad de veinte y dos años, de la tribu de Parramatta, tenia dos hermanas, una de veinte años y otra que sólo contaba catorce. Un dia que volvia de cazar kanguróes, notó que sus hermanas no le salian á recibir, como de costumbre; mas imaginando que habrian ido por víveres ó agua, y en la conviccion de que no tardarian en volver, se decidió á esperarlas, á cuyo efecto sentóse al pié de un árbol, pues la fatiga le obligaba á reposar.

A poco rato el sol se ocultaba lentamente tras las montañas próximas, y á la claridad que iluminaba el horizonte no tardaron en suceder las más confusas sombras. Vivos relámpagos rasgaban á cada paso el espeso velo que cubria la atmósfera y á su resplandor podian contemplarse las amenazadoras nubes que se cernian en el espacio. El viento que silbaba con fuerza por entre las desnudas ramas de los árboles parecia anunciar una próxima tempestad, y en efecto casi en seguida un fuerte chaparron obligó á nuestro jóven á guarecerse de la intemperie. Mas apénas atravesó el umbral de su solitaria cabaña, un relámpago iluminó el cuerpo de su hermana menor tendido en mitad de la estancia y bañado en sangre. El indígena ya conmovido por el espectáculo imponente de la naturaleza y sorprendido de improviso, quedó aterrado en el primer momento, inmóvil ante la desastrosa escena que se ofrecia á su vista, y cayó de rodillas al lado de su querida hermana. La turbacion no le permitió durante algun tiempo más que exhalar gemidos y esforzarse en levantarla del suelo donde yacia desmayada; pero recobrando de repente toda su serenidad, cogió un poco de agua y la roció la cara, y consiguiendo reanimar á la jóven, exclamó esta con acento en que se pintaba la desesperacion: Hermano mio... nos han robado á nuestra hermana y yo fui maltratada por oponerme á ello. Aquel bárbaro despues de descargarla un mazazo la cogió por un brazo arrastrándola para sacarla de aquí. Yo en seguida y sin darle tiempo me abracé á ella á fin de impedirle que llevara á cabo su designio; pero él me asestó un golpe con su arma arrojándome al suelo en el estado en que me encuentras. Un torrente de lágrimas interrumpió este relato. Arrojóse en los brazos de su hermano cuya temblorosa voz denotaba su conmocion interior, y ambos pasaron la noche meditando el modo de vengar satisfactoriamente aquel ultraje. Aun no habia amanecido y los dos indígenas se pusieron en camino con direccion á las habitaciones de la enemiga tribu, y despues de un viaje largo y penoso, mas corto para ellos, á quienes devoraba la sed de venganza, llegaron al sitio deseado. La casualidad parecia guiar sus pasos, pues casi en el momento de ponerse en acecho, distinguió el jóven á corta distancia la hermana del que arrebató á la suya, ocupada en recoger leña. El indígena, anhelando satisfacer el ultraje recibido, mandó ocultar á su hermana, y ántes de que la jóven tuviera tiempo de volver la cabeza presentóse delante de ella y levantó su macana con ánimo de descargarla sobre la cabeza de la víctima, quien al comprender la superioridad de fuerza é intenciones de su enemigo se atemorizó al principio; mas recobrando casi en seguida su sangre fria, levan-

tó la vista hácia él con expresion de calma y serenidad, y apénas trocaron una mirada, el jóven dejó caer su arma sorprendido de su incomparable belleza y permaneció inmóvil contemplándola admirado. La desgraciada niña que notó el repentino cambio operado en él arrojóse á sus piés implorando piedad; pero ántes de que las palabras manifestaran el sentimiento que agitaba el corazon del indígena le alargó la mano para que se levantara, y despues estrechándola contra su corazon le juró amor eterno, correspondido por ella en premio de su piedad. El jóven entónces llamó á su hermana, y esta acudió presurosa, aguijoneada por el deseo de contemplar satisfecha su venganza. Grande fue su extrañeza al escuchar las ardientes frases de amor de entrambos. No obstante, las repetidas súplicas del hermano y el respeto que le debia como á jefe de la familia, la obligaron á ceder y preguntó á su nueva cuñada por su hermana. Esta la tranquilizó por completo manifestándole el gran alivio operado en ella y trató al propio tiempo de disculpar al marido sobre los medios empleados en la ejecucion de su proyecto, fundándole en la costumbre establecida y terminó dirigiéndose al jóven: Vos teneis el corazon como los blancos (aludiendo á los sentimientos de los ingleses); no me pegais: yo os amo y tambien á vuestra familia; me correspondeis y ya estoy contenta; no quiero vivir al lado de mi hermano porque no es bueno. Esta ingénua confesion y el acento de verdad con que fue pronunciada fortificó las intenciones del jóven y contribuyó á que la hermana olvidara sus resentimientos para acordarse tan sólo de los nuevos vínculos que los unian. Determinaron volverse á su cabaña, y al cabo de poco tiempo se trasladaron á otra que Barrington mandó construir para ellos á una milla de su casa, donde vivieron largo tiempo sin que la menor sombra de disgusto alterara la buena armonía de aquellos tres seres.

USOS Y COSTUMBRES.

Las madres llevan á los recien nacidos dentro de una corteza de árbol, y tan luego como adquieren alguna fuerza los colocan sentados sobre los hombros con los piés cruzados al rededor del cuello. Muchas veces vacilan y hasta llegan á caer los tiernos niños; pero el temor á las caidas y la necesidad de buscar un punto de apoyo les obliga al poco tiempo á cogerse á los cabellos de su madre, de modo que cuando aun cuentan pocos meses se sostienen con facilidad sin entorpecer á la madre en sus quehaceres.

El tinte cobrizo de su piel adquiere pronto el color habitual, cuyo cambio se debe en gran parte al humo, falta de limpieza y al estar expuestos á la intemperie desde que nacen. La familia cuida de adornarles segun costumbre; apénas les nace el cabello sujetan en él huesos de pescados, dientes de animales y cosas parecidas, les pintorrotean con cal, y á veces las niñas ántes de dejar los hombros de su madre sufren la extraña y dolorosa operacion llamada *malgoum*.

A la edad de un mes ó seis semanas cuando más, les ponen nombre. Por lo regular eligen el de un objeto que tengan constantemente á la vista como un pájaro, un animal ó un pescado, pero sin dar á esta ceremonia importancia alguna.

Los juegos de los niños son imitacion de los ejercicios de los hombres. Desde la más tierna edad aprenden el manejo de la lanza y ayudan á los de su tribu

en la caza y pesca. Ya desde pequeños se manifiesta en ellos muy desarrollado el espíritu de venganza y el olvido de ciertos sentimientos humanitarios. Si á veces jugando con sus compañeros, cualquiera de estos, aunque sea involuntariamente, les hace daño ó trata de atemorizarlos, luchan con coraje y encarnizamiento, cual hombres dominados por violentas pasiones.

En general imitan con gran facilidad y su mayor placer consiste en remedar la marcialidad del soldado, la importancia de un oficial y el descuido de un perezoso. Descuellan en la mímica, lo que con frecuencia excita la hilaridad de los presentes y les vale numerosos aplausos, que agradecen sobremanera.

Desde los doce á los quince años les practican la operacion llamada *guanoung*, que consiste en horadarles la ternilla de la nariz, colocando en el agujero un pedazo de hueso, cuyo adorno estiman en alto grado si bien reune el inconveniente de impedirles pronunciar con claridad, de modo que es preciso habituarse mucho á oirlos y conocer bien la lengua para comprenderlos. Por lo regular esta operacion sólo es comun á los hombres; pero existen algunas mujeres que se han prestado á sufrirla.

Tambien á la misma edad los niños adquieren el privilegio de ser considerados iguales á los hombres por la pérdida de uno de los dientes incisivos. Collins, durante su larga estancia en aquel país fue testigo por dos veces de estas ceremonias, y en la segunda, auxiliado por el lápiz de un sugeto que le acompañaba, copió hasta los más mínimos detalles.

El 25 de enero de 1795 reunióse un inmenso número de indígenas para asistir á dicho acto, pues algunos jóvenes, muy conocidos en la colonia, se disponian á sufrir la operacion para igualarse á los hombres. Pemoul-Waï, habitante de los bosques, y varios extranjeros acudieron tambien. Sin embargo, como aun no habian llegado los protagonistas de tan imponente ceremonia, difirióse por algunos dias, y entre tanto se celebraron danzas por las noches á las que acudian los salvajes, caprichosa y extrañamente adornados. Uno se pintaba la cara de blanco, excepto la barba y cejas; otro se distinguia por los círculos trazados al rededor de sus ojos; en fin, observábanse distintos caprichos; pero todos horribles por su fealdad real ó figurada. El dia 2 de febrero completóse la reunion con la llegada de los personajes que debian sufrir dicha operacion, cada cual pintarrajeado con el color de su tribu, y provisto de escudo, macana, lanza y demas armas.

El lugar elegido para aquel extraordinario espectáculo era la punta de Farm-bove, que formaba un círculo de unos veinte y cinco piés de diámetro al que llamaron *You-Lang*. Los indígenas á fin de realzar más la ceremonia apisonaron la tierra, arrancaron los árboles y ramas que allí crecian y dispusieron al propio tiempo que los espectadores se situaran en una línea marcada de antemano para evitar confusion.

A la llegada de los operadores los de la tribu de Kemniraï estaban de pié y con armas en uno de los extremos del circo, y en frente de estos los neófitos acompañados de varios amigos. Apénas aquellos penetraron, uno dió la señal de principiar el acto. En seguida los hombres armados avanzaron hácia el centro del círculo cantando é hiriendo con las lanzas los escudos. Despues de una larga contradanza delante de los niños dispuestos al sacrificio, se acercaron á ellos y

destacándose del grupo un guerrero cogió á uno por el brazo y le arrastró consigo. Los de la tribu, al presenciar aquella accion, prorumpieron en gritos en demostracion de que deseaban proteger á la víctima, y luego se abrieron en dos filas para dejarle paso franco. Sucesivamente verificaron lo mismo con cada uno de los quince niños hasta conducirles á la otra extremidad de You-Lang, y una vez allí, se sentaron con las piernas cruzadas, la cabeza inclinada y las manos juntas. Aun cuando están en una posicion penosa, no deben moverse ni aun levantar la vista durante toda la noche, bajo los más severos castigos, y tambien se les prohibe que tomen alimento alguno hasta la terminacion de la ceremonia.

Los *kerredais* principiaron al poco rato sus misteriosos ritos, y de repente uno de ellos cayó al suelo cual si estuviera atacado de un dolor agudo, revolcándose con mil contorsiones y gemidos hasta que, cubierto de sudor y rendido de fatiga, enseñó un hueso que debia emplearse en la ceremonia, y entónces pareció quedar sano de todos sus padecimientos. Durante aquella série de lamentos una multitud de salvajes danzaban á su alrededor con grandes gritos, miéntras que otros les daban golpes en la espalda hasta que apareció el maravilloso objeto.

Apénas el caido se levantó, cuando otro se arrojó al suelo ejecutando igual pantomima, que cesó como la vez primera por enseñar un hueso. Esta farsa tiene por objeto demostrar á los neófitos que la operacion no les causará sino un insignificante dolor, pues cuanto mayores sean los sufrimientos de los kerredais menores deben ser los suyos.

Cerró entre tanto la noche y retiróse Collins á su tienda para dormir, pues la continuacion del acto se aplazaba para la mañana siguiente. Los insulares se dividieron en varios grupos para entregarse al descanso, levantándose cuando los primeros rayos del sol empezaban á dorar la tierra.

Los habitantes de la costa Norte dormian á un lado y los neófitos á otro, á pesar de la prohibicion absoluta de variar de postura. Mucho despues de la salida del sol los kerredais y los de la tribu de Kemmirai acudieron presurosos á You-Lang, y corriendo uno detras de otro y gritando dieron dos ó tres vueltas al círculo, acompañando en seguida á los niños á su sitio, donde les colocaron como la víspera, y cuando se hallaron en la actitud marcada continuó la ceremonia, cuyos actores eran veinte indígenas de la tribu de Kemmirai.

PRIMERA CEREMONIA.

Los quince jóvenes estaban sentados en la parte más alta de You-Lang, miéntras que los ejecutores de la operacion desfilaban por delante de ellos corriendo á gatas. Su traje estaba en armonía con el papel que representaban, pues la espada de madera pendiente de la cintura imitaba desde léjos la cola del animal, y sus saltos y aullidos tampoco se diferenciaban mucho de los del perro. Los chicos revelaban en el rostro la inquietud que les devoraba, pero no obstante permanecian tranquilos sin siquiera mirar á los de la tribu ni á los kerredais que situados á corta distancia gesticulaban horriblemente.

Esta ceremonia, segun ellos, manifestaba á los neófitos que la operacion les dotaba del poder del perro y de todas sus cualidades útiles.



SEGUNDA CEREMONIA.

Los niños permanecen como anteriormente. La principal figura de este segundo cuadro es un indígena de elevada estatura y atléticas formas que lleva en hombros un kanguró y seguido de otro con un haz de yerba sobre la cabeza. Los demas entre tanto sentados á alguna distancia cantan y baten palmas llevando el compas del paso de los dos hombres quienes parecen agobiados bajo el peso de las cargas, pues sus pasos son cortos y vacilantes. Por fin al cabo de largo rato llegaron cerca de las víctimas, y despues de depositar allí su pesada carga se retiraron extenuados por la fatiga de su penosa tarea. Nótese que el que llevaba el haz se colgó del hueso de la nariz dos ramas floridas cuyo adorno le prestaba un aspecto extraordinario.

El kanguró muerto designaba que se le permitia asistir á la caza de aquel animal, y la yerba la guarida donde debia buscársele.

TERCERA CEREMONIA.

Los neófitos continuaron sentados por espacio de una hora, durante la cual los demas se ocultaron en un espeso y cercano bosque para proveerse de un cinturon del que pendian mazorcas de yerba en sustitucion de la espada de madera, que les sirvió para la primera ceremonia. En seguida echaron á correr á gatas como una manada de kanguróes, ya saltando, ya parándose para rascarse con las manos imitando á estos animales. Al propio tiempo un indígena armado con una macana llevaba el compas sobre un escudo, y otros dos provistos de todas armas les seguian como si trataran de aprovechar su descuido para cazarles.

Este era el emblema de uno de sus futuros y favoritos ejercicios, el de la caza del kanguró, y presentaba un cuadro curioso y grotesco, prestándose admirablemente á realzar aquel nuevo y sorprendente espectáculo el pintoresco bosque donde se disfrazaban los actores.

CUARTA CEREMONIA.

Al llegar aquel grupo extraño á la plaza de You-Lang y cerca de los niños, pasó como una verdadera manada de kanguróes y despues arrancando rápidamente sus colgajos de yerbas, cada uno cogió á un neófito y le colocó sobre sus robustas espaldas, conduciéndole en triunfo hasta el lugar donde debian representarse las últimas escenas de la singular comedia. Tanto la familia como los amigos que acompañaban á los jóvenes permanecieron de pié en uno de los extremos del círculo, miéntras los de la tribu de Kemmirai llenaban sus funciones, sin mezclarse en lo más mínimo, asistiendo tan sólo como espectadores para dar ánimo y confianza á los jóvenes.

QUINTA CEREMONIA.

Despues de andar algunos pasos bajaron á los niños, colocándoles reunidos en

medio del círculo, de pié, con las manos cruzadas, la cabeza baja y la vista fija en el suelo. Algunos indígenas desaparecen por espacio de diez minutos para preparar la ceremonia secreta, la cual rodean de cierto misterio inusitado en las precedentes.

Trascurrido ya el tiempo suficiente, que suele variar de diez á quince minutos, y prévia una señal convenida de antemano, adelantan los niños hácia un grupo formado en primer término por los indígenas, sentados uno en un tronco de árbol y el otro en sus hombros, ambos con los brazos abiertos; detras de estos, cinco ó seis tendidos en fila y boca abajo hasta llegar á otro tronco de árbol, en el cual hay otros dos colocados como los primeros.

Á medida que acompañantes y niños van acercándose, los dos hombres primeros se vuelven en todas direcciones, sacando la lengua, abriendo desmesuradamente los ojos á fin de presentar un aspecto horrible. Despues de algunos minutos empleados en estas muecas se apartan y pasan los niños por encima de los que están echados, quienes comienzan á retorcerse cual si estuviesen en la agonía, produciendo al propio tiempo un ruido sordo semejante al de la tempestad lejana. Cuando los neófitos terminaron su paseo sobre los tendidos cuerpos les presentaron á los dos individuos sentados en el otro tronco de árbol, y se renovó la escena de gestos ejecutados por los dos primeros, despues de la cual todo el cortejo se puso en marcha.

Esta ceremonia se denomina *Bourou-Mouroung*. Su objeto es difícil de conocer porque la mayor parte de los indígenas al parecer lo ignoran, y á las diversas preguntas que se les dirigen sobre el particular sólo contestan que desde el momento en que termina aquella los jóvenes se convierten en hombres valerosos capaces de arrostrar y vencer el peligro más inminente.

SEXTA CEREMONIA.

El grupo se detiene á corta distancia del sitio donde se verificó la anterior escena, volviendo á sentar los jóvenes en el suelo muy cerca uno de otro, y los demas armados con su correspondiente escudo y lanza formaron semicírculo delante de ellos. En el centro y de espaldas á los niños situóse Boudirro, el indígena director de todas las ceremonias, que sostenia en su brazo izquierdo un escudo y con la otra mano armada de una macana marcaba el compas dando tres golpes, y al tercero, los que le rodeaban, despues de figurar que le tiraban la lanza, se acercaban para tocar con su arma el centro del escudo.

Esta era la última ceremonia que precedia á la operacion y se refiere al manejo de la lanza, cuyo ejercicio figura en primera línea entre las diversas ocupaciones que absorben la vida del salvaje nacido en aquellos climas.

SÉPTIMA CEREMONIA.

Todo está ya preparado para arrancar el diente á los jóvenes. La primer víctima de esta singular costumbre, hija de la ignorancia y la barbarie, fue un niño de diez años de edad. Despues de sentarlo en los hombros de un indígena, sentado tambien, pero en el suelo, le enseñaron el hueso que en la víspera figuraron

haber extraido del estómago de uno de los kerredaïs. El hueso estaba aguzado, pues sin esta precaucion fuera imposible sacar el diente sin causar una profunda herida. En seguida procedióse á cortar un *womera* á distancia de unas diez ó doce pulgadas del extremo, y para ello practican varias ceremonias prévias. Por de pronto le colocan sobre un árbol y ántes de cortarlo prueban por tres veces sucesivas si opone mucha resistencia. Luego con instrumento de hierro, por cierto muy mal afilado, cada vez que resuena el escudo, sacuden un golpe hasta conseguir partirlo haciendo ántes tres hendiduras en la madera. Cuando por medio del hueso afilado estuvo descarnada la encía del modo conveniente, colocaron el palo encima del diente tan alto como fue posible, miéntras el operador se preparaba á arrancarle proveyéndose con anticipacion de una gran piedra, y cuando el director heria con su maza el escudo por tercera vez, aplicaba un golpe con la piedra al palo, hasta que al cabo de varias tentativas infructuosas, pues desgraciadamente para el niño tenia el diente muy buenas raíces, saltó este y condujeron en seguida al paciente hasta el sitio en que con la mayor impaciencia le aguardaban su familia y amigos. Estos le curaron con esmero y mudaron el traje por otro que debia usar durante algunos dias en señal de distincion por haberse prestado á aquel sacrificio. Le ajustaron un cinturon del que pendia una espada de madera y adornaron su cabeza con una especie de cinta en la que lucian otras más pequeñas de *acanthorrhœa* que por su blanco color producian un efecto sorprendente y agradable. El paciente cubria con la mano derecha la boca que durante todo el dia debia conservar cerrada, por cuya razon le estaba prohibido hablar ó comer. Los demas niños fueron tratados con iguales consideraciones y sufrieron la operacion con serenidad, excepto un lindo chico de ocho ó nueve años, quien, despues de permitir que le descarnaran la encía, se negó abiertamente á soportar la parte más dolorosa, así es que se escapó de entre los operadores y consiguió evadirse á pesar de los esfuerzos de los indígenas que salieron en su persecucion con ánimo de capturarle y terminar el comenzado sacrificio, al cual se dispusiera voluntariamente. Durante la ceremonia de la piedra los que rodeaban á la víctima, armaban un ruido insoportable pronunciando sin descanso las palabras *iwâh-iwâh*, *gaga-gaga*, para distraer la atencion y evitar que se oyeran los quejidos aun cuando á decir verdad ninguno de ellos en apariencia padecia, pues se enorgullecen de soportar cualquier operacion sin exhalar un suspiro.

Por lo demas se observaron algunas particularidades que no sería ocioso mencionar aquí. La sangre que brota de la herida no la restañan, sino que por el contrario la dejan correr por el pecho del niño y cae en la cabeza del que le sostiene, cuyo nombre debe el neófito agregar al suyo: dejan secar la sangre en el pecho del niño y la cabeza del indígena, y la limpian despues de trascurridos algunos dias. Los jóvenes se designan en seguida con el título de *kebarra,* nombre derivado de uno de los instrumentos empleados en la ceremonia, pues *kebah* en su lengua significa piedra ó roca.

OCTAVA CEREMONIA.

Como la víspera del dia de la operacion, los jóvenes aparecen sentados sobre

troncos de árboles. Todos llevaban impreso en su fisonomía el sello del sufrimiento y á uno le aplicaron como tópico un pescadito asado para calmar los agudos dolores producidos por la herida.

A una señal los pacientes se levantaron de pronto y dirigiéronse á la ciudad, precedidos de las mujeres y niños que abrian la marcha y de los de la tribu que figuraban ir cazando. Desde aquel momento quedan admitidos entre los hombres y adquieren el derecho de usar lanza y macana, asistir á los combates y robar cuantas jóvenes deseen por mujeres .Por mejor decir, segun ellos, el que se somete á la pérdida de un diente, sin manifestar durante la operacion la menor señal de abatimiento ni debilidad, adquiere ciertas atribuciones que puede ejercer cuando su edad y fuerza se lo permitan.

Uno de los chicos recogido anteriormente en casa de un médico inglés, de donde se ausentó para volver á su país, entregó por conducto de una jóven de su familia el diente arrancado á M. Collins, rogándole que lo entregara á M. White en señal de reconocimiento por sus cuidados. Sin embargo, para aceptar aquel objeto prometió el inglés que guardaria el secreto, pues temian ser descubiertos á causa del resentimiento de la tribu de Kemmirai.

Por último, y esta era la ceremonia final, los indígenas cogieron las armas y se entregaron á los excesos de su inclinacion salvaje, y luego al notar que los ingleses se apartaban, uno de ellos entonó una especie de cancion que debia escitar el espíritu belicoso de los jóvenes, y se precipitaron corriendo hácia la colonia, produciendo con sus aullidos una algarabía horrible, y prendiendo fuego á las malezas y árboles que encontraban al paso.

Cuando se les pregunta acerca de la pérdida del diente contestan siempre con las palabras *you-lang irah-badiang*, así como para expresar la de cualquier otro dicen *boul-bagga*. La expresion *you-lang irah-badiang* sólo denota el sacrificio arriba descrito. Se compone dicho término del nombre del lugar donde se representa la escena más importante y del privilegio que se les otorga de manejar la lanza, como lo designan las palabras *irah-badiang*, *irah*, tiempo de verbo lanzar, *irah*, lanza, *iraelli*, lanzar.

Desde que los jóvenes, sujetándose á aquella práctica adquieren los privilegios de la virilidad, prosiguen en el ejercicio de sus derechos miéntras se lo permiten sus facultades. La cuestion de subsistencia es secundaria entre estos hombres especiales; el uso de la lanza y escudo, y el manejo de las diversas mazas que emplean, la agilidad en atacar ó defenderse y la constancia en sufrir toda clase de dolores sin quejarse, ocupan el primer lugar en sus aspiraciones. Las mujeres ostentan asimismo en su cuerpo las señales de la superioridad del hombre, y este se las imprime apénas su brazo adquiere suficiente fuerza. Existen varias, en cuya cabeza es imposible contar el número de cicatrices.

LA PEROUSE.

SU NAUFRAGIO Y DESCUBRIMIENTO

DE LOS RESTOS DE SU EXPEDICION

al rededor del mundo

Durante su primer viaje al rededor del mundo á bordo del *Astrolabio*, Dumont de Urville hizo escala en diciembre de 1827 en Hobart-Town, ciudad principal de la Tierra de Van Diemen, donde recibió las primeras indicaciones con ayuda de las cuales pudo seguir las huellas del malogrado marino La Perouse. A continuacion trascribimos los interesantes pormenores que aquel refiere sobre el particular.

Teniendo noticia Mansfield, piloto del rio Derwent que nuestra mision era explorar el mar del Sur en busca de descubrimientos, preguntóme si conocia algo referente á la expedicion de La Perouse, y á mi negativa díjome aunque de modo muy confuso, que el capitan de un buque inglés que tocara allí últimamente halló los restos de la nave mandada por La Perouse en una de las islas del Pacífico, varios de los cuales llevaba consigo para su patria, como tambien á un marinero prusiano, compañero del ilustre navegante; añadiendo que el referido capitan mercante enviado con premura por el gobernador de Bengala en auxilio de los demas náufragos, arribó de nuevo á Hobart-Town seis meses ántes de mi llegada, hallándose todavía á su bordo el citado marinero prusiano. Estas noticias trasmitidas de manera tan poco exacta me parecieron al principio insustanciales argumentos de una fábula de mal género inventada de intento, y por lo tanto sólo digna de figurar entre las diversas y ridículas especies que durante cuarenta años consecutivos se vertieron sucesivamente respecto al célebre explorador de quien me ocupo. Empero las seguridades que para vencer mi repugnancia dióme el piloto en prueba de la veracidad de sus asertos, in-

dujérome luego á interrogar á Franckland, ayudante del gobernador el teniente coronel Arthur, jóven oficial que poseia muy bien el frances y vino á saludarme en su nombre.

Así pues, preguntado Franckland acerca de cuanto supiera referente á Dillon y su empresa, contestóme riendo que era el tal un loco, un aventurero cuyo pretendido descubrimiento consideraban todos como una ficcion, y que á su paso por la colonia tuvo un lance en alto grado deshonroso para él, por el cual fue judicialmente condenado á encarcelamiento. Semejante version entibió las esperanzas que fundara de obtener un feliz éxito en mis averiguaciones, al extremo de ni siquiera pensar ya en ello. Mas un dia hablando con Kelly, la conversacion recayó accidentalmente sobre este asunto, y creido yo de que mi interlocutor participaba de la opinion general, no reparé en manifestar mis dudas, lo que dió lugar al digno capitan del puerto que en secreto era partidario de Dillon para salir á su defensa. Los sólidos argumentos que empleó en su apoyo unidos á la buena reputacion de que gozaba como marino produjeron en mi ánimo notable cambio, mucho más cuando para acabar de convencerme me enseñó un diario que trascribia por entero la memoria de Dillon relativa á su descubrimiento en Tikopia, la misma que publicaron despues los periódicos de Europa y está reproducida en los anales de su viaje.

Despues de leerla detenidamente y examinar bien su contenido, observé con satisfaccion tanto en el fondo como en los detalles cierto viso de sinceridad que me demostró no carecia de fundamento. En su consecuencia, convencido de que importaba mucho á la gloria de nuestra mision no ménos que á la honra de la marina francesa confirmar la exactitud de tales noticias ó en caso contrario patentizar su falsedad, desde aquel instante renuncié á mis anteriores proyectos sobre Nueva Zelandia, resolviendo en su lugar dirigirme en seguida á Vanikoro, solo conocida entónces con el nombre de Mallicolo segun Dillon. Por lo demas la empresa nada tenia de arriesgado, puesto que tocando en Tikopia esperaba que los mismos habitantes de la isla me facilitarian los datos necesarios para llegar felizmente á Vanikoro. De suerte que firme en mi propósito, en breve me hice á la vela, fondeando el *Astrolabio* delante de Tikopia el 10 de febrero de 1828, sin ocurrir durante el viaje mas que los diversos y frecuentes incidentes tan comunes á la navegacion.

Á cosa de las dos de la tarde el vigía anunció tres piraguas con rumbo hácia nosotros, á cuyo aviso cada cual asomóse al empalletado, ansioso de salir de duda. En la primera de dichas embarcaciones divisábase un hombre, europeo á juzgar por su tipo, cubierta la cabeza con un gorro de lana; una camisa de tela encarnada y un pantalon de lienzo completaban su traje. El desconocido pasó acto contínuo á bordo, manifestando en contestacion á las numerosas preguntas que le dirigí, llamarse Martin Bushart, ser súbdito prusiano y haber acompañado al capitan Dillon en su viaje á las islas Vanikoro.

Invitéle á descansar en mi camarote, y hé aquí resumido lo que pude sacar en claro de nuestra conversacion.

Tras infinitas vacilaciones causadas por las acaloradas disputas que incesantemente le suscitaban los oficiales embarcados á sus órdenes, Dillon se decidió por fin á navegar con direccion á las mencionadas islas, deteniéndose al paso en

Tikopia donde contrató á varios naturales para que le sirvieran de guias é intérpretes en sus exploraciones á las islas inmediatas. Fuele del todo imposible fondear en Paiou lo propio que en Vanou y sólo á costa de inauditos esfuerzos logró conducir su nave á una ensenada llamada Ocilé, distante diez ó doce millas del sitio en que naufragó. Más tarde al seguir sus huellas comprendí, atendida la estrechez del canal, que únicamente pudo conseguirlo colocando de trecho en trecho valizas que guiaran al buque por entre los abundantes y terribles bancos de coral que se hallan á flor de agua. Dillon permaneció un mes en el lugar de la catástrofe, y proporcionóse en efecto allí los diferentes objetos que menciona su carta fechada en Nueva Zelandia; pero no quedaba en la isla ningun frances á causa de la influencia nociva del clima en la tripulacion, la cual fué desapareciendo insensiblemente despues de crueles padecimientos, diezmada por unas calenturas perniciosas cuanto rebeldes. El último falleció un año ántes, y los insulares, que siempre se mostraron apacibles y humanos para los desgraciados náufragos, señalaron su tumba de manera que la pudieran reconocer con facilidad los extranjeros que arribaran en lo sucesivo. Finalmente hacia algun tiempo que Bushart residia en Tikopia, á donde se trasladara desde la bahía de las Islas con el oportuno consentimiento de Dillon, á bordo del *schooner Governor-Macquaire*, buque destinado con posterioridad al servicio especial de las islas Rotouma y Tonga-Tabou.

En 11 de febrero siguiente, tres de los cuatro *arikis* ó jefes principales de las islas vinieron á visitarme ofreciéndome cada uno de ellos un presente que consistia en tres ó cuatro cocos, otros tantos plátanos verdes y de mala calidad junto con uno ó dos peces voladores. El escaso valor de estos productos sin duda los más estimados en la comarca, manifestóme su extremada pobreza; no obstante me esmeré en corresponder á su fina atencion como si sus regalos fuesen de mayor precio.

Despues uno de aquellos hombres que á primera vista me pareció del pueblo acercóseme con timidez y me entregó un pliego cuidadosamente envuelto en un papel, en trueque del cual le regalé un collar de cuentas de vidrio y una navaja, cuyas prendas le produjeron viva alegría. El pliego contenia una breve carta de Dillon en la que explicaba sencillamente el motivo de su viaje, anunciándome á continuacion iba á dirigirse en seguida hácia la isla Pitt y despues á Santa Cruz; á pesar de que en ella evitara al parecer darme la menor noticia sobre Vanikoro, esta circunstancia fue causa de que varios compañeros conjeturasen que Dillon sólo la dejara para proporcionarme el medio de socorrerle dado caso que le sobreviniese cualquier contratiempo en sus investigaciones, opinion de que tambien yo participé.

Al efecto el inglés Hamilton que interrogué respecto del isleño á quien Dillon confiara el escrito, me dijo que era forastero en Tikopia, y por las subsiguientes respuestas deduje fácilmente que el individuo en cuestion no podia ser otro que el lascar Joé, el mismo que vendió á Dillon la empuñadura de espada é hizo las primeras indicaciones positivas acerca del sitio en que ocurriera el naufragio y las huellas que de él aun existian.

Acto continuo mandé llamar á Joé, para interrogarle tambien, pero abrigaba tal miedo de que lo llevara al principio que rehusó facilitarme las noticias que

le pedia; sin embargo, cuando le aseguré que mi intencion era dejarle dueño absoluto de sus acciones, fué poco á poco cobrando ánimo y concluyó por confesar que efectivamente habia ido años ántes á las islas Vanikoro, en donde halló muchos objetos procedentes de los buques naufragados, y ademas se enteró de que existian todavía dos blancos de avanzada edad, á quienes nunca pudo ver. Ademas aseguróme que el clima de las islas era en extremo insalubre, efecto de la temperatura muy baja y de las calenturas que reinaban allí continuamente; su relato, pues, coincidia en un todo con la notable repugnancia de los habitantes de Tikopia en visitarlas. A cuantos propuse me acompañaran, unánimes desatendieron mis vivas instancias y halagüeñas ofertas. *Mate-moe-fenona* (1) contestábanme todos sin excepcion moviendo la cabeza estremecidos é imitando la fria inmovilidad de un cadáver. No les faltaba motivo para opinar de tal modo, pues en un corto viaje practicado á las islas, diez de ellos sucumbieron á la fiebre; de aquí puede colegirse lo que debió padecer la tripulacion mandada por Dillon durante su dilatada permanencia en aquellas tierras, víctima de tan terrible enfermedad.

En resúmen Joé habitó por espacio de cuatro años en las islas Viti, de donde trajo consigo á Tikopia una mujer; recorrió sucesivamente las de Laguemba, Horo, Takon-Robe, Jinbao, Monala, Kandabon y Vatou-Lele, deteniéndose en cada una tres ó cuatro meses, excepto Vouhia, en la que permaneció cerca de dos años.

¡Cuántas curiosidades examinó el lascar en sus numerosas excursiones!... ¡Qué relatos amenos é interesantes nos suministrara si poseyera alguna instruccion!... Por desgracia Joé no sabia leer ni escribir, y tenia contraidas de tal suerte las costumbres polinesias, que á primera vista era harto difícil distinguir en él su orígen indio, mayormente al observar el horrible pintarrajo que á imitacion de los insulares cubria su cuerpo; pero examinado de cerca su continente ofrecia un tipo muy diverso: en particular el rostro era más ovalado que redondo, y sus facciones denotaban un orígen dotado de mayor grado de inteligencia.

Tanto Bushart como Joé se negaron á seguirme, por cuya razon víme reducido á no contar sino con el auxilio de los dos ingleses que me pidieron pasaje en la corbeta y hablaban el dialecto del país, Hamilton y un marinero. A serme fácil zarpar en seguida lo verificara en derechura á Vanikoro, pero me detuvo la circunstancia de hallarse á bordo unos veinte y cinco isleños que no me agradaba llevar embarcados; fueme de consiguiente preciso aguardar con sumo disgusto á que regresaran en su busca las piraguas. Al cabo de dos horas y media de impaciente espera presentáronse cinco de las expresadas embarcaciones, en cada una de las cuales sólo cabian tres ó cuatro personas ademas de los que la tripulaban; así es que cuando se alejaron, quedaban aun cinco pertenecientes sin duda á la clase más ínfima, puesto que á pesar de sus ruegos y súplicas nadie les atendió. Hacia ya largo rato que las piraguas partieron con los insulares y ninguna volvia por los restantes; mi impaciencia acrecia y casi estaba decidido á echar un bote al agua que los condujera á tierra cuando la violencia de la corriente hizo garrear las anclas, arrastrándonos minutos despues ocho millas á

(1) Lo que en lenguaje tikopiano significa: la tierra mata.

sotavento de la isla. Obligóme esto á largar sin más tardanza todo el trapo, llevando de buen ó mal grado en mi compañía á los cinco tikopianos.

¡Infelices! sobrecogidos de temor intentaron en los primeros momentos arrojarse al mar para alcanzar la costa á nado, y pedian con este objeto algunos maderos indicando por señas que aquello les bastaria para sostenerse á flote. Pero fuera mucha crueldad por mi parte acceder á sus deseos, atendida la considerable distancia á que nos hallábamos ya de Tikopia y la impetuosidad del oleaje que de fijo les impediria arribar á la costa, no cabiéndoles en tal caso otra suerte que perecer irremisiblemente tras una lucha prolongada y cruel. A fin de disuadirlos y devolverles su perdido sosiego, encargué á Hamilton les explicara que me hallaba dispuesto á cuidar de ellos, proveyendo á su subsistencia hasta llegar á Vanikoro, donde podrian desembarcar libremente y proporcionarse medios de regresar á sus hogares, toda vez que existian comunicaciones bastante regulares entre los dos pueblos. Merced á estas seguridades desvaneciéronse sus temores, la alegría tornó á reflejarse en sus semblantes, y diéronme las gracias expresando que recurririan á dos paisanos suyos establecidos en Vanikoro, cuyos servicios quizá me convendrian.

Entre ellos Hamilton llamó mi atencion sobre uno que pasaba por oriundo de Houvea, isla situada á dos jornadas escasas de Tonga-Tabou, y de quien me refirió lo siguiente. Hallándose un dia pescando en una piragua, con tres compañeros, la violencia de la corriente arrastróles de súbito á sotavento de su isla. Los desgraciados viéronse obligados á permanecer durante treinta mortales dias en alta mar, sin más provisiones que unos cuantos cocos averiados; al cabo de este tiempo, ya reducidos á la última extremidad, arribaron á Tikopia, donde acogidos con solicitud se establecieron posteriormente, y este recibió de sus nuevos compatricios el nombre de *Brini-Warou*, que significa bien venido.

Los cinco tikopianos acostáronse en el bote grande, y en toda la noche no cesaron de indicarnos el rumbo de Vanikoro siempre que se les preguntaba hácia qué punto estaba situada dicha isla; la posicion de ciertas estrellas les facilitaba reconocer á qué altura nos encontrábamos. En corroboracion de sus pronósticos, al salir el sol divisámos desde las vergas de juanete en la parte del horizonte bañada por los resplandores del luminoso astro y en direccion al Oeste cinco grados Sur, las cumbres de Vanikoro formando un grupo compuesto de tres eminencias aplanadas, que semejaban por su distancia otras tantas islas y del que distábamos entónces unas sesenta millas.

Un sentimiento mezclado á la vez de esperanza y pesar, de dolor y contento agitó nuestros corazones á su aspecto; ya divisábamos el misterioso lugar que por tanto tiempo ocultó á la Francia, á la Europa entera, los tristes restos de una empresa tan desgraciada como laudable; por fin íbamos á hollar con nuestra planta aquel suelo funesto, á escudriñar sus áridas playas, á interrogar á sus desconocidos habitantes. Mas ¡ay! ¿cuál seria en último término el resultado de nuestros obstinados esfuerzos?... ¿Lograríamos cuando ménos pagar con nuestras lágrimas un justo tributo á la memoria de los esforzados é infelices campeones de la ciencia y de la civilizacion, que nos precedieron á aquellas tierras inhospitalarias? Tales fueron las penosas reflexiones que embargaron nuestra mente, dejándonos sumidos en la más profunda meditacion.

Fuenos preciso bordear largo tiempo en torno de la isla ántes de hallar paso practicable al traves del arrecife, de suerte que hasta el 20 el *Astrolabio* no pudo fondear en Vanikoro. Dos dias despues el marinero inglés presentóme un isleño que ofrecia conducir la chalupa al sitio en que naufragara La Perouse, mediante una retribucion; como es consiguiente acepté tan inesperado ofrecimiento, y guiado por él, Gressein, uno de los oficiales, logró dar vuelta á la isla por entre el círculo de escollos que la rodea. En Païou, primer pueblo en que se detuvo, todo el mundo huyó á su presencia, y Hamilton, único de los de la chalupa que le acompañara, sólo vió á un hombre y una mujer ancianos, que poseidos de espanto no pudieron facilitarle noticia alguna. Algo más léjos, en un sitio denominado Nama, en que existe una poblacion más crecida que Païou, pudieron comunicar con los habitantes, que les vendieron varios pedazos de hierro viejo y cobre procedentes de los buques naufragados en Païou y Vanou; pero todos ignoraban ó rehusaban explicaciones sobre las circunstancias del naufragio, y la suerte de los franceses que lograron salvarse. Uno tan sólo, el que representaba más edad, dijo que en efecto cierto número de europeos sobrevivió á la catástrofe, debiendo su salvacion á la proximidad de la costa, los cuales murieron poco tiempo despues; en cuanto á los demas, de acuerdo al parecer en guardar absoluto silencio, todos protestaron ignorar aquel acontecimiento, asegurando que los objetos que acababan de vender se los legaron sus padres y á estos sus antepasados, quienes los conservaron por mucho tiempo enterrados. Si se les objetaba en contra de sus declaraciones los restos que hallara Dillon en los arrecifes, unánimes negaban la probabilidad de que el citado capitan, á quien llamaban Pita por corrupcion de su verdadero nombre Peters, encontrara cañones, ni otros despojos en el escollo, fundándose en que durante su permanencia en la isla el mar estuvo continuamente agitado, impidiendo de consiguiente á cualquiera embarcacion, por pequeño que fuese su calado, no sólo explorar sino aproximarse á las rocas. Era evidente que los isleños, temerosos de que nos condujera á aquellas playas el designio de vengar la muerte de nuestros paisanos, estaban resueltos á no salir de los estrechos límites de una completa reserva, tocante al desastre sufrido por las fragatas y posteriores sucesos. Ruegos, halagos, promesas, todo fue inútil, por manera que á pesar de los ingeniosos medios que para persuadirlos empleó, Gressein tuvo que separarse de ellos sin obtener resultado de sus averiguaciones.

Visitó seguidamente á Vanou, facilitándole tambien sus habitantes algunos aunque insignificantes restos del naufragio; allí el isleño de Tevai que le guiaba, temió sin duda ser percibido de los naturales, puesto que se ocultó tendiéndose boca abajo en la chalupa, y no desembarcó hasta convencerse de que se mostraban apacibles con sus huéspedes. El mismo, ya tranquilizado, contóle despues á Hamilton que á más de los dos buques perdidos en aquel punto y en Païou, naufragó igualmente otro cerca de los islotes areniscos apellidados Maha-Loumou sitos al Sur de la isla, del cual nada pudo salvarse por haberse destrozado en seguida y sumergido junto al escollo.

La chalupa permaneció toda la noche fondeada próxima á la poblacion; al amanecer alejóse en direccion del canalizo Norte en que se internó hasta penetrar en la ensenada, para reunirnos luego desembocando por el del Este.

Esta excursion preliminar nos manifestó el contorno de la isla, confirmando al propio tiempo el hecho que motivaba nuestras diligencias, empero sin proporcionar ningun dato relativo al sitio en que precisamente ocurriera la catástrofe y los acontecimientos que la acompañaron.

A poco Guilbert, cazando en la embocadura del canalizo Este, descubrió en el interior del islote un pueblecito cuyos habitantes le acogieron con benevolencia. Dos de ellos, llamados Tangaloa y Barbaka, le enseñaron una carta escrita en pergamino que Dillon les entregara ántes de marchar, la cual obtuvo á trueque de varios regalos. En ella manifestaba su satisfaccion por la conducta que con él observaran los dadores miéntras permaneció en la isla, á la que arribó el 13 de setiembre de 1827, y de donde debió partir el 7 del siguiente octubre para las islas de sotavento en busca de los franceses pertenecientes á la tripulacion de La Perouse. Seguia una extensa relacion de los diversos efectos hallados en Vanikoro, entre los que figuraban y citaré como más dignos de llamar la atencion cinco cañones de bronce, un mortero y alguna vajilla; ademas Guilbert trajo tambien del pueblo un pedazo de cobre horadado por varias partes, que parecia proceder de la guarnicion de un penol.

Aquel mismo dia á las seis y media Guimard, Guilbert, Lauvergne y yo nos embarcámos en la ballenera, dirigiéndonos hácia el pueblo de Tevai, con ánimo de visitar á Nelo su jefe, interrogarle acerca del naufragio é inducirle á que nos facilitara provisiones.

Hallámos en su cabaña al anciano Nelo, quien nos recibió con bastante descortesía, empezando por pedirnos hachas, so pretexto de que el blanco Pita le regaló muchas. Por conducto de Hamilton expliquéle necesitábamos víveres frescos, y toda vez que las hachas nos habian sido entregadas por nuestro jefe con objeto de proporcionárnoslos, no vacilaríamos en dárselas si consentia en enviar á bordo cerdos y gallinas. Entónces el anciano Nelo tuvo el atrevimiento de pedir tres hachas en cambio de un lechoncito muy flaco, y otra por un pollo raquítico; aunque estas condiciones tan poco razonables no podian convenirme de ningun modo, las acepté en cuanto á lo primero, mandando á buscar acto continuo las tres hachas que habia en la chalupa. Ya en su poder, Nelo examinólas detenidamente, despues de lo cual retractóse del pacto fundado en que una de ellas era delgada. Justamente resentido por su mala fe, traté de terminar la entrevista marchándonos en seguida sin cambiar con él ni una palabra más; pero instóme tanto, que por último accedí en acompañarle á casa del *atona*, autoridad jurídico-religiosa que goza de grande influencia, ante quien me dijo debia concluirse el trato. Era aquella una choza cerrada recibiendo luz por un ancho agujero practicado en el techo, de mayores dimensiones y mejor construida que las demas, cuyo interior estaba circuido de graderías, y en su centro varias esteras en forma de camillas para sentarse ó dormir á gusto de los comitentes, y las paredes cubiertas de trofeos de armas, abundante cordelería é innumerables utensilios de todas clases y figuras, pero que ántes bien parecióme una verdadera sala de esgrima ó tribunal que un templo, pues nada allí aparentaba relacionarse directa ni indirectamente con un culto cualquiera.

Allí me condujo, y cambiando de tono fingió negociar conmigo para proveerme de cerdos; entre tanto el tiempo trascurria sin que las provisiones ofrecidas

aparecieran, aconteciendo cada vez que cansado de aguardar inútilmente me levantaba en ademan de abandonar la choza, que Nelo me detenia al parecer disgustado, y los insulares que nos rodeaban gruñian entre dientes semejando esperar sólo una seña de su jefe para precipitarse sobre nosotros y sacrificarnos. Tan equívoco proceder hízome entónces presumir que el *buen* Nelo abrigaba la sana intencion de obtener las hachas de balde, esto es, eludiendo cumplimentar su compromiso, y lo peor del caso era que yo mismo acababa de meterme neciamente en la emboscada; mas notélo demasiado tarde para retroceder sin pérdidas, é indefensos como estábamos por otra parte, fuera una imprudencia harto temeraria tratar de resistir á aquellos salvajes vigilantes, resueltos y bien armados, de suerte que no pensé ya sino en el medio de efectuar una retirada honrosa.

A fuer de paréntesis, séame permitida aquí una breve digresion en pro de mis conciudadanos, que justifique al par mi ulterior determinacion. Existe muy generalizado entre los franceses un error grave, evidente, orígen más de una vez de nuestras pasadas desdichas, y que importa refutar; consiste este en que sin duda por efecto de nuestra índole arrojada y caballeresca en demasía, confundimos á menudo, al hallarnos en presencia del peligro, la prudencia con el miedo. Por lo que á mí toca siempre distinguí ambas cualidades, y nunca arrostré peligro alguno que no poseyera una completa seguridad de salir airoso en mi empresa, pues me parece que debe ser muy sensible verse sorprendido. Bueno es un valor á toda prueba, pero en ciertos casos de poco sirve el ser osado, y por el contrario conviene prever, de nada fiar, y tomadas las disposiciones propias para asegurar la retirada, alejarse tranquilamente á la mayor distancia posible.

A tenor pues de este raciocinio eché mano de las concesiones como único medio de salir del atolladero; en su consecuencia expuse á Nelo, siempre con ayuda de Hamilton, que no siéndome factible continuar esperando á que trajeran cerdos, érame forzoso partir en seguida, pero que ántes le dejaria un hacha grande y un bonito collar en testimonio de lo mucho que en él fiaba, y á cuenta del precio concertado, cuyo restante hasta cubrir el importe total percibirian al contado sus emisarios cuando llevaran los víveres á bordo. Dicho esto, le entregué ambos objetos y salí inmediatamente de la choza con mis compañeros, sin darle tiempo para contestar, encaminándonos presurosos hácia la chalupa.

En vista de tan inesperado desenlace, Nelo se sorprendió de tal manera ó regocijóse tanto de poseer un hacha así adquirida, que ni siquiera se le ocurrió ni á ninguno de los suyos oponerse á nuestra marcha; empero la aventura me hizo formar pésimo concepto del carácter de los habitantes de Tevai, y sirvióme de mucho para lo sucesivo, pues desde luego comprendí que nunca desconfiaríamos lo bastante de su índole pérfida y de sus tendencias indómitas y codiciosas.

Se me olvidaba consignar en este sucinto relato que miéntras duró la entrevista, aproveché los escasos momentos en que Nelo me escuchó para interrogarle con respecto al naufragio, y que no obstante su estudiado retraimiento y aparente enfado, respondió á algunas de mis preguntas. Segun él, los extranjeros arribados á Vanou fueron los primeros en hostilizar á los naturales, de los cuales mataron unos veinte retirándose despues, y jamas que él supiese ningun

papa langui (1) habitó Vanou ni las islas vecinas. Recordaba sí que en efecto años atras un buque de forma, bandera y procedencia desconocidas estrellóse en las rocas del Sureste, pero del que nada absolutamente logró salvarse atendidos el estado del mar y el sitio de la ocurrencia, sin que los blancos que le tripulaban llegaran á desembarcar. Ademas burlábase en términos asaz duros y con marcada ironía de los asertos de Pita referentes á haber hallado cañones y diferentes vestigios del siniestro, objetando como todos que semejante hecho carecia por completo de certeza en cuanto á que ni aun pescar pudo en los arrecifes. A pesar del acento magistral con que Nelo hacia sus declaraciones y de las muchas protestas de sinceridad que les seguian, sin embargo noté frecuentes reticencias y esto me obligó á dudar de su verdad y de la franqueza del que las formulaba.

De Tevai nos dirigimos á uno de los pueblos de Mannevai, situados en el recinto interior; así que nos divisaron los habitantes acudieron en tropel á nuestro encuentro, desarmados y demostrando un júbilo indecible. El viejo *ariki* Tamanongui, que marchaba á su cabeza, despues de saludarme respetuosamente por distintas veces segun iba adelantándose, me tomó de la mano al llegar cerca de mí, conduciéndonos en seguida á una especie de hostería; allí estaban reunidos los jefes y personajes importantes de ambos pueblos, junto á quienes nos sentamos rodeados de toda la poblacion.

A fin de granjearme su simpatía y predisponerles á que me facilitaran los datos que tanto anhelaba adquirir, les dí á cada uno un collar de escaso valor, al que Guilbert añadió un pedazo de tela de Tonga, obsequios que parecieron halagarles mucho y causarles viva alegría; é insiguiendo al verles tan favorablemente dispuestos lo practicado en los demas puntos que habíamos recorrido, empecé el acostumbrado interrogatorio. Al principio escucháronme muy atentos aparentando estar prontos á complacerme; pero, como los de Tevai, negaron luego con acérrimo empeño tener noticia alguna del acontecimiento á que me referia. Ninguno recordaba haber visto los buques naufragados ni sus tripulantes; mas un anciano, que cuando ménos contaba setenta inviernos, incurrió, á fuerza de negar, en tales contradicciones, que no tuvo ya otro remedio para salir airoso del paso sino confesar lisa y llanamente que en efecto años ántes dos blancos desembarcaron en Païou, á los cuales conoció, mas apresurándose á añadir, quizá temeroso de ser demasiado explícito en sus indicaciones, que murieron poco despues. Interrogado acerca de los que arribaron á Vanou y la clase de relaciones que mediaran entre europeos y naturales, tanto á su llegada como durante su permanencia en la isla, el septuagenario respondió que ninguna, porque al saltar en tierra fueron recibidos á flechazos por los isleños, ante cuyo agresivo recibimiento viéronse precisados á servirse de sus fusiles, y al decir esto imitaba con grotesco ademan la actitud del que dispara un arma de fuego, matando á buen número de sus enemigos. En conclusion, dijo que ahuyentados los habitantes por la enérgica resistencia de los recien llegados, léjos de volver á molestarles se retiraron al interior, evitando de este modo todo trato con ellos; que luego de establecerse los extranjeros en la isla, murieron al poco tiempo víctimas de las

(1) Calificativo que dan los habitantes de aquellas islas á los Europeos.

crueles y mortíferas enfermedades que reinan en aquel clima; y que sus cráneos estaban sepultados juntos en Vanou, despues de servir sus osamentas á los insulares para armar sus flechas.

Tanto en Mannevai como en Tevai enseñé á los indígenas una cruz de san Luis y una moneda de plata para saber si habian visto alguna vez objetos semejantes. En el segundo punto la desconocian completamente, pero en Mannevai nos aseguró Tangaloa que existian en Vanou monedas parecidas si no idénticas.

Al dia siguiente se embarcaron en la lancha grande Jacquinot acompañado de Lottin, Sainson, Dudemaine y Lesson, con objeto de verificar una segunda excursion á la isla para encontrar el sitio donde ocurrierra el naufragio, y á cosa de las ocho de la mañana llegaron los expedicionarios á Vanou. Apénas las mujeres notaron que el bote se aproximaba á la orilla, huyeron en desórden á ocultarse en los bosques llevando de la mano á sus tiernos hijos, no sin cargar ántes con los objetos de más valor. Por su parte los hombres acudieron en tropel al encuentro del bote, revelándose en su aspecto una recelosa inquietud. En vano se les hicieron diversas preguntas que hasta cierto punto debian devolver la confianza á sus ánimos intranquilos; sólo pudieron obtenerse respuestas evasivas, mas á pesar de su sistema de aparentar ignorancia en todo lo relativo al naufragio de los buques y los acontecimientos de que fue seguido, confesaron sin embargo que habian tenido en su poder los cráneos de los *maras*, añadiendo al propio tiempo que hacia algun tiempo arrojaron aquellos restos al mar.

Una vez adquiridas tan escasas noticias, los del bote se alejaron con direccion á Nama, pueblo distante unas dos millas para proseguir sus descubrimientos. En aquel punto fueron acogidos con mayor cordialidad y franqueza que en Vanou, pero á pesar de tan favorables apariencias y reiteradas promesas, todos los esfuerzos se estrellaron en la estudiada y absoluta reserva de los naturales. Ya Jacquinot mandaba continuar la ruta hasta arribar á Paîou, cuando le ocurrió de pronto una idea, y sin pérdida de tiempo la puso en ejecucion. Cogió un pedazo de tela encarnada y lo desplegó contando con que no dejaria de producir efecto entre los isleños que profesan verdadera aficion á este color; aun no habian trascurrido dos minutos y ya un indígena se encontraba á bordo de la lancha prometiendo conducirles al lugar deseado en cambio de aquel objeto. Como es de suponer, los franceses le acogieron bien y el trato quedó cerrado con gran contento por ambas partes.

La cadena de arrecifes que formando una especie de muralla defiende la entrada de Vanikoro se prolonga á lo largo de la costa dos ó tres millas, y al llegar á un lugar llamado Ambi se acerca mucho á tierra. En aquel punto detuvo el negro el bote y les indicó á los pasajeros que miraran el fondo del agua. Los franceses, despues de algunos momentos de observacion, distinguieron sobre la arena y á una profundidad de diez ó doce piés varios objetos diseminados y medio cubiertos de coral, tales como anclas, balas y un gran número de galápagos de plomo. La vista de aquel espectáculo disipó todas las dudas que abrigaban y bastó por sí solo para que adquirieran el convencimiento de que los tristes despojos que llamaban su atencion eran los últimos é irrecusables testimonios del naufragio de los buques de La Perouse.

Unicamente se conservaban los objetos de hierro, cobre ó plomo; los de madera habian desaparecido sin duda arrastrados por la corriente. La disposicion particular de las anclas dejaba presumir que cuatro de ellas se fuéron á fondo con el buque, y las otras dos que sirvieron para dar fondo quedaron hincadas en la arena. El aspecto particular de aquellos sitios denotaba que el buque trató de internarse en un recodo protegido por las rocas, y al pasar por un pequeño canal formado por los arrecifes chocó contra este y no pudo ya librarse de un naufragio seguro. Segun el relato de los habitantes, este fué el único buque cuya tripulacion logró salvarse y arribar á Païou, pero el otro se perdió en alta mar sucumbiendo toda la tripulacion.

Jacquinot mandó que un marinero se echara al agua y tratase de amarrar á una cábria alguna de aquellas anclas. El marinero encargado de esta difícil operacion la ejecutó con inmejorable acierto, mas cuando ya se conseguia levantarla un poco fue preciso suspender la maniobra, pues la popa del buque comenzaba á crujir cual si cediera á la resistencia que ofrecia la extraccion de dicho objeto. Esta consideracion y el ser ya un poco tarde determinó á Jacquinot á abandonar su comenzada empresa y trasladarse de nuevo al buque, pues se empleaba algun tiempo en la travesía.

El dia 2 de marzo, despues de vencer grandes dificultades y arrostrar varios peligros, llegó la corbeta á la bahía de Mannevai, en cuyo punto se decidió fondear. Aquella misma tarde la chalupa se ausentó para volver al lugar del naufragio y tratar de adquirir datos más explícitos. El oficial encargado del mando era Guilbert, quien el dia 5, cuando regresó á bordo, refirió de este modo su excursion.

«Despues de varios y repetidos esfuerzos que al principio me hicieron temer mal éxito en mis tentativas, pudímos sacar algunos objetos, como un ancla sin cepo en extremo oxidada y con una corteza de coral, cuyo espesor no bajaria de dos ó tres pulgadas; un obus de bronce tambien cubierto de coral y tan oxidado que el metal cedia fácilmente á la accion del martillo; un pedrero de bronce y un esmeril de cobre en buen estado ambos y encima de cuyos muñones se leian los números 548 de órden y 144 de peso en el primero, y en el otro 286 de órden y 94 de peso; y varios galápagos de plomo. En el lugar del naufragio se distinguian á simple vista cinco anclas, dos pedreros y otros cañones medio ocultos por la capa de coral que los cubria; pero fue imposible sacarlos del fondo.»

Al oir el relato de aquel oficial y presenciar los sentimientos que animaban á la mayor parte de mis compañeros, propuse que se llevara á cabo el pensamiento de construir en memoria de nuestros infortunados compatriotas un modesto mausoleo que sirviera al ménos para demostrar nuestro paso por Vanikoro y la verdadera expresion del interes que nos inspiraban sus desgracias.

Esta idea obtuvo la más favorable acogida. El entusiasmo se pintó en todas las fisonomías y cada cual anheló por su parte concurrir con su trabajo personal á la ereccion del cenotafio. Decidióse despues de una discusion animada que se construiria en el centro de un grupo de mangles que forma una especie de semicírculo al rededor de los arrecifes donde ocurriera la desgracia. Sin pérdida de tiempo me encaminé hácia el sitio designado de antemano, acompañado de va-

rios oficiales, y al poco rato todos trabajábamos con igual ardor en desembarazar el terreno de las yerbas que allí crecian. El mausoleo era de forma cuadrada y su arista de seis piés de longitud, terminado por una pirámide de cuatro lados y de igual altura. Guirnaldas de madréporas sujetas entre cuatro sólidas estacas hincadas en tierra debian servir de base, así como se dispuso cubrir la meseta con un chapitel de madera pintada. El conocimiento que teníamos de la gran aficion de los naturales á toda clase de objetos de hierro nos hizo vacilar acerca de los medios de construccion, mas para evitar que los indígenas trataran de destruir la obra empleámos las planchas de Koudí compradas el precedente año en Korora Reka, y se prohibió el uso de clavos y herrajes para juntar las piezas.

Al siguiente dia vímos llegar numerosos habitantes de Vanikoro que acudian en tropel á visitarnos. Entre ellos distinguíase uno de los primeros jefes de la tribu llamado Valiko. Era este un hombre de cincuenta años de edad, poco más ó ménos, muy negro, y de cabellos enmarañados, pero despierto y activo y en apariencia mucho más inteligente que los demas de su especie. Interroguéle por medio de Hamilton acerca del naufragio de los maras, y sus respuestas algo más aclaratorias que las que hasta entónces pudímos obtener nos fueron explicadas por Tangaloa y Kavaliki como las trascribimos á continuacion.

«Ningun buque pereció delante de Vanou; uno de ellos encalló frente á Païou, en el sitio mismo donde aun hoy se ven las anclas, cañones y objetos que los indígenas entregaron á M. Dillon que todos procedian de dicho buque y que el mar arrojaba á la playa. El naufragio del otro acaeció á corta distancia de Tanema y todos los esfuerzos para salvarlo fueron inútiles. Los marineros mismos que contaban con ánimo y fuerzas para luchar contra las embravecidas olas del mar perecieron sin llegar á tierra. Los maras, que en medio de grandes peligros é infinitas contrariedades pudieron librarse de una muerte casi cierta, llegaron en número de treinta extenuados de fatiga á Païou, donde fueron acogidos con gran benevolencia por los habitantes, y en seguida se dedicaron á construir otro buque que pudiera conducirles á su lejana patria. Los naturales les profesaban gran respeto, pues siempre que se acercaban á sus hogares les besaban las manos en señal de homenaje; mas á pesar de las consideraciones recíprocas establecidas entre estos y los extranjeros, se suscitaron diversas cuestiones que motivaron un combate del cual resultaron cuatro arikis y un vecino de Tanema muertos por una parte, y por la otra dos franceses que tambien fallecieron de resultas de las heridas.

Sin embargo de que estas circunstancias en modo alguno podian favorecer los deseos de los franceses, al cabo de cinco lunas terminaron la embarcacion y á los pocos dias abandonaron la isla. En aquella sazon Valiko sólo contaba doce años, segun lo dió á entender por señas y mostrando á un niño de esa edad.

Con respecto á cuanto le pregunté á Valiko sobre el orígen de la palabra maras con la que designaban á los franceses, le fue imposible explicármela satisfactoriamente, y sólo dijo que se les llamaba así porque cuando se les interrogaba de dónde procedian respondian siempre: Mara. Antes de que aquellos dos buques llegasen á sus aguas nunca habian oido hablar de los papalangui, nombre que han adoptado para los blancos, pero tenian conocimiento de que tres buques de esta nacion pasaron por las costas de Nitendi sin arribar á ellas.

Segun pude comprender se referian á las fragatas de Entrescateaux. El *Astrolabio* fue el cuarto buque que vieron de aquella clase. Tanto dicho jefe como otros de inferior categoría á quienes tambien nos dirigimos estuvieron conformes en manifestar que no quedaba ningun mara en Nitendi, Topona ni Taumako. Todos ellos se embarcaron en el buque construido en Païou. Algunos habitantes de las tres islas citadas afirmaron que existia en las mismas gran cantidad de monedas de cobre, plata y oro. Por fin ofrecí un hacha á Tangalva y este se decidió á conducirme lo más pronto posible al sitio donde los Maras construyeron su embarcacion y al funesto arrecife en el cual encalló el buque sumergido delante de Tanema.

Segun la opinion de Kavaliki y Tangaloa, la grande isla se llama Vanikoro y esta se subdivide en otros varios distritos que se conocen con el nombre de Vanou, Nama, Païou, Nimbe, Tanema, Temona y Ocili, cuyos habitantes fueron há poco casi del todo exterminados. La isla del Noreste ó sea Tanganou, tan sólo comprende ambas ciudades de Vanikoro y Tevai y por último en la isla de Manevai viven los de la tribu de este nombre.

Durante la corta estancia de Valiko y Kavaliki les hicimos algunos presentes que aceptaron con grandes muestras de agradecimiento y contribuyeron á establecer relaciones amistosas. Kavaliki, deseoso de corresponder á los favores recibidos, prometió regalarnos un puerco de los muchos que se crian en el pueblo que habitaba.

El tiempo sereno y bonancible á la mañana fué nublándose poco á poco presagiando un próximo temporal. Al oscurecer empezó á descargar una fuerte lluvia que no cesó en toda la noche; las olas embravecidas rugian furiosamente al estrellarse en los arrecifes; el viento Sur soplaba con ímpetu y todo anunciaba una deshecha borrasca con indicios de no cesar pronto.

Al dia siguiente la atmósfera estaba muy cargada y una ligera brisa Norte contribuyó á que la lluvia continuara con tanta pertinacia como en la noche anterior. Los efectos de la tempestad se dejaron sentir en el estado de los enfermos, que por carecer de todas las buenas condiciones higiénicas y sin duda á causa del aire impregnado de humedad se empeoraron hasta el extremo de hacer concebir sérios temores á los médicos. Las calenturas atacaron á algunos marineros y Guimard y yo tuvímos precision de tomar ciertas precauciones, pues comenzaba á resentirse nuestra salud.

A pesar de estas contrariedades proseguia con igual ardor la construccion del mausoleo, sin fijarse cuantos prestaban para ello sus fuerzas en la fatiga que ocasionaba aquella clase de trabajos continuos y penosos. El deseo de pagar el último tributo á la memoria de los desgraciados compañeros víctimas del furor de las aguas, era la idea que animaba á todos, impidiéndonos abandonar la isla sin terminar la obra.

El dia 9 de marzo los cinco pasajeros tikopios reclamaron el cumplimiento de las promesas, y despues de manifestarles que estábamos dispuestos á acceder á sus peticiones, despidiéronse con la mayor ternura. El buque en que trataban de navegar cuarenta leguas, distancia que separa á Vanikoro de Tikopia, era una frágil piragua con batangas, y susprovisiones se reducian á algunos cocos y mariscos. Sin embargo, la larga travesía que iban á emprender no les inspiraba



Con salvas honramos la fúnebre ceremonia.

la menor inquietud, y sólo temian que el viento Oeste reinante cambiara de repente al Este, contrario á sus proyectos. Una razon poderosa les obligaba á acelerar su marcha; á pesar de la precaucion que tomaran de dormir en el buque para preservarse de la enfermedad desarrollada entre los de la tripulacion, uno de ellos fue atacado por las calenturas; así es que para evitar que á los demas les sucediera lo propio determinaron abandonar aquel punto y regresar á su pueblo.

El enfermo se hallaba tendido sobre la batanga y cerca de una hoguera para recuperar el calor. Fuí á verle y le regalé una azuela y un hacha con lo cual quedaron contentísimos. Los oficiales tambien les regalaron algunos otros objetos, y hasta los marineros, deseosos de manifestar sus buenas disposiciones, les entregaron todo el bizcocho que ahorraran de su racion. Los isleños sensibles á aquellas pruebas de amistad se confundieron en protestas para expresar su gratitud por tan inmerecidos obsequios, y despues de infinitos abrazos y despedidas interminables, se alejaron en su piragua, no sin que las lágrimas asomaran á sus ojos y volvieran repetidas veces la cabeza para saludarnos por última vez.

Los indígenas continuaron molestándonos con frecuentes visitas. Al principio parecian tímidos y respetuosos, mas luego llegaron hasta la insolencia de intentar exigir un tributo por la autorizacion de levantar un mausoleo en la isla. Sin duda tal comportamiento procedia de la demasiada suavidad y atencion con que siempre se les trataba á bordo, pero aun cuando quizá conviniera darles una leccion era preferible contemporizar con sus exigencias, ya porque existia en tierra una especie de enfermería provisional, ya porque se debia abandonar la isla pronto. Ademas la violencia ocasionaria la destruccion del mausoleo, monumento que ansiábamos conservar para recordar á cuantos arribasen á la isla la desgraciada pérdida de aquellos compatriotas.

Las calenturas empezaron á tomar un carácter alarmante y en pocos dias más de quince hombres fueron atacados con tal intensidad, que el médico desesperaba de devolverles la salud y predecia lo funestas que serian aquellas playas á tener que habitarlas mucho tiempo.

El 14 hácia las tres de la mañana Lottin bajó á tierra acompañado de los carpinteros para terminar el mausoleo. Lo único que faltaba era unir las planchas de madera para el chapitel, terminado por una especie de roseta. En una de las caras fijaron una plancha de plomo y en ella grabaron con caracteres grandes las siguientes palabras: *A la memoria del desgraciado La Pérouse* y *sus compañeros de infortunio, dedican este recuerdo los oficiales del Astrolabio.* 14 *de marzo de* 1828.

A cosa de las diez y media quedó completamente terminado el monumento y en seguida empezó á prepararse lo necesario para proceder á su inauguracion. A consecuencia de hallarme en cama atacado de las calenturas Jacquinot bajó á tierra acompañado de la mayor parte de los marineros, entre los cuales iban varios armados. Estos últimos en medio del mayor silencio dieron tres vueltas al mausoleo haciendo otras tantas descargas de fusilería á las que contestaron á bordo con veinte y un cañonazos, cuyas detonaciones prolongó el eco de las montañas de Vanikoro. ¡Cuántas reflexiones dolorosas acudieron en aquel instante á mi imaginacion debilitada por la calentura! Imaginaba presenciar las tristes escenas que unos cuarenta años ántes debieron representarse al pié de aquellas

montañas, escuchando al propio tiempo los gritos de dolor de los infortunados compañeros de La Pérouse, ya sucumbiendo víctimas de las calenturas endémicas, ya pereciendo en alguno de los muchos combates que sostuvieron contra salvajes indómitos y sanguinarios. Y ¿quién podria asegurar que nuestra suerte no seria igual á la de los desgraciados compatriotas que nos precedieron? Tal vez el cenotafio elevado en la isla á costa de grandes afanes y fatigas sin cuento era el último y mudo testimonio no sólo de la irreparable desgracia que lamentábamos desde el fondo de nuestro corazon, sino del desastre del nuevo *Astrolabio.*

Atemorizados los salvajes al oir las primeras descargas huyeron en confuso desórden á ocultarse en los bosques, y tal fué su espanto que abandonaron las *vaka* ó piraguas para salvarse más pronto. Casi todos estaban reunidos cerca del pueblo espiando los menores movimientos, aguardando con inquietud el resultado de los repetidos cañonazos; mas no se juzgó prudente advertirles nada, tanto por observar el efecto que en ellos producian cuanto para probarles el poder y superioridad de los medios de ataque de que en caso necesario podíamos disponer.

Pasado un buen rato y despues de un conciliábulo muy animado como lo demostraban sus voces y expresivos gestos, dos de los más animosos se destacaron de los grupos para dirigirse á la ensenada donde estaban amarradas las piraguas, y embarcándose en ellas comenzaron á bogar con intencion de abordar á la corbeta.

Casualmente en aquel momento me hallaba sobre cubierta respirando el aire fresco de tierra, y sorprendióme en extremo tal osadía pues cuando poco despues pude distinguir sus facciones, reconocí en ellos á los dos arikis de Manevai, mi amigo Moembe y el belicoso Kalaï; pero me tranquilizaron sus señales de amistad y confianza y las repetidas seguridades que ofrecian de sus intenciones pacíficas.

Acercáronse entrambos con cierto embarazo y confusion observando el mayor respeto y deferencia, y ántes de contestar á ninguna pregunta indicaron por señas que en prueba de acatamiento deseaban besarme la mano: no pudiendo resistir á sus ruegos condescendí, ofreciéndoles asiento y llamando á Hamilton, por cuyo conducto les manifesté que no estaba resentido con los habitantes, como quizá pensarian por los disparos, pues si efectivamente abrigara tal intencion, podria en un momento exterminarlos á todos con las muchas armas de fuego que existian en el buque y la intrepidez de la tripulacion; que aquellos cañonazos sólo eran motivados por el regocijo pues se disparaban en honor del *Atona Papalangui*, Dios de los europeos, colocado en el monumento recien construido en la isla, rogándoles advirtieran á sus compatriotas que respetaran la *casa de nuestro Dios*, y no tratasen de destruirla, cuyo obsequio no sólo lo pedia á nombre de la amistad, sino tambien para evitarles una guerra, pues si los buques que tocaran en la isla veian destruido aquel mausoleo, no dejarian de tomar la debida venganza de quienes tan mal agradecian los favores que les dispensáramos desde el primer dia.

Aun cuando los dos arikis parecieron dispuestos á acceder á estas peticiones, asegurando que cumplirian lo que prometian, no obstante juzgué oportuno

obsequiarles para decidirles del todo, á cuyo fin tomé de mi camarote una azuela y un gran pedazo de tela encarnada, que les entregué, quedando al parecer contentísimos. Repitióse el besamanos y las protestas de que el monumento se conservaria intacto, y embarcándose en su frágil barquilla ganaron la costa donde ya estaban los naturales tranquilizados acerca de nuestras intenciones.

Cumplida nuestra mision en Vanikoro y satisfechos los deberes de la amistad hácia los desgraciados europeos, convoqué consejo de oficiales, en el cual se acordó partir de aquellas aguas á la mayor brevedad posible, pues mayor permanencia podria ser funesta, porque si los insulares, volubles por naturaleza, trocaban en odio la amabilidad, seria difícil resistir sus ataques: ademas las calenturas endémicas continuaban sus estragos y más de veinte hombres gemian en el lecho sin esperanzas de curacion á no mudar de aires. Empezaban á faltar brazos para las maniobras del buque, de modo que se decidió dar á la vela á toda costa y alejarse de aquellas playas tan funestas para cuantos caian en la tentacion de visitarlas.

El 15 de marzo de 1828, con calma chicha y mar bonancible, aprestóse todo para la marcha y poco despues levámos anclas. En seguida todos los hombres disponibles embarcáronse en el lanchon y la ballenera, y remolcados por ellos al propio tiempo que empujados suavemente por una ligera brisa Norte empezaron á perderse entre la bruma los arrecifes y el monumento. Aunque con probabilidades de una buena y pronta travesía, detúvonos á las ocho y media, despues de tres horas de marcha, la marea contraria, sin poder vencer este inconveniente los esfuerzos de los remeros, por lo cual dióse fondo hasta que cesara á una milla escasa del cenotafio.

El 16, aunque ya no llovia y el cielo se iba despejando poco á poco, continuámos surtos, pues observé cierta variacion en el tiempo y temí ser arrojado por el viento contra los arrecifes. El deber me obligaba á velar por la seguridad de todos y no arriesgar operacion alguna sino con verdaderas condiciones de éxito. La mayor parte de la tripulacion, enervada por las calenturas, carecia de ánimo para moverse y de fuerzas para ejecutar maniobras difíciles y penosas que aun contando con sobra de fuerzas deben evitarse siempre en un viaje largo. Decidí pues esperar á que la marea permitiera proseguir con seguridad el derrotero, aunque recelando siempre de las intenciones que abrigarian los insulares, harto próximos todavía por desgracia para no volver á ser molestados por sus exigentes visitas.

Conforme lo presumia aconteció. Mediaba el dia ya cuando se aproximaron las piraguas con pretexto de traer pescado, pues su principal objeto no era el benéfico deseo de proporcionar víveres. Recelosos y prevenidos no les perdímos de vista un momento, logrando sorprender la alegría que brillaba en sus semblantes á causa de la disminucion de marineros sobre cubierta, indicio evidente de los muchos atacados de la calentura que se contaban entre la tripulacion.

Al dia siguiente hallábanse cuarenta hombres fuera de servicio, de modo que casi se carecia hasta de los más indispensables para la maniobra. En vista de esta circunstancia aproveché la opinion favorable de la oficialidad para tentar el último esfuerzo y salir de tan angustiosa situacion. A las siete de la mañana comenzámos á virar de bordo y despues mandé levar las anclas, en cuya faena se

empleó largo rato tanto por la falta de brazos para esta operacion de suyo penosa, cuanto por enredarse los cables que las sujetaban, cuya circunstancia lo dilató más tiempo.

Miéntras la tripulacion se ocupaba en dicho trabajo, acercáronse al buque cuatro ó seis piraguas de Tevai, y no sin sorpresa noté que los cuatro ó cinco naturales de Manevai, que desde poco ántes se hallaban á bordo, no sólo no demostraron la menor inquietud á su aproximacion, sino que por el contrario corrieron á su encuentro saludándoles con grandes muestras de alegría, cuya circunstancia, sabiendo que se hallaban en guerra y por consiguiente debian considerarse como enemigos, dejóme perplejo; mas ansiando salir cuanto ántes de tal incertidumbre, les interrogué por señas acerca de la amistad que demostraban á sus encarnizados enemigos, á lo cual me contestaron que ya estaban en paz y venian á traer cocos.

En breve comprendí la mala fe que encerraban sus contestaciones. Dos de Tevai aprovechando mi distraccion subieron al buque por el lado opuesto y su primera diligencia fue encaminarse hácia la bodega y contar el número de marineros que guardaban cama. Los oficiales que observaron sus miradas y aspecto resuelto me avisaron en seguida, por lo cual corrí á ellos y convencíme de que sus mercaderías se reducian á las flechas y demas armas de que iban provistos. Entónces comprendiendo las intenciones que abrigaban, reuní á los oficiales, quienes manifestaron que desde algunos dias ántes observaban minuciosamente las bajas los de Manevai y que la tarde anterior divisaron en la playa á dos jefes que rodeados de varios salvajes atisbaban la posicion del buque.

Convencido por estos informes y mis propias observaciones del peligro que corríamos, determiné concluir de una vez confiando en los escasos medios que aun restaban. Grande era la inquietud de todos en tan críticas circunstancias; mas apelando al valor colgué las pistolas al cinto con ánimo de imponer á los salvajes algun temor, y armado y dispuesto á jugar el todo por el todo subí á cubierta y les ordené con severo ademan y acento imponente que abandonaran el buque. A esta intimacion levantaron la cabeza con descaro, y mirándome de hito en hito parecian desafiar á que pasara á vias de hecho. La sangre se agolpó á mis sienes al propio tiempo que involuntariamente llevé la mano á las armas. Por fortuna me serené casi al punto, y con la mayor sangre fria mandé á un marinero que abriese de par en par la puerta de la sala de armas, que por precaucion estaba siempre cerrada. Ejecutada esta operacion, indiquéles con una mano los mosquetes y con otra sus piraguas como dándoles á entender que escogieran entre los dos medios que les proponia. Corta fue la demora; sin duda el contemplar á los marineros formados y prontos á ejecutar la más mínima órden, y los veinte ó treinta fusiles, cuyos cañones heridos por el sol deslumbraban, bastó para convencerles y sembrar el temor entre quienes por lo visto sólo aspiraban á atacar por sorpresa y no á batirse frente á frente, comprendiendo que la posesion de armas de fuego nos prestaba gran superioridad, aunque disminuida por la escasez de hombres disponibles.

Por fin se alejaron en sus piraguas, y la confianza renació á bordo. Sin embargo el peligro no habia cesado del todo, pues al hallarse los salvajes fuera de tiro, comenzaron á hacer gestos amenazadores. Sin duda, y era lo más probable,

no renunciaban á su empresa, sino para volver con fuerzas más considerables y apoderarse del buque. Así lo comprendí, y en su virtud sin pérdida de momento bajé á la bodega y arengué á los marineros manifestándoles el riesgo que nos amenazaba y exhortándoles á que hicieran un último esfuerzo y contribuyeran en cuanto les fuera dable á huir de aquellos lugares. Los enfermos conmovidos abandonaron el lecho y á pesar de hallarse debilitados por la enfermedad ayudaron á la maniobra que por fortuna se terminó felizmente.

El 17 de marzo de 1828 á las once y cuarto de la mañana zarpámos al fin con general satisfaccion. A lo léjos se distinguian aun algunas piraguas meciéndose blandamente sobre las tranquilas aguas. Poco despues tambien se divisaron las de los habitantes de Tevai, cuyas tentativas no debieron ser acogidas con benevolencia por parte de los de Manevai, sin duda por la deferencia que siempre guardámos con los principales jefes. Su direccion indicaba que regresaban á su pueblo contrariados por no haber podido satisfacer sus instintos feroces.

Restablecida la tranquilidad comencé á sentir mareos cada vez que intentaba fijar la vista en lontananza: apénas podia sostenerme para dictar las órdenes necesarias; en una palabra, las calenturas que durante algunas horas cedieron sin duda á la sobrexcitacion volvieron á recrudecer. Las rápidas pero imponentes escenas que se sucedieron en el trascurso de la mañana, la falta de brazos, el peligro del paso del canal, todo lo que ántes sostenia mi decaido ánimo, desapareciendo, determinó la reaccion, y como consecuencia una postracion inexplicable. Encargué el mando á Gressein y arengué por segunda vez á la tripulacion para que cumplimentase con exactitud las órdenes de los oficiales, quienes dieron pruebas de reconocida inteligencia é incansable actividad. Gressein, encargado de la direccion del buque, dictó órdenes precisas con las cuales se logró cruzar sin inconveniente el largo y estrecho canal donde terminan los arrecifes. Durante el paso en todos los rostros se pintaba la mayor inquietud, pues aunque confiaban en la nunca desmentida pericia y sangre fria del citado oficial, sabian por desgracia que una maniobra equivocada conduciria al buque á chocar contra aquellos escollos en donde la muerte era inevitable. Al contemplar el buque balanceándose majestuosamente en alta mar, todos experimentámos una alegría parecida á la del reo que cuenta los momentos que le restan de vida, y de repente ve abrirse las puertas de su prision para devolverle la perdida libertad. La dulce esperanza penetró en todos los corazones ahuyentando los pesares que les oprimian, y las miradas se dirigieron entónces á la lejana patria cual si bastara aquel deseo para salvar la gran distancia que de ella nos separaba.

ISLAS VITI.

En el año 1643 Tasman descubrió varias islas del archipiélago de Viti que bautizó con el nombre de *Príncipe Guillermo,* las cuales, segun resulta de los excelentes datos adquiridos por Urville, no son otras que las conocidas por los naturales con las denominaciones de *Tanoudza*, *Rambe*, *Tabe-Onin* y *Laoudzaba*.

Cook, en uno de sus viajes el año 1774, pasó á corta distancia de la isla Batoa; y Bligh, cuando víctima de una rebelion á bordo tuvo que abandonar el buque de que era capitan, atravesó aquel grupo; mas la frágil barquilla que mandaba y la falta de instrumentos le impidieron verificar reconocimiento alguno. No obstante, vuelto á Taiti las visitó con minuciosidad á lo largo de la costa meridional ignorándose hasta ahora el resultado de sus observaciones.

Entrecasteaux tambien distinguió en 1793 la citada isla de Batoa y posteriormente Barber, Wilson y Maitland, que las nombró islas de la Libertad, trazaron cartas más ó ménos exactas sobre su situacion. Varios buques mercantes las suelen visitar con frecuencia para exportar madera de sándalo, de la cual extraen cierta esencia en la India y China, donde ademas se emplea en la construccion de mausoleos y ataudes para los sugetos opulentos. Sin embargo la mayor parte de los viajeros, ya por indolencia, ya porque quizá no llegan á penetrar en el interior, desconocen las costumbres y por consiguiente las noticias que pueden suministrarnos están desprovistas de interes y sólo se refieren al comercio á que se dedican.

Las discordias que estallaron diferentes veces entre los europeos, americanos é indígenas acarrearon consecuencias funestísimas, y á ellas más que á otra causa deben atribuirse dos terribles catástrofes. Una de ellas fue la muerte de Campbell, capitan de la *Favorita*. Este buque fondeó por el año de 1809 en la bahía de la madera de sándalo, y segun refiere Turnbull en sus *Viajes al rededor del mundo* publicados en 1813, el capitan de dicho buque se indispuso con el jefe Bollandam y al poco tiempo fue atacado por una flotilla de ciento cuarenta piraguas mandada por el referido jefe, quien logró capturar la ballenera de la *Favorita* á cuyo bordo iba el capitan, que murió en la refriega. Sin embargo, despues de la victoria Bollandam se manifestó generoso, pues salvo el castigo impuesto á la tripulacion, privándola durante los primeros nueve dias casi totalmente de alimento, ni la infligió malos tratamientos corporales ni trabajos penosos, hasta que por último les devolvió la libertad.

En cuanto á la segunda catástrofe, más importante sin duda en la historia casi desconocida en estas islas, nos permitimos tomar para su descripcion algu-

nos datos de las relaciones del viaje de Dillon en descubrimiento de los restos de la expedicion de La Perouse.

Embarcóse Dillon como segundo en Calcuta á fines del año 1812 en el buque *Hunter* al mando del capitan Robson, que se dirigia á Canton pasando ántes por las islas Viti, llamadas por lo general Fidgi, las cuales conocia ya Dillon, habiendo permanecido en ellas cuatro meses porque su espíritu investigador y afan de adquirir noticias sobre las costumbres de aquellos salvajes le inspiró el proyecto de habitar entre ellos, logrando granjearse amigos y estudiar el idioma. Tampoco al capitan Robson le eran desconocidas las islas, pues en dos distintas ocasiones recalara en ellas, gozando de notable influencia entre los habitantes de parte de la costa de la isla de Sándalo, por los auxilios que les prestara en una guerra que á la sazon sostenian; favor que los indígenas le agradecieron sobremanera, y en particular Bonassair, señor del pueblo de Vonia, que le profesaba gran respeto y consideracion á juzgar por sus infinitos ofrecimientos.

Con tan favorables auspicios y en la mañana del 19 de febrero de 1813 fondeó el *Hunter* en la bahía de Wailea, bastante cerca de la embocadura de un riachuelo cuyas aguas besan las casas del pueblo. Vonia está situado á una milla de dicho fondeadero, y en ambas orillas del rio crecen yerbas frondosas y de un verdor agradable á la vista. Las casas se destacan sobre las frondosas copas de los mangles que cubren los prados intermedios.

Aun el buque no estaba del todo fondeado y el hermano del jefe de Vonia subió á bordo para felicitar al capitan por su pronto regreso. Poco despues llegaron tambien el mismo Bonassair con otros jefes de menor categoría, sus sacerdotes y un lascar desertor del *Hunter* unos veinte meses ántes, cuando dicho barco se hallaba en aquellas aguas. Bonassair se informó con solicitud de la salud de Robson, y entrando despues en otras explicaciones manifestó al capitan el cambio operado desde su partida para Canton. Los habitantes de los pueblos circunvecinos sometidos á su autoridad por la activa y enérgica cooperacion de Robson, se le rebelaron de nuevo, y protegidos por otras tribus poderosas, que vivian en las orillas de un rio caudaloso llamado Naupacab, le hostilizaban tenazmente consiguiendo emanciparse casi del todo de su dominacion.

Bonassair, cuyo principal objeto era conseguir que los ingleses le ayudasen á someter á los insurrectos, trató de persuadirles indicando la imposibilidad de proporcionar madera de sándalo á ménos que terminara aquella guerra, rogando por lo tanto al capitan, por su propio interes, que le facilitara hombres para poder acabarla de un modo favorable. Sin embargo de estas razones el capitan mostrábase poco dispuesto á acceder á los deseos de aquel jefe, quien al comprenderlo indicó el gran peligro que corrian sus súbditos si les enviaba á cortar madera de sándalo, pues los enemigos podian atacarles en el momento en que estuviesen más desprevenidos. El capitan contentóse con escucharles sin prometer nada por el pronto, y en seguida desembarcó acompañado de Dillon, y guiados por Bonassair se dirigieron al cercano pueblo, donde fueron acogidos con las mayores consideraciones, regalándoles como muestra de deferencia un cerdo, batatas y cocos. Pasado un largo rato allí, regresaron á bordo y al dia siguiente fueron visitados por dos marineros ingleses, llamados Terencio Dun y John Riley. El primero fue despedido del *Hunter* en el último viaje y el otro, en igual época

de un brik americano surto tambien en aquel punto, quienes noticiaron al capitan que los ingleses eran bien recibidos y tratados con gran benevolencia en todas las islas Viti ó Fidgi, si bien debian exceptuarse ciertos europeos residentes en una isla vecina, llamada Imbao, pues estos á causa de su carácter turbulento y exigente eran menospreciados por los indígenas, llegando su odio al extremo de declararles la guerra. Las represalias que ejercian aquellos siempre que se les presentaba ocasion oportuna fueron causa de que los naturales les atacaran en su propia isla donde exterminaran de seguro á todos á no interponer su influencia el rey de Imbao, que llegó á tiempo para impedir la continuacion de aquella carnicería, en la cual perecieron cuatro ó cinco europeos. No por eso se extinguió el odio; por el contrario deseaban aniquilarles, por cuya causa los europeos, temiendo ser víctimas del encono de los indígenas por la escasez de fuerzas con que contaban, tenian el proyecto de ausentarse, por lo cual los marineros que fuéron á bordo aconsejaban al capitan no les admitiera en su buque para evitar que les sucediera una catástrofe.

Antes de pasar adelante debemos explicar por qué residian en aquellas islas tantos marineros de diversas naciones. En el año 1808 un brik americano, que llevaba á bordo cuarenta mil duros procedentes del rio de la Plata, fue arrojado por un violento temporal contra las rocas, donde encalló sin poderse salvar á pesar de los esfuerzos de la tripulacion dirigida por el capitan, hombre de valor incansable y reconocida pericia, quien al considerar segura la pérdida del buque echó al agua las lanchas, y embarcados en ellas algunos pudieron ganar otro barco americano fondeado en Malanbour cerca de la isla Vanona-levon, y los restantes se refugiaron en la cercana isla de Imbao, apoderándose de la mayor parte del dinero. Poco tiempo despues de este naufragio varios buques ingleses, indios, americanos y de Nueva Gales llegaron á Viti para cargar madera de sándalo. Apénas los tripulantes se enteraron de la gran cantidad de dinero existente en una de las islas, animados por la codicia varios, y con la esperanza de enriquecerse, desertaron y otros lograron ser despedidos, dirigiéndose todos al punto donde se imaginaban hallar el ambicionado tesoro. Algunos despues de procurarse por medios más ó ménos censurables cortas cantidades, las emplearon en comprar armas y pólvora, y provistos de ambos efectos se hicieron fuertes prestando despues señalados servicios al rey de Imbao. Mas á pesar del agradecimiento de los salvajes, tales fueron sus desórdenes, exigencias y la superioridad que trataban de obtener, que decidieron atacarles como lo verificaron sacrificando parte de ellos. La otra sufrió una suerte funesta á consecuencia de la conducta observada por el capitan Robson.

»Desde nuestro arribo hasta fines de marzo, dice Dillon, suministraron la madera de sándalo con extremada lentitud, rogando sin cesar los salvajes al capitan que se uniera á ellos y les ayudara á reprimir á sus enemigos, prometiéndole en recompensa completar el cargamento en el término de dos meses contaderos desde el dia en que sometieran á los revoltosos. El capitan Robson, á quien perjudicaba aquella guerra, acabó por ceder á tan repetidas instancias, exigiéndoles el exacto cumplimiento de lo prometido, en lo cual quedaron conformes. Adoptada ya esta resolucion, emprendióse el dia 1.° de abril una expedicion contra el islote de Naupacab, distante cuatro ó cinco millas del rio del mismo nom-

bre y á unas cuarenta escasas de nuestro fondeadero. Armáronse tres embarcaciones cada una con veinte tiradores, y otra con un cañon, acompañadas por cuarenta y seis piraguas de grandes dimensiones montadas por mil indígenas, en combinacion con tres mil más que marchaban por tierra al punto que debia servir de base de operaciones militares. El mal tiempo nos detuvo en la madrugada del 4 en un islote situado cerca de la embocadura del Naupacab; mas apénas entramos en el rio cuando el enemigo, emboscado en las malezas, disparó un diluvio de flechas y piedras, con hondas las últimas, que las comunicaban una terrible violencia; mas no ocasionando daño alguno, continuámos avanzando hasta Naupacab, cuyo pueblo hallámos fortificado, pero despreciando igualmente aquel obstáculo dirigióse el fuego del cañon contra el punto más débil, consiguiendo en breve un brillante resultado. Los sitiados abandonaron el pueblo y reunidos en una vasta llanura inmediata intentaron resistir, aunque en vano, porque á pocos momentos fueron desalojados de la segunda posicion con baja de nueve individuos, cuyos cadáveres se trasladaron á las piraguas auxiliares, enviando uno á Vonia, para que devorándole solemnizaran la victoria obtenida. Despues de esta corta refriega en la que felizmente no tuvímos pérdidas que lamentar, seguímos el rio por espacio de más de quince millas destruyendo los pueblos y plantaciones que se hallaban al paso, y al anochecer, terminada por aquel dia la jornada, fondeóse en un islote donde los naturales se apresuraron á celebrar un horrible festin que es preciso describir so pena de omitir una de las costumbres que prueban la degeneracion de la raza humana en ciertas regiones.

»Colocaron sobre la yerba los cadáveres de sus enemigos, y prévias las ceremonias de los sacerdotes, fueron descuartizados, cortándoles primero los piés, despues la pierna por la rodilla, partes pudendas, los muslos por la cadera, el brazo por el codo y el antebrazo por el hombro, y finalmente separando la cabeza del tronco ya mutilado. Cada fragmento es para ellos un manjar diferente que envuelven en hojas para conservarle, causando horror y repugnancia observar la avidez con que devoran aquellos restos, semicrudos y chorreando sangre.

»Durante la mañana del 5 y dos dias posteriores, nos internámos en el territorio; mas tal era el espanto de los enemigos, á quienes sin duda intimidó la superioridad de fuerzas en una insignificante escaramuza, que pueblos y plantaciones estaban abandonados, lo cual demostró hasta la evidencia la sumision de los rebeldes, y convencidos de ella regresámos á bordo el 8 al anochecer.

»A principios de mayo se incorporó el cúter *Elisabeth*, al mando de Bollard, que zarpara de Port-Jakson poco ántes que nosotros con rumbo á las islas Sandwich, y á los pocos dias presentáronse á bordo los europeos establecidos en Imbao. El capitan aprovechó aquella ocasion para inducirles á servir en su buque. prometiendo guardarles todas las consideraciones posibles y pagarles á razon de cuatro libras esterlinas mensuales en objetos de quincalla ó vidrio valuados de antemano á fin de evitar cuestiones, y dejándoles en libertad de regresar á Imbao cuando el buque se hallara próximo á partir.

»Trascurrieron los meses de mayo, junio, julio y agosto y aun los indígenas no habian proporcionado mas que la tercera parte del cargamento. Avistóse con ellos el capitan para tratar de remediar tan grave inconveniente, mas no lo logró como pensara, pues le manifestaron que apénas quedaban árboles en los bosques,

porque en el espacio de pocos años habia arribado á las islas para cargar madera de sándalo multitud de embarcaciones.

»Los jefes y demas individuos de importancia cesaron de visitar el buque recelosos de que se les retuviera á bordo prisioneros para obligarles á cumplimentar sus promesas, de modo que el capitan maldecia y denostaba sin cesar á aquel pueblo bárbaro y astuto del cual era juguete, y sólo pensaba en vengarse de los jefes á quienes ayudara para dominar los insurrectos, concibiendo mil proyectos y ansiando ocasion propicia para realizarlos.

»A principios de setiembre dos grandes piraguas procedentes de Imbao arribaron al buque. En ellas iban de doscientos á doscientos cincuenta indígenas que reclamaban la devolucion de los europeos residentes en las islas que desde el mes de mayo se hallaban á bordo. El capitan Robson, que observaba desde la cubierta del cúter, atacó una flotilla que tambien navegaba con igual rumbo, y logró apoderarse de catorce sin deplorar pérdida alguna en el ataque.

»Pero el cúter debia carenarse y el rompimiento con los naturales imposibilitaba su reparacion, impidiéndole hacerse de nuevo á la mar. Sin embargo el capitan, hombre de carácter enérgico y admirable sangre fria, no renunció á verificarlo y contentóse con dictar varias disposiciones para contener á los salvajes en caso de hostilidad, apoderándose de todas las demas piraguas de Vonia para privar á los indígenas de medios de accion, y disponiéndose á llevar á cabo su pensamiento.

»El dia 6 de setiembre repartió fusiles á todos los marineros y europeos establecidos en Imbao, quienes dirigidos por Norman desembarcaron al Este en un sitio llamado la Roca Negra, á corta distancia del buque, dispersándose los europeos por patrullas de tres ó cuatro hombres para vigilar las inmediaciones. Cuantas reflexiones se le hicieron á Norman para demostrarle la conveniencia de permanecer reunidos por si les atacaban los salvajes, se estrellaron en su tenacidad por no apartarse un ápice del plan de campaña, que no podia ménos al fin de producir una vergonzosa derrota si los naturales se obstinaban en hostilizar.

»En su consecuencia avanzaron por una llanura bastante extensa, trepando luego á una montaña desde cuya cima se descubria un vasto panorama. Al bajar divisaron á varios indígenas que con voces y ademanes demostraban el furor que les poseia, y á su aspecto, torciendo Norman un poco á la derecha, internóse en un estrecho sendero que conducia á varias cabañas diseminadas en la salida del bosque.

»Seguí á Norman, acompañado de siete europeos y dos jefes de Imbao. Apénas empezámos á andar cuando los salvajes salieron al encuentro para disputarnos el paso. Despues de una ligera refriega en la cual perdieron tres hombres, dispersáronse en una misma direccion. Norman mandó quemar las cabañas y pocos momentos despues las llamas anunciaban el cumplimiento de su mandato. Casi al mismo tiempo resonó un atronador clamoreo que procedia al parecer de la montaña vecina, y segun explicaron los jefes de Imbao aquellas voces significaban alguna victoria obtenida por los indígenas, pues no eran gritos de guerra, sino de júbilo. En efecto, despues me dijeron que los naturales de Vonia estaban ocultos en el bosque y apénas bajámos de la montaña atacaron una patrulla, la cual sorprendida de repente no tuvo tiempo mas que para disparar el primer ti-

ro, viéndose en seguida rodeada por los enemigos, superiores en número que asesinaron á cuantos la componian con inaudita crueldad, despues de martirizarlos horriblemente. Algunos, poseidos de terror al contemplar tan bárbaro sacrificio, arrojaron el fusil y echaron á correr hácia los buques con toda la celeridad de sus piernas; mas por desgracia los indígenas que les perseguian les alcanzaron, y sólo pudieron salvarse dos que arribaron al cúter sin aliento por tan larga carrera.

»Cuando Norman se enteró por los jefes de Imbao de la desgracia acaecida, celebró consejo con ellos, y siguiendo su dictámen resolvió emprender la retirada en masa; en efecto, sin otro inconveniente que la aspereza del camino ganámos la cima de la montaña, donde se presentaron tres indígenas, que con gestos y exclamaciones de alegría manifestaban la muerte de los europeos, regocijándose con la esperanza de que sufriríamos igual suerte. Tal insolencia merecia ciertamente un duro y justo correctivo; mas cuando se intentó castigarles, huyeron con precipitacion impidiendo la venganza de los que yacian víctimas de su falsedad y barbarie.

»Continuóse marchando sin descanso, y siempre dispuestos á hacer frente á cualquier eventualidad cuando en la pendiente de la colina hallámos el cadáver de Terencio Dun, con el cráneo hendido. Este espectáculo acrecentó nuestra pena, y más cuando al dirigir la vista en torno divisámos en la llanura multitud de salvajes, sin duda situados allí para interceptar las comunicaciones con los buques á fin de privarnos de todo auxilio por parte de estos. En aquel punto ocurriósele á uno huir para refugiarse en el bosque; mas observado por los indígenas, salieron varios en su seguimiento y le asesinaron en pocos segundos. El desgraciado era hijo de un fondista de Port-Jakson, quien dos años ántes se embarcó en un brik americano en calidad de intérprete, proporcionando á dicho buque en las islas un cargamento de madera de sándalo, y quedándose á vivir con los europeos establecidos en Imbao, donde adquirió relaciones con los naturales; mas ellas no le evitaron morir á mano de los mismos que le llamaban amigo.

»Ya casi en la llanura hallámonos repentinamente detenidos por dos ó trescientos salvajes, que blandiendo las armas exhalaban voces de júbilo contemplando llegado el momento de realizar la venganza que por largo tiempo meditaran en secreto, y presentándose manchados con la sangre de sus víctimas, con que por un exceso de bárbara crueldad se habian restregado el cuerpo.

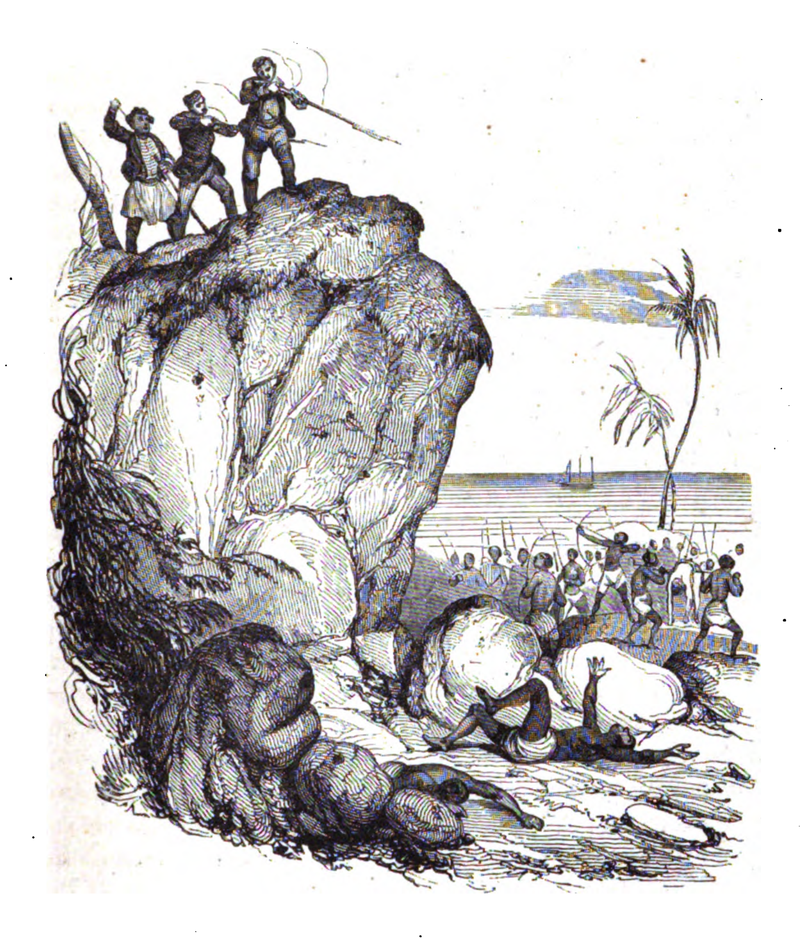
»Indecisos nos hallábamos aun discurriendo medios para salvar la vida en aquella emboscada, cuando un indígena se deslizó desde la cima sin ser observado, y disparando á Norman una flecha por la espalda le atravesó de parte á parte. El valiente oficial exhaló un débil gemido y casi al instante cayó sin vida; mas no gozó el cobarde asesino largo rato del fruto de su infamia, pues ciego de ira le hice fuego, y tuve la satisfaccion de verle rodar exánime: en seguida volví á cargar resuelto á perecer ántes que rendirme, y vendiendo cara mi vida; mas ¡cuál fue mi asombro cuando al volver la cabeza para comunicar órdenes precisas á los compañeros, noté que todos habian huido abandonándome! Afortunadamente los indígenas al observar tal dispersion, esparciéronse tambien para perseguirlos, y aprovechando esta favorable é inesperada circunstancia, traté de salvarme echando á correr en opuesta direccion. Para poder ve-

rificarlo con mayor desembarazo arrojé léjos de mí el fusil; pero reflexionando la utilidad de que acaso me seria, pensaba ya en volver á buscarle, cuando la casualidad me deparó el cadáver de William Parker, con su fusil al lado. Cogí apresuradamente el arma, y continué mi frenética carrera con tal velocidad, que parecia impelido por una fuerza sobrenatural.

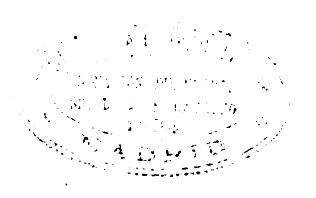
»Divisáronme los indígenas y siguieron mis pasos. Uno de ellos me iba ya tan al alcance, que me obligó á abandonar el fusil de Parker, y una pistola que llevaba colgada al cinto. A pesar de todas las contrariedades que me rodeaban inutilizando mis esfuerzos, y convencido de la imposibilidad de ganar los buques, no por eso me desanimé, logrando trepar á las primeras rocas de una montaña escarpada, y desde ellas llamé á dos ó tres marineros que corrian dispersos en las cercanías. ¡A las rocas, á las rocas! les dije, y casi sin aliento llegaron cinco que fueron Savage, Luis, chino, Buchart, prusiano, Dafuy y Wilson. Los dos primeros pertenecian á los de Imbao, los dos siguientes formaban parte de la tripulacion, y otros dos que completaban el pequeño destacamento, llamados Maecab y Alkison, así como los dos jefes de Imbao y Norman, fueron muertos en la primera refriega. Dafuy hizo una resistencia desesperada y digna de mejor suerte. Despues de disparar su arma causando la muerte de un enemigo, esgrimió el fusil y paró durante breves momentos los golpes que le asestaban los indígenas; mas de pronto se rompió la culata y ya le fue imposible defenderse por más tiempo, de modo que recibió varias heridas, las cuales con las cuatro flechas que tenia clavadas en la espalda le producian dolores agudísimos.

»Afortunadamente la altura que ocupábamos era tan escarpada que sólo se podia subir á ella por dos puntos, de suerte que el número de enemigos inmediatos no pasaba de tres ó cuatro, reuniendo ademas la gran ventaja de estar fuera del alcance de las flechas y piedras, á lo cual contribuia no sólo la elevacion, sino un récio viento que desviaba los proyectiles. Muerto el jefe encarguéme del mando distribuyendo como primera disposicion los puestos que debian defenderse con más empeño. Prohibí en seguida severamente disparar un solo tiro sin estar ciertos de matar con él á un enemigo, empleando al herido en cargar las armas. No fue larga nuestra inaccion, pues los salvajes ansiando terminar su obra de exterminio treparon por diversos puntos á las rocas y hasta llegaron á corta distancia; pero el acierto de nuestros disparos les alejó con gran pérdida. Comprendieron al punto que la posicion era inexpugnable y que emprenderian inútilmente la lucha contra las armas de fuego, por lo cual se retiraron fuera de tiro aunque sin renunciar á sus planes de venganza.

»Acrecia el peligro y lo crítico de la situacion por momentos. Las municiones escaseaban, y á no abrigar todos la esperanza de que el capitan Robson tentaria un último esfuerzo para socorrernos armando á los de Imbao, quizá nos suicidáramos segun la imposibilidad material de salir con bien de tal empresa. A corto rato distinguímos las piraguas de Imbao alejándose de aquellas aguas con direccion á dicha isla, y fue precisa toda mi autoridad para impedir que los que me acompañaban se entregaran á la desesperacion. Aun cuando les animaba diciendo que la Providencia cuidaria de librarnos de la ferocidad de aquellos caníbales, poco ó nada conseguia, y sólo á copia de ruegos y persuasiones se conformaron á obedecer.



Combate de Dillon contra los natúrales de as islas Viti.



»En toda la llanura al rededor de las rocas se divisaban numerosos grupos de indígenas que en aquel momento ofrecian un aspecto repugnante. Por todas partes se levantaban nubes de humo, pues se acercaba la hora del banquete. Miéntras unos asaban en las hogueras los cadáveres de nuestros desgraciados compañeros, otros recogian los suyos que en camillas de ramas conducian en hombros hasta el sitio que ocupaban los jefes. Al llegar á su presencia los colocaban sobre la yerba sentados. Luego danzaban y cantaban á su alrededor terminando por dispararles varios tiros con las armas que recogieron en el campo, despues de lo cual los sacerdotes los descuartizaron para asarlos como á los europeos.

»Entre tanto los salvajes, ansiosos de participar del festin, descuidaron el ataque de suerte que fuera fácil intentar la fuga á estar más próxima la playa. Savage, sin reflexionar sobre tan grave inconveniente, propuso á Martin Bouchart huir á un bosque de frondosos árboles que se prolongaba hasta la orilla y ganar á nado el buque. Ya casi lograra convencerle cuando le observé, y revistiéndome de una energía sobrenatural les amenazé con matar al primero que tratase de abandonar á los demás en tan inminente peligro. Demostréles su desacertada determinacion, indicando la actitud pacífica de los indígenas desde algunas horas ántes, y en seguida para acabarles de persuadir hablé á los enemigos, que prestaron atencion, manifestándoles que el dia en que capturámos las catorce piraguas cogímos ocho prisioneros que se custodiaban á bordo, entre los cuales se hallaba el hermano del gran sacerdote de Vonia. Les declaré que rescatarian los prisioneros si nos dejaban regresar pacíficamente al buque, y en caso contrario sufririan igual suerte que nosotros. Mi discurso produjo entre ellos sorpresa y temor, así es que el sacerdote hermano del prisionero compareció á corto rato y preguntó con vivo interes si era cierto aquel ofrecimiento. Contestéle afirmativamente y hasta ofrecí que les conducirian á tierra si él me prometia que el marinero que fuéra á bordo no seria molestado en el camino. El sacerdote, como era natural, aceptó la proposicion ofreciendo las mayores seguridades del mundo respecto á las condiciones pactadas de antemano. Con tan satisfactorio resultado llamé aparte á Dafuy y le encomendé que acompañara al sacerdote y que informase al capitan Robson de nuestra crítica posicion, mandándole que para evitar que los enemigos faltaran á lo pactado, sólo permitiera desembarcar á la mitad de los prisioneros, guardando los restantes en rehenes hasta que estuviésemos á bordo.»

El marinero Dafuy observó estrictamente las recomendaciones de Dillon, quien no le perdió de vista hasta que arribó al buque, sano y salvo. Desde la partida del sacerdote los indígenas cesaron en sus ataques y de seguro continuara esta suspension de armas sin una imprudencia de Savage. Varios jefes se acercaron á las rocas, demostrando á los ingleses por señas y de palabra que respetarian sus vidas si abandonaban aquel puesto. Dillon, que por experiencia conocia á fondo lo que podia confiarse en las promesas de los salvajes, se resistió á acceder á sus instancias, negándose á toda clase de avenencia, seguro de que al ejecutar lo que le pedian le reservaban igual suerte que á los que perecieran víctimas de su barbarie y perfidia; mas tanto le rogó Savage, quien á causa de cinco años de residencia en aquellas islas se expresaba con perfeccion

en dicha lengua, que acabó por acceder á su peticion, reducida á que le otorgara permiso para ir á conferenciar con los jefes, no dudando del exacto cumplimiento, y esperando ajustar una paz ventajosa. En vano le aconsejaron Dillon y los demas compañeros, manifestándole que los salvajes sólo intentaban apoderarse de ellos para vengar á los muchos que encontraron la muerte en el ataque de aquel puesto. Nada bastó á convencerle y por el contrario sostenia cada vez con mayor vehemencia que realizaria sus esperanzas, y que de no permitirle conferenciar, responderian todos de cuanto pudiera acaecer. Ante estas razones consintió Dillon, aunque exigiéndole ántes que entregara el fusil y municiones.

Partió pues Savage y llegó junto á los jefes, distantes de las rocas dos ó trescientos pasos. Al acercarse fue recibido al parecer con las mayores muestras de alegría, si bien estaba ya resuelta su muerte. No obstante, como el principal designio era apoderarse de Dillon, le hablaron con suma amabilidad y repitieron que en efecto, á trueque de salvar la vida á los prisioneros, consentirian en concedérsela á aquel. Al cabo de largo rato y como para no infundir sospechas á Dillon, dijeron á Savage que le llamara, y notando que no respondia, uno de los jefes se adelantó y le dijo en voz alta: Baja sin cuidado, Peter; ya ves que cumplimos nuestra palabra respetando á tu emisario. A pesar de tales pruebas que en opinion de los salvajes debian bastar para que Dillon desistiera de su primitiva resolucion, este respondió que sólo bajaria cuando desembarcaran los prisioneros. Entre tanto el chino Luis, que asimismo se hallaba en la roca, escapóse con el fusil, confiado en las buenas relaciones que sostenia con uno de los principales jefes enemigos, por haberle auxiliado varias veces en las diferentes guerras que sostuviera.

Conociendo los insulares que eran inútiles sus tentativas y astucia, y convencidos de que con promesas no lograrian apoderarse de Dillon, se despojaron de toda reserva, y atacando entre seis ó siete á Savage, le cogieron por los piés, metiéndole la cabeza en un hoyo lleno de agua hasta que se ahogó. Entre tanto un indígena de estatura gigantesca echó á correr en persecucion del chino y le descargó tal golpe en la cabeza con su macana, que le aplastó el cráneo causándole una muerte casi instantánea. Cometido este doble asesinato se precipitaron sobre los cadáveres, y descuartizándolos corrieron á asarlos en las hogueras destinadas para Dillon y los demas que aun permanecian en la inexpugnable altura.

»Restábamos sólo tres para defender la posicion, continua el viajero, cuya circunstancia envalentonó á los enemigos que con numerosas fuerzas rodeaban las rocas, y estimulados por los jefes que prometian honores y dignidades al que me entregara muerto ó vivo, atacaron con tan nueva y doblada furia, que aunque nuestros acertados tiros les obligaban á retroceder, las vivas instancias de los jefes y nuestro escaso número les animaban á avanzar con mayor arrojo, confiados en su inmensa superioridad y en el aislamiento en que nos hallábamos.

»Comprendiendo desde el principio la torpeza de Wilson en el manejo del fusil, le destiné exclusivamente á cargar las armas, de modo que siempre hallábamos dos fusiles cargados, uno para Bouchart y otro para mí. Sin exageracion y con seguridad puedo decir que nos defendímos bizarramente, pues ademas de la serenidad que no se desmintió un solo instante en todo el tiempo de tan obsti-

nada defensa, la desesperacion nos prestaba nuevas fuerzas con que reparar las que perdíamos á consecuencia de la fatiga. Ademas, Bouchart, de orígen prusiano, fue en su juventud excelente tirador, como se comprenderá al decir que de veinte y ocho tiros mató á veinte y siete salvajes. No fue peor tampoco el éxito que yo obtuve, debido sin duda al frecuente uso que hacia de la escopeta y á la proximidad del blanco.

«Convencidos los enemigos de que debia costarles muchos hombres la victoria, retiráronse con el oculto designio de repetir sus ataques durante la noche.

«Entretanto se asaban los miembros de los desventurados compañeros, los cuales sacaron del fuego repartiéndolos entre las diferentes tribus que los devoraron con avidez. De vez en cuando los indígenas me invitaban á abandonar el puesto, prometiendo que no me atormentarian. Segun comprendí, los jefes se repartian de antemano mis miembros, y blandian sus armas en señal de regocijo por la victoria, acompañando aquellos movimientos con espantosas voces capaces de amedrentar al hombre más animoso.

«A pesar de tales amenazas, que no dudaba realizarian á la primera ocasion favorable, aparenté despreciarles, y con tono arrogante contesté que estaba resuelto á morir, pero que igual suerte sufririan sus compatriotas prisioneros á bordo; mas esta declaracion no les produjo efecto alguno como ántes, sino que por el contrario replicaron con gran calma: El capitan Robson puede matarlos; no le impedirémos obrar á su gusto; pero á vosotros os aseguramos que no tardaréis en sucumbir. Sólo esperamos á que cierre la noche para que no podais apuntar, y ademas ya os queda poca pólvora.

«Sin esperanza ya de salvacion, dirigímos nuestras preces al cielo rogándole recibiera nuestras almas, porque esperábamos ser devorados por los salvajes, como los demas europeos, y si desde luego no nos rendímos fue por temor de los tormentos que nos harian sufrir, pues aunque rara vez torturan á los vencidos, cuando lo verifican es del modo siguiente. Sujetan á las víctimas y comienzan por arrancarles la piel de las plantas de los piés, acercándoles en seguida antorchas por todos lados para obligarles á saltar, lo que les produce dolores vivísimos, ó bien les cortan los párpados colocándoles luego en frente del sol hasta que el dolor les priva de sentido, y entónces les degüellan. Por lo regular nunca llega á tal extremo su ferocidad; pero era de esperar la ejercieran con nosotros, así por la obstinada defensa que les encolerizaba como por las numerosas bajas que nuestros tiros les ocasionaran.

«Al contemplar que sólo restaban quince ó diez y seis cartuchos y que se desvanecian las esperanzas de que regresaran los prisioneros, decidímos, si al anochecer no se recibia auxilio alguno que mejorara tan aflictiva situacion, suicidarnos, evitando de esta suerte caer vivos en poder de los indígenas, con cuya resolucion quedámos más tranquilos, evocando cada cual en aquellos postreros momentos el recuerdo de los seres más queridos; pero sorprendiónos agradablemente divisar una piragua que se separaba del buque conduciendo los ocho prisioneros.

«En el primer momento parecióme una ilusion, pues no acertaba á explicarme tal comportamiento por parte del capitan. Imposible seria describir las ideas que me asaltaron al considerar lo poco que Robson se interesaba por nosotros,

como lo confirmaba la devolucion de la libertad á los ocho prisioneros cuando de su retencion dependia la vida de sus compatriotas. Perdíame en conjeturas tratando de averiguar la causa que le impulsara á desoir mis ruegos; pero dominé mi espíritu alejándole de tan tristes ideas para pensar sólo en el suicidio como único recurso, pues convencido de que tal era el decreto de la Providencia, resignéme sin proferir una queja.

«Cuando los prisioneros desembarcaron se dirigieron desarmados hácia las rocas precedidos del sacerdote, quien me manifestó que el capitan le entregó con ellos una caja de quincalla como regalo á los jefes, rogándome en su nombre que depusiera las armas, en cuyo caso se comprometia á conducirnos al buque sin la menor molestia; mas yo rehusé sus proposiciones, añadiendo que continuaria defendiéndome miéntras alentase, y que no aceptaria oferta de ninguna especie, pues comprendia demasiado que sólo se proponian apoderarse denosotros.

«Entónces el sacerdote trató de inclinar á Bouchart, y miéntras se esforzaba en ello concebí una idea que si bien al pronto deseché porque repugnaba á mi carácter, no tardé en adoptarla cuando reflexioné que no sólo debia realizarla para librarme de una muerte cierta, sino por mis compañeros de infortunio. Todo dependia de la prontitud; así es que sin perder tiempo até á la cintura el fusil que pertenecia á Savage, y con designio de obtener la libertad ó acabar con el sacerdote me arrojé sobre él de improviso, y apoyando el cañon de mi arma en su rostro le amenacé con disparar al menor movimiento. Este medio produjo el efecto que yo esperaba, pues el sacerdote, no dudando que realizaria mi amenaza si resistia, sometióse aunque conminándome con el castigo de su dios; mas despreciando sus alharacas, le ordené marchar al punto hácia el buque, advirtiéndole que su vida respondia de la menor agresion de sus compatriotas. Con visible repugnancia obedeció, y temiendo por su vida adelantó por la llanura donde los enemigos esperaban capturarnos; mas el sacerdote, empleando la influencia moral que ejercia, les amonestó que se sentaran y nos dejasen libres, pues no sólo le iba la vida sino que se atraerian la cólera de los dioses, quienes irritados por tal desobediencia destruirian la isla.

«Las exhortaciones del sacerdote acallaron los deseos de venganza de los insulares, quienes se sentaron para manifestar su sumision. El *ambetti*, nombre con que designan al sacerdote, se dirigió como se le ordenara al buque, escoltado por Wilson y Bouchart que apoyaban los cañones de los fusiles en sus sienes y yo que le empujaba por la espalda con el mio tanto para obligarle á andar aprisa, pues ya comenzaba á oscurecer, como para darle muerte en caso de resistencia. Lo confieso con franqueza: casi me avergüenzo de haber recurrido á aquel medio, pero se me puede disculpar atendido la traicion de los indígenas, de suyo astutos y sanguinarios, y el instinto de la propia conservacion.

«Cuando ya nos hallábamos cerca de las embarcaciones, paróse de repente el ambetti y á pesar de las insinuaciones de mi arma se resistió á pasar adelante. Volvíle á intimar que avanzara amenazándole con matarle; mas todo fue inútil y declaró con acento tranquilo que preferia la muerte á adelantar un solo paso. Deseoso de inquirir la oculta causa de tan brusca determinacion le interrogué, sin obtener respuesta alguna hasta que repitiendo la pregunta, con tono algun

tanto amenazador, respondió que no queria llegar hasta la orilla porque intentábamos conducirle á bordo y sujetarle al tormento. Comenzaba la oscuridad á invadir el horizonte y era de todo punto imposible detenernos; para convencer al sacerdote de su equivocada opinion, le advertímos que no se moviera, y apuntándole los tres al mismo tiempo fuímos retrocediendo poco á poco hasta ganar uno de los botes. Ya era tiempo, pues los salvajes, observando que se les escapaba la presa que juzgaban segura, acudieron en tropel á la orilla disparándonos un diluvio de flechas y piedras, que por fortuna no causaron daño, y poco despues no sin gran impaciencia nos hallámos en el buque, siendo nuestro primer cuidado dar gracias á la Providencia por habernos sacado de tan grave peligro.»

Aquí termina la primera catástrofe que, como dijímos al principio, forma época inmemorable en los anales históricos de las islas Witi. Respecto á la segunda, tan importante como aquella, tal como acaeció la referirémos á nuestros lectores.

«El 13 de octubre, dice Dupetit Thouars, los vientos del Este nos empujaban rápidamente. Al dia siguiente por la noche pasámos á dos ó tres millas de distancia de una tierra que debia ser Onghea-Lebou, una de las islas Witi, y el 14 por la mañana navegábamos en aquel peligroso archipiélago á lo largo de la costa de la isla de Boulang-Ha.

«Durante aquel dia pasámos cerca de las islas de Marambo, Kambara, Vangara, Namouka, Mozé, Komo, Holorona y Elnona que ya reconocímos durante el primer viaje del *Astrolabio*. Todas se elevan considerablemente sobre el nivel del mar y su terreno es accidentado; pero son poco extensas y están rodeadas de grandes y ásperos arrecifes, en los cuales se necesita que una mano experta guie el timon para evitar un naufragio.

«A las dos de la tarde distábamos poco de Lagemba, la isla principal por su poblacion y territorio de cuantas forman la parte Sureste del archipiélago Witi. En dicha isla se estableció el misionero metodista Cargill, para quien llevaba una carta de recomendacion de los de las islas de Hapaï.

«Deseoso de proporcionarme ante todo un práctico que se encargara de guiar el buque miéntras navegásemos entre aquellos peligrosos arrecifes, despaché á Duroch y Desgraz para que en mi nombre visitaran á aquel pastor, acompañándoles un marinero recogido en Samoa para que les sirviera de intérprete, pues no ignoraba que durante el tiempo que pasó aquel en el fondeadero de Lagemba embarcado en el buque *Josefina* al mando del desgraciado capitan Bureau, recibiera repetidas muestras de benevolencia por parte de los isleños, y recordaba asimismo que en mi última expedicion envié á tierra un bote á las órdenes de Lottin, quien encontró á los naturales armados y sólo debímos la salvacion del bote á la pericia y prudencia de aquel oficial. Diez años trascurrieron desde entónces, y á pesar de que la presencia del misionero en tan remotas comarcas era casi una garantía de haberse amansado la feroz condicion de los insulares, comuniqué á Duroch la precisa órden de no desembarcar sin la seguridad de ser bien recibido, y que tan pronto como notase la menor señal que le pareciera ambigua ú hostil regresara al buque.

«Una hora despues volvió el bote conduciendo ademas de los oficiales y ma-

rineros dos naturales, y Duroch, jefe de la expedicion, me contó del siguiente modo lo ocurrido durante su ausencia.

«Cuando á cosa de las dos y media salí del buque comandante me dirigí á fuerza de remos hácia un arrecife, en el que se divisaban varios naturales á juzgar por su traje. Despues de una corta navegacion entrámos en una especie de canalizo donde el agua parecia hervir, pero confiando en la solidez del bote me arriesgué á seguirle y en breve comenzámos á surcar aguas serenas y tranquilas. Entónces dirigí la proa hácia una gran piragua anclada á poca distancia de la orilla en la que divisaba mucha gente, y causóme gran regocijo contemplar al acercarme un traje europeo: recibióme con suma benevolencia el que le vestia, que no era otro que el misionero inglés Cargill, quien nos invitó con reiteradas instancias á descansar algunos momentos en su habitacion. No me atreví á rehusar tan generosas ofertas, y satisfecho procedió á la lectura de las cartas que le presenté. Apénas recorrió las primeras líneas dibujóse en su rostro la mayor alegría, natural hasta cierto punto, pues hacia largo tiempo que carecia de noticias de su patria. Luego que terminó, bogaron los remeros de la piragua y atracámos en la playa, donde hallámos una multitud ávida de contemplarnos á su satisfaccion. Al principio no cesé un punto de observar cuantos rostros me rodeaban, para conocer hasta los menores detalles de aquel pueblo para mí desconocido, y de seguro no saliera de tal observacion á no tocarme en el hombro Cargill. Recordando en seguida la premura del tiempo y mis deberes manifesté al misionero el encargo del capitan respecto á la adquisicion de un buen piloto, y él se apresuró á buscar el sugeto más idoneo para desempeñar tal cometido.

«Despues de andar por espacio de media hora entre cabañas sombreadas por las ramas de los abundantes cocos que crecen en aquel suelo, llegámos á la habitacion del sacerdote metodista, situada en un valle ameno, cubierto de fresca y menuda yerba, aunque de escaso arbolado. Salió á recibirnos la señora Cargill, jóven en cuya fisonomía se descubrian las huellas del dolor y la resignacion, y cuatro ó cinco juguetones niños, y despues de servir algunos refrescos que acepté por puro cumplimiento fuí presentado á uno de los principales jefes, llamado Latchika, hombre de elevada estatura, buenas proporciones y en extremo desarrollado. Poco despues recibímos la visita del rey ó jefe del canton, cuya presencia imponia á primera vista por su alta talla y modales distinguidos. Llevaba el pecho desnudo y las piernas cubiertas con una tela de seda fabricada en el país, de color claro con vistosos dibujos negros; cubria su cabeza una especie de turbante de tela blanca con caidas que descansaban en sus hombros, y colgaba del cuello una medalla de metal, signo acaso de su dignidad. En su fisonomía nada se observaba horrible ni repugnante; al contrario, la nariz aguileña, ojos negros y rasgados, boca pequeña y dentadura blanca como el alabastro formaban un conjunto digno de admiracion y envidia.

«Luego que saludé respetuosamente al monarca y trocámos algunas palabras pregunté á Cargill acerca de mi encargo, y su afirmativa respuesta no me satisfizo, pues observaba que no estaban los salvajes dispuestos á realizarla. Parece que al principio se prestaron varios; mas al llegar el momento todos se excusaron temiendo que les retuvieran á bordo ó carecieran de medios para volver á tierra. Prolongóse tanto la discusion sobre el último punto, que convencido de la

imposibilidad de ponernos de acuerdo, me levanté con visible disgusto y decidido á regresar al buque. El otro jefe de menor categoría, que presenció en silencio la acalorada discusion, acercóse á mí, y con la mayor cortesanía se ofreció á prestarme sus servicios. Apénas tal ofrecimiento, cundiendo con la rapidez del relámpago, llegó á oidos de sus parientes y numerosos amigos, todos se apresuraron á disuadirle, y comprendiendo que los ruegos se estrellaban en tan decidida firmeza, comenzaron á insultar al misionero, á quien juzgaban culpable de aquella resolucion. Algunos más atrevidos ó desconfiados, pensando que el jefe me seguia contra su voluntad, echaron mano á las armas para retenerle: entónces calculé las funestas consecuencias que podria acarrear tal desconfianza, y aconsejé al jefe que se quedara en la isla, embarcándome solo y ordenando desatracar; mas el indígena, con una resolucion indescribible y digna de los mayores elogios, desoyendo los consejos, sin que lágrimas ó amenazas le conmovieran ni amedrentaran, arrojóse al agua seguido de un criado, y ambos ganaron á nado el bote.

«Ante accion tan resuelta operóse un cambio total en los naturales, y tantos gritos de dolor partieron de la playa, que conmovido por aquella escena roguéle de nuevo que desistiera; mas su única respuesta fue señalar con el dedo los buques. Entusiasmado por tal decision y confianza, mandé á los marineros que bogaran con fuerza, no sin que me persiguieran los gemidos de la multitud y las recomendaciones del misionero, cuya vida dependia de la vuelta del indígena. Lo que más me conmovió fue contemplar á una mujer ya anciana, madre de aquel, segun pude comprender, que sin reflexionar en los peligros á que se exponia se arrojó al agua, donde de seguro encontrara una muerte cierta sin el auxilio que le prestaron algunos naturales sacándola del mar medio desmayada. Sin embargo ni aun esta última prueba fue suficiente para que desistiera de su propósito el jefe, y forzando remos llegámos á las tres y media al *Astrolabio*.

«Latchika, como apuntámos anteriormente, era un hombre de buena estatura y pronunciados músculos, de color oscuro, cabello negro y rizado, y modales distinguidos, que le daban notable semejanza con un bajá turco.

«El criado que le acompañaba llamábase Latou. Su exterior era tan vulgar, su aire tan estúpido, y tan abobado su rostro, que no ejecutaba un movimiento que no fuera ridículo, al ménos para los que estábamos acostumbrados á los modales europeos. Latchika y Latou eran hermanos de madre: el primero, hijo de un jefe tonga que en otro tiempo fue señor de Vavao; y el segundo, de otro tonga oscuro, natural de Nifo. Los dos estaban bautizados. Latchika se llamaba Williams y el otro Nathan. Aun cuando todos nos figurábamos que debia causarles sorpresa vivir aunque por corto tiempo entre personas desconocidas y de diversas costumbres, presentáronse con tanta soltura como si se hallaran entre sus compatriotas, siendo servidos á bordo por un mozo tonga llamado Mafi, refugiado en el *Astrolabio* cuando pasó por Vavao, quien estaba en extremo contento por acompañar á compatriotas y poder hablar su lengua natal.

«Despues de tomar con buen apetito la abundante comida que les servímos se acostaron muy tranquilos y en breve dormian profundamente.

«Aquella noche dejámos á estribor la isla de Neaou siguiendo el rumbo hácia las de Nhao y Neirai.

«El 15 por la mañana pedí minuciosos informes al nuevo piloto, y aunque no conformes con los del marinero chileno Johé, bastante práctico en aquellas costas, sobre el nombre del punto donde fuera asesinado el capitan Bureau, decidí no obstante seguirlos esperando por ese medio realizar el proyecto de vengar tan deplorable suceso, castigando á los salvajes por su bárbaro y sanguinario atentado. Latchika no dejó, al notar mi vacilacion, de asegurar que á pesar de los muchos obstáculos que debian vencerse me conduciria á Piva, y yo fiado en la seguridad y firmeza de sus promesas y en los conocimientos que debia suponerle, navegué hácia Nhao, con intencion de fondear al dia siguiente en Piva.

«A cosa de las ocho de la noche entrámos en un canalizo de embravecidas y temibles corrientes que termina en el islote de arena de Nanou-Tabou. Hasta el amanecer casi todos estuvieron sobre cubierta, contemplando las risueñas costas, la extension del mar, la luna que con melancólica luz iluminaba el horizonte, y aspirando el fresco ambiente de la noche.

«Latchika, al notar las grandes y numerosas piraguas amarradas en los arrecifes que circuyen á Matou-Riki y pensando que pertenecian á Tanoa, rey de Pao y enemigo del que íbamos á combatir, me rogó le permitiera una conferencia con aquel para averiguar sus intenciones, y en caso favorable ganar su alianza. A pesar de la conveniencia de tal proposicion, no pudiendo anclar en sitio tan peligroso, rehusé acceder manifestándole que deseaba continuar sin detencion. La primera idea que á su peticion me asaltó fue que, poco práctico en aquellas aguas, deseaba consultar é informarse de los salvajes acerca del rumbo que debíamos seguir, para evitar el naufragio contra los escollos que por todas partes nos rodeaban, y en efecto los resultados vinieron á confirmar que mis sospechas no carecian de fundamento. Latchika, en vez de conducirme por el canal, aunque estrecho navegable, que indican tres pequeñas y escarpadas islas, dirigió los buques por entre Nanou-Tabou y la más meridional de aquellas islas, y á consecuencia de esta equivocacion de cálculo nos hallámos de repente en medio de un banco de coral cuyas ramificaciones asomaban á flor de agua. El *Astrolabio* tocó tres ó cuatro veces y gracias á su buena construccion salvó felizmente aquellos inesperados obstáculos, dejando tras de sí una huella que indicaba haber destruido con la quilla los que se oponian á su paso.

«Por fin, despues de mil temores llegámos á una mar más espaciosa y apacible. Estábamos, por decirlo así, sitiados por bancos de coral, pero entre unos y otros quedaban canales de suficiente anchura para continuar tan arriesgada navegacion.

«A las nueve y media distinguímos una gran piragua que parecia recatarse espiando al propio tiempo nuestras maniobras, pues siempre se mantenia á larga distancia. En seguida embarqué los remeros necesarios en uno de los botes y mandé á Latchika que diese caza á la piragua; pero todas sus señales y esfuerzos fueron vanos, pues sus tripulantes, sin prestar atencion á las palabras del jefe que procuraba tranquilizarles, se alejaron rápidamente hácia Pao. Al notarlo Latchika y comprendiendo la desventaja de su posicion, cambió de táctica, y en lugar de perseguir á aquella, animó á los marineros á que bogaran sin descanso hácia otra más pequeña que se divisaba á su derecha, y despues de una corta persecucion logró alcanzarla y apoderarse de un natural de Witi que la mon-

taba. Condújole á bordo y este se encargó de gobernar el buque, como en efecto lo verificó con sin igual destreza. Aseguróme y creíle sin esfuerzo que habíamos emprendido un derrotero sumamente difícil y peligroso que hasta entónces ningun otro buque osara arrostrar, y manifestó asimismo que la piragua grande pertenecia á Latchika y que sólo podia atribuirse su fuga al temor que les causaban buques de tanto porte, el cual les impidió reconocer á su jefe. Este piloto en los primeros momentos no disimuló su inquietud por los peligros que corríamos, y sólo se tranquilizó cuando al echar el ancla y la sonda acusó esta ocho brazas de profundidad y fondo de arena.

«El pobre Latou, criado de Latchika, apénas notó que el *Astrolabio* tocaba al fondo, comenzó á temblar y á llorar, recelando que si en el buque ocurria cualquier incidente desagradable por impericia en su señor, los dos sucumbirian á manos de los europeos.

«Desde el fondeadero descubríase un vasto panorama. Las tierras de Witi-Lebou se extendian de Sud á Oeste; las de Matou-Riki y Obalaon limitaban el horizonte por la parte Norte, miéntras que al Este detras de la cadena de arrecifes que servian de dique á la mar embravecida distinguíanse entre la bruma las altas crestas de la isla de Taho.

«Elevadas montañas percíbense en lontananza hácia el centro de las islas de Witi-Lebou y forman el fondo del cuadro, del que se destacan en primer término tierras de mediana altura, cortadas á intervalos por vastas bahías ó canales, y una série de islotes semeja otras tantas centinelas avanzadas.

«La más inmediata era la de Piva, en la que crecen en abundancia toda clase de árboles. En la pendiente de una montaña comienzan las primeras hileras de casas de un extenso pueblo, que descendiendo paulatinamente acaban por perderse debajo de la fresca sombra de un pintoresco valle. Tan sólo dos millas nos separan de aquella isla que obedece al jefe Nakalassé, autor segun pudímos averiguar de la captura y asesinato de los desgraciados tripulantes de la *Josefina*.

«Los motivos principales que me condujeron á Piva fueron los informes adquiridos por Barrot, cuando al dirigirse en la *Bonite* á tomar posesion de su consulado de Manila se detuvo en las islas Sandwich, donde entró en relaciones con Muñoz, marinero del Perú y testigo ocular de los funestos acontecimientos acaecidos en la *Josefina* por pertenecer á la tripulacion de dicho buque en calidad de grumete cuando aquellos se verificaron.

«Sin embargo, los datos más ciertos y verídicos fueron suministrados por las diferentes narraciones de varios europeos establecidos desde mucho tiempo ántes en Lebouka (isla de Obalaon), próxima á Piva. Segun parece, aquellos extranjeros presenciaron hasta los más mínimos detalles de la muerte del capitan Bureau.

«El brik frances *Josefina*, al mando del capitan Bureau, arribó á las islas á mediados del año 1833 para tomar un cargamento de equinodermos y conchas de tortugas.

«Algun tiempo despues de la llegada del capitan frances, Nakalassé, jefe de Piva, deseoso de declarar la guerra á los de la isla Pao presentóse al capitan Bureau y le rogó con grandes instancias que trasportara á su tropa á la cercana isla de Sama-Sama, donde al parecer estaba refugiado su enemigo Tanoa. A fin de inclinar al capitan á favorecerle prometióle gran cantidad de conchas de tortugas

en pago del trasporte. Bureau, que desconocia completamente el carácter de aquellos pueblos, no juzgando prudente negarse á tal solicitud, por los perjuicios que una negativa pudiera acarrearle, accedió gustoso, y en su consecuencia trasladáronse en breves horas al buque Nakalassé y los súbditos que debian acompañarle en la expedicion.

«Antes de llegar á Sama-Sama la *Josefina* se detuvo en la isla Dateva. Nakalassé y los suyos desembarcaron, é internándose aunque poco, apresaron un natural y dos piraguas que amarraron á la popa, y apoderándose de un rico botin volvieron á bordo, donde á corto rato asesinaron y devoraron al prisionero.

«Ya en Sama-Sama el ejército de Nakalassé con su jefe á la cabeza trató de efectuar un desembarco en la isla, pero sin resultados satisfactorios. Los naturales se defendieron con tal bizarría que obligaron á los invasores á emprender la fuga y reembarcarse con gran precipitacion para evitar que sus enemigos se cebaran en ellos.

«Vueltos á Piva, el capitan Bureau exigió de Nakalassé el cumplimiento de lo pactado como precio del pasaje; mas este jefe, pérfido y desleal por naturaleza, exasperado por el mal éxito de sus planes, difirió su cumplimiento hasta otro dia; pero tantas fueron las pruebas de falacia que observara Bureau, que conociendo el engaño determinó alejarse.

«Por aquella época arribó á la isla la fragata americana *El almirante* á las órdenes del capitan Eggelsohn, y apénas fondeó, Bureau mandó botar al agua una lancha, en la cual se embarcaron el contramaestre, un marinero americano y seis naturales de Piva para comprar géneros de aquella fragata. Al acercarse la lancha á la fragata salió á su encuentro David Wififis, marinero inglés que servia en la *Josefina*, quien les acompañó á presencia del capitan Eggelsohn. Este marinero logró adquirir varios datos respecto á los ocultos móviles de la conducta de los salvajes, y más que nunca convencióse de que estos pensaban apoderarse del buque y asesinar al capitan y la tripulacion. No obstante, como sus avisos no encontraron eco en el jefe que consentia habitasen á bordo varios salvajes, cuya única ocupacion era espiar cuanto pasaba, participó sus temores á Eggelsohn, quien conocedor de las estratagemas de los indígenas escribió á Bureau una larga carta denunciando varios hechos para que se previniera con tiempo y no fuese víctima de su confianza.

«Tan luego como el capitan de la *Josefina* leyó dicha carta entregada por el contramaestre, la arrojó con desden profiriendo imprecaciones y juramentos contra Eggelsohn que trataba de sorprenderle. Uno de los marineros americanos, atento á lo ocurrido, recogió la carta, y comunicándola á sus compañeros introdujo el alarma, pues ninguno desconocia la inminencia del peligro. Celebróse entre la tripulacion una especie de consejo, en el cual acordaron presentarse en masa al capitan para demostrarle los inconvenientes de su ligereza, como lo verificaron; mas el capitan les reprendió llegando á amenazarles, por lo cual dos marineros americanos cogieron sus cofres y los colocaron en el entrepuente, dispuestos á embarcarse. Al contemplar Bureau su decision por abandonar el buque, intentó tomar una resolucion extrema, y armándose con un par de pistolas les cerró el paso, sin considerar que de este modo nada conseguiria. Los marineros continuaron en el buque algunas horas, pero tan pronto como cerró la noche se

Mungo Park era escoces y nació el 10 de setiembre de 1771 en Fowlshuls, granja del duque de Buccleugh á orillas del Yarrow y no léjos de Selkirk. Aficionado desde su mocedad á las relaciones de los que le precedieron en tan azárosa carrera, entusiasmado por sus aventuras y aguijoneado por el afan de descubrimientos que ha inspirado á tantos ilustres peregrinos y á que debe la geografía sus más preciosos datos, entregóse desde los primeros años á su pasion favorita y regresaba ya en 1793 de las Indias orientales, cuando supo en Lóndres que la *Sociedad de descubrimientos en Africa* buscaba un sugeto con deseos y capacidad para realizar sus miras. Se hizo recomendar Mungo Park por el presidente de la *Sociedad Real* que le conocia á fondo y habia podido apreciar en otras ocasiones sus brillantes cualidades; merced al apoyo de este personaje aceptáronse sus servicios, y el 21 de junio de 1795 fondeó su buque en Jillifrey, ciudad situada á la orilla septentrional del Gambia, cuyo rio subió dos dias despues, desembarcando el 29 en Juka-Conda.

El capitan del buque escribió inmediatamente al doctor Laidley que habitaba en Pisania, á orillas del Gambia y á unas diez y seis millas más allá de Juka-Conda, el cual llegó al otro dia, y proporcionando un caballo á Mungo Park se lo llevó á su casa.

Segun las instrucciones que se le habian dado, debia trasladarse Mungo Park á orillas del Niger (el *Nigris* de los antiguos) por Bambuk ó por cualquier otro punto que le pareciese preferible, á fin de reconocer con exactitud el curso de este rio desde su desembocadura hasta sus fuentes, visitando las principales ciudades que baña.

A los pocos dias salia de Pisania para el interior una caravana, pero los mercaderes que la componian manifestaron tanta repugnancia en comprometerse con Mungo Park, que este se decidió á viajar solo, pensando estar más libre y entregarse con mayor provecho á las observaciones que el objeto de su expedicion requeria.

El 2 de diciembre se despidió del doctor Laidley y emprendió el viaje en una jaquita briosa y resistente, sin más compañía que el intérprete Johnson y un criado negro llamado Demba, montados ambos en asnos, y provistos de víveres para dos dias, un escaso surtido de abalorio, ámbar y tabaco, ropa para su uso, un quitasol, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madibú que se dirigia al reino de Bámbara y dos *slates* ó mercaderes de esclavos del país de los sarawullis, mahometanos los tres, le propusieron hacer juntos el camino hasta donde sus respectivos destinos los separasen, y aceptando Mungo Park partió con ellos y con otro negro cerrajero llamado Tami, que sirvió largo tiempo al doctor Laidley, y que regresando á su patria con un pequeño caudal quiso tambien ser compañero del escoces.

Atravesó este los reinos de Walli Wuli y Budu sin incidente notable ni más gasto que el de algunos regalillos á los reyes negros, recibiendo en cambio provisiones; pero el viaje empezó á ser dificultoso en cuanto llegó á Joag, primera ciudad del reino de Kadjaaga al salir del territorio de Budu.

Al otro dia de llegar á Joag, dice Mungo Park, Madibú, que salió conmigo

de Pisania, se dirigió á Dramanet, ciudad poco distante, donde vivian sus padres, acompañándole el cerrajero negro.

A las dos de la mañana siguiente entraron varios jinetes en la ciudad, dispertaron á mi huésped, y despues de hablar con él un rato en lengua sarawulli, se trasladaron al *bentang ó* albergue público en que yo estaba acostado. Creyéndome dormido, trató uno de quitarme el fusil que tenia al lado, pero no pudiendo hacerlo sin que yo lo notara desistió de su empeño, se sentaron todos al rededor de la estera que me servia de cama, y allí permanecieron hasta el dia. En cuanto pude distinguir los objetos comprendí por el semblante de mi intérprete Johnson que ocurria algo extraordinario; sorprendióme al mismo tiempo que Madibú y el cerrajero estuviesen de regreso, por lo cual les pregunté la causa, y respondió el primero que miéntras se entretenia bailando en Dramanet, se le habian presentado diez jinetes enviados por el rey Batcheri para averiguar si habia pasado el blanco, y al saber que estaba en Joag se dirigieron sin demora á este punto, en tanto que Madibú y el cerrajero procuraban adelantarse para avisarme.

Aun estaba hablando Madibú, cuando llegaron los diez jinetes, y sentándose entre los que vinieron á despertarme formaron un corro á mi alrededor, empuñando cada cual un fusil.

Pedíles que me hablasen mandingo porque no entendia el sarawulli, y consintieron en hacerlo, empezando un hombrecillo lleno de bujerías una larga arenga para decirme que habia entrado en la ciudad del rey su padre sin pagar derechos ni hacerle regalo alguno, y que segun las leyes del país embargaba el monarca mis criados, cabalgaduras y equipajes, añadiendo que tenian órden de llevarme á Maana, residencia del rey, y que si no obedecia habrian de emplear la fuerza; á cuya amenaza se levantaron aquellos esbirros preguntándome si estaba pronto á seguirles. Como hubiera sido imprudente la menor resistencia, fingí acceder á su proposicion, pidiéndoles sólo el tiempo de dar un poco de maíz al caballo y pagar al huésped.

El pobre cerrajero del doctor Laidley, creyéndome realmente sometido á las pretensiones de los negros, me llamó aparte para decirme que sin duda no intentaria arruinarle yendo á Maana despues que me habia manifestado tanto cariño y respeto. Está á punto de estallar la guerra, me dijo, entre el reino de Kasson y el de Kadjaaga, de manera que no sólo perderia lo ganado en cuatro años de trabajo y ahorro, sino que me harian esclavo y me venderian, á no tener mis amigos dos cautivos para mi cange.

Deseoso de servir al buen hombre apresuréme á significar al hijo del rey que no consentiria en ir con él sino con la condicion de que el cerrajero permaneciese en Joag, pues no tenia nada que ver conmigo; pero rechazaron la proposicion diciendo que todos habíamos infringido las leyes del país y todos debíamos ir á Maana. Entónces rogué al huésped en particular, despues de regalarle un poco de pólvora, que me aconsejase lo que debia hacer, y opinó que no debia ir adonde estaba el rey, cuya verdadera intencion era despojarme de cuanto poseia.

Indudablemente el consejo era bueno, pero la dificultad estaba en seguirlo. Empecé sin embargo por demostrar á aquellos salvajes que yo sólo habia faltado al rey por mi ignorancia de las costumbres del país, cuyas leyes no podia cono-

cer siendo extranjero; que estaba dispuesto á pagar desde luego; y en corroboracion de mis palabras les presenté cinco dracmas de oro que me diera el rey de Budu, rogándoles que los ofreciesen de mi parte á su soberano. Aunque tomaron el oro sin reparo, se empeñaron en registrar mi equipaje y abrieron la maleta, quedando muy sorprendidos los embajadores de aquel rey de ladrones al no encontrar tanto oro y ámbar como esperaban; mas se consolaron de su desengaño, tomando cuanto les acomodó, y no se marcharon hasta el anochecer despues de disputar conmigo todo el dia y quitarme cuando ménos la mitad de cuanto llevaba.

Esta bárbara manera de tratar á los extranjeros acobardó á los negros que me acompañaban, y la pésima cena que nos sirvieron despues fue poco á propósito para fortalecernos contra los temores que nos asaltaban. Rogábame Madibú que regresase á Pisania, Johnson se burlaba de mi empeño en continuar el viaje sin dinero, y el cerrajero ni siquiera se atrevia á chistar temeroso de que se le conociese como natural de Kasson; debiendo yo confesarme, aunque más sereno y confiado que mis compañeros, no poco preocupado por mi crítica posicion, pues era evidente que sin pagar no conseguiríamos comestibles, y aunque tenia cierta cantidad de ámbar y algunas baratijas, estaba completamente convencido de que si las enseñaba, en breve lo sabria el rey y se apoderaria de lo poco que logré ocultar á sus sicarios.

Aquella noche estaba yo sentado en el *bentang* triste y meditabundo, cuando acercándose una anciana esclava me preguntó si habia comido; pero creyendo que se burlaba de mí ni siquiera la contesté. Hízolo el cerrajero diciendo que por órden del rey nos habian despojado de cuanto teníamos, á cuyas palabras se enterneció aquella buena mujer, puso en el suelo una cesta, me dijo si queria comer alfónsigos de que estaba llena, y como acepté el ofrecimiento, dióme en el acto algunos puñados, alejándose inmediatamente sin dejarme tiempo de darle las gracias por tan oportuno socorro. La conducta de la pobre esclava me conmovió profundamente. La infeliz sabía sin duda por experiencia cuán cruel es el hambre, y sus propios sufrimientos la hacian sensible á los ajenos.

Apénas se hubo marchado la anciana cuando vinieron á decirme que un sobrino de Demba-Sego-Jalla, rey de Kasson, deseaba visitarme. Este nuevo personaje habia ido de embajador á la córte de Batcheri para orillar las desavenencias entre ambos monarcas, y sabiendo que estaba en Joag un blanco de paso para el reino de Kasson, quiso verme y se dirigió á mi albergue. Habléle de la injusticia que acababa de sufrir, manifestándole la crítica situacion en que me dejó la iniquidad del rey de Kadjaaga; por su parte me ofreció proteccion y se brindó á acompañarme hasta el reino de su tio, obsequio que acepté con gratitud, y el dia 27 de diciembre me puse en marcha con mi protector Demba-Sego, su séquito de unas treinta personas y mis fieles compañeros de viaje, pasándose bastante bien algunas horas hasta que, llegando al pié de un árbol sobre el cual hizo muchas preguntas el intérprete Johnson, logró que nos detuviésemos un momento, y sacando del cesto un pollo blanco que habia comprado en Joag, lo ató por la pata á una rama del árbol, alentándonos á seguir el camino sin recelo, pues desde aquel momento sería feliz nuestro viaje. Hago notar este incidente para demostrar cuán supersticioso es el carácter de los negros, pues á pesar de

haber permanecido Johnson siete años en Inglaterra, conservaba las ideas y supersticiones de su casta.

A medio dia llegámos á Gongadi, ciudad grande en que nos detuvímos una hora para esperar varias acémilas que se habian rezagado, y entre tanto observé la poblacion, cuyas chozas están rodeadas de palmeras, descollando entre ellas una mezquita de barro con seis torrecillas coronadas por huevos de avestruz.

Poco ántes de ponerse el sol llegámos á Samia, á orillas del Senegal, cuyo rio tiene allí grande anchura pero poca profundidad, deslizándose lentamente por un lecho de arena y casquijo, y sus elevados bordes cubiertos de verdura cortan un llano bien cultivado al pié de las montañas de Felow y Bambuk, formando el conjunto un paisaje muy pintoresco.

Al dia siguiente salímos de Samia y llegámos por la tarde á Kayea, villa sentada en ambas riberas del rio, descubriéndose á corta distancia hermosas cascadas que produce la corriente al precipitarse desde las rocas, en las cuales ha formado un profundo cauce. Por allí hicieron los negros pasar el rio al ganado. Llamámos con disparos de fusil á los habitantes de la orilla, frontera que pertenece al reino de Kasson, y aparecieron á poco varios barqueros con un esquife. En aquel paraje está el rio encerrado entre escabrosos riscos que se elevan hasta cuarenta piés por uno y otro lado, de suerte que no pude comprender cómo pasarian las caballerías, hasta ver que las empujaban los negros de una en una por la cortadura angosta y casi perpendicular que al efecto habia entre los peñascos; y cogiendo los barqueros por el cabestro á las más robustas, las metieron en el agua y se alejaron un poco de la orilla siguiéndoles inmediatamente las demas, y tras de estas se echaron á nado algunos hombres que les arrojaban agua cuando querian retroceder, por cuyo medio se verificó el trayecto en ménos de quince minutos.

Mas no fue tan fácil hacer pasar á los asnos, cuya terquedad les valió no pocos latigazos y palos ántes de entrar en el agua, y cuando estaban ya en medio del rio, hubo cuatro que volvieron grupas á pesar de todo cuanto se hizo para llevarlos adelante: se pasaron no ménos de dos horas para conseguirlo, y como se invirtió otra hora en acarrear los equipajes, estaba ya el sol próximo á su ocaso cuando volvió el esquife por Demba-Sego y por mí. Pareciéndole á Demba-Sego que aquel momento era oportuno para examinar una caja de estaño que yo tenia y estaba colocada en la proa del bote, alargó la mano á cogerla, y con aquel movimiento perdió el equilibrio la embarcacion y se llenó de agua mojándonos á todos. Llegámos sin más dificultad al territorio de Kasson, y entónces me dijo Demba-Sego que viéndome en los estados de su tio, fuera de todo peligro, esperaba que en prueba de gratitud le haria un buen regalo, pretension que me sorprendió muchísimo, pues bien sabía él la expoliacion de que fuí víctima en Joag, y empecé á temer que no habria adelantado gran cosa con atravesar el rio. Mas como hubiera sido imprudente toda queja, no puse el menor reparo al sobrino del rey, y le entregué siete barras de ámbar y un poco de tabaco, con lo que pareció quedar satisfecho. Al cabo de algunas horas de jornada por un terreno en que ví muchísimas rocas de granito blanco, entrámos en Tiesia y nos hospedámos en la cabaña de Demba-Sego, quien al otro dia me presentó á su padre Tiggiti-Sego, hermano del rey de Kasson y gobernador de la ciudad, el



Hice pegar fuego de Oeste á Este, de donde soplaba el viento.

cual despues de examinarme con mucha atencion me dijo que no habia visto sino otro blanco, y me hizo una infinidad de preguntas á las cuales respondí manifestándole el objeto de mi viaje por Africa; pero como á tódos los bárbaros guia siempre en sus viajes alguna mira interesada, no se resolvió á creer que viajase yo por mera curiosidad ó por deseo de instruirme, y convencido de ocultar mis intentos algo que no me atrevia á revelar, consideró precíso que me trasladase á Kunniakary para ver al rey, rogándome que volviese á visitarle ántes de salir de Tiesia.

Por la tarde se escapó un esclavo de Tiggiti-Sego; todos echaron á correr en pos del fugitivo, siendo aquello un grande acontecimiento para la ciudad, y Demba-Sego me pidió prestado el caballo que me apresuré á cederle, aunque deseaba de todo corazon que no alcanzasen al pobre fugitivo; desgraciadamente no se cumplieron mis deseos, y preso otra vez el infeliz, fue azotado y cargado de cadenas. A la mañana siguiente volvió Demba-Sego á pedirme el caballo para ir á una ciudad del Gedumah, donde tenia que apaciguar una reyerta entre los habitantes de Tiesia y los moros. Como habia de durar tres dias la ausencia de Demba-Sego, mi condescendencia me obligó á estar en Tiesia todo aquel tiempo, empleándolo en observar las costumbres del país y pasear por la ciudad, que es bastante extensa, sin más murallas ni defensas que una especie de ciudadela donde moraba Tiggiti-Sego. Segun decian sus habitantes debia Tiesia su fundacion á algunos pastores *fulhás* que criaban numerosos rebaños en sus alrededores y aun hoy tienen gran nombradía; la prosperidad de aquella tribu excitó la envidia de los mandingos, que arrojaron del país á los pastores y se apoderaron de sus hogares. Me llamó la atencion que los tiesianos, ricos en ganados y cereales, son hombres tan poco melindrosos en la eleccion de sus manjares que comen hasta ratones, topos, ardillas, serpientes y langostas; pero lo más singular es que está vedado á las mujeres comer huevos, prohibicion cuya causa no pude averiguar, dimanando probablemente de alguna preocupacion absurda.

Demba-Sego me devolvió el caballo el 8 de enero, pues no duró su excursion tres dias, sino nueve, y como ya me tenia impaciente tan larga demora, me dispuse á marchar así que regresó, yendo á visitar á su padre á fin de decirle que al dia siguiente muy temprano saldria para Kunniákary; pero el anciano empezó á ponerme reparos de poca monta y acabando por decirme claro que habia de pagar la cuota impuesta á todos los viajeros ántes que saliese de Tiesia, y en efecto á la mañana se presentó *mi amigo* Demba-Sego con un numeroso séquito para recibir en nombre de su padre el regalo que le correspondia y con intencion de ver las mercancías escogidas al efecto.

Convencido de que era inútil la resistencia le presenté sin vacilar siete barras de ámbar y otras tantas de tabaco; pero sostuvo que aquel presente era indigno de un personaje como Tiggiti-Sego que podia quitarme cuanto poseia, y añadió que si no me resolvia á ofrecerle algo más, mandaria trasladar el equipaje á casa de su padre para que tomase lo que mejor le pareciera. No hube de titubear mucho, pues sin darme tiempo para contestar hizo que sus secuaces desatasen los fardos, extendiendo su contenido por el suelo y apoderándose sin miramiento de cuanto se les antojó, inclusa la caja de estaño que ya en el bote habia excitado su codicia.

Cuando se marcharon examiné lo que me quedaba y ví que en Joag me habian robado la mitad de mi modesto caudal, y en Tiesia acababan de quitarme la mitad de lo que me dejaron los primeros ladrones. A pesar de ser natural de Kasson el cerrajero negro que me acompañaba, tambien registraron su equipaje los satélites de Demba, y á no haber jurado por todos sus dioses que cuanto en él habia era de su propiedad personal, aquellos aduaneros de nuevo cuño hubieran reducido su escaso caudal.

Vivamente irritado por semejante rapiña decidí salir de Tiesia al amanecer del otro dia, y lo verifiqué llegando á las dos de la tarde á Joembo, patria del cerrajero, cuyo hermano enterado de su regreso por unos viajeros salió á recibirle en compañía de un cantante y con un caballo para que el recien llegado entrase en la ciudad con cierta pompa, rogándonos al mismo tiempo que cargásemos los fusiles para hacer salva en aquella fiesta de familia. Rodeónos á poco una inmensa multitud que manifestaba el júbilo por el regreso de su compatriota con brincos, gritos y cánticos no muy armoniosos por cierto, en los cuales celebraban el valor del héroe que habia osado ir á lejanas tierras, terminando la fiesta con un gran banquete.

Ternísima fue la acogida que dispensó al negro su familia, correspondiendo él con arranques algo ruidosos pero sinceros, pues aquellos hijos de la naturaleza se entregan sin freno á todas sus emociones. En lo más vivo de sus arrebatos de alegría, apoyándose en un baston llegó la madre del cerrajero, ciega y muy anciana, la cual tendió apresuradamente la mano á su hijo, le felicitó por su regreso y estuvo palpándole con afan las manos, brazos y rostro, extasiándose al escuchar su voz.

Pasados los primeros momentos quiso el padre del cerrajero que este relatase sus aventuras, é inmediatamente se sentaron todos en rueda. En medio del mayor silencio empezó el orador su narracion dando gracias al cielo por el buen éxito de su viaje, refirió lo que le habia acontecido al trasladarse del reino de Kasson al Gambia, describió sus ocupaciones en Pisania, ponderó las ventajas que allí obtuvo y terminó con una relacion imponente de los peligros arrostrados al regresar á su patria, aprovechando la ocasion para hablar de mí, valiéndose de términos muy lisonjeros y expresivos al pintar mi benevolencia para con él, é indicando el lugar en que estaba yo sentado exclamó: *Affille ibi siring* (miradle, está allí sentado.)

Al momento me convertí en blanco de todas las miradas como si hubiese caido del cielo, pues nadie habia reparado en mí hasta entónces, de tal manera cautivó el cerrajero la atencion general, que luego excité yo en alto grado. Algunas mujeres y niños se manifestaron muy alarmados al encontrarse junto á un hombre cuyo color y fisonomía eran para ellos tan extraordinarios; pero habiéndoles asegurado el cerrajero que yo no era malo ni les haria el menor daño, atreviéronse algunos á tocarme los vestidos, aunque con mucho recelo, pues en cuanto me movia ó miraba á los niños apresurábanse sus madres á alejarlos, y pasaron algunas horas ántes de que se acostumbrasen á contemplarme sin terror. Pasé con aquellas buenas gentes lo restante del dia y todo el siguiente; cuando me dispuse á marchar manifestó el cerrajero que no me dejaria miéntras estuviese en Kunniakary, y partímos juntos el 14 de enero á pesar

de que mis nuevos amigos me instaron mucho á detenerme algunos dias más.

Al salir de Joembo me aparté un poco del camino directo á fin de pasar por Sulo, pueblo en que vivia Salim-Ducari: comerciaba este negro con Gambia en donde gozaba de muy buena reputacion, y el doctor Laidley, que le conocia mucho, habíale confiado mercancías por valor de cinco esclavos cuyo importe debia yo cobrar. Recibióme perfectamente Salim-Ducari, siendo mi presencia en el país un acontecimiento tan extraordinario que á las pocas horas lo sabía ya el rey de Kasson, que envió á su segundo hijo Sango-Sago con una partida de caballería para averiguar el motivo de no trasladarme directamente á Kunniakary. Salim-Ducari me disculpó afirmando que yo era muy conocido suyo y que él mismo me acompañaria á Kunniakary para presentarme al rey: en cuya ocasion hube de hacer nuevos regalos, que á lo ménos me valieron benévolos consejos. Deseaba yo ir á Bámbara atravesando el reino de Kaarta, y como el soberano de este país estaba en guerra con el de Bámbara, hiciéronme presente que mi proyecto me exponia á que me robasen ó hiciesen algo peor, tratándome como espía. Aconsejáronme por consiguiente que pasase al reino moro de Ludamar, porque con este rodeo podria penetrar sin riesgo en Bámbara, consejo que seguí, si bien debo confesar que me contrariaba la necesidad de un viaje por tierra de moros, cuya crueldad y codicia son conocidas de todo el mundo; mas no pudiendo elegir los medios de alcanzar mi objeto, acabé por resolverme y tomé el camino de Ludamar.

Como habia enviado un regalo al rey Alí, nadie me habia molestado y casi tocaba ya á Gumba, primera ciudad de Bámbara, considerándome libre de las vejaciones de los moros, cuando hube de experimentar toda su barbarie.

El 6 de marzo pernocté en Samea, cuyo *douty* ó jefe me recibió con la mayor cordialidad, y estaba yo muy tranquilo trasladándome ya con la imaginacion á las orillas del Niger, cuando me arrancaron súbitamente de aquel alegre sueño unos soldados de Alí, penetrando en mi choza para decirme que su señor les habia mandado conducirme á su campamento, y que si queria ir de buen grado nada tenia que temer; pero que si me negaba á seguirles me llevarian por fuerza.

No supe qué partido tomar, pero me animaron los moros asegurándome que sólo me buscaban para complacer á Fátima, esposa de Alí, que deseaba ver un cristiano, y que satisfecha la curiosidad de la princesa quedaria libre para ir á Bámbara. Tuve que resignarme y seguir á los árabes, yendo con ellos á Dalli en donde nos vigilaron cuidadosamente toda la noche, y el 12 de marzo llegámos á Benown, residencia de Alí, cuyo campo se componia de numerosas tiendas esparcidas sin órden en una vasta llanura, vagando entre ellas varios rebaños de camellos, bueyes y cabras.

En cuanto tuvieron noticia de mi llegada abandonaron sus cubos los moros que estaban sacando agua de los pozos, apiñóse la multitud á mi alrededor y á poco me ví envuelto y empujado por tanta gente que apénas podia moverme. Miéntras este me tiraba de la levita, aquel me quitaba el sombrero, uno me detenia para examinar los botones de mi chaleco, y exigia otro que repitiese las palabras del Alcoran: *La Illah el Allah Mahomet rasoul Allah.*

Llegámos por fin á la tienda de Alí y le encontrámos sentado en un almoha-

don de tafilete negro recortándose el bigote ante un espejo que sostenia una esclava tendida á sus piés. Era Alí un anciano en el cual se revelaba con toda su pureza el tipo árabe; llevaba muy larga su barba blanca, tenia semblante ceñudo y pésimo humor. Examinóme atentísimo, y preguntó á mis conductores si sabía hablar el árabe, sorprendiéndole mucho al parecer la respuesta negativa que le dieron. Quedóse el rey silencioso, pero no hicieron otro tanto las mujeres que lo rodeaban, y que examinando con importuna curiosidad mis vestidos me acosaron á preguntas, obligáronme á desabrocharme para contemplar la blancura de mi cútis, y hasta me contaron los dedos como si dudasen de que verdaderamente pertenecia al género humano.

Pocos momentos hacia que estaba en la tienda de Alí cuando se presentó un sacerdote anunciando que habia dado la hora de las oraciones. El que me servia de intérprete díjome entónces que ántes de hacer sus preces habia mandado el rey que me diesen algo que comer, y en efecto presentáronse dos jóvenes arrastrando un cerdo silvestre que ataron á una estaca de la tienda, hecho lo cual les indicó Alí que lo matasen y á mí me dijo que me preparase á cenar; pero aunque era vivo mi apetito, no consideré prudente comer de un animal que tanto horror inspira á los moros, y me apresuré á manifestar que nunca tocaba semejante carne: á cuyas palabras desataron los dos jóvenes al cerdo, con la benévola esperanza de que se abalanzaria á mí, pues los moros están persuadidos de que existe grande antipatía entre los cerdos y los cristianos; pero al verse libre atacó el animal indistintamente á cuantos encontró, y fué en seguida á refugiarse en el almohadon del rey.

Retiráronse los árabes para asistir á sus oraciones, y me llevaron junto á la tienda del primer esclavo de Alí, sin dejarme entrar en ella ni tocar nada. Pedí de comer, y despues de esperar largo rato diéronme en una gamella un poco de maíz hervido con agua y sal, extendiendo luego delante de la tienda una estera en que hube de pasar la noche rodeado de curiosos.

Al salir el sol compareció Alí á caballo con una reducida escolta, y me dijo que habian levantado una cabaña para ponerme á cubierto del sol; lleváronme á ella en el acto, y tomé posesion de mi estancia que era una choza cuadrada de tallos de maíz puestos verticalmente, con dos estacas ahorquilladas para sostener el techo formado tambien de mazorcas; y con el propósito evidente de ponerme en ridículo ataron al pié de la choza el cerdo silvestre de que ántes he hablado. Confieso que me fue poco grata semejante compañía, y mucho ménos al ver que una turba de chiquillos se entretenia incesantemente en hostigar y pegar á la pobre bestia.

La curiosidad de los moros era por demas incómoda: ya me obligaban á descalzarme para enseñarles los piés, ya habia de quitarme la levita y el chaleco para que viesen cómo me vestia y desnudaba, cautivando especialmente su atencion el invento de los botones que no se cansaban de admirar, fastidiándome no poco su admiracion, porque desde medio dia hasta la noche no hice otra cosa que quitarme y ponerme la ropa, abrocharme y desabrocharme.

A las ocho de la noche me envió Alí alcuzcuz con agua y sal. Ya era hora, pues no habia comido nada desde la mañana. Por la noche pusieron centinelas á la puerta de la choza; mas á pesar de su vigilancia, sobre las dos de la mañana

cuando abandonaron aquellas playas ni aun conocian los fundamentos de la religion que profesan los indígenas.

En febrero de 1777 Cook visitó la Nueva Zelandia por cuarta vez, recalando como en los precedentes en el canal de la reina Carlota. El médico de á bordo, Anderson, dedicóse á examinar las costumbres de los salvajes y fue el primero que trasmitió á Europa las supersticiosas ideas de los neo-zelandeses con respecto al cabello.

Casi en igual fecha se detuvo Vancouver en la bahía Dusky, pero durante su estancia tampoco enriqueció con nuevos detalles los que se conocian desde el primer viaje de Cook, y no es extraño que así sucediera cuando no llegó á comunicar con los indígenas, pues sólo les contempló á lejana distancia.

El general Entrecasteaux recorrió en marzo de 1793 todas las islas de los Reyes y la costa septentrional de Ika-na-Mawi en una extension de veinte y cinco millas. A fuerza de tentativas para ganar el aprecio de los habitantes logró comunicar con ellos, pero tambien sus esperanzas salieron fallidas, pues no consiguió esclarecer las confusas nociones que poseian los europeos acerca de las costumbres y religion dominantes.

Al mes siguiente, Hanson, capitan del *Dœdalus* regresando de conducir víveres á los buques de Vancouver surtos en aquellas aguas, arrebató á dos habitantes de Wangaroa llamados Oudon y Touki, y les condujo á la isla Norfolk. El principal objeto de tal atentado era procurarse noticias, que desconocian á pesar de las varias tentativas de sus antecesores. Tambien en esta ocasion debia desvanecerse su esperanza. Las contestaciones de Oudon y Touki sólo les manifestaron algunas ceremonias curiosas, pero insignificantes, sin esclarecer los puntos más importantes. Sin embargo el recibimiento cordial y amistoso que el gobernador King dispensó á dichos indígenas, modificó en gran manera la desfavorable opinion que estos formaran de los europeos, y de aquí nacieron las amistosas relaciones que poco á poco se establecieron. Dicho gobernador llevó la galantería hasta el extremo de conducirles á Wangaroa, cuya circunstancia le proporcionó mayores relaciones, por las cuales se enteró de que en aquella época mandaba Moudi-Wai en Oudondon, Pawariki en Tera-Witi y Tekoke en Moudi-Moton.

Dos años despues, en diciembre de 1795, recaló la *Fanny* en la bahía de Oudondon y su capitan Dell fue agasajado por Touki con la mayor amistad y respeto.

Por aquel año los barcos balleneros comenzaron á visitar con alguna frecuencia las costas de la Nueva Zelandia. Uno de los capitanes, más atrevido y afortunado que los demas, descubrió el estrecho de Foveaux, que separa la isla Stewart de Tavai-Pounamou; otros reconocieron la isla Banks descubierta por Cook en sus primeros viajes, y anunciaron su trasformacion en un islote de corta extension, como tambien elogiaron las condiciones de seguridad de las bahías de Milford, Chalky, Preservacion, Macquaire, Molniena, Williams y Pegarus, ignoradas hasta entónces.

A consecuencia de los numerosos viajes que se emprendieron á dichos puntos, y desvanecidas algun tanto las preocupaciones, resentimientos y odios entre europeos y neo-zelandeses, pudieron unirse ambas naciones con verdaderos la-

zos de amistad, de los que resultó el convencimiento de que si los últimos eran hombres sanguinarios, irascibles y rencorosos hasta satisfacer sus venganzas personales, podian convertirse, si se les trataba con blandura, en amigos constantes y solícitos. Por desgracia para todos acontecia con demasiada frecuencia que los colonizadores, olvidando el carácter de aquellos, ó bien orgullosos por su indisputable superioridad, trataban á los naturales con inusitado desprecio, más propio del que manda á esclavos que de quien sostiene relaciones con hombres cuyos servicios pueden serle útiles. Casi siempre acontecia que el temor á las armas de fuego calmaba la indignacion de los insulares, pero aprovechaban la oscuridad para llevar á cabo sus tenebrosos planes de venganza, y lamentábase con frecuencia la pérdida de europeos asesinados con la mayor cautela. Sin embargo, los recibian casi con alegría, no porque les profesaran estimacion, sino porque gracias á los adelantos de ellos podian proporcionarse las herramientas que necesitaban, ya para las labores del campo, ya para los demas trabajos manuales, así como las armas de fuego, cuyos destructores efectos conocieron por experiencia propia, y para su adquisicion no escaseaban sacrificio alguno, pues por los primeros fusiles que obtuvieron de los balleneros ó pescadores pagaron veinte ó treinta cerdos y varios centenares de cestas de patatas.

Tepalú, señor de Rangui-Hon, y uno de los *rangatiras* ó nobles más poderosos de la Bahía de las Islas, comprendiendo los adelantos de los europeos y anhelando adquirir su amistad para poder con su auxilio sojuzgar á sus vecinos, manifestó el deseo de hacer un viaje á Port-Jackson. Apénas se enteró el capitan Stewart, prestóse á conducir tanto á él como á sus cinco hijos á la isla Norfolk, desde cuyo punto trasbordáronse al brik *Búfalo*, que los llevó á Port-Jackson. Tepalú permaneció algun tiempo en la colonia agasajado por autoridades y particulares, cuyas simpatías se captó por su mansedumbre y carácter benévolo, recibiendo á su partida multitud de cuantiosos regalos.

Antes de partir obtuvo del gobernador permiso para regresar á su patria en el buque *Lady Nelson*, y provisto de toda clase de instrumentos y herramientas de alguna utilidad embarcóse acompañado de un inglés llamado Jorge Bruce, jóven de excelente conducta y carácter dócil, quien formando parte de su servidumbre acertó á captarse de tal modo sus simpatías, que despues de obtener una confianza ilimitada recibió en premio de sus servicios la mano de una hija de Tepalú, elevándole á la categoría de jefe supremo de los guerreros, cuya influencia empleó en desvanecer el mal concepto de que gozaban los europeos entre los indígenas, y en prestar cuantos servicios y auxilios podian ser necesarios á los buques ingleses que arribaban á aquellas costas, aunque no se los agradecieron como merecia, pues Dalrymple, capitan del *General Wellesley*, pagó con negra ingratitud los favores que le dispensara Bruce con noble desprendimiento y sólo por el placer de servir á un compatriota, engañándole con promesas falaces, apoderándose de él y de su esposa, y despues de conducirles léjos de su morada, abandonando á Jorge sin recursos en una playa solitaria de Malacca en el mes de diciembre de 1808 y vendiendo á su mujer en Penany. Bruce, contra todas las probabilidades, encontró proteccion en el comandante de Malacca, quien reclamó á la esposa del desterrado, enviándolos á su patria, donde fueron

recibidos con extraordinario júbilo, confirmando aquel acontecimiento la opinion de pérfidos y malvados de que gozaban los europeos.

La imprudencia y brutalidad de otro capitan produjeron un acontecimiento mucho más lamentable que el precedente. Jhon-Tompson, que mandaba el buque *Boyd*, arribó á Nueva Zelandia para completar su cargamento con producciones del país. A los pocos dias de estar allí comenzó á propalar por la poblacion su intento de devolver á su respectiva patria á los que, oriundos de puntos más ó ménos cercanos, habitaban aquellas islas, entre los cuales se contaba el hijo de uno de los principales jefes de Wangaroa, llamado Taara, conocido con el nombre de Jorge, el cual cayendo enfermo durante la travesía dejó de prestar servicio, pues la falta de fuerzas le impedia dedicarse á las pesadas maniobras del buque. El capitan Tompson, sin compadecerse del grave estado de Jorge y suponiendo falsa la enfermedad que revelaban las facciones del macilento jóven, mandóle azotar con inconcebible crueldad. El indígena disimuló su ofensa hallándose imposibilitado de satisfacer su venganza; pero llegado á Wangaroa, excitó á sus compatriotas para lavar la afrenta que recibiera, y estos, confundiendo en su odio á todos los del buque, les atacaron con tan feliz éxito, que asesinaron á setenta marineros celebrando con sus cadáveres un horrible festin; solo pudieron escapar de la catástrofe dos mujeres y dos niños que se ampararon en un buque ballenero surto en aquellas aguas.

Dueños del buque los insulares, el padre de Taara tomó un fusil, y apuntando á la ventura con la inexperiencia propia del que ignora el uso de cada objeto, disparó á un barril de pólvora, que inflamándose de súbito, voló el buque, ocasionando la muerte del inconsiderado salvaje y otros varios que se ocupaban en apoderarse de cuanto juzgaban serles de utilidad.

En aquella época hallábase en Wangaroa Tepalú, y movido á compasion por la suerte que esperaba á los europeos, empleó toda su influencia para salvar á algunos, pero inútilmente, pues los naturales se negaron á oir reflexiones y súplicas. En vez de agradecer los ingleses la mediacion de aquel jefe, confundiendo sin duda por la semejanza su nombre de Tepalú con el de Tepoulú, jefe de Wangaroa, hermano mayor de Taara y caudillo del atentado, consideráronle autor de la catástrofe, y en el año 1810 organizaron una expedicion compuesta en su mayor parte de pescadores reunidos en la Bahía de las Islas. Averiguaron el punto donde á la sazon se hallaba Tepalú, que era Rangui-Hon, y atacándole en su propia residencia, libróse un combate sangriento en el que despues de una larga indecision alcanzaron los europeos un completo triunfo que costó la muerte de muchos indígenas y la ruina del pueblo. Tepalú fue herido y muerto pocos dias despues en una batalla que sostuvo contra los habitantes de Wangaroa, cuya guerra tomó orígen del asesinato cometido en los tripulantes del *Boyd*.

A pesar de las discordias que surgieron entre ingleses é insulares, varios abandonaron su patria voluntariamente para seguir á los blancos. Entre ellos figuraba Maounga, natural de Korora-Reka, quien en el año 1805 pasó á Inglaterra, bajo el amparo del doctor Savage, quien se propuso educarle con sumo esmero. Durante su permanencia en Europa fue presentado á los principales personajes y á la familia real; mas á pesar del conato de Savage para inculcar-

le buenas doctrinas, no respondió á sus esperanzas, y de regreso á su patria fue castigado severamente por el ariki Tara á consecuencia de un robo que cometió á bordo del buque inglés *Ferret*, descubierto por la activa vigilancia de Toupe.

Otros se embarcaron en las naves balleneras como simples marineros, sirviendo en ellas largo tiempo con buen resultado y mejor voluntad, contentándose en premio de sus duros y penosos servicios con algun objeto europeo. Entre ellos distinguióse Mawi, oriundo de Korora-Reka, quien á la temprana edad de diez ó doce años entró de grumete en un buque, y trasladado despues á Port-Jackson fue de gran utilidad á los misioneros establecidos allí, fijando al fin su residencia en Paddington, Inglaterra, donde murió tranquilo despues de abrazar el catolicismo.

Tambien merece citarse en lugar preferente Doua-Tara, sobrino de Tepalú. En el año 1805 embarcóse en el buque ballenero *Argos* y durante largos años continuó ejerciendo dicha profesion en otros varios barcos; mas por desgracia llegó á entrar al servicio de un capitan inglés de mala fe, en cuyo buque fue trasladado á orillas del Támesis, donde permaneció algun tiempo víctima de una larga enfermedad y de duras privaciones. Aun cuando en la mayor miseria, pudo por fortuna lograr que le admitieran como marinero en un buque que debia hacerse á la vela para Port-Jackson. Durante la travesía trabó conocimiento con el reverendo Marsden, quien lo protegió y alojó al llegar á Port-Jackson. Algo repuesto ya, y aviniéndose mal con la ociosidad, determinó otra vez probar fortuna y entró á formar parte de la dotacion del *Frederik* con la esperanza de regresar á su patria. Sin embargo, no logró su objeto, pues fue maltratado varias veces injustamente, y víctima de las mayores injusticias durante algunos meses, hasta que de vuelta á Port-Jackson é interesado Marsden por su suerte le envió al pueblo de su naturaleza despues de una larga ausencia, sucediendo á Tepalú despues de su muerte, como jefe de la tribu de Rangui-Hon, y empleando toda su inteligencia y persuasion en inspirar á sus compatriotas la aficion á las artes útiles y en particular á la agricultura, á la cual dedicóse exclusivamente.

El celo de Doua-Tara por introducir en su territorio la civilizacion y cultura de las artes junto con la buena acogida que dispensaba á los europeos no pasaron desapercibidos para Marsden, presagiando por ello un feliz éxito al establecimiento de misiones en la Nueva Zelandia. Deseoso pues de experimentar la certeza de sus presentimientos, decidióse á enviar á los PP. Kendall y Hall á la Bahía de las Islas para que sondearan las intenciones de los naturales y trataran de establecerse allí. Estos dos misioneros se embarcaron en el buque *Active* al mando de Dillon, el primero que poco despues descubrió los restos del naufragio de la Pérouse. El 10 de julio de 1814, despues de cuatro meses de viaje, llegaron á Tepona, y durante las seis ó siete semanas que permanecieron en Nueva Zelandia, pudieron convencerse de que no sólo nada debian temer de los naturales, sino que por el contrario estaban dispuestos á recibirles con afecto, y para demostrarles mejor sus simpatías los principales jefes de la Bahía de las Islas, á saber Shongui, Koro-Koro, Doua-Tara y Touai se ofrecieron á acompañar á los misioneros en sus excursiones por la Nueva Zelandia. Shongui y Doua-Tara ocupaban la parte septentrional de la Bahía de las Islas, miéntras que Koro-Koro y Touai gobernaban la parte meridional.

Para aprovechar tan favorables disposiciones embarcóse Marsden el 19 de noviembre de 1814 con su familia y los dos misioneros que le precedieron, decididos á establecerse. Débese á dicho eclesiástico una extensa descripcion de su viaje, cuyos detalles no carecen de interes, si bien nos abstenemos de extractarlos por su minuciosidad. Construyeron una casita reducida, donde moraron hasta el año 1815, en el cual ya con mayores recursos compró á los jefes de Rangui-Hon una porcion de terreno donde edificaron un nuevo establecimiento, cuna por decirlo así de las misiones que poco á poco en aquella parte del mundo se propagaron.

Comenzáronse á levantar edificios, y pocos meses despues veinte y cinco misioneros europeos formaron una pequeña colonia en Nueva Zelandia, dedicándose á rozar las malezas, sembrar tierras y enseñar á los niños, sin descuidar la instruccion de los adultos. El feracísimo suelo neo-zelandes pagó con usura los esfuerzos de los colonizadores; pero los indígenas, empeñados en una guerra devastadora con sus vecinos, sólo atendian á proporcionarse armas y pólvora, y los misioneros obtuvieron escasos frutos de sus exhortaciones.

Algunos meses despues, durante una expedicion de Marsden á su patria, los misioneros experimentaron la sensible pérdida de Doua-Tara, en quien fundaban todas sus esperanzas y apoyo; mas aun cuando recelaban ser hostilizados por el pueblo, no sucedió así, gracias á la proteccion de los otros jefes de Rangui-Hon, cuyas simpatías se granjearon con su irreprochable y prudente conducta. Las propiedades de los religiosos fueron respetadas, y nadie se atrevió á molestarles en sus personas ni á alterar su tranquilidad.

El 12 de agosto de 1819 los salvajes de Wangaroa profanaron la tumba del padre de Shongui apoderándose de los huesos para fabricar anzuelos. Con este motivo Shongui, á la cabeza de sus guerreros, marchó contra los profanadores para castigar tal desacato, y despues de una reñida accion que costó la vida á muchos de Wangaroa, ajustaron una transaccion; mas á fines del mismo mes Temai-rangai declaró la guerra á Shongui y su tribu, porque mariscaban en sus dominios, resultando de la batalla que se libró la muerte de varios guerreros y la pérdida de las piraguas de Shongui, quemadas por sus enemigos; y aunque atendido el espíritu de venganza que entre ellos domina, parecia natural que Shongui procurase satisfacer sus agravios, léjos de ello ajustaron la paz con general sorpresa.

El 7 de diciembre, á instancias del misionero Butler, Shongui y los demas jefes reunieron sus tropas y se dirigieron á Kidi-Kidi para publicar un bando prohibiendo el robo y el pillaje bajo las penas más severas.

En enero de 1820 Temai-rangai, jefe de Tae-Ame, reunió su ejército á los de la Bahía de las Islas y Wangari, y aprestóse á atacar á Warou, señor de Witi-Anga, so pretexto de que este mandó matar y devorar á una sobrina suya, y como entre aquellas tribus la accion no admite otras dilaciones que las precisas para encontrarse los ejércitos, y el de Temai-rangai llevaba la ventaja por poseer armas de fuego, decidióse en breve la victoria á su favor, costando á los contrarios ciento sesenta prisioneros y trescientos ó cuatrocientos muertos, con cuyos cadáveres celebraron un festin, y despues Temai-rangai concedió la paz á Warou y hasta le devolvió su mujer é hijos que se hallaban en el número de los prisioneros.

Descollaba entre los principales personajes de la Bahía de las Islas Shongui, por su riqueza, valor, serenidad y el prestigio que adquirió por su nunca desmentido éxito en las batallas. Casi todos los jefes que se atrevieron á desafiar sus iras, pagaron cara su temeridad, y varias tribus fueron exterminadas por los guerreros del afortunado rangatira. Sólo existia en la costa occidental el jefe de la tribu de Kaï-Para, llamado Mondi-Panga, que le habia resistido con tan feliz resultado, que llegó algunas veces á humillar su orgullo. En un combate ocurrido poco tiempo despues del desastre del *Boyd*, fue herido el mismo Shongui y dos de sus hermanos, la mayor parte de los guerreros pereció y el resto sólo encontró en la fuga la salvacion.

Dos ó tres años despues de aquella guerra todos los jefes de la Bahía de las Islas reunieron sus fuerzas y se dirigieron en busca de Mondi-Panga, esperando vencerle, confiados en las armas de fuego; pero Mondi-Panga, valiéndose de una hábil estratagema, les aguardó emboscado, y atacándoles de improviso les desordenó y derrotó. De los mil hombres poco más ó ménos que formaban parte de la expedicion, solo escaparon con vida unos cuarenta ó cincuenta; los demas fueron muertos ó cayeron prisioneros; pero á hablar con verdad, la pérdida de aquella batalla fue debida á la ausencia de Shongui, que no mandó el ejército.

A pesar de tan repetidas derrotas no renunció á vengarse de un modo decisivo de Mondi-Panga y se ocupó sin descanso en aumentar las armas de fuego que poseia su tribu, para lo cual estrechó las relaciones amistosas con los capitanes de los buques balleneros que fondeaban en la Bahía de las Islas, y dispensaba la más cordial acogida á los misioneros allí establecidos, á fin de poder componer y conservar en buen estado las armas de fuego, pues por lo demas le eran completamente indiferentes las ventajas de la civilizacion y las exhortaciones de los misioneros.

Para realizar sus deseos con mayor brevedad y más acierto, juzgó prudente visitar la Inglaterra, calculando las ventajas que de tal viaje podrian resultarle, y sin atender las encarecidas súplicas de su familia, ni los reiterados consejos de los amigos, en marzo de 1820, acompañado solamente de Waï-Kato, uno de sus más distinguidos guerreros, y el reverendo Kendall, embarcóse en el *New-Zealander*, que regresaba á Inglaterra. El motivo aparente del viaje de Shongui era visitar al rey Jorge, pero en realidad abrigaba el proyecto de proveerse de buena pólvora y excelentes armas de fuego. Llegó el buque á Lóndres en el mes de agosto inmediato, y Shongui cayó gravemente enfermo á consecuencia de la mudanza de clima; pero á copia de asiduos cuidados se restableció y el 15 de diciembre del mismo año regresó en el *Speke* á Nueva Zelandia. Durante su permanencia en Lóndres y contra lo que debia esperarse de su falta de trato y costumbres tan diversas de las europeas, nada pareció sorprenderle, y aun en presencia del rey y la córte, donde fue presentado, conservó igual indiferencia, sangre fria y dignidad que entre sus compatriotas. De cuantos ricos y numerosos presentes le ofreció el rey Jorge, ninguno le entusiasmó como una coraza y un uniforme, y segun refirió Kendall, al llegar á Port-Jakson trocó por fusiles y municiones todos los objetos de valor que le regalaran el rey y varios personajes de distincion que le visitaron y honraron con su amistad.

La presencia de Shongui en la Bahía de las Islas, el 11 de julio de 1821,

varió el aspecto del país totalmente, pues no bien se enteró de que los misioneros se negaban á facilitarles pólvora y armas de fuego, prohibió terminantemente á sus súbditos ayudarles en los trabajos á ménos que les retribuyeran en armas, municiones ó dinero, trocando, para intimidarlos, en rigor y desprecio las atenciones que ántes les prodigara. El ejemplo del jefe alentó á los súbditos para molestar y perjudicar á los misioneros, quienes sufrieron con la mayor resignacion todas las vejaciones, hasta que llegando á noticia de Shongui que trataban de abandonar el país, y comprendiendo que tal determinacion le seria sumamente perjudicial, adoptó otra conducta más suave, pero no ménos equívoca, pues limitándose á protegerles contra los insultos y tropelías de sus subordinados, les privó de toda influencia y autoridad.

A pesar del tiempo trascurrido no renunció á los proyectos de conquista. En setiembre de 1821 organizó un ejército en la Bahía de las Islas, compuesto de tres mil combatientes, de los cuales un centenar estaba provisto de fusiles, de suerte que los desgraciados habitantes de la bahía Shouraki, contra quienes se dirigian, sucumbieron al número. Más de mil cadáveres quedaron en el campo, trescientos fueron devorados en el festin del triunfo, y cogieron unos dos mil prisioneros; la victoria fue completa pero cara, pues ademas de una considerable baja en el personal, salieron heridos gravemente un yerno y un hermano de Shongui.

Empezaba el mes de febrero cuando rompió nuevamente las hostilidades contra los pueblos de la bahía Shouraki, á consecuencia de haberle capturado dos piraguas asesinando á los que las tripulaban, cuyo agravio vengó exterminando á más de quinientos ribereños del Waï-Kato.

En el año 1823, al regresar con su hermano Touai de una expedicion contra los mismos habitantes de Shouraki, murió de repente Koro-Koro, el jefe más influyente de la parte meridional de la Bahía de las Islas, despues de costar la vida aquella excursion á su tio Kaïpo, á quien trató en su juventud Cook, cuando abordó por primera vez en aquellas comarcas, y le adquirieron un puesto brillante su valor y pericia. Opínase con bastante probabilidad que Kaïpo era hijo de Malou, señor de Motou-Doua, muerto á manos de los compañeros de Marion.

En el mes de abril de 1824 apareció en aquellas aguas la corbeta francesa *Coquille*, conduciendo á su bordo desde Port-Jakson á Clarke y su familia, Taï-Wanga y otro indígena llamado Pahi. Los franceses sin duda por su carácter afable adquirieron y conservaron muy buenas relaciones con los neo-zelandeses. Touai pasaba la mayor parte del dia á bordo manifestando siempre á los oficiales mucha franqueza y alegría. Shongui, escoltado por sus guerreros, tambien fue á visitar el buque y todos se esmeraron en captarse las simpatías de los franceses, quienes correspondieron á tan cordial acogida todo lo mejor que les permitieron los escasos recursos de que disponian.

En enero de 1827, despues de una tenaz resistencia apoderóse Shongui del fuerte de Ngate-Po, aniquilando á la tribu que le guarnecia, y comprando la victoria con una gravísima herida que recibió en el asalto, de la cual quedó inútil para siempre.

Grande fue el temor que se apoderó de los misioneros cuando se enteraron

del peligro que corria la vida del célebre jefe en los primeros dias de su enfermedad, tanto que recelando ser víctimas de nuevas vejaciones enviaron á Port-Jakson cuanto poseian de valor, y determinaron abandonar el territorio tan luego como se les presentase oportunidad.

En estas, que ellos juzgaban críticas circunstancias, y corriendo el mes de febrero de 1827, arribó á aquellas aguas *el Astrolabio* que venia recorriendo las costas de Nueva Zelandia en una extension de trescientas leguas, en cuya travesía descubrió varios canales y fondeaderos ignorados y trabó amistad con los indígenas, conduciendo á Shouraki, cuando fondeó en la Bahía de las Islas, á Wetoi, sucesor de Pomaré, y á Maounga, tio de King-George y jefe de Kororareka.

El 6 de marzo de 1828 fué un dia de luto general á causa de la muerte del temible Shongui, á quien sus numerosas heridas condujeron á la tumba. En los últimos momentos demostró gran resignacion y valor; exhortó á sus hijos para que se mantuvieran en paz, les recomendó con eficacia que protegiesen á los misioneros y prohibió que se inmolaran víctimas como acostumbraban en el fallecimiento de toda persona notable como sacrificio á los dioses. Sucedióle en el mando de Kidi-Kidi su sobrino Rewa.

A pesar de las recomendaciones del finado, la vida y haciendas de los misioneros fueron sériamente amenazadas al principio; mas luego se restableció la tranquilidad, mejoró su posicion, y por último llegaron á adquirir gran influencia entre los insulares.

Trascurridos algunos años, en 1840, *el Astrolabio* al mando de Dumont d' Urville visitó por segunda vez la Nueva Zelandia reconociendo minuciosamente la costa Sur, y al tocar en la Bahía de las Islas encontró la colonia inglesa bastante floreciente. ¡Plegue á Dios que la civilizacion de las colonias europeas labre la dicha de aquellos pueblos tan desgraciados!

A pesar de su atraso lamentable, nótase en los cantos populares una extremada ternura, como lo prueba la siguiente estrofa, que, en afirmacion de esta verdad, traducimos de la obra de Kendall.

«El fuerte viento Norte que hace algunas horas reina excitó de tal modo mi agitado espíritu, que tu imágen ¡oh Taona! surgió en mi mente. Entónces subí á la cumbre de la montaña para presenciar tu partida. Las amenazadoras olas arrastraban tu frágil barquilla hácia el Este con insólita impetuosidad. Atorméntame el pensamiento de que acaso la desgracia se complazca en perseguirte y no te permita llegar al puerto donde tus deseos te encaminan.»

Terminarémos nuestra narracion sobre la Nueva Zelandia manifestando que no son los insulares tan desnaturalizados como por lo general les pintan, y que son en extremo aficionados al baile, el cual ejecutan ajustando sus movimientos y figuras á la modulacion y expresion del canto con que se acompañan.

ASESINATO

DEL CAPITAN MARION,

en las costas de la Nueva Zelandia.

El dia 3 de mayo de 1772, el *Mascarin* y el *Castries*, buques de la compañía de las Indias francesas, mandados por el capitan Marion, con destino á Van Diemen, halláronse tras una larga y no muy feliz navegacion delante de la Bahía de las islas, situada cerca del cabo Brett, descubierto por Cook.

Al teniente Crozet, testigo y vengador del horrible asesinato ejecutado en el intrépido y confiado Marion, debemos los detalles de tan lamentable catástrofe que trascribimos.

«Dos leguas distábamos del cabo Brett, dice el historiador, cuando divisámos tres piraguas que se dirigian á bordo, cuya operacion les facilitaba la doble circunstancia de ser muy escaso el viento y hallarse la mar en calma.

«Acercóse hasta el costado del buque la mayor de todas tripulada por nueve hombres, á quienes invitámos á subir ya por señas, ya valiéndonos de regalarles algunas bujerías.

«Por fin lo conseguímos, si bien despues de hallarse entre nosotros manifestaban cierto temor; pero poco á poco recobraron la confianza observando que léjos de intentar inferirles el menor daño, nos apresurábamos á obsequiarles del mejor modo posible; así es que en breve recorrieron todo el buque, examinando y tocando cuanto excitaba su atencion.

«Lo que más que todo les agradó fue el alcázar, donde permanecieron con muestras de satisfaccion, y deseosos de granjearnos su amistad, no sólo les dejámos, sino que les ofrecímos pan, licores y ropa.

«Comieron el pan con gran apetito y visible contento, pero el licor, unos lo rehusaron con tenacidad y otros lo cataron solamente y con visible repugnancia, manifestando extraordinaria alegría cuando se les pusieron camisas y pantalones, alegría que demostraban con carcajadas, saltos, gritos y risibles contorsiones.

«Mas á pesar de su contento por estos presentes, manifestaban deseo y hasta avidez por las hachas, tijeras, cuchillos y azuelas que les enseñámos, cuyas herramientas manejaron convenientemente para darnos á entender que conocian á fondo su uso, y habiéndoles regalado algunas, se mostraron en extremo satisfechos y agradecidos, retirándose en seguida á sus embarcaciones.

«Ya separados del buque se despojaron de las camisas y pantalones, y doblándoles cuidadosamente los guardaron, vistiéndose su taparabo: en seguida se reunieron á las otras dos piraguas, y sus señas nos demostraron que excitaban á los otros salvajes á venir á bordo, lo cual ejecutaron al punto sin el mas mínimo temor ó desconfianza, correspondiendo nosotros á sus simpatías dándoles bizcocho, cuentas de vidrio, clavos y otras frioleras.

«Al caer la tarde refrescó el viento, la mar empezó á picarse y las piraguas se alejaron, si bien quedándose á bordo contentos y satisfechos cinco ó seis insulares, quienes cenaron con nosotros, comiendo toda especie de viandas sin repugnancia, rehusando sólo el vino y licores, y durmiendo tranquilos y sin recelo en el alcázar en unos coys que al efecto se les prepararon.

«Entre ellos se hallaba su jefe Takouri, único que manifestaba extrema inquietud cada vez que observaba que el buque, en las frecuentes bordadas que la frescura del viento y el movimiento del mar le obligaban á dar, se alejaba de la costa.

«El tiempo continuó revuelto varios dias, mas el 12 de mayo el viento se echó completamente y la mar parecia un dilatado espejo, segun la tersura é igualdad de su superficie que no rizaba la mas ténue brisa.

«El comandante mandó arribar y levantar tiendas en una isla abundante de agua dulce, madera de construccion, caza y pesca, y con una segura, abrigada y cómoda ensenada en frente de nuestros buques, á cuyas tiendas ordenó trasladar los enfermos, estableciendo para mayor seguridad un cuerpo de guardia que vigilara las inmediaciones.

«Los salvajes llaman á esta isla Motou-Aro, si bien Dumont D' Urville en su viaje la da el nombre de Motou-Rono, segun dice haberle manifestado algunos indígenas.

«No bien nos hallámos surtos en la bahía cuando nos rodearon numerosas piraguas cargadas de pescado, que venian á ofrecernos con la mejor voluntad y sin retribucion alguna, instando todos á la vez para que aceptásemos el suyo con preferencia al de los demas.

«Grande fue el apuro de la tripulacion ignorando cómo explicarse para que los salvajes los entendieran; mas yo tomé el vocabulario de Taiti publicado por Bougainville, y determiné probar si con su ayuda lograria hacerme comprender, como sucedió en efecto, produciéndonos este hallazgo inesperado una viva sorpresa.

«En breve reconocí que el dialecto de estos insulares era idéntico al de Taiti, sin embargo de distar más de seiscientas leguas de Nueva Zelandia, y este descubrimiento nos regocijó porque con él lográbamos facilitar las relaciones que era necesario entablar á fin de proveernos de los artículos de que carecíamos.

«Por la noche se retiraron las piraguas, segun su costumbre, quedándose á nuestro lado ocho ó diez salvajes, al parecer contentos y sin temor.

«Empezaba apénas á clarear cuando vímos llegar mayor número de piraguas que el dia anterior, las cuales no solo contenian á los salvajes, sino tambien á sus mujeres é hijas, que venian á presentarnos mucho más pescado á trueque de clavos y abalorios, mostrándose en extremo afectuosas, y accediendo por

nuestra parte á sus solicitudes, con tanto más motivo cuanto que se manifestában poco exigentes.

«No fue sin embargo de larga duracion esta facilidad en las transacciones, pues si durante los dos ó tres primeros dias se contentaban con clavos, á veces viejos y de dos ó tres pulgadas, comenzaron luego á exigirlos nuevos y de cuatro á cinco pulgadas, corriendo, en seguida que los obtenian, á suplicar á los marineros que se les aguzaran en la piedra de afilar, servicio que siempre recompensaban con algunos pescados que al efecto se reservaban, y una vez afilados, formaban en seguida y con sorprendente facilidad una especie de tijeras con ellos, retirándose saltando y cantando.

«Poco á poco fué creciendo la afluencia de indígenas de tal suerte, que apénas bastaban los dos buques á contenerlos; pero los recibíamos de buen grado, porque eran mansos, cariñosos, y de tal manera inteligentes, que no tardaron en conocer á todos los oficiales por sus nombres.

«Sólo admitíamos en el alcázar á las mujeres y á los jefes, como en testimonio de respeto y consideracion, que ellos comprendieron con facilidad, ajustándose á nuestros deseos, señalando las más severas penas á los trasgresores y limitándose á suplicar que respetásemos á las casadas, á cuyo fin nos enseñaron la distincion entre estas y las solteras.

«Las primeras ciñen la cabeza con una especie de trenza de junco, y las segundas llevan la cabellera suelta y sin adorno de ninguna especie.

«Los jefes se diferencian de los demas salvajes en que usan algunas plumas de aves, cuya cantidad varía segun la categoría, fijas en el cabello que se recojen con un junco sobre la coronilla en forma de moño.

«Pocos dias despues y á invitacion del jefe mandó el comandante alistar la chalupa, y ocupándola él, yo y un destacamento de soldados, saltámos en tierra acompañados de los indígenas y recorrímos parte de la costa, en la cual contamos unas veinte aldeas como de dos á cuatrocientos vecinos cada una, siendo en todas ellas muy bien acogidos, pues venian á acariciarnos hombres y mujeres, niños y ancianos, como si se tratara de recibir á personas de la familia ó á seres á quienes profesaran íntimo afecto.

«No escasearon los obsequios, ofreciendo los jefes al capitan Marion cuanto pudiera necesitar ó serle útil de sus respectivos territorios, mediante condiciones ventajosísimas, pues los objetos que en trueque solicitaban eran en su mayor parte insignificantes.

«De este modo continuámos algunos dias más explorando el terreno con el objeto de buscar maderas á propósito para arboladura, pues necesitábamos reponer la que habia perdido el *Castries,* cuando un dia regresó de su expedicion el capitan con la noticia de haber hallado un gran bosque de cedros magníficos, á unas dos leguas hácia el interior.

«Al punto dispuso que las dos terceras partes de la tripulacion se dirigieran á aquel paraje con hachas y herramientas, no sólo para cortar los árboles que se designaran, sino tambien para abrir camino por entre las malezas y cortar tres pequeñas eminencias, á fin de facilitar el trasporte de los árboles á la playa.

«Levantáronse barracas á cortas distancias en todo el trayecto desde el bos-

que hasta la orilla del mar donde se estableció el taller, y diariamente venian dos lanchas de á bordo con provisiones para los trabajadores.

«Entre tanto los salvajes no se separaban de nosotros recorriendo sucesivamente todos los puestos ó pasando á bordo en sus piraguas con bastante frecuencia, llevando siempre á trueque de clavos pescado, codornices, palomas torcaces ó cercetas, ó bien ayudaban á trabajar á los marineros y comian con ellos.

«A pesar de la afabilidad de los insulares no todos confiábamos completamente en ellos, y esta especie de recelo, que pudiera llamarse instintivo, germinaba en los corazones de cuantos por la edad poseíamos alguna experiencia y cierta desconfianza hija del conocimiento del mundo.

«Pero es notorio que los jóvenes no se distinguen por la prudencia, ni esta cualidad se hermana generalmente con los pocos años: de aquí, que atraidos por las caricias de los salvajes estaban continuamente recorriendo las inmediaciones, de pueblo en pueblo, ó bien internándose en la isla, ya para cazar palomas y codornices, ya para pescar sabrosos peces que se crian en los rios, acompañados siempre de los isleños, que los llevaban en brazos en los malos caminos ó al pasar los arroyos, penetrando tambien á veces en las poblaciones del interior, mucho más considerables, segun decian, y habitadas por hombres de color más claro, que les dispensaban cordial acogida.

«Con todo, ni tan reiteradas muestras de amistad, ni las entusiastas narraciones de la juventud tripulante destruian por completo nuestro recelo, y cuando los botes iban á tierra lo verificaban siempre armados, llevando la precaucion al extremo de no permitir á los salvajes saltar á bordo con sus armas.

«Empero el tiempo trascurria y su amistad no sufria menoscabo; las mismas simpatías, los mismos afectuosos recibimientos dispensaban á los que se aventuraban á penetrar en las aldeas. Tal cúmulo de atenciones y deferencias continuadas y sin la menor variacion, tanta apariencia de franca y cordial amistad no desmentida por la más leve accion, por el más mínimo gesto, por la más insignificante palabra, á ¿quien no consigue engañar? ¿Cómo no caer en un lazo tan diestramente preparado é incapaz de sospecharse aun por la más suspicaz imaginacion?

«Nuestra prudencia decayó, durmióse el recelo dando lugar á tan completa seguridad y confianza, que se empezaron á enviar á tierra los botes desarmados y se olvidaron cuantas precauciones se tomaran hasta entónces.

«Ignorábamos á la sazon que Cook habia visitado aquellas comarcas, recorriéndolas del uno al otro confin, encontrándolas pobladas de antropófagos, y habiendo corrido inminente riesgo de ser asesinado precisamente en el puerto donde nos hallábamos surtos. Tan deplorable circunstancia llegó á nuestra noticia demasiado tarde por desgracia y cuando estábamos convencidos de las horribles costumbres y vil hipocresía de aquellos salvajes.

«El capitan, completamente tranquilo y confiado en el aprecio de los insulares, gozaba de extremada satisfaccion viviendo entre ellos; le agradaban sus costumbres sencillas, su franqueza, naturalidad y alegría casi infantil, y correspondia con el mayor cariño á sus bondades. Cuando se hallaba á bordo invadian el alcázar, les acogia con afecto, les obsequiaba y colmaba de regalos, y

ayudado del vocabulario de Taiti, que estudió con este exclusivo objeto, departia con ellos largos ratos, celebrando sus ocurrencias y no cansándose de mostrarse reconocido á la adhesion que le manifestaban.

«Ellos á su vez comprendieron que Marion era el jefe de la expedicion, y como á tal le trataban, hablándole con cierta sumision, en la cual á traves de la benevolencia se traslucia el respeto, y llevándole todos los dias un magnífico rodaballo, pues se enteraron de su singular predileccion por este pescado.

«Cuando iba á tierra todos los salvajes le acompañaban, le rodeaban, saltaban á su cuello, abrazábanse á él y le festejaban con las mayores muestras de alegría; las mujeres, los viejos, los niños, todos corrian á su encuentro, colmándole de caricias y llamándole por su nombre.

«Takouri, jefe de la mayor poblacion del territorio, y por consiguiente el primero en categoría, deseando manifestarle públicamente su afecto, llevó un dia á bordo á su hijo, adolescente de unos catorce años, en el cual parecia concentrar todo su amor, y despues de presentársele se retiró, dejándole pasar toda la noche en compañía del capitan.

«No fueron estas solas las pruebas que dieron de su cordialidad é interes, sino que procuraban por todos los medios prestarnos favores de cualquier género que fuesen, y entre ellos pueden citarse los siguientes.

«Marion llevaba á bordo para su particular servicio tres esclavos de su propiedad, quienes aprovechando cierto dia un descuido se apoderaron de una piragua, huyendo en ella y sumergiéndola tan pronto como pusieron el pié en tierra; pero no habian trascurrido dos dias cuando Takouri se presentó al capitan conduciendo los prófugos.

«En otra ocasion un salvaje se introdujo por una de las portas y despues de reconocer que nadie le observaba, se dirigió al armero, robó un sable y saltó por donde entrara; en la fuga fue descubierto, y despues de darle caza y conseguido apresarle, se le condujo á bordo donde permaneció bien tratado y sin molestarle hasta que llegó el jefe á quien se dió cuenta de su accion; y este, despues de dirigirle una severísima y dura reprension, le entregó á disposicion del comandante, exigiendo obstinadamente que se le pusiesen grillos y se le aplicase una buena paliza; mas á pesar de todo se le dejó en libertad y sin la merecida y justa correccion.

«En una palabra, tal y tan estudiado arte emplearon para desvanecer el poco ó mucho recelo que pudieran inspirarnos, tan repetidas y manifiestas pruebas de benevolencia dieron, que llegámos á considerarlos casi como antiguos conocidos, y apénas habia un oficial que no contara entre ellos con particulares amigos que le seguian y acompañaban por doquiera, trocando á menudo regalos con la mejor buena fe del mundo.

«El 8 de junio saltó en tierra el capitan acompañado como siempre de una multitud de salvajes, esperándole otros muchos en la playa y recibiéndole con demostraciones de alegría más vivas, más entusiastas que de costumbre. Fue conducido triunfalmente en hombros de los insulares hasta el primer pueblecillo donde se hallaban reunidos todos los jefes, quienes despues de acogerle con vivo entusiasmo, le proclamaron unánimes por el gran jefe del país, celebrando solemnemente su elevacion y colocándole en el cabello, que ellos mismos recogie-

ron y ataron segun su usanza, cuatro plumas blancas, signo distintivo de su alta jerarquía, volviéndole á conducir del mismo modo hasta la orilla, y acompañándole á bordo entre gritos y aclamaciones, lo cual dejó á Marion más satisfecho que nunca del afecto de los sencillos isleños.

«Aquel mismo dia recibí la visita de un salvaje á quien apreciaba, pues casi diariamente venia á verme manifestándome la más sincera adhesion.

«Era este un mozo hermoso, bien formado, de fisonomía simpática, graciosa y casi siempre risueño y alegre; mas este dia pintábase en su rostro una tristeza tan dolorosa, tan solemne gravedad, que me sorprendió, porque jamás le habia visto de aquella suerte. Me ofreció como regalo varias armas, útiles y adornos de hermosísimo jade, que cuando por primera vez los ví, manifesté deseos de adquirir. Intenté pagárselos con otros objetos de hierro y pañuelos de percal colorado; pero rehusó aceptarlos, y los apartó suavemente uniendo á esta accion un tristísimo y melancólico movimiento de cabeza. Ofrecíle otras cosas juzgando que no le satisfacia el trueque; convidéle á comer; mas todo fué rehusado acompañando á la negativa siempre aquel movimiento de cabeza lento y doloroso. Permanecímos mirándonos un momento: en sus ojos se revelaba una amargura comprimida, cuya causa intenté en vano sondar; pero dejóme atónito cuando al cabo de algunos instantes de esta mútua contemplacion, fijó en mí la vista con una expresion de indefinible dolor, como si con aquella ojeada pretendiera significar un eterno á Dios, y partió súbitamente. Despues de aquel dia no le volví á ver, y otro tanto sucedió á varios oficiales con los salvajes que considerándoles como amigos, los visitaban diariamente; al mismo tiempo se despedian tambien de ellos, y desaparecieron para siempre.

«El 12 de junio saltó en tierra el capitan llevando en su canoa doce hombres de escolta, los dos oficiales más jóvenes, Vaudricourt y Houx, un voluntario y el condestable, formando un total de diez y siete personas. A sus costados bogaban las piraguas de Takouri, otro jefe y cinco ó seis salvajes que se hallaban á bordo, quienes tambien acompañaban al capitan, cuyo proyecto era comer en tierra unas ostras y pescar con caña un rato junto al pueblo de Takouri, para lo cual este le invitara con grande empeño.

«Pasó el dia, y con sorpresa observaron que, contra su costumbre, el capitan no regresaba á dormir á bordo; mas tal era la confianza que los salvajes llegaron á inspirar, que no se concibió la más mínima inquietud.

«La arboladura del *Castries* se hallaba ya bastante adelantada; la mayor parte de los materiales estaban en los talleres junto á la playa, á cuya traslacion ayudaron los indígenas, y supúsose desde luego, al observar la ausencia del capitan, que pernoctaria en alguna de las barracas con el objeto de inspeccionar los trabajos y animar á los operarios para su pronta terminacion, pues la estancia en aquellas aguas se prolongaba demasiado.

«Al dia siguiente, 13 de junio, dirigióse á las cinco de la mañana á tierra el bote del *Castries* á fin de proveerse de agua y leña para el consumo diario, como de costumbre; pero serian escasamente las nueve cuando se divisó un hombre que nadaba con afan hácia los buques: envióse una canoa en su auxilio, y con gran sorpresa reconocieron que era uno de los marineros que en la madrugada tripulaban la chalupa del *Castries*.

«Solamente la destreza y celeridad de los que salieron en su auxilio pudieron salvarle, pues á poco mas que tardaran, de seguro no lograra alcanzar los buques: recogiéronle al fin más muerto que vivo, pues tenia dos lanzadas en un costado.

«Ya á bordo, y despues de verificada la primera cura, preguntósele con afan por qué causa volvia él solo á bordo, de tan extraña manera y en tal estado, y á las reiteradas preguntas respondió lo siguiente:

«Cuando llegámos á la playa se presentaron como de costumbre numerosos salvajes sin armas, y haciendo sus ordinarias demostraciones de alegría y amistad; correspondímos á su afectuoso saludo dirigiéndonos cada cual á su faena; pero cuando ya dispersos estábamos ocupados en recoger la leña, los isleños, armados de macanas, cuchillos, lanzas y dardos, cayeron sobre nosotros por pelotones de ocho ó diez, atacándonos furiosos. Al principio sólo se dirigieron á mí tres, de los cuales me defendí lo mejor que pude, recibiendo en tan desigual combate estas dos heridas; mas no tardé en notar que el número de enemigos iba á engrosar, pues venian corriendo otros muchos. Conociendo el peligro inminente en que me hallaba, como estábamos cerca del mar, juzgué más prudente la fuga, y á pesar de que me persiguieron logré ocultarme entre unas malezas. Desde allí observé poseido de terror la horrible matanza que se ejecutaba en los desventurados compañeros. Despues de asesinados, los traidores isleños les desnudaron, abriéronles el vientre y despedazaron, repartiéndose sus cadáveres. No puedo referir más detalles, porque en aquel momento, juzgándoles absortos en tan feroz ocupacion, aproveché su descuido y me arrojé al agua con objeto de ganar á nado cualquiera de los dos buques.

«Imposible seria describir la consternacion que tan triste relato esparció en la tripulacion, porque entónces ya nadie dudó de que el capitan y los diez y seis hombres que le acompañaron la víspera á tierra, de los cuales no se tenia la más mínima noticia, fueran víctimas de la perfidia de los indígenas, sufriendo la misma funesta suerte que los once hombres de aquella mañana.

«Al punto se reunieron en consejo los oficiales que quedaban á bordo de los dos buques para arbitrar medios de acudir al auxilio ó salvacion de los tres puestos establecidos en tierra. A este fin se despachó la chalupa del *Mascarin* con un destacamento de soldados al mando de un oficial, que llevaba órden expresa de examinar toda la extension de la costa por si lograban descubrir la chalupa del capitan y la del *Castries*, y sobre todo advertir en todos los puestos que estuviesen sobre las armas, desembarcando en paraje inmediato á los talleres, para socorrer aquel puesto, el más numeroso é importante de todos.

«Tan ansioso el oficial comandante de esta pequeña expedicion como todos los demas por inquirir la suerte del capitan, partió sin dilacion, ejecutando puntualmente las instrucciones recibidas; y en efecto, al recorrer la costa descubrió las dos embarcaciones que buscaba, encalladas en la playa una junto á otra en el pueblo de Takouri, y rodeadas de salvajes, unos con hachas y lanzas, y otros con los sables y fusiles de que se apoderaron en las dos chalupas despues de asesinar á nuestros compañeros.

«En vista de aquellos objetos el oficial comprendió la necesidad de dar el alarma, y sin pérdida de momento encaminóse á los talleres, pues aunque de

buena gana batiera á los salvajes, temia no llegar á tiempo á los puestos, y por tanto se ajustó á las órdenes recibidas.

«Serian las dos de la tarde cuando, hallándome sobre una colina, ocupado en dirigir el trasporte de los mástiles, ví adelantarse un destacamento marchando en bastante buen órden, armado de fusiles y bayonetas, cuyo brillo desde léjos me dió á conocer que no eran las armas de los buques, ó por lo ménos las de que ordinariamente se servian.

«¿Cómo describir la dolorosa impresion que tal aspecto me causó? Comprendí al punto que aquel destacamento extraordinario, por decirlo así, venia á anunciar algun fatal acontecimiento y sentí oprimírseme el corazon.

«Para no alarmar á los operarios, tan luego como el sargento que mandaba el peloton se halló al alcance de mi voz, le grité: ¡Alto! y adelantéme solo hácia él con el objeto de averiguar la nueva de que fuera portador; él se apresuró á referir cuanto llevo expuesto, y de comun acuerdo convinímos en no decir una palabra en el taller para no introducir el pánico: comunicóse igual órden al destacamento y les conduje al puesto.

«Despertóse la curiosidad entre los trabajadores al aspecto del nuevo refuerzo, pero acalléla con una disculpa plausible, y mandé suspender los trabajos, recoger las herramientas y armarse. Ejecutadas estas operaciones dispuse que los marineros trasladaran á bordo cuanto pudieran llevar, y despues de cargar las armas ordené esconder en un hoyo practicado dentro de una barraca todo lo más difícil de trasportar, quemando en seguida la casa para ocultarlo mejor con los escombros y cenizas.

«Aun ignoraban todos completamente las horribles desgracias del capitan y sus compañeros, y yo procuraba con el mayor cuidado que no llegasen á su noticia, porque para salir de la embarazosa y crítica situacion en que nos hallábamos, para salvar el inminente riesgo que nos amenazaba, érame preciso que conservaran la mayor serenidad posible.

«Sólo les referí lo que estaban viendo, esto es, que nos hallábamos rodeados de salvajes armados, quienes divididos en pelotones se habian posesionado de todas las eminencias circunvecinas, observándonos en silencio y como dispuestos á atacar; circunstancia que no reparé hasta despues de la llegada del destacamento y narracion de su comandante.

«Dividí, pues, el destacamento en dos pelotones, reforzándolos con varios marineros armados; coloqué uno á vanguardia á las órdenes del sargento, otro á retaguardia bajo mi mando, y ocupaban el centro los trabajadores cargados con las herramientas, provisiones, etc., partiendo en este órden, formando un total de sesenta hombres, con el expreso mandato de marchar siempre formados, no separarse de las filas, y guardar silencio profundo.

«En el trayecto atravesámos varios pelotones de salvajes, cuyos jefes me repetian con cierto énfasis estas tristes palabras: *Takouri mate Marion*: Takouri mató á Marion.

«Comprendímos que la intencion evidente de los insulares era amedrentarnos, á fin de, si poseidos de espanto nos dispersábamos perdiendo el perfecto órden en que marchábamos, aprovecharse de esta desunion y asesinarnos, juzgando sin duda nuestra disciplina igual á la suya, pues entre ellos, muerto el jefe,

consideran perdida la accion, y por consiguiente se ponen en desordenada y presurosa fuga.

«No obstante, alcanzámos las chalupas sin que hostilizaran los salvajes, quienes se limitaron á seguirnos de muy cerca, repitiendo sin cesar que Marion habia sido muerto y devorado por Takouri y sus súbditos.

«La continua repeticion de su frase *Takouri mate Marion* llegó á alarmar á nuestros soldados, quienes, por su frecuente trato con los indígenas, comprendian algo del dialecto, y como entre ellos se contaban varios aventajados tiradores, al oir que su comandante fuera víctima de los salvajes, ardian en deseos de vengar su muerte, y bramando de ira no cesaban de solicitar permiso mio para arrojarse y exterminar á los miserables jefes cuya amenazadora actitud era insoportable.

«Mas no era ocasion de pensar en venganza: en la situacion que atravesábamos la pérdida de un solo hombre era irreparable, y si el combate llegaba á encarnizarse y perecian varios, imposibilitarian la salida de los buques de Nueva Zelandia; cuanto más que aun nos restaba otro puesto, la enfermería, cuyo embarco salvar ó proteger.

«Así, pues, procuré disuadirlos por cuantos medios se ocurrian á mi imaginacion, y por último, al observar su exaltacion, que tal vez ocasionara una falta de subordinacion, terrible y fatal en aquellos momentos, les grité: Contenéos por ahora, amigos; no dispareis, marchad siempre unidos y en buen órden como soldados civilizados por entre estas hordas de bandidos, y fiad en mi palabra, que yo os prometo satisfacer con usura vuestra justa venganza.

«Al llegar á las chalupas, los salvajes parecian dispuestos á intentar un ataque, pues nos estrechaban cada vez más; entónces tomé un palo, y clavándole en el suelo á diez pasos del jefe que capitaneaba la turba enemiga, me dirigí á él, y le dije que si un solo súbdito suyo pasaba de aquella línea, le mataria sin remision. El jefe trasmitió dócilmente la intimacion, y los isleños, cuyo número pasaba de mil, se sentaron al punto, para manifestar su sumision á la órden del jefe.

«Sin moverme del puesto que ocupaba dispuse el embarque de todos, operacion bastante larga por cierto, y difícil ademas, pues como eran demasiados los hombres y efectos que debian embarcarse, las embarcaciones, sobrecargadas con exceso, calaban más de lo regular y no podian atracar, por cuya razon era preciso entrar en el agua para saltar á bordo; con el fusil preparado tuve á raya la insolencia de los salvajes, y despues que todos se embarcaron lo efectué yo, sin volver la espalda al enemigo.

«No bien desatracámos cuando los insulares se levantaron como impelidos por un resorte, comenzaron á exhalar gritos de guerra, forzaron la consigna disparando una lluvia de piedras y dardos que afortunadamente no ocasionaron mal alguno, pegaron fuego á las barracas construidas en la playa, y nos amenazaron con sus armas, chocándolas unas contra otras y moviendo una vocería infernal y atronadora.

«La chalupa estaba atestada de gente, por lo cual me quedé en pié en popa, con la caña del timon entre las rodillas, sin intencion de disparar un solo tiro, y pensando sólo en llegar cuanto ántes á bordo del *Mascarin* para trasbordar la

tripulacion y marchar en seguida á la isla de Motou-Aro á recoger los enfermos, las fraguas y la pipería.

«En vista de nuestra impasibilidad los salvajes se envalentonaron, llevando su osadía al extremo de apostrofarnos con insultantes epitetos y entrar en el agua en persecucion de la chalupa.

«Era imposible permanecer tranquilo por más tiempo, y tanto por la propia defensa como á excitacion de los soldados mandé levantar los remos y herir sin compasion con ellos al primero que intentara poner la mano en la borda ó acercarse al costado, disponiendo al propio tiempo que los cuatro tiradores más certeros hiciesen fuego á los jefes que con sus voces excitaban á aquella turba de fieras.

«Así se ejecutó, y el mortífero fuego duró algunos minutos sin interrupcion; cada tiro producia una víctima, y á pesar de tan horrible matanza los salvajes veian caer á sus jefes y compañeros con la más increible estupidez, no comprendiendo cómo podian ocasionarles la muerte armas que no les tocaban inmediatamente como sus lanzas ó macanas.

«Léjos de intimidarse á cada tiro redoblaban sus gritos y amenazas, agitándose horriblemente sin avanzar ni retroceder y permaneciendo en la playa como un rebaño de carneros, de suerte que á continuar los disparos pudiéramos exterminarlos á todos.

«Costóme gran trabajo contener á los soldados, á quienes la ira cegaba, ansiando acabar con sus pérfidos enemigos; mas al fin pude alcanzarlo despues de morir gran número de estos, y mandé forzar remos hácia el *Mascarin* á pesar de los incesantes clamores de aquellas hordas furiosas.

«Llegado á bordo envié á la isla de Motou-Aro la chalupa en la cual se embarcó un destacamento mandado por un oficial, con órden de trasbordar ante todo los enfermos, empleados de sanidad y utensilios de hospital, recomendándole á la par que plegara tiendas y se atrincherase en la fragua por la noche con la pipería, colocando una centinela avanzada por la parte del pueblo y vigilando constantemente para evitar toda sorpresa. Díle santo y seña, y le prometí enviar refuerzos al punto en caso de ataque.

«Por extraordinarias ó nimias que pudieran parecer tales precauciones, no lo eran sin embargo, atendida la perfidia con que obraran anteriormente los neo-zelandeses, y conociendo ademas su aficion al hierro; así es que recelaba, y con razon, que intentasen algun golpe de mano en las fraguas, donde sabian que se hallaba gran cantidad de este metal.

«No salieron fallidos mis recelos, pues si bien los enfermos llegaron á bordo felizmente y sin obstáculo ni molestia como á las once de la noche, supe más tarde que los salvajes estuvieron rondando el puesto desde que anocheció hasta el amanecer, aunque sin intentar nada, á causa de la constante vigilancia de los soldados.

«Al dia siguiente, 14 de junio, envié á la isla otro destacamento con dos oficiales á fin de proteger la provision de agua y leña, que aun no estaba terminada, lo cual retardaba la partida que por momentos anhelábamos.

«La perfidia de los insulares manifestó el riesgo que se correria en ir á proveerse de estos dos artículos al interior, donde indudablemente hallarian mucho

mayor número de enemigos más audaces que los del dia anterior: la isla de Motou-Aro, situada en el centro del puerto, muy próxima á los buques y dominada por nuestros fuegos, abundaba igualmente de leña, y estaba regada por un arroyo de agua dulce, bastante cómodo para llenar las pipas; pero habitaba la isla una tribu de trescientos salvajes que podia molestar á los marineros.

«En su consecuencia ordené al oficial de aquel puesto que reuniese todos los soldados y tomara el pueblo á viva fuerza, en caso de que los habitantes pareciesen dispuestos á hostilizar, y despues de apoderarse de la poblacion, quemarla y batir la isla por completo para asegurar la aguada.

«Por la tarde se presentaron cerca del puerto los salvajes armados, y como todos se hallaban prevenidos, salieron contra ellos y avanzaron á la bayoneta sin disparar un tiro; pero los salvajes huyeron al pueblo, donde se hicieron fuertes, con su acostumbrado clamoreo.

«Malou, jefe de aquella aldea y uno de los que más amistad nos manifestaran, capitaneaba la horda acompañado de otros cinco jefes de tribus ó guerreros principales, quienes se agitaban sin cesar excitando con la voz y el movimiento de las armas á los demas á avanzar contra los nuestros; pero no se atrevieron á verificarlo.

«Los soldados, en columna cerrada, llegaron á tiro de pistola del pueblo, y desde allí empezaron el fuego matando á los seis jefes, cuya pérdida ocasionó una fuga á la desbandada en los salvajes, que atravesaron corriendo el pueblo para refugiarse en las piraguas.

«Nuestros valientes les persiguieron á la bayoneta, mataron cincuenta, arrojaron al mar casi doble número é incendiaron la aldea, quedando con esta victoria dueños de la isla y sin lamentar otra desgracia que una grave herida de dardo inferida á un soldado junto á un ojo.

«Terminada esta expedicion pudiéronse trasportar con entera tranquilidad las fraguas, el hierro y el agua, únicas cosas que faltaban.

«Pero cubiertas las necesidades restaba aun la venganza, por cuya causa mandé rozar los grandes matorrales que cubrian la isla, en los cuales podia muy bien ocultarse y sorprendernos el enemigo, pues eran espesísimos y con una altura de seis piés, enterrando despues á los insulares que murieron en el combate con una mano fuera para demostrar á aquellos caníbales que no acostumbrábamos como ellos á devorar los enemigos despues de muertos.

«Prometí á los soldados y marineros cincuenta pesos por cada salvaje que pudieran capturar y presentar vivo, pues mi objeto era que sirvieran de rehenes para asegurar la sumision de sus compatriotas, ó bien canjearlos con los principales asesinos del capitan para que sufrieran el condigno castigo; pero los traidores indígenas, cuyo plan fue detenida y secretamente llevado á cabo, ántes de intentar ataque alguno cuidaron de colocar en salvo á sus mujeres é hijos trasladándoles al interior del islote grande; y en cuanto á ellos, en vano intentaron los soldados apoderarse y atar los heridos: ó semejantes á las fieras los mordian cruelmente hasta que era preciso acabar con ellos, ó rompian las más récias ligaduras con la misma facilidad que si fueran de finísimo hilo, de suerte que fue absolutamente imposible apoderarse de uno solo vivo.

«A todo esto el *Castries* carecia de baupres y trinquete, y ya era arriesgado,

si no imposible tratar de recobrar la magnífica arboladura de cedro en construccion, por lo cual, á fin de alistar lo más pronto posible, empalmaron árboles de menores dimensiones, y terminóse el aparejo del *Castries* como mejor se pudo.

«Asimismo fue preciso invertir un mes en proveernos de setecientas barricas de agua y setenta cargas de leña que se necesitaban para ambos buques, y como no poseíamos mas que una chalupa, el trabajo era largo y pesado.

«Cada dia iba y venia de la isla dos veces la chalupa, con un viaje de agua y otro de leña, cuidando de escoltar á los trabajadores un destacamento que por la tarde volvia con ellos á pernoctar á bordo, pues para mí era de gran entidad la economía de hombres, en el caso de que los salvajes repitieran sus intentonas.

«Un dia que la chalupa se detuvo en Motou-Aro más de lo que acostumbraba, á la caida de la tarde atravesó una multitud de salvajes desde el islote grande á la isla, por cierto paraje conocido de ellos únicamente y sin que nadie percibiera tal movimiento. El centinela observó que se encaminaba á él un hombre con sombrero y traje de marinero, aun que con precaucion y como si tratara de deslizarse sin ser visto. Intimóle la órden de hacer alto; mas era un salvaje, que no comprendiendo la palabra, continuó avanzando hasta que reconocido su disfraz, el soldado le disparó un tiro dejándole muerto en el acto.

«Al punto, y como si brotara del centro de la tierra, presentóse una multitud de salvajes; el destacamento siempre vigilante, y advertido por la detonacion, salió contra ellos, persiguiéndoles y causando muchos muertos, á quienes hallaron vestidos con los trajes de los oficiales y marineros que asesinaron con el capitan Marion; los que pudieron huir se salvaron en las piraguas y desde entónces ya no volvieron á presentarse en Motou-Aro.

«A veces solian pasar en cuadrillas como para insultarnos por delante de los buques; si se hallaban al alcance de los cañones se les disparaba de cuando en cuando algun cañonazo, especialmente de noche para advertirles que estábamos prevenidos; pero cuando se colocaban á mayor distancia jamas permití que se desperdiciara un tiro, pues sobre ser inútil era de temer que no sintiendo los efectos de la artillería se envalentonaran despreciándola é intentaran alguna sorpresa.

«Una piragua tripulada por ocho ó diez salvajes se aventuró audazmente cierto dia á avanzar demasiado, y disparándola un cañonazo, la partí matando tres ó cuatro hombres y ganando los otros la playa á nado.

«Entre tanto no adquiríamos la menor noticia de los asesinatos del capitan, de los dos oficiales y catorce marineros que le acompañaran en su canoa para pescar, y los únicos detalles que obtuvímos por la relacion del marinero milagrosamente salvado, eran que los once tripulantes de la chalupa del *Castries* fueron asesinados, abiertos sus vientres, divididos en pedazos sus cuerpos, y repartidos entre los salvajes, cómplices y ejecutores de tan bárbara carnicería.

«Para adquirir, pues, algunos datos exactos respecto á la suerte del capitan y los compañeros, á quienes cada dia deplorábamos más, despaché la chalupa tripulada por un grueso destacamento al mando de oficiales de valor y pericia reconocidos, con órden de abordar y si era preciso atacar el pueblo de Takouri.

«Trasbordáronse dos pedreros y dos esmeriles, é hizo rumbo directamente al

paraje donde dias ántes se observaron las otras embarcaciones encalladas; pero sólo hallaron sus cenizas, pues los salvajes las habian quemado para extraer el hierro.

«Despues de efectuado el desembarco sin obstáculo, dejando bien custodiada la chalupa, el destacamento avanzó en buen órden al pueblo de Takouri; mas el traidor huyó de antemano á la aproximacion de los soldados, y sólo alcanzaron á divisarle á lo léjos, embozado en la capa del capitan Marion, fácil de reconocer porque era azul y escarlata.

«El pueblo asimismo estaba desierto, y no hallaron en él sino algunos ancianos, que imposibilitados por su avanzada edad para seguir á sus respectivas familias, y resueltos á afrontar el peligro que les amenazaba, se habian sentado tranquilamente á la puerta de sus cabañas, y aguardaban la muerte con la estóica calma de un senador romano en la silla curul.

«Intentaron aprisionarlos, pero el primero á quien se acercaron les miró con atencion, y con la mayor serenidad asió un dardo que tenia al lado é hirió al soldado que trataba de llevarle, cuya accion le costó la vida, perdonando á los demas y dejándolos en el pueblo.

«En vista de la fuga de los insulares procedióse á un minucioso registro en todas las casas, encontrando en la de Takouri el cráneo de un hombre, cocido recientemente, del cual quedaban algunos restos en que se descubrian señales de los dientes de los feroces antropófagos, como tambien una pierna humana medio devorada y clavada en un asador de madera.

«En otra casa se encontró una camisa con el cuello ensangrentado y tres ó cuatro agujeros en el costado igualmente manchados de sangre, reconociendo ser aquella camisa del capitan Marion.

«Continuóse el registro y se hallaron sucesivamente en varias casas parte de la ropa y las pistolas del jóven Vandricourt que acompañó á su capitan á la fatal pesca, vestidos de los desventurados marineros y las armas de la canoa, y terminada esta operacion pegaron fuego al pueblo que quedó reducido á cenizas.

«Al alejarse de aquellos funestos lugares observó el destacamento que los isleños evacuaban otro pueblo mejor situado y más fortificado que los demas, cuyo jefe era Piki-Ore, del cual se sospechaba con algun fundamento que era cómplice de Takouri.

«Corrieron los soldados á la poblacion, animados con la esperanza de verificar alguna importante captura; pero su afan fue vano y frustrada su esperanza, pues al llegar hallaron el pueblo completamente desierto como el anterior, por cuyo motivo, despues de registrar las casas, encontrando asimismo bastantes efectos de nuestras embarcaciones, le incendiaron y destruyeron.

«Satisfecha por aquel dia la sed de venganza de los soldados que, en su dolor por la muerte del capitan cuyas excelentes dotes le granjearan la general simpatía, ardian en deseos de exterminar á sus miserables asesinos y castigar severamente la atroz perfidia de que fuera víctima, dispusieron los oficiales el reembarco.

«Cuando llegaron á la playa encontraron en ella las piraguas de guerra, las cuales remolcaron con la chalupa hasta los buques: de ellas se extrajeron algunos tablones y todo el maderámen que podia utilizarse, y las armazones completamen-



te inútiles midiendo unos sesenta piés de eslora, se arrojaron al fuego.

«Tras tan terribles y justas represalias, harto benignas si se atiende á la vil traicion de los salvajes, no juzgámos oportuno prolongar la permanencia en aquellas costas, y reparado algun tanto el *Castries* que mandaba el teniente Duclesmeur, confiándome el mando del *Mascarin*, zarpámos de Nueva Zelandia el 14 de julio de 1772, para continuar el viaje á la Oceanía.»

Hasta aquí la narracion del teniente Crozet, de cuya veracidad es imposible dudar, en atencion á que presenció los bárbaros asesinatos referidos; mas no terminarémos sin mencionar lo que otros dos célebres viajeros dicen acerca de estas islas: Urville en su admirable viaje del *Astrolabio* á Nueva Zelandia narrando el viaje del capitan Surville en diciembre de 1769, y el malogrado capitan inglés Dillon en el *Viaje á las islas del Sur*, en 1827, donde refiere las circunstancias que acompañaron y siguieron á la deplorable muerte del capitan Marion, si bien contadas por los habitantes de Korora-Reka, adolecen del espíritu fabuloso y exagerado que por una parte les presta la tradicion, y por otra el terror que produjo en aquellos insulares la primera vista y efectos mortíferos de las armas de fuego.

Segun la opinion del erudito navegante frances, la muerte del capitan Marion y sus compañeros fue consecuencia de actos de violencia ejercidos con anterioridad por Surville, que encendieron el odio en los corazones de los neo-zelandeses.

Parece que al correr un temporal delante de Nueva Zelandia perdió el bote que remolcaba su buque por la popa, divisándole despues encallado en la playa de la ensenada del Refugio. Los salvajes se apoderaron de él y le ocultaron de tal manera, que cuando envió á buscarle cuantas pesquisas se practicaron con este objeto fueron inútiles, lo cual produjo la sospecha de que le habian sumergido en un riachuelo que fue sondado por todas partes con no mejor fortuna. Irritado Surville por la pérdida de su bote mandó por señas á los salvajes acercarse. Uno de ellos corrió á obedecer, el infeliz jefe Nangui-Noni, que hospedó dias ántes en su casa con la mayor humanidad y desinteres á los enfermos de la tripulacion de Surville, y sin dolerse de sus ruegos, sollozos y lágrimas fue conducido á bordo, maniatado, arrancado á su querida patria, pereciendo en la travesía á la vista de las islas de Juan Fernandez, el 12 de marzo de 1770. Los demas insulares ménos confiados emprendieron la fuga, pero les persiguió causando algunas víctimas, se apoderó de una piragua y quemó cuantas se hallaban en la playa como tambien todos los pueblos ribereños, partiendo de Nueva-Zelandia despues de tan injustas arbitrariedades, sin prever que aquel exagerado castigo, que al principio sembró el terror entre los neo-zelandeses, podria acarrear funestísimas consecuencias para los europeos que por desgracia arribaran más tarde á las islas.

¡Infortunado Marion! exclama Dumont. Esa fue la causa de tu muerte y la de tus compatriotas y subordinados. No hay que buscar otros motivos.

Por lo que respecta al relato de Dillon, hallándose surto en la misma bahía de Motou-Aro y oyendo pronunciar el nombre de Marion al jefe Maounga, que despues tomó el apelativo de King-Charley, trató de averiguar las circunstancias que motivaron la muerte del capitan frances; el insular le dijo que él no te-

nia noticia de otra cosa sino de que sus buques recalaron en la Bahía de las islas fondeando en la que hoy se conoce con la denominacion de Bahía del navío, pero que la reina Tourourou podria informarle de todo.

No dejó de visitarla el ilustrado viajero, y en efecto le dijo que se acordaba perfectamente de aquella matanza, que iba á bordo del buque frances una mujer blanca llamada Micki ó Maiki, nodriza en dialecto neo-zelandes, con un niño, la cual saltó en tierra en Paroa para lavar alguna ropa, y los salvajes de la tribu de Wangaroa la hurtaron varias prendas; que pocos dias despues se promovió una cuestion con motivo de una corta cantidad de pescado, estando presente Micki, quien asustado echó á correr y pasó á bordo, informando sin duda mal al capitan, el cual ignorando la verdadera causa de la riña saltó en tierra para pacificarlos y fue muerto.

En breve llegó á los buques la noticia de tan fatal acontecimiento, y desembarcaron doscientos hombres con fusiles, contra quienes resistieron con valor, aunque en vano los naturales, confiando en la superioridad del número. Confianza ilusoria, pues el *patou patou* y el dardo eran insuficientes contra las balas, y los de Wangaroa morian á docenas, no comprendiendo aquellas muertes súbitas, pues no veian objeto alguno que les ocasionara.

Aterrados emprendieron la fuga hácia un punto fortificado situado en el islote grande, suponiendo que los europeos eran espíritus que soplaban sobre ellos palabra, humo y fuego con unos tubos de hierro, llamando desde entónces al fusil *pou*, que en su dialecto significa soplo, soplar, perseguidos por los franceses, que dieron la muerte á muchos.

El jefe que mató al capitan Marion se llamaba Takouri, el perro, y era de Wangaroa. En el país se cantan aun ciertos poemas sobre la batalla y muerte de Marion, en los cuales se menciona á Micki y á su hijo.

Dillon les oyó muy á menudo, aunque no les comprendia, y sólo se enteró de su asunto por la relacion de los insulares.

AVENTURAS Y CAUTIVIDAD

DE RUTHERFORD, Y ROBO DEL BRICK INES

en Nueva Zelandia, en 1816.

Si para conquistar el dictado de héroe ó adquirir celebridad se necesita arrostrar por grandes riesgos y peripecias, nadie con más derecho es acreedor á tal título que el protagonista de nuestra narracion, pues ademas de la inquie-



ta y variadísima vida del marino, que tan diversos accidentes ofrece en su trascurso, las alternativas que durante un largo cautiverio sufrió constituyen por sí solas un período en que desde el terror á la tranquilidad, desde el más profundo sentimiento hasta la alegría más completa, desde la abyecta condicion de esclavo hasta la dignidad de jefe, apénas existe una variacion por que Rutherford no pasara, tan pronto con la muerte ante sus ojos, como halagado por la fortuna.

A él debemos una extensa memoria de su permanencia en Nueva Zelandia, que pasma y conmueve á la vez, y podria formar por sí sola un respetable volúmen á estar escrita con la erudicion y riqueza de forma que otros, ya por efecto de una escogida educacion científica y literaria, ya porque poseyeran ese soplo divino que se llama genio, el cual nada en el mundo puede hacer adquirir, empleándolo en descripciones, acaso ménos interesantes que la que nos ocupa; pero el desaliño con que redactó el diario de su cautividad nos obliga á renunciar al deseo de reproducirle íntegro, y dejando aparte multitud de detalles pueriles ó insignificantes, trascribirémos sólo los más notables ó que ofrezcan más palpitante interes.

Rutherford pertenecia á la marina inglesa desde la edad de diez años, época en que ingresó en ella en calidad de grumete, y despues de pasado su aprendizaje, y servir como marinero largo tiempo en un buque de la armada, en el cual realizó un viaje redondo de Madras á China, se embarcó en un navío que conducia deportados para Nueva Gáles del Sur.

Allí abandonó la marina de guerra por la mercante, y verificó una campaña comercial en el Océano Pacífico á bordo de la goleta *Magnet;* mas acometido de una grave enfermedad en Hawaii, islas Sandwich, donde recalaron, quedóse en aquel punto, entrando despues de su curacion en el *Inés*, brick americano de seis cañones y catorce hombres de tripulacion, á las órdenes del capitan Coffin, el cual despues de arribar á diversos puntos hizo rumbo á la costa oriental de Nueva Zelandia, con objeto de recalar en la Bahía de las islas y proveerse de víveres frescos.

El 6 de marzo de 1816 hallábanse á la vista de las islas Barriere, situadas á la embocadura de un rio distante algunas millas del puerto adonde se dirigian: pusieron la proa al Norte, pero poco despues una racha de viento del N. E. les obligó á capear el temporal, rebasando la embocadura del rio y siguiendo las variaciones de direccion en que aquel soplaba; cuando cesó, cinco dias más tarde, reconocieron al orientarse que estaban á corta distancia al Sur de un alto cabo, que, segun la descripcion de Rutherford, no debia ser otro que el cabo Wai-Apou, descubierto por Cook y denominado cabo Este por el célebre capitan.

Extendíase la tierra en una dilatada llanura, formando la costa una cómoda y anchurosa bahía; mas el capitan Coffin no parecia muy dispuesto á entrar en ella, pues ignoraba completamente los peligros que encontraria, y el carácter y costumbres de los habitantes.

No obstante su repugnancia, fueles preciso recalar para tomar agua, pues casi carecian de ella á bordo, y observando que á pesar de los esfuerzos practicados para ganar la Bahía de las islas el viento continuaba todavía contrario, y aunque ménos fresco, lo suficiente para inutilizar todas las maniobras, anclaron

en frente de una punta de arrecifes que formaba una de las extremidades de la bahía, porque el capitan, previendo algun desman por parte de los naturales, juzgó más oportuno hallarse siempre en franquía.

Apénas se largó el ancla, cuando rodeó á la goleta multitud de piraguas que salieron de toda la bahía, tripuladas y gobernadas por veinte ó treinta mujeres cada una, que manifestando amistad, saltaron á bordo, donde permanecieron toda la noche robando cuanto encontraban á mano, cuyo proceder agresivo desagradó sobremanera al capitan; pero deseando que no se disgustasen para que le proporcionaran cuanto necesitaba, limitóse á ordenar á la tripulacion que las vigilara y evitara su rapiña sin molestarlas.

Poco despues de salir el sol al siguiente dia, un jefe llamado Emai llegó á bordo en una piragua de guerra, como de sesenta piés de eslora, tripulada por más de cien indígenas que llevaban gran cantidad de esteras finísimas y lienzo fabricado con exquisito lino blanco cultivado en aquellas islas, que intentaban con empeño vender á los navegantes.

Emai permaneció largo rato á bordo, y enterado de la pretension del capitan, convino con él en ir á tierra con algunos hombres de su tribu en el bote del brick á fin de traer provision de agua, á cuyo efecto eligió los que le parecieron más á propósito, y habló un breve rato con los demas, que ocuparon otras piraguas y se alejaron.

Miéntras que el bote hizo el primero y segundo viaje los demas salvajes volvieron con algunos cerdos y raíces de helecho para alimentarlos, continuando durante todo el dia las idas y venidas, de suerte que al anochecer estaban comprados doscientos puercos y la correspondiente provision de raíces de helecho.

Hasta entónces los salvajes no habian manifestado intenciones hostiles, y á no ser por su extremada inclinacion al robo que obligaba á la tripulacion á vigilarles constantemente, nada al parecer debia alterar las amistosas y cordiales relaciones entabladas.

Sin embargo, los latrocinios continuaron durante la noche con una frecuencia y audacia inauditas que comenzaron á alarmar á los navegantes, pues al amanecer notaron que faltaba todo el plomo de la popa, y varias cuerdas estaban cortadas.

A este tiempo volvia Emai con otro cargamento de agua, pero el bote llegó en tan mal estado que se temia su pérdida; examináronle los calafates, pues sorprendia á todos tan repentina avería, y declararon que procedia de haberle arrancado todos los clavos de la borda.

Miéntras que practicaban este reconocimiento por una parte, Rutherford sorprendia por otra á un salvaje apoderándose del plomo del escandallo, el cual le arrancó de las manos irritado por tanta insolencia, aplicándole un puntapié, accion á la que contestó el insular rechinando los dientes y amenazándole con su macana.

Déjase deducir que este incidente produciria alguna discusion que llegó á noticia del capitan, quien temiendo que surgieran nuevos y más sérios disgustos, como tambien irritado por lo que acababa de pasar con el bote, determinó zarpar cuanto ántes, evitando de este modo violencias que al fin serian necesarias, pues á ellas daban lugar los latrocinios de los indígenas, y especialmente

en aquellos momentos en que pasaban de trescientos los que se hallaban á bordo, y todos armados. En este concepto llamó al jefe y le entregó como precio convenido de antemano por su trabajo dos fusiles, pólvora y plomo.

Notaron entónces que no abrigaban las mejores intenciones, pues iban todos agrupándose al rededor de Emai, y echando mano á su cintura como para convencerse de que allí conservaban el arma fatal, que consiste en una piedra verde como de un pié de largo, plana, cortante por ambos lados con mango, á que denominan *mere;* arma terrible que manejan con sin igual destreza, sirviéndose de ella para hender la cabeza de sus enemigos.

En aquel momento brilló en la playa multitud de fogatas y espesas columnas de humo se elevaron hácia el cielo, al mismo tiempo que la orilla se cubria de salvajes que por todas partes acudian corriendo.

Comprendió el capitan que aquellas señales debian referirse á ellos, y recelando el riesgo mandó largar velas con intencion de zarpar al punto. Todos corrieron á las vergas, Rutherford largó el foque, y el contramaestre, temeroso por la actitud de los salvajes bajó al comedor y se puso á cargar las pistolas, por si eran precisas; sólo quedaban sobre cubierta el capitan y el cocinero.

Esta ocasion sin duda aguardaban los isleños para empezar la matanza, y la aprovecharon. Emai arrojó la estera que le cubria, y blandiendo la mere entonó el canto de guerra, imitándole sus súbditos que repitiendo el canto comenzaron á danzar apresurando el compas con tal violencia que parecian hundir la cubierta.

Hallábase en aquel momento el desventurado capitan apoyado en el palo mayor, cuando deslizándose un salvaje por detras de él le asestó dos ó tres golpes en la cabeza y le tendió á sus piés sin vida con la rapidez del relámpago. El cocinero que le vió caer trató de correr en su auxilio; mas ántes de dar un paso fue muerto de igual manera. Un momento despues, alarmado por el ruido, subia el contramaestre precipitadamente la escalera; pero no bien asomó la cabeza por la escotilla, cuando recibió un golpe en la nuca que le derribó sin sentido, aunque no le mató, precipitándose tras él en tropel los salvajes en la cámara.

Tan traidora é inesperada sorpresa introdujo el pánico en la tripulacion, que hallándose desarmada é indefensa, y comprendiendo el peligro que sus vidas corrian, trató de buscar la salvacion en la fuga. Cuatro marineros se arrojaron al agua; pero vigilantes los salvajes que ocupaban las piraguas, forzaron remos, los alcanzaron, y atándoles de piés y manos les tendieron en el fondo de sus embarcaciones, subiendo entre tanto á la arboladura los que estaban en el brick y aprisionando al resto de la tripulacion, entre el cual se contaba Rutherford que, caballero sobre el botalon del foque, lloraba al contemplar esta desgarradora escena, temblando á la idea de ser asesinado como el infeliz capitan, y que á la primera señal se rindió.

Despues de colocarlos á todos en la piragua grande los despojaron de cuanto llevaban encima, y la ferocidad de los caníbales llegó al extremo de arrojar en la embarcacion con los prisioneros los cadáveres del capitan y el cocinero, y al mal herido contramaestre, que exhalaba dolientes gemidos en medio de una cruel agonía, miéntras que un salvaje se sentó á su lado para lamer la sangre que en abundancia manaba de la herida de más de dos pulgadas de profundidad.



Parecia que iban á hundir la cubierta.

Terminadas estas operaciones las mujeres picaron el cable del brick que empezó á abatirse hasta que encalló en la embocadura del rio; allí procedieron en primer lugar á desembarcar los cerdos, que fueron muertos en el acto ó trasbordados á las piraguas; en seguida comenzó el saqueo de la nave, y la mayor ó menor parte del botin produjo palabras, discusiones, riñas, amenazas y por último una escaramuza en que los salvajes se asesinaban con el mayor encarnizamiento, quedando el lugar del combate cubierto de cadáveres.

Al declinar el sol los condujeron al pueblecillo más inmediato atándoles á los árboles. Ya el contramaestre habia exhalado el último suspiro, de manera que sólo quedaban doce con vida. Colgaron asimismo los cadáveres por los piés de un árbol elevado, para impedir que les comieran los perros, y esta horrible precaucion sólo servia para convencer á los malaventurados prisioneros del triste fin que les aguardaba. La idea de la próxima muerte les impedia sentir el frio y el hambre para no pensar sino en que se hallaban en poder de feroces antropófagos.

Durante la noche remolcaron el brick hasta la entrada del pueblo, y á cosa de las diez, despues de alijar cuanto contenia, le pegaron fuego, reuniéndose despues en un vasto erial próximo á la aldea, y sentándose todos en círculo, excepto los cinco jefes que los capitaneaban, para quienes reservaron puesto en el centro. Los tripulantes del *Ines* observaban aquella escena con desgarradora incertidumbre, especialmente cuando al cabo de breves momentos se acercaron á ellos los jefes, les examinaron con detencion y se reunieron en consulta: á poco rato volvió Emai, desató á Rutherford y á otro, y los condujo al centro del círculo, donde les obligó á sentarse.

Al punto empezaron los jefes á recorrer el círculo entonando su canto de guerra, acelerando el paso, alzando la voz y blandiendo sus terribles meres, miéntras los súbditos guardaban profundo silencio y en la más absoluta inmovilidad parecian escuchar á sus jefes con la mayor atencion y religioso respeto.

Finalmente, á una señal de Emai levantóse un salvaje, corrió á los marineros atados á los árboles, y asesinó á seis en un momento, hendiéndoles la cabeza con su afilada mere, y formando un horrible concierto los lamentos de las víctimas con las carcajadas, voces y canciones de los salvajes, miéntras que Rutherford y su compañero obligados á presenciar tan bárbara carnicería lloraban esperando idéntica suerte, y los caníbales se reian de sus lágrimas mostrándoles las armas con gestos amenazadores.

Despues que asesinaron á los marineros, unos los desollaron y descuartizaron entre tanto que otros se ocupaban en abrir grandes hoyos redondos, que llenaban de leña seca cubriéndola con piedras: en seguida pegaron fuego á la leña para que las piedras se pusieran candentes, y colocando los tasajos de carne humana entre dos capas de hojas verdes, los acomodaron sobre las piedras, cubriéndolos con una estera, derramando encima buena cantidad de agua, que se evaporaba al caer en el fuego y las piedras, y tapando el todo con tierra, de igual suerte que lo ejecutan los europeos en la elaboracion del carbon.

Los que aun conservaban la vida recibieron una escasa porcion de pescado asado, y las mujeres les prepararon ademas raíz de helecho tostándola y machacándola despues entre dos piedras hasta reblandecerla; pero el aspecto del horri-

ble asado que ante sus ojos prepararan momentos ántes los indígenas, les habia arrebatado el apetito; así es que apénas comieron, conduciéndoles despues á una choza donde encontraron esteras y yerba seca para acostarse, vigilados por dos jefes que no se separaron de ellos en toda la noche.

Empezaba á clarear cuando los centinelas los despertaron, y mandándoles salir les obligaron á sentarse delante de la choza, donde encontraron varias mujeres ocupadas en tejer esportillas de lino verde, las cuales, en vez de platos, destinaban para servir la carne humana que habia estado asándose toda la noche, con batatas preparadas de igual manera.

Cuando destaparon los hoyos corrian los muchachos hambrientos á robar ántes que nadie pedazos de los cadáveres, y sin temor de abrasarse los devoraban con avidez.

Reuniéronse los jefes, y recogiendo las esportillas de las mujeres las repartieron entre los circunstantes; tambien á los europeos les entregaron las suyas, sirviéndoles en ellas batatas y un pedazo de carne asada muy semejante á la del puerco; mas estos rechazaron la indigesta vianda estremecidos de horror con la idea de que tal vez aquella carne era de sus queridos compañeros, y abandonaron el horrible plato á la voracidad de un indígena, que al observar su accion se apoderó del repugnante manjar saboreándole con delicia.

A la mañana siguiente los cinco jefes seguidos de los prisioneros y escoltados por unos cuarenta salvajes emprendieron la ruta hácia el interior, cargados con el botin de la malograda goleta que aun ardia á su partida.

Despues de una marcha lenta, dilatada y fatigosa, cruzando bosques y pantanos, llegaron al fin á un pueblo situado como á diez millas de la costa, residencia de uno de los cinco jefes llamado Rangadi, quien fue recibido por más de doscientos habitantes que se arrodillaban delante de él, gritando, aullando, desgarrándose con aguzados guijarros los brazos, rostro y pecho, regando el camino con la sangre que brotaba de las heridas, de espantosa profundidad algunas y que á veces les causan la muerte.

Aunque sumamente baja la casa del jefe donde se albergaron los cautivos, era sin embargo la más espaciosa del pueblo, y sin otra salida que una puerta de corredera, por la cual era preciso entrar á gatas.

Luego que descansaron procedieron á asar en hoyos, como la noche anterior dos cerdos y batatas, de los cuales distribuyeron parte á los esclavos que no comen con los jefes, quienes partieron la cena con los blancos del *Ines*.

El festin se verificó al aire libre, y las viandas que sobraron fueron colgadas en los maderos del cobertizo, porque, ya sea por costumbre, ya por lo reducido de las habitaciones, los neo-zelandeses no acostumbran á comer ni á guardar los víveres dentro de sus casas, como tambien, segun la relacion de Rutherford, las esportillas en que comen no les sirven más que una vez.

Los vasos que usan son calabazas y en ellas conservan los líquidos. Despues de comer se colocan en fila, y un esclavo va recorriéndola, echándolas el líquido en la boca á uno despues de otro, pero evitando con el mayor cuidado que toquen la calabaza con los labios. Nada beben caliente ni tibio, y parece que su única bebida es el agua, pues todos los viajeros han notado su señalada aversion al vino y á toda clase de licores.

Terminada la cena encendióse una gran hoguera á cuyo amor sentáronse los prisioneros, miéntras que varias mujeres, graciosas y bien formadas, se entretenian, ya en examinarlos el pecho, ya en tocarles las pantorrillas, operacion que les estremecia de terror, porque, segun Rutherford, no tenia otro objeto que asegurarse de su robustez para calcular si estaban en disposicion de ser devorados y si su carne seria suculenta.

Por la mañana les devolvieron los cuchillos y petacas, y les presentaron el desayuno compuesto de batatas y mariscos asados, que comieron con algo más de apetito, tanto porque el género de vianda les quitaba todo recelo de comer carne de sus compañeros, cuanto porque ya estaban casi desfallecidos de inanicion.

Aquella misma mañana llegaron la mujer é hijas de Emai, y despues de la ceremonia de los gemidos pasaron á ver á los prisioneros. La primera cosa que llamó su atencion fueron los botones de metal de la chaqueta de Rutherford, quien al comprender por una señal de Emai que deseaban adquirirlos, se apresuró á cortarlos y ofrecérselos; accion que les produjo un júbilo extraordinario, y corriendo á él le tomaron las manos, diéronle en ellas amistosas palmaditas y exclamaron alborozadas: Hombre blanco bueno.

Poco despues los despojaron de toda la ropa presentándolos desnudos á la concurrencia, reunida en círculo como los dias anteriores: tendiéronles de espaldas en el suelo, y sujetos por cinco ó seis salvajes cada uno, los sometieron á la dolorosa operacion del *tatú* ó acupunctura, que verificaron del modo siguiente. Mojaron primero varios huesos cortantes, aguzados y de diversos tamaños, segun la finura del dibujo la requeria, en un líquido negro compuesto de agua y carbon machacado, y con esta especie de cinceles herian con extremada rapidez en la carne, valiéndose de un pedazo de madera en lugar de mazo para clavarlos; sus heridas, aunque no dilatadas, eran profundas, y la sangre que brotaba de las innumerables picaduras era enjugada de cuando en cuando con el dorso de la mano del operador, para examinar al propio tiempo si el dibujo quedaba limpio y bien grabado.

Rutherford, con un valor á toda prueba y digno de elogio, sufrió esta cruel operacion, que duró cerca de cuatro horas sin moverse siquiera, y los agudos dolores que produce no fueron bastantes á arrancarle un ay ni el más mínimo quejido, miéntras que sus compañeros se agitaban y exhalaban lastimosas voces.

Parecia que el instinto de conservacion prestaba á su mente una intuicion que le revelaba que á su firmeza en aquella prueba deberia la vida, y á pesar de que cada golpe del mazo, cada punzada que recibia le producia un dolor que penetraba hasta la médula de los huesos, devoraba tan atroces tormentos con la más heróica sangre fria, y sin que á su rostro asomara el menor indicio de debilidad.

Esta firmeza sorprendió á los salvajes y conmovió á la hija más querida de Emai, quién acudió varias veces á limpiarle la sangre con un lienzo, y terminada la operacion le llevó al rio para que se lavara, conduciéndole despues junto á una grande hoguera encendida al efecto; y á la verdad bien necesitaba Rutherford de una mano compasiva que le guiara, pues como la operacion se verificaba en el pecho y en el rostro, estaba completamente ciego, por efecto de la horrible inflamacion producida por las punzadas y la sangre acumulada en aquellas partes.

Despues de enjugarse al calor les devolvieron los vestidos, excepto las camisas, de que se apoderaron las mujeres, adornándose con ellas ridículamente, pues se las colocaban al reves y les noticiaron que terminado el tatú entraban en el *tabú* ó sea en la prohibicion de tocar provisiones de ninguna especie, pues despues de la primera operacion quedaban considerados como sagrados y cualquiera genero de alimento los profanaria.

El tabú dura tres dias, y en su espacio, cuando manifestaban deseos de comer y beber, eran servidos por las hijas de los jefes. Rutherford dice que al cabo de los tres dias la hinchazon del rostro producida por la acupunctura empezó á ceder, y aun cuando recobró la vista, tardó más de seis semanas en curarse del todo, pues no aplicaban tópico alguno sobre las heridas. En cambio las dos hijas de Emai se sentaban con frecuencia á su lado y le preguntaban, ofreciéndole seguridades y consuelos en su dialecto, que pronto comprendió nuestro marino.

Casi todos los hombres están pintados en el rostro, muslos y pecho; pero sólo los grandes jefes poseen el derecho de pintarse la frente, la barba y el labio superior, prohibido á los demas, porque cuanto más pintados están son más respetados.

Seis meses permanecieron los prisioneros en aquel pueblo, excepto John Watson, que cupo en suerte á un jefe llamado Nene, y se vió obligado á seguirle habitando todos una cabaña que se les destinó despues de entregarles una marmita robada del buque para que prepararan los alimentos, la cual les fue de suma utilidad, mereciendo el respeto de los salvajes, porque tambien era considerada como sagrada y á nadie era lícito tocarla ni comer lo que en ella se condimentara.

Despues de esta larga permanencia en el pueblo Emai y otro jefe continuaron el viaje hácia el interior, seguido de los blancos, cuyo número disminuia, pues uno quedó con Rangadi, y otro llamado John Schmidt fue entregado á otro jefe, por nombre Pasama.

Quedaban sólo tres, y doce millas más adelante se detuvieron dos dias en otro pueblo, cuyos habitantes les guardaron todo género de consideraciones, regalándoles Wana, su jefe, un puerco, que degollaron á la europea, con grande extrañeza de los insulares, que para matarlos los ahogan, á fin de que no se pierda la sangre que les agrada sobremanera; así es que cuando los blancos degollaron el suyo los muchachos acudian corriendo á recoger la sangre y la bebian con avidez en la misma degolladura, miéntras los demas lo pelaban con la sola condicion de que les dieran las entrañas por su trabajo.

Al salir de aquel pueblo fue entregado á Wana otro europeo llamado Jefferson, quedando reducidos los restantes á Rutherford y otro, á quienes el que se separaba estrechó la mano cariñosamente, y se despidió de ellos llorando y diciendo. ¡Dios sea con vosotros, amigos mios! Ya no nos volverémos á ver. Y despues de un abrazo en que corrieron mezcladas sus lágrimas se alejaron para siempre.

Referidas las desgracias de la tripulacion en general y restando sólo ocuparnos de Rutherford, héroe de la presente narracion, seguirémos la memoria escrita por él, que aunque en estilo sencillo no carece de interes.

«Continuámos el viaje, dice, con Emai, su familia y otro jefe, y despues de andar dos millas en el más profundo silencio y sin que nadie profiriera una palabra, hicímos alto á la orilla de un rio, donde se encendió un buen fuego para esperar al séquito que llegó una hora más tarde, con los despojos de la goleta, pescado y batatas, atravesando en seguida el rio con el agua á las rodillas para entrar en un espeso bosque, por el cual continuámos andando hasta ponerse el sol.

«Al salir de él entrámos en un vasto campo sembrado de patatas, nabos, coles, *taros* (raíz muy semejante al *ñame*), sandías y *kumaras* ó batatas; á corta distancia estaba otro rio, y en su opuesta orilla el pueblo gobernado por Emai.

«Una piragua fué trasbordando á todos, y al entrar en el pueblo, multitud de mujeres corrian hácia Emai agitando lienzos y exclamando: *¡Aire mai! ¡aire mai!* ¡Bien venidos! ¡bien venidos!

«La casa de Emai, de mejor aspecto y más extensa que todas las demas, estaba construida de gruesas estacas entretejidas con ramas de árboles formando el techo esteras de junco.

«Mataron un cerdo y lo asaron con kumaras para que cenaran los blancos, como ellos decian, y despues nos sentámos en torno de una grande hoguera, acompañados de las mujeres que entonaron varias canciones populares, miéntras que mataban una esclava jóven y la asaban en hoyos, segun su costumbre, para solemnizar el regreso del jefe.

«Aquella noche fue nuestro albergue la casa de Emai; mas al siguiente dia construyeron con semejante objeto los indígenas una cabaña de igual forma y casi tan grande como la que ocupaba el jefe, y estos preparativos, que presenciámos, nos produjeron tan viva alegría é inexplicable gratitud, que caímos de rodillas dando gracias al cielo, porque aquellos indicios manifestaban que no era de esperar la funesta suerte de los demas tripulantes del *Ines*.

«Durante el dia llegaron sucesivamente varios jefes de otros pueblos con sus familias y esclavos para felicitar á Emai, presentándole algunos como regalo enormes sandías que se repartieron entre todos los esclavos y prisioneros, sentándose en el suelo despues para comenzar el festin.

«Empezó por atracarse de sandía, y en seguida destaparon los hoyos donde se asaba el cadáver de la esclava, cuya carne sirvieron saboreándola con delicia.

«Asistímos á aquel bárbaro festin horrorizados y trémulos; mas afortunadadamente no fuimos invitados, porque Emai manifestó desde luego nuestra repugnancia á semejantes viandas; no impidió eso, sin embargo, para que terminada la cena repartiesen los restos entre los esclavos de los jefes segun su costumbre, quienes los devoraron con avidez.

«Ocho dias despues se concluyó la cabaña empezada, y á ella nos condujo Emai, con la advertencia de poder vivir como mejor nos acomodara. En este pueblo habité durante mi permanencia, ó por mejor decir, cautividad en Nueva Zelandia.

«El primer año que moré en el pueblo de Emai lo pasámos por lo regular cazando y pescando, ejercicios en que adquirí una habilidad increible, particularmente en coger pájaros con trampa, cazando de este modo millares de cotor-

ras con redes de cincuenta piés de largo. Los insulares son tambien muy diestros en la caza, y cogen los peces vivos, buceando á maravillosas profundidades.

«El jefe poseia una magnífica escopeta de dos cañones y bastante acopio de pólvora y perdigones loberos de que se apoderó en la goleta, todo lo cual me prestaba generosamente siempre que manifestaba deseos de ir á caza, y casi siempre volvia cargado con una buena provision de palomas torcaces, que abundan en aquellas comarcas.

«Cierto dia concurrieron Emai y su familia á una fiesta á que fueron invitados en un pueblo situado á algunas millas de distancia, quedando solamente en la casa la madre del jefe, anciana enferma de gravedad, el salvaje que la asistia en calidad de médico, algunos esclavos y nosotros. En Nueva Zelandia, cuando el médico asiste á un enfermo permanece á su lado sin apartarse un momento hasta que muere ó sana, y en el primer caso está obligado á comparecer ante un tribunal compuesto de todos los jefes comarcanos á prestar declaracion é informes acerca de la causa de la muerte y los remedios empleados.

«Durante esta ausencia mi compañero cometió la imprudencia de prestar su cuchillo á un esclavo para cortar mimbres que destinaba á la reparacion de una casa, y despues que se lo devolvió, matámos un cerdo poniendo parte de él á cocer con batatas que mondábamos con el mismo cuchillo. La enferma pidió batatas cocidas, y mi compañero se las dió en presencia del salvaje que la cuidaba. Al dia siguiente murió y veinticuatro horas más tarde llegaban el jefe y su familia.

«Tan luego como recibió la noticia del fallecimiento de su madre mandó conducir el cadáver á la plaza del pueblo, donde le sentó junto á un poste, sobre una estera, cubriéndole con otra hasta el cuello, untándole la cabeza y rostro con grasa de tiburon, y ciñendo sus sienes con lino verde en forma de corona, en la cual colocaron varias plumas blancas.

«En seguida levantaron una empalizada al rededor del cadáver para impedir que los muchachos, perros ó cerdos se acercaran, y despues de acabada, hicieron salvas todo el dia en honor de la difunta, entre tanto que se reunian los jefes de los pueblos inmediatos con sus familias y esclavos cargados de provisiones.

«Al tercer dia todos los indígenas que allí se hallaban, cuyo número ascendia á bastantes centenares, se arrodillaron en torno del cadáver, destruyeron la empalizada, quitaron las esteras que le cubrian, y comenzaron á exhalar agudos lamentos hiriéndose el cuerpo con pedernales cortantes; tras de cuya ceremonia sentáronse en el suelo á comer las provisiones que habian traido, pasando en aquel sitio toda la noche.

«Cuando amaneció se alejaron las mujeres y rodearon el cuerpo los hombres armados con lanzas, mosquetes, *patou-patous* y meres, y á poco rato penetró en el círculo el salvaje que asistiera á la enferma, quien se puso á cruzar el espacio en que se hallaba, en todas direcciones, dirigiendo la palabra á la asamblea.

«Comprendíamos ya perfectamente su idioma, por lo cual, prestando atencion, oímos que el galeno referia minuciosamente todas las circunstancias relativas á la enfermedad y fallecimiento de la anciana, y despues de informarse con

detencion los jefes de lo que habia comido en los tres dias precedentes á la muerte, salió del círculo el médico, reemplazándole un jefe anciano con la cabeza adornada de tres ó cuatro plumas blancas.

«Despues de recorrer la asamblea lentamente varias veces y en silencio, tomó la palabra y manifestó que la madre de Emai, que lloraban difunta, habia muerto por comer batatas mondadas con el cuchillo de un blanco despues de servir dicho cuchillo para cortar juncos que debian emplearse en la reparacion de una casa, por cuyo motivo era de opinion que el blanco á quien pertenecia el cuchillo debia ser inmolado, lo cual seria un grande honor para la memoria de la difunta.

«La mayor parte de los otros jefes se adhirió á su opinion y pidió el sacrificio del blanco; pero manifestando otros pareceres contrarios, sometióse el proyecto á discusion, durante la cual mi pobre compañero temblaba de piés á cabeza, sin voz ni aliento, pues el terror le embargaba el uso de la palabra y no acertaba á disculparse.

«Conmovido de su angustioso estado y tranquilo porque no peligraba mi vida toda vez que el cuchillo no era de mi pertenencia, adelantéme y penetré en el corro.

«Allí, procurando inspirar á la lengua elocuencia y poder á la mirada para dominarlos, despues de recorrer con la vista á todos los circunstantes, exclamé: Bravos jefes, el blanco obró mal sin duda prestando el cuchillo al esclavo; pero advertid que ignora las costumbres del país, y por tanto seria injusticia manifiesta castigar tan cruelmente su ignorancia.

«Y al propio tiempo me acerqué á Emai suplicándole con amargo llanto que perdonara la vida al único desventurado compañero que me restaba de cuantos tripulábamos el buque; pero Emai parecia no oir esta súplica, pues nada respondia y continuaba llorando la pérdida de su madre.

«Aun no acababa de hablar cuando el jefe anciano de las plumas blancas salió del círculo, y corriendo al infeliz medio muerto de espanto le asestó un golpe con su mere, dividiéndole la cabeza en dos partes. Yo, que le seguia con la vista, por pronto que intenté evitar la horrible ejecucion, llegué tarde y caí sin conocimiento exhalando un agudo grito y prorumpiendo en una maldicion.

«Entónces volvió en sí Emai del parasismo doloroso que le embargaba y voló á socorrerme, impidiendo que se comieran al infeliz asesinado, sin duda por un resto de humanidad ó para manifestar su interes hácia mí; los esclavos cavaron una fosa, y ajustándose á lo que dispuse le enterraron en ella sin otras ceremonias religiosas que la ferviente y solitaria oracion del único sér cristiano que le sobrevivió en aquella tierra inhospitalaria.

«Por lo que toca al cadáver de la anciana fue envuelto en varias esteras y conducido por Emai y el médico, prohibiendo á todos que les siguiesen, aunque despues me enteré de que se dirigieron á un bosque inmediato donde la enterraron, y á su regreso los forasteros se despidieron de él volviéndose á sus respectivos pueblos.

«Tres meses despues exhumaron la osamenta de la anciana llevándola cuidadosamente envuelta en esteras al rio, donde la lavaron y limpiaron, encerrándola en seguida en una caja construida al efecto de antemano, la cual colocaron



en la punta de un poste en el mismo sitio que sirvió de sepultura al cuerpo, levantando al rededor una empalizada de treinta piés de circúito, á cuya entrada fijaron un busto informe de madera para significar que aquel lugar era sagrado y estaba prohibido á todo el mundo acercarse.

«Parece increible que empleando tantas ceremonias en el entierro de una persona de la familia del jefe no se guarde miramiento alguno al cadáver de un esclavo, pues el entierro de este se reduce á cavar una fosa y arrojarle en ella sin otros preliminares, porque los neo-zelandeses no comen á los que mueren de enfermedad ó muerte natural.

«Solo entre aquellos caníbales y comprendiendo al presenciar la muerte de mi infeliz amigo la poca seguridad con que contaba mi existencia, expuesto á cada paso á ser víctima de su caprichosa crueldad, encontraba harto duro el cautiverio, y aunque procuraba sobrellevarle resignado cada dia le consideraba más insoportable.

«Poco tiempo despues empezó á rompérseme la ropa, lo cual me produjo el mayor pesar imaginable; remendéla como mejor pude durante algun tiempo, pero al cabo de tres años estaba completamente inservible, y todo lo que obtuve para cubrir mis carnes fue una estera fina y un lienzo blanco de hilo regalados por el jefe, que en forma de túnica ó camisa arreglé para que me tapara desde el cuello hasta las rodillas, precisado asimismo desde entónces á andar descalzo y descubierta la cabeza porque tambien carecia de medias, zapatos y sombrero.

«Durante los primeros diez y seis meses de cautiverio llevé con facilidad la cuenta del tiempo por medio de una incision que cada dia practicaba en un palo, atravesando cada período de siete con otra, y dejando un pequeño espacio cada treinta para señalar las semanas y meses; pero desde que acompañé á los jefes en sus correrías precisóme abandonar estos cálculos y desde aquel punto me fue imposible computar el tiempo.

«Un dia, que nos hallábamos reunidos para celebrar un festin en el pueblo, Emai me llamó á presencia de varios jefes, y elogiándoles mi actividad y destreza en la caza y pesca terminó su discurso diciendo que deseaba elevarme á la categoría de jefe, si consentia en ello, á lo cual accedí gozoso y agradecido.

«Entónces me cortaron el cabello por delante con una concha de ostra, en la misma forma que el de los jefes, ofreciéndome varias esteras y sandías, y prometiendo enviar cerdos, vistiendo en seguida una especie de capa de lienzo empapada en aceite y pintada con tierra roja, como los otros dignatarios, llegando despues á embadurnarme la cara, barba y frente con igual color la hija de un jefe á quien no recordaba haber visto jamas, y recibiendo la correspondiente mere de jade.

«Invitóme Emai á tomar dos ó tres mujeres siguiendo la costumbre de aquellas islas que autoriza á los jefes para adquirir cuantas mujeres les plazca, y por no chocar con el uso y persuadirlos á la par que estaba satisfecho de sus simpatías, consentí en tomar dos.

«Al punto presentaron sesenta para que eligiese, pero á ninguna escogí, y en vista de esta indecision Emai declaró que estaba sagrado por tres dias, terminados los cuales visitaríamos el pueblo de su hermano, donde hallaria mayor número de mujeres y podria elegir con facilidad.

«Verificóse así, y llegado el dia fuímos á visitar á su hermano, quien mandó presentarse todas las mujeres; mas en el momento de examinarlas fijé los ojos en las hijas de Emai que nos acompañaron y formaban corro con las demas, y acercándome á la mayor dije que escogia aquella.

«Entónces ella empezó á dar voces y huyó; pero dos salvajes se despojaron de sus esteras, la persiguieron y volvieron al círculo, donde, por órden de Emai tomé su mano, siguiéndome ella delante de su padre con la cabeza inclinada y riendo sin cesar. Emai llamó á su otra hija, quien se acercó tambien riendo, y me ofreció las dos. No osé contradecirle temeroso de su resentimiento, y aceptando la proposicion les pregunté si accedian de buen grado, á lo cual respondieron al punto: *Ya pea:* Sí, consiento. Despues de esta declaracion su padre les notificó que estaban sagradas para todos, ordenándonos volver á casa acompañados de varios indígenas, como lo ejecutámos, llegando Emai y su hermano al pueblo pocos minutos más tarde, y dando aquella noche un gran festin á sus súbditos en celebridad del enlace de sus hijas.

«Durante casi toda la noche las mujeres bailaron una danza que llaman *kani-kani,* para lo cual se necesita mucha gente, colocándose todas en fila y agitando varias de ellas fusiles sobre las cabezas, cuyos movimientos acompaña el canto de los hombres, porque en aquellas comarcas se desconocen los instrumentos.

«La hija mayor de Emai se llamaba Echou, y la menor Epeka, siendo ambas hermosas, tiernas y de buena índole. Desde el dia de la boda fuenos preciso comer al aire libre, porque, segun la costumbre, estaba vedado verificarlo dentro de casa. Cuando me alejaba por algun tiempo iba acompañado por lo regular de Epeka, y Echou se quedaba al cuidado de la casa, no manifestando por ello resentimiento alguno, pues las mujeres de los jefes viven en bastante buena armonía entre sí y no se encelan unas de otras; la única diferencia que existe es que la de más edad está considerada como la primera ó legítima, sin que se requieran otras condiciones, fórmulas ni ceremonias para el matrimonio.

«Los hijos de esclavas permanecen en la condicion de las madres aun cuando los padres sean jefes. Algunos se casan con esclavas, pero el que verifica un matrimonio de esta especie se expone á que le roben impunemente, miéntras que el que busca esposa en la familia de un jefe está libre de toda depredacion. No existe represion legal para el robo; si el que le consuma logra ocultar el objeto robado por espacio de tres dias, le pertenece como propio, y el robado no puede indemnizarse sino robando á su vez al ladron. Si el efecto robado se descubre ántes de los tres dias se restituye á su legítimo poseedor, quedando impune el ladron. Sin embargo, los jefes son en extremo respetados por sus inferiores, que se roban mútuamente sin ningun género de consideracion, lo cual ocasiona entre ellos luchas personales, combates parciales y á veces guerras generales entre las tribus.

«Preparan en Nueva Zelandia el pescado sumergiéndole varias veces en agua salada y dejándole secar al sol. Los mariscos los asan como queda referido, los sacan de las conchas, ensartándoles en un hilo y secándoles al humo; de igual modo preparan las kumaras ó batatas. Conservan las patatas todo el invierno envolviéndolas en lino verde, y tres meses del año se alimentan únicamente de nabos, no bebiendo en este espacio ni siquiera agua.

«En cierta ocasion acompañámos Epeka y yo á Emai en un largo viaje. Formaba la comitiva una veintena de mujeres, casi todas esclavas, para conducir las provisiones, llevando cada una ademas de las suyas treinta libras de kumaras y un cerdo atado.

«Despues de un mes de marcha llegámos á un pueblo llamado Tara-Nake, en la costa del estrecho de Cook, donde nos recibió Otako, jefe poderoso recien llegado de las inmediaciones del cabo Sur, al cual como á sus vasallos saludámos cada uno segun su categoría, en la forma acostumbrada, que consiste en tocar las narices una con otra, celebrándose el conocimiento con muchos gemidos, voces y sangre derramada.

«Entre los insulares hallábase un inglés, por nombre James Mowry, quien, segun refirió, era grumete á bordo del bergantin *Sidney-Cove,* cuando enviado á tierra para comerciar con los indígenas debió la salvacion á su juventud é intervencion de la hija de Otako, con quien casó poco despues. Desde entónces habian trascurrido para él ocho años de cautiverio, pero se acostumbró de tal manera á las costumbres y método de vida de los salvajes, que estaba resuelto á no abandonarlos.

«Mowry contaria unos veinticuatro años, mediana estatura, facciones agraciadas, era bien conformado y pintado con cierta coquetería; fue proclamado jefe, y en calidad de tal asistia á todos los combates. Hablaba con bastante pureza el idioma de aquellas islas, olvidando en gran parte el nativo. Enteróse del robo del *Ines* y á él debí minuciosos detalles acerca de la muerte de otros dos compañeros, Smith y Watson.

«Pagué su confianza refiriéndole mis aventuras, pero sin dejarle sospechar siquiera el ardiente deseo que abrigaba por volver á respirar el aire natal, porque le encontraba demasiado adicto á los zelandeses para confiarle un proyecto de tal importancia, cuya revelacion pudiera acarrearme funestísimas consecuencias.

«Álzase el pueblo de Tara-Nake á orilla del mar: en él permanecímos seis semanas y en su espacio no dejé de salir un solo dia á acechar los buques que pasaran por el estrecho; mas con tal desventura, que no divisé uno siquiera, por lo cual llegué á desesperar de volver á saludar las playas de mi amada patria.

«Emprendióse nuevamente el viaje á lo largo de la costa, y despues de seis semanas de marcha llegámos al cabo Este, donde gobernaba un gran jefe, llamado Pomaré, quien nos dijo que residia en la Bahía de las islas, con el reverendo Kendall, misionero, disponiendo de quinientos guerreros y de numerosas piraguas bien armadas. Los insulares estaban provistos de buenos fusiles, algunos barriles de pólvora, esteras y batatas. Era una horda de feroces bandidos que habian saqueado y asesinado cuantas tribus habitan desde el cabo Este al rio, y todos los pueblos temblaban al solo nombre de Pomaré.

«El terrible caudillo nos mostró las cabezas de varios jefes muertos por él en la devastadora incursion, las cuales pensaba trocar en la Bahía de las islas por pólvora gruesa con los buques que recalaran en aquel punto: no pareció prudente á Emai interrumpir sus operaciones por más tiempo, por lo cual, verificada la despedida con todas las ceremonias particulares, nos encaminámos al pueblo andando de dia y vivaqueando en los bosques por la noche, durmiendo

en torno de vastas hogueras y al pié de los árboles, llegando á los cuatro dias á casa, donde fui recibido por Echou con vivas demostraciones de júbilo.

«Trascurrió algun tiempo sin que ni un acontecimiento desagradable, ni la más leve sombra de disgusto viniera á turbar mi existencia, que rodeada de una familia cariñosa y agradecida y de súbditos adictos y leales, se deslizaba tranquilamente como la ligera nave sobre un mar en calma y con viento bonancible.

«Pero cierto dia llegó un vecino de una aldea inmediata que venia en nombre de varios jefes á anunciar á Emai que, debiendo ponerse en camino dentro de tres dias para un pueblo llamado Kai-Para, situado junto á la embocadura del rio, distante unas doscientas millas, le rogaban se uniese á ellos; á cuya invitacion accedió mi suegro respondiendo que se hallaria en Kai-Para el dia señalado.

«Comprendímos que se trataba de presentar batalla á los jefes ribereños y de la Bahía de las islas en virtud de un convenio ajustado entre los insulares del interior, y se comenzaron los preparativos con toda celeridad. Las mujeres se ocuparon exclusivamente en fabricar esportillas nuevas para guardar las provisiones, porque en estas expediciones cada guerrero lleva sus municiones, armas, víveres y esclavos que las conduzcan, y asimismo el botin que adquiere cada familia es propiedad suya, sin que el jefe tenga derecho mas que á lo que le concedan voluntariamente. Tampoco obligan á combatir á los esclavos, sino cuando estos se hallan contentos de sus dueños y les son adictos toman las armas en su defensa.

«Llegado el dia de la partida incorporéme á Emai, provisto de mi mere, un par de pistolas, una escopeta de dos cañones, pólvora, balas y bastante cantidad de perdigones gruesos para cazar durante el camino, y acompañado de la fiel Epeka, que llevaba la cama y tres esteras nuevas tejidas por Echou durante el viaje á Tara-Nake.

«Componíase nuestro séquito de quinientos hombres entre guerreros y esclavos, enviando los últimos al pueblo á medida que las provisiones se consumian, pasando las noches en pueblos aliados ó en los bosques, y siendo preciso, cuando los víveres se acabaron, robarlos donde los hallábamos, lo cual unido á la estacion lluviosa que convertia el terreno en un vasto pantano intransitable, obligando á practicar largos rodeos, embarazaba y acrecentaba obstáculos á nuestra marcha de tal modo, que tardámos cinco semanas en llegar á Kai-Para, donde ya se hallaban mil y cien hombres acampados á orillas de un rio.

«Procedióse así que llegámos á construir cabañas, señalando una para mi esposa y yo, y asignándonos dos esclavos para que arrancaran raíces de helecho, buscaran mariscos, y pescaran, únicas provisiones que poseíamos, á ménos que saliera á cazar y matara algun jabalí ó paloma torcaz.

«En la orilla opuesta de aquel rio, que media ménos de cuatro piés de profundidad por más de una milla de anchura, estaban acampados los enemigos en número de cuatrocientos, esperando refuerzos, sin hostilizar ninguno de los contendientes á los mensajeros que se cruzaban de una á otra parte con la mayor tranquilidad y seguros de no ser molestados.

«Uno de estos correos me dijo que en su campamento se hallaba un blanco que, habiendo oido hablar de mí, deseaba conocerme, añadiendo que siendo así-

mismo este el deseo de los demas jefes, no vacilarian en otorgarme un salvoconducto para que pudiera atravesar el rio y volver al campamento en completa seguridad.

«Pedí permiso á Emai y pasé el rio solo, porque no consintió que llevara armas ni me acompañara su hija. Cuando llegué á la opuesta orilla se acercaron varios jefes con quienes troqué el acostumbrado saludo nasal, tomando asiento en medio de ellos y al lado del blanco, cuyo nombre era John Mawman. Díjome que era natural de Port-Jackson, en Nueva Holanda, y desertor de la corbeta de guerra *Tees*, en cuya desercion se reuniera á los salvajes, morando en la actualidad en casa del jefe Rau-Mate, porque era esposo de su hija, y que residian en Shouki-Anga, á cincuenta millas de la Bahía de las islas.

«Entre tanto que así departíamos presentaron un esclavo á uno de los jefes, quien levantándose como un rayo empuñó su mere, que llamó mi atencion porque no era de jade, sino de acero, y descargó sobre la cabeza de aquel infeliz un golpe que se la dividió; en seguida le abrió el pecho con el cuchillo, arrancóle el corazon y le devoró palpitante.

«Pregunté quién era aquel jefe y me respondieron que se llamaba Shongui, que era uno de los dos que fuéron á Inglaterra, donde conocieron á varios distinguidos personajes; que allí le regalaron numerosos objetos de valor, entre ellos una escopeta de dos cañones y una armadura completa que vestia siempre que entraba en batalla.

«Deseoso de averiguar la causa que le motivara á asesinar tan inhumanamente á aquel infeliz, refiriéronme que era esclavo suyo, y despues de robarle la armadura huia con ella al campo enemigo, cuando fue detenido por un destacamento que estaba de descubierta.

«Este fue el único robo que ví castigado en Nueva Zelandia, y en cuanto á Shongui, á pesar de su estancia de dos años en Europa, le considero como uno de los más feroces caníbales, pues aunque se dice que protege á los misioneros que arriban á su territorio, es únicamente por lo que les saca.

«Dos horas despues regresé al campamento, y al amanecer del siguiente dia el enemigo se retiró á dos millas del rio, lo cual observado por los nuestros levantaron sus tiendas, se despojaron de la ropa y se pusieron sobre las armas. Entre los dos ejércitos se contarian unos tres mil fusiles, comprados á los buques ingleses y americanos del Sur que recalan en aquellas islas.

«Atravesámos el rio y yo me instalé al punto sobre un terromontero situado á un cuarto de milla del paraje donde la tropa habia hecho alto, porque dominando desde allí todo el horizonte podia observar la batalla en todos sus detalles, y como no me obligaron á tomar parte en ella personalmente, cargué el fusil y permanecí en aquel sitio con mi esposa y las dos esclavas sentadas á mis piés.

«El jefe principal, ó como si dijéramos el general de cada ejército, avanzó algunos pasos, y volviéndose á sus soldados entonó el canto de guerra: al terminarle, ambos bandos comenzaron el baile guerrero, cantando á la par á grito herido y blandiendo sus dardos y fusiles. En seguida, formándose en ala y de dos en fondo, seguidos á veinte pasos de distancia por las mujeres y los muchachos, avanzaron hasta colocarse á doscientos pasos é hicieron una descarga general,

siendo de notar que muy pocos apoyaban para esta operacion el fusil en el hombro, pues generalmente le fijan en la tetilla derecha.

«Concluida la primera descarga arrojaron por la espalda los fusiles, que cuidaban de recoger las mujeres y chicos, y empuñando las meres ó macanas pendientes de sus cintos entonaron nuevamente el canto de guerra con voz más lúgubre y se precipitaron unos contra otros con inaudito furor.

«Su principal objeto era agarrar al enemigo por los cabellos con la mano izquierda, cercenarle con la derecha la cabeza de un solo golpe, arrojándosela despues al séquito, que la recibia con horrible vocerío, y se precipitaba en medio del combate á beber la sangre de los vencidos sin temor de ninguna especie.

«Era horrorosa la carnicería é imposibles de describir los combates parciales y los actos de ferocidad consiguiente; por fortuna duró breve rato, empezando el enemigo á replegarse y batirse en retirada; pero fue perseguido sin piedad entre la maleza. Varios fugitivos pasaron cerca de la colina donde yo me hallaba y uno disparó un dardo que se me clavó en la parte interna del muslo aunque le costó cara la hostilidad, porque echando mano á la escopeta le hice fuego con tal acierto que le tendí sin vida.

«Acudieron al punto las dos esclavas para extraer el dardo, lo cual consiguieron practicando una incision á su alrededor con una concha de ostra, que produjo una herida del tamaño de un vaso pequeño, causándome vivísimos dolores, y cuando terminaron, tomáronme entre las dos para pasar el rio, en cuya opuesta orilla aplicó Epeka á la herida ciertas yerbas frescas machacadas que restañaron la sangre y mitigaron algun tanto los dolores.

«Volvieron á corto rato los partidarios de Emai, y se incorporaron á nosotros clamando victoria y conduciendo varios prisioneros que segun las leyes de la guerra pertenecian en calidad de esclavos á los que les apresaran. Tambien trajeron el cadáver de un jefe muerto por Shongui, á quien lograron arrebatársele y le colocaron en una estera á la puerta de su cabaña, clavando en picas al rededor del campamento veinte cabezas de enemigos, cuyos cadáveres, siguiendo la costumbre, fueron destrozados y puestos á asar en hoyos llenos de leña y piedras.

«Pasaron toda la noche cantando y bailando, y al siguiente dia celebraron la victoria obtenida con el asado humano y raíces de helecho preparadas al efecto. El jefe muerto por Shongui era Wana, uno de los que figuraron en el robo del *Ines*. Despues de despedazarle colocaron sus restos en espuertas fabricadas al efecto y cubiertas de esteras negras, depositándolos en una piragua que debia conducirlos al pueblo de su residencia.

«Murieron ademas de Wana otros cinco jefes, y el enemigo perdió á Charlai, primogénito de Shongui, y dos hijos de Mondi-Wai, poderoso jefe de Shouki-Anga, cuyas cabezas fueron llevadas como trofeos de la victoria, guardando sus cráneos despues de comerse el cuerpo.

«Embarcámonos en Kai-Para y partímos siguiendo el curso descendente del rio hasta un pueblo llamado Shousaki, donde residia la madre de uno de los jefes muertos. Tan pronto como le divisámos formáronse en batalla todas las piraguas, y puestos en pié los guerreros que las montaban entonaron el himno fu-

nerario. La playa estaba literalmente cubierta de mujeres y niños con el rostro pintorreado de amarillo y la cabeza adornada de plumas blancas, quienes agitando al aire los lienzos voceaban con toda la fuerza de sus pulmones la fórmula de salutacion: *¡Aire mai! ¡aire mai!* ¡Bien venidos! ¡bien venidos!

«Terminado el canto funeral desembarcaron y desnudándose completamente empezaron una danza á la que se incorporaron otros muchos que llegaban por el lado opuesto de la colina, simulando en ella y á compas un combate que duró más de veinte minutos, sentándose despues todos al rededor de la casa donde moraba el difunto, á cuya puerta depositaron sucesivamente las espuertas que contenian los restos del jefe, abriéndolas por turno, y adornando la cabeza con plumas blancas para colocarla sobre una estera en la punta de un poste, miéntras que se fijaban en diversos puntos del pueblo varias cabezas de enemigos clavadas en picas.

«Entre tanto la madre del finado subió al tejado de la casa, y desde allí, revolviendo sin cesar la cabeza á todas partes y torciéndose los brazos, prorumpia en exclamaciones y espantosos alaridos deplorando la muerte de su hijo, cuyo cadáver fue sepultado pocos dias despues con las formalidades de costumbre.

«Shouraki es uno de los parajes más deliciosos de Nueva Zelandia y en el cual observé más terreno cultivado que en otros. Las piraguas de sus habitantes son de mayores dimensiones que ningunas; generalmente están construidas de una sola pieza ó tronco de pino de cuarenta piés de largo, hueco en toda su dimension, elevada la popa nueve ó diez piés de la línea de flotacion, y primorosamente esculpida así como la proa y la parte exterior de la piragua; las bordas están adornadas con preciosas incrustaciones de nácar figurando bajos relieves y con una línea de plumas; recorre todo el largo de la piragua un banco en el cual pueden sentarse dos hombres de frente. Casi todas arman cincuenta remos por banda y pueden contener hasta doscientos hombres. Cuando van remando el jefe permanece constantemente en pié animándoles con una cancion, á la que los remeros acompañan en coro. Estas embarcaciones son muy andadoras y generalmente su andar es de siete millas; las velas son esteras de paja de forma triangular. Aun cuando guisan á bordo casi siempre saltan en tierra para comer, por cuya razon pocas veces se alejan más de tres ó cuatro millas de la costa.

«A los pocos dias de permanencia en Shouraki llamó nuestra atencion un dia el aspecto de varias columnas de humo que se elevaban de las montañas vecinas, á cuya aparicion todos los habitantes corrian con muestras de alegría de una á otra parte, clamando: ¡*Kai-pouké*! ¡Nave á la vista!

«Esta noticia me trasportó de alegría, porque la esperanza de huir al fin de aquella tierra de caníbales reanimaba mi valor; pero logré dominar el impulso de júbilo que sentia y cuya sola manifestacion, introduciendo la sospecha en el ánimo de los que consideraba como enemigos, hubiera frustrado cuantos proyectos formara.

«Invitados por varios guerreros y seguidos de una multitud de esclavos cargados de esteras y provisiones, emprendímos la marcha al punto para Toko-Malou, á cuyo punto, teatro del desastre del *Ines*, llegámos á los dos dias, pudiendo entónces distinguir claramente á unas veinte millas de la costa un buque

al cual impedia arribar el récio viento de tierra que á la sazon soplaba.

«Cerraba la noche en aquel momento, por lo cual se levantaron tiendas y dispúsose la cena. Como á la mitad de ella nos hallábamos cuando vino un esclavo á presentarme una esportilla, diciendo que era un regalo de su amo: abríla y encontré un trozo de carne semejante á un tasajo de puerco asado; pregunté al esclavo qué carne era aquella, y respondió que un pedazo de muslo de una jóven que para este fin mataron dos dias ántes. Reprimí á duras penas, aunque con acierto, el disgusto que esta singular vianda me producia, y se la envié á Emai que la compartió con los demas jefes.

«Terminada la cena reuniéronse en consejo decidiendo, si el buque entraba en bahía, apoderarse de él y asesinar á la tripulacion, lo cual les suministraria carne abundante para un festin y regalarse algunos dias.

«Por la mañana cedió el viento algun tanto y el buque se acercó á tierra; pero recelosos los jefes de que no fondeara resolvieron enviar á bordo una persona que invitara al capitan á reponer sus provisiones, recayendo en mí su eleccion, cuyo cargo acepté con gozo.

«Vestia yo entónces una capa de plumas, cinturon, taparabo y turbante, y llevaba una magnífica hacha de combate de jade verde más dura que acero, cuyo mango era de una madera negra, dura y adornada de plumas y primorosas esculturas.

«Embarquéme en una piragua acompañado del hijo de otro jefe y cuatro esclavos, y en cuanto tocámos el costado del buque subí á bordo más veloz que un rayo y me presenté al capitan. El buque era un brick americano dedicado al comercio con las islas del Sur, que á la sazon se dirigia á California, y su capitan se llamaba Jackson, al cual chocó desde luego el color de mi piel, exclamando sorprendido: ¡Un neo-zelandes blanco! No soy neo-zelandes, respondíle, sino inglés. Y acto continuo le referí mis aventuras, instruyéndole de la suerte que le reservaban los salvajes si llegaba á fondear en aquella isla, y exhortéle á que se alejara cuanto ántes, suplicándole que me admitiera á bordo para escapar á la venganza de los insulares.

«Miéntras yo hablaba con el capitan, el hijo del jefe que me acompañaba se entregó como de costumbre á sus instintos de rapiña, y sorprendido por los marineros le agarrotaron y azotaron con las cuerdas de una hamaca, y otro tanto sucediera á los esclavos á no interceder yo por ellos, pensando que acaso existian todavía en tierra algunos de mis infelices compañeros sobre quienes recaeria indudablemente la feroz venganza de aquellos caníbales.

«Conmovido el capitan por la narracion y apremiado por mis súplicas, consintió en recibirme á bordo y despidiendo á la piragua con sus tripulantes, zarpó al punto y en breve perdímos de vista aquel territorio regado con la sangre de tantos infelices que, demasiado incautos para desconfiar de las protestas malvadas de simpatía y de las hipócritas muestras de amistad de los isleños, se entregaban confiados en su buena fe á los feroces instintos que les impulsaban á devorar seres humanos.

«Aquel dia mismo averigüé la fecha de mi libertad, pues habia perdido al cuenta del tiempo, y respondiéndome que era el 9 de enero de 1826, resultó del cómputo que estuve preso en poder de los salvajes diez años ménos dos meses.»

Separándonos ahora del texto de Rutherford, aunque recopilando sus noticias en obsequio á la brevedad, añadirémos que el capitan Jackson le proveyó de ropa, regalándole él en trueque su hacha y traje de jefe.

Despues de alejarse de aquellas costas recaló el brick en las islas de la Sociedad, fondeando en Taiti el 10 de febrero, y saltando en tierra Rutherford, que entró al servicio del cónsul, quien le destinó á aserrar madera, casándose el 26 del siguiente marzo con una mujer distinguida llamada Nowai-Rona, en presencia del reverendo Pritchard, misionero inglés.

Miéntras residió en aquella isla sirvió de intérprete al sabio navegante inglés Beechey, capitan de la balandra de guerra *Blossom*, ocupado á la sazon en explorar todas aquellas comarcas; pero devorado por el deseo de volver á respirar el aire natal, se embarcó el 6 de enero de 1827 á bordo del brick *Macquaire*, al mando del capitan Hunter y destinado á Port-Jackson en Nueva Holanda, prometiendo á su esposa y amigos tornar á su lado dentro de dos años, promesa que, segun él dice, piensa cumplir si le es posible, porque desearia acabar sus dias en Taiti.

El *Macquaire* llegó á Port-Jackson el 19 de febrero, y allí encontró dos buques prestos á zarpar para Inglaterra, embarcándose á bordo del *Sidney-Packet*, mandado por el capitan Taylor, que recaló primero en Hobart-Town, situado en la tierra de Van-Diemen, y despues de quince dias de detencion se hizo á la vela para Rio Janeiro en el Brasil: á su llegada entró al servicio del señor Harris, holandes, quien le presentó al emperador don Pedro, y este príncipe le dirigió varias preguntas por conducto de un intérprete regalándole 80 duros, y ofreciéndole colocacion en la marina brasileña, la cual rehusó Rutherford para volver á Inglaterra en la fragata *La White*, próxima á darse á la vela, llegando felizmente á Spithead, desde donde se encaminó á Manchester, su patria, que no habia visto hacia veintiun años, desde 1806 que se embarcara la última vez.

Luego que volvió á Inglaterra vióse Rutherford obligado, para atender á su subsistencia, á formar parte de una compañía de titereros, enseñando los dibujos de que estaba marcado su cuerpo, y contando parte de sus dramáticas é interesantes aventuras. Era hombre de grande inteligencia y dotado de un espíritu de observacion notabilísimo. Sus modales eran blandos y atentos; le agradaban los niños y hallaba una singular complacencia en observar el sencillo asombro que manifestaban cuando les referia la causa de las profundas cicatrices y extensas manchas que desfiguraban su rostro.

Sin embargo, parecia haber contraido algo de los hábitos libres y salvajes del pueblo entre el cual habitara tanto tiempo, y le contrariaba y violentaba en extremo, colocándole como fuera de su elemento el respeto de las relaciones sociales y las ocupaciones tranquilas y monótonas de una nacion civilizada. Aseguraba que no titubearia en regresar á Nueva-Zelandia, porque decia que le seria muy fácil persuadir á los insulares que le habian arrebatado por fuerza, añadiendo que por el conocimiento que poseia de sus costumbres no hallaria reparo en encargarse de entablar con ellos relaciones comerciales, pues llevando consigo un herrero y hierro en abundancia obtendria por poco valor las más preciosas producciones de aquella region, y especialmente carey, que consideraba como objeto importantísimo para una especulacion mercantil con Nueva-Zelandia.

Desagradábale en extremo mostrarse en público por dinero, y cuando se veia obligado á verificarlo, era con el único objeto de vivir y reunir ahorros que juntos con el precio del manuscrito de sus aventuras le permitiesen volver á Taiti, cuyo proyecto probablemente realizaria al poco tiempo, segun supone el narrador de su historia en la última parte de su relato, la cual omitimos trascribir aquí por considerarla falta de interes á pesar de los minuciosos detalles que contiene, pues soliendo visitarle á menudo, Rutherford cesó de repente de ir á su casa, sin que desde entónces se volviera á obtener la más mínima noticia, no sólo de su suerte, pero ni aun de su existencia.

ISLAS SANDWICH.

MUERTE DEL CAPITAN COOK.

Corria el mes de julio de 1776 cuando se verificó la partida del célebre capitan Cook para su tercer viaje, mandando las dos fragatas *Resolucion* y *Descubierta*, con el encargo de recorrer la costa occidental de la América septentrional, haciendo escala primero en Taiti y luego en las islas de la Sociedad.

El 12 de agosto de 1777 halláronse los ingleses entre sus buenos amigos los habitantes de Taiti, que les dispensaron la más franca y cordial acogida, y el 17 de enero de 1779 fondeaban entrambos buques en la bahía de Ke-Arakekona, situada en la costa occidental de la isla Hawai, una de las islas Sandwich, despues de descubrir el 24 de diciembre de 1778 la que denominó *Christmas*, ó Navidad, en el mismo grupo, aunque La Perouse afirma que un capitan español, llamado Cayetano, descubrió el archipiélago Hawai en 1542.

En aquel archipiélago debia encontrar la muerte el intrépido y afamado capitan, por mas que las disposiciones y recibimiento de los moradores parecian augurar un felicísimo éxito, porque se mostraron mansos, complacientes y pacíficos, y sólo al cabo de algunos dias manifestaron cierta inquietud por la prolongada permanencia de los europeos en su territorio, la cual se aumentó cuando las fragatas, despues de intentar hacerse á la mar, se vieron obligadas á regresar á la bahía el 11 de febrero, á consecuencia de los récios vientos que las combatian, causando una racha de ellos graves averías á una de las naves.

Referirémos ahora varios detalles sobre las ocurrencias que mediaron desde aquel dia entre ingleses y salvajes, y que acumulándose unas sobre otras produjeron la fatal catástrofe del dia 14, para lo cual trascribirémos la narracion de

King, oficial de uno de los dos buques mencionados y testigo ocular de tan terrible acontecimiento.

«Tan luego como se dió fondo, dice, observámos con extrañeza que los insulares no eran lo que hasta entónces; ni un solo grito de alegría, ni ruido, ni gente al rededor de los buques: la bahía estaba desierta y únicamente se divisaba alguna que otra piragua que se deslizába como huyendo á lo largo de la costa; y aunque podia suponerse que ya no existia la curiosidad que á nuestra aparícion excitara el movimiento, sin embargo, la cariñosa hospitalidad que nos dispensaran, los testimonios de amistad y benevolencia que nos prodigaron en el momento de partir, casi hacian esperar que se alegrarian sobremanera al divisar por segunda vez los buques y que se apresurarian á recibirnos con el mismo afecto que anteriormente.

«Formábanse incesantes conjeturas sobre tan extraordinaria é incomprensible mudanza, cuando de pronto llegó á disipar todas las dudas la canoa enviada á tierra, diciendo el que la mandaba que Tarai-Opou, rey de la isla, estaba ausente y habia declarado el *tabou* para la bahía, que es una especie de entredicho por el cual los naturales no pueden frecuentar el sitio sagrado sin atraer sobre sus personas las más severas penas.

«Esa explicacion pareció satisfacer á la mayor parte de la tripulacion; pero algunos, más recelosos, juzgaron que no era prudente confiar demasiado en los salvajes, sino que por el contrario tal conducta debia por fuerza inspirar desconfianza, pues al prohibirles toda especie de comercio con las fragatas, so pretexto de la ausencia del rey, los jefes intentaban evidentemente ganar tiempo y deliberar acerca de la actitud que les seria más conveniente adoptar.

«Jamas pudímos convencernos de si realmente tales sospechas eran ó no fundadas, ó si era cierta la disculpa de los isleños, si bien no parece inverosímil que nuestra repentina vuelta, para la cual no hallaban causa aparente, y cuya necesidad costó gran trabajo hacerles comprender, fue la que les produjo alguna inquietud; mas de todas suertes la confianza de Tarai-Opou, quien al dia siguiente, á su regreso verdadero ó simulado, vino á visitar al capitan Cook, las nuevas transacciones, trueques y buena armonía restablecida entre ambas naciones, consecuencia evidente de la visita del rey, indicaban, al ménos en apariencia, que los insulares no nos consideraban como enemigos de quienes importaba deshacerse en breve á toda costa, y continuáronse las relaciones amistosas hasta el 13 por la tarde.

«Sin que existiera aparentemente el menor motivo de recelo llegó el oficial que mandaba el destacamento encargado de la aguada de la *Descubierta* á noticiarme que varios jefes se hallaban reunidos junto á los pozos de la playa, prohibiendo á los insulares ajustados para ayudar á los marineros que cumplieran con lo pactado, añadiendo que su actitud le parecia en extremo sospechosa, que recelaba vinieran los indígenas en mayor número á molestarles y finalmente que para evitarlo deseaba que los acompañase alguna fuerza.

«Concedíle, pues, un soldado de marina aunque sin permitirle llevar mas que el sable y la bayoneta; pero no tardó en volver el oficial manifestando que los insulares estaban armados de piedras y en abierta sedicion, á cuya noticia me personé en aquel paraje acompañado de otro soldado de marina con su fusil.

«Cuando los insulares me divisaron depusieron su actitud hostil y al acercarme á ellos soltaron las piedras: entónces hablé á los jefes allí presentes, que mandaron retirar al populacho, cesando desde aquel momento la rebelion, y desapareciendo en seguida los obstáculos para los que se prestaran á ayudar á los marineros en su faena, despues de lo cual salí al encuentro del capitan Cook, que llegaba en la pinaza, y refiriéndole en pocas palabras cuanto acababa de acontecer, dispuso que si en adelante arrojaban piedras ó se propasaban á cualquier insulto, se les disparase: en su virtud ordenó á los centinelas que cargasen con bala en vez de perdigones.

«Apénas haria una hora que estábamos de vuelta en las tiendas cuando nos alarmó un fuego nutrido de fusilería que oímos á bordo de la *Descubierta*, observando que la tripulacion disparaba á una piragua que precipitadamente remaba hácia la costa, á la cual perseguia sin descanso un bote. Pensámos desde luego que algun robo seria causa de semejante determinacion, y el capitan Cook me mandó seguirle con otro bote armado, á fin de detener si podíamos á los salvajes que se apresuraban á ganar la ribera. Corrímos en efecto al lugar donde suponíamos que desembarcarian, pero llegámos demasiado tarde: los salvajes habian ya saltado en tierra, emprendiendo acto continuo la fuga hácia el interior.

«Ignorábamos entónces que los objetos robados fueron devueltos en seguida, y juzgándolos de gran importancia, á calcular por el número de disparos que se oyeron, no nos parecia prudente renunciar á obtenerlos, así es que preguntando á varios insulares testigos de aquella escena el camino que llevaban los tripulantes de la piragua, seguímos sus huellas sin detenernos hasta la caida de la tarde.

«Hallándonos en aquel momento á tres millas de las tiendas y sospechando que los naturales que nos excitaban á proseguir buscando á los ladrones, sólo intentaban engañarnos con indicaciones falsas, acaso para extraviarnos con siniestro fin, no juzgámos oportuno pasar adelante y regresámos á la playa.

«Durante nuestra ausencia habia ocurrido en aquel sitio otro acontecimiento mucho más grave y de peores consecuencias que el anterior. El oficial que montaba el bote perseguidor de la piragua, despues de recobrar los objetos robados al capitan Clerke, comandante de la *Descubierta*, observando que el capitan Cook y yo perseguíamos á los culpables, se imaginó cumplir con su deber apoderándose de la piragua encallada en la arena, perteneciente por desgracia á Paria, uno de los jefes que más deferencia nos mostraran, recibiéndonos con mayor cordialidad y colmándonos de agasajos, quien se presentó al punto en la fragata reclamando su propiedad y protestando mil y mil veces su inocencia; mas el oficial rehusó categóricamente devolvérsela. Al regresar el jefe á tierra topó con la tripulacion de la pinaza que esperaba á su comandante, y mediando palabras duras por una y otra parte á las que siguió una acalorada disputa, recibió Paria un fuerte golpe en la cabeza con un remo que le derribó en el suelo sin sentido. Los insulares que se iban reuniendo en la playa, aunque presenciando tan violenta escena como pasivos espectadores, así que vieron caer á su jefe dispararon una lluvia de piedras á los marineros, obligándoles á huir en desórden y á ganar á nado una roca poco distante de la costa, apoderándose en seguida de la pinaza, saqueándola, y acaso la destruyeran si Paria, ya recobra-

do no interviniera con la mayor generosidad, olvidando la violencia de que fuera víctima.

«Despues de despedir á la multitud invitó por señas á los marineros á que volvieran á recoger la pinaza, ofreciéndoles emplear toda su influencia para que se les devolvieran los objetos robados. Volvieron en efecto los marineros á la playa, y al poco rato se les presentó Paria con un sombrero y otras bagatelas, manifestándose pesaroso de lo ocurrido, y preguntándoles con inquietud si *O-Rono* le mataria ó le prohibiria ir á bordo al dia siguiente.

«Es de advertir que designaban al capitan Cook con el dictado O-Rono, que significa en dialecto sandwich, es Rono, personaje de un himno religioso quien, segun la tradicion, profetizó que volveria en una isla flotante, y juzgando tales islas á las fragatas, consideraban á Cook como al personaje sagrado.

«Aseguráronle que seria bien recibido, y para probar su amistad, reconciliacion y olvido de todo lo pasado, fué á tocar su nariz con la de los oficiales, siguiendo la costumbre polinesia, y despidiéndose afectuosamente regresó al pueblo de Kaava-Roa.

«Cuando el capitan Cook se enteró de todos los detalles causáronle un profundo disgusto, pues recelaba que no todos serian tan mansos ni se hallarian tan dispuestos á olvidar los agravios como Paria; pero como ya casi cerraba la noche y era imposible intentar aquel dia la reconciliacion, limitóse á ordenar que se despidiera á los insulares de ambos sexos que permanecian á bordo, y ejecutado su mandato regresé á tierra con el objeto de reforzar las guardias en el *morai* ó cementerio donde estaban situadas las tiendas, pues los acontecimientos del dia disminuyeron en gran manera nuestra confianza en los insulares, y encargué eficazmente al destacamento que me llamaran si por casualidad descubrian algun indígena que intentase ocultarse en la playa.

«Serian las once cuando descubrieron cinco que se deslizaban en silencio y con gran precaucion en torno del morai, procurando acercarse furtivamente; mas al llamar el centinela comprendieron que estaban descubiertos y se retiraron á toda prisa. A las doce volvieron, y tanto se aproximó uno, que el centinela apénas tuvo tiempo para disparar, asustándoles de tal modo la explosion, que huyeron como gamos sin que volviera á turbar nuestro reposo en aquella noche otro acontecimiento.

«Apénas comenzó á despuntar la aurora embarquéme con direccion á la *Resolucion* para examinar el barómetro, cuando oí la bocina de la *Descubierta* que me llamaba y noticiaba que durante la noche los insulares habian robado la chalupa cortando la boya donde estaba amarrada.

«Cuando llegué á bordo se armaban á toda prisa los soldados de marina, y el capitan Cook cargaba su escopeta de dos cañones: íbale á referir las ocurrencias de la noche, pero me interrumpió con vehemencia diciendo que le acababan de noticiar la desaparicion de la chalupa de la *Descubierta*, y comunicándome los preparativos que disponia para recobrarla.

«Acostumbrábamos siempre que en alguna de aquellas islas perdíamos ó nos sustraian los naturales cualquier objeto importante conducir á bordo al rey ó á varios jefes principales, conservándolos en calidad de rehenes hasta que devolvian lo robado, y el capitan pensaba emplear este expediente considerado hasta

entónces infalible, á cuyo fin ordenó que se detuviesen y capturasen cuantas piraguas intentaran salir de la bahía, amenazando destruirlas si á la mayor brevedad no le era devuelta la chalupa.

«En efecto, cortó en línea de batalla la bahía con las embarcaciones menores de entrambas fragatas bien armadas y tripuladas, y ántes que yo me dirigiera á la costa ya se habian disparado varios cañonazos á dos grandes piraguas que trataban de alejarse á fuerza de remos.

«Salímos del buque el comandante y yo entre siete y ocho de la mañana: Cook montaba la pinaza, acompañado de nueve soldados de marina y el teniente Philips, y yo ocupé la canoa con órden de tranquilizar los ánimos de los insulares, asegurándoles que no se les ofenderia, y vigilar incesantemente sin dividir mi tropa; en seguida nos separámos dirigiéndose el capitan á Kaava-Roa, residencia habitual del rey, y yo hácia el campamento.

«Mi primera disposicion tan luego como llegué á tierra fue intimar á los soldados bajo las más severas penas las órdenes de no salir de las tiendas, cargar con bala y no soltar las armas, dirigiéndome en seguida como por via de paseo á las cabañas de los sacerdotes indígenas nuestros particulares protectores, á quienes expliqué del mejor modo posible el objeto de los preparativos hostiles que tanta inquietud les producian. Noticiáronme que ya tenian conocimiento del robo de la chalupa, y yo les aseguré que estábamos firmemente resueltos á recobrar la citada embarcacion castigando á los culpables con todo rigor, pero que la clase sacerdotal así como los moradores de los pueblos colindantes con la bahía donde fondeábamos serian respetados y no debian por lo tanto abrigar el menor recelo, suplicándoles al propio tiempo que manifestaran esta noticia al pueblo en general, tranquilizándole y exhortándole á que permaneciera neutral ó pacífico.

«Uno de los sacerdotes, que parecia más inquieto y receloso que sus correligionarios, me preguntó con más temor que curiosidad si se inferiria algun daño á Tarai-Opou, y cuando le aseguré que nada debia temer demostró el mayor júbilo, imitándole sus compañeros.

«Entre tanto el capitan Cook mandó acercarse á la chalupa de la *Resolucion* que ocupaba la punta septentrional de la bahía, y saltando en ella, bien acompañado siguió el rumbo con direccion á Kaava-Roa, donde desembarcó con el destacamento, encaminándose sin detencion al pueblo, cuyos habitantes le prodigaron las mismas señales de respeto que en todas ocasiones prosternándose ante él, y ofreciéndole, como entre ellos se acostumbra, lechoncillos. Comprendiendo por el recibimiento que no abrigaban el menor recelo del objeto que allí le conducia, preguntó por Tarai-Opou y sus dos hijos, que pocos dias ántes asistieron á una comida á bordo de la *Resolucion*.

«No esperó largo rato á los dos mozos que se presentaron siguiendo á los insulares despachados en su busca con semblante risueño, y condujeron con la mayor cordialidad al capitan Cook á la casa donde á la sazon se hallaba reposando su padre, al cual encontraron medio dormido y refiriéndole Cook muy á la ligera el robo de la chalupa, aunque alejando de su persona toda sospecha de complicidad en tal atentado, le invitó á pasar el dia á bordo de la *Resolucion*, á cuyo ofrecimiento se levantó el rey con muestras de júbilo y se dispuso á acompañar al capitan.

«No podia salir mejor la estratagema; los dos hijos del rey se hallaban ya en la pinaza, y el escaso acompañamiento que permitímos al rey llegaba á la orilla, cuando una vieja llamó en voz alta á Kanona, madre de los dos príncipes y una de las mujeres favoritas de Tarai-Opou, y despues de hablar con ella breves momentos se aproximaron al rey, rogándole de rodillas y vertiendo amargo llanto que no fuése á los buques europeos. No se manifestaba el rey muy dispuesto á acceder á sus solicitudes, y en vista de tal repulsa adelantáronse dos jefes que acompañaban á la anciana, advirtiéndole primero con cierto respeto que no debia pasar más adelante; négóse nuevamente Tarai-Opou, y entónces cerrándole el paso le obligaron á sentarse.

«Por otra parte los insulares que se iban reuniendo y formando multitud de grupos á lo largo de la ribera, notablemente intimidados tanto por el frecuente cañoneo que llegaba á sus oídos, como por los aprestos hostiles que observaban en toda la bahía empezaron á agruparse en tropel en torno de Cook y del rey. En esto el teniente que mandaba la escolta, advirtiendo que estrechaban á los soldados de tal suerte que pronto les seria imposible servirse de sus armas, si llegaba á promoverse una refriega con los indígenas, propuso al capitan Cook formar la fuerza de su mando en ala al pié de las rocas que se hallaban á la orilla, y recibido el oportuno consentimiento, verificó la evolucion, para la cual le abrió paso espontáneamente el populacho, yéndose á apostar á unos treinta cables de Tarai-Opou, en cuyo anciano rostro divisábanse ya el terror y abatimiento.

«Resuelto Cook á llevar á cabo su proyecto continuaba instándole vivamente á que se embarcase; y cuando el príncipe parecia dispuesto á seguirle, los jefes que le rodeaban, le aconsejaban que permaneciese ya valiéndose de ruegos y reflexiones, ya empleando hasta cierto punto amenazas y violencia para obligarle á acceder á su intento. La conmocion aumentaba entre tanto, ya era casi general, y comprendiendo Cook que seria imposible llevar al rey á bordo sin verter sangre, abandonó su primitiva resolucion, y de seguro no corriera el menor riesgo á no ocurrir un desgraciado acontecimiento que empeoró la situacion conduciéndola á un fatal desenlace.

«Colocadas las canoas cerrando el paso de la bahía dispararon contra una piragua que se esforzaba por huir, matando por desgracia á un jefe de elevada categoría que la ocupaba, y la noticia de su muerte llegó con la velocidad del rayo al pueblo donde se hallaba Cook, precisamente en el instante en que este renunciando á su primer intento se separaba de Tarai-Opou encaminándose con la mayor tranquilidad hácia la playa con ánimo de reembarcarse con la tropa. El rumor y la fermentacion que tal nueva produjo entre los salvajes fueron extremados; los hombres mandaron alejarse al punto á las mujeres y niños, y vistiéndose las esteras de combate armáronse de picas y piedras.

«Uno de ellos que ostentaba una honda y una lanza, acercóse al capitan con feroz osadía desafiándole, blandiendo la lanza y en ademan de asestarle una pedrada. Cook le intimó sin inmutarse que se retirara; mas alardeando de su valor cada vez con mayor insolencia el enemigo, llegó á irritarle en tal grado, que le disparó un tiro de perdigones. El insular vestia una estera impenetrable, y observando que no estaba herido, presentóse con doblada audacia, miéntras que



Volviéndose Cook á las canoas, fue herido en la espalda.



los demas apedreaban á los soldados y otro intentaba asesinar traidoramente á Philips. Advertido este á tiempo volvióse y de un culatazo le tendió á sus piés, ejecutando otro tanto el capitan de un balazo en el pecho con el atrevido y provocador salvaje que llegó casi á pegarle una bofetada.

«Esta catástrofe fue, por decirlo así, la señal del ataque. Los isleños dispararon una lluvia de piedras á la que contestaron los soldados y las canoas á un tiempo con una descarga cerrada, causando á todos no poca sorpresa la firmeza y serenidad con que los salvajes sostuvieron el fuego, precipitándose en seguida ciegamente sobre el destacamento en medio de una vocería y unos aullidos horribles ántes de que los soldados tuvieran tiempo de cargar nuevamente sus fusiles. Entónces se verificó una escena de espantosa confusion y bárbara carnicería.

«Cuatro soldados fueron detenidos en las rocas en el preciso momento de dirigirse á las embarcaciones y cruelmente inmolados; otros tres heridos de más ó ménos gravedad. El teniente que acababa de recibir una lanzada en la espalda y felizmente conservaba cargada la carabina, mató á su enemigo á punto que este iba á asestarle otra.

«Hallábase en tal instante el infortunado capitan á la orilla del mar; la última vez que se le divisó distinta y claramente estaba voceando á los de las canoas que cesaran el fuego y se acercaran para embarcarse. Si es cierto que los soldados de marina y las tripulaciones de las canoas rompieron el fuego infringiendo sus órdenes explícitas de evitar á toda costa la efusion de sangre, como aseguraron varios de los que presenciaron aquel encarnizado combate, no cabe duda alguna de que el infeliz Cook fue víctima de su excesiva humanidad.

«Observóse en efecto que cuando volvia el rostro á los salvajes y les hablaba frente á frente ninguno se atrevia á extralimitarse en palabras ni en acciones; pero confiando tal vez en el ascendiente que sobre ellos adquiriera, volvióse para comunicar varias órdenes á los tripulantes de las canoas, y aprovechando los insulares este incidente, asestáronle un récio golpe de *pahoa* por la espalda derribándole de cara en el mar.

«Apénas le vieron caer cuando levantaron un clamoreo infernal, y arrojándose furiosos sobre el cadáver le arrastraron á la playa, arrebatándose el puñal de las manos unos á otros y disputándose con empeño el bárbaro placer de herirle con el mayor encarnizamiento y ferocidad, aunque convencidos de que ya no respiraba.

«Los soldados que por casualidad vivian aun, se arrojaron al agua con el teniente Philips, y protegidos por el vivísimo y certero fuego de las canoas pudieron escapar á la muerte horrenda que les amenazaba. El teniente demostró en semejante ocasion un valor y presencia de ánimo sobrenaturales y una abnegacion superior á todo elogio en obsequio de los restos del destacamento. Llegaba ya á una embarcacion, cuando distinguió á un soldado que por ser mal nadador estaba luchando desesperadamente con las olas y á punto de ser capturado por los enemigos; sin embargo de hallarse herido Philips se precipitó de nuevo en el mar y voló en auxilio del infeliz soldado; los salvajes, que ávidos de venganza observaban con atencion todos sus movimientos, le tomaron por blanco dirigiéndole sus tiros, alcanzándole una pedrada en la cabeza que estuvo á pique de aca-

bar con él; pero desafiando peligros innumerables logró asir por los cabellos al soldado ya medio ahogado y conducirle sano y salvo á bordo.

«Ademas, para facilitar la evasion de los infelices que aun pudieran permanecer rezagados, las canoas se colocaron á distancia de treinta cables de la playa, y continuaron haciendo fuego sin descanso, secundadas por los cañones de la *Resolucion*, y causando tal cantidad de bajas en las filas salvajes, que al fin emprendieron desordenadamente la fuga. Entónces se acercó un esquife á la costa, y los cinco guardias marinas que le montaban pudieron observar los cadáveres de los soldados tendidos en la arena; saltaron en tierra, reconociéronlos y ninguno presentaba señales de vida, por lo cual atendiendo á que podrian ser sorprendidos por los salvajes y carecian de municiones, resolvieron regresar á bordo y abandonarlos.

«Cuando la consternacion producida á las tripulaciones por tan desastrosa nueva calmó algun tanto, pensaron en el destacamento del morai, donde yo me hallaba custodiando el velámen y arboladura con una guardia reducida á solos diez hombres. Renuncio á describir cuál fue mi angustia durante la horrible carnicería que se verificó al otro lado de la bahía. Colocados á una milla escasa del pueblo de Kaava-Roa, pudímos observar distintamente la numerosa turba reunida en el sitio donde desembarcaba el capitan y oir el continuo y nutrido fuego de fusilería, y el alboroto que reinaba entre la multitud. Divisámos tambien á los insulares huir en desórden, y á las canoas alejarse y regresar á los buques.

«Entónces me acosaron siniestros presentimientos. Encontrábase en lo más encarnizado de la pelea el hombre cuya vida me era tan querida como la propia, y aquel espectáculo me aterró. Conocia que el buen éxito que hasta aquel dia coronara todas las escaramuzas contra los habitantes de la Oceanía habia prestado á Cook una confianza extremada; siempre temí que podria llegar una hora menguada en que á causa de tal confianza descuidaria las precauciones oportunas y necesarias; calculé en tan crítico momento todos los riesgos que podria acarrear un leve descuido, y el resultado de tales reflexiones, cada vez ménos tranquilizadoras, me afectó profundamente.

«Desde el momento que oí los primeros disparos, mi especial cuidado fue asegurar á los insulares reunidos en tropel al rededor del muro sagrado en cuyo recinto nos albergábamos que no se les causaria daño alguno, y que sucediera lo que sucediera mi deseo era mantener la paz con ellos; pero lo que llegaba á su vista y oídos no era ciertamente lo más á propósito para tranquilizarles ni para garantizar la verdad de mis promesas; sin embargo, permanecímos en nuestras respectivas posiciones hasta el regreso de las canoas á sus correspondientes buques.

«En aquel instante descubria el capitan Clerke desde uno de los buques con auxilio del anteojo que nos hallábamos cercados por los salvajes, y temiendo que intentaran atacarnos dispuso disparar contra ellos dos pedreros de á cuatro; afortunadamente los tiros, aunque bien dirigidos, á nadie mataron ni hirieron, pero sirvieron para demostrar á los insulares la superioridad de nuestras fuerzas. Una de las balas tronchó un cocotero á cuyo pié se hallaban varios indígenas sentados, y la otra hizo pedazos una roca situada en la misma línea.

«Como yo acababa de decirles tan positivamente que nada debian temer, este acto de hostilidad me disgustó en extremo, y á fin de evitar que se repitiese despaché al punto una canoa al capitan Clerke, advirtiéndole la buena armonía que reinaba entre los salvajes y yo, pero que si, lo que no sospechaba, me veia obligado á obrar de otro modo izaria un gallardete para pedir socorro.

«Esperámos con suma impaciencia la vuelta de la canoa, y despues de un cuarto de hora de penosa inquietud llegó Bligh á decir que nuestros temores eran por desgracia harto fundados, tanto que llevaba órden de levantar tiendas á la mayor brevedad posible y enviar á bordo el velámen y arboladura que se componia en la isla. Nuestro particular amigo Kairikia, á quien debiamos infinitas muestras de benevolencia, llegó tambien casi al mismo tiempo con la triste noticia de la muerte del capitan Cook y el dolor y consternacion pintados en su semblante.

«Cada momento que trascurria aumentaba lo crítico de nuestra situacion; no solamente corriamos el grave riesgo de perder la vida, sino tambien el fruto de nuestra expedicion ó al ménos uno de los buques, pues la mayor parte de los mástiles de la *Resolucion* se hallaban en tierra con las velas correspondientes y diez soldados por única custodia. Tales pérdidas serian irreparables, y aunque los insulares no manifestaban todavía disposiciones hostiles, ¿quién podria responder de que no produciria en su ánimo notable mudanza la noticia de las escenas de Kaava-Roa?

«Recelando que, bien el temor de nuestro resentimiento, bien el éxito feliz alcanzado por sus compatriotas les decidiese á aprovechar la ocasion, que favorable se les ofrecia, de caer sobre nosotros, juzgué prudente ocultar la muerte del capitan Cook á mis subordinados, y rogué á Kairikia que desmintiera la noticia cuanto le fuera posible al referirla á sus paisanos, exhortándole asimismo á conducir al anciano Kaon y demas sacerdotes allí reunidos á una casa grande poco distante del morai, con el doble objeto de atender á su seguridad si por desgracia me veia obligado á apelar á la fuerza, y de conservar á nuestro lado á un sugeto que disfrutara bastante influencia sobre el pueblo para que con su sola autoridad mantuviese en caso necesario el órden evitando las hostilidades.

«Despues de colocar á los soldados en la torrecilla del morai, punto fuerte y ventajoso, encargué el mando del destacamento á Bligh, recomendándole enérgicamente se mantuviese á la defensiva, y pasé á bordo de la *Descubierta* con objeto de exponer al capitan Clerke la arriesgada situacion de la tropa de mi mando. No bien abandoné el puesto cuando observé que los salvajes atacaban el campamento á pedradas y aun no estaba embarcado, cuando llegaron á mis oídos las descargas de fusilería. Volví precipitadamente á tierra porque á cada momento acrecia el peligro. Los insulares se armaban á toda prisa vistiendo las esteras de combate, y su número aumentaba con extraordinaria rapidez, reforzado con un cuerpo de guerreros que avanzaba hácia el morai por entre las rocas que separan el pueblo de Ke-Ara-Kekona del lado septentrional de la bahía donde se levanta Kaava-Roa, residencia real.

«Empezaron á atacarnos á pedradas desde las tapias de sus cercados, y observando que no les contestábamos creció su audacia. Algunos más osados se deslizaron por la playa resguardados por las rocas y se presentaron de repente de-

lante del morai, al parecer con intencion de cortar el paso hácia el mar, único punto accesible del edificio, y no conseguímos alejarlos sino á fuerza de tiros y despues de matar á uno.

«Distinguióse por su arrojo otro de sus compañeros, que intentando llevarse el cadáver en medio del nutrido fuego del destacamento, recibió una herida que le obligó á abandonarle; pero pocos minutos despues volvió y recibió otra herida, retirándose por segunda vez. Cuando yo llegaba al morai se presentó de nuevo cubierto de sangre y con paso vacilante por el desfallecimiento; me informé de lo ocurrido y prohibí que le dispararan, indicándole por señas que podia llevarse el cuerpo de su amigo, lo cual se apresuró á verificar; pero apénas le cargó en sus hombros cuando cayó con él exhalando el postrer suspiro.

«Desembarcaba en aquel momento un refuerzo enviado de los buques, á cuyo aspecto los insulares corrieron á refugiarse en sus murallas. Merced á la tregua de hostilidades que aquel acontecimiento produjo pude hablar con los sacerdotes y enviar uno á sus compatriotas con el encargo de negociar un arreglo, manifestándoles que si no tiraban más piedras suspenderia yo tambien el fuego. Los insulares admitieron el armisticio, y embarcámos tranquilamente la arboladura y velámen de la *Resolucion*, y los instrumentos astronómicos; pero apénas abandonámos el morai, se apoderaron de él y empezaron á arrojar piedras que por fortuna no ocasionaron daño alguno.

«Llegámos á las once y media á la *Descubierta*, y aun nada se habia decidido acerca de operaciones ulteriores. Las dos tripulaciones declararon por unanimidad que se debia exigir la chalupa y el cadáver de Cook, á lo cual añadí que se adoptara una resolucion enérgica si los insulares no accedian á la demanda.

«Supondráse tal vez que esta opinion fue dictada por mi afecto al cariñoso amigo muerto por los salvajes; pero aunque en extremo irritado por tan dolorosa pérdida, no fue verdaderamente aquella la sola causa que me la impulsó, pues durante el trayecto reflexioné sobre cuanto aconteciera y sus consecuencias. Los insulares habian asesinado al capitan obligándonos á reembarcar y tan inesperado éxito debia indudablemente inspirarles confianza; era por lo tanto probable que la victoria obtenida por ellos el dia anterior les excitaria á probar fortuna de nuevo con tanta mayor razon, cuanto que en las anteriores escaramuzas se observó con sorpresa que no manifestaban el menor espanto con los cañones ni fusiles, lo cual junto al mal estado en que los buques se hallaban y á la relajacion de la disciplina nos colocaba en tan difícil situacion, que si los insulares se atrevian á atacar por la noche seria harto difícil evitar mayores desgracias.

«La mayor parte de los oficiales participaba de mis temores, en cuya virtud manifesté que nada alentaria á los insulares tanto para atacarnos abiertamente como mostrarnos dispuestos ó deseosos de arreglo, porque lo considerarian como miedo ó debilidad.

«Objetaron los más templados que el daño estaba hecho y era irreparable; que los testimonios de benevolencia y afecto recibidos de los salvajes ántes de la muerte del capitan merecian tomarse en consideracion; que la terrible catástrofe que lamentábamos no fue efecto de un plan premeditado; que al enterarse Tarai-Opou del robo se prestó con la mejor voluntad á acompañar á Cook, enviando sus dos hijos á la canoa donde se hallaban ya cuando comenzó el fuego en la

playa, por lo cual no se le podia acusar de complicidad en tan desagradable ocurrencia; que era sobrado natural el temor manifestado por sus mujeres y jefes al observar los preparativos hostiles que se hacian en la bahía, y por el terror que les inspiraban los soldados armados que desembarcaron con el capitan, disposiciones tan contrarias á la amistad pactada entre ambas naciones; que si los naturales corrieron á las armas sólo llevaban el objeto de defender á su rey, de cuya persona suponian, y no sin fundamento, que intentábamos apoderarnos por fuerza, y que semejante proceder era de esperar y hasta natural en un pueblo que profesa el afecto y respeto más religiosos á sus dignatarios.

«A las razones dictadas por la humanidad añadieron otras de pura prudencia: arguyeron que careciamos de agua y víveres frescos; que se necesitaban por lo ménos seis ú ocho dias para colocar el palo de mesana; que se acercaba la primavera y ante todo debiamos pensar en la campaña del Norte, que si empezábamos á ejercer violencias y venganzas en los insulares se nos tacharia de crueles; y por último que tales actos no producirian sino un retardo inútil y considerable en el abastecimiento y partida.

«El capitan Clerke apoyaba esta opinion; y aunque yo estaba bien convencido de que una venganza pronta y severa cumpliria mejor á nuestro objeto que la contemporizacion y humanidad que los salvajes no comprenderian jamas, cedí al dictámen de la mayoría, seguro de que los acontecimientos ulteriores obligarian á obrar de otro modo. Desgraciadamente el tiempo justificó mi sospecha. El insolente desprecio de los naturales y la viva oposicion que mostraron á los trabajos que aun debian verificarse en la costa, consiguieron que se pensara en recurrir á la violencia.

«Miéntras deliberábamos acerca del partido que á la sazon más convendria adoptar se agrupaba en la orilla una multitud de isleños, y saltando varios en piraguas vinieron con la mayor osadía á tiro de pistola de los buques á desafiarnos con gestos de desprecio, costándonos no poco trabajo contener á los marineros que pugnaban por castigarlos; pero decididos á no alterar la paz por nuestra parte no se les contestó ni molestó, y regresaron tranquilos á sus hogares.

«Para llevar á cabo nuestro plan se acordó que yo me dirigiria á tierra con las embarcaciones menores de las dos fragatas, bien armadas y tripuladas, tratando, en cuanto me fuera posible, de obtener un parlamento y conferenciar con los jefes principales de la isla. En el caso de que lo alcanzara se me encargó que reclamara los cadáveres de nuestros compañeros muertos en la pelea y especialmente el del capitan Cook, amenazándoles con una severa venganza si rehusaban entregarlos, pero que no disparase si no me atacaban, y sobre todo que por ningun concepto saltara en tierra. Estas órdenes se me comunicaron en presencia del destacamento que debia acompañarme y de la manera más terminante.

«Serian las cuatro de la tarde cuando me embarqué con direccion á la costa, y cuanto más nos acercábamos más indicios observaba de que la recepcion seria hostil. La multitud se agitaba, las mujeres y los niños se retiraban, vestíanse los hombres las esteras de combate y se armaban con dardos y picas. Observé tambien que durante nuestra ausencia habian construido una especie de

trinchera á lo largo de la playa donde Cook desembarcara esperando sin duda que hácia aquel punto dirigiriamos el ataque.

«Tan pronto como nos observaron á suficiente distancia comenzaron á disparar piedras con hondas que afortunadamente no ocasionaron daño alguno: mas juzgando yo en vista de aquellas demostraciones que seria en vano todo mi esfuerzo para negociar un arreglo ó al ménos un armisticio si no les ofrecia alguna muestra de amistad que restableciera la confianza, ordené que se retiraran en seguida todas las embarcaciones armadas, y me adelanté solo, en el bote, con una bandera blanca en la mano, notando con satisfaccion que los insulares me comprendian, porque respondieron á aquella manifestacion pacífica con un general clamor de alegría, volviendo al punto las mujeres de la cumbre de la colina donde se refugiaran y deponiendo los hombres sus armas y esteras de combate, corriendo á la orilla del mar, tendiéndome los brazos é invitándome sin cesar á que saltara al punto en tierra.

«Aunque semejante conducta demostraba disposiciones amistosas continué dudando de la sinceridad de los insulares; mas cuando divisé á Koah arrojarse al agua con una bandera blanca en la mano y nadar hácia mi canoa con una tranquilidad y seguridad difíciles de concebir, juzgué prudente corresponder á aquellas muestras de confianza y le recibí á bordo á pesar de ir armado de un modo nada á propósito para desvanecer sospechas.

«Debo confesar igualmente que no le tenia en buen concepto hacia tiempo. Los sacerdotes nos advirtieron que era malvado y nos aborrecia, y confirmó la exactitud de tal aviso su disimulo y perfidia. El odioso ataque de aquella mañana en que desempeñó el papel principal patentizó más su dolo, y horrorizado de su infamia me disgustó sobremanera entenderme con él, pues aun violentándome no podia acogerle como amigo.

«Acercóse vertiendo llanto fingido y me abrazó con efusion; pero era tal la desconfianza que me inspiraba que no pude reprimir un ligero movimiento de desagrado, y separé receloso la punta de su pahoa, diciéndole que pediamos el cuerpo del capitan Cook, y que si al punto no nos lo entregaban les declararíamos la guerra. Respondió á mi exigencia que nos seria devuelto lo más pronto posible, y que él en persona iria á buscarlo: y pidiéndome un pedazo de hierro con tanta seguridad como si nada extraordinario aconteciera, volvió á arrojarse á la mar y ganó la orilla manifestando á voces á sus compatriotas, que aun éramos amigos.

«Trascurrió cerca de una hora durante la cual esperámos con ansiosa perplejidad su regreso; en este prolongado intervalo se acercaron las otras embarcaciones armadas á la costa lo bastante para poder entablar conversacion con los isleños, quienes manifestaron unánimes á las tripulaciones que el cadáver del capitan Cook despues de despedazado lo habian conducido al interior; pero yo ignoré todos estos detalles hasta que nos hallámos de vuelta en la *Descubierta*.

«Empecé á manifestarme impaciente por la tardanza de Koah, y los jefes me instaban á que saltara en tierra asegurándome que me entregarian el cuerpo de Cook tan luego como lo solicitara de Tarat-Opou; mas convencidos de mi irrevocable resolucion de permanecer embarcado, demostraron deseos de hablar conmigo con mayor comodidad, y me rogaban que dirigiera la canoa hácia las

rocas. No era difícil comprender que con tal artificio acaso se proponian cortarme la retirada, y ya proyectaba volver á bordo para que se empezasen las hostilidades cuando llegó repentinamente un jefe, amigo íntimo del capitan Clerke y de la mayor parte de los oficiales de la *Descubierta*, diciéndonos de parte de Tarai-Opou que en efecto el cadáver del capitan Cook estaba en el interior de la isla, pero que nos seria devuelto sin falta la mañana siguiente.

«Así su continente como sus palabras anunciaban una completa lealtad, y preguntándole yo si se trataba por ventura de engañarnos otra vez con ofrecimientos cruzó los brazos sobre el pecho, accion que entre aquellos salvajes constituye el más sincero juramento.

«Vacilando sobre el partido que deberia tomar encargué á Vancouver que fuése á noticiar al capitan Clerke todo lo ocurrido, manifestándole al propio tiempo mis dudas acerca de la sinceridad de los insulares, pues en mi concepto léjos de deplorar los fátales acontecimientos que todos lamentábamos amargamente, la victoria alcanzada les prestaba más confianza y osadía, y sólo pretendian ganar tiempo miéntras arbitraban medios para apoderarse de nosotros.

«Pronto estuvo de regreso Vancouver portador de una órden en que se me intimaba volviese al punto á bordo despues de comunicar á los salvajes que prescindiriamos de toda consideracion y destruiriamos sin misericordia el pueblo, si al dia siguiente, como ofrecian, no se nos entregaba el cadáver del infortunado capitan.

«Cuando los indígenas observaron que regresábamos á los buques empezaron de nuevo á insultarnos con voces provocativas y acciones desdeñosas, y algunos soldados afirmaron que varios se paseaban orgullosos y con aire triunfante vestidos con las ropas de nuestros desdichados compañeros, y entre ellos un jefe que blandia muy ufano la espada del capitan Cook miéntras que su mujer levantaba en alto la vaina. Deducíase pues de tales demostraciones que nuestra moderacion les infundia una tristísima idea de nuestro valor, pues su inculta imaginacion no podia comprender ni apreciar los principios humanitarios que nos animaban.

«Enterado con la mayor minuciosidad el capitan Clerke de los proyectos é intenciones que yo suponia en los indígenas tomó las más eficaces medidas de defensa por si se atrevian á atacarnos por la noche. Izáronse las embarcaciones menores de entrambos buques en las vergas mayores, dobláronse las centinelas y establecióse ademas una especie de patrulla en los botes, con órden expresa de vigilar toda la noche al rededor de las fragatas, para que los indígenas no pudieran cortar los cables ni se acercaran á ellas.

«Distinguímos durante la noche multitud de luces en las cumbres de las colinas inmediatas á la costa, lo cual inclinó á varios de la tripulacion á conjeturar que los naturales, para escapar sin duda de la destruccion con que les amenazáramos, trasportaban apresuradamente, favorecidos por la oscuridad, sus bienes al interior; mas yo siempre juzgué, y me parece que con fundamento, que estaban ofreciendo sacrificios á sus dioses para implorar su proteccion en la guerra que temian inminente, á cuyo efecto acaso quemaban los cuerpos de nuestros infortunados compañeros víctimas de su barbarie. Sin embargo, aunque siempre ignorámos la verdadera causa de aquellas nocturnas lu-

minarias, más adelante vino á confirmar mi opinion el aspecto de otras fogatas iguales en toda la costa de Morotei, que varios habitantes de dicha isla, que se hallaban á bordo, manifestaron indicar sacrificios para prepararse á una guerra con otra isla inmediata.

«Pasámos la noche sin que turbase nuestro reposo mas que algunos gemidos y lamentos que á intervalos llegaban hasta nosotros desde la ribera, y el dia siguiente al amanecer llegó Koah al costado de la *Resolucion* llevando telas y un puerco que deseaba ofrecerme, solicitando permiso para ello con viva insistencia. Paréceme haber referido anteriormente que los insulares me consideraban como hijo del capitan Cook, y no desmintiendo yo semejante opinion imaginábanse que despues de su muerte yo seria el que mandase la expedicion.

«Subí, pues, á cubierta y pregunté á Koah por el cadáver del capitan, pero no obteniendo mas que respuestas ambiguas y evasivas rehusé los presentes que me ofrecia, y aun le despidiera con mayor aspereza á no manifestarme oportunamente el capitan Clerke que era preciso al par que conveniente tratarlo con cierta consideracion, pues como medida de prevision para los acontecimientos ulteriores no juzgaba prudente romper las buenas relaciones hasta allí sostenidas con aquel hombre.

«Varias veces volvió Koah durante la tarde con el pretexto de ofrecernos bagatelas, pero en realidad para espiarnos: no le permití ninguna de ellas subir á bordo, y observando en una ocasion que examinaba con extremada curiosidad el casco de la fragata, me apresuré á demostrarle que nos hallábamos en perfecto estado de defensa.

«Instó nuevamente al capitan Clerke y á mí para que bajáramos á tierra, acusando á sus compatriotas de retener obstinadamente los cadáveres de los europeos y asegurando que una simple entrevista con Tarai-Opou bastaria para arreglarlo todo del modo más satisfactorio; pero desoímos sus repetidas insinuaciones por las sospechas que su equívoca conducta nos inspiraba, y anduvímos sobremanera acertados al obrar así, puesto que un acontecimiento que á poco nos noticiaron reveló muy á las claras su refinada perfidia y falsedad.

«Refiriéronnos que en el momento en que terminó la accion que costó la vida al desventurado Cook el rey se retiró á una cueva situada en lo más escarpado de la montaña que domina la bahía, á la cual no se puede subir sino con cuerdas, permaneciendo oculto en aquel retiro algunos dias temeroso de que exasperados por la muerte de nuestro jefe le persiguiéramos, y que si hubiéramos saltado en tierra con el objeto de avistarnos con él indudablemente acabaran con nosotros sus feroces vasallos.

«Cuando Koah regresó á tierra, despues de nuestra última entrevista, notámos que sus compatriotas, reunidos en la playa desde el amanecer formando numerosos grupos, corrian apresurados á su encuentro, de lo cual deducíase que le preguntaban cuáles eran nuestras intenciones para ajustarse á ellas y acordar si debian ó no defenderse, pues no dudaban de que llevariamos á efecto nuestras amenazas.

«En toda la mañana no cesaron de resonar caracoles que se respondian en diferentes puntos de la isla, y divisámos igualmente cruzar por las colinas numerosos pelotones de insulares: en una palabra, tan alarmante era la perspectiva

que se ofrecia á nuestra vista, que se largaron anclas de remolque á fin de que los botes condujeran á los buques al pueblo si se rompian las hostilidades, colocando ademas de descubierta varias canoas en frente de la punta septentrional de la bahía con el objeto de evitar cualquier sorpresa.

«Como á las ocho de la siguiente noche, las dos centinelas que se hallaban sobre cubierta oyeron los remos de una piragua que se dirigia hácia la *Resolucion*, y segun su consigna la dispararon dos tiros, á los que contestaron los tripulantes de la piragua con la palabra *Tinni* (que así expresaban mi nombre), diciendo que eran amigos, y deseaban entregarme varias cosas pertenecientes al capitan Cook. Subieron acto continuo á bordo y se arrojaron á mis piés, en extremo aterrados; pero ninguno de ellos estaba herido, pues los proyectiles se clavaron en el casco de su embarcacion.

«Reconocimos fácilmente á uno porque era un sacerdote que nunca se separaba del malogrado capitan, y despues de deplorar amarga y sinceramente la muerte de aquel manifestó que era portador de parte de su cuerpo, presentándome al propio tiempo un envoltorio de rica tela que llevaba debajo del brazo, el cual nos apresurámos á descubrir, quedando horrorizados al contemplar un trozo de carne humana de unas nueve ó diez libras, sangriento é informe.

«Entónces nos refirió que aquello era lo único que restaba del cadáver del capitan, porque despues de despedazado todo lo demas, y asado, se repartió; que Tarai-Opou y los principales jefes conservaban en su poder la cabeza y huesos, excepto el esternon, costillas, estómago y vientre que entregaron á Kaon, gran sacerdote, con destino á ciertas ceremonias religiosas, como tambien el trozo que estábamos mirando y que él nos remitia como prueba de su inocencia y sincera adhesion.

«Separáronse de nosotros á cosa de las once rogando diéramos órden de que les acompañara un bote de los que estaban de guardia hasta que salieran de la conserva, porque temian nuevos disparos que ademas del daño que podian causarles era fácil que alarmasen á sus compatriotas, los cuales correrian á la playa y les descubririan, cuya circunstancia les expondria irremisiblemente á sufrir graves riesgos pues los salvajes ignoraban su expedicion. Complacímosles, y á poco observámos con satisfaccion que ganaron la playa sin ser descubiertos.

«Aun pasaron varios dias, y por último, convencidos de que con la indulgencia nada absolutamente conseguiríamos de los insulares, avanzámos hasta la costa, saltámos á tierra, é incendiámos unas cuantas cabañas, cuya operacion infundiéndoles vivo temor les decidió á entregarnos los restos del cadáver del desventurado capitan.

«El 20 de febrero, entre diez y once de la mañana, empezó á bajar una multitud de salvajes de la colina que domina la playa, formados como en procesion y llevando cada uno dos cañas de azúcar al hombro, y en la mano fruta de pan, taro y bananas, procediéndoles dos tambores, quienes al llegar á la orilla clavaron una pica, en cuya extremidad superior ondeaba un pabellon blanco, y sentándose luego junto á ella, siguieron tocando sus instrumentos. La larga fila de insulares que les seguia fué acercándose sucesivamente, y despues de depositar al pié de la pica los regalos que conducian retiróse en el mismo órden pa-

ra abrir paso á Eappo, que cubierto con una ancha capa de plumas y llevando cuidadosamente un objeto en la mano, avanzó hasta las rocas más inmediatas indicando por señas que le enviáramos una canoa.

«Pensando con fundamento el capitan Clerke que Eappo era portador de los restos del capitan Cook saltó en la pinaza y fué á recibirlos en persona, acompañándole yo en la chalupa bien tripulada y armada.

«Llegados á la orilla entró Eappo en la pinaza y entregó en efecto los restos de Cook envueltos en una gran pieza de tela nueva y cubierto todo con una magnífica capa de plumas blancas y negras, embarcándose con nosotros, aunque fue imposible decidirle á subir á bordo de la *Resolucion*, acaso porque comprendió que no era decoroso para él ni decente asistir á la apertura del paquete y al reconocimiento de su contenido.

«Allí encontrámos enteras las manos del capitan que reconocímos sin dificultad por una gran cicatriz situada entre el pulgar y el índice de una mano; la cabeza, cuya cabellera habia sido separada con la piel del cráneo y las orejas, y en la cual faltaba la mandíbula inferior; los huesos de los brazos que aun conservaban la piel en los antebrazos; los de las piernas, de donde faltaban los piés, etc.

«Al dia siguiente de madrugada volvieron á bordo Eappo y el primogénito del rey conduciendo el resto de la osamenta del capitan Cook, los dos cañones de su escopeta, sus zapatos y otras cosas, y esforzándose el primero en probarnos que Tarai-Opou y él deseaban sinceramente la paz, pues en esta sola accion nos manifestaban del modo más irrecusable sus disposiciones amistosas; demostró sentir el mayor pesar por la muerte de los seis jefes que cayeron bajo nuestros tiros en el combate, asegurando que casi todos ellos eran nuestros mejores amigos; protestó que la chalupa de la *Descubierta* fue arrebatada por los súbditos de Paria, acaso por vengarse del golpe dado á su jefe, y que la destrozaron completamente al dia siguiente; y por último añadió que los huesos de los soldados de marina cuyos cadáveres reclamábamos asimismo, era imposible encontrarlos porque se apoderó de ellos el populacho, y sólo se conservó la osamenta del capitan Cook por ser la parte del botin que de derecho correspondia á Tarai-Opou y á los arikis.

«Debíamos, pues, proceder á los funerales del ilustre é infeliz finado, por lo cual despedímos á Eappo intimándole que publicase la veda ó tabou en toda la bahía, y despues de encerrar cuidadosamente los huesos de Cook en un ataud, se le sepultó en el mar por la tarde con las ceremonias acostumbradas.

«Conforme á lo mandado ninguna piragua apareció en la bahía en toda la mañana del 22, atestiguando con esto Eappo que satisfacia cumplidamente nuestras exigencias; le asegurámos por lo tanto que estábamos satisfechos de su leal proceder, y que el recuerdo de lo pasado quedaba desde aquel momento sepultado en el féretro de O-Rono, rogándole que levantara la prohibicion de navegar en la bahía y publicase que como anteriormente podian venir los insulares sin recelo á traer provisiones.

«En breve se hallaron las fragatas rodeadas de indígenas presentándose á bordo la mayor parte de los jefes, manifestando el más vivo pesar por las diferencias ocurridas al par que una completa alegría por la reconciliacion; y aun



varios amigos que no vinieron á visitarnos enviaron por conducto de sus compatriotas puercos cebados y provisiones. Tampoco faltó el pérfido Koah, quien se presentó ante nosotros con el mayor descaro, pero nos negámos á recibirle.

«A la sazon hallábase ya completamente terminada la reparacion de los dos buques, así es, que despues de proveernos de víveres frescos en abundancia, calculando el capitan Clerke que si precedia á nuestra llegada á las islas de sotavento la noticia de las violencias cometidas en Hawai, acaso esta circunstancia podria acarrearnos funestas consecuencias, asegúrose de que todo estaba bien dispuesto para hacerse á la mar, y dió órden de levar inmediatamente anclas, lo que se verificó á las ocho de la noche, entre tanto que despedíamos á los insulares que con Eappo y el fiel Karikia se hallaban á bordo, los cuales se separaron de nosotros vertiendo amargo llanto.

«Pocos minutos despues salímos de la bahía; los insulares se colocaron á lo largo de la costa, y á medida que pasábamos por delante de ellos se despedian de nosotros con las mayores muestras de afecto y benevolencia.»

Aquí termina la interesante narracion de King; pero no juzgamos inoportuno añadir para mayor conocimiento de los lectores el retrato del célebre y atrevido capitan Cook trazado por el mismo oficial.

«Jacobo Cook, dice, nació en octubre de 1728, en el condado de York, junto á Whythy, y desde tierna edad colocáronle sus padres en casa de un comerciante del inmediato pueblo sin atender á su aversion al comercio; por lo cual, fatigado de aquella vida sedentaria abandonó al poco tiempo el mostrador para alistarse por nueve años en la tripulacion de un buque dedicado al tráfico de carbon, entrando luego en la armada real al principio de la guerra que estalló en 1755, á bordo del *Águila*, mandado á la sazon por el capitan Hammer y despues por el caballero Hugo Palliser, quien no tardó en descubrir su mérito y esperanzas, así es que separándole del resto de la tripulacion le trasladó á la popa con los marineros escogidos.

«En 1758 era ya contramaestre del *Northumberland*, navío almirante de la escuadra estacionada en las costas americanas y mandado por lord Colville, y entónces por primera vez pudo leer á Euclídes, dedicándose con extremado ahinco al estudio de las matemáticas y de la astronomía sin otro auxilio que algunos libros y su propia inteligencia.

«Miéntras que cultivaba y perfeccionaba de este modo sus excelentes dotes naturales supliendo con el constante estudio las faltas de su primitiva educacion, tomaba una parte muy activa en las escenas más arriesgadas de la guerra de América, desempeñando en el memorable asedio de Quebec servicios de altísima importancia encomendados á él por sir Cárlos Saunders, mandando las embarcaciones menores en el ataque de Montmorency, y dirigiendo el embarco verificado junto á las alturas de Abaham.

«La precision y valor con que desempeñó tales cometidos le granjearon en alto grado la amistad y deferencia de sir Cárlos Saunders y del noble lord Colville, que continuaron protegiéndole hasta su muerte y dispensándole señaladas muestras de afecto y benevolencia. Por sus recomendaciones y las del caballero Hugo Palliser fue enviado al terminar la guerra á reconocer el golfo de San Lorenzo y las costas de Terranova, cuyo encargo le ocupó hasta 1767, época en que

el caballero Eduardo Hawke le nombró jefe de una expedicion que partia á los mares del Sur con el doble objeto de observar el paso de Vénus sobre el disco solar y de descubrir nuevas comarcas.

«Desde la citada época adquirieron brillo y celebridad sus servicios hasta tal punto, que casi puede asegurarse que no existe ciencia alguna que deba tantos adelantos á un solo hombre como la geografía al famoso y malaventurado capitan Cook.

«En su primer viaje al mar del Sur descubrió las islas de la Sociedad, excepto Taiti, descubierta por Wallis; probó que la Nueva Zelandia está dividida en dos islas, reconociendo el estrecho que las separa así como la forma de sus costas; recorrió en seguida el grupo oriental de la Nueva Holanda, hasta entónces del todo desconocida, y aumentó las cartas geográficas de aquella remota parte del globo con una extension de veinte y siete grados de latitud, ó sean más de dos mil millas marinas.

«Su segundo viaje al rededor del mundo resolvió definitivamente el gran problema del continente austral, porque despues de atrevesar el hemisferio Sur, entre el cuadragésimo y septuagésimo paralelo, demostró palpablemente que no puede existir continente alguno, á ménos que no se halle junto al polo y en parajes inaccesibles á toda embarcacion; descubrió luego la Nueva Caledonia, la isla más extensa del Océano Pacífico despues de la Nueva Zelandia; la isla de Georgia, una nueva costa á la que denominó tierra de Sandwich, ó bóveda del hemisferio austral; y despues de visitar dos veces los mares del trópico determinó la verdadera situacion de las tierras observadas por los navegantes anteriormente, y descubrió por último otras hasta entónces ignoradas.

«Pero el tercer viaje fue mucho más notable, especialmente por la importancia y extension de los descubrimientos. Ademas de una porcion de islas pequeñas que descubrió en el Océano Pacífico del Sur, encontró al Norte de la línea equinoccial el grupo que denominó islas Hawai, cuya situacion y producciones prometen más ventajas á la navegacion europea que ninguna otra comarca del Sur. Descubrió y trazó en seguida la parte de la costa occidental de América hasta entónces completamente desconocida, desde el 43° de latitud Norte, ó sea una extension de más de tres mil quinientas millas. Señaló la proximidad de los continentes de Asia y América, recorriendo el estrecho que los separa: trazó la tierra de cada lado hasta una considerable altura para demostrar que el gran Océano comunica por este estrecho con el mar glacial del Norte, y que era probable que el Atlántico, que debe considerarse como un vastísimo canal de desagüe del mar septentrional, estuviese en comunicacion por medio del Mediterráneo, al Este ó al Oeste, con la cuenca principal de las aguas oceánicas, el gran Océano. Y en efecto logró demostrarlo, aun cuando á pesar de los esfuerzos de los navegantes no haya sido posible todavía atravesar el mar glacial de Este á Oeste ó viceversa.

«El capitan Cook era de constitucion robusta, duro para el trabajo y capaz de soportar las mayores fatigas. Su estómago digeria con la mayor facilidad los alimentos más indigestos y pesados; se sometia sin esfuerzo á toda especie de privaciones con tan completa indiferencia que la templanza no parecia en él una virtud. El vigor de su cuerpo extendíase igualmente á su fecunda imaginacion;

en sus ideas se revelaba del modo más portentoso la fuerza y la penetracion, su raciocinio era pronto y preciso en cuanto se relacionaba con el cometido de que estaba encargado: atrevidos al par que enérgicos sus planes, tanto en la concepcion como en la ejecucion, indicaban una originalidad extraordinaria.

«Acompañaba siempre á su valor tranquilo é intrépido una serenidad admirable en los peligros; distinguíanse sus costumbres y modales por la franqueza y sencillez; y tal vez le arrastrara á algun acto censurable su carácter violento y arrebatado, si el gran fondo de humanidad, justicia y benignidad que poseia no templara considerablemente la vehemencia de sus primeros ímpetus.

«El más notable rasgo de su carácter era la continua é infatigable perseverancia con que seguia y ejecutaba cualquier proyecto: ni le arredraban obstáculos, ni le fatigaban trabajos, ni tampoco necesitaba el reposo ó la distraccion tan necesarios en determinados momentos á otros hombres. A pesar de sus largos viajes, en los cuales luchaba siempre con incesantes y casi insuperables dificultades, su ardor y actividad jamas desmayaron, ni los frecuentes placeres que se le ofrecian en aquellas ignotas regiones pudieron distraerle un solo instante; su imaginacion estaba sin cesar fija y ocupada en sus vastos proyectos.»

El mismo retrato de Cook presenta el célebre navegante Dumont de Urville, aunque añadiendo que, á consecuencia del estado valetudinario en que se hallaba en los últimos años de su vida, sin duda por efecto de los muchos padecimientos que le ocasionaron sus largos y penosos viajes, conservaba poquísimo apego á la existencia.

DESCUBRIMIENTO DE TAITI

por Bougainville.

Una de las verdades demostradas por el tiempo es que cada siglo posee su idea dominante, índole especial y peculiar fisonomia, como tambien que los hombres de las distintas épocas no se parecen sino en la estructura, y hasta á veces reconócense en ella grandes variaciones.

En vano se buscaria en el astrónomo moderno el aparato, el misterio y cuantos accesorios rodeaban al astrólogo de la edad media, ni tampoco un laboratorio químico del siglo actual se parece en nada al taller del alquimista contemporáneo de Luis XI.

De aquí las denominaciones con que se conocen las épocas y siglos, cabiéndole al décimo octavo, la de siglo de los descubrimientos, porque la idea domi-

nante en él fue la de descubrir, así como en el presente predomina la de inventar.

Sin embargo, no puede negarse al siglo precedente su justa celebridad por los viajes que al rededor del mundo se emprendieron con objeto de acrecentar la gran copia de conocimientos que la Europa poseia; por las grandiosas empresas acometidas por atrevidos navegantes, que son otros tantos títulos de gloria para los soberanos que las patrocinaron, logrando verlas terminadas fijando la atencion general sobre todas las partes del mundo.

El almirante Anson fue el que inauguró aquella brillante época, y en 1741 se atrevió á penetrar en tan ignorada senda, pues desde los descubrimientos alcanzados en el nuevo mundo nadie pensaba en aventurar su existencia á la inconstancia de las olas; trascurrieron luego veinte años sin que nadie más osara disputarle la gloria con tanto riesgo adquirida; pero el comodoro Byron partió de Dunes en 1764 con objeto de recorrer el globo, y no bien acababa de regresar de su prolongada cuanto feliz expedicion, cuando el capitan Wallis en el *Delfin* y el capitan Castevet en el *Swallow*, emprendieron la misma ruta, descubriendo el primero á Taiti en 18 de junio de 1767.

Al propio tiempo partia de Brest el capitan Bougainville con órden de dirigirse á las Indias orientales atravesando el mar del Sur por los trópicos, y á este viaje sucedian los del capitan Cook que por su justísima celebridad parecian destinados á eclipsar á sus predecesores; Marion, Crozet, y otros animados del mismo espíritu aumentaron la ya larga lista de descubrimientos, pagando algunos con la vida tan generosa abnegacion, y terminando el catálogo de osados y célebres viajeros el infortunado La Perouse, que con tanto arrojo como el afamado capitan Cook, poseia en más alto grado sentimientos humanitarios.

Zarpó Bougainville del puerto de Brest el dia 5 de diciembre de 1766 con direccion á las islas Malvinas, para entregar al gobierno español, segun los convenios ajustados, los establecimientos franceses de dicho punto, debiendo esperar á la urca *Estrella* que debia acompañarle en la larga navegacion que se le prescribiera.

Llamábase la fragata capitana la *Mohina*, á la cual se reunió la *Estrella* en Rio Janeiro, penetrando en el mar del Sur por el estrecho de Magallanes en diciembre de 1767, descubriendo el 2 de abril de 1768 la isla de Taiti, á la que Wallis y Cook nombraron Otahiti, fundados en la verdadera significacion del nombre O-Taiti, que quiere decir, *es Taiti*, como respuesta consiguiente á la pregunta: ¿qué tierra es esta?

La urgencia de proveerse de leña y refrescos les obligó á recalar en aquella isla, aunque costóles voltejear largo tiempo ántes de hallar fondeadero seguro; uníase á tan ímprobo trabajo la incertidumbre de encontrar los víveres necesarios, pues por ningun lado se divisaban naturales ni el menor rastro de habitacion; mas en la noche del 3 al 4 distinguieron con gozo varias fogatas en la costa, señal indudable de estar habitada la isla, y trabajando toda la noche descubrieron al amanecer una bahía bastante abrigada al Noreste.

«Navegábamos á todo trapo y con la proa á tierra, dice Bougainville, cuando se columbró una piragua bogando hácia la misma direccion; en breve rebasó

de la fragata, y reunióse á una multitud de iguales embarcaciones que se adelantaban á nuestro encuentro, capitaneadas por una mayor que las demas, tripulada por doce hombres desnudos, que agitaban ramos de bananero, demostrando en sus acciones que aquellos ramos equivalian al olivo europeo como símbolo de paz y amistad.

«Contestóseles con cuantas señales amistosas pueden ocurrir á la humana imaginacion para hacerlas comprensibles á hombres cuyo idioma ignorábamos; y en efecto no tardaron en acostar al buque, y uno de ellos, notabilísimo por su enorme cabellera peinada de modo que semejaba una auréola, presentó un lechoncillo y un racimo de bananas, que ató á una beta que se le arrojó, y trocando el presente con la mayor cordialidad por gorros y pañuelos que recibieron con indescribible alegría, como muestra de su alianza con la tripulacion.

«Apénas trascurrieron dos horas cuando rodearon á ambos buques más de cien piraguas cargadas de cocos, bananas y otros frutos á cual más sabrosos, que se trocaron por fruslerías con la mejor buena fe, y sin que los insulares pretendieran subir á bordo, siendo preciso para verificar el trueque mostrarles los objetos, y si se conformaban con ellos se les descolgaban por medio de un cabo en el cual colocaban sus mercancías. En las transacciones presidia la mayor confianza, y unas veces recibian primero los objetos, otras nosotros, de suerte que llegámos á formar la mejor opinion de su carácter, á lo cual contribuyó no observar armas ni mujeres en las piraguas que permanecieron al rededor de las naves todo el dia; mas al caer la tarde se retiraron, notando que tambien íbamos á colocarnos en franquía.

«Durante la noche hicímos rumbo al Norte aunque sin alejarnos más de tres leguas de la costa, en toda la cual desde que oscureció hasta media noche ardieron como en la anterior buen número de fogatas de trecho en trecho, que semejaban una iluminacion en obsequio nuestro, á cuyo agasajo contestámos con cohetes de colores.

«Pasóse el dia 5 en voltejear buscando el socaire y en sondar tanto para conocer los peligros que pudieran existir en aquellas aguas como para encontrar un buen surgidero, pues no juzgué oportuno internarme demasiado hácia la costa sin asegurar ántes la salida, ni era prudente aventurarse á fondear á no efectuarlo en paraje seguro, así por evitar que los indígenas faltaran á la amistad prometida como tambien por las frecuentes y notables variaciones atmosféricas peculiares de aquellas apartadas regiones.

«El aspecto de la costa formando un vasto anfiteatro ofrece el más risueño espectáculo imaginable. A pesar de elevarse las montañas á alturas prodigiosas en ninguna parte presentan las rocas la árida desnudez que les es propia. Todo está cubierto de bosques y apénas podíamos dar crédito á los ojos al descubrir un enorme pico poblado de árboles hasta en la desierta cima, que se elevaba á igual altura que las más altas cumbres. Los terrenos medios se hallan cortados por bosquecillos y praderas, y la parte baja goza hasta la orilla del mar de un suelo igual, fresco y húmedo en el cual crecen plantaciones que se pierden de vista, distinguiéndose las cabañas de los insulares en medio de los bananeros, cocoteros y demas árboles frutales.

«Seguíamos navegando á lo largo de la costa, cuando sorprendiónos el risue-

ño aspecto de una cascada cuyas aguas precipitándose de una alta montaña dividíanse en infinitos y lucientes hilos que cubiertos de espuma iban á sepultarse con estruendo en el mar; junto al torrente divisábase un pueblecillo, y no existia en todo aquel circúito la más mínima rompiente en el mar, que presentaba una superficie tersa y trasparente como un espejo. Encantados por el ameno panorama que nos rodeaba, todos me suplicaron fondear allí; participando de su admiracion ordené á las canoas tomar la sonda y observar hasta la misma playa; pero por más que se investigó no se hallaron rocas, y aunque con pesar fue preciso buscar fondeadero en otra parte.

«Apénas los rayos del sol comenzaron á dorar las cumbres cuando salieron numerosas piraguas de la isla, y no sólo continuaron los trueques todo el dia, sino que aun se amplió más el comercio, pues ademas de los frutos y víveres, como gallinas y palomas torcaces, trajeron infinidad de útiles para pescar, azuelas de pedernal, telas, papel, conchas, etc, por lo cual deseaban sólo hierro y pendientes.

«Efectuóse el mercado como el dia anterior, y á la caida de la tarde vinieron en las piraguas algunas mujeres hermosas y casi desnudas, subiendo un insular á bordo de la *Estrella*, donde permaneció toda la noche sin el menor recelo durmiendo entre los marineros con la mayor tranquilidad.

«Por fin hallámos un surgidero más seguro que cuantos ántes se reconocieron, y en él fondeámos, rodeados por las piraguas, pues á medida que las naves se aproximaban á tierra crecia la afluencia de aquellas embarcaciones, hasta tal punto que costó gran trabajo filar el ancla, tanto por el ruido, confusion y algarabía que los indígenas movian, cuanto porque tan pegados se hallaban al costado de los buques que se temia herir á alguno al maniobrar, del mismo modo que en 1838 refiere Dumont de Urville su recibimiento en Nuka-Hiva, islas Marquesas, con la sola diferencia de que nuestros afables huéspedes venian embarcados y los de Dumont fuéron nadando.

«Llegaban todos voceando, batiendo palmas, pronunciando á menudo la palabra *tayo* que en su idioma significa amigo, con grandes muestras de afecto y pidiendo clavos y pendientes. Ya entónces las piraguas estaban llenas de mujeres, que en cuanto á la hermosura del rostro y pureza de rasgos en nada ceden á la mayor parte de las europeas, y respecto á belleza de formas pueden disputársela siempre con ventaja. Todas iban desnudas porque los hombres y las ancianas que las acompañaban les quitaron el taparabo que por lo general usan, y nos invitaban á bajar costando no poco reprimir á las tripulaciones.

«Sin embargo consiguióse restablecer el órden, y solo el cocinero se atrevió á desobedecer; pero en el pecado llevó la penitencia, pues el susto que pasó en tierra no es fácil que se le vaya tan pronto de la memoria. No bien sentó la planta en la costa cuando se encontró rodeado de insulares, quienes sin escuchar sus repetidos clamores le dejaron en cueros. Ignorando la significacion de las voces juzgóse perdido y comenzó á maldecir la pasion que le incitara á la desobediencia y á encomendarse á Dios, mayormente cuando pugnando comenzaron á palparle, y despues de satisfecha su curiosidad le devolvieron la ropa, colocaron en los bolsillos cuanto llevaba, y mandaron acercarse á la mujer con quien saltara en tierra; pero todo fue inútil, el pobre no ansiaba más que volver á su querida fra-

gata, que tanto le pesaba haber abandonado, y por fin presentóse más muerto que vivo, diciéndome que cualquiera castigo que yo le impusiera nunca podria amedrentarle tanto como la escena de que fuera protagonista entre los insulares.

«Despues de fondear los buques salté en tierra con varios oficiales en busca de paraje para hacer aguada, y nos recibieron gran número de hombres y mujeres que no se saciaban de examinarnos; los más resueltos se acercaban para palparnos y cerciorarse de que éramos de su misma forma, sin que les manifestáramos enojo, pues ninguno llevaba defensa. No encontraban gestos ni contorsiones para expresar su alegría porque estábamos á su lado, y en breve llegó el jefe de la tribu, conduciéndonos á su morada, donde encontrámos cinco ó seis mujeres lindísimas y jóvenes entre las cuales se hallaba un anciano venerable.

«Saludáronnos las mujeres llevando la mano derecha al pecho y exclamando *tayo*. El anciano era padre de nuestro huésped, y no contaba más edad que la que representaba el respetable carácter que imprimieran los años á su rostro. Su hermosa y simpática fisonomía, la cabeza adornada de una blanca cabellera y larga y poblada barba, su musculatura sobremanera desarrollada, no presentaban arrugas ni el menor indicio de decrepitud. Apénas pareció fijar su atencion en nosotros, y sin responder á las preguntas que le dirigímos ni devolver el saludo, retiróse con continente sombrío y meditabundo, como augurando que los felices dias trascurridos en el tranquilo hogar, en el seno de una familia querida, no fuesen turbados por la llegada de hombres desconocidos.

«Franquearon la casa á nuestra curiosidad sin oponer el menor obstáculo. No poseian mueble ni adorno alguno, sin que la distinguiera de las cabañas ordinarias mas que su mayor capacidad, pues medía ochenta piés de largo por veinte de ancho. Sólo notámos una especie de cilindro de mimbre, de tres á cuatro piés de altura, adornado con plumas negras, colgado del techo, y dos figuras de madera que debian ser ídolos. Una de ellas, probablemente el dios, estaba derecha junto á un poste; la otra, que semejaba la diosa, más alta que la tapia, estaba en frente, algo inclinada y atada al cañizo que rodeaba la pared. Aquellas figuras, toscamente esculpidas y desproporcionadas, aunque en realidad no median más de tres piés de elevacion, se hallaban colocadas sobre pedestales cilíndricos, huecos y calados, formando groseros dibujos de unos siete piés de altura, y más de diámetro, en figura de torrecillas, y así ellos como las estatuas eran de madera negra muy dura.

«Invitónos el jefe á tomar asiento sobre el verde césped delante de la puerta, mandando traer varias frutas, pescado asado y agua, y en tanto que comíamos nos presentaron telas, dos collares grandes de mimbre adornados con plumas negras y colmillos de tiburon. Los collares eran parecidos á las exageradas gorgueras que se usaban en tiempo de Francisco I, y colocando uno en mi cuello distribuyó entre todos las telas.

«Ya nos despedíamos para regresar á bordo, cuando el caballero de Suzannet notó que le faltaba un cachorrillo, y noticiándolo al jefe, se dispuso este á registrar á los circunstantes y á los que ántes nos acompañaron, maltratando de paso á alguno que intentaba resistirse; pero le impedímos continuar en sus investigaciones diciendo que al comunicarle lo ocurrido sólo llevábamos el objeto de

indicar que el ladron podria ser víctima de su fechoría, puesto que el mismo objeto robado le ocasionaria quizá la muerte.

«El jefe y los habitantes del pueblo vinieron acompañándonos hasta las canoas, pero todavía restábanos otra sorpresa agradable por su sencillez. Á corta distancia de la orilla saliónos al encuentro un insular de talle esbelto, gallardo continente y rostro hermoso, quien conduciéndonos á la sombra de un frondoso árbol se reclinó negligentemente, invitándonos á tomar asiento á su lado. Aceptámos su ofrecimiento, curiosos por ver qué nuevo espectáculo se preparaba, cuando llegó otro isleño con una flauta que comenzó á tocar con las narices, miéntras nuestro anfitrion, dirigiéndosenos entonó una melancólica cancion, que me pareció anacreóntica: puedo asegurar que esta encantadora escena, digna del pincel del Albano, me conmovió sobremanera, inspirándome todavía mayores simpatías por la buena acogida que aquellos sencillos insulares nos dispensaran.

«Terminado este obsequio continuámos caminando acompañados de cuatro salvajes que cenaron y durmieron en los buques, donde, para corresponder á su hospitalidad, improvisámos un concierto con una flauta y dos violines, y disparámos cohetes con candelillas y luces de bengala, cuyo espectáculo les causó una gran sorpresa mezclada de espanto.

«El 7 por la mañana vino á bordo el jefe llamado Ereti, trayendo un puerco, gallinas y la pistola qué el dia anterior robaron al caballero de Suzannet, cuya restitucion concluyó de asegurar el buen concepto que de ellos formáramos. Entre tanto y durante la mañana, dicté disposiciones para trasladar los enfermos á tierra y alijar la pipería, nombrando una guardia que velara por la seguridad. Al medio dia salté en tierra con armas y equipajes, y empezáronse á armar tiendas á orillas de un riachuelo, del cual íbamos á proveernos de agua.

«Ereti contemplónos al principio al parecer sin sorpresa ni descontento; mas pocas horas despues llegó acompañado de su padre y de los principales personajes del territorio que le habian hablado sobre este asunto, y manifestóme respetuosamente que les desagradaba nuestra permanencia en tierra, que podíamos estar entre ellos durante el dia tanto como fuera de nuestro agrado, pero que por la noche debíamos regresar á los buques.

«Insistí sobre la necesidad de establecer temporalmente allí un pequeño campamento, tanto para enfermería como para almacenar las pipas, maderas y demas artículos de que necesitábamos, y al mismo tiempo para facilitar las transacciones evitando toda molestia. Con tal respuesta celebraron otro consejo, despues del cual vino Ereti á preguntarme si pensábamos establecernos en aquel punto para siempre ó si sólo seria temporalmente, y en el segundo caso cuántos dias permaneceríamos, á lo que le respondí que nos haríamos á la mar dentro de diez y ocho dias, cuyo plazo le indiqué por medio de diez y ocho piedrecitas.

«Alejóse y reuniéndose nuevamente el consejo, me mandaron llamar: presentéme al punto, y un hombre de respetable aspecto, cuya opinion parecia predominar, intentó reducir el número de dias de permanencia en la isla; pero esforcé los argumentos, manifestándoles de tal suerte la necesidad del plazo solicitado, que consintieron en concederlo, y restablecióse la alegría. Ereti mismo nos ofreció un vasto tinglado junto al rio que les servia de astillero, y en el cual se

hallaban varias piraguas en construccion que mandó retirar, y en él armámos las tiendas: una para los escorbúticos, de los cuales contábanse doce de la *Mohina*, y veintidos de la *Estrella;* otra para almacen de agua y madera, y la tercera como factoría, estableciendo una guardia de treinta hombres, y armando por precaucion á los operarios y enfermos.

«La primera noche dormí en tierra y Ereti se empeñó en acompañarme, para lo cual dispuso que le trajesen la cena, y despidiendo á la multitud que rodeaba el campamento, sólo conservó cinco ó seis amigos de los más íntimos. Despues de cenar pidió cohetes, y para complacerle se dispararon algunos qué estoy persuadido de que le causaron tanto miedo como admiracion.

«Al dia siguiente rogué al jefe que me indicara los árboles que podrian utilizarse, pues en la llanura que ocupábamos sólo crecian árboles de pan y una especie de *calophyllum*, madera de poquísima consistencia, que ni siquiera era buena para quemar, y me notició que la madera dura se criaba en las montañas, donde me acompañó señalando los árboles que podian cortarse, é indicando hácia qué lado debian caer para no romperse.

«Tambien los insulares ayudaban sin descanso, y miéntras los trabajadores cortaban los árboles y los endurecian al fuego, los salvajes los trasladaban á bordo, ó hacian carbon de las ramas para embarcarlo; otros se dedicaban á llenar las pipas de agua y conducirlas á los buques, admitiendo sólo algunos clavos en pago de su faena, siendo preciso vigilar cuanto se desembarcaba, y hasta por nosotros mismos, porque con dificultad se hallarian en toda Europa rateros más diestros que los habitantes de Taiti.

«Aunque esta era la única incomodidad que nos causaban, debo confesar que el robo no parece costumbre ordinaria entre ellos, atendido á que sus casas permanecen siempre abiertas, y cuanto poseen está colgado en las paredes ó en el suelo á la vista de todos, y sin que nadie lo custodie. Dedúcese pues de esto que la curiosidad por objetos desconocidos es el único móvil de su incomparable rapacidad, sin perjuicio de la canalla que en todas partes abunda.

«En las dos primeras noches robaron varios efectos á pesar de la vigilancia de los centinelas y patrullas, á las que apedrearon sin lograr descubrir quiénes eran los agresores, si bien se calculaba que se ocultaban en un pantano cubierto de maleza, situado á la espalda del campamento; en su consecuencia ordené rozarle y disparar á los rateros que se presentasen. Ereti, á quien comuniqué lo ocurrido, aconsejóme que matara á todo el que intentase molestarnos, aunque indicando repetidas veces donde se hallaba su casa, rogándome que dispararan en opuesta direccion. Dispuse ademas que se situaran todas las noches en aquellas inmediaciones tres botes con sus correspondientes pedreros.

«Prescindiendo de los robos disfrutábamos de la mayor tranquilidad, aunque en honor de la verdad debo decir que tuvímos varios actos que reprocharnos. El 10 mataron de un tiro á un insular, sin que se pudiera averiguar quién fue el delincuente. El 12 me participaron que tres salvajes habian sido muertos ó heridos á bayonetazos en sus cabañas, lo cual habia alarmado á los insulares, y que los ancianos, mujeres y niños huian á refugiarse en las montañas, llevándose sus ropas, utensilios y hasta los cadáveres de sus antepasados, siendo de temer que atacaran el campamento, porque los muertos eran generalmente esti-

mados, y tal pérdida no podia ménos de producir extraordinario furor entre sus parientes y amigos.

«Sin detenerme bajé á tierra, y en presencia del pueblo medio amotinado mandé castigar severamente á cuatro soldados á quienes se atribuia el delito, cuya correccion pareció calmar á los amedrentados isleños: pasé la noche en el campamento, y recelando que á pesar de la satisfaccion que les diera intentaran vengar la muerte de sus compañeros atacándonos de improviso, reforcé las guardias encomendándoles la mayor vigilancia.

«El puesto que ocupábamos, situado entre dos rios, distantes entre sí un cuarto de legua escaso, era excelente; al frente extendíase un dilatado pantano, y circuia la espalda el mar: así, considerábase como de corta entidad la defensa, aunque fuera contra todas las fuerzas de la isla; mas á excepcion de alguna que otra alarma causada por los rateros, pasó tranquilamente la noche.

«Al amanecer observámos con sorpresa que nadie se aproximaba al campamento ni se divisaba piragua alguna; internáronse algunos exploradores y hallaron las casas abandonadas y la comarca desierta. Destacóse entónces el príncipe de Nassau con cuatro ó cinco hombres, y á una legua encontró gran número de insulares y á Ereti con ellos. Tan luego como aquel jefe reconoció al príncipe salióle al encuentro consternado; las mujeres se arrojaron á sus piés y le besaban las manos clamando llorosas: *¡Tayo, maté!* ¡Sois nuestros amigos, y nos matais! A fuerza de agasajos consiguió tranquilizarlos y restablecer la buena armonía, y al poco rato divisé con satisfaccion correr hácia el campamento la multitud alegre y confiada: embellecieron la factoría los cocos, gallinas, puercos y palomas torcaces, y grandes racimos de bananas aseguraban la paz.

«Bajé al punto á tierra con un copioso surtido de telas de seda y utensilios de todas clases, y los distribuí entre los jefes, manifestándoles mi pesar por la catástrofe ocurrida, y empeñándoles mi palabra de castigar con el mayor rigor un atentado que nada autorizaba sino la perversidad de sus fautores. Entónces me colmaron de caricias, corrieron á abrazarme con la más sencilla efusion los jefes, miéntras el pueblo aplaudia aquella reconciliacion, y en breve el campamento volvió á ser concurrido por los rateros y vendedores con tal animacion, que ofrecia el aspecto de una verdadera feria. Aquel dia y el siguiente fueron excesivas las provisiones que trajeron, solicitando que se dispararan algunos tiros que les causaron el mayor espanto, sobretodo al ver caer muertos á los animales colocados á larga distancia.»

Aquí termina Bougainville su interesante descripcion sobre las costumbres de Taiti para comenzar la descripcion de los diferentes riesgos que corrieron en aquellas aguas los dos buques que mandaba.

Desabrigados, porque no existia bahía, y castigados por los vientos alisios, estuvieron á pique de perecer estrellados contra las rocas: érales preciso alejarse cuanto ántes y los vientos tambien les impedian hacerse á la mar. Por fin lo consiguieron aprovechando un momento de brisa. Cuando los insulares se enteraron de que iban á partir, en cuanto amaneció saltó Ereti en la primera piragua que halló en la playa y fué á bordo, donde abrazó á todos reteniéndoles por largo rato entre sus brazos, llorando y manifestándose conmovido. Poco despues acostó á los buques su piragua grande, cargada de provisiones de

toda especie, tripulada por sus mujeres y el insular que desde la llegada fijara su residencia en la *Estrella*. Ereti le tomó de la mano, y presentándole á Bougainville le dijo que aquel hombre cuyo nombre era Autourou, deseaba seguirle, y que él le rogaba se lo concediera. Luego le fué presentando á todos los oficiales, diciéndoles que era un amigo que confiaba á otros amigos, y recomendándole con señaladas muestras de interes.

Presentaron á Ereti varios regalos, despues de lo cual se despidió y reunióse con sus mujeres que no cesaron de llorar miéntras la piragua se halló á la vista. Entre ellos hallábase una jóven hermosísima á quien abrazó el insular que seguia á Bougainville, y luego de entregarla tres perlas que le pendian de las orejas, estampóla en la frente un cariñoso ósculo: aquella interesante criatura, esposa ó novia del indígena, derramaba abundante y amargo llanto; mas á pesar de sus conmovedoras lágrimas se desvió con un doloroso esfuerzo y subió rápidamente á la fragata.

El 16 de abril de 1768 alejábase Bougainville de Taiti, de esa deliciosa isla que tanto á él como á Diderot, Delille, Cooper, Chateaubriand y Víctor Hugo ha inspirado los mas risueños cuadros, las páginas mas elocuentes y los versos más tiernos, y en su relacion consta que el insular le proporcionó las mayores satisfacciones que en su vida disfrutara por su ejemplar aplicacion y esmerado comportamiento.

En marzo de 1770 regresaba Autourou á su patria, á cuyo fin debia embarcarse en la Rochela en un buque próximo á darse á la vela con direccion á la isla de Francia, y durante la travesía iba recomendado á un negociante. El ministerio trasmitia al gobernador de la isla de Francia órden de proporcionar á Autourou medios de regresar á Taiti, con su pacotilla, compuesta de semillas, útiles y otros objetos que pudieran mejorar la suerte de sus compatriotas.

Bougainville, agradecido á la generosa hospitalidad que le dispensaran en aquellas costas, y deseoso de contribuir á que aquel benéfico pueblo gozara de las ventajas que la civilizacion proporciona á los pueblos cultos, habia dedicado á la adquisicion de aquella pacotilla treinta y seis mil francos, cuya cantidad, segun él mismo dice, constituia la tercera parte de su caudal; mas ¡ay! aquel sacrificio efectuado con la mayor abnegacion y que tanto honrará siempre la memoria del ilustre navegante fue inútil por desgracia. Autourou pereció víctima de la viruela ántes de llegar á su patria.

Aviénese muy bien el carácter de los habitantes de Taiti con el de los franceses y con el de los europeos en general, pero los mezquinos intereses, miserables rivalidades, envidias y miserias los perjudicaron sobremanera, y si á todos estos contratiempos se añade la mala eleccion del gobierno al enviar emisarios ó representantes poco á propósito para civilizarlo, hallarémos explicada la causa de los pocos progresos que se han obtenido en aquellas apartadas regiones.

Cuestion es por lo tanto digna de estudiarse por los diversos gobiernos de Europa, en aras de civilizacion, la acertada eleccion de los sugetos que envian á fin de civilizar las tribus salvajes de Ultramar. Tan sólo un amor acendrado al prójimo, la virtud más acrisolada se encontrará en el sacerdote católico, único que puede alumbrar con fruto á los que todavía no han abierto sus ojos á la luz vivificadora del Evangelio.

TOU-TOU-ILA.

ASESINATO DEL CAPITAN LANGLE

y de once marineros.

Ántes de referir á nuestros lectores los tristes detalles de uno de esos dramas sangrientos, por desgracia harto frecuentes en los anales marítimos, creemos oportuno dar cabida á una rectificacion importante respecto del nombre y situacion del grupo de islas, en una de las cuales aquel ocurrió.

Aun cuando el reputado publicista Malte-Brun coloca las islas de Banman, como formando un grupo diferente del que nos ocupa, junto con las islas de Groningen y Tienhoven, comprendidas en el archipiélago de Roggeveen, es lo cierto que las actuales islas de Hamoa ó Samoa, conocidas anteriormente bajo la denominacion genérica de archipiélago de los Navegantes, resultan ser lasmismas á que aludimos, segun el acreditado parecer de Rienzi.

Este sabio al par que celoso geógrafo, despues de cotejar con detencion los diversos mapas y memorias relativos, así antiguos como modernos, convencióse de que el archipiélago de Samoa, hallado de nuevo por Bougainville, era el que Roggeveen descubrió en 1772 y apellidó islas Banman.

Por otra parte, como á existir en realidad tales islas independientes de las de Samoa hubiera sido fácil que cualquier otro explorador las hallara tambien, y toda vez que nunca fue así, hay por consiguiente fundados motivos para suponer, al igual de Rienzi, que las islas divisadas en su derrotero por el célebre navegante holandes pertenecen al archipiélago de que se trata y no á ningun otro grupo.

Ademas, la descripcion general de ambos coincide del modo más perfecto.

Rectificando tan incomprensible error anudarémos el hilo de nuestro conmovedor relato.

El 6 de diciembre de 1789 La Perouse, teniendo noticia de que existia una isla al extremo oriental del archipiélago que llamarémos de los Navegantes, hizo rumbo para arribar á ella y al amanecer del dia siguiente divisó su cabo Sur.

Al principio los expedicionarios extrañaron que ninguna embarcacion indígena surcara aquellas aguas, echando tan sólo de ver al internarse en el canal una numerosa partida de naturales, quienes sentados en corro á la sombra de unos co-

coteros contemplaban silenciosos las fragatas *Astrolabio* y *Brújula*, acercándose cada vez más á la orilla.

Aquella tierra de hastasetecientos piés de elevacion es sumamente quebrada, poblándola árboles frondosos y corpulentos; en una palabra, la naturaleza ostenta toda su galanura y feracidad, sin que nada revele la humana inteligencia ni ningun vestigio de civilizacion.

Pronto se cambiaron señas entre insulares y europeos, siguiéndose algunos trueques de escasa importancia, en cuyas transacciones tuvieron ocasion de convencerse los expedicionarios que aquellos habitantes, lo propio que la generalidad de los salvajes, abrigaban instintos codiciosos y mala fe. Esta circunstancia ocasionó graves conflictos; debiendo citarse la expedicion que los franceses emprendieron en 1838 con motivo de haber sido robado y maltratado el guardia marina Lafond, de la fragata *Nuevo Astrolabio*: tamaño atentado tuvo por consecuencia el más severo correctivo, del cual conservan todavía aterrorizados amargo recuerdo sus autores. Seria de desear que las naciones civilizadas imitasen la conducta observada por la Francia en aquella coyuntura, poniendo á salvo la vida é intereses de sus súbditos, valiéndose de cuantos medios dispongan para obtener la debida reparacion de los agravios que se les infieran, con menoscabo del sagrado derecho de gentes y de la honra del pabellon que los escuda.

Navegóse despues con rumbo á un pequeño cabo detras del cual conjeturábase encontrar buen fondeadero, pero al doblarlo echaron de ver su equivocacion por el poco fondo que acusó la sonda y lo desabrigado del paraje. Entónces las embarcaciones retrocedieron hácia fuera del canal con el objeto de costear las dos islas del Oeste, las cuales ocupan casi tanta extension como la que está situada al Oriente; separado por un canal de setecientos piés de anchura y al extremo occidental álzase otro islote, que de léjos se confunde con un peñasco de gran tamaño, si no lo cubriera la más frondosa y feraz vegetacion.

A la mañana siguiente descubrieron otra isla más considerable llamada Tou-tou-ila, y todavía distarian las fragatas tres ó cuatro leguas de tierra cuando se acercaron las piraguas conduciendo cerdos y frutas que demostraba su fertilidad y riqueza. Las muchas ventajas de la bahía permitieron á La Perouse fondear donde le acomodó y lo hizo delante de Tou-tou-ila en plena costa y con treinta brazas de fondo.

Aquella misma noche el capitan Langle embarcóse con varios oficiales en los botes y se dirigieron á reconocer un gran pueblo inmediato. Sus moradores los acogieron cariñosamente, y como comenzaba á oscurecer encendieron teas para alumbrar á sus huéspedes, que pronto ganaron sus buques.

Al amanecer del siguiente dia comparecieron á bordo los naturales con mercancías del país para trocarlas con hierro y fruslerías que les agradaban sobremanera. Las lanchas fuéron á tierra para hacer agua y los capitanes les acompañaron, y sin que se alteraran las buenas disposiciones de los indígenas, notóse sin embargo algun cambio. Los marineros encargados de formar el cordon al rededor del sitio en que se hacia la aguada dejaron penetrar en sus filas á dos ó tres mujeres, y un salvaje oculto detras de la popa de una delas embarcaciones, se apoderó de un martillo y descargó un golpe á uno de los soldados. En vez de castigar al agresor La Perouse le impuso la ligera pena de que le arrojasen al

agua, sin comprender que con un pueblo que hacia alarde de su fuerza hasta el extremo de jactarse de su indisputable ventaja sobre los extranjeros, era menester obrar con mucho rigor hasta darle á conocer el mortífero efecto de las armas de fuego, disparando á dos ó tres palomas de las llamadas *clementines*, hermoso pájaro cuyo verde plumaje realza el amarillo del vientre y el morado de la cabeza..

Sin embargo de aquel incidente, escoltado La Perouse por soldados de marina dirigióse á un pueblecillo situado á corta distancia. El camino era en extremo pintoresco y resguardado de los rayos del sol por las entrelazadas ramas de árboles frondosos que se alzaban á los lados. Las cabañas estaban construidas al rededor de una explanada de doscientas varas de diámetro, rogando los habitantes á las puertas de sus viviendas á La Perouse les dispensara el honor de descansar en ellas, el cual por no mostrarse desatento accedió á sus deseos penetrando en varias cabañas. Casi todas estaban enlosadas con piedras de colores vivos que presentaban el mejor aspecto. En algunas una ligera esterilla de junco primorosamente labrada, cubria el pavimento, y troncos de árboles servian de puntales para sostener el techo de hojas de cocotero. En todas partes reinaba la mayor limpieza, y las aberturas de las casas se tapaban á las horas del sol con esteras dispuestas en forma de persianas. Favorecido este suelo encantador por la naturaleza disfruta un clima que ni siquiera exige el uso de vestidos. Allí crecen frondosos árboles tales como cocoteros, plátanos, naranjos y mil otros que ofrecen á los naturales abundante y nutritivo alimento. Al recorrer el país cualquiera se imaginaria hallarse en un paraíso; pero al dirigir una ojeada á su alrededor podria observar que no está vírgen de maldad. Las facciones de los indígenas y las numerosas cicatrices que se dibujaban en sus rostros manifiestan sus instintos feroces.

En las fragatas es donde pudieron apreciarse las intenciones que impulsaban á los naturales. A pesar de la vigilancia de los centinelas los salvajes se apoderaron de varios objetos. En vano se amenazó castigarles si no los restituian; mas validos de sus hercúleas fuerzas se burlaban de las amonestaciones de los franceses; y La Perouse, que debia haberles hecho reconocer la superioridad de sus compatriotas con algun acto de rigor, ninguna medida tomó con lo cual, en vez de cejar los indígenas en sus propósitos ,cobraron mayor osadía.

Sobrándole los medios para escarmentar á los agresores no se concibe cómo pudo usar de tanta conmiseracion hasta el extremo de desconocer las reglas prescritas por la prudencia; pues, como observó Perouse con fundamento, la creencia de que el hombre inculto es benévolo, y que si obra mal alguna vez sólo lo hace por excitacion ajena, no pasa de ser un error muy grave que costó la vida á muchos viajeros inexpertos. En efecto, se nos figura equivocadamente que los habitantes de las regiones todavía no favorecidas por los incontestables beneficios de la civilizacion abrigan nobles sentimientos; y motiva semejante hipótesis el hecho de poseerlos arraigados en nuestros corazones desde la infancia, como consecuencia de la educacion que recibímos. De ahí que cada cual los prejuzgue á su modo, asimilándoles á sí propio, sin atender á que carecen hasta del más ínfimo conocimiento de esos sublimes principios reguladores de la accion humana, á cuyo tenor el hombre obra rectamente por sólo amor al bien, perdona cualquiera ofensa despreciando

la venganza, y reprimir su enojo para conservar el poderio de su inteligencia; de ahí tambien que en ellos se tome por magnanimidad lo que sólo es astucia ó disimulo. De suerte que esos seres desheredados por la naturaleza, á pesar de su apariencia racional y edad más ó ménos dilatada, son toda la vida meros niños dominados por un cúmulo de deseos, y en quienes impera la necesidad de satisfacerlos en seguida. Fuerza es de consiguiente desviar la vista con disgusto de esos falaces cuadros de que se han valido ciertos escritores para prestar mayor interes á sus elucubraciones, con el objeto de resucitar la pasada edad de oro, representando escenas de paraísos terrenales. Mas todo es pura ficcion; por poco que se recorra las apartadas regiones en donde no hayan penetrado todavía la luz regeneradora del Evangelio ni los progresos de la humanidad culta, prontose tropieza con la realidad, apareciendo el *hombre primitivo* conforme hase convenido en llamar poéticamente al salvaje, con toda su mísera desnudez; y en verdad que nada hay tan inverosímil como un sér racional que no goza de la plenitud de su razon.

El medio, pues, más acertado para no ser víctima de los salvajes, es ir dos ó tres juntos, mostrarse siempre severos, no perderlos de vista, obligarles á ir delante, cuidar de que las armas permanezcan cargadas para estar prevenidos cuando llegue la ocasion, y fatigar su inconstante movilidad con marchas. A buen seguro que adoptando tan prudentes precauciones se logra evitar la muchedumbre importuna, reteniendo sólo consigo á los guias, quienes por el cebo de la ganancia tienen interes en producirse comedidamente; prescindiendo de que el amigo más seguro es una brújula de bolsillo, único al que no es necesario vigilar.

Pues todo esto debiera haber tenido presente La Perouse y se hubiera evitado la catástrofe; mas no fue así.

La fatalidad parecia guiar al capitan Langle hácia el desastroso acontecimiento que le costó la vida. En la mañana del 10 reconoció un pintoresco pueblecillo en la vecina costa, y al otro dia manifestó á La Perouse deseos de ir allí á hacer agua, el cual al principio se opuso; mas la confianza que abrigaba Langle de que todo se arreglaria, desvaneció los temores de aquel. A las once de la mañana los dos botes de las fragatas y dos lanchones artillados con sesenta y un hombres escogidos cada uno, al mando de Langle se dirigieron al sitio donde debia hacerse la aguada. Todos iban armados. Sorprendiéronse al llegar al desembarcadero de la víspera, pues en vez de la vasta bahía que creian encontrar se ofreció á su vista una ensenada obstruida por ramas de corales, debiendo atravesarse un canal angosto y tortuoso. No creyendo Langle, como sucedia en efecto, que á la hora de la marea creciente hubiese una diferencia de cinco ó seis piés en la altura de las aguas, trató de retroceder y hacer la aguada en otro sitio que reuniera mejores condiciones, mas las disposiciones de los naturales que en la orilla le rogaban abordase ofreciéndole toda clase de frutos y cerdos le hizo variar de determinacion, y tranquilizado hasta cierto punto se dispuso á complacerles. Desembarcó, pues, y ordenó unos cuantos soldados para proteger los trabajos y acercóse á los indígenas para cumplimentarles. Durante la primera hora todo parecia prever un buen desenlace, ya por las protestas de amistad, ya porque sólo se veian en la orilla unos doscientos hombres. Sin embargo al poco rato varias piraguas se acercaron y la desconfianza de Langle creció de punto al observar que otras se dirigian

allí, y que al tiempo que se acrecentaba el número de los indígenas al órden y la calma sucedia el tumulto y la confusion. Mal inspirado aquel oficial y no sabiendo qué disposiciones adoptar para remediarlo, mandó distribuir presentes entre los que se figuraba ser los jefes, pero á nadie satisfizo, y al contrario sólo sirvió para enconar los ánimos de la mayor parte descontentos por no haber sido objeto de sus preferencias.

Los murmullos y ademanes demostraron que el furor habia llegado á su colmo. Así lo comprendió Langle, y sin manifestar temor, ántes bien haciendo alarde de la mayor serenidad, mandó emprender la retirada que se verificó en buen órden, aunque seguidos por los naturales. Para llegar los franceses á las embarcaciones se vieron obligados á meterse en agua hasta la cintura y la falta de prevision fue causa de que se mojaran sus municiones. Sin embargo, todo continuó tranquilo aunque debia preverse que no tardaria en estallar la tempestad. En efecto, apénas los indígenas comprendieron que iban á zarpar los buques, arrojaron algunas piedras y para contenerles Langle hizo disparar un cañonazo al aire, y como si esta fuera la señal que aguardaran para comenzar el ataque, los franceses se vieron envueltos en un verdadero diluvio de piedras que hiriendo á la mayor parte no dejaron de producir algunas bajas. Herido el capitan en la cabeza cayó sobre uno de los bancos de estribor, y en seguida los indígenas se abalanzaron á la lancha sin dar lugar á Langle para defenderse, y le descargaron varios golpes con sus mazas hasta que cayó para no volverse á levantar. Apénas muerto los más exaltados se apoderaron de su cuerpo, miéntras el resto, cayendo sobre el naturalista Lamanou, el capitan de armas Talin y varios otros los asesinaron sin poder resistir á tan imprevisto ataque. Por todas partes se distinguian numerosos grupos que acudian presurosos y hacian presagiar un fin funesto para los desgraciados franceses víctimas de su inexperiencia.

Atacado el otro lanchon y los botes, no sabian á quiénes obedecer ni cómo defenderse. Aquello más que un combate asemejaba una carnicería espantosa, en la cual debia vencer el número imposibilitando la superioridad de las armas de fuego.

Los oficiales, sobre quienes pesaba la responsabilidad, trataron de evadir la accion, pero á pesar de su serenidad y de la intrepidez de los marineros, no pudieron levar anclas y rechazar á los enemigos que atacaban impetuosamente. El teniente Bontin, que tenia el mando de la segunda chalupa, mandó hacer fuego á quema ropa á fin de aprovechar los tiros. En efecto, á la primera descarga cayeron algunos, pero se arrojaron tan de improviso sobre los franceses, que apénas tuvieron tiempo para abandonar el lanchon y dirigirse hácia los botes que ya flotaban. Esta fuga les libró de la muerte, pues movidos los salvajes por el deseo del pillaje se precipitaron sobre las embarcaciones y á poco estalló entre ellos la discordia, disputándose la adquisicion del objeto más insignificante. Al verles se les hubiese comparado á una bandada de aves de rapiña arrojándose sobre los cadáveres, y en pocos minutos despedazaron el lanchon y cada uno apoderóse á viva fuerza de lo que pilló, madera del casco, remos, bancos y clavazon. Ocupados en aquella obra de destruccion olvidaron á los fugitivos que se embarcaron en los botes arrojando al agua lo ménos necesario y hasta los bancos á fin de aligerar el peso para que cupieran todos. En seguida se dirigieron a fuerza de remos á las fra-



Muerte del capitan Langle y once marinos.

gatas, y un incidente inesperado por poco compromete de nuevo la salvacion de aquellos desgraciados. Al navegar por lo más intrincado del canal chocó uno de los botes contribuyendo á empeorar la situacion, pues á ambos lados del sitio corria un arrecife, que permitia á los indígenas ofenderles, porque destrozadas ya las chalupas, ébrios con aquel primer triunfo y guiados por sus codiciosos deseos no podian tardar en presentarse, como sucedió en breve acudiendo desenfrenados exhalando aullidos terribles para atemorizar á los franceses y cortarles la retirada; pero salieron fallidos sus deseos, pues llegaron á tiempo en que ya habian tapado con sus chaquetas la via de agua que penetraba en el bote y contuvieron el primer ímpetu de los salvajes, aprovechando la confusion para salir del canal y dirigirse al buque comandante.

Apénas los botes llenos de heridos llegaron á bordo y noticiaron el funesto acontecimiento, sólo se oyó un grito de venganza. La ocasion se presentaba propicia, pues al rededor de la fragata se veian un centenar de piraguas tripuladas por los hijos, esposas ó familia de los que provocaron aquel horrible combate. Ya los soldados, sin advertir la inocencia y la tranquilidad que reinaba entre aquellas que escogian para víctimas, se proveyeron de sus armas y saltaban á las embarcaciones, cuando La Perouse, que observara el movimiento, comprendió la intencion que guiaba á la marinería, dejóse llevar por sus humanitarios sentimientos, y apareciendo en medio de ellos empleó la persuasion y hasta la amenaza para disuadirles de su propósito; y despues de restablecer el órden, mandó disparar un cañonazo sin bala á fin de que las piraguas se alejaran, como así sucedió no distinguiéndose ni una sola.

Desde luego La Perouse intentó el proyecto de otra expedicion para vengar el asesinato de sus compañeros, y al cabo de pocos dias trató de poner en ejecucion sus planes, con cuyo objeto zarparon las fragatas dirigiéndose á la costa á fin de buscar fondeadero y dirigir las operaciones, mas sus diligencias fueron en balde, pues sólo encontró sitios expuestos que le impedian anclar con seguridad. Los prudentes consejos del oficial Bontin fueron convenciendo á La Perouse de que era no sólo inútil sino arriesgado mover guerra á los indígenas.

Ya se concibe cuál seria el sentimiento de La Perouse al renunciar á la venganza de sus compatriotas, y sobretodo á la de su antiguo amigo, sugeto de gran valía y uno de los mejores oficiales de la marina francesa. Sin embargo, persuadido de su falta de medios para realizar sus proyectos, gracias á los acertados consejos de los oficiales, decidióse á abandonar aquellas aguas que en conmemoracion del incidente ocurrido recibió el nombre de Isla de los asesinatos.

Dióse la órden de aparejar y el 14 de diciembre por la mañana se hicieron á la vela las fragatas con rumbo á la isla Opolou separada de la de Tou-tou-ila por un canal de nueve leguas de largo. A distancia de tres leguas de dicho punto acudieron varias piraguas cargadas de provisiones para comerciar con los franceses. Los salvajes que las tripulaban ofrecian el mismo tipo que los de Tou-tou-ila, si bien se notaba que sus maneras eran más afables, como lo demostró el órden que reinó durante su estancia en las fragatas.

Aquella noche los buques se pusieron al pairo cerca del pueblecillo que quizá sea el que ocupa mayor extension en los mares del Sur. Las primeras casas

se alzaban á la orilla del mar, prolongándose hasta la falda de las montañas ofreciendo al espectador un anfiteatro, rico en árboles y verdor, en el que las columnas blanquecinas de humo que se elevaban del pueblecillo, las piraguas que se mecian en las tranquilas aguas, los rayos plateados de la luna y una brisa suave é impregnada de emanaciones deliciosas, contribuian á realzar la belleza de aquel panorama. Sea por inclinacion ó lo que es más probable por hábito de tener á la vista los abundantes dones de aquella pródiga naturaleza, los moradores no desean mas que cosas supérfluas, así es que prefieren un abalorio á cualquier otro objeto que podria serles de utilidad. La Perouse observó entre las mujeres alguna fisonomía simpática y facciones regulares, y en la mayor parte adornos de flores en la cabeza así como una cinta verde en forma de diadema y los cabellos trenzados con musgo. Tienen una estatura regular y muy buenas formas, y en sus ojos, modales y gestos se advierte suavidad y refinada coquetería, y por el contrario los hombres denotan la mayor ferocidad. A cosa de media noche la expedicion continuó la ruta emprendida á lo largo de la isla y las piraguas regresaron á tierra. Al otro dia avistaron á Sevai, y aun cuando pasaron más cerca de esta isla que de la precedente, no se les acercó ninguna piragua.

Aunque más pequeña, Sevai es tan hermosa como la de Opolou, con la cual comunica por un canal de cuatro leguas, cortado por dos islas considerables, una de las que se cree esté habitada. La costa Norte de Sevai y las de las demas islas de dicho archipiélago son inaccesibles á los buques de alto porte, y tan sólo despues de doblar el cabo Oeste puede encontrarse un mar tranquilo y sin rompientes, con seguros y abrigados fondeaderos.

El archipiélago de los Navegantes de Bougainville se compone de siete islas que quizá forman el grupo más pintoresco de los mares del Sur, y están situadas á los 14° de latitud Sur y de 71° á 75° de longitud occidental. Los habitantes en general son esbeltos y bien formados y su estatura ordinariamente de unos cinco piés y pulgadas. Sin embargo, son ménos notables por la talla que por sus proporciones hercúleas. Por lo regular los hombres llevan el cuerpo pintado con tanta perfeccion que de léjos parece que van vestidos, cuando sólo usan una especie de tonelete de algas atado al rededor de la cintura que les llega hasta las rodillas. Se dejan crecer el cabello y lo recogen sobre la cabeza, cuyo adorno contribuye á aumentar la ferocidad de sus rostros. Respecto á las mujeres, sólo añadirémos que su estatura es proporcionada á la de los varones.

Aquellos pueblos cultivan algunas artes con bastante aprovechamiento, y edifican las casas con solidez y gusto. Entre los objetos que compraron los franceses por sartas de perlas y otros dijes por el estilo, figuraban algunos de madera de *kava*, de una sola pieza, muy bien pulimentados. Tambien sobresalen en la fabricacion de esterillas finas que parecen imitacion de alfombras aterciopeladas, y algunos géneros de papel comunes en toda la Polinesia, valiéndose de la corteza de *bronssonetia papyrifera* y de *thespesia populnea*, con cuyas telas se visten los jefes. Por último, su lengua es un dialecto parecido al que se habla en las islas de la Sociedad y de los Amigos.

Ántes de terminar esta ligera reseña debemos hacer mencion del motivo que dió lugar á Bougainville para apellidarles los Navegantes. Para ir de un punto á

otro los naturales, aunque diste poco, van en sus piraguas que siempre pueden emplearlas, pues la mayor parte de los pueblos están á orillas del mar, y tan sólo se dibuja un sendero estrecho y tortuoso sembrado de maleza y guijarros para los pocos que desean internarse en el país. Los franceses tambien notaron que los jefes usan como insignia un bastoncito con el cual repartian bastonazos á los indígenas que no les acataban. Sin embargo de sus pretensiones y medios de accion, nunca conseguian ser obedecidos por sus súbditos, y aun no dictaban una órden cuando ya la habian desobedecido la mayor parte. La Perouse no echó de ver ninguna tumba ni presenció sus ceremonias religiosas, si bien no debe extrañarse, pues se cree que ninguna religion profesan si merecen crédito las palabras de Urville, quien hizo escala en Opolou en setiembre de 1837 y observó este fenómeno, muy raro en la vida de los pueblos. Lo único que practican es la circuncision, cuya costumbre no sabemos si es hija de alguna idea religiosa ó bien de la conveniencia.

ESPORADAS OCEÁNICAS.

ESCALA EN LA ISLA DE PASCUAS.

Bajo la denominacion de Esporadas oceánicas desígnanse ordinariamente las islas de Vaihou ó de Pascuas y la de Sala y Gomez, las más apartadas de la Polinesia, de las cuales existen abundantes noticias histórico-geográfico-políticas, aunque contradictorias.

La primera, objeto del presente por ser la más importante, está situada segun Beechey entre los 27° 6' 29" de latitud Sur y 111° 32' 42" de longitud Este; y mide cerca de cinco leguas alzándose, la cumbre más alta mil cien piés sobre el nivel del mar.

Hidi-Hidi (Œdidée), que acompañaba á Cook, expresó en las siguientes palabras la impresion que produce el aspecto de Vaihou:

Taata maitai icenona ine: Los naturales parecen benévolos, pero la tierra ingrata.

En efecto, todo anunciaba una remota civilizacion perdida, y do quiera reinaba la más desconsoladora esterilidad.

Son los insulares de presencia simpática, regular estatura, bien formados y de facciones suaves, por lo cual se les suponen nobles sentimientos que no abrigan.

Hállase notable divergencia en las noticias de los viajeros; Cook calculó la poblacion en seis ó siete mil almas, La Perouse en dos mil y Beechey en mil dos

cientas sesenta. Roggeween describe á los naturales con talla gigantesca y atléticas formas, miéntras que Beechey asegura que su robustez es escasa y que su estatura no excede de cinco piés siete y media pulgadas inglesas; por último otro navegante cuyo nombre no recordamos, pretende viven en comunidad, aserto harto dudoso á juzgar por su índole y costumbres.

Llaman los ingleses y americanos á dicha isla *Easter's Island*, los franceses *Ile de Pâques*, los indígenas *Vaihou*, y fue descubierta el dia de Pascua de Resurreccion de 1772 (6 de abril) por la division holandesa que mandaba Roggeween, quien la tituló *Paassen* (Pascuas,) refiriéndose al dia en que estaban.

Tan luego como la escuadra presentóse en frente de la isla, un indígena de alta estatura y fisonomía apacible salió á su encuentro en una pequeña piragua, pasando á bordo, correspondiendo á la amistosa acogida que se le dispensara con muecas ridículas; imitaba cuanto veia, y por algun rato divirtió á la tripulacion. Regaláronle varias bagatelas que se colgó al cuello; comió con voraz apetito los manjares que se le presentaron; pero en vez de beber el vino, se lo echó en los ojos, lo cual produjo una estrepitosa risa; y él, satisfecho al parecer de hallarse entre los europeos, á quienes empezaba ya á fastidiar, permaneció á bordo hasta el anochecer, costando gran trabajo despedirle; alejóse al fin con sentimiento, y exclamando: ¡*Odorroga! ¡odorroga!*

Difícil es conjeturar qué diria á sus compatriotas del recibimiento de los holandeses: si excitó su codicia ó les indujo á sospechar de ellos; lo cierto es que á la mañana siguiente, cuando fondeó la escuadra, una multitud curiosa se agitaba en la orilla.

A los expedicionarios pareciéronles las fisonomías ménos apacibles que la del huésped de la víspera, y por lo tanto resolvieron tratarlos con gran cautela, y el tiempo demostró lo acertado de tal resolucion. Ignórase cómo empezó la lucha; de pronto resonó un tiro hiriendo mortalmente á un insular, lo cual ocasionó un conflicto de tanta gravedad que Roggeween, á pesar de la festividad del dia, desembarcó á la cabeza de ciento cincuenta hombres y mandó disparar al populacho, que audaz resistia la entrada de los holandeses en la isla, y como por desgracia suelen pagar la pena justos por pecadores, á la primera descarga murió el pacífico indígena que les visitara el dia anterior.

Tan enérgica actitud impuso á los insulares, quienes se apresuraron á ofrecer á los europeos en desagravio lo mejor que poseian en armas, utensilios y provisiones. Desde aquel momento reinó la más cordial armonía, aprovechándola los expedicionarios para examinar la isla.

Los campos estaban bien labrados y cercados, ocupando cada familia una aldea: las habitaciones de mísero aspecto, formábanlas estacas de madera, hincadas en tierra y rellenados los claros con una mezcla de hojas secas y barro; y sus dimensiones serian de ocho á diez piés de ancho por cincuenta de largo.

Aparentaban viveza y actividad, su fisonomía en conjunto agradable expresaba bondad, humildad, recato y timidez. Algunos eran casi blancos, pero la mayor parte de un color amarillento oscuro, y pintado todo el cuerpo con figuras de peces y pájaros.

En la noticia del descubrimiento dícese que preparaban los alimentos en ollas de barro, lo que prueba que poseian ciertos conocimientos de industria.



Baile de la isla Vahëhou.

Las mujeres, en extremo obsequiosas con los europeos, eran hermosas.

Constituian los ídolos de Vaihou estatuas gigantescas de piedra parecidas á la forma humana y circuidas de una era enlosada de piedras blancas. Los naturales les miraban con profunda veneracion, reuniéndose en grandes corrillos; entre ellos se notaban varios personajes que llevaban pendientes, la cabeza rapada y cubierta con un gorro adornado de plumas blancas y negras, á los cuales tomó Roggeween por sacerdotes.

Escasas observaciones pudo hacer durante su corta permanencia en Vaihou, de donde zarpó al dia siguiente por temor al viento Oeste. Desde entónces nadie más visitó la isla, hasta el capitan Cook, que recaló en ella en marzo de 1774, recogiendo cuantos datos y noticias deseaba; los habitantes instruidos por una triste experiencia recibieron esta vez á los europeos con mayor deferencia.

BORNEO.

CAZA DEL MONO EN LA COSTA ESTE DE BORNEO.

Estando Dumont de Urville de escala en la costa Este de Borneo, en el estrecho de Macassar, mandó á reconocerla al ingeniero hidrográfico del buque Dumoulin; y con objeto de que pudiera detenerse el tiempo conveniente, proveyóse de víveres para tres dias el lanchon que debia conducirle así como los dos botes en los cuales iban los soldados que debian escoltarle.

Aunque la costa sólo distaba cuatro leguas, innumerables bancos de arena y algunos bajos cenagosos entorpecieron la travesía, retardando considerablemente la llegada á tierra de los botes.

La mayor parte de las islas Pamarong se componen de bancos de fango cubiertos de paletuvios de tan considerable altura, que de léjos aparecen como tierras habitables, pues á primera vista se descubren hermosas selvas. Sin embargo, la ilusion desaparece á medida que la distancia se acorta. Aquellos árboles crecen en el agua y los troncos sólo se descubren á las horas de la bajamar. De modo que aquellos bosques están plantados en altos fondos, verdaderos terrenos de aluvion separados por estrechos canales que no son sino ramificaciones de la corriente del gran rio, á cuyo sedimento deben la existencia aquellas sumergidas islas. Dicho rio es conocido por Kotty, el cual desemboca en el mar por un canal.

A la llegada de los botes á tierra la marea estaba sumamente baja y pudieron abordar á la supuesta isla. Los franceses pudieron distinguir al traves de las tupidas ramas de los árboles algunos naturales que les contemplaban, y tambien notaron en varios puntos columnas de humo, indicio precursor de que aquellas isla estaban habitadas. Todo pura alucinacion, pues lo que les aparecia con el aspecto de hombres eran monos, y el humo vapores producidos por aquellos pantanosos sitios.

Desembarcaron recelosos, y como el fango era tan blando se hundian hasta las rodillas. Por fin tras inauditos esfuerzos para salir de aquellos lodazales y llegar á la explanada donde crecian los árboles, se convencieron de que era imposible avanzar hasta ellos, pues el fango, á medida que avanzaban, iba siendo más blando, ocasionado por las corrientes. En tal situacion sucedióse el desaliento á la actividad que momentos ántes les animaba. Una indecible fatiga sucedió á su primer ímpetu y alguno hubo que estuvo á punto de perder el conocimiento. Los tábanos les molestaban, viéndose obligados á defender sus rostros con las manos llenas de barro sin que consiguieran librarse de las picaduras que les desfiguraban.

Entre tan imprevistos accidentes no se olvidaron de cazar algunos monos, y convencidos por propia experiencia de cuán difícil seria alcanzarlos acordaron comenzar el fuego. Los monos se ocultaban entre las ramas y sólo dejaban expuesta la cabeza á los tiros, sucediéndose los disparos sin interrupcion por espacio de dos ó tres minutos, y á poco cayeron exánimes al pié de los atrevidos cazadores dos monos magníficos de metro y medio de altura, dos monas y ademas otra herida. Lebreton, hábil dibujante, que por casualidad se encontraba con los expedicionarios, aprovechó aquel asunto para pintar una acuarda notable por la expresion y colorido. Los dos monos fueron regalados á una autoridad francesa y hoy dia se conservan en la galería zoológica del museo de historia natural de Paris.

Estos animales saltan de un árbol á otro con sorprendente agilidad, y sin duda á causa de la poca consistencia del suelo de su acuática patria pocas veces bajan á él. Sin embargo, se les ha visto saltar al fango y encaramarse en seguida á otro árbol, dejando apénas impresas sus huellas, lo cual se comprende si se analiza la forma de sus largas y anchas patas traseras.

El vientre de esta especie de monos es muy voluminoso y les asemeja á la familia de los herbívoros. Se alimentan con hojas de *rhizophora gymnorhiza* aunque se cree y con fundamento, que tambien gustan del reino animal, pues está demostrada la aficion de los cuadrúmanos á los pajarillos y otras sustancias. De los datos adquiridos debe suponerse que la especie que nos ocupa tambien se alimenta de los pescaditos que la marea deposita. Segun parece, y si bien no es opinion comun, la prolongacion del hocico es debida á que con la nariz suple el órgano del tacto.

Debemos explicar tal como se comprende la existencia de tantos monos en una isla de tan corta extension por su situacion y á la mayor abundancia de los paletuvios que en ella se encuentran comparada con las demas islas. A los primeros tiros operóse un movimiento en los árboles como si se multiplicasen sus ramas, pues el número de animales se contaba por centenares. La mayor par-



A pesar de su agilidad llevámos cuatro á bordo.

te, aprovechando la inmovilidad de los cazadores, se alejaron corriendo hácia lo más intrincado del bosque; otros más ágiles se encaramaron á las más altas ramas; algunos sorprendidos en árboles aislados y casi desnudos de hojas, no atreviéndose á saltar se ocultaron detras de los troncos dejando sola la cabeza descubierta; y los demas indecisos acerca del partido que debian adoptar, fueron muertos ó heridos en las mismas ramas de las cuales se colgaron aturdidos por la primera detonacion. Aquella nube de monos, como hemos dicho, es tan sólo una fraccion de los del archipiélago de la isla Pamarong. La isla del centro mide una legua de Sureste á Noroeste, y su anchura no llega á cien piés. Dichos animales á la hora de bajamar atraviesan á nado los canales que separan las diferentes islas. A primera vista nadie adivinaria que fueran tan buenos nadadores, pues sus formas no son las más á propósito.

Los cocodrilos tambien abundan en aquellas costas, de las cuales se retiran en la bajamar; esta clase de animales son nocturnos, cazan de noche, y durante el tiempo de la digestion se echan en el fango en donde permanecen horas enteras como muertos. Esta observacion resulta comprobada por muchos y repetidos hechos. Los cocodrilos que pertenecen á los llamados de dos rayas se agitan mucho durante la noche y se enfurecen si les sujetan impidiéndoles los movimientos. Sus ojos de dia casi apagados brillan en la oscuridad con sorprendente fosforescencia. Cuando no se posee gran serenidad y armas á propósito, tiene por lo regular su aparicion consecuencias fatales para el hombre, si bien en algunos puntos los indios les cazan con preferencia á los demas animales, siendo raras las veces que tengan que lamentar alguna desgracia. Para cazar cómodamente y con probabilidad de éxito en las islas Pamarong debe irse en un bote de fondo casi plano para abordar la isla y provisto de patines para caminar sobre el fango sin hundirse, teniendo sobretodo gran cuidado con las hondonadas producidas por las aguas.

Una de las cosas que deben evitarse es que los cazadores se desparramen. En aquellas islas se observa un fenómeno singular cuya explicacion pende de la calidad del terreno. Las detonaciones de las armas parece que resuenan á larga distancia y que parten de la cima de los árboles, efecto de que la blandura del suelo apaga los sonidos. Estas circunstancias, unidas á los muchos canales que separan las islas, contribuyen á que los medios de comunicacion sean difíciles.

Borneo es una region destinada por la naturaleza á ensanchar sus límites resistiendo á las aguas que la cercan amenazando borrarle de la superficie de la tierra. Con los despojos de sus producciones se va endureciendo el suelo, y sin duda codicioso de poseer nuevos y más dilatados dominios siembra las semillas de sus árboles predilectos, los cuales creciendo con increible rapidez y fecunda lozanía lo consolidan. En sus ramas moran animales peculiares á sus caprichosos bosques que algun dia desaparecerán arrastrados por los embates de las aguas. Los naturalistas futuros quizá encuentren sus esqueletos fósiles, y se sirvan de estas escasas noticias para probar la existencia del mono násico en aquellas margas.

Observaron que en todas partes los hombres superaban en número á las mujeres, desproporcion que les chocó de tal modo, que, segun Forster, calcularon que el sexo femenino debia haber menguado gradualmente; pero lo más probable es que se ocultaban, y aquel error produjo otro en el censo de poblacion que

elevaron á nueve mil almas. El indio Hidi-Hidi (Oldidée) sirvió de intérprete á los ingleses, facilitando las relaciones con los insulares, en cuyo idioma notó Forster algun parecido con el de Taiti. Cook afirma que llamaban á su isla Teapi, y Forster que la denominaban Vaihou, que es su verdadero nombre, siendo su jefe principal Tohi-Tai, cuyo dominio queda reducido á dar consejos más bien que órdenes.

Los hombres estaban pintados de la cabeza á los piés, y las mujeres algo ménos, sobresaliendo el color blanco ó encarnado. El traje de los varones reducíase á una especie de delantal corto, atado por la cintura con una cuerda; el de las hembras consistia en una tira de lienzo que las envolvia el cuerpo, y otras más pequeñas las piernas. Encontrábanse con frecuencia hombres que llevaban en la cabeza una diadema de plumas, y mujeres con un sombrero de paja en forma de cucurucho; todos tenian los lóbulos de las orejas larguísimos, midiendo algunos hasta tres pulgadas, y adornados con plumas, mechones de pelo blanco ó anillos de diversas materias.

Sus cabañas, de puerta tan baja que era preciso entrar á gatas, eran verdaderas pocilgas de seis á ocho piés de ancho por cinco ó seis de alto, y consistian en estacas clavadas en el suelo, encorvadas por la punta para que formaran el techo, y cubiertos con rastrojos y yerba seca. Otras observaron los ingleses de tierra y piedra, mas al prohibirles la entrada supusieron que serian tumbas.

Nada es capaz de dar una idea exacta de los singulares monumentos que existian antiguamente en Vaihou, y que los holandeses consideraron como ídolos. Cook los examinó en varios parajes de la isla: eran efigies que tenian los ojos elípticos, colocados en línea recta, nariz sin frente, cuello corto, orejas interminables, cabellos espesos y tiesos, hombros apénas indicados y sobre la cabeza un extravagante apéndice de piedra, parecidísimo al *psenth,* tocado de las divinidades egipcias. Aquellos monumentos estaban dedicados á la memoria de los varones notables de la isla. La elevacion de las estatuas variaba entre diez y quince piés, y á veces la tercera parte correspondia á un gorro de figura cilíndrica y cuatro ó cinco piés de diámetro. No permitian que se acercaran á ellas los ingleses y les daban los nombres de *Tomo-Ai*, *Tomo-Eri*, *Houbou*, *Maraheina*, *Ouma-Riva*, *Winapou*, etc., que sin duda serian los de los jefes á quienes representaban, y comprendiéndolas á todas bajo la denominacion genérica de *Anga-Tabou*, que acaso significaria monumento sagrado ó venerable. En el dia sólo construyen en honor de los difuntos sencillos monumentos de piedra, pues los que examinó Cook pertenecian á la más remota antigüedad.

Forster encontró la isla Vaihou cubierta de piedras oscuras, negras y rojizas, de naturaleza esponjosa, debidas á alguna erupcion volcánica. La única vegetacion que se nota son unas cuantas matas de yerba pegajosa; á veces tambien se descubre un terreno de toba ferruginoso en la cual la roca es tan compacta que no deja intersticios en los que pueda germinar la yerba. La isla en general parece árida, aun cuando no está exenta de fundamento la creencia de que los indígenas poseen piraguas á pesar de no existir un solo árbol en ella, excepto que quiera darse este nombre á algunos troncos *hibiscus populneos*, endebles arbustos de madera blanca y quebradiza, cuya hoja se asemeja á la del fresno, ó bien morales de los que los indígenas se sirven para tejidos, ó á una especie de sensi-

tiva, de tronco tortuoso, achaparrado y delgado que no puede aplicarse á dicha construccion, ya por ser su madera muy dura para trabajarla, como por no tener sino siete piés de largo. Estos datos, debidos al inteligente naturalista Forster, que destruyen la certeza de que los indígenas poseen piraguas construidas con la madera de sus bosques, indican que sus observaciones no fueron del todo exactas ó que no se internó en el país.

La volatería y pesca tampoco abundan en aquellos sitios; el único animal doméstico que se cria es una especie de gallina pequeña y enfermiza, y esto en corto número. Los ingleses pretenden que los habitantes se alimentan de ratas. Las plantaciones consisten en patatas, plátanos, caña de azúcar y en una especie de yerba mora. Como quiera que en la isla no existen torrentes, arroyos, ni manantiales de agua, los indígenas se ven obligados á beber las aguas encharcadas de las lagunas.

Despues de La Perouse algunos aventureros se permitieron cometer toda clase de abusos y tropelías con los isleños. Entre estos se cuenta lo acontecido con la polacra *Mancy* procedente de New-London. Hallábase este buque en la isla Mas-a-Fuera cazando focas, cuyas pieles se venden á muy buen precio en Canton, cuando al capitan se le antojó trasladarse á Vaihou para reclutar algunos marineros que necesitaba. Los indígenas se resistieron á sus proposiciones, pero cautivos en el buque se arrojaron al agua aprovechando un descuido, dejando á sus mujeres en poder de sus enemigos, quienes contentos por tan fácil presa regresaron de nuevo á Mas-a-Fuera. Otras agresiones tuvieron tambien desagradables resultados para los indígenas, de modo que indignados por tan injusto proceder acogen mal á los balleneros que allí se detienen.

Kotzebue, que ignoraba la mala disposicion de los indígenas con respecto á los europeos, cayó en una emboscada que por fortuna no le causó grandes perjuicios. Kotzebue á su llegada á Vaihou en el buque *Rurik* en 28 de marzo de 1816 fue agasajado por los naturales con distintos presentes, y la mayor parte se mostraron dispuestos á concederle amistad, trocando sus producciones con pequeños trozos de hierro. No abrigando los rusos duda alguna acerca de las benévolas intenciones de los indígenas, trataron de desembarcar, y rodeándoles los naturales les robaron la mayor parte de sus efectos, y alejándose á alguna distancia les saludaron con una lluvia de piedras, obligándoles á reembarcarse. Por consiguiente Kotzebue no pudo visitar el país y sólo observó que las estatuas no existian ya sobre sus pedestales.

Hé aquí el relato de la expedicion del *Rurik* debido á la pluma del dibujante Choris, testigo ocular de los hechos referidos:

«Al amanecer del 16 de marzo descubrímos la isla Vaihou. En la costa septentrional se distinguian algunos sitios cubiertos de árboles y con auxilio de los anteojos los monumentos de que nos hablan Cook y La Perouse, así como alguna columna de humo. Como el buque andaba poco por la escasez del viento, hasta el medio dia no arribámos á la bahía descubierta por Cook.

«Dos frágiles piraguas con batangas y con dos hombres cada una se dirigieron hácia nosotros. Los indígenas nos daban voces indicándonos la tierra, y á juzgar por las redes que llevaban en la mano eran pescadores. A pesar de las invitaciones de los rusos se negaron á acercarse y se alejaron con direccion á la costa.

«El capitan mandó embarcar al segundo en un bote para reconocer la bahía y elegir fondeadero seguro. Los isleños se agrupaban á la orilla y á la aproximacion del bote se arrojaron al agua con plátanos, caña de azúcar y diversos frutos que trocaron por objetos de hierro, pues las bagatelas que les ofrecian los compañeros no les agradaban. Despues de recibir un indígena unas tijeras en cambio de los plátanos que llevaba, emprendió la fuga sin entregarlos ni atender á las voces que le daban. Notando el oficial de la embarcacion que la mayor parte de los compañeros del fugitivo se mofaban de sus amenazas, mandó dispararle, el cual, soltando los plátanos en el agua, alejóse á nado con los demas indígenas y á poco arribaron todos á la costa.

«El aspecto de la isla es bastante árido, sin embargo no le creemos tan mísero como dicen Cook y La Perouse. Las faldas de las montañas están cultivadas y los vegetales presentan un aspecto sorprendente por su variedad de colores. Indudablemente la mayor parte de aquellas plantas se deben á la expedicion de La Perouse.

«En distintos parajes se divisaban indígenas; casi todos iban desnudos, excepto algunos que usaban una especie de capa amarilla.

«Apénas largámos anclas dos lanchones con veinte y dos hombres armados cada uno se dirigieron á tierra. Al acercarnos á la costa nos arrojaron un diluvio de piedras al par que unós gritaban y otros amenazábannos con sus gestos. En la orilla se distinguian á lo ménos seiscientos hombres que al parecer se nos oponian al desembarco. Para amedrentarlos disparámos algunos tiros al aire y en seguida corrieron á ocultarse detras de las rocas; mas desvanecida la primera impresion y convencidos que no habian experimentado daño alguno, acudieron de nuevo á la orilla burlándose de nuestras amenazas y de los medios ofensivos de que disponíamos.

«Sin hacer caso de sus demostraciones tratámos de atraerlos por medio de obsequios ya que su obstinacion nos impedia visitar el país. Con este fin se les brindó con algunos objetos de hierro, y respondiendo á la invitacion arrojáronse al agua los más osados, ofreciéndonos en cambio sus productos. No obstante se acercaron al bote con temor, imaginándose que obrábamos de mala fe, pero por fin trocámos los objetos ofrecidos.

«Agotadas las provisiones regresaron á la costa. Entónces les dímos á entender por medio de señales que se alejaran de la orilla, lo cual debieron comprender, pues en seguida desaparecieron de nuestra vista. Desembarcámos recelosos de la actitud hostil de los indígenas y del peligro á que nos exponíamos permaneciendo allí por efecto de la dura resaca, y nos dirigímos hácia el buque.

«A pesar de que la mayor parte de los exploradores de aquel país hablan de las numerosas estatuas levantadas en la ribera, ninguna vímos. Lo único que nos llamó la atencion fue un almacen de unos seis piés de altura, edificado con guijarros, en el que sólo se podia penetrar por una abertura practicada en un lado. A la izquierda del sitio del desembarco existian unos cuantos pilares de una sola piedra y en su parte superior una losa blanca.

«Entre la multitud que ocupaba la orilla, que no bajaria de nuevecientos hombres, se veian únicamente dos mujeres, cuyo traje apénas se diferenciaba del de aquellos.

«El capitan del *Rurik*, convencido de que á pesar de sus buenos deseos no conseguiria modificar las intenciones de los naturales, determinó abandonar aquellos sitios, como así lo verificó á los dos dias, haciéndose á la vela á la puesta del sol.»

Desde Kotzebue, el único que ha adquirido algunos datos sobre el país ha sido Beechey, quien lo visitó más tarde, encontrando igual resistencia por parte de los naturales cuando trató de desembarcar. Visitó la costa septentrional apénas reconocida por los precedentes exploradores, y observó algunos volcanes extinguidos, en cuyos cráteres crecia la yerba en abundancia.

Segun dicho marino, las costas son por lo regular áridas y los valles le parecieron mal cultivados. En uno de ellos notó un morai, adornado con cuatro ídolos colocados en su plataforma, y á su alrededor algunas cuevas cuyas entradas casi ocultaban los troncos de los plátanos. Durante el exámen de las costas de la isla no le perdieron nunca de vista los salvajes que le siguieron hasta la arribada de Beechey á la bahía de Cook. Una vez allí, mandó dos botes á tierra para comunicar con los naturales y fueron recibidos afablemente, acudiendo á nado para ofrecer sus productos á los europeos. Un indígena llevó su confianza hasta el extremo de entregar su propia hija á los ingleses para que se encargaran de trasladarla á Europa, la cual, gracias á su hermosura, realzada por el brillo de sus ojos negros, fue objeto de las mayores atenciones. La jóven, que sin duda participaba de las ideas de sus compatriotas, apoderóse del traje de uno de los ingleses para ponérselo en seguida.

Al desembarcar los europeos conocieron, aunque por desgracia demasiado tarde, que habian caido en los lazos hábilmente tendidos por los isleños, los cuales les atacaron y robaron cuanto traian. La lucha empeñóse encarnizada y salieron á relucir por una parte mazas, piedras y puñales, y por otra armas de fuego. El oficial que mandaba el destacamento mandó hacer fuego, y era tan crecido el número de enemigos que se vió precisado á reembarcarse, llevándose varios indígenas, uno de sus jefes muertos y cinco ó seis heridos.

Beechey trazó en la relacion de su viaje el retrato de los indígenas, cuya semejanza es perfecta con la de los neo-zelandeses. En general tienen buen tipo; las mujeres especialmente son de porte agraciado, de rostro ovalado y de regulares facciones, ojos negros, frente levantada y dientes blanquísimos. Su color dista poco del de los malayos: las proporciones del cuerpo pueden llamarse correctas y sus miembros si bien de poca musculatura están dotados de gran agilidad y resistencia, poseyendo una particularidad notable, la de no encanecer sino cuando frisan con una edad muy avanzada.

Más tarde la fragata *Vénus*, al mando del vicealmirante Dupetit-Thouars recaló en Vaihou, y su interesantísima descripcion se ajusta á los datos que hemos tenido presentes para escribir estas verídicas páginas.



AMÈRICA DEL NORTE.

COSTA OCCIDENTAL.

EXCURSION Á LA BAHÍA DE LOS FRANCESES.

Desde nuestra partida de las islas Sandwich hasta la llegada á la montaña Saint-Elie tuvímos tiempo bonancible y viento favorable. Las ballenas y algas que con frecuencia veíamos á flor de agua, las aves y hasta la brisa nos indicaron la aproximacion á América, que en efecto descubrímos el 23 de junio á medio dia.

La vista de tierra, que por lo regular despues de una larga travesía causa grata satisfaccion, no nos produjo esa impresion, y hasta podemos decir que la tristeza se retrataba en todos los semblantes, porque la aridez de la naturaleza y las continuas nieves que se ofrecian á la vista defraudaban nuestras esperanzas de encontrar un país fértil y sorprendente por las atrevidas siluetas de sus montañas y las brillantes perspectivas que se dibujan. En primer término, y ántes de llegar á la cordillera que cerraba el fondo á la que parecia servia de base, se proyectaba una gran meseta, cuyo color parduzco cual si el terreno estuviera calcinado por el fuego contrastaba notablemente con la blancura de la nieve de las montañas, las cuales se prolongaban en una extension de quince á veinte leguas con direccion de Este á Oeste. Al principio y por efecto de la confusa claridad que despide la nieve nos pareció que estaban inmediatas, mas á medida que nos acercábamos se desvaneció la ilusion, y notando árboles en las tierras bajas nos hizo sospechar la existencia de algunas islas donde encontrar un fondeadero seguro para los buques. Dispuesto, pues, La Perouse á reconocer aquellas islas, trató de aprovechar el viento Este que casi siempre reina en la costa, pero al cabo de dos dias saltó al Sur y el tiempo parecia presagiar una borrasca. Durante el dia 25 la misma densa niebla de dias atras nos ocultó la tierra, pero por la mañana del 26 cedió algun tanto, y aprovechando aquella coyuntura se hicieron á la vela los buques y á las pocas horas desembarcámos en la próxima costa á favor de los esplendentes rayos del sol.

La meseta de que hablámos anteriormente tiene una elevacion de ciento cincuenta á doscientas toesas y en efecto es la base de altísimas montañas que se internan en la isla. Los marinos que apreciaban hasta los menores accidentes del

terreno para formar sus cálculos notaron que las tierras bajas descubiertas el primer dia comunicaban con otra cadena de montañas que á mayor distancia se distinguian al Este, y que la meseta terminada por la punta de tierra era una isla separada del continente por un brazo de mar que corria en igual direccion que la costa, en cuyo punto seria fácil encontrar una cómoda rada.

Los buques hicieron rumbo hácia dicho sitio sondeando á cada paso por evitar el peligro. A cosa de las dos de la tarde largaron las anclas porque la brisa era variable. El 29 de junio, aprovechando los vientos Oeste y Suroeste se dirigieron á tierra reconociendo de paso una dilatada bahía que se les figuró ser la de Behring. Cerciorados los capitanes de que el color y sabor del agua les indicaban la proximidad de algun rio caudaloso, mandaron anclar por segunda vez, y embarcáronse en los botes los señores Clonard y Langle para practicar un reconocimiento.

A la tarde regresaron de su expedicion. Despues de navegar dos ó tres millas á lo largo de la costa venciendo la dificultad de las rompientes, reconocieron un banco de arena que se descubria á flor de agua, situado á la entrada de un gran rio que desembocaba en el mar. Sin embargo de sus esfuerzos no pudieron los botes internarse en él por el citado banco contra el cual se estrellaban las olas con ímpetu. Lo único que dedujeron de sus investigaciones se redujo á la existencia de las aguas puras y tranquilas del rio y á la certeza de que la isla estaba habitada, por las columnas de humo que se elevaban de diferentes puntos.

A la mañana del 1.° de julio las dos fragatas aprovecharon la brisa que soplaba del Suroeste é hicieron rumbo en la misma direccion, descubriendo la tarde del 2 un bajo al Este del cabo Buen tiempo que les pareció propio para fondeadero, si bien á alguna distancia se notaba una calzada de rocas tras la cual corria la mar tranquila. Tan caprichosa es la naturaleza en sus obras que cuantos nos hallábamos en aquella extremidad de América creíamos encontrarnos en el puerto de Tolon, cuya semejanza era perfecta á excepcion de sus mayores proporciones.

Los capitanes navegaron entónces hácia el canal que terminaba en el citado puerto, y apénas entraron en él los salvajes acudieron á las orillas dándonos á entender con voces incomprensibles y agitando en el aire varios objetos que aquella vista les causaba satisfaccion.

Antes de pasar adelante se nos permitirá manifestar que dicho puerto no habia sido todavía descubierto, siendo su situacion á treinta leguas al Noreste del de los Remedios, último punto recorrido por los navegantes españoles, á cerca de doscientas ochenta y cuatro leguas de Nootka y á unas cien de Williams-Sound. Desde aquel dia le bautizámos con el nombre de Puerto de los franceses.

La calma que reinaba nos obligó á detenernos á la mitad del canal, y miéntras estuvímos allí nos rodearon los indígenas constantemente con sus piraguas ofreciéndonos excelentes pescados, pieles y otros objetos á cambio de efectos de metal. Nuestra vista no pareció sorprenderles y sin duda estaban acostumbrados al tráfico con extranjeros, pues demostraban gran cálculo en sus operaciones. Entre los diferentes artículos que se les propusieron sólo aceptaron los de hierro, metal que no debian desconocer porque la mayoría llevaban pendiente del cuello un cuchillo con su correspondiente vaina de cuero. Su forma es parecida á la

del *ery* de los indios, si bien se diferencia en el mango. Algunos usaban cuchillo ó puñal con hoja de cobre, metal que debe abundar en el país, empleándolo con frecuencia en collares, brazaletes y otros adornos.

La primera idea que nos asaltó apénas nos hicímos cargo de estos detalles fue la de averiguar la procedencia de aquellos metales, y la reflexion nos llevó á deducir que el origen debe buscarse en sus relaciones con los rusos, ó en la permanencia en aquellos puntos de los empleados de la compañía de Hudson, ó en último término á los españoles. Podemos estar persuadidos de que nadie nos desmentirá que el oro es ménos codiciado en Europa que el hierro en aquella parte de América, efecto de su escasez, y si bien es verdad que todos lo poseen, tambien es cierto que por no desprenderse de él arrostrarian cualquier sacrificio.

Al otro dia de la arribada pasó á visitarnos el jefe de uno de los pueblos más principales, y al pié de la escala levantó las manos al cielo como si invocara al sol, ensartando en seguida una fastidiosa arenga que terminó con cantos agradables, los cuales repetian en coro los indios desde las piraguas. Terminados estos preliminares subió á bordo con los suyos y estuvieron danzando por espacio de una hora con gran precision acompañándole con canciones en extremo melodiosas. La Perouse agasajó á los que parecian jefes con presentes, y engolosinados con la esperanza de obtener otros, ó bien impulsados por el deseo de manifestarnos su amistad, pasaban diariamente cinco ó seis horas en las fragatas, cuyas visitas por lo continuadas no dejaron de disgustar á la mayor parte de los oficiales.

Desde el primer dia en que los franceses se trasladaron á la isla acudieron á ella la mayor parte de los indígenas con el deseo de adquirir algun objeto útil. Sin duda la noticia fue trasmitida con rapidez á los puntos cercanos, pues la misma tarde llegaron gran número de piraguas cargadas de pieles de nútria, que trocaban gustosos por hachas, azuelas ó aros de pipa. Sin embargo cuando conocieron la superioridad de sus efectos trataron de aprovechar la ventaja y sólo consentian en comerciar en objetos de hierro.

Desde el segundo dia quedó establecido el observatorio en la isla de la cual sólo distaban las fragatas un tiro de fusil y construyeron una cabaña con tablas para albergarse miéntras allí estuvieran, así como para colocar las fraguas y hasta parte del cargamento, abrigando la esperanza de que podrian detenerse algun tiempo. Sin embargo de este parecer de la oficialidad, no sucedió como se esperaba. Desde los primeros dias notaron los franceses que los indios mostraban predisposicion al robo, mas no les suponian la astucia y pertinacia y por lo tanto confiaban en que la vigilancia cortaria cualquier mal. Los indígenas acechaban durante la noche el momento favorable logrando siempre ver coronados con el éxito sus deseos. Temiendo La Perouse ser demasiado severo y enajenarse sus simpatías, contentóse con imponer un ligero castigo al primer reo, pero pronto pudo convencerse de que la dulzura sólo les alentaba en sus empresas, y para remediarlo les amenazó con severas penas, dándoles á entender la superioridad de sus armas ejercitando á los mejores tiradores en la caza al vuelo. Á pesar de las advertencias y amenazas no cejaron en sus propósitos; á mitad de la noche desembarcaban al extremo de un bosque cercano al campamento y arrastrándose por el suelo penetraban en él sin que el menor movimiento les denunciara.

Una vez tanto se internaron en la tienda de Lauriston y Darbaud, que se les llevaron los vestidos y una escopeta con monturas de plata. Grande fue la sorpresa á la mañana siguiente al enterarse de lo sucedido, y mayor cuando se echó á faltar un cuaderno donde se anotaban las variaciones atmosféricas ocurridas durante la permanencia en aquel punto; así es que determinaron abandonar á la mayor brevedad la isla.

Trasmitirémos aquí íntegra la relacion de uno de los oficiales, cronista de la expedicion:

«Por aquellos dias visitámos detenidamente la bahía, quizá uno de los puntos más sorprendentes de la tierra. Para formarse una idea es preciso figurarse un estanque de gran anchura y cuya profundidad en el centro es inconmensurable, rodeado de montañas al parecer cortadas á pico, de prodigiosa altura y constantemente cubiertas de nieve, sin que se distinga ni un tallo de yerba entre aquella imponente masa de rocas, condenadas por la naturaleza á esterilidad eterna. Ni allí reinan los vientos ni la brisa más suave riza la superficie de las aguas. Todo es sepulcral y solemne, y tan sólo alguna que otra vez la voz del hombre, cuyo eco resuena á lejana distancia ó bien la caida de enormes moles de hielo que se desprenden de los ventisqueros, turban el silencio de aquellos sitios.

«Antes de abandonar la isla desconocida para nosotros, practicámos otro reconocimiento en el extremo de la bahía, en el cual creíamos encontrar algun canal de navegacion para internarse en América. Al efecto se embarcaron algunos oficiales en los lanchones de la *Brújula* y el *Astrolabio*, y despues de navegar por espacio de hora y media en el canal del Oeste llegaron á la entrada de una especie de lago sin salida, terminado por dos ventisqueros inmensos, viéndose obligados á romper los témpanos de hielo para abrirse paso. Echaron la sonda de ciento veinte brazas y no encontraron fondo. Langle, Monti y dos ó tres oficiales más se empeñaron en trepar á los ventisqueros, y despues de fatigas sin cuento y verdaderos peligros llegaron á una altura de donde únicamente se descubrian montañas cubiertas de nieve, y en último término la cima del cabo Buen-tiempo.

«Al dia siguiente de tan arriesgada excursion presentóse á bordo de las fragatas el jefe principal de los indios, con mayor acompañamiento y más ataviado que de costumbre. Despues de cantar y danzar durante largo rato, dirigióse á La Perouse y le propuso la venta de la isla donde estaba establecido el observatorio, reservándose tácitamente para sí y sus súbditos el derecho de robarles como hasta entónces lo hiciera. Los títulos de pertenencia que podia alegar sobre aquel terreno eran bastante dudosos por no decir falsos, pues aquellos pueblos están constituidos de manera que no admiten la posesion en una persona sola, sino que lo consideran como dominio del pueblo. Sin embargo, como muchos indígenas eran testigos presenciales de aquella oferta, La Perouse aceptó el contrato, y en pago del señorío de la isla entregó al jefe algunas varas de tela encarnada, hachas, azuelas, barras de hierro, y ademas distribuyó varios regalos á su séquito. Terminadas las formalidades de la venta se dirigieron dos oficiales á tierra para tomar posesion de la isla, y en seguida La Perouse mandó enterrar al pié de una roca un frasco conteniendo una acta de lo ocurrido, y en un extremo del pergamino, colgada de una cinta, una de las medallas de bronce acuñadas en Francia ántes de la salida de la expedicion.

«Una vez llenado el objeto de su detencion en la isla el jefe dispuso el regreso. Todos se congratulaban creyéndose los más dichosos por haber atravesado el universo de un extremo á otro sin haber tenido que lamentar la pérdida de un solo hombre; pero la Providencia, que lo tenia dispuesto de otro modo, no tardó en demostrarles lo contrario, causándoles desgracias imposibles de prever que les colmaron de luto y dolor.

«La Perouse indicó á Boutin que salieran los lánchones de las fragatas para observar si ofrecia algun peligro la navegacion por uno de los canales que terminan en la costa, advirtiéndole las precauciones que se debian adoptar para librarse de los rompientes, y en cumplimiento de lo prevenido se hicieron á la mar, el del *Astrolabio* al mando de Marchanville con siete soldados escogidos por si ocurria algun suceso desagradable con los indígenas, y el de la otra fragata llevando al señor Boutin y como á segundo al piloto Monton para que fuéra sondeando.

«Á las diez de la mañana regresó el bote de la *Brújula*, y sorprendido La Perouse por tan pronta vuelta y temiendo alguna ocurrencia con los salvajes, se dirigió al señor Boutin, cuyo aspecto llenó de zozobra á los oficiales pues su rostro y ademanes descompuestos indicaban á las claras algun suceso funesto. En efecto, el señor Boutin acababa de presenciar un terrible naufragio, del que se libró gracias á su serenidad. Arrastrado en virtud de las órdenes de su comandante hácia los rompientes que á las horas de reflujo impiden la salida del canal, y receloso de un naufragio presentó á las olas la popa del bote imaginándose que podria evitar que la ligera embarcacion zozobrase; mas sin saber cómo y en cosa de un minuto hallóse fuera del peligroso canal. Al advertir entónces la crítica situacion de los demas botes y más dispuesto á lograr la salvacion de sus compañeros que la suya propia, recorrió los arrecifes con la esperanza de realizar sus deseos, y hasta intentó dirigirse al sitio de la catástrofe, pero la marea se lo impidió y todos sus esfuerzos fueron inútiles. Ántes de renunciar á su empresa se encaramó en los hombros de Monton para descubrir mayor espacio, y sólo pudo contemplar la superficie imponente de las aguas; por lo que regresaron á bordo. Miéntras ocurria aquella inevitable desgracia, comprendiendo Marchanville el peligro de sus compañeros y movido por una generosidad imprudente acudió con su bote y desobedeciendo las órdenes de su jefe Escures arrojóse al agua en direccion á los rompientes, y despues de una lucha desesperada encontró la muerte al lado de sus compañeros, víctima de su arrojo y temeridad.

«En breve llegó á bordo de la *Brújula* Langle, conmovido y derramando lágrimas, no sólo por la desgraciada suerte de sus compatriotas, sino porque la coincidencia de haber desobedecido aquel dia las órdenes de La Perouse habia dado lugar á que fuera mayor la catástrofe, pues á pesar de la prohibicion terminante de que los dos hermanos Laborde se embarcaran en un mismo bote, ambos solicitaron permiso para que se les concediera ir juntos y los dos perecieron en los rompientes, uno por imprudencia y otro en cumplimiento de sus deberes.

«Apénas se conocieron los detalles de tan lamentable naufragio, llegaron algunas piraguas á las fragatas para comunicar tan triste acontecimiento. Los oficiales les colmaron de presentes prometiéndoles que se mostrarian todavía más

generosos con el que consiguiera salvar á uno de sus compañeros, y conmovidos los indios, no por la desgracia, sino por las ofertas con que les brindaban corrieron á la orilla del mar. Entre tanto Langle en un bote y Clonard en otro se dirigieron al sitio de la catástrofe, y despues de navegar por espacio de tres leguas sin que el menor indicio les revelara la menor cosa, desanimados resolvieron regresar á los buques.

«Desde aquel momento todos deseaban abandonar aquellas playas que tan tristes recuerdos les traian á la memoria, y si bien La Perouse tambien participaba de los mismos, decidióse á esperar algunos dias en aquel punto para no sembrar inquietudes en las familias acerca de si les habia cabido á aquellos desgraciados otro destino cien veces peor que la muerte. Practicáronse averiguaciones hasta convencerse positivamente de que habian perecido en los rompientes, y en la mañana del 30 de julio y diez y ocho dias despues del acontecimiento referido se hicieron á la vela los buques. Inconsolable La Perouse por tan sensible pérdida mandó erigir en el centro de la isla un cenotafio en memoria de sus desgraciados compañeros, y el señor Lamanon compuso la siguiente inscripcion que se grabó en una lápida y tambien se enterró manuscrita dentro de una botella al pié del cenotafio:

«A la boca de la bahía perecieron veinte y un marinos esforzados; caminantes que atraveseis estos sitios, rogad por su eterno descanso. El 4 de julio de 1786 las fragatas *Brújula* y *Astrolabio*, partidas de Brest el 1.° de agosto de 1785, arribaron á esta rada. Gracias á los cuidados y á los saludables consejos del señor La Perouse, jefe de la expedicion, el señor Langle, jefe de la segunda fragata, de los señores Clonard y Monti, segundos de dichos buques y de varios oficiales y entendidos médicos, ninguna de las enfermedades comunes en largas navegaciones se habia manifestado en las tripulaciones. Fecilitábase el señor La Perouse así como todos los demas se felicitaban de haber corrido de un punto á otro del universo, expuestos á toda clase de peligros, habiendo visitado y sostenido relaciones con los pueblos considerados como bárbaros, sin lamentar la pérdida de un hombre, sin haber derramado una gota de sangre. A las seis de la mañana del 13 de julio se echaron al agua tres botes para sondear el fondo de la boca del canal al mando del señor Escures, teniente de navío. Ademas de advertirle el señor La Perouse los peligros que ofrecian los rompientes, comunicóle por escrito sus instrucciones prohibiéndole que se acercara á ellos; y creyendo el referido oficial que todavía distaban lo suficiente para permanecer con seguridad en el punto escogido para llevar á cabo la operacion proyectada, vióse arrastrado por la corriente hácia los arrecifes y los señores Laborde hermanos y Hasan, que se hallaba en el segundo bote, no temieron exponer las vidas para salvar las de los que peligraban: esfuerzos que por desgracia fueron inútiles sirviendo sólo para encontrar la muerte al lado de sus camaradas. El tercer bote al mando del señor Boutin, teniente de navío, pudo salvarse del peligro gracias á su serenidad y arrojo, luchando con las olas durante tres horas para acudir al socorro de sus desgraciados compañeros, librándole de tan triste trance la pericia del señor Laprise-Monton, teniente de fragata, y la obediencia de los cuatro marineros que lo tripulaban. Los indios han tomado parte en nuestro dolor, sentimiento que les agradecemos con efusion. Conmovidos por tan desgraciado acon-

tecimiento, zarpámos de este punto el 30 de junio para proseguir el viaje.»

El 22 de julio presentaron los indígenas restos de los botes náufragos depositados por las aguas en la orilla dando á entender que tambien enterraron el cuerpo de una de las víctimas. Apénas circuló esta noticia, nombróse una comision para acompañar á los salvájes y se cercioraron del hecho.

Despues de recorrer un espacio de tres leguas por caminos intransitables durante el cual los guias se negaban á pasar adelante alegando la distancia que les separaba del sitio donde encontraron el cadáver, huyeron para ocultarse en un frondoso bosque, convenciéndose entónces los oficiales de que aquel supuesto servicio era una estratagema para obtener algun otro regalo.

La bahía bautizada con el nombre de Puerto de los franceses está situada á los 58° 37' de latitud Norte y á los 139° 50' de longitud occidental. El clima de aquella costa es más benigno que el de otros puntos que corresponden á igual latitud, como por ejemplo el de la bahía de Hudson. En la isla existen pinos de seis piés de diámetro y ciento cuarenta de altura. La vegetacion durante tres ó cuatro meses del año es muy precoz y casi podrian aclimatarse el trigo de Rusia y otras plantas comunes. Abundan los apios, acederas, guisantes, altramuces, achicorias y yerba de san Juan. En los bosques se encuentran con profusion fresas, grosella, sahuco y familias de brezos, y entre sus árboles álamos blancos, sáuces, ojaranzos y pinos.

En la mayor parte de los rios se crian salmones y truchas, y á las horas de la bajamar se distinguen bancos de almejas é infinidad de lapas de caprichosa forma que parecen incrustadas en las rocas.

Los aficionados á la caza tampoco tienen motivo para quejarse, pues en los bosques existen osos, martas, ardillas y otros animales. Los indios que se dedican á esta diversion proporcionan por escasa remuneracion las pieles de osos negros, armiños, martas, ardillas, castores, linces del Canadá, marmotas y zorras. Tambien existen mirlos, ortegas, águilas, cuervos, arvelas, grajos, golondrinas y colibríes.

Las montañas primitivas de granito ó esquisto, cubiertas de eterna nieve, desnudas de toda vegetacion, se levantan del agua formando malecon. Su declive es tan rápido que los mismos animales no pueden llegar más allá de dos ó trescientos piés de altura. Los barrancos que separan á unas de otras son ventisqueros inmensos cuya cúspide se pierde de vista.

Los naturales son tan toscos y bárbaros como el terreno agreste y pedregoso; puede decirse que sólo habitan el país para despoblarlo, pues desprecian los vegetales y sostienen una guerra exterminadora contra los hermosos animales que pueblan sus bosques.

Si se considera su estado de civilizacion con respecto al progreso de las artes que cultivan, no puede desconocerse que se hallan adelantados; pero si se les examina relativamente á la verdadera civilizacion que modifica las costumbres y hace brotar en los corazones sentimientos generosos, debe confesarse que todavía están en la infancia. Entre ellos no reina el respeto ni la subordinacion, así es que agitados por la cólera ó la venganza llevan á cabo crímenes contra sus propios hermanos, cuyos detalles horrorizan.

Con tales elementos se comprenderá que los franceses siempre andaban rece-

losos acerca de las intenciones de los indios. En vano les colmaban de presentes; nada bastaba para hacerles renunciar á sus propósitos, y si alguna vez tratando de poner á prueba su agradecimiento les pedian algo por insignificante que fuera, con sus negativas contribuian á acrecentar la desconfianza de sus huéspedes.

A pesar de que no se concibe la existencia de un pueblo que no posea virtudes, debemos convenir, dice La Perouse, en que este forma excepcion, pues la guerra continua que sostienen, su indiferencia para los hijos, la tiranía que ejercen con la mujer, á la cual condenan á los trabajos más penosos, nada demuestra esos sentimientos que enaltecen al hombre y le hacen digno del objeto para que fue criado. Los pueblos se componen dê veinte ó treinta cabañas de unos veinte y cinco piés de longitud por veinte de anchura, cubiertas por cortezas de árboles. En cada una habitan veinte ó treinta personas, las mujeres al lado derecho y los hombres al opuesto. Cada cabaña forma una especie de tribu independiente que posee su piragua y su jefe que levanta su domicilio con frecuencia, sin dar parte á sus vecinos con ninguno de los cuales sostiene relaciones de amistad.

Su ajuar se reduce á pequeños cofres donde encierran los objetos más preciosos, los cuales colocan á la entrada de las chozas. El interior de estas es repugnante y despide un olor fétido que ni siquiera admite comparacion con la guarida de un animal silvestre. Se comprende que tal suceda porque los lebrillos de madera donde limpian el pescado no se lavan nunca y sirven á la vez de marmita y de plato, y por otras mil circunstancias, efecto del natural desaseo en que viven los salvajes de estos climas.

Los hombres cuelgan del cartílago de la nariz y orejas diferentes adornos. Tambien lucen cicatrices en los brazos y en el pecho para lo cual usan un instrumento de hierro agudo que afilan en los dientes. El ocre y negro, mezclados con aceite de foca, están muy en boga entre ellos para tiznarse la cara y el cuerpo. En las ceremonias se sueltan el cabello que ordinariamente llevan recogido, peinándoselo con conchas de mar, cuyo peinado se reserva para los jefes de familia; cubren sus espaldas con una piel, dejando desnudo el resto del cuerpo á excepcion de la cabeza, cuyo adorno consiste en un sombrerillo de paja, artísticamente trabajada, ó en plumas de águila. Pocos poseen camisas enteras de nútria y por lo regular el vestido usual del jefe es una piel de alce bordada con uñas de gamo y picos de pájaro.

Gracias á la costumbre las mujeres son horribles. Sin excepcion todas tienen partido el labio inferior hasta el nacimiento de la barba, el cual está sujeto á las encías por una especie de escudilla de madera, contribuyendo á que la parte inferior de la boca sobresalga dos ó tres dedos del resto de la fisonomía.

La estatura de los indios varia poco de la de los europeos; sus facciones no ofrecen caractéres particulares, y la expresion de los ojos tanto en uno como en otro sexo sólo denota ferocidad. El color de su cútis es aceitunado oscuro y son algo velludos, lo suficiente para que luzcan barba.

Sus armas son el puñal, una lanza de madera endurecida al fuego, ó de hierro, segun los posibles de su posesor. Tambien conocen la flecha, si bien no la usan con la destreza de otros pueblos salvajes.

Los indios profesan verdadera pasion por el juego de azar; el más generalizado y al cual se entregan con ardor desenfrenado se compone de treinta bolas pequeñas, cada una con marca diferente á semejanza de un dado. De estas ocultan siete y el resto se reparte entre los jugadores, que tira cada uno á su vez y gana el que más se aproxima al número que arrojan las siete bolas. Las apuestas consisten en pedazos de hierro.

Cantan con frecuencia, y cuando visitan á algun sugeto de distincion ejecutan algunas pantomimas acompañadas de canciones, acercándose despues á aquel con los brazos en cruz, en señal de respeto y amistad.

Los caractéres europeos no pueden expresar el idioma de aquellos indios, que si tienen algunas articulaciones semejantes, la mayor parte se diferencian y no las percibe el oído. El gran número de *k* y consonantes dobles contribuyen á que sea dificultoso aprender la lengua. El acento es ménos gutural en los hombres que en las mujeres, efecto de no pronunciar estas las palabras labiales por impedírselo el pedazo de madera, llamado *kontanga*, que ensartan en el labio inferior. Cuando cantan no se nota tanto la rudeza del habla que abunda de interjecciones expresando los sentimientos de admiracion, cólera ó amistad.

No observámos, termina La Perouse, que los moradores fueran antropófagos, pero debemos creer que á presenciar alguna guerra, nos hubiéramos convencido de que tambien participan de este defecto, muy comun por desgracia entre los indios de toda la América.

CALIFORNIA.

ESCALA DE LA PEROUSE EN MONTEREY.

La bahía de Monterey formada por el cabo del Nouvel-An al Norte y por el del Cipres al Sur, tiene ocho leguas de anchura y se prolonga seis tierra adentro en direccion al Este. Las olas del mar imponentes rompen con estrépito que se oye á una legua de distancia al pié de unos montecillos de arena que bordan la costa. Las tierras del Norte de la bahía son altas y abundantes de frondosos árboles. Los buques en busca de fondeadero se ven precisados á seguir la costa Sur hasta doblar el cabo de los Pinos, donde tienen la ventaja de estar abrigados de los vientos. Los que tratan de detenerse por largo tiempo en Monterey acostumbran atracar á dos ó tres brazas de tierra, porque con sólo largar una ancla que prenda en las arenas de la orilla ni siquiera tienen que temer los vientos del Sur que á veces rugen con furia.

Cuando La Perouse arribó á aquellas aguas no encontró fondo en la bahía, y vióse obligado á anclar á cuatro leguas de tierra, y con sesenta brazas de agua no pudieron permanecer mas que horas en aquel sitio, porque á consecuencia de las mareas que en las nuevas lunas sube hasta siete piés, impedia que cualquier buque resistiera la fuerza de su corriente. Lo que más sorprende en aquella bahía es el sin número de ballenas, las que al aproximarse los buques despiden grandes columnas de agua impregnada de un olor fétido, debido á los moluscos y crustáceos petrificados en sus barbas.

La niebla envuelve la costa como si tratara de ocultar sus secretos á las curiosas miradas de los investigadores, que al principio se encuentran sin ánimo para acercarse á ella temiendo los escollos. Sin embargo, la naturaleza ha compensado esta contrariedad porque ningun punto de la bahía ofrece peligro para la navegacion. A cosa de medio dia se disipó la neblina presentando el pintoresco panorama que ofrece el establecimiento en el vértice del ángulo formado por la costa Sur y Este.

En las tranquilas aguas del puerto se reflejan bandadas de pelícanos que alejándose seis ó siete leguas de la costa indican al navegante extraviado la próxima tierra. Donde más abundan estas aves es en la bahía de Monterey, donde los españoles las llaman alcatraces.

Los indios de aquel país son pequeños y raquíticos, poseyendo en cambio gran destreza en el manejo del arco, como lo prueban cazando pajarillos al vuelo con el mayor acierto. Debe advertirse que les disparan de muy cerca, empleando grande astucia y paciencia para acercárseles arrastrándose hasta sus piés, y por lo regular no disparan sino á quince pasos de distancia.

Para la caza de montería tal como la ejecutan todavía se necesita mayor maña. Reúnense ocho ó más indios, y conocido ya el lugar donde acude una manada de ciervos, se encasqueta cada cual una cabeza de este animal y se dirigen al sitio andando á gatas é imitando sus movimientos, con tanta propiedad, que el cazador más práctico le tiraria sin reparo. Cuando están cerca esgrimen el arco y en momentos matan varias reses.

Loreto es el único presidio de la antigua California que todavía existe en la costa Este. Lo guarnecen cincuenta y cuatro jinetes, para proteger las misiones allí establecidas, las cuales anteriormente corrian á cargo de los jesuitas y despues les sucedieron los dominicos, aunque en la actualidad los franciscanos son los únicos misioneros de Nueva California.

Las misiones han adelantado poquísimo tanto en la parte espiritual como en la temporal, porque tan sólo han conseguido establecer corto número de españoles, por lo poco propicios que se les muestran los indígenas, lo cual se debe á la insalubridad del clima, y ademas por los grandes atractivos que ofrece la Sonora, que se extiende á orillas del rio Colorado, y el Sur de California. Los españoles prefieren el último punto, ya porque el clima es parecido al de su país, ya por la riqueza del suelo, ya por las abundantes minas de diferentes metales, objetos más codiciados que la pesca de perlas en la bahía de Monterey. Sin embargo, examinada la cuestion parece preferible la California septentrional á pesar de la larga distancia que la separa de Méjico. Su primer establecimiento, llamado San Diego, sólo data del 20 de junio de 1769 y es el último que se en-

cuentra al Sur, así como el primero al Norte el de San Francisco construido casi en la misma época ó sea en octubre de 1776. El canal de Santa Bárbara lo fue en el año 1786, y Monterey, capital y cabeza de partido de las dos Californias, en 1770. Ya desde antiguo se conocia esta rada, porque Sebastian Vizcaíno dirigiéndose á Acapulco con una escuadrilla la descubrió en 1602. Desde entónces los buques españoles al regresar de Manila arribaban á dichas costas para descansar; pero hasta 1770 no se fijaron definitivamente los misioneros franciscanos.

A la llegada de los españoles los indios de California casi no se dedicaban á la agricultura, circunstancia que no es de extrañar, porque así sucede en todos los pueblos ricos en dones de naturaleza. A pesar de que los indios se alimentaban de la caza y pesca, nunca les escaseaba en razon á que pocos países son tan abundantes en pescado y todo género de aves. Las nútrias y las focas son tan comunes como en el Norte, y en invierno se acogen en los bosques gran número de osos, zorras y lobos, y tanto en el monte como en la llanura abundan perdices muy parecidas á las de Europa.

Tambien se encuentran águilas, azores, halcones, gavilanes, buhos, cuervos y buitres, y á orillas de los rios patos, pelícanos blancos y grises con moño amarillo, gaviotas, chorlitos, pardales, quinchos y garzas reales.

El suelo es fertilísimo y sin esfuerzo se aclimatan las legumbres y la mayor parte de los vegetales que se cultivan en Europa. Las cosechas de maíz, trigo y cebada sólo pueden compararse con las de Chile. Los labradores europeos no pueden formarse idea de su abundancia; bastaria decir que el trigo produce ochenta y hasta ciento por uno. Los árboles frutales son raros, aunque pudieran obtenerse buenos resultados con un bien entendido cultivo. El clima en general se diferencia poco del de las provincias meridionales de Francia; el frio nunca llega á ser intenso, y los calores son ménos fuertes por las nieblas que reinan en aquellas comarcas.

Los árboles más comunes son el pino, el cipres, la encina y el plátano; el suelo parece alfombrado por el césped que lo cubre. A lo mejor encuentran grandes lagunas de unas cuantas leguas. En las orillas el suelo es arenoso y la tierra ligera, debiendo su fertilidad á la humedad del aire. El rio más cercano del establecimiento dista unas dos leguas, y era conocido de los antiguos con el nombre de rio del Carmelo. Sus aguas son fuertes y gratas al paladar, y tan grande su caudal que podrian aprovecharse para regar las plantaciones inmediatas.

Las chozas de los indios de Monterey son tan miserables, que con dificultad se pueden comparar á las de los pueblos más abyectos que aun continuan en el estado salvaje. Tienen la forma redonda y una anchura de seis piés de diámetro por cuatro de alto. Algunas estacas forman el techo y ocho ó diez haces de paja guarecen á sus habitantes de la lluvia y los rayos del sol. Durante el buen tiempo duermen á la intemperie sin mas precaucion que tener á mano dos ó tres haces de paja para resguardarse de la lluvia.

Esta arquitectura que se nota en las dos Californias no se ha modificado con el ejemplo ni con las exhortaciones de los misioneros. Los indios opinan que es saludable dormir al raso y respirar las emanaciones de la atmósfera.

El color de los indios es parecido al de los negros; los almacenes edificados con ladrillos, el aspecto general del suelo, los caballos, bueyes y otras circunstancias indican al viajero que se halla en Santo Domingo ó alguna otra colonia. Los moradores se reunen á toque de campana, un misionero les guia al trabajo y otro á la capilla.

Los indios de Monterey se levantan con el sol, en seguida van á misa y asisten á los rezos de los misioneros que duran una hora. En cuyo intervalo se hacen los puches en la plaza, de harina de cebada, alimento que prefieren los indios á tódos los manjares.

Acude un miembro de cada cabaña con un barreño de corteza de árbol y recoge la comida para su familia, reinando en la distribucion el órden más admirable, y cuando todos han recogido la suya, se reparte lo sobrante entre los niños más adelantados en el catecismo.

Esta comida dura tres cuartos de hora, y terminada se dirigen al trabajo, ya á arar con sus bueyes, ya á cuidar los huertos, cada cual á su tarea, bajo la vigilancia de los religiosos.

El aseo de las chozas corre á cargo de las mujeres, así como la educacion de los hijos, y moler ó tostar los granos.

A medio dia la campana anuncia la comida. Dejan los indios el trabajo y se encaminan á igual punto que á la mañana á recibir lo que les corresponde. Esta comida es más nutritiva que la primera, pues mezclan con la cebada harina de maíz y trigo. Vuelven al trabajo de dos á cinco y despues rezan la oracion de la noche, sirviéndoseles otra racion de puches igual á la del almuerzo. Estas tres comidas bastan para el sustento de los indios.

La administracion de justicia está encomendada á los caciques, castigándose las faltas con azotes públicos á los varones y en una choza á las mujeres.

En las festividades se les reparte una racion de carne, y muchos prefieren el sebo, que encuentran más delicado.

Alguna vez se les permite cazar y pescar por su cuenta, y como muestra de gratitud ofrecen una parte á los misioneros. Las mujeres poseen gallinas á fin de alimentar sus hijos con los huevos. El robo es muy raro entre aquellos indios, no hay ejemplo de que ninguno haya atravesado el umbral de cualquier cabaña estando ausentes sus dueños, lo que conocen por los haces de paja que colocan atravesados á la puerta.

Estas costumbres parecerán patriarcales á los lectores, y no considerarán que la virtud en este caso tiene muy poco mérito, pues no existiendo en las cabañas de sus vecinos objeto alguno que pueda excitar su codicia, es natural que eviten exponerse á ser castigados.

Los indios convertidos conservan los usos y costumbres compatibles con la nueva religion que profesan; las mismas cabañas, iguales juegos, idénticos trajes. Los más opulentos usan un taparabo de piel de nútria, y algunos para ocultar su desnudez añaden una capa del mismo pellejo sujeta al cuello por un cordel. El resto del cuerpo completamente desnudo, si se exceptúa la cabeza, en la que lucen sombrerillos de paja muy bien labrados.

La vestidura de las mujeres se compone tambien de una capa de piel de ciervo mal curtida. Las que habitan cerca de los establecimientos de los misioneros

se diferencian en su traje por un saco con mangas ajustado al cuerpo y un tonelete de piel que les llega á los tobillos. Las niñas menores de nueve años usan taparabos, y los chicos van desnudos del todo.

Tanto en uno como en otro sexo acostumbran dejarse el cabello de tres ó cuatro pulgadas de largo. Los indios independientes, como no poseen instrumentos de hierro ni acero para cortárselos, emplean tizones encendidos, embadurnándose tambien el cuerpo con color encarnado y negro cuando están de luto. Los misioneros proscribieron el primer color, pero se vieron obligados á tolerar el segundo porque es tan grande el cariño que profesan á los amigos, que si no les permitieran demostrar su pesar exteriormente se hubieran enajenado las simpatías de los indígenas. Su corazon es asequible á una ternura sin límites, y tanto sucede así, que cuando se les habla de alguna persona que les haya sido querida derraman abundantes lágrimas, testimonio indudable de su dolor. Los lazos de familia son ménos estrechos que los de la amistad, los hijos apénas reconocen á sus padres, y abandonan á su familia así que pueden proporcionarse la subsistencia. Sin embargo, siempre demuestran respeto y estimacion por sus madres, efecto sin duda del buen trato y cuidados que les prodigan en la niñez.

Los ancianos de las tribus que por su edad ó sus achaques no pueden dedicarse á la caza viven á expensas de los vecinos, quienes les guardan la mayor consideracion. Los salvajes independientes con frecuencia se declaran la guerra, pero el temor á los españoles les impide atacar los establecimientos de los religiosos. Sus armas son el arco y las flechas con la punta bien afilada. En su manejo quizá aventajen á los naturales de la Bahía de los franceses, y sus arcos reunen mejores condiciones de seguridad y solidez.

Es creencia general que no profesan el torpe defecto de ser antropófagos; lo único que se les ha podido observar se reduce á cortar pedazos del cadáver del jefe que sucumbe en el combate y comer cada cual una pequeña parte para honrar la memoria del finado, y al mismo tiempo porque creen que aquel alimento fortalecerá su valor. Como en el Canadá, arrancan la cabellera á los vencidos y les sacan los ojos, conservándolos por un método desconocido, en recuerdo de su victoria. Por lo regular queman los muertos y depositan sus cenizas en los morais.

Dos juegos diferentes ocupan sus horas de recreo. El primero, que llaman *takersia*, consiste en hacer rodar un arillo por un espacio cuadrangular cercado. Cada uno de los dos jugadores empuña una varita de cinco piés de largo y el juego consiste en introducirla por el aro miéntras corre, diversion que requiere grande agilidad y resistencia porque las varillas y el aro siempre están en movimiento.

El otro juego conocido por *toussi* es más reposado; cuatro son los jugadores, dos por cada parte. Cada cual por turno, miéntras el compañero distrae la atencion de los dos contendientes, oculta en una mano una astilla de madera y despues presentan las dos al contrario para que adivine en cuál se encierra. Si acierta gana. Las apuestas se concretan á pedazos de vidrio de diferentes colores.

Los indios independientes no tienen la menor nocion de la existencia de un Dios, creador de cuanto encierra el universo. Los que viven más al Sur poseian al-

gunas ideas religiosas con antelacion á la llegada de los misioneros. Creian que el paraíso se hallaba en el centro de los mares donde los escogidos gozaban de una frescura incompatible con el clima de su ardiente suelo y el infierno en las entrañas de los montes.

La California septentrional, cuyo primer establecimiento al Norte es el de San Francisco, á los 37° 58' de latitud, no termina en el monte San Elías, como algunos equivocadamente suponen. Este país, en el cual gastó España sumas considerables, guiada por el deseo de difundir la civilizacion entre aquellos salvajes, ajenos por completo á toda clase de ideas religiosas y desprovistos de instruccion y cultura, lo conserva hoy dia sin embargo cediendo á imperiosas razones de estado que obligan á su gobierno á dirigir la atencion hácia esta parte de América, y de ahí provienen las cantidades fabulosas que se invierten en el sostenimiento de sus presidios y misiones.

Una de las cosas que sorprenden al que examina las relaciones comerciales del país, es la ignorancia en que permanecieron los españoles durante largo tiempo acerca del valor de las pieles de nútria. En la actualidad se explotan en grande escala, gracias á la publicacion de los viajes del capitan Cook, intrépido marino, cuyo nombre tiene la gloria de registrar Inglaterra entre los de sus más ilustres hijos.

La nútria es un animal tan comun en toda la costa occidental de América desde los 28° á los 60° como la foca en la costa de Labrador y la bahía de Hudson. Los indios, que de mucho no llegan á ser tan buenos marinos como los esquimales y cuyos botes construyen con juncos, materia poco resistente al furor de las aguas, cazan la foca en tierra con lazo ó las aturden á palos cuando las encuentran á lejana distancia de las aguas. Para dicha caza se ocultan detras de las rocas, y evitan producir ruido, porque si no se sumerge en las aguas. Los españoles no suponian que sus pieles pudiesen ser estimadas, por cuya razon nunca las remitieron á Europa.

El régimen de las tribus convertidas al cristianismo seria más favorable al aumento de poblacion si se les concediera mayores garantías y ciertas condiciones de libertad. Segun datos estadísticos, desde el establecimiento de las misiones en la California septentrional han bautizado 7771 indios de ambos sexos y enterrado 2388. Estas cifras sin embargo no representan como en Europa el movimiento de poblacion, porque con frecuencia se bautizan indios independientes de diferentes edades, de lo cual sólo puede deducirse que el cristianismo se ha propagado en aquellas remotas regiones por el justo prestigio que allí disfrutan los españoles.

Por nuestra parte no podemos ménos de agradecer á los religiosos la amabilidad con que nos distinguieron suministrándonos todos los datos posibles acerca del país y atendiendo con delicadeza á satisfacer nuestros caprichos. Los naturalistas que se contaban en la expedicion aumentaron su rica coleccion de plantas con algunas familias que se conocen en el país, cultivadas con especial esmero en los jardines del gobernador y establecimiento de los misioneros. Tambien visitaron las montañas, arroyos y bosques en busca de descubrimientos. La piedra que abunda en el país es muy deleznable y arcillosa, y en algunos puntos trozos de granito en cuyas venas se advertia *feldespato* cristalizado, pórfido y jas-

pe, pero ni la menor huella de metal. La costa oriental y meridional de la California es más rica en moluscos y sóbretodo *pentandines*, cuyas perlas igualan en belleza y tamaño á las de Ceilan ó del golfo Pérsico.

El 22 á la noche todo quedó embarcado, y nos despedímos del gobernador y de los religiosos, quienes nos proveyeron de cuanto podia sernos útil, rehusando á pesar de nuestras instancias el valor de sus importantes regalos.

AMÉRICA DEL NORTE.

COSTA ORIENTAL.

AVENTURAS DE LA SEÑORA GODIN.

Encargados por real órden de medir los grados más próximos al Ecuador en la América meridional, salieron de Francia en 1735 los tres académicos Godin des Odonois, Bouguer y Condamine, permaneciendo el primero hasta 1749 en la provincia de Quito, de donde partió á consecuencia de ciertos asuntos de familia que reclamaban su presencia en Francia, llegando en 1750 á Cayena solo, pues hallándose en cinta su esposa, no le pareció oportuno exponerla á los riesgos de una larga navegacion.

Para facilitarla más cómodo viaje solicitó pasaportes y recomendaciones del gobierno portugues á fin de cruzar sin obstáculos el rio de las Amazonas; pero nada obtuvo hasta 1765, en cuya época abordó á Cayena un queche, con órden de conducirle á Para, subir el rio hasta el primer establecimiento español, y esperarle allí para trasportar su familia á expensas de S. M. F.

Salió el viajero de Cayena á últimos de noviembre de 1765 con direccion á Oyapak, donde residia; mas cayendo enfermo y observando que su dolencia se prolongaba, rogó al oficial que mandaba el buque que condujera á otro sugeto encargado de acompañar á su familia, quien tan mal desempeñó la comision que no pudo salir su esposa de Riobanba, donde moraba, hasta el 1.° de octubre de 1769, esperándola el buque en Tavatinga, y desde esa fecha trasladarémos los pormenores del viaje de una carta dirigida por el señor Godin á Condamine.

«Mi suegro, dice, precedió á su hija un mes, hospedándose en Canelos, donde se embarcó á los dos dias á fin de preparar á mi esposa alojamiento en los puertos de desembarco, y no se detuvo hasta llegar á los establecimientos portugueses, tranquilo porque su hija venia acompañada por sus hermanos, el médico, un negro y tres criadas. Entre tanto se declaró una epidemia de viruelas en



Vió dos indios que se alejaban en su piragua.

Canelos, que obligó á huir á los habitantes que lograban escapar con vida.

«Mi esposa venia escoltada por treinta y un indios, quienes al llegar á Canelos desertaron por temor de la peste, ó recelando que se les embarcara. En tal circunstancia, aunque podia volverse á Riobanba, el natural deseo de abrazar á su esposo ausente hacia veinte años, y la cortesía debida á los dos soberanos que la protegian, ordenábanla arrostrar todos los obstáculos.

«Sólo quedaban en el pueblo dos indios vivos, y careciendo de canoa para conducirla hasta el establecimiento de Andoas, situado á unas ciento cincuenta leguas por el rio Bobonasa, construyeron una que se les pagó adelantada, salieron de Canelos y despues de dos dias de navegacion se detuvieron para tomar algun descanso. A la mañana siguiente los dos indios habian desaparecido y la infortunada comitiva se embarcó sin guias, pasando todo aquel dia y hasta la mitad del siguiente en que hallaron una canoa próxima á un pueblecillo de salvajes, y ofreciéndose uno á acompañarlos, continuaron la ruta hasta el tercer dia, en que cayó al agua el sombrero del médico, é intentando recogerle el indio, se ahogó, de suerte que careciendo de guias y piloto, y observando que las canoas hacian agua, viéronse precisados á saltar en tierra y construir un albergue.

«Distaban cinco ó seis jornadas de Andoas, y el médico se ofreció á buscar socorros, partiendo acompañado de otro frances y del negro, y prometiendo que dentro de quince dias regresaria ó enviaria auxilio; pero trascurrieron veinticinco inútilmente, y no pudiendo los viajeros continuar en tan angustiosa situacion, construyeron una balsa, en la cual se embarcaron con sus equipajes. Tan mal dirigida como la canoa chocó contra un tronco y se hundió con cuanto contenia, aunque nadie pereció por ser el rio estrecho y poco profundo.

«Reducidos á tal situacion los viajeros resolvieron seguir á pié la orilla del rio, cubierta de bejucos, arbustos y maleza, de modo que comprendiendo que las sinuosidades de la ribera les hacian perder mucho tiempo, determinaron internarse en el bosque donde se extraviaron, y fatigados por la continua marcha, por la espesura de un bosque incómodo hasta para los que están acostumbrados, desgarrados los piés por las espinas, sin más alimento que algunos palmitos y careciendo de agua, sentáronse extenuados, y sin fuerza para levantarse, en tres ó cuatro dias sucumbió la mayor parte.

«Mi esposa sufrió dos desmayos de veinticuatro horas, mas la Providencia prestóla fuerza; medio desnuda, valiéndose del calzado de sus difuntos hermanos, pasó diez dias en el bosque corriendo de aquí para allá, y el recuerdo del horrible espectáculo que presenciara, el terror de la muerte que la amenazaba, encaneció sus cabellos repentinamente. A los dos dias encontró agua y algunos huevos de perdiz, que sorbió con gran trabajo, y por fin, guiada por la mano del Altísimo, hallóse cuando ménos lo esperaba en la orilla del rio.

«Comenzaba á clarear cuando oyó ruido á distancia de unos doscientos pasos, y poseida de terror corrió á refugiarse en el bosque; pero reflexionando que no podia aumentarse su desgracia, volvió á la orilla y divisó dos indios que se alejaban en una piragua; rogóles que la condujeran á Andoas, desde cuyo punto se dirigió á Laguna, donde fue recibida por el doctor Romero, quien se apresuró á prodigarla cuantos auxilios necesitaba su debilitada salud y razon casi extraviada, acompañándola á la nave portuguesa que continuaba esperándola.»

Añadirémos que miéntras la señora de Godin recorria los bosques, su fiel negro volvia por el rio con dos indios para socorrerla, y llegando al sitio donde la dejara, siguieron las huellas por la maleza hasta encontrar los cadáveres ya descompuestos, á cuyo aspecto calcularon que todos habian perecido.

En cuanto al médico que fué con el negro á buscar socorro, súpose más tarde que, separándose de su compañero y olvidando el sagrado deber que contrajera, se embarcó en Omaguas para Europa.

NAUFRAGIO DEL SEA-VENTURA

en las islas Bermudas.

El archipiélago conocido con el nombre de islas Bermudas está situado á unas 600 millas al Este de los Estados Unidos. Denominóle así Bermudez, quien le descubrió en 1552, fundando allí los ingleses un establecimiento en 1612, cuya importancia demuestra su floreciente estado. Cuenta unos 4000 habitantes repartidos en 400 islas, siendo la mayor la isla Bermuda y la capital San Jorge. Pocas noticias se poseian acerca de aquel archipiélago en la época del naufragio que nos ocupa, en cuya narracion vamos á seguir al jefe de la expedicion que á él se dirigió con objeto de explorarle.

«Salió de Plymouth, dice, la escuadrilla compuesta de siete buenos buques y dos pinazas el 2 de junio de 1609, navegando en conserva hasta el 23 de julio, en que segun la estima verificada nos hallámos en la costa de Virginia á unas siete ú ocho singladuras del cabo Enrique y el mal cariz de la atmósfera presagiaba tempestad. El 24 comenzaron á amontonarse los nubarrones, saltó el viento y fue preciso arriar la pinaza que el *Sea-Ventura* remolcaba: arreció el viento soplando á ráfagas y no tardó el horizonte en cubrirse de espesas nubes que oscurecieron la luz y nos consternaron.

«Veinticuatro horas duró la borrasca aumentando á cada paso la violencia del viento, y aunque el espanto elevaba hasta los labios una plegaria, el estruendo del mar y el fragor del trueno la sofocaban. Aferráronse las velas, para cuya operacion fueron precisos ocho hombres, porque la lluvia, el viento y la mar nos combatian terriblemente, y para que el buque capeara con alguna facilidad quitámos el trinquete. Muchas tempestades habia presenciado en Levante y en la costa de Berbería, pero ninguna como aquella, en que á cada momento esperaba que el buque se sumergiera, pues desde el principio de la borrasca perdieron la estopa varias costuras, y el agua se elevaba cinco piés sobre el lastre ame-

nazándonos la muerte dentro y fuera y causando un pavor inexplicable. Buscáronse con empeño las vias de agua, y aun cuando se hallaron algunas que al punto fueron calafateadas, no se descubrió la principal: calculóse que estaria en el pañol del pan por lo mucho que sobrenadaba, pero no la encontraron los calafates; á pesar de estar picando las bombas sin descanso, el agua aumentaba, y descubierta el mártes la via de agua, dividióse la tripulacion, compuesta de ciento cuarenta hombres, en tres destacamentos que debian relevarse en las bombas cada hora, y así pasámos tres dias y cuatro noches, pues despues de amainar la tormenta el primer dia volvió á arreciar sin interrupcion.

«Una ola enorme reventó en el buque inundando la cubierta y arrancando la caña del timon de manos del piloto, quien procuró recobrarla, pero sólo consiguió ser arrollado y recibir graves contusiones, por lo cual fue preciso reemplazarle. Hallábame yo junto al cabrestante animando á la tripulacion, cuando la ola me arrojó de bruces contra la cubierta y otro tanto sucedió á varios sugetos que me acompañaban. El buque navegaba más de dos leguas por hora á palo seco, pero la marejada le perjudicaba; era imposible la más mínima observacion, porque ni de dia se veia el sol, ni de noche las estrellas. El jefe de la expedicion, sir Jorge Summers, hallándose de guardia en la noche del mártes, columbró una luz parecida á una estrella que recorria los obenques del palo y verga mayores y que desapareció á la madrugada; reconocido por los marineros afirmaron que era fuego de San Telmo, de lo cual dedujeron funestos presagios.

«Caminábamos sin direccion, pues tan pronto soplaba el viento del Sur, como del Este, y convencidos de la imposibilidad de navegar con rumbo fijo, pensámos en aligerar el buque. Al efecto arrojámos la artillería, varias barricas de cerveza, sidra, vino y aceite, y nos proponíamos picar el palo mayor; pero la tripulacion estaba rendida porque trabajaba desde el mártes, el agua que inundaba la bodega impedia tomar vino ó cerveza, no se podia encender fuego, y la necesidad de achicar el agua alejaba el sueño con tanta mayor razon cuanto que la cantidad que se vaciaba era prodigiosa, pues sin exageracion me atrevo á asegurar que se sacaban mil doscientos baldes y sobre cien barricas de las bombas cada hora. Con todo, el mártes teníamos diez piés de agua en la bodega, y el viérnes estábamos dispuestos á clavar portas y escotillas abandonándonos á merced de las olas, cuando exclamó de pronto el señor Summers: ¡Tierra, tierra! á cuya voz todos dirigieron la vista al punto indicado y divisaron árboles que el viento agitaba.

«Ordenóse presentar el costado al oleaje y sondar, encontrándose trece brazas de agua y siete poco despues; distábamos ménos de una milla de tierra. Pero desesperando de salvar al buque si fondeábamos, nos aguantámos costeando hasta que la nave tocó fondo á tres cuartos de milla de la costa, y entónces embarcámos las lanchas logrando salvar á toda la tripulacion compuesta de ciento cincuenta personas entre hombres, niños y mujeres.

«Al saltar en tierra reconocímos que estábamos en las peligrosas islas llamadas Bermudas, á las cuales por las tempestades y otros riesgos denominan los marineros islas del diablo, evitándolas cuanto pueden. Su número ascenderá á quinientas: son pequeñas é irregulares porque las tormentas y lluvias han sumergido grandes porciones abriendo canales peligrosísimos. No solamente se ve-

rifican terribles tempestades en cada luna llena, sino tambien en todas las fases y con especialidad siempre que la rodea un halo que en ninguna parte adquiere tan enormes dimensiones. La mar está tan llena de rompientes que es imposible abordar ni en una embarcacion de diez toneladas, y sólo en el paraje donde fuímos arrojados puede fondearse con alguna seguridad. Críanse muchísimos peces, pues una sola vez que echámos la jábega sacámos más de cinco mil, y tambien vímos ballenas perseguidas por peces espadas y delfines gladiadores, cuyo combate nos sorprendió, pues redúcese á que el primero hiere á la ballena en el vientre cuando se sumerge y el segundo en el lomo cuando asciende á la superficie. Los pájaros abundan de tal modo y son tan mansos que cuando voceábamos venian á nuestro alrededor despidiendo graznidos, por los que supusímos que eran cuervos marinos. En los montes guarécense millares de jabalíes tan dóciles que un solo perro bastaba para detenerlos, y cuando los marineros iban á los bosques traian á veces cincuenta jabalíes y jabatos vivos cada semana; su carne es poco grata y sólo la comíamos cuando carecíamos de tortugas, que son tan corpulentas que una proporciona comida á setenta y cuatro hombres; las hembras aovan en la playa y cubren los huevos con arena; su cantidad es tan prodigiosa que en una hallámos más de quinientos.

«Despues de tomar varias disposiciones arreglámos la lancha como mejor pudímos, añadiéndola un palo, vela y remos, embarcándose en ella con direccion á Virginia, de donde distábamos segun nuestro cálculo unas ciento cuarenta leguas, Enrique Ravens, contramaestre, acompañado de seis marineros y el maestre de víveres Tomas Vittingham; pero regresó en la noche siguiente, pues á pesar de no calar la lancha mas de veinte pulgadas, le era imposible salir de los arrecifes que rodean el islote de Gatesbay donde nos hallábamos.

«El viernes 1.° de setiembre hízose de nuevo á la mar prometiendo si llegaba sano y salvo á Virginia volver en la luna nueva próxima con la pinaza de la colonia; por consiguiente dispúsose que vigilara siempre uno y ardiera una fogata que les guiara; pero trascurrieron dos lunas y nadie pareció. Entre tanto el señor Summers costeó el archipiélago, levantó un plano, y cazó y pescó hasta el 27 de noviembre, en cuya fecha calculando que nadie volveria de Virginia y que una pinaza que construia el primer calafate Ricardo Frobisher no seria bastante capaz para salvar á todos, despachó al teniente con dos calafates y veinte hombres á la isla grande para que construyeran otra embarcacion.

«Entre tanto surgian recriminaciones y quejas de los marineros cundiendo entre la tropa y produciendo graves discordias, fundándose en que nada debia esperarse de Virginia, y que pues aquella isla ofrecia comodidades debíamos establecernos en ella. El 1.° de setiembre descubrióse una conspiracion en que se hallaban complicados seis jefes, reducida á no trabajar ni permitir que nadie trabajase en la pinaza, establecerse en los bosques y cuando fuera preciso pasar á otra isla: el alma de la conspiracion era un calafate, llamado Nicolas Bennet, sugeto hipócrita y turbulento. Condenóseles á lo mismo que eligieran, trasportándoles á otra isla desierta; mas á los pocos dias suplicaron al jefe de la escuadra, y fueron perdonados. No paró aquí la revolucion: corto tiempo despues urdióse otra que fue descubierta por dos conspiradores, y apresado y sometido á un consejo de guerra su principal cabeza, fue condenado á la pena capital; pero tan

sincero arrepentimiento manifestó que se le concedió el perdon á ruegos de varias personas. Aquellos dos actos de clemencia sólo sirvieron para alentar á los conjurados, quienes pretendiendo que el jefe de la expedicion no era autoridad competente para juzgarles, formaron el proyecto de apoderarse de los almacenes: descubierto por varios cómplices se ordenó que todos permanecieran sobre las armas, atendido á que los principales fautores se habian refugiado en los bosques ó pasado á la isla donde se construia la otra pinaza.

«Intentó dar la señal un tal Enrique Payne, oficial de limpio orígen, pero perverso y violento, quien despues de sustraer varias armas y herramientas se negó á montar la guardia faltando al respeto á su jefe y levantándole la mano; pero arrestado al punto se le condenó á ser ahorcado, cuya pena se conmutó por la de ser pasado por las armas á causa de su nacimiento. El 13 de marzo fue ejecutado y el 18 llegó la noticia de su muerte á oídos de los que trabajaban en la otra isla, quienes recelando que les hubiera delatado, huyeron á los bosques: el teniente logró tranquilizarles y todos volvieron excepto dos, que por ser los jefes no se atrevieron.

«Concluyóse al fin la pinaza empezada en 28 de agosto, y calafateada en 26 de febrero, botándola en la pleamar de la mañana del 25 de marzo y conduciéndola á un islote redondo situado á nuestra espalda. Medía cuarenta piés de eslora, diez y nueve de manga y un puntal de ochenta toneladas; el enramado era de la madera del *Sea-Ventura* y el forro de cedro; denominámosla *Salvacion*. Ántes de dejar la isla clavóse en el tronco de un gran cedro una cruz con una moneda de plata y una plancha de cobre con la siguiente inscripcion: Esta cruz es lo único que queda del buque *Sea-Ventura*, de trescientas toneladas, destinado con otros varios á Virginia; conducia á su bordo al gobernador de la colonia, sir Tomas Gates, al jefe de la escuadra, sir Jorge Summers, y al capitan Cristóbal Newport con ciento cincuenta personas que arribaron felizmente á esta isla el 28 de julio de 1609, dia en que el *Sea-Ventura* naufragó.

«Incorporósenos el 30 de abril el otro barco denominado *Paciencia*, que medía veintinueve piés de eslora y quince y medio de manga, calando seis, y el 10 de mayo salímos el jefe y yo en las canoas á colocar boyas en todo el canal con brisa del Sur, tocando en una roca á estribor que, á no ser de piedra blanda y romperse, nos causara una grave avería: por fin, el 11 nos hicímos todos á la mar corriendo al Norte por espacio de siete dias y con algunas alternativas en el tiempo, El 17 conocímos por el color del agua y varias algas que nos hallábamos próximos á tierra; el 18 acusó la sonda diez y nueve brazas y media de agua, y aquella misma noche percibímos un olor agradable como el que se disfruta en el estrecho de Gibraltar, descubriendo al amanecer dos colinas al Sur extendiéndose en direccion Norte hácia el cabo Enrique, y llegando en la madrugada del 21 al fuerte Algernon, situado á dos millas del cabo Comfort, y construido el año anterior por nuestros compatriotas.

«Disparó el comandante un cañonazo de aviso, y fondeando le enviámos una canoa para darnos á conocer; recibiónos con suma afabilidad refiriéndonos que el dia anterior descargó en aquella zona una espantosa tormenta, que casi toda la flota salida de Inglaterra habia llegado con felicidad á Virginia, pero que ignoraba el paradero de la lancha que despachámos desde las Bermudas, mandada

por el contramaestre Wittingham; sin embargo, por varias noticias que adquirímos de los salvajes sospechámos que equivocaron el punto de desembarco y fueron asesinados.

«Hallámos á nuestra llegada la colonia en un estado deplorable: arruinábanse las casas, faltaban las provisiones, y la poblacion, al principio de seiscientas almas, estaba reducida á sesenta. La mala administracion, la negligencia de los colonos, las continuas escaramuzas que sostenian con los salvajes y sobretodo la carestía de víveres eran el orígen de aquella decadencia, por lo cual resolvióse abandonar la colonia, á cuyo efecto embarcóse todo y el 7 de junio zarpámos; mas al siguiente dia encontrámos á lord Delaware que venia á encargarse del mando de la colonia, y más tranquilos los colonos acerca de su porvenir regresaron á sus hogares.»

En efecto, lo que hoy queda del primer establecimiento son las ruinas de un fuerte y un cementerio á orillas del rio James; y la Virginia es uno de los más poderosos estados de la Union americana; sostiene en la actualidad á más de millon y medio de habitantes, contando Richmond, la capital, más de treinta mil, y enorgulleciéndose con ser la patria de Washington, Monroe, Jefferson y otros varones eminentes.

AVENTURAS DE PHILIP ASHTON.

Imposible seria calcular de qué sacrificios es capaz la constancia y el instinto de conservacion, pues al contemplar á Philip viviendo en una isla desierta por espacio de diez y seis meses, dúdase que un hombre pueda prolongar su existencia tanto tiempo y por tales medios, si no fueran notorios los recursos del humano ingenio.

«Llegámos al cabo Rosarway, dice, el 17 de junio de 1722, á las cuatro de la tarde, y hacia cuatro horas que estábamos surtos cuando acostó á nuestra goleta la canoa de un brick, saltando á bordo cuatro hombres con pistolas y espadas que nos intimaron rendirnos; era lo mejor que podíamos hacer, pues la tripulacion se componia de cinco hombres y un grumete, y de igual modo sorprendieron en pocos dias trece ó catorce buques. Estábamos en poder de New-Low, infame pirata, cuyo buque montaban dos carronadas, cuatro pedreros y más de cuarenta y dos hombres, é invitándome á que le firmase un compromiso de formar parte de su cuadrilla, á lo cual me negué, fui conducido con mis compañeros á la toldilla, donde se presentó á corto rato Low con las pistolas en la mano preguntando: ¿Quién de vosotros es casado? Tan inesperada pregunta y el aspecto de las armas nos helaron de terror, y ninguno respondió. Ardiendo en ira apoyó el

cañon de una pistola en mi frente exclamando: ¿Por qué no respondes, perro? Voy á levantarte el cráneo. A tal amenaza respondí temblando que era soltero, y más apaciguado retiró el arma mortífera, porque no admitia casados en su servicio. Su esposa murió ántes de que él se dedicara á la piratería, y tenia un hijo en Boston al cual amaba con tal exceso que sólo mentarle le arrancaba lágrimas.

«Intentaron los piratas seducirme con la perspectiva del botin é invitáronme á beber; pero á todo me negué, y furioso Low, despues de amenazarme con la muerte, ordenó que de grado ó por fuerza se nos inscribiera en el rol. El 19 cambiaron de buque montando una goleta recien construida en Marblehead, de que se apoderaron, trasbordando al brick los prisioneros de quienes pensaban deshacerse, y enviándole á Boston. Juzgando la ocasion favorable imploré de Low que me enviara con ellos, pero fue implacable y el brick se alejó dejando en compañía de Low á otros siete prisioneros y á mí. Atribuí su inflexibilidad á que ántes intenté escapar, y siendo detenido por el contramaestre que lo comunicó al jefe, tiró del sable y sólo debí la vida á que me arrojé por la escotilla.

«A la altura de San Miguel apresaron una urca portuguesa, cargada de trigo, muy andadora y artillada con catorce piezas, á la cual se trasbordaron; pero observando que necesitaba carenarse arribó á unas islas situadas á cuarenta leguas al Este de Surinam, denominadas los Triángulos, donde mandó subir á todos á los obenques y vergas, pero el peso hundió al buque de tal modo que comenzó el agua á entrar por las portas, y se sumergió salvándose Low y el cirujano por una ventanilla. Hallábame en aquel momento en la verga de juanete, y nadando, aunque mal, me dirigí á la lancha que recogia los náufragos; pero negándose los marineros á salvarme, gané una boya y en ella me senté hasta que me acogieron como á los demas, pues solos dos hombres se ahogaron.

«Perdido su mejor buque y la mayor parte de las provisiones y no pudiendo proporcionárselas en los Triángulos ni arribar á Tabago por los vientos y las corrientes, fue preciso hacer rumbo hácia Granada, establecimiento frances, al cual llegámos despues de diez y seis dias de cruel escasez. Para evitar que se sospechara su indigna industria, Low encerró en la bodega la tripulacion no dejando sobre cubierta mas que la precisa para la maniobra, diciendo que era de la Barbada y venia á hacer aguada. No recelaron que fuese pirata, pero sí contrabandista y determinaron decomisarle el barco, á cuyo fin dirigióse á él en la mañana siguiente una balandra de setenta toneladas, montada por treinta hombres y cuatro cañones, á cuyo aspecto púsose en defensa con toda la tripulacion compuesta de noventa hombres, y como ademas poseia ocho cañones, no le costó gran trabajo apoderarse de la balandra. Con los dos buques cruzaron las Antillas, hicieron siete ú ocho presas y arribaron á la isla de Santa Cruz, donde se apoderaron de otros dos barcos. Desde allí envió cuatro franceses á renovar el botiquin en San Tomas, prometiéndoles la libertad y sus embarcaciones si volvian, pero de no verificarlo ó delatarle quemaria los buques y asesinaria á sus compañeros: los franceses volvieron y Low cumplió su palabra.

«Dirigiéronse en seguida á las posesiones españolas, hoy Colombia, y como á la mitad de camino, entre Cartagena y Portobello divisaron dos naves á las que persiguieron; mas ¡cuál fue su sorpresa al reconocer el navío de línea inglés *Si-*

rena, convoyando una fragata que venia de la costa de Guinea! Viraron en redondo y largando velas emprendieron la fuga; pero entónces el navío comenzó á darles caza de tal modo que tuvieron que separarse los dos buques con gran regocijo mio, pues si nos hubiera apresado el navío acaso me colgaran juzgándome pirata. La goleta en la cual iba yo, mandada por Farrington Spriggs, hizo rumbo al continente, y observando la *Sirena* que la balandra mandada por Low era de mayor porte, largó alas y arrastraderas alcanzando tal ventaja que ya le separaba corta distancia del pirata, cuando un marinero indicó á este una barra que en nada los perjudicaba, pero en la cual chocó el navío, y así se libraron de la horca. Spriggs y su teniente entre tanto tomando una pistola en una mano y un vaso de ron en la otra juraron que si no podian salvarse pegarian fuego á la goleta y se levantarian la tapa de los sesos de un pistoletazo: afortunadamente no llegó el caso de cumplir tan bárbaro juramento, porque se libraron navegando pegados á la costa.

«Arribámos á un islote situado siete leguas á sotavento de la isla de Roatan en la bahía de Honduras, donde se detuvieron á limpiar los fondos, y entre tanto ocho de los veintidos prisioneros que estábamos á bordo urdieron un complot para apoderarse de los piratas y escapar. Reducíase á que cuando llegáramos cerca de Nueva Bretaña, donde pensaba dirigirse Spriggs para tomar gente y refrescos, les sorprendiéramos durmiendo y encerrándolos bajo escotilla nos presentáramos al gobernador. A pesar del secreto con que se combinara el plan, llegó á noticia de Spriggs, y encontrando á Low en la travesía, nos denunció; pero este no se cuidó de la delacion y Spriggs, ébrio de furor, entró en la goleta diciendo que iba á fusilar á cuatro, y dirigiéndose á mí añadió: En cuanto á tí, perro Ashton, voy á colgarte en el penol de la mayor. Respondíle que yo no abrigaba intencion de maltratar á nadie, y que si me devolvia la libertad tampoco le delataria. Aquellas palabras parecieron tranquilizarle y me dejó limitándose á prodigarme mil insultos. Low y varios súbditos suyos arribaron á un islote, llamado Cayo de Puertoreal, donde fabricaron chozas, pasando el tiempo en beber y divertirse miéntras que recorrian los buques apresados.

«El 9 de marzo de 1723 el despensero acompañado de seis hombres mandó embarcar el bote para ir á tierra por agua; roguéle que me permitiera acompañarle y despues de muchas vacilaciones accedió: mi vestido estaba reducido á una chaqueta, pantalon y gorra, careciendo de camisa, medias y zapatos. Cuando saltámos en tierra ayudé á sacar las barricas y á rodarlas hasta la aguada, y luego empecé á pasearme por la playa recogiendo conchas y piedrecitas; mas al hallarme fuera de tiro de los centinelas, me acerqué al bosque. Preguntóme el despensero dónde iba y respondiéndole que á coger cocos, interséme en el bosque y eché á correr cuanto me lo permitian la espesura de las malezas y la desnudez de los piés, y aun cuando no estaba tan léjos de los piratas que no oyese sus voces á intervalos, con todo me oculté entre unos matorrales seguro de que allí no me descubririan. Luego que llenaron las barricas me llamó el despensero, buscáronme por entre los árboles, y cansados de practicar pesquisas inútiles se embarcaron. Quedaba, pues, en una isla desierta, privado de todo auxilio y fuera de camino de los navegantes; pero el desierto me parecia hospitalario y la soledad deliciosa. Cuando supùse que estaban léjos encaminéme á un arroyuelo

desde donde podia observar sus movimientos, y cinco dias despues ví con júbilo que zarpaban. Entónces reflexioné acerca de mi situacion. Estaba en un paraje inhabitado, casi desnudo, sin medios para vestirme ni atender á mi subsistencia; pero Dios habia realizado mis deseos de libertarme de los piratas, y cualquiera desgracia me parecia llevadera.

«Para calcular los recursos de que podria disponer recorrí la isla, que medirá diez ú once millas y debe estar situada á los 16° 30' de latitud septentrional, y convencíme de que no tendria otros compañeros que fieras ó pájaros, porque no se descubria ni rastro de habitacion. Halléla bastante accidentada y con abundante riego; encontré higueras, cocoteros, vides y otra fruta semejante á la naranja, que no me atreví á comer hasta que observé que la comian los jabalíes y me pareció sabrosísima. Abundaban la caza mayor y menor y la volatería, pero no podia comer sino frutas, porque carecia de cuchillo, armas y fuego: pensé en cavar trampas para coger jabalíes ó corzos, y halléme en la misma imposibilidad.

«Socavando un dia en la arena con un palo descubrí ciento cincuenta huevos de tortuga que consumí en breve tiempo, gozoso por variar de alimento, y pasé nueve meses sin ver criatura humana, en cuyo espacio construí varias chozas en la playa con la puerta hácia el mar. Incomodábanme de tal modo los insectos que pensé en trasladarme á un cayo inmediato, y como era mal nadador y no poseia piragua ni medios de construirla, imaginé sostenerme sobre un tronco de bambú y llegué felizmente á un islote distante un tiro de cañon, de tres á cuatrocientos piés de circúito, llano, desprovisto de árboles, pero libre de insectos, de suerte que en él pasaba las horas más calorosas del dia volviendo á Roatan á comer y dormir.

«Aunque breves no carecian de riesgo aquellas excursiones. Una vez se me escapó el bambú y costóme trabajo alcanzarle porque el aguaje me arrebataba. Otro dia un perro marino de que abundan aquellas aguas, como tambien cocodrilos, sacudióme con tal violencia en un muslo, si bien por la poca profundidad no pudo morderme, que sentí el dolor largo tiempo despues de estar en tierra. Pero con la costumbre de atravesar diariamente el canal adquirí tal práctica que al fin conseguí pasar sin el auxilio del bambú. Obligado á andar descalzo por un suelo cuajado de pedernales, espinas, conchas cortantes y raíces, mis piés cubriéronse de heridas y ni aun poseia fuerza para caminar, permaneciendo tendido el mayor tiempo que podia, y en una ocasion contéme muerto, pues me atacó un jabalí que sólo pudo rasgarme el pantalon porque logré suspenderme de un árbol. Perdí la cuenta del tiempo, y privado de fuego halléme en graves apuros, pues acercábase el otoño acompañado de copiosas lluvias y frios vientos que me penetraban.

«En noviembre de 1723 divisé una piragua montada por un hombre que se acercaba á tierra: sentéme en la playa, y cuando me llamó, le respondí que podia saltar sin recelo, pues no me hallaba en estado de ofenderle. Llamóle la atencion mi traje y manifestó que se alegraba de encontrar un europeo. Era oriundo de Nueva Bretaña, de edad madura y venerable continente: ni le pregunté su nombre, ni traté de informarme de su procedencia en los cortos dias que me acompañó; sólo me dijo que habia residido veintidos meses en una colonia española donde intentaron quemarle, por cuya causa huyó encaminándose á Roatan

donde contaba acabar sus dias. Asistióme con la mayor bondad, encendió fuego y partió conmigo una escasa cantidad de tocino. Al tercer dia invitóme á que le acompañara en la piragua á cazar jabalíes y gamos en las islas inmediatas, lo cual no pude verificar, pues aunque merced á sus cuidados comenzaba á restablecerme, todavía carecia de fuerzas para caminar: ofrecióme regresar en breve, cuanto más que el tiempo estaba sereno; mas á corto rato saltó una récia ráfaga de viento acompañada de lluvia, y el infortunado pereció sin duda pues no volví á verle. Tres dias me acompañó, y aunque volvia á quedar solo, poseia cinco libras de tocino, cuchillo, tabaco, pólvora, tenazas y pedernal, con cuyos útiles podia encender fuego, destazar una tortuga y fumar, así es que en breve comencé á recobrar las fuerzas, merced á los mejores alimentos y mayores comodidades de que pude disfrutar.

«Tres meses despues de la desaparicion de mi compañero divisé una piragua abandonada de que me apoderé observando que no era la suya, y dueño de ella consideréme rey de aquellas islas que podia recorrer cómodamente. Proyecté una excursion, y colocando en mi embarcacion buena cantidad de higos, uvas, tortugas y cangrejos, como tambien los avíos de encender dirigíme á Bonaco, isla de cinco leguas de extension y distante seis de Roatan. Cuando á ella me encaminaba divisé una balandra fondeada en la parte oriental, por cuya causa hice rumbo á la opuesta para atravesar por tierra la isla y observar qué gente tripulaba la balandra, receloso de volver á manos de los piratas. Embarranqué y amarré la piragua lo mejor que pude, pero mis piés continuaban en tan lastimoso estado, que tardé en realizar mi proyecto dos dias con sus noches, necesitando á veces arrastrarme. Llegué á unas dos millas del surgidero de la balandra, y saliendo á la playa con precaucion noté que la embarcacion habia desaparecido. En extremo cansado por tan largo y penoso viaje sentéme al pié de un árbol y me dormí; pero no tardó en despertarme un tiro, y levantándome sobresaltado divisé nueve piraguas grandes tripuladas por ciento cincuenta ó doscientos hombres que me disparaban. Refugiéme entre las malezas tan pronto como me lo permitian las heridas de los piés, y oí á aquellos hombres decirme en español: Inglés, no te ofenderémos. Mal armonizaban sus pacíficas palabras con los disparos que menudeaban, por lo cual me oculté, y cuando cesaron las detonaciones salí con precaucion divisando la balandra con pabellon inglés que se alejaba remolcando las piraguas, de lo cual deduje que seria un barco inglés apresado por los españoles en la bahía de Honduras: acerquéme al árbol donde ántes estaba y observé seis ó siete balas clavadas en el tronco. Dirigíme en seguida á la punta occidental de la isla; pero como no abunda de provisiones como la de Roatan, costóme gran trabajo alimentarme, así es que tan luego como llegué á la piragua partí para Roatan, donde viví siete meses más, si vivir se puede llamar á la penosa existencia que arrastraba.

«Correria el mes de junio de 1724, cuando hallándome en el islote donde solia pasar las altas horas del dia huyendo de los insectos, divisé dos piraguas que al ver humo é ignorando de donde procedia se dirigian á él con precaucion. Recordando yo á mi vez la aventura de Bonaco y temiendo otro fusilamiento, salté en mi piragua y volvia á Roatan donde contaba con asilos seguros si los navegantes eran enemigos y con abundantes provisiones para agasajarlos si eran

amigos. Viéronme atravesar el canal, y cesando de remar preguntáronme en inglés con acento amistoso quién era y de dónde venia. Respondíles que era un inglés escapado de un buque pirata, y sorprendidos de que estuviera solo, me noticiaron que venian de la bahía de Honduras: saltó en tierra un hombre á cuyo encuentro corrí, manifestó al principio alguna sorpresa, mas no tardó en abrazarme y presentarme á sus compañeros que me recibieron con notable cordialidad.

«Mis salvadores, en número de diez y ocho, estaban á las órdenes de John Ford y John Hope, á quien llamaban el tio Hope, y habitaban en la bahía de Honduras: la causa de venir á Roatan era la noticia de que iban á ser atacados por los españoles por mar, en tanto que los indios les cortaban la retirada por tierra, por lo cual ignorando cuánto duraria su emigracion, llevaban dos barricas de harina y otras provisiones, armas, perros de caza, redes y una india para guisar. Dirigímonos á un islote de un cuarto de milla de extension, al cual denominaban con el fantástico título de Castillo del bienestar, á causa de que careciendo de árboles y maleza la libre circulacion del aire arrojaba los mosquitos, y tan luego como llegámos, fuéron á las islas inmediatas en busca de agua, leña y materiales para construir dos cabañas.

«Contaba, pues, con subsistencia más cómoda, compañía y sugetos que me atendian con solicitud, pues me vistieron y prestaron una capa para preservarme del rocío miéntras se construian las cabañas, y sobretodo víveres abundantes; pero su conducta, costumbres y lenguaje diferian poco de los de los piratas, aunque nada criminal observé en ellos. Pronto me hallé en estado de acompañarles á cazar, lo que siempre verificábamos con buen éxito, pues críase en aquellas islas multitud de jabalíes, animales silvestres y tortugas, y despues de consumir lo preciso curábamos el resto para conservarlo. Así trascurrieron seis ó siete meses, cuando una noche al volver de Bonaco cargados de tortugas y jabalíes, donde con tal objeto habíamos ido cuatro en una piragua de otros tantos remos, divisámos una gran fogata en la isla y oímos una espantosa detonacion que salia de una piragua fondeada á la entrada del puerto. Un minuto más tarde contesta una descarga desde tierra que produce otra á bordo. En la imposibilidad de incorporarnos á los compañeros tratámos de escapar, y desarmando el palo y la vela para que con la luna no nos descubrieran, ponemos la proa hácia un islote que distaba milla y media: obsérvalo el enemigo y danos caza con una piragua de diez remos, disparando un cañonazo cuya bala pasó por encima de nosotros; forzámos remos y saltámos en tierra, miéntras nos decian que eran piratas y no españoles y ofrecian tratarnos como á amigos. Nada podia contribuir á alejarme como aquella revelacion: más aborrecia á un pirata que á la muerte; así nos emboscámos más de prisa, y los piratas irritados apresaron la piragua esperando privarnos de todo medio de subsistencia. Pero como ya conocia la necesidad y el aislamiento, no me inquieté mucho, pensando que éramos cuatro, que poseíamos armas, provisiones y fuego para condimentarlas.

«Los invasores eran mi antiguo comandante Spriggs y su gente que se separaran de Low montando una velera balandra de doce cañones y otra nave de veinte, quienes habian fondeado en Roatan para carenarlos y hacer aguada, y divisando desde allí el islote de mis compañeros despacharon una piragua bien tri-

pulada que les sorprendió y llevó presos con la india y un niño. Tan pronto como se presentaron Spriggs mató uno, y bañándole de alquitran le pegó fuego, conduciendo á los demas á bordo, donde los trató con la mayor crueldad. Sospechando que Hope ocultara efectos ó dinero en el bosque, ordenó que dos piratas le golpearan hasta que declarase, y se apoderaron de lo poco que poseia. A los cinco dias les trasbordaron á una barca de cinco toneladas sin el menor alimento y les intimaron regresar á la bahía de Honduras, exigiéndoles juramento de no acercarse al islote donde nos refugiáramos.

«Miéntras permanecieron surtos los barcos piratas no cesámos de acechar y comímos carne cruda por temor de que descubrieran el fuego, mas apénas se hicieron á la mar vino á advertirnos John Hope de lo que se le exigiera. Todos convinieron en regresar á la bahía de Honduras, excepto John Symonds y su negro, que como poseian una canoa, armas y perros decidieron permanecer en la isla para recoger conchas de tortuga y traficar con los buques de la carrera de Jamaica. Yo tampoco pude acompañarles, pues ya estaba demasiado cargada la barca para setenta leguas de viaje, por lo cual dediquéme con Symonds á la pesca de tortugas, trocándolas por ropa y zapatos, y pasando á Bonaco que, por hallarse más cerca del continente, ofrecia mayor facilidad para el trayecto.

«Dos dias llevábamos en Bonaco cuando se levantó una furiosa tempestad que duró cinco, durante los cuales divisámos varios buques que fondearon á gran distancia; mas un brick acercóse á los bancos de la aguada y envió la canoa á tierra con la pipería. Cuando me vieron cesaron de remar, y despues de varias preguntas y respuestas me dijeron que eran ingleses y que aquellos buques eran la conserva del navío de línea *Diamante* que se dirigia á Jamaica. Mandaba el brick el capitan Dove, antiguo conocido y vecino mio, quien me recibió á bordo en reemplazo de un hombre que perdiera, y al dia siguiente, embarcadas las pipas, me despedí de Symonds, quien me abrazó llorando y pasé á bordo del brick, zarpando en seguida, atravesando felizmente el golfo de la Florida y llegando el 1.° de mayo á Salun. Entónces pude informarme del año que corria, de lo cual deduje que hacia dos años, diez meses y quince dias que fui apresado por los piratas, y dos años y dos meses que huyera de ellos en la isla de Roatan.»

PRESA DE LA GOLETA ENDCARONA POR LOS INDIOS.

Partió de Kingston, en la Jamaica, para Maracaibo la goleta *Endcarona* el 16 de junio de 1857 á las órdenes del capitan Durand, y el tiempo, sereno y bonancible á la salida y aun varios dias despues, cambió de repente desencadenándose tan récia tempestad, que por espacio de veinticuatro horas arrolló al buque cau

sándole graves averías, por lo cual fue preciso anclar en la bahía de Honnas, en cuya costa se levantaban dos aldeas indias.

Varias veces habia recalado la *Endcarona* en aquel puerto, recibiendo siempre de los naturales la más benévola acogida, de suerte que juzgaron que en caso de necesidad no les faltaria auxilio tanto para ayudar á la recorrida del buque, como para proveerles de víveres y agua frescos. No fue preciso para lo primero; mas el 18 de julio, ántes de dejar la hospitalaria bahía envió el capitan á tierra cuatro marineros y dos indios que hacia tiempo servian á bordo con el fin de adquirir provisiones, y á la siguiente mañana acostó á la *Endcarona* una barca tripulada por quince indios que manifestaban excesiva alegría. ¿Llevaban provisiones ó era sólo una visita para obtener hierro ó abalorios? Todos lo ignoraban, mas el capitan, deseoso de granjearse sus simpatías, mandó arriar la escala, por la cual treparon como ardillas, corriendo por la cubierta y jugando con los marineros: preguntan por el capitan, le observan, se acercan á él silenciosa y disimuladamente, le rodean, y Durand, pidiéndoles por señas provisiones, les ofrece en trueque clavos y botones de metal. Aparentan no comprenderle bien para estrechar el círculo, y cuando con mayor confianza repetia sus señas, arrójanse sobre él y le degüellan, corriendo en seguida en busca de nuevas víctimas blandiendo los cuchillos que ocultaban debajo de sus vestidos.

El primero sobre quien se precipitaron fue el cocinero que muy tranquilo preparaba el desayuno, quien al ver aquella horda de caníbales sírvese como de una arma de cada útil que halla á mano, resuelto á vender cara su vida. Ya logra contenerles, pero no observa dos que se arrastran silenciosamente, y cuando con más fiereza les acometia, tornándose en ofensor al notar la cobardía de sus enemigos, recibe una mortal puñalada por la espalda, cayendo exánime sin poder pronunciar una palabra. Al propio tiempo otros dos corrian hácia el contramaestre ocupado á la sazon en remendar una vela; y ántes que pudiera defenderse sacúdenle un récio golpe en la cabeza, que le derriba aturdido. Júzganle muerto los indios y se apresuran á despojarle; le arrancan la chaqueta y deslumbrados por los botones de metal, cada uno la codicia para sí, promoviéndose una animada discusion, que ya va á terminar con los cuchillos, cuando se convienen en partirla por la mitad. Entre tanto el contramaestre ya recobrado se levanta, áselos por el cuello y medio estrangulados les arroja al agua. Los demas indios corren á vengar á sus compatriotas; pero el contramaestre salta al mar y alcanzando la lancha que condujo á sus enemigos corta la amarra y se aleja, acompañado de dos marineros que le imitaran.

Un instante despues precipítase un jóven de Kingston, que á consecuencia de una larga enfermedad iba como pasajero á mudar de aires, granjeándole su carácter amable el afecto de toda la tripulacion: lucha con el mar implorando socorro porque no sabe nadar; á fin de no ser sorprendidos por los indios si se acercan, detienen la lancha y le animan para que les alcance; pero todos sus esfuerzos son inútiles, y el abismo sepulta otra víctima más en sus entrañas. Tristísima impresion les causó aquel acontecimiento, pero al alejarse un espectáculo más horrible los hiela de espanto.

El único europeo que quedaba en la *Endcarona* era el despensero, y furiosos los indios porque se les escapaba parte de sus víctimas, despues de asomar-

se á la obra muerta aullando, gesticulando, invocando la cólera de sus divinidades sobre los fugitivos y amenazándoles con los más crueles tormentos si caian en sus manos, para demostrarles la suerte que les reservaban colocaron sobre la borda al infeliz despensero y empezaron á torturarle como acostumbran verificarlo con sus prisioneros.

Desnudáronle y tomándole por blanco le arrojaban los cuchillos con tal acierto, que ni uno dejó de clavarse en su cuerpo, despues de lo cual pasearon sobre las heridas tizones ardiendo, y cuando ya perdió el conocimiento le degollaron y arrojaron al mar. En seguida subieron una barrica de aguardiente y comenzaron á beber y á danzar hasta que rendidos y ébrios cayeron sobre cubierta.

Entre tanto los navegantes se dirigian á la playa, inquietos por la suerte de los cuatro compañeros que enviaran ántes á tierra, y encontrándoles cuando ya regresaban á bordo, refiriéronles la horrible catástrofe ocurrida. Largo rato deliberaron acerca del partido que deberian tomar, y convencidos de que era inútil pensar en luchar siendo pocos y sin armas, resolvieron alejarse en la lancha de la *Endcarona* y buscar una tierra más hospitalaria; mas ántes echaron á pique la lancha de los indios, que reconocieron como perteneciente al bergantin *Radiante*, naufragado en aquellas costas poco tiempo hacia, y comenzaron una carrera á la ventura sin brújula, sin instrumentos y casi sin provisiones, pues los cuatro que fuéran á tierra habian adquirido escasos víveres. El viento y la mar les eran contrarios y les impelian hácia la costa, y para colmo de desventuras tambien la lancha estaba averiada y el agua la invadia sin cesar. Calcúlese lo que debieron sufrir siete individuos aislados en medio del Océano, en un frágil esquife, sin velas para aprovechar el viento, remando sin descanso y no poseyendo víveres para recuperar sus fuerzas ni para sostener tan rudo trabajo, pues el agua que entraba en la lancha averió las provisiones de tal modo, que cada comida les producia dolores de estómago, náuseas y vómitos dolorísimos.

Encontraron por fin un buque español, mas no pudiendo admitirles á bordo les proveyó de agua, vianda, lona y una brújula, cosas que agradecieron en el alma, pues la falta de alimentos y el exceso de trabajo postraban sus fuerzas. Segun les manifestó el capitan español llevaban andadas sesenta millas en línea recta, pero calcularon doble el camino hecho porque careciendo de direccion y castigados por el viento y las corrientes se habian visto precisados á describir numerosas y grandes curvas. Pero gracias á la brújula sus padecimientos terminaron al dia siguiente, llegando á Rio del hacha, donde se presentaron á las autoridades refiriendo lo ocurrido.

Ocho dias permanecieron en aquel puerto, desde el cual les condujo el vapor inglés *Conway* á Kingston, donde fueron acogidos con suma cordialidad, aunque se ignora si las autoridades tomaron alguna medida para recobrar la *Endcarona* de los salvajes, castigando como merecia el horroroso atentado que sumió en el dolor y la miseria á tantas familias.

NAUFRAGIO DEL BETSEY

en el mar de las Antillas.

Las extraordinarias circunstancias que acompañaron al naufragio del capitan Felipe Aubin en la costa de la Guyana holandesa le prestan originalidad é interes, y para trasmitirle nos aprovechamos de la narracion del náufrago capitan, pues nadie acertaria á describir mejor los riesgos que le amenazaron.

«Salí de Carlisle, dice, en la ensenada de Bridgetown, al Mediodía de la Barbada, el 1.° de agosto de 1756, y dirigíme á Surinam, establecimiento holandes en el continente, mandando una embarcacion de cedro de ochenta toneladas, cargada de provisiones y caballos por cuenta de los señores Rosco y Nyles. El 4 por la noche un golpe de mar sumergió la proa, invadiendo la cubierta y arrebatando cuanto en ella se hallaba: cuatro hombres de los nueve que componian la tripulacion se ahogaron y á los demas nos llegaba el agua al cuello. Cuando la ola pasó tomé el hacha para cortar los obenques é impedir que el barco zozobrase, pero fue inútil; á pocos segundos se inclinó y cayó de costado despidiendo á los caballos con su tinglado, los cuales no tardaron en sumergirse.

«Poseíamos sólo una lancha de doce pies de eslora, y aunque afortunadamente no estaba amarrada, era casi imposible sacarla á flote porque lo impedia un calabrote que dentro estaba arrollado. Desnudéme y apoyado en un obenque buscaba un cofre ó tabla á que confiar mi vida, cuando descubrí al segundo y dos marineros agarrados á una cuerda y encomendándose á Dios; aconsejéles resignacion y que imitándome se asieran del primer objeto que pudiera serles útil. William se desnudó y arrojándose al agua exclamó: Aquí está la lancha boca abajo. Al punto nadé hácia él, pero era imposible sacarla de donde estaba. Por fin consiguió William volverla, segundándole yo y esforzándonos por izarla sobre la popa del buque para vaciarla, pues se hallaba llena de agua. Lográmoslo al cabo, pero observando que tenia un agujero apresuréme á taparle con la camiseta de un marinero, y saltando en ella con mi perro al tiempo que se rompió el cabo que la sujetaba, llamé á William y á los marineros, quienes llegaron á nado llevando un mastelero que nos sirvió de timon, y entrando en la lancha perdímos el barco de vista en pocos momentos.

«Serian entónces las cuatro de la mañana, y en breve empezó á clarear, pudiendo con la luz del dia divisar el buque que aun permanecia á flote merced á ciento cincuenta barricas de bizcocho herméticamente tapadas, y á trescientos *ferkins* de manteca, materias entrambas que le sostenian. Colocámos la lancha popa al viento, y observámos entre los varios efectos que flotaban en torno mi

baul, en el cual se hallaban algunas botellas de agua de azahar, chocolate, azúcar y otras cosas, y bogando hácia él nos esforzámos en descerrajarle; pero convencidos de que era imposible, fuenos preciso abandonarle despues de estar á pique de zozobrar y de llenar de agua la lancha.

«Pudímos sin embargo recoger trece cebollas, y ellas y mi perro eran los únicos alimentos con que contábamos, hallándonos, por mi cálculo, á cincuenta leguas de tierra, sin una gota de agua ni de otro líquido, sin palos, velas ni remos, sin otros utensilios en fin que un cuchillo, un pedazo de camiseta y unos pantalones. Cortámos á tiras la camiseta y las tejímos para que nos sirvieran de cuerdas, y desclavando á copia de paciencia y esfuerzos las tablas del forro de la lancha formámos con ellas un mástil que atámos al banco de proa, y una verga en la cual colocámos los pantalones descosidos en lugar de vela, procurando conservar la popa al viento, y gobernando con el mastelero recogido en el buque.

«Entre tanto la lancha seguia haciendo agua que achicábamos sin cesar con los sombreros, y más débil para resistir los golpes de mar á consecuencia de la falta del forro, éranos preciso con frecuencia tendernos á los costados y resistir con las espaldas la violencia del oleaje.

«Aun no estaba acabada de arreglar la vela cuando ya era de noche: al dia siguiente amainó la marejada, y empezando á sentir sed comímos una cebolla cada uno. Por la noche el viento arreció y nos acometieron varias turbonadas que sumergieran sin duda la frágil embarcacion á no vigilar constantemente y virar sin descanso del Este al Oeste para conservar la popa al viento.

«El tercer dia empezámos á padecer no sólo por el hambre y sed, sino por el sol abrasador, que de tal modo nos tostaba que de piés á cabeza estábamos llenos de ampollas como si hubiéramos caido en una hoguera. Entónces cogí el perro y le hundí el cuchillo en la garganta, recogiendo la sangre en el sombrero, y repartiéndola entre todos, lo cual nos reanimó algun tanto. Al recordar la muerte del fiel animal no puedo ménos de conmoverme; pero debo confesar que en aquel momento no me compadecí de él. El cuarto dia endureció el viento, engrosó la mar, y un rayo de esperanza que lució á cosa de las doce desvanecióse por desgracia.

«Divisámos una balandra mandada por mi amigo el capitan Southay, procedente de la Barbada y con rumbo á Dennerary. La tripulacion recorria la cubierta, pero nadie nos vió ni oyó nuestras voces, á causa de que la lancha impelida por el viento corria hacia el Oeste y la balandra navegaba al Norte. Aquel desgraciado acontecimiento desanimó de tal suerte á mis compañeros, que ni aun trataban de salvarse, y á pesar de ruegos y amonestaciones se negaron á achicar el agua que invadia la lancha. En tan apurada situacion William y yo apelámos á las amenazas, y de esta suerte conseguímos que ayudaran.

«Acosado por el hambre y la sed comí un pedazo de carne del perro y una cebolla, aunque con gran trabajo, pero aquello me reanimó. William y otro marinero me imitaron, mas el restante, llamado Commings, no pudo tragar bocado.

«El quinto dia amaneció más sereno y el mar más tranquilo, sorprendiéndonos agradablemente el hallazgo de un pez volador que cayera sin duda en la lancha durante la noche; apresurámonos á dividirle en cuatro trozos que masticá-



El anciano desató de su cabeza un pañuelo y con él envolvió la mia.

mos para humedecer las fauces. A poco rato distinguímos un enorme tiburon que nos siguió como á presa segura, y á medio dia observando William que el hambre y la sed nos devoraban ofreció con la mayor abnegacion su sangre y un trozo de su muslo para aliviarlas. Repitiéronse las turbonadas por la noche, é intentando recoger el agua del cielo, retorcímos los pantalones: pero la hallámos tan salada como la del mar, á causa de la sal que la ropa contenia; de suerte que no tuvímos otro recurso que esperar con la boca abierta algunas gotas que nos refrescaran la garganta.

«Al siguiente dia se empeñaron, á pesar de mis amonestaciones, los dos marineros en beber agua del mar, la cual les evacuó de tal modo que cayeron en un atroz delirio, inutilizándose para el servicio. William y yo llevábamos un clavo en la boca y nos bañábamos la cabeza con frecuencia, lo cual nos producia cierto bienestar y refrescaba nuestra imaginacion. Varias veces intentámos comer un poco de perro ó una cebolla, pero costábanos trabajo y repugnancia.

«El tiempo serenó y la mar calmó por completo al séptimo dia, y al octavo murieron los dos marineros, acreciendo nuestra debilidad en tanto grado que ni podíamos tenernos en pié, ni achicar el agua que por momentos aumentaba; mas al anochecer columbrámos la tierra alta de la isla de Tabago, y la esperanza nos reanimó. Mantuvímos toda la noche la proa á tierra, y por la mañana sólo distábamos unas seis leguas de la isla. Pasámos todo el dia combatidos por las corrientes; mas calmado el viento por la noche, arribámos á las dos de la madrugada entre Tabago y la bahía de Man-Ofwar, abandonando la lancha rota, los marineros muertos y el resto del perro corrompido.

«Trepámos arrastrando á las rocas y recogiendo algunos mariscos los masticámos para refrescar la boca. A las nueve divisámos un caribe que dirigiéndose á la lancha y examinándola, llamaba á otros y gesticulaba conmovido. Entónces nos descubrieron y corrieron á nuestro auxilio llorando al comprender las señas con que les indicábamos el naufragio, y significando que iban por la canoa para conducirnos á su cabaña. El más anciano se quitó el pañuelo de la cabeza y abrigó con él la mia: su hijo cubrió á William con su sombrero de paja, y el tercero, que era su yerno, desapareció corriendo y volvió á corto rato con una calabaza de agua fresca, varios panes de cazabe y pescado asado que no pudimos comer: en seguida sacaron los muertos y encallaron la lancha, alejándose para traer la canoa, volviendo á medio dia con otros tres que conducian una olla con excelente sopa, de la cual comímos, aunque yo con peor fortuna que William pues no me la resistió el estómago.

«Llegámos á las dos á la bahía de Man-Ofwar, llamada por los franceses Juan el Moro, donde habitaban los caribes, quienes me acomodaron en la única hamaca que poseian, y miéntras la mujer preparaba una pocion de yerbas y un suculento caldo de tortuga y paloma, lavaron mis heridas, llenas de gusanos, con un cocimiento de tabaco y otras plantas medicinales. Todas las mañanas me ayudaba á levantar el buen anciano conduciéndome en sus brazos debajo de un limonero, donde formando un toldo con hojas de bananero me ungia con cierta grasa para curar las ampollas producidas por el sol, lavaba las heridas y les aplicaba aceite de caracoles y hojas de bananero, logrando al cabo de tres semanas que pudiera andar con muletas. Nos regalaron camisas y pantalones y éramos visita-

dos por todos sus conocidos que traian huevos ó gallinas, y á los cuales entregaba tablitas en que grababa mi nombre con el cuchillo para que las mostrasen á los buques que arribaran á sus playas.

«Desesperábamos ya de salir de allí, cuando una balandra cargada de mulas que procedente de Orinoco se dirigia á San Pedro de la Martinica, recaló en la punta Oeste de la isla: al momento les entregaron los salvajes las tablitas contándoles nuestra situacion, y referida por la tripulacion á su llegada, enteráronse los señores Rosco y Nyles, quienes se apresuraron á enviar una goleta á las órdenes del capitan Young para que nos trasportara, embarcándonos con crecida provision de bananas, higos, *ñame*, aves, pescados, naranjas y limones, como tambien llevé un arco y flechas que me regalaron, cuyo uso me enseñaran, especialmente para cazar cangrejos de tierra de que abundan las islas desiertas de la zona tórrida, y que sólo pueden matarse á flechazos por la celeridad con que se ocultan.

«Nada poseia para retribuir su generosa hospitalidad más que la lancha, de la cual se servian despues de carenarla para pescar tortugas; así se la cedí y el capitan Young añadió ocho botellas de ron, camisas y pantalones, cuchillos, anzuelos, lona, agujas, hilo y cordaje.

«Separámonos á los dos dias, acompañados de más de treinta insulares que colocados en las diferentes eminencias de la costa vertian tierno llanto y no se alejaron hasta perdernos de vista. A los tres dias llegámos á la Barbada, donde fuímos objeto tanto de la beneficencia de los habitantes como de la cariñosa solicitud de los armadores.»

NAUFRAGIO DEL VAPOR CENTRAL-AMÈRICA.

Apénas se hallará entre las historias marítimas modernas una más abundante de catástrofes que la de los Estados Unidos, y preciso es confesar que la mayor parte de ellas es debida al carácter de sus habitantes. Envidiosos de las naciones europeas cuya influencia intentan en vano destruir, ansiando vencerlas en todos terrenos, ya que no pueden subyugar pretenden admirar; á falta de imponer sus leyes por la prudencia, tórnanse extravagantes para llamar la atencion: lucha sin gloria, efímera, en la cual careciendo de enemigos materiales pelèan con el espacio y los elementos, orgullosos de poseer un terreno al que se rehusa seguirles. Para alentar tamañas extravagancias penetraron en el vasto campo de las ideas y descubrimientos modernos considerando como meros juguetes el vapor, la libertad, la electricidad, esas fuerzas cuyo máximo aun es desconocido

y á las cuales sola la prudencia puede señalar límites. Pero ellos se mofaron de la prudencia motejándola de pusilanimidad intentando reemplazar la ciencia con la improvisacion, la experiencia con la audacia, y envalentonados con los aplausos de las demas naciones, que fascinadas por sus osados experimentos encumbraban á los intrépidos juglares, no se detuvieron en la via emprendida, precipitaron su vertiginosa carrera, y cuando al estrellarse sin conseguir el objeto anhelado perecian unos clamando ¡victoria! no tardaban otros en imitarles confiando en que obtendrian más seguro éxito. Las locomotoras europeas corrian quince leguas por hora; en América corrieron treinta, cuarenta, cincuenta: reventó la máquina causando la muerte de millares de viajeros, mas no importa: el problema no estaba resuelto, y era preciso buscar la solucion aun á costa de innumerables catástrofes. No solamente anhelaron llegar hasta donde era imposible, sino que alardearon de menospreciar las más vulgares precauciones, y desdeñando la ciencia, ensalzando la osadía, confiaron su existencia no al más sabio, sino al más temerario, quien, arriesgando con sus dias los ajenos, escalaba merced á tan inconcebible audacia la direccion de los trenes, la de los buques y aun las primeras dignidades del estado. De aquí los interminables siniestros, las luchas devastadoras, las horribles catástrofes que hielan de espanto al lector que registra la historia marítima de ese pueblo, entre cuyos nefastos anales ocupa uno de los primeros puestos el naufragio del *Central-América* ocurrido el 12 de setiembre de 1857, de cuyos pormenores vamos á ocuparnos.

Catorce años hacia que se botara en Nueva York con el nombre de *Jorge Law* el magnífico vapor, cuyo aspecto inspiraba confianza, porque ademas de que su enorme casco parecia desafiar la furia de las olas, ninguno caminaba con más rapidez. Posteriormente al recorrerle mudaron su nombre por el de *Central-América*, y cuando zarpó para el viaje en que debia desaparecer, los seiscientos pasajeros que iban á su bordo, contemplando la tranquilidad del mar y la pureza de la admósfera, saludaban á Aspinwal esperando llegar á Nueva York ántes de que comenzaran las tempestades tan comunes y terribles en setiembre en el golfo de Méjico, tocando y saliendo de la Habana en la madrugada del 8 de setiembre con tiempo bonancible, mar en calma, brisa S. O. y cielo despejado.

Saltó á las dos el viento del O. y el barómetro bajó considerablemente, por lo cual se ordenó forzar la máquina, pues lo que más urgia era salir del golfo; pero el barómetro continuaba bajando, el viento refrescaba, amaneció el 9 con espesa cerrazon, cargó el viento y á media noche estalló la borrasca. En vano se elevó el vapor á su mayor potencia; el irritado mar no permitia á la nave moverse amenazando destrozarla, y despues de una lucha pertinaz para dominar al destructor elemento, tuvieron que limitarse á no ser vencidos por él, pasando el dia 10 en la mayor consternacion, pues las hinchadas olas invadian la cubierta arrastrando al reventar cuanto á su paso hallaban.

Declaróse en la mañana del 11 una gran via de agua en el casco un metro más abajo de la línea de flotacion, y el mar empezó á penetrar en el buque, por lo cual resolvieron el capitan y el segundo advertir á los pasajeros, pues la tripulacion no era bastante para conjurar el riesgo, y era forzoso que todos ayudaran. Comenzaba el agua á invadir la máquina y apagó el horno; organizóse el servicio de las bombas, y merced al buen deseo general y al infatigable trabajo,

pudo en breve funcionar la máquina, reanimando á los viajeros que no dudaban que con asiduidad en el servicio saldrian del apuro; pero engañáronse, pues no tardó el agua en penetrar en mayor cantidad apagando de nuevo el fuego, y privado el *Central-América* de su fuerza motriz por una parte y por la otra de casi toda la arboladura que el viento tronchara como si fueran delgadas cañas, quedóse como una boya á merced de las enfurecidas olas que al fin debian tragarle.

Preciso es confesar que si la temeridad empeña á los americanos inconsideradamente en graves riesgos tambien les presta esa especie de serenidad para arrostrarlos que entusiasma. Animado de ese admirable valor portóse el capitan Herndon como un héroe, y procurando inspirar á los pasajeros una confianza de que no participaba, logró ocultarles la inminencia del peligro.

Al medio dia del 12 echóse un poco el viento y aprovechó esa circunstancia el capitan para izar una vela, amorronar la bandera y disparar un cañonazo de socorro, porque en el estado en que el buque se hallaba no le quedaba otro recurso que irse á pique aun con una mar en calma á no auxiliarle otra embarcacion. No tardó en aparecer un brick de Boston, quien poniendo la proa al *Central-América* aproximóse á una milla, informóse de la situacion del vapor y ofreció recoger parte de los viajeros por ser demasiado pequeño para contener á todos. Aquel ofrecimiento produjo opuestas sensaciones, y dirigíanse mútuas ojeadas de odio, de terror y de esperanza, porque convencidos de que unos se salvarian y otros no, esperaban ser sorteados cual si fuera la sentencia de su muerte. Dispone el capitan que se embarquen tres botes, que salten á ellos las mujeres y los niños primero, despues los pasajeros y tripulacion permaneciendo á bordo los oficiales, y que él saldrá el último. A pesar de sus órdenes empéñase una horrible lucha, y aun algun pasajero asegura que se repartieron varias puñaladas; esto motivó la colocacion de tres oficiales al lado de la escala, con pistola en mano y órden expresa de disparar sin distincion de edad, clase ni sexo al que intentara bajar ántes de su turno. No faltó quien saltara por encima de la borda y uno en particular descendió sobre una de las canoas próxima á alejarse: á pesar de las amenazas y heridas permanece en ella, y aunque demasiado llena, no se atreven á rechazarle al considerar su lamentable estado.

Lárganse las lanchas y comienza á bordo el trabajo con más ardor; síguenlas con la vista y algunos de los que en el vapor cuentan su muerte segura, dan gracias al Eterno por su inesperado socorro, porque en aquellos botes va su esposa ó su hijo cuya agonía doblaria su desesperacion. Un clamor de júbilo anuncia que el brick ha recogido á los desgraciados náufragos, y á su sonido redoblan los esfuerzos porque entreven la posibilidad de salvarse tanto por la disminucion de peso como porque tal vez aparezca otra embarcacion ó el brik pueda recibir mayor número. Los vigías continuan observando y las preguntas se multiplican. ¿Qué hacen los del brick? ¿Dónde están? ¿Se embarcaron? ¿Mandan las canoas? Pero los vigías callan, y el brick se aleja abandonando las lanchas y dejando á todos petrificados. ¡Al trabajo! exclama el capitan; mas observando que el desaliento penetra en los corazones, añade: No temais: el brick estaba léjos y va á tomar una bordada para acostar. La voz de un vigía le interrumpe, gritando: ¡Una vela! En efecto, al traves de la niebla distinguen una vela, repiten las señas, vocean, pero el buque desaparece. Llegó el momento; piensa el capitan, y con-

tinua en alta voz: No debemos esperar socorro: la cerrazon es grande y la marejada gruesa: dentro de una hora se irá á pique el buque: voy á distribuir cinturones salvavidas. Terminaba esas palabras cuando una ola arranca el timon y la nave comienza á girar. Ya no es una hora, exclama el capitan, sino diez minutos. Preparáos, y ¡á la mano de Dios! Cíñense los pasajeros sus cinturones arrojando el dinero y cuanto puede aumentar su peso, el capitan manda aserrar tablas, llevar sacos de corcho y aprestar palos que sirvan de sosten, y cada cual espera el fatal momento en que le sea preciso confiar su vida á aquel fragil apoyo en medio del alborotado Océano.

Un nuevo golpe de mar arranca la proa á dos metros del trinquete y precipítanse todos á la popa, pero el barco se agita como si sintiera la última convulsion, y desaparece en las entrañas del abismo. Así refiere uno de los náufragos tan horrible momento.

«Cuatrocientas ó cuatrocientas cincuenta personas quedámos á merced de las ondas, todos provistos de cinturones salvavidas y con la mar más tranquila. Abandonámonos á la marejada nadando unidos y animándonos mútuamente; mas á las dos ó tres horas algunos empezaron á desfallecer y las voces de ¡ánimo! eran ménos frecuentes. Continuámos así desde las siete de la tarde, hora del naufragio, pero á la una de la madrugada sobrecogióme el profundo silencio que en torno mio reinaba. La mayor parte de mis compañeros habia perecido, y solo yo continuaba nadando á doscientas millas de la costa. Parecióme oir voces lejanas y una hora despues distinguí un buque; nadé hácia él desesperadamente, imploré auxilio y fuí recogido á bordo. Era un barco noruego procedente de Belisa, en Honduras, y con direccion á Falmouth, Inglaterra. Al entrar hallé otros tres compañeros, y á las nueve y media de la mañana se contaban cuarenta y nueve, que en mi concepto fueron los únicos que se salvaron.»

Equivocábase el viajero, pues otros tambien escaparon de las garras de la muerte; pero el número de víctimas fue de cuatrocientas cuarenta y dos, entre las cuales se cuenta el capitan. El 5 de octubre conducia en cuarentena á Nueva Yorck la barca bremesa *Laura* tres náufragos que la entregara el brick inglés *Mary*, y la narracion que de sus desgracias hicieron como las reticencias de que abunda revelan un horrible misterio. El principal actor de tan espantoso drama era Tice, segundo maquinista, quien al sumergirse el buque agarróse á una tabla, sobre la cual pasó setenta y dos horas de agonía, contadas por los gemidos de los que desaparecian bajo las olas: quédase solo y contempla acercarse su postrer momento; ya se siente envuelto por los golpes de mar y su cuerpo va quedándose inerte. La inercia es la muerte anticipada. Por un esfuerzo sobrehumano estréchase contra la tabla que arrastrada por el oleaje debe desaparecer en breve de la superficie de las aguas, cuando aparece una barca vacía en la cual salta juzgándose salvado. Dos dias trascurren de esta suerte, y cinco que no probaba bocado: sin fuerzas para gobernar abandona la frágil embarcacion á merced del mar, convencido de que no le queda otra perspectiva que la muerte, cuando el 17 encuentra al fogonero Alejandro Grant y á un pasajero de color, llamado Dawson, que llevaban cinco dias sobre una tabla. Recógelos, ya son tres para luchar y animarse, y si bien los padecimientos y el peligro en nada disminuyen, esperan que la Providencia no les habrá reunido en vano. Al cabo de

otras setenta y dos horas fueron recogidos por el *Mary* casi exánimes.

Verificóse aquella catástrofe á corta distancia del cabo Hatteras, en la costa de la Carolina del Norte, á unas 150 millas O. de Nueva Providencia, llevando á bordo valores importantes 2.275,000 pesos. Entre los diferentes dramas que entraña tan deplorable acontecimiento referirémos uno cuyos actores designarémos con los nombres de Pablo y María, por ser los propios harto conocidos. Pablo contaba treinta años; en su fisonomía nada notable se advertia; frente pequeña, cejas delgadas, ojos azules, barba escasa y labios descoloridos. Coloreaba sus pómulos una chapeta, indicio de la violenta calentura que le devoraba; al hablar con él adivinábase con dolor que era uno de esos seres marcados por la desgracia desde la cuna, comprendíase que la enfermedad marchitaba aquel rostro, minaba aquel organismo y cubria con un opaco velo aquella mirada inteligente. La edad de María frisará con los veintidos años, ofreciendo notable contraste con Pablo: cuanto mayores eran el abatimiento y resignacion de este, más exaltacion é impaciencia manifestaba aquella, lo cual prestaba á sus hermosos ojos negros un brillo y una viveza extraordinarios: las ventanillas de la nariz dilatadas y la boca fruncida y levantada en los extremos la comunicaban tal grado de belleza y altivez, que los pasajeros la juzgaban infeliz unida á un hombre incapaz de comprenderla. Ignorábase quiénes eran, y apénas se conocian sus nombres, pues huian de toda sociedad: sólo debemos á un amigo que les acompañaba estos detalles.

María nació en Lima de linaje esclarecido, y fue recibida por sus padres, que al cabo de diez años de matrimonio desesperaban de tener sucesion, como un presente del cielo. A los cinco años cayó enferma su madre, y durante aquella enfermedad que lentamente la minó otros cinco años, agrióse de tal suerte su excelente carácter, que la pobre niña era reprendida y aun golpeada por ella por las causas más leves. Varias escenas presenció el padre apesadumbrado y llorando, pero sin atreverse á contrariar á su esposa por temor de acelerar su muerte con discusiones, en cuya consecuencia colocó á María en un colegio, de donde salió para asistir á las exequias de su madre. Quedóse al cuidado paternal, mas una de las revoluciones tan frecuentes en la América del Sur obligóles á huir de Lima refugiándose en una posesion campestre, donde la niña quedó huérfana, bajo la tutela de un tio y con una herencia insignificante por los cuantiosos gastos que su posicion impusiera al finado, por cuya razon fue considerada por su tutor como una carga, y á pesar de la opulencia que en la casa reinaba, á pesar de las observaciones de antiguos amigos del difunto que manifestaron que las rentas de lo que María poseia, aunque exiguas, bastaban para cubrir sus gastos, el despiadado pariente la redujo á la condicion de criada, la recordaba sin cesar su posicion y la argüia porque no ganaba lo que costaba, añadiendo que deseaba verse cuanto ántes libre de su presencia.

Así pasaron seis años al cabo de los cuales desarrollóse de tal modo la belleza de María que pasmaba á cuantos la contemplaban, y repentinamente cambió su posicion. Rodeóla el lujo, atendiéronse sus menores deseos, y convirtióse en soberana absoluta la humilde criada. Era que en el corazon de su tio habia nacido una pasion cuya violencia no se siente mas que en las regiones tropicales. Acostumbrada y recordando la niña los malos tratamientos del que ahora la imploraba amor, repugnábala y aborrecia á su verdugo, y cuando el anciano

postrado á sus piés repetia su declaracion procurando fascinarla con la perspectiva de ser dueña de sus cuantiosos bienes, acontecíala soltar una carcajada al contemplar la ridícula gesticulacion de su tio, quien entónces se levantaba como impulsado por un resorte y alejábase furioso, vomitando improperios y jurando vengarse de la que le desdeñaba.

La presencia y las respuestas brutales del tio alejaban de la sobrina á todos los mancebos, por más que la presentara en cuantas sociedades le abria su opulenta posicion: mas un dia llegó á Lima Pablo, presentóse en las brillantes reuniones, en su rostro pintábanse las huellas de un profundo padecimiento moral, compredieron sus dolores entrambos jóvenes, se amaron y Pablo se presentó al tutor. Caballero, le dijo, no solicito ahora la mano de vuestra sobrina porque no poseo riquezas suficientes para ello; pero dentro de un año espero adquirirlas, y contando con el cariño de la señorita María, sólo deseo que me digais si merece vuestra aprobacion. Y ¿quién sois? preguntó el interpelado. Llego de Francia con mis padres, donde despues de pasar por las más terribles pruebas para conquistar en Paris la reputacion que esperaba deber á mis trabajos literarios, sólo hallé miseria y decepciones. Un amigo de mi padre me ofreció colocacion en una casa de comercio que iba á establecer en Lima, pero mi padre se negó á que dependiera de nadie, y realizando cuanto poseia vino conmigo, nos establecímos por nuestra cuenta, y hasta el dia la fortuna ha coronado todas nuestras especulaciones. Pues entended desde ahora para siempre, replicó el anciano, que María no será vuestra esposa, y que os prohibo presentaros á ella. Comprendió Pablo la causa de la negativa, y de acuerdo con María intentó sustraerla al pesado yugo que la agobiaba; pero enterado el tio acusó á Pablo de complicidad en una conspiracion y le intimaron la órden de salir de Lima inmediatamente. Pasaron á establecerse en Chile donde le siguió María, y un sacerdote bendijo su union en Valparaíso. Tres meses vivieron felices, mas al cuarto los negocios comenzaron á decaer y en breve llegó la quiebra, á la cual no pudo sobrevivir el padre de Pablo. Aun luchó este cuatro años para atender á su esposa y á su madre; pero sólo consiguió á duras penas pagar á los acreedores, su madre murió, y una grave enfermedad le colocó al borde de la tumba. Cuando cesó el peligro los médicos declararon que la enfermedad que le devoraba sólo podria curarse volviendo á respirar los aires natales. Con el escaso dinero que les quedaba pagaron su pasaje en el *Central-America*; Pablo pereció entre las olas y María fue conducida á Nueva York: durante el trayecto parecia privada de sentido; prodigáronla allí innumerables socorros, mas todo inútil. Cuando volvió en sí fue para pasar á un hospital de dementes.

NAUFRAGIO DEL CAPITAN VIAUD,

en el golfo de la Candelaria.

Tan extraordinarias son las circunstancias y aventuras ocurridas al capitan Viaud en su naufragio, que se dudaria de su veracidad á no apoyarla el respetable testimonio de Sevettenham, comandante del fuerte de San Márcos de Apalaches, cuando arribó á él nuestro infortunado náufrago; mas la aseveracion del leal militar nos impulsa á darle cabida entre las deplorables historias que en el presente libro figuran.

Embarcóse como pasajero el capitan Viaud el 2 de enero de 1766 en el bergantin *Tigre* que partia de Santo Domingo para la Luisiana, acompañado del señor Lacouture, su esposa é hijo, el segundo de su buque, nueve marineros, un dominicano, llamado Desclau, y un criado negro.

«El capitan del bergantin, dice Viaud, era tan jactancioso como ignorante, y la prueba es que hallándonos á la altura de la isla de Pinos, cuatro leguas al Oeste de Cuba, sostenia que era el cabo de San Antonio, y aun cuando tomé la altura é intenté probarle que se equivocaba, permaneció en su obstinacion y continuó la ruta hasta meterse en los rompientes. Entónces conoció su error y me suplicó que tomara el mando interinamente, en cuya virtud ordené virar en redondo, única maniobra que podia salvarnos del peligo inmediato, pues aun restaban otros mayores en atencion á que el buque hacia agua por varias partes. La tripulacion inquieta deseaba que yo continuase mandando, pero lo rehusé porque no conocia prácticamente aquellas costas, ni era decoroso relegar al verdadero jefe del buque, limitándome á observar la maniobra.

«Doblámos el cabo de San Antonio y los vientos encontrados engrosaron de tal modo la marejada que se abrió otra via de agua tan considerable que apénas bastaban las dos bombas para achicarla. En esta situacion nos alcanzó el 10 de febrero una fragata española procedente de la Habana que conducia al gobernador y todo su estado mayor al Misisipí, quienes solicitaron acompañarnos y aceptámos su proposicion con júbilo, pero la perdímos durante la noche porque no podíamos navegar tanto como ella. Por la mañana descubrímos otra via de agua; recurrióse á ligerar el buque, tratóse de agotar el agua con bombas y baldes, pero convencidos de que todo era inútil, resolvímos arribar á Mobila por ser el puerto más inmediato y para cuyo rumbo nos favorecia el viento, pues distábamos cinco leguas de las islas de la Candelaria; mas cambiando el viento á las dos horas, pusímos la proa á Panzacola, cuyo rumbo tampoco pu-

dímos seguir por otra mudanza de viento, quedando en medio del agitado Océano esperando el momento de perecer en sus abismos.

«No recuerdo entre mis numerosos viajes uno en que tanto se hayan ensañado la desgracia y los elementos contra los marinos. Cuantas maniobras se intentaban frustrábanse; navegámos hácia las islas Apalaches y fuímos rechazados, y en tan angustiosa situacion permanecímos desde el 12 al 16 de febrero, en cuya tarde chocó el buque contra un arrecife á dos leguas de tierra, rompiéndose la mayor parte de la popa, y á la media hora la marejada nos sacó á flote sin timon é invadiendo el agua la cubierta.

«Los lamentos, despedidas y plegarias aumentaban la confusion é imposibilitaban la maniobra, por lo cual, aunque interiormente tan afligido como los demas, les exhorté á atender á la salvacion del bergantin, y mi serenidad pareció tranquilizarlos. El viento nos impelia hácia la tierra y gobernando con las escotas de trinquete arribámos felizmente á las nueve á tiro de fusil de la isla de los Perros; pero en aquel momento hínchase el mar, arrecia el viento, estalla la tempestad y cae el bergantin sobre el costado de babor, despidiendo á varios marineros que afortunadamente pudieron salvarse y obligándonos á pasar la noche en tal estado.

«¡Que noche tan larga y horrible! La luna que hasta entónces alumbrara desapareció bajo espesos nubarrones; el mar mugia, bramaba el viento, resonaba el trueno, surcaban la negra oscuridad azulados relámpagos, y nosotros inmóviles en el costado del buque, agarrados de lo que podíamos asir, calados por la lluvia, transidos de frio, magullados por la violencia de las olas que se estrellaban contra nuestros cuerpos, orábamos en silencio considerando cada instante que pasaba como el último de nuestra existencia.

«Con la aurora observámos los peligros pasados y los que aun restaban. Veíamos la tierra á corta distancia y la violencia de las olas impedia encaminarse á ella, aterraba á los más intrépidos nadadores y aumentaba la desesperacion. Así trascurrieron algunas horas, hasta que un marinero, más osado que los otros, exclamó con la vehemencia de la desesperacion: ¿Qué aguardamos? La muerte nos rodea; arrojémonos á buscarla. La tierra está á la vista; yo voy á alcanzarla, y si no lo consigo, todo será anticipar mi fin pocas horas. Y precipitándose al mar fue arrebatado por las olas y estrellado contra las rocas en medio de la compasion general.

«Eran las cinco de la tarde y pensábamos con terror en la noche que nos esperaba; inútilmente se intentaria construir una balsa, y la lancha que poseíamos estaba inservible. Tres marineros se apoderaron de ella, y á costa de grandes riesgos lograron saltar en tierra desapareciendo en breve. Otra noche más pasámos de igual suerte, sin provisiones y oyendo crujir la tablazon á cada golpe de mar; al amanecer del 18 rogámos al cielo nos proporcionase medios de salvacion, y el viento y mar calmaron. Un marinero, excelente nadador, se ofreció á ir á tierra, calafatear la lancha y probar si en ella podríamos salvarnos, y entregándole cuerdas, pañuelos, clavos y otros objetos, se arrojó al agua llegando á la playa despues de estar varias veces á pique de perecer: reuniéronsele los otros tres y comenzaron el trabajo, que duró desde las siete hasta las tres de la tarde, viniendo en seguida á buscarnos, lo cual produjo nueva confu-

sion, pues que ninguno queria quedarse en el bergantin en atencion á que el mal estado de la lancha quizá no la permitiria verificar otro viaje. Entónces propuse que la suerte decidiera, y así se efectuó, embarcándose cuatro de los once que estábamos á bordo y regresando la lancha en busca de otros tantos; mas observando que quedaríamos tres, apoderámonos de algunas tablas Desclau, mi negro y yo, y remolcados por la lancha llegámos á tierra con toda felicidad.

«Despues de dar gracias al Eterno buscámos algun alimento; sólo hallámos ostras que reanimaron algun tanto nuestros estómagos vacíos desde el 16, y dormímos tranquilamente; mas al otro dia murió el capitan que estaba enfermo, y aquella desgracia nos consternó. Envolvímosle en su ropa sepultándole en la playa y recogímos los baules y mercancías que el mar arrojaba, como tambien varias barricas de aguardiente de caña; luego procurámos encender fuego, pero nos fue imposible; en cuya virtud, observando el mar tranquilo, propuse á varios marineros que me acompañaran al bergantin. Mis observaciones fueron inútiles; nadie se atrevió y decidido á proporcionar lo más preciso, pues la isla estaba desierta, fuí al bergantin y volví con un barril de pólvora, seis fusiles, pañuelos, mantas, dos hachas y cuarenta libras de bizcocho que fueron recibidas con extraordinario júbilo, encendiendo fuego en seguida para secar las mantas, equipajes recojidos y bizcocho, limpiando los fusiles y tomando un escaso refrigerio, despues de lo cual los mejores cazadores se internaron en la isla volviendo á corto rato con algunas piezas que asámos y comímos alegremente, pasando la noche con mayor comodidad.

«Trascurrieron el 20 y 21 en arbitrar medios para salvarnos y en velar por nuestra seguridad. Nos hallábamos en un paraje desierto y no se divisaba camino alguno para atravesar los espesos bosques que nos rodeaban, en los cuales temíamos, no solo perdernos, sino á las fieras, ó á los salvajes que pudiéramos hallar, pues no ignorábamos que los moradores de lás islas Apalaches cazan en las inmediaciones todo el invierno para trocar luego las reses por armas, pólvora y aguardiente con los europeos y el recelo de que descubrieran las barricas de aguardiente de caña y nos asesinaran para obtenerlas inspirónos la resolucion de desfondarlas, reservando sólo tres que ocultámos en el bosque, estableciendo despues centinelas que vigilasen miéntras descansábamos.

«El 22 de madrugada nos despertaron las voces de los dos centinelas exclamando: ¡Los salvajes! Estámos perdidos. Levántanse todos azorados y emprenden la fuga; mas observando que los salvajes se reducian á dos hombres y tres mujeres, conseguí restablecer el órden y los recibímos cordialmente, á lo que correspondieron aceptando varios regalos y una taza de aguardiente, despues de lo cual, noticiosos de que un marinero hablaba el español, informóle uno de ellos de que se llamaba Antonio y habitaba en San Márcos de Apalaches, aunque pasaba el invierno en una isla que distaba tres leguas; que estando de caza descubrió varios objetos del naufragio, lo cual le decidió á pasar á la isla de los Perros acompañado de su madre, esposa, hermana y un sobrino; preguntándole si nos conduciria á San Márcos, se aparta á hablar con su familia, y durante la conferencia notámos que no cesaban de mirar las armas y equipajes, lo cual excitó nuestras sospechas; pero se disiparon al decirnos con franca naturalidad que volveria en breve, que nada temiéramos, pues San Márcos sólo distaba seis leguas.



Encontramos nuestras balijas, varios toneles de aguardiente.

Mentía; distaba más de veintiseis, y á no ignorarlo, esta circunstancia nos hiciera desconfiar.

«Alejóse acompañado de tres marineros prometiendo volver al dia siguiente con su piragua, como lo verificó regalándonos una avutarda y medio venado, y descansando con nosotros aquella noche, embarcámos parte de los equipajes el 24 y le acompañámos seis, siendo yo uno de ellos porque así lo exigieron mis compañeros que confiaban en que no los abandonaria. Desembarcámos en la otra isla donde hallé á los tres marineros, y rogué á Antonio que volviera por los demas, á lo cual se excusó so pretexto de dejarnos en tierra firme; pero yo me negué hasta que todos estuviéramos reunidos, y por fin lo conseguí el 28 con sumo contento, pues la desgracia hizo desaparecer la diferencia de clases convirtiéndonos en una familia.

«Excitéle á que nos condujera á tierra firme como ofreciera, pero con sorpresa notámos que siempre hallaba excusas para diferirlo, y abandonándonos su cabaña, apénas parecia en ella, cuya conducta infundió sospechas y no faltó quien propuso matarlos y apoderarnos de la piragua encaminándonos á Apalaches; pero yo les disuadí tanto porque nos eran desconocidas aquellas comarcas, cuanto por el recelo de atraernos la venganza de los salvajes.

«Cinco dias permanecímos en aquella isla manteniéndonos de caza y pesca y economizando el bizcocho hasta el extremo de no tomar mas que una onza diaria por cabeza; al cabo encontrámos á Antonio y á copia de ruegos pudímos obtener que cumpliera su promesa. El 5 de marzo, despues de embarcar la mayor parte del equipaje, entrámos en la piragua Lacouture, su esposa é hijo, Desclau, el negro, yo, Antonio y su mujer, quedando los otros tres con los marineros, de quienes nos despedímos vertiendo amargo llanto y con el corazon oprimido como si presintiéramos que nos separábamos para siempre.

«Mucho habíamos sufrido, pero más nos quedaba que padecer. Antonio me aseguró que el viaje duraria dos dias lo más, y á todo evento embarqué provisiones para cuatro, consistentes en seis libras de bizcocho y algunos trozos de oso y ciervo curados; mas á las tres leguas nos desembarcó en otra isla, al dia siguiente en otra, y de esta suerte siguió seis dias, al cabo de los cuales las provisiones se agotaron, y extenuados de cansancio, hambre y sed ni aun teníamos fuerza para manejar los remos.

«Situacion tan cruel exacerbó mi carácter y en breve no consideré á Antonio sino como á un infame que intentaba asesinarnos lentamente, llegando con aquel pensamiento á perder el sueño y á concebir el proyecto de matar al salvaje; proyecto que comuniqué á Lacouture y Desclau, causándoles no poca sorpresa oirle de los labios del que anteriormente se opusiera á igual designio, y procurando alejarme de él, pero sin conseguirlo, pues en la noche siguiente, fatigado por el hambre y el cansancio quedéme dormido, y entre sueños representóseme el salvaje huyendo con todos nuestros efectos. Desperté sobresaltado y dirigíme con cautela á la playa; no descubro la piragua: inquieto al notar su desaparicion busco y llamo á Antonio; nadie responde: mis compañeros despiertan á las voces, corren por todas partes, ¡inútil afan! Mi pesadilla era la triste realidad. El salvaje habia huido abandonándonos en una isla desierta y llevándose las provisiones, armas y vestidos, quedándonos únicamente una mala navaja que yo poseia y las mantas en que estábamos envueltos.

«En cuanto amaneció recorrímos la isla sin encontrar el menor alimento ni una gota de agua potable; mas divisando otra de la que sólo nos separaba un canal como de medio cuarto de legua y en la cual pernoctáramos dos dias ántes, recordando que en ella se criaban abundantes mariscos, decidímos pasar á ella. La señora Lacouture y su hijo eran los mayores inconvenientes; pero resolvióse que atravesarian miéntras hallaran pié y si era preciso nadar les conduciríamos en hombros. Afortunadamente el fondo era liso, el agua en su mayor profundidad sólo nos llegó á la cintura, y llegámos á la isla sin otro inconveniente que el intenso frio producido por una permanencia de hora y media en el agua. Carecíamos de fuego, la noche refrescó y fuenos preciso para no helarnos estar en continuo movimiento, á cuyo fin pusímonos á mariscar, y despues de comer muchas ostras recogímos cuantas pudímos, llevándolas junto á una fuente de agua dulce. En tan angustiosa situacion pasámos diez dias, al cabo de los cuales recordámos que en otra isla inmediata habíamos visto una piragua abandonada, é imaginando que podríamos componerla y servirnos de ella para buscar la tierra firme, como tambien calculando que sólo distábamos de la isla cuatro leguas, decidímos ir á buscarla, en cuya virtud dejámos á la señora Lacouture, su hijo y mi negro y partímos, llegando al confin de nuestra isla despues de tres horas y media de camino. El canal que de la otra nos separaba medía un cuarto de legua de anchura, lo cual nos intimidó; mas halagados por la esperanza, nos encomendámos al Criador y penetrámos en el canal cuyo fondo era tan desigual, que á los pocos pasos perdímos pié, si bien le recobrámos en breve, llegando con felicidad al punto de nuestro destino, donde nos vímos precisados á tendernos, así para reposar de nuestra larga permanencia en el agua, como para que el sol secara nuestros vestidos y abrigos, comiendo despues algunos mariscos, refrescando la garganta en un pozo de agua dulce y encaminándonos hácia la playa donde hallámos la codiciada piragua.

«Despues de examinarla detenidamente convencíme de que estaba inservible; pero Desclau y Lacouture no fueron de mi opinion, por lo cual reuniendo varas y una planta que llaman barba española, trabajámos todo el dia en la embarcacion. La brisa que empezaba á levantarse anunciaba una noche bastante fria y nuestro pesar era que carecíamos de fuego, cuando recordé que el salvaje que nos abandonara cambió la piedra á su escopeta en aquella isla; echo á correr al sitio donde descansáramos, le reconozco por las cenizas de la hoguera, examínole con escrupulosidad, revuelvo las hojas que nos sirvieran de lecho, y ya me resuelvo á regresar al lado de mis compañeros con el desaliento en el corazon, cuando siento una cosa dura debajo de mi pié y bajándome á recogerla noto que es el deseado pedernal. Corro embriagado de júbilo y exclamo: ¡Gran noticia! Ya la hallé. Somos felices. Y amontonando hojas y leña secas, desgarro mi camisa, y merced á la navaja logré encender una gran hoguera á cuyo amor pasámos la noche.

«Inútil será explicar el esmero con que guardé el pedernal que consideraba como un tesoro: baste decir que no olvidé precauciones, y entre ellas citaré las de envolverlo en dos pañuelos, atármelos al cuello y tocarle á cada paso recelando que se perdiera. Gastámos otro dia en la carena de la piragua, en la cual empleámos una manta para rellenar los huecos, y á la mañana siguiente la botá-

mos al agua adquiriendo el triste convencimiento de que estaba tan inservible como ántes. No obstante, Lacouture se ofreció á llevarla á la isla donde se hallaba su esposa, miéntras que Desclau y yo nos dirigíamos á la otra en que quedaron los marineros, con la esperanza de encontrar en ella á Antonio y obligarle á conducirnos á Apalaches; pero despues de recorrer la isla no hallámos otro paso que un canal de una legua, impracticable para sugetos extenuados de cansancio, por lo cual volvímonos atras, y observámos que Lacouture llegaba á la otra isla con la piragua. Nos incorporámos á ellos al siguiente dia y encontrámos la piragua en malísimo estado.

«Encendí fuego y tuve la suerte de encontrar un venado recien muerto en la playa que conduje á los compañeros, y fue recibido como un don del cielo, apresurándonos á desollarle y destazarle, pues ya necesitábamos alimentos más sólidos que los que hasta entónces nos proporcionáramos, y asando un buen trozo que salámos con agua del mar, pasámos por primera vez en torno del fuego una noche tranquila.

«Al siguiente dia, que me parece era el 26 de marzo, el deseo de salir de tan angustiosa situacion nos impulsó á continuar trabajando en la piragua, rellenándola de nuevo y sacrificando otras dos mantas para atortorarla; mas no produjo mejor resultado: la piragua no podia permanecer en el mar un cuarto de hora sin anegarse. A pesar de tamaño inconveniente convinímos en salir al otro dia Desclau, Lacouture y yo, disponiendo que dos remarian miéntras el tercero achicaba sin descanso, utilizando para aquella faena los sombreros; la señora Lacouture se oponia á nuestra partida, y para convencerla necesité ofrecer que volveríamos en breve y dejarla el pedernal y la navaja, cesion que me costó gran pena por la falta que podrian hacernos. Embarcámonos, y el terror heló mi sangre al convencerme de que todo nuestro trabajo era inútil, pues el peso de nuestros cuerpos junto con el agua que entraba por todas las costuras la sumergiria en breve; así es que saltando en tierra y manifestando á mis amigos los riesgos que corríamos si nos aventurábamos en un mar desconocido con tan inútil embarcacion, exhortéles á permanecer en la isla confiados en la Providencia que no dejaria sin auxilio nuestra precaria situacion. ¡Vanas palabras! Insistieron en su proyecto, y ofreciéndome enviar socorro se alejaron desapareciendo al doblar un islote, y probablemente encontrando su sepulcro entre las olas, pues las noticias posteriores así lo confirmaron.

«Cuando llegué al lado de la señora Lacouture halléla sentada junto al fuego y llorando; mi presencia la tranquilizó algun tanto, y me preguntó si renunciábamos al insensato proyecto de embarcarnos en la piragua; mas yo la manifesté que su esposo y Desclau habian partido, aunque ocultándola el funesto fin que les aguardaba, prometiendo que enviarian socorros y recomendándome que la acompañara, por lo cual me dió las más expresivas gracias.

«Quedábamos ya cuatro de catorce que desembarcámos, y debia atender á su subsistencia, porque la señora Lacouture y su hijo eran harto delicados, y mi negro no me servia mas que para trabajos corporales. Los vientos del Sur y Sureste que reinaron seis dias conservando la marea alta nos privaron de mariscos y fuenos preciso comer *rumex sanguineus*, especie de acedera de color sanguinolento, que sólo servia para debilitar el estómago; la carencia de noticias de los

dos expedicionarios no nos permitió dudar de su muerte; la falta de alimentos me producia vértigos y pensé en construir una balsa, aprovechando las escasas fuerzas que aun me restaban. Comuniqué el proyecto á la señora Lacouture, quien con un valor superior á su sexo no sólo le adoptó, sino que se prestó á ayudarme. Encargué, pues, á su hijo sacar tiras de corteza de varios árboles, miéntras ella, el negro y yo reuníamos los troncos mayores que encontrábamos. Un dia tardámos en juntar doce, y habiendo bajado la marea, pudímos recoger para la cena buen número de mariscos que asámos y nos parecieron sabrosísimos. Al dia siguiente até con las cortezas los troncos, reforcélas con una manta hecha tiras, y fijando un palo en el centro até á él otra manta para que sirviera de vela; deshicímos mis calcetas para hacer cuerdas del hilo, y colocando en ella crecida provision de ostras y un tronco partido para que sirviera de timon, la amarré en la playa á fin de que flotara con la pleamar que se verificaba al amanecer. Pero durante la noche levantóse una tormenta; despertáronnos la lluvia, los truenos, los relámpagos, el mugido del mar, y cesando á la salida del sol, corrímos á visitar nuestra balsa. ¡Ay! La marejada habíala arrebatado y destrozado, y fuerza era renunciar á toda esperanza de salvacion. Para colmo de dolores otra desgracia vino á afligirnos. Hasta entónces, aunque débiles, gozábamos de buena salud; mas recorriendo mi negro la playa encontró la cabeza y piel de un delfin que, aunque nos pareció ya en estado de descomposicion, comímos con avidez, y á la hora sentímos tan atroz malestar, que sólo una exhorbitante cantidad de agua pudo calmar expeliéndole, pero produciéndonos al mismo tiempo una disentería que duró cinco dias y condujo al hijo de la señora Lacouture á las puertas de la muerte.

«Terminada la enfermedad volvímos á emprender la construccion de otra balsa que nos ocupó hasta el 15 de abril, pues sobre tener que buscar la madera bastante léjos, estábamos más débiles y el hijo de la señora Laconture no podia absolutamente trabajar, y sacrificando la última manta y el resto de las calcetas empleámos la noche en mariscar para que no nos faltaran provisiones. Amanece, llamo al jóven Lacouture y no me responde; le toco y permanece tieso, frio, sin movimiento, pero observo que aun late su corazon; acércase su madre y cae desmayada; miéntras que mi negro se ocupa en reanimar al mancebo, atiendo yo á la desconsolada viuda, hasta que logramos volver á la vida á entrambos. No debíamos pensar ya en partir; así, descargué la balsa de las provisiones y quitando la manta, las cuerdas y los palos, dediquéme á consolar á la señora Lacouture, aunque sin darla esperanza sobre el estado de su hijo, pues no se me ocultaba que el mozo se hallaba próximo á espirar: tal era su estado que ni podia tenerse en pié, ni aun variar de postura.

«Pasé toda la noche á su lado cuidando de que su madre no se acercara, y y sintiéndose peor al amanecer, díjome con voz débil: Agradezco, señor Viaud, vuestra solicitud, pero es inútil; no me hallo en estado de seguiros: mas como vuestra demora en esta isla podria perjudicaros, os suplico que no os detengais; embarcáos cuanto ántes, dejad á mi lado las provisiones que podais; si llegais á salvaros acordáos de mí para librarme ó para sepultarme; llevádos á mi madre y ocultadle mi situacion y esta plática. No acerté á responderle porque los sollozos me ahogaban, y no pude resolverme á abandonarle en todo el dia; mas por la



¡Socorro! señor Viaud... cogí un gran tizon...

noche me reconvino por la tardanza. Si vuestra demora, dijo, pudiera restituirme la vida, no me opondria; pero ¿qué adelantaréis? Viviré cuando más un par de dias, y en ese espacio puede levantarse otra tempestad y arrebatar la segunda balsa; entónces sentiréis la tardanza; yo moriré en presencia de mi madre que no pudiendo salir de esta isla será víctima del dolor, en vez de que si logra salvarse, el tiempo y la ausencia consolarán su pena. Preparadlo todo esta noche, por la mañana despertad á mi madre diciéndola que ya no existo, alejáos y consoladla. Su estado y serenidad me determinaron; ocupéme el resto de la noche en proveerle de mariscos, pescado seco y agua, despojéle de la manta dejándole en cambio mi capote, y observando que al amanecer perdia el habla, armé la balsa y corrí á despertar á su madre diciéndola: El cielo decretó que marchemos sin tardanza; á lo que sólo respondió: ¡Justo Dios! Perdí al hijo y al esposo; rompiendo en llanto que procuré calmar conduciéndola á la balsa y haciéndonos á la mar con direccion á la tierra firme.

«Doce horas navegámos abordando en una isla cuyo aspecto nos desconsoló porque estaba inundada: con todo, elegímos un terromontero en el cual crecian tres frondosos árboles que con sus copas formaban una especie de techo, y encendiendo fuego cenámos y nos entregámos al descanso de que necesitábamos. Poco hacia que dormíamos cuando nos despertaron rugidos y aullidos formidables que se acercaban, y nos levantámos aterrados, pues era indudable que las fieras nos habian venteado y corrian á devorarnos. Poseido de pavura mi negro trepa á un árbol; síguele la señora Lacouture implorando su auxilio, á pesar de amonestarla que no se alejara del fuego, porque las fieras no se acercarian á él; indeciso no me atrevo á separarme de la hoguera, cuando la oigo exclamar: ¡Socorro, señor Viaud! ¡Ahí vienen! Arrebato un tizon encendido y corro á ampararla cuando la veo perseguida por un enorme oso, cuyo aspecto me aterró, y que se quedó parado á mi aproximacion. Condúzcola junto á la hoguera noticiándola que las fieras huian del fuego, como podia observar en el oso que inmóvil á pocos pasos nos contemplaba con ojos centellantes. De repente clama el negro: ¡Muerto soy! Vuelvo la vista y descubro á favor de la llama al oso que comenzaba á subir al árbol. Recomiendo al negro que se encarame en la copa y arrojo dos ó tres astillas encendidas que intimidaron á la fiera obligándola á alejarse.

«Era imposible recobrar el sueño con los espantosos aullidos que por do quiera oíamos, y con el terror que en nuestros corazones producia la frecuente aparicion de osos, chacales, cuguares y ocelotes, á los que prestaba dimensiones enormes nuestro pavor figurándosenos tigres y leones; mas precaviendo sus ataques circuí el terromontero de ascuas que les contuvieron. Entre tanto la hoguera disminuia, careciamos de leña para alimentarla, y de seguro fuéramos víctimas á no acercarse el dia, cuya luz obligó á las fieras á retirarse á sus cubiles.

«Libres de tan enojosos huéspedes dormitámos hasta el medio dia, y tomando una ligera refaccion que consumió el resto de las provisiones, recorrímos la costa hácia el Este esperando topar con algun salvaje que nos guiara, socorriera ó asesinara, pues llegábamos á considerar la muerte como un bien. Ni rastro de persona hallámos, y precisados á detenernos porque caia la tarde, recogímos cuanta leña nos fue posible, repartiéndola en trece montones, uno en el centro y

doce formando círculo á veinte pasos, y encendiéndolas al anochecer dormímos hasta media noche, que nos despertaron sobresaltados tan formidables y continuados rugidos que parecia que todos los mónstruos del nuevo mundo estaban convocados á nuestro alrededor: por fortuna la barrera de fuego les impidió atacarnos y la aurora restableció la calma dispersándolos. Pero con la tranquilidad renació el hambre, y echámos á andar sin encontrar alimento, pues sólo crecen en aquel terreno brezos y espinos; intentámos comer tierra, y por fin á la una, extenuados de hambre y cansancio nos dejámos caer al pié de un árbol. Impulsado por la necesidad mi negro levántase y comienza á devorar las hojas; imitámosle y preparámos las hogueras esperando la noche para encenderlas; pero apénas trascurrió una hora, cuando sentímos tan cruel malestar que fuenos preciso recurrir al agua para proporcionarnos alivio. Nueva desventura. Las hojas se hincharon de tal suerte en el estómago, que al expelerlas arrojábamos sangre, con tan horribles convulsiones que pensámos exhalar el postrer suspiro.

«Ocultábase el sol, cerraba la noche y yacíamos sin fuerzas para mover un miembro: la proximidad del peligro nos prestó aliento para arrastrarnos hasta las hogueras, pero fueme imposible hacer otra cosa que encender un puñado de hojas, pues ni aun podia soplar: por fortuna la leña estaba seca y ardió sin nuestro auxilio. Algo más recobrados lográmos encender las demas y dormímos profundamente hasta bien entrada la mañana. El sueño reparó nuestras fuerzas, y aunque devorados por el hambre, pusímonos en marcha con la esperanza de encontrar sustento. ¡Vana esperanza! Rendidos de cansancio llegámos á la entrada de un bosque, cuya espesura nos intimidó, y no descubriendo cosa que pudiéramos utilizar exclamé desesperado: ¡Es forzoso morir! Y caí en tierra. La señora Lacouture sentóse á mi lado y el negro á corta distancia. Entónces comenzó en mi interior una lucha horrible. Recordé que otros viajeros, combatidos por la tempestad, sin víveres ni esperanza de obtenerlos, habian recurrido instigados por el hambre á sortear uno cuyo cadáver les alimentara; miraba al negro, reflexionaba que su muerte era inevitable como la nuestra, que era mi esclavo, que podia disponer de su vida, y un pensamiento de asesinato germinó en mi mente. Repugnábale á mi corazon, cuando la señora Lacouture, animada sin duda de las mismas ideas, fijó en mí una ojeada intensa, extendió la mano señalando al negro y elevóla al cielo con una expresion indefinible. Aquella accion me enajenó la escasa razon que aun me restaba: levántome frenético y enarbolando el grueso y nudoso palo en que me apoyaba, descargo sobre la cabeza del negro un tremendo golpe que le priva de conocimiento. Al gemido que exhaló hiélase mi sangre y no me atrevo á repetir: vuelve en sí, híncase de rodillas y juntando las manos implora compasion llorando y diciendo: Tú eres amo bueno; ¿por qué quieres matarme? Aquellas palabras me conmovieron y rompiendo á llorar permanecí dos minutos sin poder responderle; pero el hambre alzó su voz más imperiosa que la de la piedad, y otra ojeada de mi compañera acabó de decidirme. Precipítome sobre el desgraciado prorumpiendo en voces incoherentes para aturdirme y no oir sus quejas, y apoderándome del cuchillo se le hundo en la garganta. La sangre que se escapaba de la ancha herida disipa mi furor, y horrorizado corro á lavarme á la fuente inmediata azorado y perseguido por la

imágen del crímen: la señora Lacouture me sigue y entrambos caemos de hinojos levantando las manos al cielo y exclamando: ¡Gran Dios! A vuestra sabiduría no se esconde nuestra angustiosa situacion. Perdonadnos y no maldigais el triste manjar que tantos remordimientos nos cuesta. Y en seguida orámos por el infortunado negro como si perdiéramos un hermano. Aun me estremezco al recordar tan horribles escenas, pues mi corazon rechaza la inhumanidad; pero nadie es capaz de calcular á qué excesos puede conducir el hambre.

«Cenámos la cabeza y curámos el resto para conservarlo, envolviéndolo en los pañuelos, y más recobrados pusímonos en camino al dia siguiente atravesando un terreno pantanoso cuajado de juncos y espinos que nos desgarraban las carnes, á cuya incomodidad se juntaban las picaduras de los mosquitos, maringuinos y otros insectos que de tal manera nos molestaban que estábamos desconocidos por la hinchazon. Para evitarlos y buscar otro alimento ménos repugnante seguímos la orilla del mar, donde encontrámos durante el reflujo mariscos y platijas, que asábamos y curábamos; pero era de tan escasa duracion que á nuestro pesar debíamos recurrir á la carne humana.

«La continua marcha, sobriedad y especialmente la sangre que perdíamos nos debilitaban, y una tarde al descansar se me hincharon de tal modo las piernas que me fue imposible recoger leña: para precavernos de las fieras imaginé pegar fuego á los juncos y malezas, lo cual ademas facilitaba el camino. En efecto, al siguiente dia deploré no haberlo efectuado ántes, pues nos libertámos de las espinas. Durante el trayecto encontrámos dos culebras de cascabel ahogadas por el fuego, que nos apresurámos á curar, y al dia siguiente divisé un caiman dormido en un charco: acerquéme con cautela y le descargué tres palos en la cabeza que le aturdieron; abrió la boca y sepultándole en ella el palo le sujeté contra el suelo miéntras la señora Lacouture traia gruesas piedras con que acabámos de machacarle la cabeza, cortándole la cola, destazándole, curando su carne y arreglándonos una especie de botines, guantes y caretas de la piel para preservarnos de las picaduras de los mosquitos. Una hora escasa hacia que andábamos al otro dia, cuando interceptónos el paso un rio estrecho, pero de impetuosa corriente que desaguaba en el mar. Desnudéme y comenzé á sondarle; pero era profundo y se corria el riesgo de ser arrebatado por la corriente: era preciso subir por la orilla hasta encontrarle más manso ó vadeable. Seguímos dos dias más, al cabo de los cuales divisámos una tortuga que pesaria diez libras, y una gallineta cuyo nido sospechámos estaria cerca. Cogímos la tortuga, dispusímos la leña, ¡nuevo contratiempo! El pedernal se habia perdido. Deshago los lios, registro los bolsillos, pero mis investigaciones son inútiles. Calculando entónces que tal vez quedara olvidado donde pernoctáramos, y faltando bastante para anochecer, no vacilé en volver, dejando allí á la señora Lacouture, quien me rogó que regresara en breve. Registré todo el camino, llegué al sitio, y despues de mil pesquisas vanas, cuando ya oscurecia y me disponia á volver al lado de la señora Lacouture, seguro de que aquella noche seríamos víctimas de las fieras cuyos rugidos se oian, al revolver unas hojas tropiezo con el codiciado objeto. Embriagado de júbilo corro en busca de mi compañera á quien encontré temblando, encendí una buena hoguera y cenámos parte de la tortuga, durmiendo hasta media mañana.

«Nuestro constante pensamiento era salir de aquella angustiosa situacion, y observando varios troncos que la impetuosidad de la corriente arrastraba depositándolos en la orilla, construímos otra balsa ligándoles con cortezas, y nos dispusímos á atravesar el rio, para lo cual nos desnudámos sujetando la ropa á la balsa. Los padecimientos y la necesidad nos dispensaban de miramientos; yo solo era hombre porque poseia constancia y fuerza, y la señora Lacouture era mujer porque manifestaba debilidad: cualquiera otro sentimiento estaba muerto en nosotros, cuya naturaleza sólo reclamaba alimentos y descanso. Embarcámonos, pues, y no bien nos desviámos de la orilla, cuando la corriente nos arrebató con tal violencia que en un minuto nos trasportó á más de trescientos pasos del punto donde nos embarcámos, lo cual me estremeció, pues no dudaba que íbamos á ser arrojados al mar. Con todo, trabajé cuanto pude y logré atravesarla, pero con tal declinacion que calculé que cuando llegáramos á la otra orilla seria media legua más abajo. Ya nos juzgábamos seguros cuando chocó la balsa contra las raíces de un árbol con tanta violencia que, rotas las ligaduras, caímos en el agua, y de seguro pereciéramos á no asirme á las raíces con una mano y sujetar con la otra por los cabellos á la señora Lacouture que trepando al árbol pudo atravesar hasta la orilla donde la entregué los víveres, volviendo á recoger la ropa que quedara enganchada, secándola al sol y comiendo el resto de la tortuga.

«Continuámos la marcha varios dias entre iguales incomodidades que los anteriores, aumentando el malestar los juncos y espinos, y sobretodo la falta de víveres, obligándonos á recurrir al caiman y al negro; aumentóse asimismo la nube de mosquitos y maringuinos de tal suerte, que rotos los botines, guantes y caretas, semejábamos toneles ambulantes más bien que seres humanos, caminando con suma dificultad y costándonos no poco trabajo levantarnos cuando nos sentábamos. La señora Lacouture resistió más que yo, porque atendiendo á su debilidad tomé á mi cargo todo el trabajo material; mas un dia, casi ciego por las picaduras de los insectos é hinchadas monstruosamente las piernas, me dejé caer al pié de un árbol exclamando: No puedo más; aprovecháos de las provisiones y fuerzas que aun os restan, y procurad salvaros; no gasteis á mi lado un tiempo precioso, y si el favor del cielo os lleva á Europa, escribid á mi familia que ya no existo. La señora Lacouture prorumpió en llanto, y á mis repetidas instancias sólo respondió: No os abandonaré; si Dios en su infinita sabiduría decretó nuestra muerte, al ménos no perecerémos separados. Y despojándose de uno de sus dos vestidos le cortó con el cuchillo cubriéndome el rostro y las piernas para resguardarme de las picaduras de los mosquitos y corrió á la playa de donde volvió á corto rato con una tortuga, con cuya sangre nos lavámos las heridas, marchando en seguida mi compañera en busca del nido de una gallineta que divisámos.

«El bienestar que los cuidados de la señora Lacouture me proporcionaran me postró en una especie de sopor que duró casi tres horas, al cabo de las cuales despertáronme varias voces que resonaban hácia el mar. Juzguélas de salvajes, y notando que continuaban, intenté llamar; pero carecia hasta de aliento. En tal situacion arrastréme hasta la orilla, y columbrando una lancha bastante grande, elevé la mano con un pañuelo agitándole cuanto mis escasas fuerzas lo permitian,



¡Gran Dios! exclamó ella, has conservado á mi hijo.

y aquella especie de bandera atrajo la atencion de los navegantes, que en breve tocaron en la orilla. Entónces observé que estaban vestidos, y comprendiendo que eran europeos perdí el conocimiento por el exceso de alegría. Unas gotas de aguardiente de caña me reanimaron y les supliqué que buscaran á la señora Lacouture cuya tardanza empezaba á alarmarme. Poco trabajo les costó, pues ya ella venia con la gallineta y el nido, y al contemplar aquel socorro inesperado cayó de rodillas tributando gracias al Eterno.

«Como ya habia cerrado la noche diferímos la marcha, y cenámos la gallineta y los huevos á que mis libertadores añadieron varios trozos de cecina y aguardiente, noticiándonos que eran ingleses. Conté al jefe, llamado Wright, parte de las aventuras de la señora Lacouture, y estremecióse al relato de nuestros infortunios. Preguntéle á qué casualidad debíamos su amparo, á lo cual me contestó que perteneciendo á la guarnicion de San Márcos de Apalaches, mandada por Sevettenham, y presentando un salvaje un cadáver arrojado por el mar, cuyo traje era europeo, aunque no pudieron reconocerle por faltarle la cara y el vientre, dispuso el comandante que se practicara un reconocimiento por toda la costa con el objeto de auxiliar á los náufragos que aun existiesen, añadiendo que recelaba que el buque naufragado fuese el que esperaba de Panzacola con víveres para la guarnicion. No dudámos que el cadáver presentado fuera el de Lacouture ó Desclau, y nos acostámos; pero á corto rato despertónos una violenta tempestad que alarmó á los ingleses. La salida del sol la disipó, y despues de embarcados dirigióse Wright á reconocer una isla que le faltaba, la cual reconocí por ser la en que dejámos al hijo de la señora Lacouture, y como animado por un presentimiento rogué al jefe que enviara algunos soldados á tierra. No tardaron en volver con la noticia de haber descubierto un cadáver; pero aun no satisfecho con esta respuesta, insistí en que me condujeran á su lado para sepultarle, y seguido de la señora Lacouture y de la tripulacion llegué al sitio donde yacia el infortunado mancebo tieso, cárdeno, boca abajo, cubiertas las piernas de gusanos y exhalando un olor nauseabundo. Cavan los soldados la fosa, dispónense á sepultarle, y en el momento de tocarle la pierna observo que la retira; corro á él, le vuelvo y noto que late su corazon; introdúcenle unas gotas de aguardiente en la boca, lávanle las heridas, y le vemos moverse. Su madre cae desmayada por el exceso de alegría y fue preciso alejarla de aquel lugar para que su solicitud no impidiese á nuestros salvadores administrarle los remedios oportunos.

«Vino por fin el señor Wright con la noticia de que habia recobrado el conocimiento, que lloraba y miraba sorprendido preguntando por su madre: corrímos á él y nos reconoció. En seguida fue trasladado á la lancha encargándonos de su asistencia su madre y yo. Pasámos en la isla aquella noche, donde un soldado cazó tres enormes avutardas que nos proporcionaron una cena deliciosa. Al siguiente dia nos refirió el enfermo que despues de consumir aunque con suma dificultad las provisiones que á su lado dejámos, perdió el sentido, é ignoraba cuanto tiempo permaneciera en aquella situacion. Pareciónos increible y sólo atribuímos á un milagro que pudiera existir. Dejámos la isla el 19 de abril y volvíamos el 7 de mayo. A las siete de la tarde del 8 llegámos á San Márcos, donde fuimos recibidos por el comandante con extraordinaria bondad, instalán-

donos en cómodas habitaciones y mullidos lechos y ordenando que nada faltara para nuestra curacion y restablecimiento. ¡Bien lo necesitábamos! Nuestros padecimientos duraban hacia ochenta y un dias, y aunque en la misma desgracia hallámos firmeza para arrostrarlos, nuestras fuerzas estaban exhaustas y nuestro temperamento desorganizado.

«Dudosa fue la salvacion varios dias. Hinchámonos desmesuradamente, y sólo á copia de esmero y cuidado consiguieron volvernos á la vida. Durante los trece dias siguientes un jefe salvaje, portador de un mensaje de Panzacola para el señor Sevettenham, díjonos que los ocho marineros, despues de esperar en vano el regreso de Antonio, asesinaron á su familia, y apoderándose de las armas de fuego se embarcaron por suerte cinco que eran los que podia contener la piragua, y dos dias despues, cuando Antonio volvió, vengó la muerte de su familia fusilando á los tres que quedaran en la isla, de cuya accion se vanagloriaba entre sus compatriotas; mas no obteniendo noticia alguna de los cinco que se salvaran, no dudé que tambien habrian sucumbido víctimas de su arriesgada tentativa.

«Avisáronme que el 21 debia salir un buque para San Agustin y fuí á despedirme de la señora Lacouture, cuyo hijo estaba bastante mejorado y que tan luego como su estado lo permitiera debia embarcarse para la Luisiana de donde era natural. Tierna y conmovedora fue nuestra despedida, pues los riesgos y padecimiéntos que juntos sufriéramos nos habian unido con fraternal afecto, y acompañado de los señores Sevettenham y Wright, que despues de proveerme de cuanto necesitaba me recomendaron eficazmente al capitan entregándome cartas para el gobernador de San Agustin y un certificado de la situacion en que nos hallaran, salí de aquel puerto hospitalario, donde aun no estaban terminadas mis desgracias, pues el capitan del barco, olvidando las recomendaciones, me trató con inusitada dureza, llevando la crueldad al extremo de negarme agua so pretexto de que escaseaba para la tripulacion, negativa que estuvo á pique de costarme una recaída, pues se me ulceró la garganta y empezaba á hincharme.

«Despues de veinticuatro dias de navegacion llegámos el 13 de junio á San Agustin, donde fuí recibido, considerado y asistido por el gobernador, señor Grant, con tanto esmero como por Sevettenham. Mi enfermedad desapareció en breve y el 7 de julio estaba ya restablecido, aunque el gobernador no me permitió marchar hasta el 21, que salí para Nueva York, debiendo la vida á la hospitalidad generosa del señor Grant, de cuyo nombre jamas podré acordarme sin profundo reconocimiento.»



VIAJE POR EL MISURÍ.

Hallamos en el *Viaje del príncipe Maximiliano de Wied-Neuwied á la América del Norte*, escrito por él mismo, la siguiente notable descripcion de las costumbres de varios pueblos que visitó, y muévenos á trascribirla la originalidad del asunto.

«Embarcámonos el 10 de abril, dice el ilustre viajero, en el vapor *Yellow-Stone*, acompañados del señor Chouteau y su familia que se empeñaron en venir hasta San Cárlos. Disparáronse á las 11 los cañonazos de leva y reuniéronse en la playa los habitantes de San Luis, los *sacs* con sus caprichosos trajes y los semicivilizados *kikapus*, de quienes dibujó varios retratos el señor Bodmer. Componíase la tripulacion de cien personas, la mayor parte viajantes, quienes despues de apurar sendos tragos de *wiskey* divertíanse en disparar al aire en señal de despedida. Los viajantes pertenecen á la última clase de empleados de la compañía de peleterías, y son en general descendientes de los colonos franceses establecidos en las orillas del Misisipí y del Misurí, estando obligados á servir á la compañía de barqueros, cazadores, ojeadores y soldados. Engánchanse pór cierto tiempo, y van bien armados, formando una colonia de hombres incultos, vigorosos y acostumbrados á las privaciones y dificultades de la vida india desde la infancia. Prefiérenlos á los anglo americanos, que no se someten con tanta docilidad á esa clase de trabajos, y ademas de los frascos de municiones y el fusil, cuelgan de su cinturon un par de pistolas y un ancho cuchillo semejante al que usan los indios. Entre ellos distinguíase uno por llevar sujeta al cinturon una piel de cráneo perteneciente á un indio *pie negro* que le hiriera, al cual mató de un tiro escalpándole luego á la usanza india. Aunque la lengua inglesa se habla en las comarcas del Oeste y continúa generalizándose, es indispensable á los directores y empleados de la compañía de peleterías poseer el frances, tanto por ser el idioma de los subordinados como porque todos los rios y contornos del Misuri y de las praderas occidentales tienen nombres franceses.

«Pasámos rápidamente por entre los buques surtos, llegando por la tarde á Belle-Fontaine, antiguo puesto militar construido en 1803 y poco despues abandonado, y siguiendo la corriente con una velocidad de cinco millas por hora, nos halIámos al amanecer en San Cárlos, establecimiento frances en el Misurí, compuesto de trescientas casas de madera ó ladrillo, sin órden, en una campiña abundante de árboles frutales y al pié de una eminencia sobre la cual se divisan las ruinas de una torrecilla que en otro tiempo debió servir de atalaya. Allí nos despedimos del señor Chouteau y su familia, é incorporándose los señores Mac-

kensie y Dougherty, saltámos en tierra, herborizámos algunas horas y continuámos la ruta. Un viento huracanado que se levantó arrastrando columnas de arena que nos cegaban obligónos á abordar á medio dia pasado el remolino denominado Olla de la baqueta; mas al caer la tarde avistámos la isla Bonhomme y en sus inmediaciones pernoctámos. El 12 divisámos caprichosas rocas calcáreas en las cuales crece el cedro colorado y cadenas de montañas coronadas de bosques lozanos cuya verdura ostenta el delicado tinte del arce. Hállase allí tambien una gruta conocida con el nombre de Tavern-Roch ó taberna de Montardis, y flotan en el rio enormes troncos arrastrados por la corriente, peligrosísimos para las embarcaciones. Al lado del albaricoquero europeo crece el *cercis canadensis,* cuyas encendidas flores contrastan notablemente con la nívea blancura de las del ciruelo silvestre, y llama la atencion una disforme roca apoyada en otra sumamente delgada, á la cual denominan los viajeros Alza quilla, porque es tal la impetuosidad de la corriente que necesitan suspender las embarcaciones para atravesar aquel peligroso estrecho. El terreno bajo es pantanoso é insalubre á causa de los desbordamientos del rio y la espesura de los bosques, mas en las alturas gózase de un clima sano y apacible, por lo cual casi todas las casas se construyen en colinas. En otro tiempo abundaban en los bosques no sólo la caza menor sino los ciervos, osos y gallos silvestres, pero el aumento de poblacion los ahuyenta de modo que casi no se encuentra uno, imposibilitando su caza la dificultad de penetrar en los bosques cuyo suelo es una continua laguna.

«Pasámos á la vista de la isla del Buey y rio del mismo nombre, divisámos el pueblecillo de Piukney y su pintoresca costa, chocámos con varios troncos que en nada perjudicaron el buque, porque construido, como el *Assiniboin*, expresamente para aquella carrera, se habia previsto esa contingencia, y arribando á la orilla derecha por la noche, encendióse una gran hoguera, á cuyo amor comenzaron los viajantes sus alegres conversaciones, miéntras que nosotros contemplábamos la pureza del cielo y el misterioso panorama que nos rodeaba, al cual prestaban detalles más fantásticos el susurro de la brisa, el murmurio del agua, las luces que como estrellas brillaban á bordo y las lejanas melodías escocesas de Yankee Doodle, que escapándose del buque iban á perderse en el espacio.

«Amaneció el 12 bastante fresco, pues el termómetro de Reaumur marcaba 5° á las ocho y 9° al medio dia. Desde Otter-Island donde pernoctámos es corta la distancia hasta Gasconade-River, y allí admirámos los bancos de arena, las caprichosas colinas, los bosques escalonados, una isla cubierta de una capa de guano de seis piés de espesor, un suelo feraz, esmaltando aquella alfombra de verdor las flores del arce, del *cercis*, del *ostrya virginica*, del *laurus benzoin*, é iluminada tan mágica perspectiva por un sol brillante. Riega aquella campiña el Gasconade que nace como el Merrimack en los estados del Misurí, recorriendo una escarpada montaña cubierta en su cumbre de cedros colorados y en las vertientes de *pinus strobus* y *pinus mitis* que surten á San Luis de maderas de construccion.

«Despues de pasar por la aldea de Portland, por la boca del Little-au-Vase-Creek cuyas márgenes bordan las encarnadas madroñeras, por el Osage-River poblado de sabrosas tortugas, llégase al pueblo de Côté-sans-dessein, antiguo

establecimiento frances, célebre por la obstinada defensa que un puñado de europeos hizo contra una multitud de indígenas, y que aunque destruido por las aguas é insignificante en la actualidad, revela su importancia, pues Brakenridge la denomina *a beautiful place*. En la orilla izquierda moran varias familias de orígen frances, ó descendientes de la tribu de los *osages*, y en la derecha crecen regulares encinas y cierta planta conocida en el país con el nombre de Adan y Eva. De allí se pasa á Jefferson-City, en la ribera occidental del Misurí, que á pesar de ser la capital del distrito no es más que un poblachon.

«Elévase á la izquierda en el centro de un bosquecillo un peñasco aislado en figura de torre, el cual, segun la tradicion de los *ayoways*, está formado del estiércol de los bisontes celestiales, y hállanse á su alrededor numerosas figuras rarísimas que sin duda proceden de los primitivos habitadores de aquella comarca y representan ídolos. El 15 pasámos por la boca del Chariton-River, y siguiendo su fertilísima costa llegámos al anochecer al rio Grande. El 16 avistámos la costa de Tabeau's-River, que semeja una vasta selva, deteniéndonos por la noche cinco millas más arriba del fuerte Osage, á consecuencia de una avería en la máquina, y reembarcándonos el 19 con todos los efectos de que se aligeró al *piróscafo* ó lancha, que habia encallado en un banco de arena, para ponerle á flote: en aquella comarca residen los osages, tribu pacífica á pesar de su vigor y espíritu independiente. Hallámonos el 21 en la confluencia del Konza, cuyas márgenes pueblan los *delawares*, los *shawanais*, los *miamis*, los *piankishas*, los *piorias*, los *kaikaias*, los *wias* y otras tribus arrojadas del Este del Misisipí, y noventa millas más arriba moran los *kans*, que antiguamente ocupaban los confines del Misurí. Al llegar el 22 al territorio indio visitaron el buque los comisionados del gobierno para cerciorarse de que no conducia aguardiente, cuya introduccion está prohibida en favor de los moradores, y costóme trabajo conservar lo que me servia para la coleccion de curiosidades: continuámos la ruta y á las cinco de la tarde entrámos en el estrecho de Wasobé-Wakandagué ó Medicina del oso, el cual atravesámos con suma dificultad por la multitud de troncos flotantes, pernoctando pocas millas más allá, en el antiguo distrito de los *konzas*. Aunque amaneció tempestuoso el 23, llegámos á la isla de las Vacas, donde invernaron en 1818 las tropas que se dirigian á Council-Bluffs, y observámos una vegetacion sorprendente y abundancia de caza: la orilla derecha está concedida á los kikapus de San Luis hasta Independance-River, y ahora la recorren cazando los *ayoways*, sacs y *renards*. Descubrímos el 24 las colinas de la Serpiente negra, llegando por la noche á dos aldeas edificadas en la falda, donde fuímos visitados por los empleados de la compañía que nos noticiaron una invasion verificada por los ayoways en el territorio de los *omahas* apresando una mujer y un niño, quienes fueron rescatados por el mayor Dougherty. Atravesámos el 25 la boca del Nadaway-River, desembarcando en la isla de Nadaway, donde permaneciera anteriormente los dos años de 1818 y 19 el capitan Martin con tres compañías de tiradores, y despues de visitar sus pintorescos bosques poblados de caza, llegámos por la tarde á la confluencia del Wolf-River, habitada por los *otos* y *misurís* que cazan hasta el límite del rio de la Plata, tocando el 26 en el Nemawhaw-River, donde moran los *media sangre*, y continuando el 27, en cuyo dia como en los siguientes sufrímos una récia borrasca que nos arrastraba hácia

los bajíos de que abundan aquellas aguas, y salvándoles á copia de esfuerzos llegámos en la madrugada del 3 de mayo á la colina llamada por los naturales Ishta-Maseu ú Ojo de hierro, próxima al rio de la Plata, cuyas azules y cristalinas aguas se distinguen á cuatro millas de la confluencia.

«La crecida del rio producida por copiosas lluvias nos obligó á saltar en tierra en una fértil campiña cubierta de verde césped y sombreada por altos árboles: pernoctámos pocas millas más allá de Buenavista, abundante de ánades y otras aves acuátiles, y el 4 divisámos las pintorescas colinas denominadas Ards-Hills y la factoría del señor Cabanné, á quien saludámos con varios cañonazos. Invitónos á desembarcar, y en un momento se reunieron en la playa numerosos grupos de indios omahas, otos y ayoways cubiertos con pieles de bisontes ó mantas rayadas, pintarrajeados los rostros con rayas coloradas, virolentos, los ojos muy pequeños ó excesivamente grandes, con sus pipas de arcilla adornadas con juguetes de estaño y en general sucios y miserables.

«Deliciosa fue la velada en la factoría: sentados en el balcon, aspirando la tibia y perfumada brisa contemplábamos rielar la plateada luna en las trasparentes aguas del orgulloso Misurí sin que turbara el silencio nocturno otro rumor que el canto de las ranas ó el lejano grito del chotacabras, cuando reuniéronse los indios delante de la casa y á excitacion de nuestro huésped comenzaron una danza extraña. Presentóse un indio, alto y vigoroso, ceñida la cabeza con un penacho colosal compuesto de plumas de buho y otras aves de rapiña, llevando en la mano arco y flechas, desnudo el medio cuerpo superior y con una banda de piel bordada con plumas, pintado de blanco y colorado, con pantalones rayados y delantal, al cual siguió otro más bajo idénticamente adornado y en la mano una macana blanca y una piel de *veso*. Sentáronse los demas en hilera provistos de macanas cuajadas de cascabeles que agitaban al compas de un tambor cantando: Hai, hai, he, he; y prorumpiendo á intervalos en un largo aullido, y comenzaron la danza reducida á simular un combate en que cada uno procura herir á su enemigo, la cual terminó tan luego como se les arrojó un rollo de tabaco.

«El 11 vinieron á visitarnos á bordo Choudegacheh, jefe de los *poncaras*, su hermano Passitopa y su amigo Hai-Cha-Gai. Eran altos, forzudos, cenceños, de ojos negros y expresivos, nariz aguileña y cabellos muy largos, espesos y flotantes excepto en la coronilla que los llevaban más cortos y trenzados: iban desnudos hasta la cintura, llevaban un galon al rededor del cuello, pendientes de conchas en las orejas, brazaletes de metal, pantalones rayados y pieles de bisonte, ménos el jefe que usaba una manta blanca. Venian á visitar al mayor Bean, que era su agente. La fisonomía y continente del jefe eran simpáticos y dignos. Como no estaban pintados aprovechámos la coyuntura para retratarlos. Sentáronse, fumaron, y expresaron el deseo de que su padre y gran jefe el presidente les enviase arados y útiles de labrar, á lo cual respondió el mayor ofreciendo trasmitir su solicitud, regalándoles tabaco, pólvora, municiones y una manta. Arguyóles despues que descuidaban la agricultura por dedicarse al tráfico de pieles, á lo que respondieron que á consecuencia de hallarse muy diseminados sus súbditos les era imposible vigilarles, despues de cuya conversacion saltámos en tierra hallándonos en un bosque poblado de chozas blancas cónicas y entre una multitud desnuda, ó cubierta con mantas y pieles. Recorrímos las riberas

del Punka-Creek y Basil-Creek, visitámos las tumbas de los poncaras, las fuentes termales que allí abundan, y el 13, precedidos del *Assiniboin*, al cual alcanzámos, nos detuvímos cerca de la boca del Running-Water-River, ó Agua corriente, examinando varias cabañas construidas por los llamados perros de las praderas y habitadas hoy por culebras de cascabel. El 15 divisámos las huellas de un campamento indio, y el 16 llegámos á la isla de los cedros, á mil setenta y cinco millas de las bocas del Misurí, así titulada por la abundancia de álamos, sauces, *shepherdia* y cedros que en ella crecen, midiendo estos hasta cincuenta piés de altura: en ella hallámos tambien multitud de gallos silvestres, cuyos brillantes y pintados plumajes se utilizan por los indios para penachos y abanicos.

«Empezaron el 18 á aparecer bisontes, en cuya persecucion corrieron varios viajantes, y el 21 un cazador de castores llamado May, que saliera de Fort-Union en marzo, nos dió las fatales nuevas del asesinato de tres europeos por los *aracacas* y de trece empleados de la compañía por los piés negros, añadiendo que hallaríamos bastantes bisontes porque venian huyendo de una batida organizada por los indios *dacotas*. Tocámos el 23 en un bajo cerca de Bijoux-Hills, y entre tanto que se sacaba á flote el barco saltaron en tierra los viajeros volviendo con un precioso castor vivo: llegámos el 25 á Big-Cedas-Island, donde visitámos varias tumbas de los dacotas que consisten en cabañas cerradas en cuyo centro se eleva un tablado sobre cuatro estacas, en el cual yace el cadáver envuelto en pieles. Cierran las cabañas á causa de los lobos que abundan en aquella comarca. Al dia siguiente nos hallámos á la vista del establecimiento Sioux-Agency al cual saludámos, y contestados por el fuerte que izó la bandera saltámos en tierra por entre multitud de dacotas á quienes condujera á la playa la curiosidad.

«No puede formarse idea de aquel pintoresco panorama alfombrado de flores y verdura, bañado por el rio rodeado de pequeñas colinas cuajadas de bosquecillos, por cuyos intersticios divísanse las praderas y en ellas las blancas tiendas de los dacotas ó *sioux*, la más populosa tribu de la América septentrional, pues se calcula en veintitres mil almas. Casi todos son cazadores, para cuyo ejercicio, en el cual sobresalen, mantienen crecido número de caballos y perros: pasan por muy valientes, su rostro es largo y delgado, los ojos regulares, nariz aguileña y color cobrizo. Usan el cabello largo y suelto ó trenzado, largos pendientes de conchas de *wampum* blancas y negras, y en la cabeza dos ó tres plumas desbarbadas hasta la mitad. Llamóme particularmente la atencion uno, á quien llamaban Big-soldier, el gran soldado; ceñíase el cuerpo con numerosas tiras de tela colorada, bordadas con plumas de aves de rapiña, que me dijeron ser trofeos de victorias: llevaba el rostro pintado de encarnado y rayadas de negro las mejillas; lucia largos pendientes de abalorio azul y de su cuello colgaba la gran medalla de plata de los Estados Unidos; los pantalones ó *leggings* de cuero pintorreados con rayas y cruces de color oscuro, estaban adornados con una franja amarilla, encarnada y azul, clavada con púas de puerco espin; de igual modo estaban bordados los botines y zapatos; forraba su piel de bisonte una tela blanca y llevaba en la mano el *tomahawk* ó hacha, que ostentaba con orgullo.

«Las tiendas de los dacotas son trasparentes, para lo cual descarnan las pieles por ambos lados hasta que se clarean: tienen la figura de un cucurucho, y en la punta se halla un agujero que sirve de chimenea; la puerta es sumamente es-

trecha y la cierran con una piel. Al rededor de la tienda hincan estacas, donde suspenden los utensilios, pieles, provisiones, flechas, escudos, etc. Cuando se va á visitar á alguno en su tienda, se le estrecha la mano, se toma asiento y él ofrece manjares. Generalmente son nómadas, y cuando levantan las tiendas colocan á sus hijos en unas espuertas redondas cubiertas de pieles. En señal de luto se pintan de blanco y reparten entre la comitiva la ropa del difunto. Las mujeres cuidan de la comida y trabajan las pieles. Son muy entusiastas por el valor; así es que ostentan con orgullo las cabelleras de sus enemigos ó las plumas que denotan rasgos de valentía, cuya significacion expresan del siguiente modo. El que á la vista del enemigo toca el cadáver de un contrario, operacion arriesgadísima, pues suele costar la vida, prende en sus cabellos horizontalmente una pluma; el que le mata, la coloca vertical; si es de un tiro, atraviesa una astillita significando la baqueta, y por último, cuando se multiplican las hazañas, adquieren el derecho de llevar un magnífico penacho de plumas de águila y cuervos. El que captura un enemigo lleva un brazalete de forma particular, y las cabelleras de sus enemigos que escalpan con singular habilidad, las atan en un aro, colgándolas á la puerta de la tienda. Ignoran el modo de curar las enfermedades, pero nadie les iguala en el de curar heridas. Ántes de morir, ordenan el género de sepultura que desean recibir.

«Visitáronnos el 4 de junio los *tetones*, tribu pacífica y agradecida, y pocos dias despues, caminando por un bosque, nos sorprendieron varias detonaciones y fogatas. Sospechando que seria algun destacamento indio, del cual nada bueno se podia esperar; emprendímos la retirada; mas salieron á nuestro encuentro veintitres *yanktonans* diciendo que eran amigos y deseaban venir á bordo. En general eran altos, bien formados y robustos, vestian como los demas, excepto el jefe Tatanka-Kté, ó el Bisonte muerto, que llevaba un uniforme encarnado con collarin y vivos azules y galones de plata, y agitaba una ala de águila á guisa de abanico. Acompañámoslos, aunque vigilando sus acciones, pues los yanktonans pasan por los más pérfidos de los dacotas, y refiérese que han asesinado varios ingleses; pero despues de fumar una pipa en rueda sobre cubierta, levantóse el jefe y vaciando delante del señor Mackensie una bolsa de carne seca y pulverizada, que llaman *pemmikan*, y le ofrecia como presente, estrechó la mano á los circunstantes y dijo con bastante dificultad: Las trescientas tiendas de mis hermanos levántanse á las órdenes de Jewitschahka: mis hermanos eran amigos de los *mandanes*, pero há un año que la guerra los separó por el asesinato de un dacotas: mis hermanos desean restablecer la paz, y enviaron tres á conferenciar con los mandanes; mas como ignoran todavía el resultado, imploran la mediacion de su padre Mackensie. Vinímos por casualidad cerca del rio, divisámos el bajel de nuestro padre y corrímos á saludarle. Morirémos si no podemos cazar castores para la compañía, y para cazar necesitamos la paz con los mandanes: por eso rogamos á nuestro padre Mackensie que interceda y nos permita acompañarle. Mackensie le respondió: Si en lo sucesivo os portais bien como todos los dacotas y no matais blanco alguno, os protegeré; y en cuanto á ir á conferenciar con los mandanes, acompañadme si es de vuestro agrado.

«Partímos el 18 acompañados de los yanktonans, y llegámos al fuerte Clark donde nos esperaban más de seiscientos indios, entre los cuales figuraban Cha-

raté-Noumakchi, el jefe de los lobos, Mato-Tope, los Cuatro osos, Dipeouch, el Brazo roto, Berock-Itainou, el Cuello de toro, Pehriska-Rouhpa, los Dos cuervos, y otros personajes notables de la tribu de los mandanes, lujosamente ataviados. No bien fondeó el buque cuando subieron á bordo, circuló la pipa y Mackensie expuso el deseo de los yanktonans á que respondieron los mandanes que les era imposible ajustar la paz con ellos porque eran muy pérfidos, pero que les permitirian retirarse sin ofenderles. Ocupan aquellas comarcas los mandanes, *meunitarris* y *cuervos*, de idénticas costumbres y tipo que los dacotas. Los que más nos agradaron fueron los jinetes. Espantábanse los caballos con el silbido del vapor; pero les sujetaban al parecer sin esfuerzo. Causaba en efecto admiracion contemplar aquellos hombres que montados en indómitos corceles como los árabes del desierto sin ningun arreo, sin otras riendas que una correa que sujetaba el belfo del noble bruto, le domeñaran con tan prodigiosa habilidad. Ostentaban algunos el gran collar de uñas de oso, y las mujeres eran hermosísimas.

«Terminóse la conferencia, partió el *Yellow-Stone*, y el 19 nos hallámos entre los *assiniboins*, cuya tribu difiere algo de las anteriores. Tienen la cara ancha, pómulos prominentes y grandes papadas; llevan los cabellos más cortos que los dacotas, y su tocado es un gorro ó una tira de cuero atada en la parte posterior de la cabeza. Píntanse de colorado, y en el invierno usan camisas de piel con una gran roseta bordada en el pecho, y en las mangas las cabelleras de sus enemigos. Ademas del arco, flechas y macana, ármanse con fusiles que adornan con clavos dorados y tiras de percal encarnado, y cuelgan del cinturon el cuchillo y un abanico de plumas de águila ó cisne. Habitan en tiendas y aliméntanse de carne de bisonte seca, pulverizada y amasada con sebo, utilizando los perros no sólo para la caza sino como animales de carga. Desconfíase de ellos en general porque son destrísimos ladrones y especialmente cuatreros. Sus principales juegos son el *tchombino* ó juego del corro en que uno debe adivinar las piedrecitas que los demas guardan en la mano, y el *ouasih-kouteh* compuesto de cuatro tabas con clavos de metal que se arrojan al aire, y ganan ó pierden segun la taba cae; en ambos se atraviesan puestas considerables. En los festines es preciso consumir cuanto ofrecen, pues consideran lo contrario como un insulto: son valientes y cuando van á robar caballos, astutos y temerarios.

«Creen en un Criador ó Señor de la vida, á quien denominan Ouakan-Tangue y en un espíritu maligno Oukan-Chidja, cuya mision es atormentar á los hombres con crueles enfermedades, las cuales conjuran sus exorcistas con un tambor y una carraca. Atribuyen el trueno al Gran pájaro y el relámpago, el rayo y huracan al Gran espíritu. Su tradicion respecto á las almas es que las de los buenos y valientes van á una region del Mediodía fértil y deliciosa, abundante de rebaños, frutas y bisontes, y las de los malos y cobardes á una isla desierta.

«Seméjase en todas las radicales su idioma al de los dacotas, y aunque de pronunciacion gutural, no carece de belleza y energía; es sobretodo conciso é hiperbólico y posee ciertas desinencias que le prestan puntos de contacto con el idioma germánico.»

HISTORIA DE M. JOHNSON,

apresado por los indios del Ohío en 1790.

Refiere Larochefoucaul-Liancourt en su *Viaje á los Estados Unidos* un acontecimiento notable que estractamos porque en él se describen las costumbres de las tribus salvajes americanas.

Necesitando el señor Johnson, habitante de Virginia, pasar al Kentuky á varios negocios, partió de Richemond á principios de marzo de 1790 con el señor May, su amigo y propietario en el Kentuky. Llegados á orillas del gran Kauhawa encontraron á Jacob Skuyl, mercader, que llevaba igual direccion, y comprando un barquichuelo de los que se venden baratísimos por no poder verificar más viaje que el de bajar por el Ohío, embarcaron las mercancías y provisiones y emprendieron la marcha, gobernando ellos mismos, pues en las doscientas cincuenta millas que dista Limestone toda la ciencia está reducida á mantener el barco en la corriente que le impulsa con bastante celeridad. En la confluencia del Kauhawa con el Ohío encontraron otras tres personas: William Phlyn, y dos muchachas, Peggy y Doly Flamming, sus parientes, todos de Point-Pleasant que pasaban á establecerse en Kentuky.

Salieron de Point-Pleasant el 20 de madrugada recorriendo ciento diez millas en veintidos horas; distaban poco de la boca del Scioto y pensaban llegar al amanecer del dia siguiente á Limestone, cuando oyeron las voces lastimeras de dos ingleses que les suplicaban admitirles á bordo ó proporcionarles algun alimento, pues se habian escapado de los indios que les apresaran y hacia cuatro dias que no probaban bocado. Aunque el primer impulso de los viajeros fue auxiliarlos, Johnson y May objetaron que acaso por aquel acto compasivo se expondrian; pero combatieron su opinion los otros cuatro tratándola de barbarie, y como á la par los ingleses seguian la costa demandando piedad, Willian Phlyn propuso que le echaran en tierra para llevarles pan, que él conocia el Kentuky y si los indios venían, el barquichuelo podia largarse y él seguiria á pié la costa hasta Limestone y escaparia. Apoyaron la proposicion los otros, y cediendo á sus deseos dirigieron la barquilla hácia tierra, ajenos de que su buena fe les conducia á un odioso lazo, porque los dos fugitivos eran dos traidores apostados por los indios emboscados á corta distancia, que se presentaron en número de veinticinco ó treinta, voceando y disparando á los viajeros en el momento en que la lancha iba á atracar. May y Doly Flamming murieron en la primera descarga; aterrados los otros intentan ganar la corriente, pero azorados con el inminente riesgo gobier-

nan mal y apénas se mueven. En la segunda descarga hirieron á Skuyl y mataron dos caballos que iban á bordo, miéntras que el espanto acrecia en los tres viajeros restantes. Aumentaba la rabia de los indios y arrojándose varios al agua alcanzaron el barco y le guiaron á la playa en tanto que los demas apuntaban á los americanos amenazándoles con disparar si se resistian. Cuando atracó la lancha prorumpieron los indios en una exclamacion de alegría y presentaron la mano á los viajeros, cuyo terror cedió un poco en vista de aquella acogida.

Miéntras que unos se ocupaban de la recepcion otros alijaban los cadáveres y provisiones, y otros hacinaban leña y la encendian. Despojaron de sus vestidos á los muertos, y despues de escalparlos secaron al fuego las cabelleras, arrojando los cuerpos al rio. Ninguno ofendió ni despojó á Peggy: á los otros empezaron á desnudarlos, mas por mediacion de uno, al parecer jefe, no sólo devolvieron á Johnson cuanto le arrebataran, sino que le entregaron una manta. Únicamente se reservaron sus medias y zapatos, calzándole en trueque unos *mocasines* ó abarcas de cuero de gamo. Aumentaba el número de indios llegando á setenta y doce mujeres, y reuniéndoles el jefe en torno de la hoguera empuñó el tomahawk y arengóles por espacio de un cuarto de hora con notable energía y pronunciada accion señalando al cielo, á la tierra, al rio y á los prisioneros, á cuyos movimientos los indios limitábanse á exhalar en coro un sonido gutural, prolongado, triste y ronco. Distribuyóse el botin entre las siete tribus que concurrieran á la expedicion, siendo adjudicados tres prisioneros á la de los *shawaneses* y William á la de los *cherokeses*, quienes dispusieron que les custodiasen dos centinelas, si bien permitiéndoles comunicar libremente. Presentáronse los fingidos fugitivos y reprochándoles sus víctimas tan horrible perfidia, alegaron que los indios les habian obligado bajo pena de la vida, que eran del Kentuky, y que sorprendidos y arrebatados por los indios de sus casas les empleaban en aquella estratagema.

Repartiéronse las provisiones de la barca y llegada la noche ataron por precaucion á los prisioneros colgándoles al cuello una campanilla que al menor movimiento despertaba á los indios, y establecieron centinelas al rededor del campamento. Al dia siguiente les desataron, y apareciendo á las diez los indios apostados en la ribera con la noticia de que se divisaba una barca, ordenóse á los tres prisioneros que incorporándose á los otros dos salieran á atraer á los viajeros implorando auxilio. Júzguese de su cruel situacion en la dura alternativa de perecer en el acto ó de contribuir á aumentar el número de víctimas. El señor Johnson se propuso no desplegar sus labios, pero no fue preciso, pues los otros consiguieron interesar á los seis que venian, quienes al atracar fueron muertos en la primera descarga, escalpados, despojados, arrojados al agua y distribuido el botin. Poco despues anunciaron las centinelas otras tres lanchas, y aunque emplearon igual ardid, salióles fallido. Los viajeros desatendieron las súplicas y siguieron su camino: salieron entónces los indios y dispararon, aunque sin éxito, pues el Ohío mide más de una milla de anchura, pero los viajeros espantados se reunieron en un barco abandonando los otros dos. Alentados los indios apoderáronse de ellos y embarcándose con los prisioneros intentaron darles caza; mas no consiguiéndolo á causa de la delantera que los viajeros les llevaban, contentáronse con el botin de los otros dos, consistente en provisiones y alhajas de

aquellas tres familias de Virginia que emigraban al Kentuky, y llevándoles á tierra, ántes de repartir lo apresado, destaparon varias barricas de wiskey, bebiendo con tal avidez que en breve se embriagaron, á excepcion de seis ó siete que custodiaban el botin. Entregado Johnson al pesar de su cautividad negóse á participar de aquella repugnante orgía, pues su pensamiento se fijaba constantemente en la idea de evadirse tan luego como se presentara ocasion, y no dudó que le favoreceria el sueño de sus enemigos. La dificultad consistia en lograr deslizarse amparados de la oscuridad hasta las estacas á que estaban amarradas las lanchas, y dueño de ellas abandonarse á la corriente; esperábale la libertad si lo conseguia, y en caso contrario tan segura era su muerte como no intentándola. Comunicó el proyecto con Skuyl, junto al cual estaba acostado, y este se adhirió á él con tanto más afan, cuanto que hacia dos horas debió el no ser escalpado por un indio ebrio á la mediacion de otros dos que, más razonables, le apartaron de su cruel intento.

Aunque convencidos de que todos dormian, no obstante hablaban quedo, cuando un indio acostado á larga distancia y del cual no podian sospechar ser oidos, levantóse y les ató como en la noche anterior sin la menor demostracion de cólera ni dirigirles la palabra. El que juzgándose arrebatado en una blanca nube hasta la morada del sol húndese de repente en un abismo no puede sufrir mayor desesperacion que nuestros viajeros, que ya abrigaban las más halagüeñas esperanzas de libertad, y de súbito se hallan ligados, separados, vigilados y con el triste convencimiento, segun las relaciones que á otros oyeran, de que sus enemigos no tardarian en reponerse de la embriaguez y que los destinarian á humillantes ultrajes, á penosos trabajos ó á suplicios lentos, crueles y bárbaramente prolongados. Así pasaron el resto de aquella noche angustiosa.

Con el dia despertaron sus guardianes, y desatándoles y anunciando el jefe de la expedicion que quedaba terminada, encaminóse cada tribu con sus respectivos prisioneros á sus moradas situadas á las márgenes de los lagos Ontario y Erié. Encargaron á Johnson de la conduccion de una vaca; Skuyl, como herido, caminaba libremente, y Peggy unas veces marchaba con las indias, otras se reunia con sus compatriotas sin que los indios desconfiaran. El primer dia anduvieron cinco millas, vivaqueando en un extenso valle, donde pastaban cuarenta caballos, apresados á diferentes viajeros y enviados allí para recogerlos á su regreso, porque aquel valle ofrecia abundante y nutritivo pasto. Comieron la vaca asada, y al dia siguiente el jefe y ocho ó diez indios se adelantaron llevándose á Peggy, cuyo buen humor le granjeara general simpatía. Movíase la caravana entre ocho y nueve despues de almorzar con los relieves de la cena, cazaban durante el camino y á medio dia se detenian para asar y comer la caza, despues de lo cual continuaban la marcha hasta una hora ántes de anochecer en que cenaban y ataban á los prisioneros, acostándose tranquilamente. Nunca mataban mas caza que la precisa y observaban las mayores precauciones para evitar que se conociese su direccion.

Aprovechábanse los dos prisioneros de la libertad de hablar durante el camino, y su conversacion giraba siempre sobre el triste porvenir que les aguardaba y sobre su malograda tentativa: concibió el caudillo sospechas de tan continua plática, y observando el mango de un cuchillo asomar por el bolsillo de

Johnson, procedieron á registrarlos: ocuparon otra navaja y varias guineas á Skuyl, desnudáronles para mayor seguridad entregándoles taparabos y camisas desgarradas, y dividióse la caravana en dos secciones cada una con un prisionero, que siguiendo distintos caminos debian reunirse en un paraje convenido. Tal separacion afligió más á Johnson que perdia con Skuyl el único amigo, la sola esperanza que le restaba; pero resignándose á tan duro golpe, ocultó su dolor bajo la apariencia de la serenidad, y entregóse al pensamiento de huir de tan odiosa esclavitud, pues si bien es cierto que los indios suelen asesinar á los prisioneros, no lo es ménos que á veces les emplean en la caza ó en otros trabajos serviles.

Encontraron en el camino otras tribus á quienes contaban el resultado de la expedicion, y algunas veces maltrataban á Johnson; mas un dia, decidido á todo, al recibir un golpe de un indio devolviósele con tal violencia, que le arrojó rodando un gran trecho, accion que le valió los aplausos y consideracion de los salvajes, quienes dijeron que se portaba como hombre, pues solas las mujeres permitian que las golpearan impunemente. Incorporóse á ellos el jefe con la escolta y Peggy, que sin duda por temor evitaba la sociedad de Johnson, cuya libertad aconteció casi providencialmente. Un mercader frances del Canadá, noticioso de que los shawaneses poseian un prisionero blanco, presentóse á comprarle; negáronse á venderle los indios una y otra vez, mas careciendo de wiskey para un festin acordaron la venta de Johnson, y montándole en un caballo partieron con él sin decirle adónde iban; ya juzgaba llegada su última hora, cuando á unas cinco millas toparon con la morada del señor Duchoquet, y despues de abundantes libaciones cedieron á Johnson por seiscientos botones de plata, cuyo valor seria de 100 pesos. La repentina nueva de su libertad pareció sumir á Johnson en una especie de estupor que sólo desechó cuando al dia siguiente se presentaron sus enemigos para entregarle el código de la Virginia que le arrebataran entre los demas efectos.

Permaneció con Duchoquet hasta el 13 de junio, y admitido á bordo de una balandra del estado por órden del gobernador, atravesó el lago Erié; allí se trasbordó á otro barco, con el cual llegó al Niágara, costeó el lago Ontario, siguió el rio Oswego y regresó por Albany y nueva York al seno de su familia, á quien no contaba ya abrazar.

No todos libraron tan bien como Johnson. Peggy fue entregada por sus raptores á dos cherokeses que la llevaron á las márgenes del lago Santucky. Noticioso de que entre los indios se hallaba una mujer blanca, presentóse el señor Mac-Intosh, compañero de Duchoquet, acompañado de un mancebo de Virginia conocido de la familia de Peggy y adoptado por la tribu de los *wyandots* al jefe de ella que le distinguia muy particularmente y decidióle á rescatarla diciendo que era su hermana. El anciano pasó á tratar con los cherokeses, quienes se negaron á toda transaccion amenazando matarla más bien que venderla; mas al dia siguiente volvió con veinte wyandots, y sorprendiendo á los cherokeses dormidos libertó á Peggy y se la entregó al virginio Whiteyka, que la escoltó hasta Point-Pleasant. Jacob Skuyl llegó al territorio shawanes con la herida medio gangrenada por las picaduras de los mosquitos, y fue empleado en labrar la tierra. Una mujer que trabajaba con él le advirtió que le iban á quemar, y provisto de un

fusil y algunas tortas de maíz, huyó por la noche, atravesó los bosques, llegó á orillas del Miami, y abandonando el fusil pasó el rio á nado. Pintóse el cuerpo, y auxiliado por el escaso conocimiento del idioma cruzó por varias tribus que le socorrieron juzgándole compatriota. Cuando llegó al lago Erié, el barquero se negó á pasarle tomándole por espía; mas presentóse al propietario de la barca, refirióle sus desgracias y obtuvo lo que anhelaba. Desde allí ganó por el Canadá los estados del Norte y regresó á Greenbriar-court-house. William Phlyn, entregado á los cherokeses que moran á la márgen del gran Miami, fue sujetado, tan luego como llegaron al pueblo, á crueles tormentos que duraron dos dias, y concluyeron con quemarle. Cuando Jacob Skuyl iba con sus enemigos á la residencia shawanesa pasó por la plaza en que el dia anterior fuera achicharrado su infeliz compañero.

INCENDIO DEL WALTER SCOTT,

cerca de Charleston.

A 21 de mayo de 1835 zarpó de Nueva Orleans el *Walter Scott* con un cargamento de 1,794 pacas de algodon, 18 marineros y 3 pasajeros, entre los cuales se hallaba la señora Hamilton, en cinta. Contaba el buque dos años de existencia, valia 22,000 pesos fuertes, y comprado en Boston iba destinado á Liverpool.

Bajando por el golfo Stream encontró un furioso viento del Suroeste. El mar estaba alborotado, y á las ocho de la mañana del 21 de junio, á los 31° 24' de latitud y 75° 43' de longitud, casi á la altura de Charleston, ciudad de la Carolina del Sur, cayó un rayo en la embarcacion, hallándose el capitan y los tres pasajeros en sus camarotes. Subió el primero sobre cubierta con tal priesa, que ni se acordó de calzarse. El flúido eléctrico habia roto un mástil, cayendo sobre el castillo miéntras almorzaban los marineros, dispersándoles despues de romperlo todo en torno, y arrasando completamente el *Walter Scott* de popa á proa y en el entrepuente.

Lo violento y repentino de tan terrible accidente habia tenido al buque suspenso por un momento sobre una ola. Todos estaban aterrados, pero nadie conocia aun hasta dónde llegaba el estrago.

A los pocos minutos sonaron voces de ¡fuego, fuego, fuego! Imagínese el terror que infundieron esos clamores en el mar, en un buque á merced de la tormenta. La conmocion eléctrica casi habia privado de sentido á los marineros. Aquel grito les volvió en su acuerdo. Los pasajeros estaban atontados de espan-

to; sola la señora Hamilton mostró valor y energía ante el peligro. ¡La lancha, la lancha! gritaron algunos.

Hacia seis ú ocho minutos que cayera el rayo, y todo el cargamento estaba ya ardiendo, á popa y á proa. La lancha se hallaba llena de varios artículos y no podia echarse al mar desde luego. Bajó el capitan á buscar un cuchillo y una pistola, y subiendo otra vez á cubierta exclamó con brio y entereza: Marineros, nunca me habeis abandonado en el peligro, y hoy cuento con vosotros. Al primero que no cumpla su deber lo mato. ¡A vaciar la lancha! ¡Al mar el bote! ¡Aprisa, aprisa... ó dentro de diez minutos nos vamos al otro mundo!

Acudió tambien la dama, descompuesta la cabellera, y sin separarse del capitan animó á los marineros con el ademan y la voz; como un ángel del cielo allí colocado para sostener el valor de los débiles mortales.

Los atónitos marineros con el maestre á la cabeza obedecen presurosos, vacian la lancha y pónenla á flote.

—¡La señora á la lancha! grita el capitan.

A la sazon el buque crujia horriblemente... do quiera brotaban llamas... los mástiles cedian á la furia de la tempestad.

La animosa dama salta salva y sana á la lancha.

—¡Alabado sea Dios! dijo el capitan.

Parte de la tripulacion se coloca junto á ella, en tanto que los otros marineros saltan al bote. El capitan y el maestre son los últimos que abandonan el puente del *Walter Scott* inflamado.

Todos estaban embarcados. ¡Cortad la amarra! ¡larguémonos! gritó el capitan; y ejecutada la maniobra, añadió: El buque está perdido, pero nos queda la vida, y ahora tenemos que disputarla al temporal. Al momento en que el bote se alejaba de la embarcacion los mástiles incendiados cayeron por encima de la borda; el trueno retumbaba, los relámpagos brillaban, el mar rugia en torno, y los dos frágiles leños fluctuaban al viento, enteramente á merced de las olas.

Al cabo de cincuenta minutos un penacho de llamas cubrió el buque que se abismó en las aguas. ¡Ya desapareció para siempre el buen *Walter Scott!* exclamó la señora Hamilton con dolor. El capitan, los marineros y pasajeros se dirigieron entónces á la costa, navegando ambos barquichuelos en conserva todo aquel dia con su noche. Llevaban escasos víveres, y su porvenir era de los más tristes. A la siguiente alba divisó el capitan una vela al Oeste. Hicieron una lona de un saco viejo, levantaron un mástil é izaron el trapo. Maestre, dijo el capitan, id solo al buque que está á la vista y haced lo posible para que nos recoja. Voy, capitan, respondió el maestre.

En breve alcanzó el bote á la nave: era el *Saladin,* capitan Humphries, que se puso al pairo, y llegando en seguida la lancha, todos fueron recibidos á bordo. El capitan, la tripulacion y los pasajeros desembarcaron en Norfolk; el primero poseia á bordo del incendiado buque quince mil pesos. Todo lo habia tragado el mar. Los vecinos de Norfolk le propusieron abrir una suscripcion en su favor, pero excusándose de aceptar el ofrecimiento vendió las dos embarcaciones, pagó todos sus gastos personales favorecido de algunos amigos, así como los de sus marineros, y al llegar á Nueva York no tenia mas que diez pesos que ofreció generosamente á la señora Hamilton.

Durante tan horrorosas escenas el capitan Clarke mostró la mayor intrepidez y serenidad. Un varon de tal temple puede luchar con todos los accidentes ordinarios; mas cuando el fuego del cielo hiere una nave y la sumerge, forzosa es la resignacion.

SINIESTROS CAUSADOS POR LA NIEBLA

en las aguas de Nueva York.

En la noche del 11 al 12 de octubre de 1857 envolvió la ciudad de Nueva York una espesa niebla cuya creciente densidad impedia distinguir los objetos más próximos: fenómeno que se produjo más intenso todavía en los afueras y más particularmente en los dos rios del Norte y del Este, así como en la bahía. En aquella terrible noche multiplicáronse los siniestros, percibiéndose repetidos lamentos á que nadie responder podia. Ni aun la luz de los faroles hendia la niebla.

En la mañana del mártes 12 el vapor *Metamora* procedente de Haverstraw y Nayax bajaba el rio, entorpecido el camino, multiplicadas sus luces y sonando sin cesar su campana, al propio tiempo que el vapor *Comodoro* lo subia con iguales precauciones. Al tañido de las campanas ambos á dos redoblan su prudencia, cuando de pronto á la altura del Dobb's Ferry, experimentan un terrible choque el *Comodoro* pasa por ojo al *Metamora*, y el desórden llega al colmo. ¿Cuáles son las averías? Pronto los pasajeros del *Metamora* se ven perdidos, notando que la nave se va hundiendo; el tajamar del *Comodoro* ha penetrado profundamente en el costado de aquel buque, el cual hace agua por un ancho boqueron.

El *Comodoro* permanece en el lugar de la catástrofe, dispuesto á prestar todo el auxilio que se le pida; mas el vapor zozobra en breves minutos ántes de que pueda principiarse el salvamento.

A cada instante los desventurados pasajeros piensan morir, siendo inminente el peligro de sumergirse por completo la nave. Experiméntase de improviso otra sacudida; el *Metamora* ha tocado fondo, y los pasajeros reunidos en la popa recobran la esperanza: ciento cincuenta personas esperan allí en las tinieblas que les llegue el turno de refugiarse en el otro vapor, y merced al órden que reinó en el salvamento ninguna muerte hubo que deplorar durante la operacion.

Sin embargo, no se habian salvado todos. Tras el primer choque perecieron ocho personas siendo la primera víctima un tal Davis, de Haverstraw, que se trasladaba á Nueva York con su esposa é hijo. Los lamentos de estos dos seres para él tan queridos le hacen perder la serenidad, tan necesaria en aquel supremo instante.

¡Sálvanos, sálvanos! exclaman; y ambos abrazan desesperados al que consideran como á su único protector. Ya la señora Davis se ha puesto un cinturon salvavidas. Toma el padre al niño en brazos, y desatentado, sin curarse de si se precipita bajo las ruedas de la otra embarcacion, arrójase al rio; síguele su esposa, y los tres perecen.

El *Comodoro* tambien habia sufrido alguna avería, pero las bombas achicaron prontamente la poca agua que hacia; y recogiendo á bordo á los náufragos del *Metamora*, los trasbordó en seguida al *Isaac P. Smith*, que se dirigia á Nueva York.

La noche anterior bajaba el rio del Norte el vapor *Island-Bell,* trasladándose de Nayax á Nueva York con 220 pasajeros, cuando de repente sufrió tan violenta sacudida que todos creyeron destrozada la nave. Por espacio de dos ó tres minutos nadie se movió ni profirió la menor exclamacion: tan grande era la ansiedad.

En breve comenzaron á abrigar esperanzas, buscando medios de llegar á tierra, pues el buque sólo está encallado en una roca que la densa niebla ha impedido ver.

A la calma sucede la mayor confusion, verificándose el salvamento entre un gran tumulto. Atestado el bote de mujeres y niños está á punto de zozobrar; empieza á bogar, y todos los corazones palpitan en el vapor, pues por poco que disten de la orilla los infelices están perdidos; mas en breve oyen voces de júbilo, anunciándoles que se habian salvado los del bote.

Pensando entónces cada cual en sí mismo tropiezan en la oscuridad, se derriban y sin embargo andan todos con la mayor precaucion: tan grande es la intensidad de la niebla. Un resbalon puede despeñarles al mar, y el pié sondea despacio el terreno ántes de aventurarse.

Unos alcanzan la dicha de instalarse en la barquilla, otros no quieren exponerse á un nuevo viaje, pues no conociendo la clase de peligro que les amaga, la dilacion quizá les perderia; estos se apoderan de tablas y arrójanse al agua sobre estas balsas improvisadas; aquellos saltan sobre la misma roca en que se halla atascado el *Island-Bell;* todos por fin llegan á la orilla, y se buscan, y se juntan, y se cuentan: ninguna pérdida hay que lamentar.

Trasládanse á la línea férrea del Hudson, y parándose á recogerles el primer tren que pasó, los náufragos llegaron á Nueva York.

En la misma velada el *Southfield* y el *Hunchback* servian la línea de Staten-Island, cuando chocaron cerca de los Robbin's Reef con tal violencia, que ambos sufrieron gravísimas averías. Ni los capitanes sabian á punto fijo el estado de las dos naves, de suerte que aconsejaron á los pasajeros que se ciñesen los cinturones salvavidas para lo que pudiera acontecer.

Cada cual se prepara á toda prisa y aguarda nuevas órdenes de los capitanes, quienes en tanto examinan con atencion la índole de los desperfectos, procu-

rando no separar los buques para que puedan auxiliarse en caso necesario. Por fin, despues de una larga cuanto congojosa espera, los capitanes anuncian que, no obstante la gravedad de las averías, las embarcaciones pueden seguir navegando sin recelo, y vuelven á funcionar las máquinas. Los pasajeros del *Southfield* observan con terror la obra muerta, de la cual faltan seis ó siete piés, y á despecho de las seguridades del capitan no quieren abandonar los salvavidas hasta que lleguen á puerto.

No fue más afortunado el *Sylph*, encargado de efectuar en la misma línea el viaje de las seis de la tarde, pues á los pocos instantes de zarpar, y cuando moderaba cuanto podia la fuerza de la máquina, fué á dar en las rocas de Governor's Island. En balde se hizo cuanto fue posible para desencallarlo, y despues de averiguar la insignificancia de las averías, sólo era de temer que algun buque viniese á chocar con aquella inmóvil masa. A las tres de la madrugada la pleamar puso término á la angustia de los pasajeros desencallando el vapor, el cual sin más novedad pudo llegar á su destino, donde su retardo causaba ya vivas inquietudes.

Casi igual suerte cupo al *Empire-State*, que á las cinco de la tarde zarpó del desembarcadero del rio del Norte cuando todavía era tan ligera la niebla, que el piloto confiaba salir de la bahía ántes que aquella se condensara. De pronto ya no se distingue nada, encontrándose el *Empire-State* enfrascado en el laberinto de buques que guarnecen los muelles y recorren el rio.

El piloto sigue su camino á la ventura, á ciegas, temiendo á cada paso tropezar con algun buque y ocasionar desgracias; ni siquiera le queda el recurso de retroceder, no siendo menor el peligro por este lado, y tal vez mayor, pues el vapor debe ya encontrarse asaz léjos. Traspuestos los buques se ofrece otro peligro, por cuanto falta atravesar muchos canalizos angostos que exigen gran conocimiento de los lugares al par que una exquisita prudencia.

A pesar de la lobreguez el experto piloto ha evitado la mayor parte de los escollos, y pronto el *Empire-State* podrá desechar todo temor. Rebasa el Blackwell-Island, más allá del cual se extiende una llanura de agua erizada de escollos, y llegado al término se considera fuera de peligro. De improviso una chalana que la niebla encubria se presenta casi bajo la proa del vapor, y virando al momento el piloto para evitarla, dió la nave en otro escollo.

La niebla aumentaba sin cesar.

Aunque el choque no ha sido muy violento, se descubre una via de agua, y las mujeres enteradas por los periódicos de los numerosos siniestros acontecidos en aquellos parajes, viéndose perdidas deshácense en lamentos y gemidos sin escuchar á los que tratan de tranquilizarlas.

El agua invade la cámara, y bien que las bombas no alcanzan á achicarla, á lo ménos atajan sus progresos, en tanto que la máquina sigue funcionando, ar-

rumbándose el buque hácia Nueva York. Encuéntranse en el retorno las mismas dificultades, y á pesar de la impaciencia de los pasajeros que anhelan tomar tierra cuanto ántes, no se puede avanzar sino con extremadas precauciones.

Continúa el agua penetrando en la cámara, llegando ya á la altura de una vara, de modo que las mesas y sillas nadan en tropel. Refugiados los pasajeros sobre cubierta clavan la vista en la espesa niebla preguntando á cada instante la distancia que les separa del muelle.

Llegan por fin á un desembarcadero, y acostando el *Empire-State* á una goleta atracada al muelle, todos los pasajeros saltan á ella y desembarcan felizmente. Habia á bordo 180 pasajeros y 80 tripulantes. Los efectos amontonados sobre cubierta se hallaban sin detrimento, y restituyóse el precio del pasaje á los que lo reclamaron, con lo cual salieron todos bien librados, prescindiendo del susto.

Otros accidentes de ménos monta ocurrieron todavía en aquella malhadada noche.

La barca *Jorge Washington* chocó con el largo dock situado al pié de Bridge-Street y sufrió graves averías.

Todos los vapores del Este fueron detenidos en el Sound en mitad de la noche, arribando con cuatro ó cinco horas de retardo. El *José Belknap* y el *Wyoming*, procedentes este de Elizabeth-Port y aquel de Amboy, no llegaron hasta las ocho ó las nueve de la mañana del mártes, siendo así que se les aguardaba el lúnes entre las seis y las siete de la tarde.

NUEVA BRETAÑA.

CARTA DEL P. SEBASTIAN RASLES, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, MISIONERO EN NUEVA FRANCIA, AL P.***

Narantsonak 12 *de octubre de* 1723.

Muy señor mio y carísimo hermano: me es imposible desoir por más tiempo vuestras repetidas instancias para que os explique con algun detenimiento mis trabajos y el carácter de los pueblos salvajes entre los cuales resido há largos años por voluntad de la divina Providencia, y voy á complaceros con tanto mayor placer cuanto que al satisfacer vuestros deseos cónstame que proceden más de sincero afecto que de mera curiosidad.

Embarquéme en la Rochela el 23 de julio de 1689 llegando á Quebec con toda felicidad el 13 de octubre, donde me dediqué con preferencia á aprender la

lengua de los salvajes, bastante difícil, porque no basta estudiar las palabras y su significacion, sino que es preciso coleccionar un sin número de frases y locuciones, y comprender su giro y aplicacion, lo cual no puede conseguirse sino con el continuo trato con los salvajes. En consecuencia fijé mi domicilio en un pueblo situado en un bosque á tres leguas de Quebec, habitado por trescientos salvajes *abnakis*, casi todos cristianos, quienes construyen sus cabañas formando calles casi tan regulares como las europeas y rodeando el pueblo de un seto tan espeso que puede equivaler sin desventaja á nuestras murallas. Las cabañas están formadas de estacas hincadas en el suelo y encorvado el extremo superior, cubriendo los huecos exteriormente con cortezas y por dentro con esteras de junco, que tambien extienden por el suelo excepto en un hoyo que practican en el centro, que les sirve de hogar; usan igualmente esteras para acostarse.

Consiste el traje de los hombres en un saco de pieles ó en una pieza de percal colorado ó azul, y el de las mujeres en una especie de túnica que las cubre desde el cuello hasta media pierna, y se la arreglan con bastante gusto, colocándose en la cabeza un manto que las vela completamente. Usan unas medias que sólo les cubren desde la rodilla hasta el tobillo, resguardando el resto del pié unas botas de piel de alce con el pelo hácia fuera, sobre las cuales se atan unos patines, de forma romboidal, de dos piés de largo y pié y medio de ancho. Jamas imaginé que podria andar con semejantes accesorios, y al notar la facilidad con que lo verifiqué, no se convencian los salvajes de que era la primera vez que los usaba. Sonles de suma utilidad, no sólo para caminar sobre el hielo que dura la mayor parte del año, sino para cazar los bisontes, animales mayores que bueyes, muy torpes entre la nieve, y por consiguiente les es facilísimo matarles: sírveles de alimento su carne y adoban las pieles, que truecan con los franceses é ingleses por paños, mantas, calderas, fusiles, hachas y cuchillos.

Para formaros idea de un salvaje, representáos un hombre alto, robusto, ágil, moreno, barbilampiño, de negrísimos cabellos y ebúrneos dientes. Sus adornos redúcense á rocallas de piedras ó conchas que trabajan con sumo primor, ensartándolas con tal acierto en casar los colores que presentan un conjunto sumamente agradable, y con ellas sujetan y trenzan los cabellos, fabrican pendientes, collares, ligas y cinturones de seis á siete pulgadas de ancho, con los cuales se consideran más ricos y galanos que un europeo cubierto de oro y pedrería.

Ocúpanse los hombres en la caza ó en la guerra, y las mujeres en los quehaceres domésticos y en elaborar con cortezas cestas, sacos, cajas, platos, horteras, y hasta muebles, cosiéndolas primorosamente con raíces. Fabrican las canoas de una sola corteza, por cuya razon no pueden contener más de seis ó siete personas, y causa admiracion que con estos frágiles esquifes que apénas tienen el grueso de una tabla mediana, atraviesen brazos de mar, recorran los más peligrosos rios y naveguen por lagos de quinientas leguas. Entre mis numerosos viajes en esta clase de embarcaciones solo un percance me ha sucedido: al atravesar el rio de San Lorenzo nos hallámos envueltos entre enormes témpanos de hielo que destrozaron la canoa, y fuenos preciso saltar de hielo en hielo hasta la orilla, donde llegámos sin otra incomodidad que el frio y la humedad, pues estábamos calados.

Es inexplicable su cariño por los hijos. Al punto que nacen les colocan en una tabla envolviéndoles en una piel de oso, y llevándoles continuamente las madres al hombro. Cuando empiezan á andar les enseñan á tirar flechas, en cuyo ejercicio adquieren tal destreza que á los diez ó doce años matan las aves al vuelo. Lo que me repugnó más fueron sus comidas. Llenan de carne la caldera, la hierven tres cuartos de hora y la sirven mordiendo cada cual de su tasajo como de un mendrugo de pan. Cuando observaron mi disgusto me preguntaron: ¿Por qué no comes? Porque no acostumbro, respondí, á comer carne sin pan. Ya te acostumbrarás, replicaron: eso no debe ser difícil á un patriarca que sabe rezar. Tambien nosotros nos violentamos para creer lo que no vemos. De suerte que tuve que vencer mi repugnancia á trueque de obtener su confianza y ganarlos para Jesucristo.

No guardan regla en las comidas; viven á salir del dia. Miéntras cuentan con provision abundante, la consumen sin curarse de qué sucederá mañana. Les agrada en extremo el tabaco: hombres y mujeres, chicos y grandes, todos fuman, y más aprecian que se les regale un rollo de tabaco que si se les ofreciera una barra de oro. A principios de junio, cuando la nieve está derretida, siembran *skamgnar*, cereal semejante al maíz, reduciéndose esta operacion á practicar con un palo ó con los dedos agujeros en el suelo, echar en cada uno ocho ó nueve granos y cubrirle, verificando la recoleccion á fines de agosto.

Díjeos anteriormente que sólo entre ellos puede aprenderse su idioma, porque en efecto existen palabras que pronuncian con la garganta sin mover los labios. Á pesar de mi extremada atencion, equivocábame á menudo por la falta de costumbre en pronunciar las letras guturales, lo cual no dejaba de provocarles á ruidosas carcajadas.

Al cabo de cinco meses de asiduo estudio y cuando ya llegué á comprender todas las palabras, valíme para conocer los giros de escoger á los que me parecieron de más talento, traducirles á mi modo un trozo del catecismo que ellos me devolvian corregido con toda la elegancia de su idioma, que no carece de belleza, y de esta suerte adquirí un diccionario y un catecismo con los cuales podia explicarles los misterios de la religion. La lengua madre es la de los *hurones*, y cuando se llega á poseer, puédese comunicar con las cinco naciones *iroquesas*; pero es aun más difícil, porque ademas de las letras guturales posee tal variedad en los acentos, que á veces una sola palabra expresa dos ó tres cosas distintas con sólo variarla el acento. El P. Chaumont, que residió cincuenta años entre los hurones, compuso una gramática de gran utilidad para los recien llegados; mas puede considerarse afortunado el que, aun con dicho auxiliar, consiga al cabo de diez años vencer todas las dificultades.

Llamado por mis superiores á los dos años de permanencia entre los abnakis, fuí destinado á los *illineses*, cuyo misionero acababa de morir, y encaminéme á Quebec, donde estudié tres meses la lengua *algonkina*, embarcándome el 13 de agosto para mi destino que dista más de ochocientas leguas de Quebec. Juzgad si es posible hacer tan largo viaje atravesando pueblos bárbaros sin correr graves riesgos y sufrir infinitas incomodidades. Crucé lagos de inmensa extension tan tempestuosos como el Océano, y aunque se puede saltar en tierra todas las

noches, gracias si se encuentra una roca aislada y desprovista de vegetacion para pernoctar, dónde, si llueve, el único abrigo que se posee es la canoa vuelta boca abajo. Mayores son los riesgos en los rios por la impetuosidad de la corriente que arrebata el esquife con tal violencia que si por desgracia chocase con alguna de las numerosas rocas que ocultan las aguas quedaria destrozado, desgracia que aconteció á varias de las canoas que me escoltaban, y de la cual me libré sin duda por la proteccion del Altísimo. Por último, se está expuesto á todos los rigores del hambre, pues la duracion y dificultad de los viajes impide llevar más provisiones que un saco de maíz, acudiendo á la caza, y si ésta falta, no se halla otra sustancia alimenticia que cierta planta denominada por los salvajes *kengnessanack*, y por los franceses *tripas de rocas*, semejante al hinojo, que se come asada ó cocida.

Aunque yo no padecí hambre hasta el lago de los Hurones, no sucedió lo mismo á mis compañeros de viaje, quienes dispersados por el temporal no pudieron alcanzarme; así en cuanto llegué á Missilimakinak mi primer cuidado fue enviarles víveres, sin lo cual perecieran, pues llevaban siete dias sin otro alimento que un cuervo que mataron por casualidad.

Como la estacion era demasiado avanzada para llegar al Illinois, de donde todavia distaba más de cuatrocientas leguas, permanecí en Missilimakinak donde residian dos misioneros, uno de los hurones y otro de los *utanacks*. Estos son los más supersticiosos y adictos á las mojigangas de sus sacerdotes, atribuyéndose una genealogía tan insensata como ridicula, pues pretenden proceder de tres familias, compuesta cada una de quinientas personas. La primera llamada de *Michabou* ó de la Gran Liebre, supone que este personaje era un hombre de enormes dimensiones, que echaba las redes en rios de diez y ocho brazas de profundidad, llegándole el agua escasamente al pecho; que durante el diluvio envió un castor á tierra, más no volviendo despachó la nútria, la cual regresó con un poco de tierra cubierta de espuma, y siguiéndola al sitio de donde la tomara halló un islote; pero entónces empezó á andar al rededor y el islote fué ensanchándose, lo cual equivale á proclamarle creador de la tierra; que terminado aquel trabajo voló al cielo, donde mora; pero que ántes de dejar la tierra ordenó que cuando sus descendientes murieran quemaran sus cadáveres aventando las cenizas para que llegaran al cielo más fácilmente, y que no verificándolo así, cubriria la tierra perpétua nieve, se helarian los lagos y rios y no pudiendo pescar moririan en la primavera. Y en efecto, no há muchos años que prolongándose el invierno más de lo acostumbrado, consternóse la familia de la Gran Liebre. Recurrieron á sus ceremonias, reuniéronse para excogitar los medios de precaver la catástrofe que temian, cuando una vieja clamó: Mis hijos no guardan memoria del mandato de la Gran Liebre, y olvidando sus órdenes han dejado un cadáver de la familia sin quemarle á algunas jornadas de este sitio. Que mis hijos se apresuren á reparar esta falta si desean que la nieve desaparezca. Nuestra madre tiene razon y es más sabia que nosotros, respondieron: su consejo nos vuelve la existencia. Y en seguida comisionaron veinticinco hombres para que fuéran á quemar el cadáver. Durante los quince dias que tardaron comenzó el deshielo, y colmaron de regalos y elogios á la anciana, sirviendo aquel acontecimiento para afirmarlos más en su supersticion.

La segunda se supone procedente de *Namepich* ó de la *Gran Carpa*, la cual dicen que aovó en la orilla de un rio, y de los huevos fecundados por el sol nació una mujer, tronco de la familia.

La tercera atribuye su orígen á la pata de un *machova* ú oso, por lo cual se denomina del Oso sin más explicaciones, y cuando matan alguno de estos animales le celebran un gran festin en que le dicen: No pienses mal de nosotros: tú eres sabio, y observas que nuestros hijos están hambrientos: te áman y desean que entres en ellos: ¿qué mayor agasajo podemos hacerte que entregarte á los hijos de los jefes?

Sola la familia de la Gran Liebre quema los cadáveres; las otras los entierran sujetándose á la siguiente ceremonia. Colocan en un gran ataud el cadáver vestido con sus mejores ropas, y acompañado de su manta, fusil, pólvora y balas, su arco y flechas, la caldera, el plato, víveres, su macana, pipa, pinturas y espejo, varios collares de porcelana y numerosos regalos, imaginando que con tal equipaje realizará mejor el viaje al otro mundo y será mejor recibido por los grandes jefes que le conducirán á un lugar delicioso. Entre tanto que colocan el cadáver y sus accesorios en el féretro y le tapan, los parientes cantan una música lúgubre acompañándose con campanillas atadas en palos. Pero en lo que llega al colmo de la extravagancia su supersticion es en el culto de los *manitúes*. Como no conocen mas que las fieras, con quienes comparten el dominio de los bosques, afirman que en las pieles ó plumajes reside un genio omnipotente que dispone de la vida; así reconocen manitúes nacionales y particulares. Oussakita es el gran manitú, jefe de todos los animales, por lo cual, cuando van á caza, le ofrecen tabaco, pólvora, municiones y pieles adobadas, colocándolas en lo alto de una percha y diciendo: Oussakita, aquí te presentamos tabaco y municiones para que caces; dígnate aceptarlo y proporciónanos buena y abundante caza, para que nuestros hijos no carezcan de vestidos ni de alimentos. Sigue despues Michibichi, el manitú de los peces, al cual ofrecen un sacrificio semejante cuando van á pescar ó emprenden un largo viaje marítimo, arrojando al rio tabaco, víveres y una caldera suplicándole que disponga que las corrientes sean ménos impetuosas, ó les proporcione pesca abundante. Y por último, comienza la interminable série de manitúes particulares que son un oso, castor, una avutarda, etc., cuya piel llevan en la caza, en la guerra y en los viajes, persuadidos de que les preservará de todo riesgo y les colmará de beneficios. Para proporcionarse un manitú esperan á soñar con un animal; luego le buscan, le matan y desuellan, y colgando la piel en la cabaña celebran un festin, le arengan y queda reconocido por su genio tutelar.

Tan luego como llegó la primavera salí para el Illinois, atravesando varias tribus á quienes instruia en la religion un misionero que reside en la bahía de los Hediondos, y al cabo de cuarenta dias llegué al primer pueblo compuesto de unas trescientas cabañas, cada una con tres ó cuatro fogatas. A cada fogata se sientan dos familias. La nacion consta de once pueblos. Al siguiente dia fuí convidado por el jefe á un festin que debia celebrarse con los sujetos de más valía, para el cual se mataron varios perros, manjar que consideran como el más exquisito, por cuya razon á todo banquete donde se come carne de perro le denominan festin de jefes, y en estas asambleas se discuten y deciden los nego-

cios importantes, como declaraciones de guerra, paces, transacciones ó destinos de los prisioneros.

Sentáronse los convidados en esteras y levantándose el jefe comenzó un discurso que excitó mi admiracion por su elegancia, correccion, exactitud y vigor, y confieso que no se oyen muchos discursos europeos compuestos despues de grandes estudios y meditacion que conmuevan y arrebaten como este improvisado; despues dos salvajes que desempeñaban el cargo de escuderos sirvieron la comida, durante la cual hablóse de cosas indiferentes retirándose en seguida llevándose lo sobrante de la vianda, pues los illineses no acostumbran como otros salvajes devorarlo todo aunque deban reventar.

Los illineses sólo usan taparabos, pues la pintura les sirve de vestido y se cubren con una piel adobada en verano y una manta en invierno. Adórnanse la cabeza con coronas de plumas de colores artísticamente casados, llevan collares y pendientes de piedrecitas preciosas y entre su pintura sobresale el bermellon, porque se imaginan que les agracia. Cuando no se ocupan en guerrear ó en cazar pasan el tiempo en diversiones, bailes ó festines, y tambien danzan en los entierros para honrar la memoria de los difuntos, recibiendo de la familia doliente numerosos regalos. Por lo general no entierran los cadáveres; les cosen en pieles y les cuelgan de los árboles. Los ratos de ocio les emplean los hombres en fabricar arcos, flechas, *calumets* y otros objetos; las mujeres labran la tierra, siembran, tejen esteras, curten las pieles y desempeñan las faenas más penosas, pues entre ellos la mujer está considerada como esclava.

No se halla en todo el Canadá comarca más abundante que la de los illineses: en sus rios abundan los cisnes, avutardas, ánades y cercetas; hállanse bandadas de más de doscientos gallos de indias, pesando á veces hasta treinta y seis libras, y con una barba de crin de medio pié de largo; pueblan los bosques osos, ciervos, corzos y bisontes que pastan en manadas de cuatro á cinco mil, y cada año cazan sobre mil corzos y dos mil bisontes. Este cuadrúpedo diferencíase del buey en que tiene una jiba, las astas muy desviadas y la cabeza enorme: su pelo es rizado y suave y la carne, salada naturalmente, es un alimento tan ligero que no produce indigestiones aunque se coma cruda. Cuando matan un bisonte flaco sólo comen la lengua.

Su principal arma es la flecha, cuyo casquillo es de piedra aguzada, y de ella se sirven igualmente en vez de cuchillo. Son tan diestros en el manejo del arco que jamas yerran el golpe y disparan cien flechas miéntras se carga un fusil. Pocas veces pescan, pues prefieren la salvajina, mas cuando lo verifican prefieren emplear la flecha á la red. El único medio de granjearse sus simpatías es adquirir fama de hábil cazador ó atrevido guerrero, gloria que estiman tanto que no vacilan en soportar fatigas, largos viajes, hambre y sed por apresar ó escalpar á un enemigo. Cuando se aproximan á los campamentos contrarios no cazan para evitar que huyan las reses heridas y se aperciban los enemigos, pues su modo de pelear es por sorpresa. Envian espías y segun su relacion se emboscan, cayendo repentinamente sobre los descuidados adversarios y matándoles á mazazos. La maza, macana ó tomahaw está formada de una cuerna de ciervo con una bola de madera ó piedra en la punta. Tan luego como asestan con ella un golpe y el enemigo cae aturdido, se apresuran á desollarle el cráneo en redondo, á

cuya operacion llaman escalpar, verificándola con increible prontitud. Cuando un salvaje regresa con prisioneros vivos se reunen todos los habitantes del pueblo y les torturan cruelmente á su paso. Reúnense luego los ancianos para deliberar, y si algun guerrero ha muerto en el combate adjudican su cabaña al prisionero, á cuyo acto llaman resucitar el muerto; mas si le condenan á muerte plantan un poste en la plaza, le atan á él, le mandan cantar el himno de la muerte miéntras que á corta distancia encienden una grande hoguera, en la cual ponen á enrojecer hachas, cañones de fusil y otros objetos de hierro, aplicándoselos al cuerpo, cortándole tajadas de carne y comiéndoselas, ó torturándole de mil modos, á cual más cruel, que á veces se prolongan dos ó tres dias, costumbre bárbara é impía tomada de los iroqueses.

Llaman al cristianismo oracion; les agrada que enseñen á sus mujeres é hijos, pero no pueden resolverse á poseer una sola mujer y para toda la vida. Concurren á la capilla por mañana y tarde y tan adictos son á la oracion que prefiririan morir á perderla. La distancia que les separa de Quebec les impide conocer el aguardiente que tan fatales consecuencias produce entre otros pueblos salvajes.

A los dos años me ordenaron volver á los abnakis y en el camino me sucedió una aventura que juzgo oportuno referiros. Al pasar por una aldehuela de veinticinco casas, en la cual moraba un sacerdote frances, invitóme á confesar una muchacha salvaje enferma, cuya cabaña se elevaba á corta distancia. Díjome ella que estaba instruida en los preceptos de nuestra religion y añadió: Padre, no me niegues el bautismo. Ya ves la opresion de mi pecho y la escasa vida que me resta. ¡Qué desgraciada seria si muriera sin recibirle! Ofrecíselo para el dia siguiente y tal fue su gozo que se presentó en la capilla, aunque poco despues murió. No os referiré lo que he conseguido en los años que llevo en esta mision; sólo puedo deciros que se han trocado de tal suerte que no parecen los mismos, asistiendo á los oficios divinos con la mayor religiosidad y conservando la inocencia del bautismo. Tal cariño me profesan que no soy sólo para ellos el sacerdote que cuida de sus almas, sino que es fuerza que arregle sus diferencias, que les asista en las enfermedades, que presida sus consejos, que decida en los casos de paz ó guerra, de tal suerte que me es preciso encerrarme para rezar. El año 1697 recelé que la proximidad y frecuente trato con la tribu *amalinga*, que se estableció en las inmediaciones y es la más supersticiosa, entibiara la fe de mis queridos abnakis; pero Dios atendió á mis oraciones, y el aspecto de las mojigangas de los vecinos sólo consiguió fortalecer más en sus creencias á mis feligreses, y aun logré convertir á aquellos, merced á la providencial coyuntura siguiente.

Mataron los ingleses á un jefe abnaki y los amalingas vinieron á ofrecer presentes y bailar en honra del difunto. Era precisamente la víspera de la festividad del santísimo Corpus Christi, época en que se confesaban los abnakis; verificóse al siguiente dia la procesion con el mayor órden y recogimiento, lo cual admiró á los amalingas, y aprovechando tan feliz disposicion les exhorté en su idioma. Largo tiempo há, hijos mios, les dije, que deseaba veros, y al lograrlo mi alegría no conoce límites, porque aunque no oreis, os considero como hijos. Sí, todos sois hijos del gran Genio, que os crió lo mismo que á los que oran, que os ofrece el cielo y piensa en vosotros de igual suerte. Pero si tan grande es mi alegría

al hallarme entre vosotros, ¿cuál será mi pena al pensar que llegará un dia de funesta separacion en que serán dichosos los que oran y los otros desgraciados? Así, pues, si me apreciais como yo os aprecio, si deseais estar á mi lado, debeis orar y bautizaros, para que nos hallemos juntos en aquel delicioso lugar. Expliquéles en seguida los artículos de la fe añadiendo: Estas palabras no son mias ni de ningun hombre, sino del gran Genio; no son signos que se escriben en un collar, sino en el libro del gran Genio, donde no cabe mentira. Valíame de este símil, porque cuando ellos felicitan á alguno, le envian un collar ó cinturon simbólicamente bordado con abalorios, y el portador se encarga de descifrar la escritura misteriosa. Recordando despues el objeto que les conducia proseguí: El que honrais oró, fue fiel al gran Genio y ahora disfruta de su celestial presencia para no morir jamas. Orad como él y viviréis eternamente.

Cuando cesé de hablar reuniéronse, conferenciaron y su orador respondió: La voz de nuestro padre ha llegado al corazon de mis hermanos, pero nada podemos asegurarle hasta que en el próximo otoño celebren el gran consejo nuestros jefes. Congratúlome, repliqué, de que mis hijos me oigan con gusto, y de que deseen tiempo para decidirse; de ese modo abrazarán con más firmeza mis proposiciones. Entre tanto rogaré al gran Genio que os inspire la resolucion de orar y os otorgue su misericordia.

Retiráronse á su aldea, y noticioso de que en el otoño debia un sugeto de nuestra tribu pasar á comprar trigo á la de los amalingas, encarguéle que les recordase su promesa añadiendo que deseaba que orasen: á los pocos dias volvió con la siguiente respuesta: Agradecemos á nuestro padre que piense en nosotros y estamos dispuestos á orar; pero carecemos de víveres para subsistir ínterin nuestro padre nos instruya, y como tambien habita el hambre en la cabaña de nuestro padre, le es imposible alimentarnos. Si nuestro padre se dignara pasar algun tiempo cón nosotros, nos instruiria y el hambre se alejaria de su hogar, lo cual nos causaria doblada satisfaccion.

Favoreció á aquella respuesta la circunstancia de que los abnakis estaban ausentes hasta la recoleccion, por lo cual me embarqué, y cuando me divisaron comenzaron á hacer salvas hasta que salté en tierra. Aprovechando tan felices disposiciones les instruí, erigí una capillita, y pocos dias despues recibí el dulce consuelo de administrarles el santo sacramento del bautismo. ¡Ah! os aseguro, carísimo hermano, que no existe satisfaccion comparable á la de encaminar á todo un pueblo salvaje por la senda de la virtud y de la salvacion. Disponíame ya á regresar á mi pueblo, cuando llegó un diputado rogándome acudir al gran consejo donde se hallaban los jefes reunidos, y el orador al verme levantóse y dijo: No hallamos palabras para manifestar á nuestro padre el agradecimiento que le debemos: el bautismo y la oracion alegran nuestros corazones, les fortifican y regeneran. Ántes que nos deje hemos deseado asegurarle que no faltarémos á los santos principios que inculcó en nuestros corazones. Respondíles con un breve discurso ofreciéndoles acordar el medio de que ambas tribus se unierán, y me alejé llorando al contemplar las lágrimas de aquellos sencillos salvajes.

La aldea en que moro se llama Narantsonak, y pertenece al territorio intermedio de la Acadia y la Nueva Bretaña, distando ochenta leguas de Pentagonet

y ciento ochenta de Puertoreal. El rio que le baña, llamado Kinibeki, de cuyo nombre procede la denominacion de kanibales ó caníbales aplicada á estos salvajes, desagua en Saukderank, distante cuarenta leguas de nuestro pueblo y seis de Pemquit. Sólo nos alejan dos jornadas de las primeras habitaciones inglesas; pero necesítanse quince dias de penoso é incómodo camino para llegar á Quebec. Como los ingleses comercian con estas tribus, no perdonan medio de atraerlas á su amistad y religion; pero todas sus estratagemas se estrellan en la firmeza de mis feligreses.

Cuando estaban á punto de romperse las hostilidades entre las potencias europeas, el gobernador ingles solicitó una entrevista de los salvajes en terreno neutral, y estos se empeñaron en que yo les acompañara para resolver las dificultades que ocurriesen. Saludáronse entrambas partes con una descarga, y saltando en tierra el gobernador con un ministro protestante y su escolta, sorprendióse al verme y dijo á los salvajes que su objeto era sólo recordarles que deseaba conservar con ellos buenas relaciones y que se mantuviesen neutrales en la guerra europea, en trueque de lo cual les comprarian las peleterías y les venderian provisiones á precio módico. Despues de lo cual, llevándome aparte, añadió: Os suplico, señor cura, que no les exciteis á la guerra. Respondíle que mi carácter y mision eran pacíficos, y nada más pude añadir, pues pensando los salvajes que intentaban arrebatarme, corrieron á mi auxilio, contestando á la par al gobernador: Gran capitan, nos intimas que no tomemos parte en la guerra con los franceses: entiende que el frances es nuestro hermano, porque su oracion es igual á la nuestra, y habitamos una cabaña de dos fuegos. Sentado en mi estera te observaré. Si entras en la cabaña del lado de mi hermano y empuñas una hacha, empuñaré la mia: si la levantas sobre el frances, correré á tí y te heriré, porque no puedo permitir que hieran á mi hermano en mi cabaña impunemente. Así, pues, gran capitan, no ofendas á mi hermano, y no te ofenderé; permanece tranquilo en tu estera, y no me moveré de la mia: de ese modo serémos amigos.

Poco tiempo despues de esta conferencia varios salvajes regresaron de Quebec con la noticia de hallarse empeñada la guerra entre Francia é Inglaterra, y al punto la tribu entera celebró un festin, en el cual se dispusieron doscientos cincuenta guerreros á combatir por la Francia. Convencido de la inutilidad de mis exhortaciones en contrario, amonestéles la oracion, la caridad con los débiles, la piedad con los vencidos, y la humanidad en el combate. Disemináronse en un contorno de veinte leguas y destruyeron de rebato á los pueblos y caseríos ingleses, apresando ciento cincuenta hombres y regresando con dos canoas cargadas de botin. Miéntras duró la guerra asolaron toda la comarca habitada por los ingleses, quienes pensando que yo les excitaba á molestarles emplearon todo género de estratagemas para asesinarme, llegando hasta á ofrecer mil libras esterlinas por mi cabeza. Insensatos proyectos que el cielo desbarató protegiendo mi inocencia.

Ajustada la paz el gobernador inglés solicitó otra entrevista en que les notició que Francia cedia á Inglaterra Plaisance, Portrail y el terreno adyacente, y excitándoles á ajustar la paz como anteriormente, pues sólo las sugestiones de los franceses, decia, la habian roto, á cuya arenga respondió el orador: Mis hermanos se regocijan de que la paz venga á habitar en nuestras cabañas: si ántes

moró la guerra es porque el inglés ofendió á mi hermano el frances, y ya te dijímos que para defender á nuestro hermano estaban siempre dispuestas nuestras hachas. Dices que son tuyos Plaisance, Portrail y sus comarcas, y nosotros las respetarémos siempre que no intentes invadir nuestro territorio colindante con el tuyo; de lo contrario, miéntras exista un hijo de mi nacion, combatirá para conservarle.

Restablecida la tranquilidad tratóse de reedificar el templo demolido por los ingleses en una irrupcion, y yendo á Boston en demanda de obreros, el gobernador, despues de colmar á los salvajes de agasajos, ofreciósles reconstruírsele de balde, si consentian en recibir á un ministro protestante. Guarda, le respondió el jefe, tus obreros, oro y ministros; no los necesitámos: lo pedirémos á nuestro padre el gobernador frances que nos lo concederá. Y así fue, pues á expensas del gobernador frances se construyó una iglesia cuyos detalles y magnificencia omito referiros por no ser prolijo.

Paréceme, carísimo hermano, que ya estará satisfecha vuestra curiosidad. Vos pensaréis sin duda que temeré la vecindad de los ingleses; pero os aseguro que aunque convencido de que inventan cuantos ardides pueden para deshacerse de mí, nada podrá intimidarme, ni me separaré de mi querido rebaño, el cual recomiendo á vuestras oraciones, ofreciéndome como siempre, etc.

El reverendo y virtuoso autor de esta carta no sobrevivió mucho á ella; al año siguiente invadió la tribu abnaki otra horda salvaje excitada por los ingleses, y su especial objeto fue buscar al misionero, á quien asesinaron bárbaramente.

NAUFRAGIO

EN LA COSTA DE LA ISLA REAL.

Vamos á compendiar la curiosa narracion del naufragio que el ingles Prenties, alférez de infantería, padeció en la isla Real, conservándole la palabra á fin de no mengüar el interes del relato.

«A 17 de noviembre de 1780, dice el señor Prenties, embarquéme en un bergantin que singlaba de Quebec para Nueva York, con pliegos del general Hardimand, que lo era en jefe del Canadá, para el general Clinton. Íbamos en conserva con una goleta para el mismo punto, la cual llevaba un duplicado de los partes. Despues de bajar el rio San Lorenzo hasta el abra denominada de San Patricio, junto á la isla de Orleans, detúvonos en aquel puerto un viento contrario que duró seis dias. Desplegaba ya el invierno su primera crudeza, y en bre-

ve se congelaron las orillas del rio. ¡Ojalá hubiese durado algunos dias más, cerrándonos absolutamente el paso! Así nos salvara de las adversidades cuyo relato va á empezar con el de nuestra navegacion.

«Antes de llegar á la boca del rio habíase notado que el bergantin hacia un poco de agua: no bien entrámos en el golfo, cuando creció esta de modo que sin embargo de funcionar sin tregua las dos bombas, siempre quedaban dos piés de agua en la bodega. Por otra parte arreciaba el frio, amontonándose los hielos en torno del buque, hasta infundirnos recelos de que nos cercasen completamente. A bordo sólo teníamos seis pasajeros y trece malos marineros. Tocante al capitan, de quien debíamos esperar auxilio en tal situacion, en vez de atender á la conservacion del buque, pasaba el tiempo embriagándose en la cámara, sin curarse de nuestra seguridad.

«Seguia el viento soplando con furia, y subiendo el agua en la bodega á cuatro piés de altura, el frio y el cansancio desalentaron á los marineros, en términos que no quisieron maniobrar más, abandonando las bombas con la mayor indiferencia acerca de su suerte, y prefiriendo, segun decian, perecer anegados á extenuarse con una fatiga inútil en tan apurado trance. A la verdad, hacia dias que trabajaban con exceso, sin vado ni tregua. Sin embargo, bien que la inaccion del capitan contribuia á su abatimiento, á copia de excitaciones y promesas, y mediante la racion que muy oportunamente mandé repartir para animarles, logré vencer su repugnancia. Con la suspension del trabajo el agua de la bodega habia subido otro pié; mas avivada la actividad de los marineros con el calor de la bebida que yo les daba cada media hora, trabajaron con tal teson y constancia, que á poco el agua quedó reducida á ménos de tres piés.

«Era el 3 de diciembre, y el viento iba enfureciéndose de dia en dia; agrandábanse por momentos las aberturas del buque, en tanto que los témpanos pegados á los costados acrecentaban su peso y embarazaban el camino, siendo preciso continuamente romper la costra de hielo que amagaba aprisionarlo. La goleta que nos seguia, léjos de poder auxiliarnos, hallábase todavía en más deplorable estado, habiendo chocado con unas rocas delante de la isla de Condres, por culpa del piloto. Una espesa nevada que sobrevino nos impedia verla, reduciéndose toda nuestra correspondencia á un cañonazo que disparábamos por turno cada media hora. Pronto tuvímos el dolor de no oir más señales de la goleta, la cual pereció con sus diez y seis tripulantes, sin que ni siquiera nos fuese posible advertir su desastre y tratar de recoger á nuestros desventurados compañeros de infortunio.

«La compasion que nos inspiraba tan funesta suerte replegóse á poco sobre nosotros mismos, temerosos de un nuevo peligro. El mar estaba alborotado, la nieve caia copiosa, el frio era inaguantable y la tripulacion se hallaba consternada. En tal estado el contramaestre manifestó que no debíamos encontrarnos léjos de las islas Magdalena, confuso grupo de rocas que, ó descuellan sobre las aguas, ó esconden bajo su superficie puntas fatales para las embarcaciones. No habian bien trascurrido dos horas, cuando oímos que las olas rompian rugientes en aquellas rocas, divisando en seguida la isla principal, llamada el *Hombre-muerto*, la cual evitámos con una penosa maniobra. Acrecentóse todavía el temor al peligro en medio de infinitos escollos que al parecer no podríamos sortear

con igual ventura, por cuanto la nevada cada vez más espesa apénas nos permitia tender la vista de un extremo á otro del bergantin. Difícil fuera describir la consternacion y el terror que nos dominaban; mas cuando hubímos traspuesto tan peligroso paraje renació la esperanza en el corazon de los marineros, ya persuadidos de que la Providencia velaba por su salvacion al considerar el pasado riesgo, y con nuevos brios prosiguieron sus esfuerzos.

«Ensoberbecióse más la mar durante la noche, y á las cinco de la mañana cayó sobre nosotros una gigantesca ola que derribando los empalletados inundó la cámara. Dislocado el codaste por las impetuosas aguas, procurámos tapar las aberturas con lonjas de vaca; débil cuanto ineficaz reparo: el agua continuó entrando más que nunca. La amedrentada tripulacion suspendió por un momento el ejercicio de las bombas, y cuando tornó á ellas las halló tan heladas, que era imposible hacerlas funcionar.

«Desde tal punto perdímos la esperanza de conservar más tiempo el buque, limitándose todos nuestros votos á que no se sumergiese, al ménos hasta que estuviéramos cerca de la isla San Juan ó de otra cualquiera, adonde pudiésemos arribar con el bote. Abandonados á merced del viento, no osábamos emprender maniobra alguna por no causar al bergantin un esfuerzo que lo desvencijase. El nuevo peso de agua que recibia por instantes entorpecia su camino, y las olas más rápidas, rompiéndose en él, erguíanse furiosas y venian á rebentar sobre cubierta. La toldilla donde nos refugiáramos apénas nos guarecia del viento y de las violentas heladas olas. A cada paso temíamos que nos arrebatasen el timon ó se rompiese el mástil. Las gaviotas y los patos silvestres que revolaban en torno indicaban que la costa no estaba léjos, pero su misma proximidad era otro motivo de terror: ¿cómo evitar los rompientes que tal vez la orillaban, no siéndonos posible huirlos con ninguna maniobra, ni siquiera percibirlos al traves del velo de nieve que nos envolvia? Tal era nuestra situacion desde algunas horas, cuando despejándose de pronto el cielo, descubrímos tierra á tres leguas de distancia.

«El alborozo que nos salteó al verla templóse al distinguir los arrecifes que se alzaban á lo largo de la costa como para rechazarnos. Ademas el buque acababa de sufrir violentos embates que lo hubieran sumergido á ser ménos ligero el cargamento. A cada sacudida temíamos que se deshiciese. La lancha era muy pequeña para toda la tripulacion, y el mar estaba muy alborotado para que le resistiese tan frágil leño. Parecia que llegábamos delante de aquella tierra fatal para que presenciase nuestra perdicion. Entre tanto nos íbamos acercando, y á una milla de distancia descubrímos con júbilo, al extremo de las amenazadoras rocas, una arenosa playa hácia la cual nos dirigíamos, con fondo suficiente para aproximarnos de cincuenta á sesenta varas ántes de naufragar. Nuestra vida pendia de un hilo. Por fin el buque dió en la arena con tal violencia, que saltó el palo mayor, desconcertándose el timon de manera que la caña por poco mata al que la empuñaba. Las revueltas aguas que azotaban por todos lados el bergantin atropellaron por fin la popa, viéndonos obligados á subir á cubierta y agarrarnos de los obenques para que no nos arrebatasen las olas. A poco enderezóse un tanto el buque; pero la quilla estaba quebrantada y el casco amenazaba dispersarse. Cifradas pues ya todas nuestras esperanzas en el bote, costóme infinito lanzarlo

al mar: tan erizado estaba por dentro y fuera de gruesos carámbanos. Habiéndose emborrachado la mayoría de los tripulantes para desterrar su espanto, dí un vaso de aguardiente á los que no habian bebido, preguntándoles si querian embarcarse conmigo para tomar tierra. Estaba el mar tan proceloso que parecia imposible que el frágil esquife pudiese sostenerse un momento. Sólo el contramaestre, dos marineros y un jóven pasajero determinaron aventurarse. Desde el primer instante de peligro habia puesto los pliegos dentro de un pañuelo arrollado á la cintura; sin cuidarme entónces de mis demas efectos, cogí una hacha y una sierra y salté á la lancha, seguido del contramaestre y de mi asistente que más avisado que yo, salvaba de mi maleta una bolsa de ciento ochenta guineas. El pasajero no calculó bien el salto y cayó al mar, faltando poco para que nuestras ateridas manos no pudiesen prestarle el menor auxilio. Cuando hubieron saltado dos marineros, los que se negaron obstinadamente á probar igual fortuna suplicáronnos que les recibiésemos; mas temiendo zozobrar por el peso de tantas personas, dispuse largarnos del bergantin; y pronto me congratulé de haber ahogado mi compasion, que les hubiera sido fatal: aunque sólo distábamos unas cincuenta varas de tierra, á la mitad del camino se nos vino encima una grandísima ola que llenó á medias la canoa, y que indudablemente la volcara á llevar más carga. Otra ola nos arrojó á la orilla.

«El gozo de encontrarnos por fin libres de los peligros que por tanto tiempo nos tuvieran en cruel ansiedad, hízonos olvidar por un momento que nos habíamos escapado de un género de muerte para sufrir probablemente otro más doloroso y horrible. Al abrazarnos en los primeros trasportes para felicitarnos por nuestra salvacion, no podíamos permanecer indiferentes al apuro de los compañeros que quedaban en el bergantin, y cuyos desgarradores lamentos se percibian entre el sordo rugido de las aguas. Lo que redoblaba nuestro pesar era la triste certeza de no poder prestarles ningun socorro. Las enfurecidas olas que habian arrojado la lancha á la playa imposibilitaban volver al buque.

«Acercábase la noche, y no permanecímos largo tiempo en aquella helada playa sin presentir que en breve nos arreciríamos de frio. Arrastrándonos por la nieve que se hundia bajo nuestras plantas llegámos á un bosquecillo distante unas doscientas varas de la orilla, donde nos guarecímos algo del crudo cierzo. Sin embargo no teníamos lumbre para calentarnos los transidos miembros, ni medio de encenderla. La caja de yesca que por precaucion tomáramos del bergantin estaba empapada de agua. Solo el ejercicio podia preservarnos de la helada, manteniendo la circulacion de la sangre. Más enterado que mis compañeros de la naturaleza de tan ingratos climas, encomendéles que se entregasen á un gran movimiento para desechar el sueño; pero el jóven pasajero, cuya calada ropa se congelara sobre su cuerpo, no pudo resistir el sopor causado por el intenso frio que padecia. En balde apelé á la persuasion y á la fuerza para que se mantuviese en pié: tuve que abandonarle á su entorpecimiento. Media hora habria caminado, cuando me apretó de tal suerte el sueño, que á cada paso estaba para echarme y satisfacerle. Torné al sitio donde se habia tendido el mancebo, y palpándole el rostro lo sentí helado. Recelando yo que hubiese fallecido, respondió con voz débil que le faltaba poco, y rogóme, caso de sobrevivirle, que escribie-

se á su padre residente en Nueva York participándole su desgracia. A los diez minutos espiró sin sufrimiento, ó á lo ménos sin violentas convulsiones.

«No bastó tan terrible leccion para inducir á los demas á pugnar con el sueño que les acosaba. Tres se tendieron en el suelo á despecho de nuestras exhortaciones. Viendo que no conseguia hacerles estar de pié, corté dos ramas de un árbol, dí una al contramaestre, y durante el resto de la noche nos dedicámos á impedir que los compañeros durmiesen, apaleándoles en cuanto cerraban los ojos: ejercicio provechoso á nosotros mismos, al propio tiempo que preservaba á los otros del peligro casi cierto de perecer.

«Por fin asomó el alba que con tanta impaciencia aguardábamos. Corrí á la orilla con el contramaestre para ver si descubria vestigios del bergantin, aunque nos restase apénas una débil esperanza. ¡Cuál fue nuestra sorpresa y satisfaccion al notar que se habia conservado no obstante la furia del viento que al parecer debiera hacerlo astillas durante la noche! Mi primer cuidado fue trazar el modo de salvar el resto de la tripulacion. Las olas habian empujado el buque hácia la costa, y el espacio intermedio debia ser más corto en la bajamar. Cuando vino esta dije á los del bergantin que atasen un cable á bordo para bajar con ayuda del mismo, y siguieron mi consejo: observando con atencion el movimiento del mar, y aprovechando la coyuntura de deslizarse cuando el agua refluia, descendieron todos sin peligro, excepto el carpintero, quien no estimó conveniente aventurarse de tal manera, ó quizá no podia moverse por haber empinado el codo en demasía. Como la salvacion general dependia de la de cada uno de nosotros en particular, regocijéme doblemente de ver en torno mio á tantos compañeros de infortunio que poco ántes imaginaba sepultados en el mar.

«Por dicha el capitan se habia provisto de los avíos necesarios para encender lumbre. Encaminámonos pues al bosque, y unos se dedicaron á cortar leña, otros á recoger las ramas secas esparcidas por el suelo. Pronto se levantó de una grande hoguera una brillante llama que nos hizo prorumpir en mil voces de júbilo. Si se considera el rigurosísimo frio que por tanto tiempo habíamos sufrido, ninguna delicia podia igualar la del calor de una buena lumbre, á la cual nos acercábamos á porfía para reanimar los amortecidos miembros; pero en general este placer fue seguido de crueles dolores luego que el ardor de la llama penetró las partes del cuerpo yertas de frio. El contramaestre y yo éramos los únicos que respetara la helada, gracias al ejercicio que durante la noche habíamos hecho. Los movimientos convulsivos que arrancaba á los demas la violencia de los dolores que padecian, causaria horror expresarlos.

«Cuando pasámos revista á la tropa observé que faltaba un pasajero, llamado el capitan Green. Manifestáronme que se habia dormido en el bergantin, donde quedaba mortalmente pasmado de frio. Nuevamente inquietos al pensar en el carpintero que aun permanecia en el buque, y siéndonos imposible auxiliarle con el bote por seguir el mar proceloso como siempre, tuvímos que aguardar el reflujo para persuadirle á venirse á tierra de igual manera que los otros, lo cual efectuó con grandísima dificultad, débil como estaba y helado casi de piés á cabeza.

«Pasámos la noche algo mejor que la precedente, y no obstante el cuidado con que manteníamos una grande hoguera, sufríamos mucho por el rigor del viento

que nos apretaba. La espesura de la arboleda apénas nos preservaba de la nieve que al parecer se empeñaba en apagar la lumbre, calándonos la ropa y formando en nuestra espalda una espesa capa que continuamente debíamos sacudir ántes de reducirse á carámbanos. El hambre aguda, calamidad que no habíamos sufrido hasta entónces, vino á juntarse con la del frio que tanto nos atormentaba.

«Trascurrieron dos dias, cada instante de los cuales añadia á la acerba memoria de nuestras pasadas desdichas el temor á un porvenir más horroroso. Por fin el viento y la mar, aunados para impedir que nos llegásemos al buque, redoblaron sus esfuerzos para destrozarlo, de lo cual nos avisó el rumor que hizo al abrirse. Corrímos á la orilla, y vímos ya flotar parte del cargamento que las impetuosas olas arrancaban de sus entreabiertos costados. Por dicha la marea traia parte de los restos á la playa. Provistos de largos palos y de los remos de la lancha íbamos recogiendo lo más útil que se presentaba á nuestro alcance, salvando de esta manera algunos barriles de vaca salada y gran cantidad de cebollas que el capitan llevaba para vender. Tambien recogímos las tablas que se desprendian del bergantin, trasportándolas al bosque para construir una cabaña. No era fácil la empresa, pues pocos se hallaban en disposicion de trabajar; sin embargo, alentados por lo hecho aquel dia, y sostenidas nuestras fuerzas por el alimento que habíamos tomado, al anochecer estaba muy adelantada la tarea, la cual continuámos al resplandor de la hoguera, hasta que á las diez de la noche tuvímos una cabaña de veinte piésde largo por diez de ancho, asaz sólida, merced á los árboles que de trecho en trecho la sostenian contra el viento, aunque no bastante cerrada para preservarnos enteramente del frio.

«Empleámos los dos siguientes dias, ora en perfeccionar la vivienda, ora en recoger durante el flujo lo que las aguas nos traian del bergantin, ora en formar el inventario de las provisiones para distribuirlas con justa medida. No habia sido posible salvar galleta, hecha una sopa, y acordóse repartir cada dia tres onzas de vaca y cuatro cebollas á cada uno, hasta que se consumiesen. Esta escasa racion, apénas suficiente para impedirnos morir de hambre, era cuanto podíamos permitirnos en la incertidumbre del tiempo que tal vez deberíamos permanecer en aquella solitaria costa.

«A 11 de diciembre, sexto dia del naufragio, calmó el viento y dejónos en libertad de botar la lancha para ir á buscar lo que en el bergantin quedaba, invirtiendo lo más del dia en romper á hachazos el espeso hielo que cubria el puente y cerraba las escotillas. Al dia siguiente lográmos sacar un barril con ciento veinte libras de vaca salada, dos cajas de cebollas, tres de botellas de bálsamo del Canadá, una de patatas, una botella de aceite que nos fue utilísima para las llagas de los marineros, otra hacha, una grande olla de hierro, dos marmitas y doce libras de candelas: precioso refuerzo que al otro dia nos permitió añadir cuatro cebollas á nuestra racion diaria.

«Tornámos otra vez á bordo el 14 en busca de velas, entoldando con algunas la cabaña para que no penetrase la nieve. Aquel mismo dia comenzaron á macerarse las llagas de los que más sufrieran de la helada y que no se habian frotado con nieve: sus piernas, manos y demas partes de los miembros afectados se despojaron de la piel con atroces dolores. El carpintero, que habia desembarcado el último, estaba casi sin piés, y á la noche del 14 le entró el delirio, siguiendo

en el mismo estado hasta el dia siguiente, en que la muerte le libró de su mísera existencia. A los tres dias pereció de igual modo el segundo contramaestre despues de cuatro horas de delirio, lo cual aconteció tambien al otro dia á un marinero. Cubrímos los cadáveres con nieve y ramas de árbol, no teniendo azada ni azadon para cavar una sepultura, y aun cuando los poseyéramos, la tierra endurecida hasta una gran profundidad no habria cedido á las herramientas.

«Esas pérdidas, que reducian el personal á catorce individuos, nos causaron poco pesar, sea por los difuntos, sea por nosotros mismos. Al considerar nuestra deplorable condicion, la muerte nos parecia ántes un beneficio que una desgracia, y cuando un sentimiento natural despertaba nuestro amor á la vida, ninguno de nosotros podia mirar á sus compañeros sino como á otros tantos enemigos armados por el hambre para arrebatarle la subsistencia. En efecto, si algunos no hubiesen pagado su tributo á la naturaleza, pronto nos viéramos en la horrible necesidad de perecer de hambre, ó de devorarnos unos á otros. Sin hallarnos todavía reducidos á tan espantosa alternativa, nuestra situacion era tan mísera que parecia imposible que ninguna calamidad pudiese agravarla. El riguroso frio y aguijante hambre, el dolor de las llagas enconadas por la lumbre, los ayes de los dolientes, el desórden y desaseo que nos causaban asco, la imágen de la desesperacion, y en perspectiva una muerte lenta y cruel en una region desolada, léjos de los consuelos de la amistad: tal es la pálida exposicion de los males que á cada instante experimentábamos.

«Varias veces habíamos salido el contramaestre y yo para ver si descubríamos vestigios de habitacion en la comarca; no podíamos alejarnos mucho, y siempre regresábamos sin fruto de nuestras correrías, hasta que un dia determinámos internarnos más en el país, siguiendo la márgen de un rio helado. De cuando en cuando notábamos huellas de *orignal*, ciervo del Canadá, y de otros animales, por lo cual sentíamos vivamente no llevar armas para cazarlos. Una ligera esperanza nos lisonjeó un momento: siguiendo la direccion de algunos árboles decentados por el hacha, llegámos á un paraje por donde los indios debian haber pasado poco ántes, pues todavía estaban allí sus *winghams* ó chozas, y la corteza en ellas empleada parecia fresca, confirmando nuestras conjeturas una piel de orignal que encontrámos cerca, colgada de la punta de un palo.

«Registrámos afanosos las inmediaciones, pero ¡ay! en balde, si bien nos servia de algun consuelo pensar que aquel lugar habia tenido sus moradores ó viajeros, y que tal vez volverian de un instante á otro. Animado por esa idea corté una larga vara, y fijándola á la orilla del rio sujeté á la misma un pedazo de corteza de abedul en forma de mano, con el índice apuntado á nuestra cabaña. Conceptué conveniente llevarme la piel de orignal, á fin de que los salvajes comprendiesen que en su ausencia habian pasado por aquel punto algunas personas, y que la mano del palo señalaba el camino que habian seguido. Como quiera que la noche se nos venia encima, fuenos preciso tomar la vuelta de nuestro albergue, acelerando el paso para participar cuanto ántes tan gratas nuevas á los compañeros. Por débiles que fuesen las esperanzas que razonablemente podian concebirse de tal descubrimiento, observé que mi relato les llenaba de consuelo: tan cierto es que un benéfico instinto natural induce á los desventurados á valerse de cuanto puede aliviar sus penas.

Algunos dias estuvímos esperando á los indios, hasta que por fin se desvanecieron nuestras risueñas imaginaciones. Entre tanto el capitan y otros enfermos habian comenzado á recuperar sus fuerzas, y las provisiones disminuian á ojos vistas. Manifesté el designio què abrigaba de salir á explorar la costa con los que pudiesen trabajar en la lancha, y el proyecto fue aprobado; pero cuando se trató de ejecutarlo surgió la dificultad de reparar la canoa, con tal furia combatida por el mar contra la arena, que todas las junturas se habian desunido. No nos faltaba estopa para tapar las hendiduras, pero sí brea y el medio de suplirla. Ninguno se nos ocurria, cuando de pronto ideé emplear el bálsamo del Canadá que habíamos salvado. La prueba era fácil: derramé algunas botellas en la olla de hierro, púsela al fuego, y quitándola con frecuencia para que se enfriara pronto se redujo el licor á una justa consistencia. En el ínterin mis compañeros habian limpiado de arena y carámbanos el esquife; mandé llenar de estopa las roturas, las embetuné y tuve la satisfaccion de ver que mi alquitran producia el efecto deseado.

Continuámos pues los preparativos con más ardor, adaptando un pedazo de lona sobre un palo de manera que pudiese levantarse ó bajarse á voluntad, y así contámos con una vela asaz fuerte para aliviar la faena de los remeros cuando soplase viento propicio.

Partímos á 4 de enero de 1781. Yo mandaba la expedicion, y acompañábanme el capitan, el contramaestre, dos marineros y mi asistente, llevando víveres para seis semanas, á razon de cuatro onzas de vaca diarias para cada uno. Con tan escasos alimentos, con una frágil barquilla mal embreada que una ola cualquiera, el menor soplo de viento podia volcar, el menor escollo hacer pedazos; entre enormes masas de flotantes hielos en una playa ignota, erizada de rocas, y durante la estacion más rigurosa hubímos de acometer una empresa cuyo proyecto sólo podia nacer de una desesperacion ciega. Veinte veces estuvímos á pique de perecer. Íbamos de roca en roca, encontrando en todas partes un terreno seco y árido que no producia nada con que aumentar nuestras provisiones. Repetidas veces, cuando por la mañana nos disponíamos á proseguir el camino, hallábamos la orilla del mar cuajada de hielo. La lancha se habia abierto en varias partes, y los últimos dias tuvímos que calafatearla con estopa y agua que con el frio se congelaba pronto; pero como los agujeros tapados de tal suerte no tardan en abrirse, bastando el menor cambio de temperatura, á poco nos quedámos sin esperanza de poder reunirnos con nuestros compañeros de infortunio.

El terreno en que á la sazon nos encontrábamos no era más productivo que los que hasta entónces habíamos visto, por lo cual fue forzoso alimentarnos de yerbas marinas que crecian en la orilla, cociéndolas con las dos candelas que nos restaban. Por el pronto aplacámos el hambre, pero en seguida nos dió un terrible vómito. Nuestro estado era por demas horroroso. Se nos hinchaban las piernas, propagándose la hinchazon por el cuerpo hasta tal punto, que á pesar de las pocas carnes que conservábamos, á la menor presion los dedos se hundian más de una pulgada en la piel, durando la señal más de una hora. Nuestros ojos parecian como sepultados en sus hondas cuencas. Entorpecidos por la disolucion interior de la sangre y por las escarchas que nos rodeaban apénas podíamos arrastrarnos para ir á atizar el fuego ó á

recoger algunas ramas esparcidas por la nieve. No esperando ya nada, hallábamonos sumidos en el mayor abatimiento, cuando de improviso sonaron en el bosque los acentos de una voz humana; descubrímos al punto dos indios con escopeta que aun no nos habian visto, á cuya súbita aparicion exhalámos una exclamacion de alborozo, y cobrando ánimo nos levantámos para acercarnos á los salvajes con toda la presteza que nos era dable.

Así que llegámos á su presencia se detuvieron cual si los piés se les clavaran en el suelo, mirándonos de hito en hito, inmóviles de sorpresa y horror. Ademas de la extrañeza que naturalmente debia causarles el imprevisto encuentro de seis extranjeros en aquel solitario rincon de la isla, nuestro aspecto bastaba para helar al más intrépido: nuestros vestidos hechos colgajos, los ojos apagados, las abotagadas y lívidas mejillas, la monstruosa hinchazon de nuestros miembros, la barba erizada y crespa, los cabellos desmelenados, todo debia darnos hórridas trazas. Sin embargo, á medida que avanzábamos retratábanse en nuestros rostros mil sensaciones de alegría: los unos vertian dulces lágrimas, los otros se sonreian de gozo. Aunque estas pacíficas demostraciones debian tranquilizar á los indios, no manifestaban todavía la menor disposicion de aproximarse, frialdad que por cierto tenia su excusa en lo desastrado de nuestras personas. Tomé pues el partido de tender una mano suplicante al más cercano, quien la estrechó afectuosamente por via de saludo.

Entónces comenzaron á darnos algunas señales de compasion; indiquéles que viniesen á nuestro hogar, y acompañándonos en silencio sentáronse á nuestro lado. Uno de ellos, que chapurraba el frances, nos rogó que le dijésemos de dónde veniamos y qué casualidad nos habia traido á aquel paraje. Apresuréme á relatarle sucintamente las adversidades que sufriéramos, y notando que mi narracion le conmovia hondamente preguntéle si podria suministrarnos víveres. Respondió que sí, y reparando que se apagaba la lumbre, levantóse á coger nuestra hacha, la que examinó un momento sonriéndose, sin duda á causa del mal estado en que se hallaba; tiróla, asió la que llevaba y en un santiamen derribó gran cantidad de ramas que echó al fuego; en seguida recogió la escopeta, y sin pronunciar palabra se fué con su compañero.

Tal proceder hubiera podido alarmar á los que no conocian el carácter de los indios; pero yo sabia que estos salvajes hablan poco cuando no es absolutamente necesario, y por consiguiente no dudaba de que habian ido á buscarnos provisiones, asegurando á mis inquietos amigos que no tardaríamos en volver á verles. No obstante la necesidad que teníamos de sustento, el hambre no era lo más apremiante, para mí á lo ménos. El buen fuego que nos habian procurado los salvajes colmaba á la sazon todos mis deseos, habiendo pasado tantos dias sufriendo un frio riguroso junto á la débil llama de nuestra mísera hoguera.

Hacia tres horas que los indios estaban ausentes y mis afligidos compañeros comenzaban á perder la esperanza de verles, cuando por fin les divisámos en el recodo de una punta de tierra avanzada, bogando hácia nosotros en una canoa de corteza. Presto desembarcaron con un grueso pedazo de venado ahumado y con una vejiga de aceite de pescado. Pusieron á cocer la carne en nuestra olla de hierro, con nieve derretida, y cuando la tuvieron á punto nos dieron un po-



Solia descansar y meditar en la mayor de sus dos cabañas.

quito con aceite para precaver las peligrosas resultas que pudiera tener nuestra voracidad en la debilidad de estómago que nos aquejaba.

Terminada la refaccion embarquéme con dos de mis compañeros en la piragua, harto estrecha para llevarnos á todos. La habitacion de los indios sólo distaba cinco millas; recibiéronnos tres indios y una docena de mujeres ó niños que nos aguardaban á la orilla del mar. Miéntras los de la piragua iban á buscar el resto de la tropa los otros nos acompañaron á sus winghams, que ascendian á tres, para igual número de familias, á la entrada de la selva. Tratónos aquella buena gente con afectuosa hospitalidad, dándonos á beber una especie de caldo, sin permitirnos á pesar de nuestros ruegos comer carne ó tomar otro cualquier alimento sobrado sustancial.

Vivísima fue mi alegría cuando regresó la piragua con nuestros compañeros. Al encontrarnos reunidos entre los salvajes, aun despues de tan breve separacion, saboreábamos la misma delicia que embarga á los amigos de la niñez que tras una larga ausencia se abrazan en el seno de la patria. Aquella choza nos parecia un eden. El júbilo que manifestábamos interesó en nuestro favor á una venerable anciana, que mostró mucha curiosidad por enterarse de nuestras aventuras. Referílas más detalladamente que la otra vez al indio que comprendia el frances, quien las trasmitió á los demas en su idioma. Durante la narracion obsérvé que afectaba hondamente á las mujeres, fundando en esta sensacion la esperanza de que nos tratarian bien.

Satisfechas nuestras primeras necesidades pensámos en los desdichados que habíamos dejado en el lugar del naufragio. Los apuros á que estuviéramos á pique de sucumbir me hacia temer por ellos una suerte más funesta, y aun suponiendo que sobreviviese uno solo estaba resuelto á no omitir tentativa alguna para salvarle. Indiqué á los salvajes la parte de la isla adonde habíamos sido arrojados, y preguntéles si seria posible ir á socorrerles.

A la descripcion que les hice del curso del rio más próximo y de una isleta que á breve distancia de su boca se divisaba, respondieron que conocian muy bien aquel punto, que distaba unas cien millas, teniéndose que atravesar bosques, rios y montañas para llegar al mismo; y que si emprendian el viaje debian esperar alguna recompensa por sus fatigas. No era razon exigir que suspendiesen la caza, único recurso de sus familias, para emprender un camino trabajoso sólo por un motivo de benevolencia hácia gente desconocida. Respecto de la distancia no hallé que la exagerasen, pues segun mis cálculos nuestras correrías á lo largo de las costas no bajaban de ciento cincuenta millas. Díjeles entónces lo que todavía no se me habia ocurrido, que tenia dinero, y que si algo valia para ellos lo emplearia en parte para resarcirles de sus molestias. Contentísimos de la proposicion solicitaron que les mostrase la bolsa, y tomándola de manos del asistente les enseñé las ciento ochenta guineas que contenia. Al ver el oro brillaron en sus facciones sentimientos que yo estaba léjos de suponer en un pueblo salvaje; las mujeres particularmente lo contemplaban con extremada avidez, y cuando les dí una guinea á cada una soltaron una estrepitosa carcajada, demostracion de extraordinaria alegría entre los indios.

Por exorbitantes que fuesen sus pretensiones nada debia yo perdonar para salvar á mis compatriotas si quedaba alguno con vida. Ajustámos un trato en

virtud del cual se comprometian á ponerse en camino al otro dia y yo á entregarles veinticinco guineas al marchar, é igual cantidad á su regreso. Ocupáronse incontinenti á hacer zapatos á propósito para caminar por la nieve, así para los marineros en cuya busca debian ir, como para sí mismos; y á la madrugada partieron despues de recibir la suma convenida.

Desde que los salvajes vieron oro en mis manos mi situacion perdió todos los encantos que á su hospitalidad debia; mostrábanse tan codiciosos como ántes generosos y afables, exigiendo diez veces el valor de las menores cosas que nos proporcionaban. Con todo, fueron fieles á lo pactado, y á lo ménos ganaron el dinero que les dímos.

Tras quince dias de ausencia los expedicionarios regresaron con tres de nuestros compañeros de infortunio, únicos que la muerte respetara entre las ocho personas que habíamos dejado en la cabaña. Participáronnos que despues de consumir las provisiones se habian alimentado algunos dias de una piel de orignal; agotado este último recurso, tres habian muerto de hambre y los demas se habian visto en la horrible necesidad de sustentarse con sus cadáveres hasta la llegada de los indios; uno de los cinco restantes soltó tanto las riendas á su voracidad, que espiró á las pocas horas con inexplicables tormentos; y en fin, otro se habia matado por accidente, manejando las armas de un salvaje. Así que nuestra gente, compuesta al principio de diez y nueve personas, hallábase entónces reducida á nueve; y siempre que lo reflexiono me maravilla que pudiese escapar una sola, despues de pugnar tres meses con las calamidades combinadas del frio, cansancio y hambre.

El quebranto de nuestras fuerzas nos detuvo quince dias más en aquel triste lugar, durante los cuales tuve que pagar como ántes á crecidísimos precios lo más indispensable para la subsistencia. Por fin, algo recobrado de salud y casi vacía la bolsa creíme obligado á sacrificar mis conveniencias personales al deber de mi servicio, y resolví llevar los pliegos al general Clinton con toda la diligencia posible, aunque corriese la estacion ménos propicia para viajar. En consecuencia concertéme con dos indios para que me acompañasen á Halifax, mediante cuatro guineas pagaderas á mi arribo, corriendo por mi cuenta los víveres y refrigerios convenientes en los puntos habitados del tránsito. Otros dos debian conducir el resto de la gente á un establecimiento del *rio español*, donde permaneceria hasta la primavera aguardando ocasion de trasladarse por mar á Halifax. Entregué al capitan el dinero necesario para su subsistencia y la de los marineros, y partí á 2 de abril con dos indios, el asistente y el señor Winslow, jóven pasajero del buque, uno de los tres que sobrevivieran en la cabaña. Llevábamos cada uno cuatro pares de zapatos indios, otro para la nieve, y víveres para quince dias. Penoso fue el camino, con rigurosas heladas é incómodos deshielos, teniendo que cruzar el lago de San Pedro, ya en una canoa de corteza que comprámos á unos salvajes, ya sobre flotantes carámbanos, descansando de tiempo en tiempo en las isletas que cuajan el citado lago.

El 20 llegámos á un punto denominado San Pedro, donde se halla un establecimiento de familias inglesas y francesas. Allí hubiera tomado una barca de pescar para ir á Halifax, á no contenerme el temor de caer en manos de los corsarios americanos que infestaban aquellos parajes. Como en dicho punto el lago

sólo está separado del mar por un bosque de una milla de ancho, bastó salvarla arrastrando la piragua para alcanzar la orilla y embarcarnos. Detuvímonos los dias siguientes en varios lugares poco notables, y el 25 arribámos á Narrashoc, donde fuímos acogidos con la misma hospitalidad que en San Pedro. Partímos el 26 en la piragua para trasladarnos á la isla Madama, sita casi en el centro del paso del Canceau, que separa la isla del cabo Breton de la Acadia ó nueva Escocia; pero á la punta de dicha isla descubrímos tal cantidad de hielos flotantes que hubiera sido una insigne imprudencia exponer entre ellos el frágil esquife. Regresámos pues á Narrashoc, donde fleté un barco más resistente, y mandando llevar á bordo la piragua, zarpámos el 27 viento en popa, cruzando en tres horas el paso y desembarcando en el Canceau, que le da nombre. En seguida despues de navegar diez dias costeando la piragua nos llevó hasta el puerto de Halifax.

Cobraron los indios el precio estipulado, ademas de los regalos qué les hice en agradecimiento de la vida que les debia, y al cabo de algunos dias nos dejaron para regresar á su isla. Como hube de esperar mucho tiempo la ocasion de embarcarme, cúpome entre tanto la satisfaccion de ver llegar á mis compañeros de infortunio, que los otros indios se encargaran de acompañar por el rio español. Por último, tras dos meses de espera me embarqué en el buque *Encina Real*, y al llegar á Nueva York entregué los partes al general Clinton.

NAUFRAGIO DEL NATALIA EN TERRANOVA.

Mandado por el teniente Houiste zarpó de Grandville el 25 de abril de 1826 el buque frances *Natalia* dirigiéndose á Terranova para pescar bacalao, llegando con felicidad el 29 de mayo á los 51° de latitud N. y 56° de longitud O., donde entre los hielos flotantes que hallaron un enorme témpano abrió en el casco una gran via de agua, cuyo aspecto demostró á la infeliz tripulacion la funesta suerte que la aguardaba, motivando á bordo un desórden indescribible.

«Sumergíase la nave con extraordinaria rapidez, dice el citado teniente, y atendido el furor de las olas era forzoso renunciar á toda esperanza. La tripulacion ofrecia un espectáculo desconsolador: en una parte sombrío estupor, desesperacion concentrada; en otra agitacion, quejas, lágrimas, oraciones, clamores. Tan angustiosa situacion prolongóse hasta las ocho, hora en que el buque se fué á pique arrastrando consigo cincuenta y siete hombres de los setenta y cuatro de que se componia la tripulacion, y á mí con ellos, pues los diez y siete restantes se embarcaron en la lancha; pero vuelto á la superficie distinguí dos maderos á que estaba asido el marinero Potier, y me coloqué á su lado, buscando aunque en

vano, con los ojos, cualquier medio de salvacion, pues sólo descubríamos el lúgubre horizonte que nos rodeaba y las agitadas olas sobre que flotábamos, adquiriendo el cruel convencimiento de que nuestra muerte era inevitable y más horrible aun que si pocos momentos ántes quedáramos sepultados en las entrañas del abismo.

«Divisámos una llanura de hielo y á ella nos dirigímos, logrando abordarla tras de inauditos esfuerzos. Mi traje consistia en una camiseta de lana, pantalon, medias y el sombrero que pude recoger, y mi compañero no estaba mejor vestido y carecia de sombrero, de suerte que nos hallábamos casi desnudos y medio helados, siéndonos preciso andar sin descanso para conservar el calor. La noche, bruma y escarcha aumentaron nuestras penas, á las cuales se juntaba el hambre, cuyo terrible aguijon comenzámos á sentir apoderándose de nuestros corazones el desaliento.

«Al amanecer disipáronse las nieblas breve rato y columbrámos cuatro hombres á larga distancia: aquel espectáculo nos consoló, pues las desgracias parecen menores cuando muchos las comparten; pero la bruma se condensó ocultando á nuestros compañeros de infortunio y aunque fijábamos la vista nada distinguíamos. Otra vez aclaró á las nueve y entónces divisámos una fragata que cogia rizos aproximándose á salvar á aquellos desgraciados. Ya participábamos de su dicha, la alegría estremecia nuestros corazones porque, persuadidos de que tambien ellos nos habrian divisado, teníamos por segura la libertad y bendecíamos á Dios por aquel socorro inesperado. Clavámos en el hielo un remo de que nos apoderámos en el naufragio, é izando en él mi sombrero y corbata le movíamos para llamar la atencion. Entónces divisámos otro náufrago que hacia señas con una tabla, mas sus esperanzas como las nuestras salieron fallidas, y al cabo de media hora la fragata largó velas, voltejeó entre los hielos y se alejó despues de intentar en vano salvarnos.

«Permaneció á la vista todo el dia miéntras que nosotros procurábamos reunirnos al otro náufrago; pero la niebla y la oscuridad volvieron á ocultarles, y sucedió á la esperanza un sombrío silencio nacido de la desesperacion. Mi compañero le interrumpió exclamando con voz dolorida: ¡Ah! señor Houiste, con que ¿es preciso morir de hambre y de frio? ¡Tambien como me hallaba yo en casa de mi amo! Procuré consolarle infundiéndole aliento y pasámos dos dias transidos de frio y atormentados por el hambre y la ventisca. El 1.° de junio pasó junto á nosotros una barrica de pescado que intenté sin fruto asir; casi estaba decidido á alcanzarla á nado, pero me detuvo el temor de helarme en el agua y me puse á sacar astillitas del remo con el cuchillo, aunque sin lograr masticarlas. No cesábamos de mirar en torno buscando cosa que comer ó sitio en que descansar, pues si el hambre nos debilitaba el frio nos impedia reposar, temiendo quedarnos helados. Disipóse la bruma y divisámos al mismo hombre y varios restos del *Natalia*, entre los cuales descollaba á cien pasos una caponera. Próximo á nosotros estaba un témpano de hielo en el cual abrí una muesca con el cuchillo colocando en ella el remo á manera de timon, y sirviéndome de él como de una balsa acerquéme á varios barriles que encontré desfondados ó anegados; llegué á la caponera que contenia cuatro gallinas ahogadas y apoderándome de ellas devoré más bien que comí el muslo de una, lo cual me infundió más fuerzas y ánimo,

pues desde el naufragio nuestro alimento fueron témpanos de hielo. Mi infeliz compañero no apartaba los ojos de mí, y al notar que comia exclamó con acento desgarrador: ¡Por Dios, señor Houiste, traedme algo que comer! Incorporéme á él y acabamos la gallina, que nos pareció exquisita.

«Media hora despues vímos á lo léjos un bote y nos encamináмos á él llevando las tres gallinas restantes, y riñendo yo á Potier porque arrojó al agua los intestinos de la consumida. Llegámos al bote que flotaba entre dos aguas, y saltando en él y sirviéndome del remo nos dirigímos con el agua á la cintura hácia el otro náufrago, no sin recoger en el trayecto clavos y duelas de las barricas que cerca de nosotros pasaban, como tambien alguna manteca, y una gorra que fue de suma utilitad á Potier porque se hallaba destocado.

«Incorporámonos al cabo de hora y media con el náufrago, que no era otro que Julian Joret, marinero del *Natalia*, hallándole en un estado deplorable, del cual se recobró algun tanto con un trozo de gallina y con el regocijo de no estar solo. Informado de que habíamos llegado hasta él en el bote del *Natalia*, animónos á sacarle á flote; mas nuestra permanencia en el agua nos perjudicó de tal modo que tardámos largo rato en comunicar calor á las piernas, completamente insensibles. Por fin recobrámos el uso de los miembros, y despues de hora y media de asíduo trabajo lográmos sacar el bote y volverle sobre el hielo para calafatearle una abertura. Joret poseia varias camisetas y una calderilla procedentes de un baul que pasó cerca de él; en el bote hallámos un martillo y una chaqueta, y empleando las duelas y clavos que llevábamos conseguímos tapar la via de agua, rellenando los huecos con lana de las camisetas untada de manteca, y aunque al botar el esquife al agua observámos que aun penetraba alguna, aventurámonos confiados en que con la calderilla se podria achicar, y divisando los islotes de Belle-Isle y Groays, pusímos la proa hácia ellos. Cuatro leguas distábamos del último cuando nos hallámos á las diez de la mañana encerrados entre el hielo, y tan angustiosa situacion prolongóse cuatro dias durante los cuales sólo comímos una gallina.

«Aclaró la niebla el 6 de junio á las once y descubrímos treinta buques entre los hielos flotantes, formando en seguida la resolucion de ir en su busca, para lo cual atámos á guisa de entena el remo, en cuya punta izámos una camisa á fin de que nos sirviera de señal en caso de apuro, y comiendo la gallina restante, envolviéndonos los piés en pedazos de camiseta y atándonos los pantalones, emprendímos la marcha por los hielos, provistos de dos tablas que debian servirnos de puente en el caso de atravesar algunos hielos; pero á la mitad del camino levantóse el viento N. O. y los hielos comenzaron á desunirse, siéndonos tan imposible regresar al bote como alcanzar las otras embarcaciones.

«Subímos desesperados á un grande témpano haciendo señas con los pañuelos y corbatas; pero desde los barcos no las distinguieron, y convencidos de que aun nos aguardaban mayores penalidades, envidiábamos la suerte de los que perecieran en el naufragio. Animábame la esperanza de topar con algun lobo marino, de que abundan aquellas regiones, pero ni uno se presentó, y nuestra situacion se empeoraba. Los cortos momentos que reposábamos nos producian mayores tormentos porque el frio nos penetraba, y en tan mortal angustia pasámos cuatro dias. El 10 de junio persuadí á los compañeros á que procurásemos ganar la costa

atravesando los hielos, y despues de dos dias de inauditos trabajos, con los piés desollados y sangrando, y á media legua de la tierra faltó la continuidad del hielo. Aquella noche sopló la brisa del mar y por la mañana pudímos avanzar un cuarto de legua al cabo del cual hallámos el mar líquido é imposible de atravesar.

«La Providencia que sin duda velaba por nuestra existencia condujo un témpano flotante hácia nosotros, á cuyo aspecto dije á mis compañeros: ¡Valor! Aventurémonos en esta frágil barca; más vale encontrar la muerte buscando la salvacion que perecer en este sitio de frio y de hambre. Y salté el primero sobre el hielo. Imitáronme Potier y Joret y ayudados por las tablas dirigímosle con suma dificultad á la costa, donde llegámos el 13 de junio al anochecer.

«Grande fue nuestro júbilo al tocar la tierra apetecida; mas otro pensamiento no ménos cruel asaltóme: despues de un corto descanso Potier no podia moverse y Joret estaba ciego, ignorábamos si aquélla comarca estaba habitada, y las fieras, especialmente los osos blancos, era probable que nos devorasen: el hambre nos asediaba y aunque con trabajo pude recoger algunas almejas que devorámos. El 15 y 16 fuenos de todo punto imposible mariscar á causa de la ventisca, y cuando intenté internarme en busca de moradores que nos auxiliaran, caí sin fuerzas á los cincuenta pasos. Entónces pensé en grabar nuestros nombres en una piedra; pero mis ateridas manos no podian sostener el cuchillo.

«Amaneció el 17, y el sol nos devolvió el uso de nuestros miembros y á Joret la vista, divisando á las cuatro de la tarde una goleta inglesa que iba costeando, cuya tripulacion observó nuestras señas y se apresuró á mandar un bote á tierra para recogernos. Cuando vímos que al fin íbamos á encontrar la anhelada salvacion nos arrastrámos hasta la orilla de la mar para ahorrar camino á nuestros bienhechores, quienes nos condujeran á bordo llorando, donde fuímos objeto de la más cariñosa solicitud hasta de la esposa del capitan.»

Termina así su narracion el teniente Houiste; mas parécenos oportuno añadir varios detalles que completan su dolorosa historia.

Conducidos por el capitan inglés Withway en la goleta *Los hermanos de San Juan* á un establecimiento frances de Fourché, fueron tratados con tal dureza por sus compatriotas que el capitan Witheway los recibió á su bordo, partiendo el 19 de junio y encontrando á poco la balandra *Buena madre* de Grandville, donde trasbordaron al teniente Houiste como á un inglés enfermo; pero reconocido por un marinero, el armador, que iba á bordo, dispuso que fueran trasbordados los dos marineros, á quienes restituyó á su patria tratándoles durante el camino con el mayor esmero.

El señor Houiste se restableció en breve; pero Joret y Potier, cuyos piés estaban helados, tardaron mucho más, y consideran al teniente como á su verdadero salvador. No les falta razon, porque á no ser por la inteligencia, buena armonía y fuerza de voluntad del intrépido marino jamas vencieran tantos obstáculos y perecieran sepultados entre los hielos de Terranova.

NAUFRAGIO DEL QUECHE NOTTINGHAM

en las costas de la América Septentrional.

Partí á 25 de setiembre de 1710, dice el capitan John Dean, en el queche *Nottingham* de mi mando, de ciento veinte toneladas, diez cañones y catorce tripulantes, singlando para Boston de América.

Contrariado por los vientos y el mal tiempo, hasta primeros de diciembre no descubrí tierra, divisando la costa al Este del Piscataka, rio de la América del Norte. Arrumbámonos entónces al Sur para aportar en la bahía de Masachusets, provincia de los Estados Unidos. Soplaba del Noreste una ventisca de lluvia, granizo y nieve que impidió toda observacion durante diez dias. Aferrámos parte del velámen, y apostando un marinero á popa para avisar de cualquier peligro, sobre las ocho de la noche distinguí rompientes delante del buque; al punto mandé volver la caña del timon á estribor; pero mal ejecutadas mis órdenes, ántes de virar la nave tocó en el extremo oriental de una roca denominada *Boon Island*, á siete leguas Este del Piscataka.

La segunda ó tercera ola puso de costado al buque, encrespándose de tal modo las aguas que ya no podíamos sostenernos sobre cubierta. Aunque la roca apénas distaba cuarenta varas nos era imposible verla. Inmediatamente reuní la tripulacion en la cámara, donde permanecímos largo espacio implorando con fervor la divina misericordia; mas convencido de que Dios no ayuda sino al que se ayuda, dí órden de subir á cubierta para picar los mástiles. Algunos hombres atormentados por su conciencia no tuvieron fuerzas para moverse. Los que me siguieron sobre cubierta cumplieron mis órdenes, cayendo los mástiles al mar sin causar ningun daño.

Un marinero que habia ido al baupres tornó á decirme que habia divisado algo negro, y que iba á ver si tomaba tierra con otro hombre. Hícele acompañar por el segundo y otro excelente nadador, previniéndoles que si alcanzaban la roca nos lo advirtiesen á voces y nos indicasen el punto más seguro.

Bajé á tomar algun dinero y papeles que podian serme útiles, y tambien con ánimo de salvar aguardiente y provisiones; pero el buque se abatia, los puentes se entreabrian, rompíase la popa, las cuadernas crujian por do quiera, y sólo apresurándome á subir escapé de una muerte inminente.

Entre tanto no teníamos noticias de nuestros compañeros, y víme obligado á verificar la misma tentativa que ellos con el palo de mesana, del cual me agarré despues de desnudarme; fuí llevado gradualmente entre las olas, y sol-

tando por fin el mástil disparéme con toda mi fuerza hácia la roca; mas como reinaba la bajamar y la roca era muy resbaladiza, no pude sostenerme en ella y me lastimé cruelmente los brazos y las manos. Cada ola al retirarse arrastrábame léjos de la roca, y no sin grandes dificultades y peligros logré afirmarme en la misma. Por último, merced á la misericordia del cielo, nos salvámos todos.

Esforcéme para arrojar el agua salada que habia bebido, y despues de arrastrarme un poco por la roca adelante oí hablar á los tres compañeros que juzgaba muertos. Dímos gracias á la Providencia por habernos librado de tal riesgo, y en seguida procurámos refugiarnos en la parte de la roca resguardada del viento; era estrecha é incómoda, de cien varas de largo por cincuenta de ancho, y no nos ofrecia abrigo alguno. El tiempo continuaba muy frio, no cesando de llover y nevar.

En cuanto clareó fuí al lugar donde abordáramos con la esperanza de encontrar provisiones entre los restos de la nave; mas sólo hallé trozos de mástiles y vergas en medio de viejas jarcias y cables que las áncoras impidieran ser arrebatados por las aguas, flotando á breve distancia de la roca: parte del aparejo, pedazos de tablones y cuadernas, velas viejas y trapos habian sido arrojados á tierra. Tambien vímos pedacitos de queso que recogímos de entre las algas de la roca.

Intentámos encender lumbre con un eslabon, una piedra de fusil y un trapo; pero como todo estaba mojado hubímos de desistir. Durante la noche nos apretábamos unos con otros debajo de una vela para conservarnos mútuamente el calor.

Al dia siguiente, habiendo aclarado un poco el tiempo, reconocí que la tierra que habíamos visto era el cabo de Neddock. Alenté á mis compañeros con la esperanza de ser en breve descubiertos por las barcas pescadoras ó por las otras embarcaciones que se dirigirian á la roca, induciéndoles á recoger cuantas tablas pudieran, herramientas de carpintero y todo lo que se necesitaba para construir un bote.

El cocinero, casi exánime de hambre, se quedó con dos ó tres camaradas transidísimos de frio. A cosa de medio dia me participaron que habia fallecido, colocándole en un lugar donde el mar pudiera llevárselo fácilmente.

A los dos ó tres dias recrudeció de tal modo el frio y la helada que los piés y manos de la mayoría perdieron el sentido, hasta que su entumecimiento y palidez hicieron temer la gangrena. Cortámos las botas, y al quitarnos las medias, algunos cuyas piernas estaban cubiertas de ampollas se arrancaron la piel y hasta las uñas de los piés. Nos envolvímos las piernas con estopa y trapos para mantenerlas calientes; pero los que más se movian y andaban conservaron mejor la salud.

Armóse una tienda triangular, de ocho piés por lado, entoldándola con velas que el mar escupia sobre la roca; y tan reducida, que sólo podíamos tendernos de lado, sin que ninguno se volviese del otro á ménos que los demas hiciesen lo mismo, lo cual se efectuaba de dos en dos horas á una señal dada. Sobre la tienda habíamos fijado un palo en que izábamos, cuando el tiempo lo permitia, un trozo de lienzo á guisa de pabellon para llamar la atencion de los buques que tal vez cruzasen por las cercanías.

Entónces comenzámos á construir un bote con las tablas y cuadernas salvadas del naufragio, sin más herramientas que la hoja de un cuchillo convertida en sierra con ayuda de nuestras navajas, un martillo y un mazo de calafate. Encontrámos clavos en las hendiduras de las rocas, y quitámos unos cuantos del forro del buque; llenámos las costuras con estopa, tapando las aberturas con grandes trozos de lona, con planchas de plomo y pedazos de cuero; y despues de fijar en el centro de la embarcacion un mástil con una vela cuadrada, preparámos seis canaletes para remar y otro más largo para servir de timon. El carpintero estaba enfermo y no pudo prestarnos ayuda ni consejo; excepto yo y otros dos, los demas se hallaban débiles y tan pasmados de frio que apénas podian moverse; en fin, tan riguroso era el tiempo que rara vez podíamos permanecer más de cuatro horas fuera de la tienda, y hubo dias que nos fue imposible hacer algo.

Despues de pasar una semana sin más víveres que el queso recogido y huesos de vaca que comímos machacados, divisámos tres bateles á cinco leguas de distancia. Júzgese de la alegría que tal vista nos causó, pues creímos llegado el dia de nuestra salvacion. Salímos de la tienda, gritámos á un tiempo con todas nuestras fuerzas, y á pesar de cuantas señales pudímos imaginar no fuímos oidos ni descubiertos. Sin embargo, la vista de aquellas barcas nos infundia valor, pues venian del Suroeste, y soplando el viento del Noroeste, colegímos que tal vez algunos despojos arrojados á la costa habian anunciado nuestro naufragio; por lo cual supusímos que iban en busca nuestra, y que continuarian miéntras el tiempo lo permitiera.

Poco ántes de acabar el bote quiso la Providencia que el mar escupiese sobre la roca el hacha del carpintero, la cual nos ayudó á terminar la tarea. Hácia el 21 de diciembre, en vista del buen tiempo y del tranquilo mar, deliberámos para saber quiénes probarian á ganar el continente: ofrecíme al punto, lo que fue aceptado, porque yo era el más fuerte, y por consiguiente el más idóneo para soportar las penalidades eventuales. El maestre propuso acompañarme, juntándose con nosotros mi hermano y otros cuatro. Empujámos el mísero esquife hasta la orilla del mar, y como el oleaje se elevaba mucho tuvímos que meternos en el agua hasta la cintura. Embarcámonos dos, pero las altivas ondas levantaron el frágil leño y lo hicieron pedazos.

Lo que acrecentó nuestra desesperacion fue perder á un tiempo el hacha y el martillo. Con todo, tuvímos ocasion de admirar la bondad del Altísimo: por la noche se desencadenó un viento furioso, y si hubiéramos estado embarcados en la débil barquilla probablemente pereciéramos, no cabiendo mejor suerte á los que dejáramos en la roca, pues se hallaban en la imposibilidad de ayudarse.

Pronto nos encontrámos en la situacion más deplorable y triste que imaginar es dado; excepto yo, todos se morian de hambre y frio. Sus manos y piés estaban yertos y casi gangrenados, sin que para vendarlos hubiese otra cosa que un pedazo de tela salvado del naufragio. Careciamos de fuego, y el viento continuaba excesivamente frio. Agotada ya la escasa provision de queso, sosteníamos nuestros descarnados cuerpos con yerbas marinas y almejas, que en pequeña cantidad y con gran trabajo recogíamos, á razon de dos ó tres diarias por barba. Para colmo de desgracias teníamos que temer las grandes mareas que [illegible]-

ñadas de furiosos vientos inundarian la roca donde morábamos. No hay palabras que expresen lo horrible de semejante situacion.

Esforzábame cuanto podia para cobrar ánimo, exhortando á los demas á confiar en Dios y resignarse á todo. Para mitigar la Providencia nuestras penas y fortalecer nuestra fe, envió una gaviota al alcance del segundo, quien la mató y me la trajo al instante. Distribuíla en partes iguales, y aunque apénas habia un bocado para cada uno, recibímos y comímos con agradecimiento aquel manjar crudo.

A muerte ó á vida, imaginámos construir una balsa capaz para dos hombres. Uno de los nuestros, sueco de nacion, sugeto honrado y robusto á quien el frio impidiera de los piés, solia importunarme para que probara á salvarnos con este expediente, y ofrecia acompañarme, ó ir solo si yo me negaba. Despues de reflexionarlo con madurez determinámos construir una balsa con la verga mayor, la cual partímos por la mitad, añadiendo otros trozos de madera; proveímosla de mástil y velámen, con un par de canaletes y un remo de repuesto. Pero cuán penosa y difícil nos fué la tarea en nuestra excesiva debilidad, con tan pocos brazos y escasez de herramientas! Terminada que fue, preguntóme el sueco si llevaba intencion de acompañarle, dándome á entender que en caso contrario otro estaba pronto á ocupar mi puesto.

A la sazon observámos una vela que salia del Piscataka, á siete leguas de distancia al Oeste; mas como el viento soplaba del Noroeste y el buque singlaba para el Este, en breve se perdió de vista sin haberse aproximado un momento.

Al siguiente dia hizo buen tiempo, soplando el viento hácia tierra. Los dos hombres que debian embarcarse en la balsa manifestaron vehementes deseos de que se botara al agua, á lo cual se opuso ahincadamente el segundo porque ya eran las dos de la tarde; insistieron diciendo que las noches eran claras, y solicitaron mi permiso, el cual acabé por otorgárselo despues de remitir la empresa á la bendicion de Dios. Embarcáronse pues ambos en la balsa, pero los embates del mar no tardaron en volcarla. El sueco ganó la tierra á nado; tocante al otro, que no era tan buen nadador, permaneció algun tiempo entre dos aguas, y en cuanto asomó á la superficie le cogí y salvélo desanimándole hasta tal punto ese percance que no volvió á las andadas.

Rogué entónces al sueco que me ayudase á tirar la balsa á tierra, á fin de aguardar una ocasion favorable; mas aunque apénas podia tenerse en pié, mantúvose en sus trece, y poniéndose de rodillas tomóme de la mano, suplicándome encarecidamente que le acompañase en la balsa. Estoy seguro de morir, dijo; pero abrigo grandes esperanzas de coadyuvar á nuestra salvacion y á la de mis camaradas si no quereis venir, estoy resuelto á probar ventura yo solo.

Traté de disuadirle y fué inflexible, añadiendo que preferia perecer en el mar á permanecer un dia más en tan horrorosa situacion.

A todo esto otro marinero ofrecióse para ir con el sueco; cuando estuvieron en la balsa invitáronnos de la manera más patética á rogar por ellos y á observar bien lo que les sucederia. Al caer de la tarde juzgué que se encontraban á medio camino del continente, adonde supuse que arribarian hácia las dos de la madrugada; pero víctimas de su valerosa abnegacion, sin duda dieron en los rompientes, ó bien el proceloso mar volcó la balsa, pues el viento se enfureció

durante la noche. A los dos dias se encontró la balsa en la costa frontera, y una milla más léjos un cadáver con un canalete atado á la muñeca. Jamas oímos hablar del desdichado sueco.

Al cabo de dos dias observámos humo que salia de los bosques, señal convenida con nuestros dos hombres, dado caso que llegasen á tierra; aquel humo continuó cada dia, y como imaginábamos que lo hacian por nosotros, aunque no viésemos nada que nos anunciase socorro, supusímos que el retardo dimanaba de la imposibilidad de procurarse embarcacion.

La pleamar no nos habia causado á Dios gracias ningun accidente sensible, pero costábanos infinito recoger yerbas marinas y almejas. Cuando á los otros les fue imposible salir, durante el reflujo solia yo recorrer la orilla, donde no encontraba mas que dos ó tres almejas para cada boca. Repugnábale á mi estómago tal alimento, al que preferia yerbas marinas. Más de cuatro veces estuve á pique de perder los brazos y las manos de puro meterlos con tanta frecuencia en el agua helada.

A nuestra llegada á la roca vímos varias focas, y suponiendo que de noche se refugiaban en la misma, le dí vuelta á media noche; mas no atrapé ninguna. Tambien habíamos visto muchos pájaros marinos, que no volvieron más. Nuestra penuria pesaba más duramente todavía sobre mi hermano y otro jóven, que nunca se habian embarcado ni padecido la menor penalidad; de suerte que se hallaban en el último extremo.

De agua no carecíamos, pues la nieve al licuarse llenaba las cavidades de la roca. Durante la helada preferíamos el hielo que yo llevaba á pedazos al lado de la tienda. Para beber usábamos de un frasco de pólvora, el cual tambien servia para los enfermos de la tienda.

Habiendo el mar escupido sobre la roca un trozo de cuero crudo clavado en la verga mayor, importunáronme los marineros para que lo trajese á la tienda, y cortado en menudos pedazos fue devorado con ansia.

Hácia esta época empleé la tripulacion en descolchar un cable viejo, y cuando el tiempo no era frio y mis fuerzas me lo permitian, guarnecia la tienda con estopa para resguardarnos más del rigor del clima, dejándola en estado de resistir á una lluvia de tres horas y preservarnos de los vientos frios y penetrantes que nos atormentaban. En fin, aquella estopa servia tambien para envolverme á la noche, quitándome la ropa.

A últimos de diciembre el carpintero, que frisaba con los cuarenta, corpulento y de genio indolente y flemático, quejóse de un dolor cruelísimo en la espalda y de tesura en el cuello. Murió por la noche, velámosle, y al amanecer rogué á los más fuertes que sacasen el cadáver. Despues salí de la tienda á ver si la Providencia nos habia deparado algo con que aplacar el hambre; volví al medio dia, y notando que el cadáver estaba todavía en el mismo sitio, pregunté por qué no lo quitaban; respondiéronme que no podian con él, y atándole entónces una cuerda, lo sacámos arrastrando de la tienda.

Tan abatido me encontraba por la fatiga y la consideracion de nuestros grandes apuros, que torné á la tienda medio enfermo, y para colmo de pesares, así que entré me importunaron mis compañeros para que les diese á comer el cadáver de su camarada á fin de sostener su mísera existencia.

.Confieso que nada de lo que habia sufrido hasta entónces me parecia tan cruel y horroroso como aquella execrable proposicion.

Despues de deliberar y reflexionar detenidamente, por una parte sobre la legitimidad de tal accion, y por otra sobre la necesidad absoluta en que nos encontrábamos, la razon, la conciencia y todas las consideraciones morales hubieron de ceder á los argumentos de un hambre devoradora. Resolvímos pues satisfacerla. Presidí yo mismo la diseccion y reparto del cadáver, señalando para cada hombre una porcion igual á fin de evitar todo motivo de querella ó de envidia. En pocos dias observé un cambio total en el carácter de aquellos desventurados: no eran ya sugetos mansos y afectuosos, sus miradas eran torvas y fijas, su risa feroz y bárbara, y en vez de obedecer presurosos mis órdenes como ántes solian, eran sordos á mis ruegos é instancias.

Traspasado el corazon pensaba con hondo espanto en el momento que, ya agotada la repugnante provision, llegaríamos á comernos los vivos. Por dicha la bondad de Dios comenzó á manifestarse con nosotros, inspirando á la buena gente que moraba cerca de la orilla donde fuera arrojada la balsa la idea de venir en nuestra busca.

A la mañana del 2 de enero, apénas salia yo de la tienda, cuando distinguí á medio camino del continente una balandra que navegaba en derechura á nosotros. Imponderable fue nuestro júbilo al adquirir tan impensadamente la certeza de una pronta salvacion.

Recaló la balandra á unas cien varas de distancia al Suroeste de la roca; no pudo aproximarse más á causa de los rompientes, y como el ancla no agarró, permaneció al pairo hasta medio dia, aguardando que con el flujo se calmaran las aguas.

Informé á los extranjeros de nuestros infortunios, excepto de la falta de víveres, temeroso de que la idea de verse tal vez precisados por el mal tiempo á quedarse con nosotros les retrajese de abordar; y supliquéles encarecidamente que probasen desde luego á salvarnos, ó á lo ménos que nos diesen lo necesario para encender lumbre. Enviáronnos al punto un bote con un hombre que con grandísimo trabajo pudo llegar á la roca.

Ayudéle á ponerse en seguridad con su bote, y preguntándole si podria facilitarnos fuego, respondió afirmativamente. Asombrado de verme tan macilento y desfigurado, por el pronto no acertó á desplegar los labios, y acompañándome á la tienda quedó atónito al triste espectáculo que se ofreció á su vista. Causábamos horror con nuestra flacura y extraviados ojos.

Con no poco trabajo encendímos lumbre. Habiendo resuelto embarcarme con el extranjero y enviar en seguida á buscar los otros, salté con él en el bote; pero rechazónos el mar con tal violencia contra la roca que caímos en el agua. Largo rato permanecí sin sentido.

Embarcóse el extranjero sin mí, no sin grandes dificultades, manifestando que si el tiempo lo permitia tornaria al dia siguiente con las cosas necesarias para socorrernos.

Dios, que dispone de todo, sin duda miraba por nuestra conservacion al privarnos del medio de salvacion que acababa de ofrecerse. En efecto, á la velada el viento se volvió al Sureste, soplando con ímpetu violento en la mayor lobre-

guez: los extranjeros perdieron la balandra, y á duras penas escaparon con vida. A ir nosotros con ellos probablemente pereciéramos, no contando con fuerzas bastantes para librarnos del peligro.

Luego que llegaron á tierra los extranjeros mandaron un expreso á Portsmouth por el rio de Piscataka, cuyos moradores determinaron venir á auxiliarnos en cuanto el tiempo lo permitiese; pero con grandísimo pesar nuestro el temporal continuó al dia siguiente. Aunque persuadidos de que los del continente vendrian á socorrernos lo más pronto posible, nuestra situacion no cesaba de ser muy aflictiva. Sin embargo la lumbre nos fue de alto alivio, pues podíamos calentarnos y asar los víveres. Habíamos colocado el fuego en el centro de la tienda, rodeándolo de piedras, y lo alimentábamos con trozos de cuerda. Al principio el humo nos incomodó sobremanera, y algunos se desmayaron; pero dímosle salida por una abertura que practicámos en el techo.

Al otro dia mis compañeros instaron con empeño para que les trajese de comer, y díles algo más de lo acostumbrado, mas no tanto como quisieran, pues sólo quedaba para otra vez.

A la noche calmó el viento; á la mañana siguiente, miéntras orábamos, oímos un disparo de fusil, y asomándonos divisámos una balandra que se aproximaba, llevando á bordo tres capitanes íntimos amigos mios y tres marineros. Al cabo de dos horas estábamos todos á bordo, habiéndonos conducido á los más á cuestas desde la tienda hasta la piragua, y teniéndonos que trasladar á dos ó tres á un tiempo.

Al llegar á bordo comímos un pedazo de pan y bebímos un trago de ron. Casi todos nos mareámos fuertemente. Despues de comer manjares calientes y nutritivos, entrónos un hambre tan premiosa y devoradora, que á no contenernos nuestros amigos hubiéramos reventado de un hartazgo.

Otras dos embarcaciones vinieron tambien á nuestra ayuda; pero cuando los tripulantes nos vieron en salvo á bordo de la balandra regresaron á sus casas.

Arribámos al continente á las ocho de la noche, siendo recibidos y tratados con las más delicadas atenciones, unos por cuenta del gobierno, que les socorrió por completo, otro y yo en una casa particular, pues teníamos bastante crédito para abonar los gastos. Algunas personas compasivas y benéficas suministraron á nuestros compañeros pobres cuanto necesitaban, buscando médico y enfermeras que les cuidasen.

A los dos dias de nuestro arribo mi novicio perdió gran parte de un pié; los demas salvaron los miembros, aunque sin recobrar enteramente su uso; pero su salud no quedó resentida. Cuanto á mí, debo elevar al Señor particulares acciones de gracias por su señalada bondad conmigo, pues no sufrí ninguna consecuencia sensible de tan horrorosa catástrofe.

Mi tripulacion se dispersó, y á la publicacion de este relato se encuentran en Inglaterra el segundo y dos marineros.

INCENDIO DEL PAQUEBOTE AMERICANO FÉNIX.

Atravesaba la magnífica nave *Fenix* el lago canadiense conocido con el nombre de Champlain, conduciendo á su bordo cuarenta pasajeros que debian desembarcar en San John, y á consecuencia de hallarse enfermo el capitan, tomó el mando su hijo, que contaria veinte años. Soplaba el viento con violencia agitando la superficie del lago, pero el *Fénix* desafiaba las tempestades, ningun obstáculo retardaba su carrera, y á la una de la mañana todos los pasajeros dormian tranquilos.

Ignórase quién pudo dejar una vela en la despensa; lo cierto es que en aquella hora despertó un marinero sobresaltado por el resplandor y halló la puerta ardiendo y un torbellino de humo y llamas le envolvió al derribarla. Como la cámara de las señoras estaba inmediata, llama á la puerta y vocea; pero el silbido del viento y el mugido de las olas dominan su voz y nadie le responde. Corre á avisar al capitan que se precipita sobre la cubierta y penetra en la cámara por otra puerta seguido del fuego; las señoras espantadas se agitan, claman y lloran, y por fin se las saca medio desnudas sobre cubierta, donde ya se hallaba toda la tripulacion en torno del capitan, quien indicando que va á hablar á fin de que cesen todas las conversaciones y discursos, y prometiendo ser breve expone las causas del incendio, el paraje donde comenzara y los medios de salvamento. Obedezcan todos mis instrucciones, dice, y respondo de que ninguno perecerá: la tripulacion permanecerá á bordo hasta que salgan los pasajeros, y yo seré el último que abandone la embarcacion. Juran los marineros obedecer y ocupa cada cual su puesto, empuñando el piloto el timon con los vestidos medio abrasados y dirigiendo la nave á una isla inmediata, donde esperan arribar auxiliados por el destructor elemento, que calentando la máquina la comunica doble celeridad y arrebata al buque de modo que semeja volar sobre la líquida superficie.

Corta distancia los separa de la isla, se echan al agua las canoas trasbordando á ellas apresuradamente las señoras y los niños; de pronto despréndese el timon y le arrastra la marejada, gira sobre sí el buque y aléjase de la isla, falta fuego en la máquina y no puede luchar con el récio oleaje que la combate; pero el capitan apresura el trasbordo y cuando al recorrer con una ojeada su alrededor observa que sólo quedan á bordo los tripulantes, exclama: ¡Afuera! Y ¿vos, capitan? objetan los marineros. Las lanchas están sobrecargadas y una persona más expondria la existencia de los pasajeros, responde el mancebo; ¡afuera!

En aquel momento divisa una mujer y un adolescente de catorce ó diez y

seis años que medio muertos de miedo permanecen acurrucados en un rincon donde han quedado olvidados. Al punto ordena que el jóven se agarre á una tabla y un marinero se arroje con él á la mar esforzándose por alcanzar las lanchas que se alejan; pero entrambos perecen. Entónces piensa en la tripulacion; cada marinero se ase á una tabla y precipítase en el agua, y cuando ya ninguno queda á bordo, carga con la mujer que estaba á su lado y arrojando al mar una tabla deslízase sobre ella; pero el terror que domina á la infeliz la presenta mil imágenes espantosas, abrázase al capitan que lucha en vano por desasirse, escápasele la tabla, y ya están á punto de perecer. Por fin logra desembarazarse, y dejándola por un momento nada hasta alcanzar la tabla con la cual vuelve en su busca, mas no la halla: descúbrela asida á una tabla inflamada y vuela en su auxilio, pero la tabla se rompe, la mujer desaparece y aunque el capitan busca no la encuentra. Recelando que aun quedase alguno á bordo, llama á los marineros exhortándolos á no alejarse del barco hasta que vuelva á recogerlos alguna lancha, y la tripulacion, dócil á la voz de su jefe, mantiénese en torno de él luchando con las irritadas ondas y esperando el regreso de las lanchas. Pero estas, tambien castigadas por el temporal, tardaron en llegar á tierra, salvando con gran trabajo las dos mortales leguas que de ella les separaban, y hasta la mañana siguiente no pudieron volver á socorrer á sus compañeros. Ya el incendio estaba extinguido y las llamas no podian servirles de guia. Llegan, inquieren, registran, vocean; todo está desierto y solo el eco responde á sus voces: sus desgraciados compañeros yacen en las entrañas del abismo. Vislumbran al fin un cuerpo extendido sobre una tabla y se apresuran á recogerle: era el capitan, y observando que su corazon late, prodíganle socorros con los cuales le vuelven á la vida. Encamínanse á la ribera y salvan á un marinero en el momento en que, exhaustas sus fuerzas, estaba á punto de ahogarse, y por fin fueron acogidos con suma cordialidad en Bordentown, donde la conducta del capitan excitó la más cordial admiracion.

INVERNADA DE LA RESOLUCION

en la bahía de Hudson.

Partió de Bristol en mayo de 1631 el capitan James mandando el buque *Resolucion*, en busca del paso del N. O., por cuenta de una compañía mercantil fundada por sir Thomas Roe, y costeando el 4 de junio la Groenlandia hallóse el 5 rodeado por los hielos: voltejeó al Norte y al Oeste hasta el 5 de julio, en que

divisando, á favor de un clarísimo dia, el mar completamente helado, juzgó que buscaria en vano el paso apetecido, y resolvió penetrar en la bahía de Hudson, esperando desde allí llegar con más facilidad á la boca del rio de San Lorenzo; mas el 7 de octubre, imposibilitado de superar los obstáculos que se le oponian abrazó el partido de descender de arribada é invernar en una isla situada á los 52° 45' de latitud boreal de la bahía citada, cuanto más que llevaba varios tripulantes gravemente enfermos. Construyó el calafate una cabaña destinada á enfermería, y el capitan acompañado de la marinería recorrió la isla en busca de habitantes que no encontró.

Dedicóse la tripulacion el 13 á buscar un puerto cómodo en que fondear y volvió con un gamo escuálido destazado diciendo que no existia puerto ni habitantes, y sí sólo algunos gamos. Iguales pesquisas verificaron el 23 el teniente William Clement y cinco hombres y con idéntico éxito, costando aquella excursion la vida al cabo de cañon John Barton que se ahogó al atravesar una laguna helada.

Eligió al fin el 3 de noviembre el capitan un bosquecillo en la pendiente de una colina, cuyos espesos árboles guarecian del impetuoso y frio viento del Norte, encontrando al principio grandes dificultades para construir habitacion, porque á tres piés de profundidad brotaba agua y por consiguiente no era posible ahondar cuevas ni levantar paredes, pues la nieve cubria las piedras; pero remedióse tal inconveniente hincando estacas y formando un espeso seto de seis piés de alto, con cuatro puertas que servian á la vez de chimeneas, y á corta distancia una especie de trinchera de igual materia, construccion y dimensiones, midiendo en total la cabaña veinte piés cuadrados: en el centro formaron el hogar, cubrieron el suelo con tablas, y al rededor construyeron un tablado corrido en el cual tendian los cois y se acostaban. A los dos lados y como á veinte pasos de la cabaña levantaron otras dos chozas; una para cocina y otra para almacen de las provisiones consistentes en carne, tocino y pesca salados bastantes para vivir ocho meses. La primera choza estaba formada con los cofres, la segunda con ramas y velas, y entarimado el suelo para evitar que con la humedad se averiasen los comestibles, y el capitan solia descansar y meditar en la mayor de las dos cabañas.

La comida diaria era sopa y carne, la cena caldo y pescado, y los domingos tocino y guisantes: sólo bebian agua, excepto los enfermos que tomaban una racion de vino de Alicante y un vasito de aguardiente aguado, si bien muy desvirtuado por el frio, y cuando este apretaba solian beber vino aguado, en proporcion de una parte de vino por siete de agua. Escaseaba la caza, pues no encontraron mas que algunos osos y zorras que destinaban á los enfermos; sólo en mayo se presentaron ánades, cercetas y perdices blancas, pero ya carecian de municiones. En cuanto al pescado buscáronle inútilmente. Helóse la cerveza, y cuando la deshelaban al calor adquiria mal gusto, por lo cual ahondaron un pozo que les suministraba agua excelente.

El 23 estuvo á pique el buque de ser arrastrado por los hielos flotantes entre los cuales habia varios que median más de un cuarto de milla, y de tal modo tesaron el cable que empezó á saltar. La tripulacion de á bordo pidió auxilio, pero era imposible dársele, y en su consecuencia, pasado el riesgo, determinaron

embarrancar el barco de costado para que resistiera mejor, pues era evidente que ni cables ni anclas podrian preservarle de los hielos ni de las marejadas. Efectuáronlo empotrándole dos piés en la arena, barrenándole y añadiendo al lastre para afirmarle en el fondo todas las anclas, jarcias y útiles innecesarios, despues de lo cual embarcaron en la canoa la pólvora y provisiones, y el 29 se dirigieron á tierra los diez y siete tripulantes que existian á bordo; pero de tal modo nevaba que se hallaron en grandes apuros para ganar la costa, y ni aun se conocian segun lo cubiertos de nieve que estaban. Por fin llegaron ya cerrada la noche, y despues de descansar, comer y calentarse en la cabaña, empezaron á discurrir acerca de su situacion. Sostenia el calafate que el buque estaba inservible, cuanto más que al embarrancarle habíase roto el timon; mas el capitan afirmaba lo contrario y animó á la tripulacion recordándola los holandeses que pasaron dos años en Nueva Zembla, y añadiendo que aunque el buque no se pudiera utilizar, con su maderaje se construiria una pinaza para regresar á Inglaterra. Ofreció el calafate no perdonar medio si la tripulacion le ayudaba, pues la isla producia madera y no juzgaba conveniente tocar el buque sino en caso de absoluta necesidad: el capitan prometió recompensar á los que se distinguieran por su laboriosidad, y los marineros se prestaron gustosos á trabajar.

Desde el 1.° al 18 de diciembre trasportaron unos el resto de las provisiones, mantas y cois que quedaron á bordo, entre tanto que otros construian un almacen y el calafate reunia madera para la pinaza. Heláronse á varios los dedos y las narices, pues el frio aumentaba de tal suerte, que cuando desde el frio se exponian de repente al calor se les llenaba el cuerpo de vejigas: tambien se heló el pozo, y viéronse precisados á recurrir á la nieve derretida, que les producia enfermedades cutáneas y opresiones. El vino, vinagre, licores y aceite se convirtieron en témpanos de hielo que era preciso partir á hachazos para usarlo, llegando á helarse á tres piés del fuego y con la cabaña herméticamente cerrada. La nevada continuó sin interrupcion y en breve cubrió la cabaña, siendo preciso á los marineros abrirse paso diariamente con palas hasta las otras cabañas.

Con la carestía de agua recordó James que al saltar en tierra mandó cortar dos ó tres árboles para señalar una fuente que descubriera, y encaminándose al paraje acompañado de varios marineros provistos de palas, no tardaron en encontrarla; hallazgo que les fue sumamente útil pues jamas se heló, y pudieron abandonar el refresco de nieve que empezaba á ocasionar graves perjuicios.

El 30 y 31 de enero de 1632 cubriéronse de estrellitas la via láctea, las nebulosas del Cáncer, las pléyadas y todo el firmamento, amortiguándose su brillo al orto de la luna verificado á las diez de la noche; helóse la mar completamente, fijóse el viento al Norte, y el frio llegó á tal intensidad en febrero que los navegantes, con las encías hinchadas y los dientes cayéndoseles, se hallaron casi imposibilitados de tomar alimento y de salir de la cabaña. Todos los medicamentos se trabaron, endurecióse la tierra hasta diez piés de profundidad, todas las mañanas amanecian con una capa de escarcha á pesar de colocar las camas junto al fuego; y los relojes se pararon. Con todo, trabajaban cuanto podian á fin de mantener el calor y la circulacion de la sangre; pero á duras penas lograban reunir leña tanto para la pinaza como para quemar: las hachas y azuelas se partian ó mellaban y la leña mojada despues de producir una humareda que les

ahogaba ennegrecia sus rostros con la resina de tal modo que parecian deshollinadores.

Cuatro marineros persiguieron un gamo el 15 de marzo con permiso del capitan y volvieron por la noche con los piés y piernas en tal lamentable estado que no pudieron moverse en quince dias: otros tres salieron con el mismo objeto á la mañana siguiente y faltó poco para que pagaran con la vida semejante temeridad: por fin, en el mes de abril sólo quedaban cinco hombres útiles. Con ellos resolvió el capitan limpiar el buque de hielo tan luego como suavizara el tiempo, á fin de evitar que en el deshielo le perjudicaran los témpanos; mas el 6 de abril nevó con más abundancia.

Amaneció el 16 claro, y limpiaron la cubierta encendiendo en ella una grande hoguera para secarla, y el 17 sacaron una ancla enterrada en la arena, trasladándola á bordo. Pasaron la mayor parte del mes en calafatear los barrenos, limpiar el buque y deshelar las bombas, y lloviendo el 31 lo consideraron como la terminacion del invierno, y aunque granizó en los siguientes dias, el 1.° de mayo comieron y brindaron por su próxima salvacion. Comenzó á derretirse el hielo y el 4 aparecieron grullas y ánades que no pudieron cazar.

Enterraron el 6 á John Warden en una altura que denominaron Brandon-Hill, sacaron de la bodega el 9 cinco barricas de carne y cuatro de cerveza y cidra, encontraron el 12 los zapatos de repuesto que olvidaran en el buque, y el 14 limpió el contramaestre las jarcias empezando á colocar barricas. Pocos dias despues murió el calafate que casi tenia concluida una pinaza de catorce toneladas, veintiseis piés de eslora, diez de manga y cinco de calado. Enterráronle junto á su compañero, y el 24 empezaron los hielos á crujir y romperse, flotando en seguida. Entónces comprendieron la ventaja de rodear al buque con un parapeto, pues de lo contrario los témpanos le destrozaran. Encontraron el timon, y el 30 prepararon las velas y sacaron al aire las provisiones. Recrudeció el tiempo á principios de junio, mas cedió en seguida: el 10 relampagueó y tronó con tan sofocante calor que varios marineros se bañaron rodeados de mariposas, moscas, cínifes, y el 11 colocaron el timon. Por fin, despues de botar el 17 el buque, ocupáronse de embarcar cuanto llevaron á tierra, y el 24 clavaron en el tronco de un árbol un cuadro con los retratos del rey y de la reina de Inglaterra y la siguiente inscripcion: Cárlos I, rey de Inglaterra, Escocia, Irlanda, Terranova y territorios al Oeste hasta Nueva Albion, y al Norte hasta los 80° de latitud. En seguida formaron una gran cruz en la cual colocaron otro cuadro con las armas reales, las de la ciudad de Bristol y varias monedas, y fijándola en la colina donde estaban enterrados sus compañeros, tomaron solemne posesion de la isla en nombre de S. M. B. Ordenó el 26 el capitan que se encendiera una gran fogata miéntras él, subiendo á un árbol al cual llamaban el observatorio porque su elevacion les permitia observar, reconocia las inmediaciones por si otra fogata respondia; pero el encargado de encender lo verificó con tal torpeza que pegó fuego á toda la isla, y sólo saltando á riesgo de estropearse pudo escapar el capitan James del incendio, que duró dos dias consumiendo cuanto halló.

Limpio de hielos el mar el dia 29, esperaron al 1.° de julio para darse á la vela aunque precisados á arreglarse caretas y guantes de piel, pues los cínifes

les atormentaban, y en el dia fijado, despues de empavesar el buque, fuéron en procesion á la colina donde plantaron la cruz, y colgó del sagrado signo el capitan una caja de plomo con un extracto del viaje, denominando á la isla Charleston en honor del príncipe de Gales, y regresando á Inglatera, donde ya les juzgaban víctimas del furor de las olas, dando su aparicion un dia de júbilo al estado por la nueva isla adquirida y la tranquilidad á sus desoladas familias.

VIAJE POR EL MISISIPÍ.

De Nueva Orleans á los Akensas, en 1727.

CARTA DEL PADRE POISSON, MISIONERO EN LOS AKENSAS, AL PADRE ***.

Estimado amigo: ¿deseais saber la cosa ménos curiosa del mundo y que más cuesta por experiencia? Es la manera de viajar por el Misisipí, lo que viene á ser esta tierra tan ponderada al par que tan desacreditada en Francia, y qué clase de gente la habita. Por ahora nada más puedo ofreceros.

Durante nuestra permanencia en Nueva Orleans, merced á los desvelos y prudencia del nuevo comandante general, hemos vivido en el seno de la mayor tranquilidad. Los que dirigian los negocios andaban divididos en dos bandos, el grande y el pequeño, y ya disueltos, es de esperar que la colonia se consolide más que nunca.

Aguardábamos de un dia á otro la piragua que conducia á los PP. Tartarin, Doutreleau, y las hermanas, por cuya razon anticipámos la partida para ahorrar molestias al P. Beaubois, á pesar de no ser la estacion á propósito para viajar por el Misisipí.

Embarcámonos pues á 25 de mayo de 1727 los PP. Souel, Dumas y yo, bajo la direccion del buen Simon. Los PP. Guienne y Petit debian á los pocos dias tomar otro camino. Nuestro equipaje y el de los *contratados* sobresalian más de un pié de los costados de las dos piraguas, de suerte que íbamos sobre una balumba de baules y fardos sin poder variar de postura. Llaman acá contratados á los remeros de alquiler, cuando en verdad debiera llamárseles pesadilla de los pasajeros. Mal nos auguraron con semejante compañía. Subiendo el Misisipí se navega rozando la orilla por ser harto impetuosa la corriente, y no bien perdímos de vista á Nueva Orleans, cuando una rama de la márgen, enredándose en un baul, lo derribó, hizo caer á un mozo, lastimó al P. Souel, y á no romperse, baul y mozo daban consigo en el agua. Así que al arribar á los Chapitulas, dis-

tantes tres leguas de Nueva Orleans, escribímos al P. Beaubois pidiéndole una piragua más capaz.

Miéntras tanto nos hallábamos en terreno conocido. Segun denota el bárbaro nombre que lleva, ántes lo habitaban salvajes, dándose en la actualidad á cinco concesiones inmediatas al Misisipí. Recibiónos en la suya el parisiense señor Dubreuil; las tres siguientes pertenecen á tres hermanos canadienses, y la quinta al suizo señor Koli, quien viniera en el mismo buque que nosotros á enterarse del estado de la concesion para la cual habia despachado barcos y gastado crecidas sumas. En cada concesion hay á lo ménos sesenta negros que cultivan maíz, arroz, añil y tabaco.

Llámase *concesion* cierto espacio de terreno concedido por la compañía de las Indias á un particular ó á varios que se asocian para beneficiarlo; *habitacion*, el pedazo de tierra concedido por la misma compañía, y *establecimiento*, el canton con varias habitaciones cercanas que forman una como aldea.

Ademas de los concesionarios y habitantes hay en esta comarca andadores de oficio: ya son mujeres procedentes de los hospitales de Paris, de la Salpetriere ú otros lugares de igual nombradía, que mal halladas con los deberes conyugales y faenas domésticas prefieren hacer viajes de cuatrocientas leguas; ya viajeros, aviesos mocitos enviados por sus padres ó por la justicia, más aficionados á remar y andar de una ribera á otra, que á cavar la tierra; ya cazadores que al espirar el verano suben el Misisipí hasta dos ó trescientas leguas, donde existe la region de los bueyes, de cuyas costillas arrancan la carne y cúranla al sol, salando lo demas y haciendo aceite de oso. Regresan hácia la primavera y abastecen de carne la colonia. Como de Nueva Orleans aquí el terreno no está asaz habitado ni bien preparado para la ganadería, dichos cazadores prestan útiles servicios. A treinta leguas de aquí ya se encuentran bisontes á manadas en las praderas ó cerca de los rios. El año pasado un canadiense trajo á Nueva Orleans cuatrocientas ochenta lenguas de bisontes que habia muerto en el invierno sin más ayuda que su compañero.

Abandonámos los Chapitulas el 29. Aunque teníamos una piragua de más porte, y no obstante la nueva distribucion de la estiva, íbamos casi tan mal como ántes. Aquel dia sólo debíamos andar dos leguas para llegar á las Cañas Quemadas y hospedarnos en casa del señor Benac, director de la concesion del señor Artagnan, quien nos recibió afectuosamente, agasajándonos con una carpa del Misisipí que pesaba treinta y cinco libras. Las Cañas Quemadas son dos ó tres concesiones á orillas del citado rio, cuya situacion me pareció más amena que la de los Chapitulas.

Al otro dia anduvímos seis leguas y pernoctámos en las cabañas de los Alemanes, punto que se asignó al lánguido resto de los alemanes que perecieran de miseria en Lorient ó al llegar á Luisiana. En sus pobres habitaciones se aprende á viajar por el Misisipí, de lo cual voy á daros una ligera idea para no tener que repetir siempre lo mismo.

Habíamos partido en la época de las crecidas; el rio habia subido como suele más de cuarenta piés, y como casi toda la comarca es terreno bajo, estaba inundada, hallándonos por consiguiente expuestos á no encontrar rancho ó suelo donde encender lumbre y acostarnos. Cuando se encuentra, si la tierra es toda-

vía fangosa, como acontece cuando las aguas comienzan á retirarse, arréglase primeramente una yacija de hojarasca para que el colchon no se hunda en el lodo, tiéndese en seguida una piel en el suelo ó un colchon y sábanas si las hay, dóblanse tres ó cuatro cañas en semicírculo y fíjanse por los extremos en el suelo, separándolas unas de otras segun la largura del colchon; sobre estas se colocan otras tres atravesadas, y sobre el conjunto se extiende el *baire* ó toldo, cuyas extremidades se aseguran debajo del colchon. Respírase en esas tumbas un aire sofocante, y con todo es preciso pasar en ellas la noche. Lo primero que se hace al tomar tierra es arreglar con premura el baire para librarse de los maringuinos. Si se pudiera dormir al raso gozaríase del fresco de la noche, y del mal el ménos. Más digno de lástima es el que no encuentra ranchería: entónces amarra la piragua á un árbol; si topa con un obstáculo de árboles, asienta encima los reales, y si no, acuéstase sin cenar, ó más bien permanece en la misma situacion que entre dia, expuesto durante la noche entera al furor de los maringuinos. Llámase *obstáculo* una aglomeracion de árboles flotantes desarraigados y arrastrados por el rio, que detenidos por otro árbol arraigado ó por una lengua de tierra, se amontonan y forman enormes pilas. Es menester allanar tan peligrosos obstáculos, pues si la corriente empuja la piragua hácia los árboles flotantes sumérgese al punto por ser allí muy rauda.

Era tambien la estacion más calurosa. En todo el viaje sólo tuvímos un dia nublado: el ardiente sol nos partia las cabezas, sin que nos fuera dado aderezar en las piraguas una toldilla que nos resguardase un tanto. La altura de los árboles y la espesura de las selvas que orillan el rio no dejan pasar un soplo de aire, aunque el rio tiene media legua de ancho; sólo se percibe en mitad del mismo, cuando se atraviesa para acortar el camino. Sorbíamos sin cesar agua del Misisipí con cañas para apagar la sed; aunque muy turbia, no es nociva. Tambien nos refrigerábamos con las uvas que por do quiera cuelgan de los árboles y que de pasada cogíamos. Hay en esta comarca dos clases de uvas, una que madura en verano, y otra en otoño: los granos son menudos y de espeso zumo. Existe asimismo otra especie cuyo racimo sólo consta de tres granos, tamaños como amacenos, y que los salvajes llaman *asi-contai*, ó uva-ciruela.

Consistian nuestros víveres en bizcocho, tocino rancio, arroz, maíz y guisantes, y el primero nos faltó algo mas allá de los Natchez. A diez ó doce leguas de Nueva Orleans ya no teníamos tocino, y nos alimentámos sucesivamente de guisantes y arroz, del cual no hemos carecido hasta que llegámos á este punto. La salsa consistia en sal, aceite de oso y en nuestros valientes aceros. El alimento comun del país, casi el único para muchos, es el *gru*. Machacan el maíz para descascararlo, y lo ponen á hervir largo rato en agua; los franceses suelen sazonarlo con aceite: tal es el gru. Los salvajes majan el maíz, cuécenlo á las veces con sebo, y más á menudo con agua pura. Por lo demas, el gru sustituye el pan; una cucharada de gru y un pedazo de carne hacen buen bocado.

Empero el mayor suplicio, lo que excede cuanto puede imaginarse á ménos que se haya sufrido, es la cruel persecucion de los maringuinos mil veces peor que la plaga de Egipto. Hay aquí varias clases de mosquitos, verdaderos botafuegos, de tan viva y ardiente picadura, que al parecer queman donde pican, eligiendo particularmente los ojos por blanco de sus hazañas; tambien hay avis-

pas y tábanos. Pero nadie les haria caso sin los maringuinos: nunca se habia jurado y perjurado tanto en el mundo, como desde que este insecto acosó á los franceses en el Misisipí. Embárcase á la mañana con el viajero una bandada de maringuinos. Cuando pasa entre los sáuces ó cerca de las cañas, como suele acaecer, arrójase otra furibunda bandada sobre la piragua para no abandonarla. Es preciso ahuyentarlos continuamente con el pañuelo, mas ni por esas: pronto vuelven á la carga, y el brazo se cansa ántes que ellos. Cuando se salta en tierra para comer desde las diez hasta las dos ó las tres, es fuerza luchar con un ejército entero. El que desea evitar la persecucion se envuelve en lo más espeso del humo que levanta una hoguera apagada con hojas verdes, siendo casi peor el remedio que la enfermedad. Despues de comer no hay modo posible de sestear un momento, pues los maringuinos no cejan en su empeño. Los viajeros se embarcan con ellos, y al anochecer vuelven á tomar tierra, teniendo que correr inmediatamente en busca de cañas, leña y hojas verdes para armar el baire y encender lumbre, trabajando cada cual por su cuenta. No es entónces un ejército, sino muchos los que se han de combatir: los maringuinos entran en la boca, en la nariz, en los oídos, comen, devoran, cubriendo rostro, manos y cuerpo; su trompetilla penetra la ropa y deja una señal colorada en la carne, hinchándola en los que no están acostumbrados á su picadura.

Para dar Chicagon á comprender á sus paisanos la muchedumbre de franceses que habia visto, decíales que en el gran pueblo (Paris) abundaban tanto como las hojas en los árboles y los maringuinos en los bosques. Despues de cenar á raja tabla, nadie sosiega hasta sepultarse en el baire, por más seguro que esté de ahogarse de calor. A pesar de la destreza y precauciones con que todos se recogen, siempre se cuelan algunos enemigos en el baire, bastando uno ó dos para dar mala noche.

El 31 anduvímos siete leguas. Era vigilia de Pascua de Pentecostés, dia de ayuno, y por consiguiente la colacion se redujo á agua y bizcocho. Tuvímos que dormir en la piragua, devorados toda la noche por los maringuinos.

El 1.° de junio arribámos á los Oumas, á una habitacion francesa, donde encontrámos terrenos á propósito para ranchería. Permanecímos allí el siguiente dia á fin de que la tripulacion descansase, y á la tarde embarquéme con el padre Dumas en una piragua que debia recorrer durante la noche el mismo camino que teníamos de andar al otro dia, evitando de esa manera el intenso calor.

A la mañanita del 3 llegámos en efecto á los Bayagoulas (nacion destruida), á casa del señor Buisson, director de la concesion de los señores Paris. Allí encontrámos camas donde por la mañana descansámos de la incesante molestia que por la noche nos causaran los maringuinos. Nuestra gente llegó á la tarde, y al siguiente dia salímos de los Bayagoulas, muy satisfechos de los finos modales y agasajos del señor Buisson.

El 4 pernoctámos en el Baton-Rouge, lugar así llamado porque posee un árbol enrojecido por los salvajes, el cual sirve de límite para la caza de las naciones que moran allende y aquende. Cuatro de los nuestros salieron á cazar y regresaron al otro dia sin haber muerto mas que un buho. El 7 comímos en la concesion del señor Mezieres, la cual parece hallarse en ciernes, y observámos una barraca, negros y un valiente patan que no nos hizo bien ni mal. Al ano-

checer fijámos los reales en la Pointe-Coupée, delante de la casa de un habitante que nos recibió con suma afabilidad. Detúvonos la lluvia al dia siguiente, no permitiéndonos andar más que una legua, hasta la vivienda de otro habitante, que la tenia puesta sobre cuatro horquillas, donde nos guarecímos de un deshecho aguacero.

No bien nos embarcámos el 9, cuando salió del bosque una detestable fetidez; dijéronnos que habia en tierra una bestia llamada *hedionda*, que despide aquel mal olor. A la noche hicímos alto en los Petits-Tonicas, en los cañaverales. En invierno los queman, y en estío los cortan para sentar el rancho. El pueblo salvaje se halla en las tierras, distante por el Misisipí diez ó doce leguas de los Grands-Tonicas; por tierra separa ambos pueblos una punta ó lengua de dos leguas de ancho que el rio en sus avenidas inunda por completo, punta que al dia siguiente debíamos atravesar para ahorrarnos las diez leguas que por el Misisipí emplearíamos.

En los Petits-Tonicas tomámos por guia un salvaje, y el 10 entrámos en aquel bosque, mar y torrente, pues todo lo es á un tiempo. Como nadie entendia el idioma del guia, hablábamos por señas, é interpretándolas cada cual á su manera, íbamos á la ventura. El que una vez ha entrado en tal bosque, debe seguir adelante ó perecer, pues á dejarse llevar de la corriente para retroceder, su rapidez arrojaria la piragua contra un árbol que la rompiera en mil pedazos. Sin tamaño peligro, al punto nos hubiéramos retirado de tan mal paso. Era preciso virar de continuo la piragua de aquí para allá para no ir á dar de punta contra los árboles; á las veces encontrábase encajonada entre dos, sin poder pasar adelante á pesar de los esfuerzos del que la gobernaba. Tan pronto era un torrente con un obstáculo que obstruia la entrada, ó con dos corpulentos árboles que atravesados sobre la corriente acrecentaban su impetuosidad, como otro árbol que cerraba enteramente la entrada: de suerte que era fuerza variar de rumbo con riesgo de topar el mismo obstáculo al cabo de un momento, ó de encontrar poco fondo y mucho limo y malezas, en cuyo caso no habia mas remedio que llevar la piragua á fuerza de brazos. Con frecuencia tenia que saltar un remero para ir con el agua al cuello á amarrar la piragua á un árbol avanzado, á fin de que si la corriente vencia la fuerza de los remos y hacia retroceder la piragua, no se estrellara esta en otro árbol. La nuestra fue la que corrió mayores peligros, pues comenzó á llenarse en una corriente que la hiciera ciar, y estuvo á pique de irse á fondo: la fuerza de remos nos salvó, y por dicha no habia allí obstáculos ni árboles derribados. Despues de superar otro que no dejaba más espacio para pasar que la anchura de la piragua, permaneció un rato inmóvil entre la fuerza de la corriente y la de los remos; ignorábamos si retrocederia ó adelantaria, de modo que nos hallábamos pendientes de un hilo, pues de ceder el remo á la corriente, íbamos á estrellarnos en un corpulento árbol que cortaba casi del todo la corriente.

Los de la otra piragua que habia pasado primero nos aguardaban tristes y silenciosos, y exhalaron una gran voz de júbilo cuando nos vieron fuera de peligro.

Este es el denominado *Paso de la Cruz*, y con razon. Quien lo conoce y se atreve á cruzarlo, si sale con vida merece que le encierren por loco. Siguiendo este camino sólo se ahorra una breve jornada. Túvonos el Señor de su mano, y

por fin llegámos al término de aquellas dos leguas fatales, arribando á las cinco de la tarde á los Grands-Tonicas.

El cacique de esta nacion salió á recibirnos á la orilla con grandes muestras de afecto, y mandando tender una estera y pieles delante de la cabaña nos convidó á descansar; en seguida nos brindó con un gran plato de zarzamoras y un cesto ó banasta de habas verdes, lo cual fue un verdadero regalo para nosotros. Los pocos franceses residentes en los Tonicas deploraban altamente no tener un misionero. A la madrugada siguiente el P. Dumas celebró la misa en la cabaña del cacique, aprovechando algunos franceses esta ocasion para confesar y comulgar.

El 11 pernoctámos por última vez en la piragua; el 12 hicímos rancho en los Ecors-Blancs y el 13 en los Natchez, donde armámos los baires á la orilla del agua.

El establecimiento frances de los Natchez es un canton muy elevado, desde el cual se divisa el Misisipí que serpentea como en un abismo; todo son altibajos, pero el terreno de las concesiones es más llano y hermoso. El excesivo calor nos impidió visitarlo, como tambien la aldea salvaje, distante una legua de la de los franceses. Es casi la única nacion que posee una especie de gobierno y de religion. Mantienen un fuego perpétuo, y saben por tradicion que si llegara á extinguirse seria preciso ir á encenderlo á los Tonicas. El cacique ejerce grande autoridad sobre los de su nacion. No sucede lo mismo en las otras tribus, cuyos jefes no lo son sino de nombre: todos mandan, y sin embargo nunca riñen. Cuando fallece el cacique de los Natchez, debe inmolarse cierto número de hombres y mujeres para servirle en el otro mundo: algunos ya se han consagrado al sacrificio para cuando muera el cacique, en cuya ocasion les estrangulan. Los franceses hacen cuanto está en su mano para impedir semejante barbarie, mas apénas salvan uno que otro. Dicen que sus abuelos cruzaron los mares para venir á esta tierra, y sugetos que conocen más que yo sus usos y costumbres pretenden que vinieron de la China.

Abandonámos los Natchez el 17, y el P. Dumas y yo nos embarcámos en una piragua que partia para la caza. Los nuestros aun no se habian proveido de víveres. Empezaban á descubrirse las restingas, donde encontrábamos huevos de tortuga, nuevo regalo para nosotros. Son algo mayores que los de paloma, y se hallan en la arena de las restingas, donde el sol los abre; por las huellas que las tortugas dejan se descubren los sitios donde esconden los huevos. Se encuentran muchos, y con ellos se hacen tortillas sabrosas para los que acostumbran comer gordo.

Cuéntanse de Nueva Orleans á los Natchez cerca de cien leguas, y de los Natchez á los Yatous cuarenta. En esta segunda travesía no nos aconteció más novedad, sino que en una noche nos sorprendió un aguacero con rayos y truenos: juzgad como estaríamos, guarecidos bajo una tela. Al otro dia un salvaje que nos acompañaba desembarcó para cazar, y continuámos adelante; mas no bien hubímos andado media legua, cuando pareció á la orilla con un corzo á cuestas; hicímos alto en la primera restinga para poner á secar la ropa y tratarnos como cuerpo de rey. Los banquetes que se celebran despues de una buena caza son de todo punto á lo salvaje; no hay cosa más divertida: destazada la res

en un abrir y cerrar de ojos, los viajeros asan ó cuecen en una olla los pedazos, cada cual segun su gusto, sirviéndose de los dedos y de algunos palitos como de utensilios de cocina y mesa. Al verlos cubiertos solamente con un taparabo, más atezados y acecinados que los salvajes, tendidos sobre la arena ó agazapados como monos, devorar lo que tienen en la mano, parecen una cuadrilla de gitanos que celebran un festin

El 23 llegámos á los Yatous, puesto frances á dos leguas de la boca del rio de este nombre, tributario del Misisipí, con un oficial habilitado de comandante, doce soldados y tres ó cuatro habitantes. El terreno abunda de terromonteros, es poco descampado y, segun dicen, mal sano. Recibiónos el comandante con una salva de artillería, consistente en dos pedreros. El fuerte es una barraca donde se aloja aquel, circuida de una empalizada y bien defendida por la situacion del punto. En los Yatous existen tres aldeas que hablan tres idiomas y componen una nacion poco numerosa. Nada más sé.

Reembarquéme el 26 con el P. Dumas, arribando el 7 de julio á los Akensas, que dista sesenta leguas de los Yatous. El rio á su boca se bifurca, desaguando en el brazo superior otro rio que los salvajes llaman *Niska*, ó agua blanca, no trazado en el mapa. Entrámos por el brazo inferior, desde cuya boca al paraje donde el rio se bifurca hay siete leguas, y dos de aquí al primer pueblo, que encierra las tribus de los Touximas y Tougingas. Dista esta aldea de la segunda dos leguas por agua y una por tierra; es el pueblo de los Southonis. El tercero, en situacion más elevada y en la misma ribera, es el de los Kappas; al otro lado y en frente de esta aldea moran los habitantes franceses. Los tres pueblos franceses que contienen cuatro naciones de distintos nombres, no forman mas que una con el nombre comun de Akensas que los franceses dieron tambien al rio, aunque los salvajes lo llaman *Ni gitai*, ó agua colorada; hablan una misma lengua y su número total asciende á unas mil doscientas almas.

Poco léjos estábamos de dichos pueblos, cuando nos divisó una cuadrilla de niños salvajes que dando grandes voces corrió á participar nuestro arribo. Todo el pueblo acudió á presenciar el desembarco, y luego que tomámos tierra un salvaje preguntó á uno de los nuestros, á quien conocia y que hablaba su idioma, cuántas lunas permaneceria entre ellos *el jefe negro*.

—Siempre, respondió el frances.

—Mientes, replicó el salvaje.

—No; á lo ménos nunca os faltará alguno que os enseñe á conocer al *grande Espíritu*, como en los Illinois.

Creyóle el salvaje y dijo:

—*Mi corazon rie cuando tal dices.*

Híceme acompañar por el mismo frances al pueblo de los Southonis, por tierra, y ántes de llegar encontrámos al cacique en su *antichon*, especie de cabaña abierta por todos lados, adonde los salvajes van á tomar el fresco. Convidóme á descansar sobre una estera, presentóme maíz, y diciendo una palabra á su tierno hijo, que con él estaba, este gritó al punto: *Panianga sa, panianga sa* (el jefe negro, el jefe negro). A poco todo el pueblo se apiñaba en torno del antichon. Díles á entender el objeto que me traia, y por todos lados oia exclamar: *Igaton, igaton*, palabra que mi intérprete dijo significar: *Bueno es eso*. Acompa-

fiáronme todos á la orilla del rio exhalando grandes voces; pasámos el rio en la piragua de un salvaje, y despues de andar medio cuarto de legua llegámos á las habitaciones francesas. Hospedéme en la casa de la compañía de las Indias, que era la de los comandantes cuando aquí los habia, alegrándome infinito de haber llegado al término de las doscientas leguas que debia andar: preferiria efectuar dos veces el viaje que hicímos por mar en la misma estacion, á repetir este. El P. Dumas aun estaba á la mitad de su camino para trasladarse á los Illinois, y reembarcóse al dia siguiente al de su llegada. Ninguna habitacion se encuentra de aquí á los Illinois, pero en cambio siempre se matan algunos bisontes, con gran contentamiento de los que sólo se alimentan de gru.

Héme al fin de mi prolija narracion. ¿Habeis recibido la carta que os escribí desde Nueva Orleans?

A Dios, etc.

En los Akensas á 3 de octubre de 1727.

LA PEROUSE.

Destruccion de los fuertes del Príncipe de Gales y de York en la bahía de Hudson.

Juan Francisco Galaup de La Perouse, jefe de escuadra, nació en Albi, en 1741, y estudiando náutica desde sus primeros años tomó por modelo á los famosos navegantes que fueran honra y prez de su patria; mas no pudiendo adelantar tanto como anhelaba en tan difícil carrera, ejercitábase de antemano en sus trabajos con ánimo de igualarles algun dia. Presto reunió la práctica á la teoría: habia hecho ya diez y ocho campañas cuando se le confirió el mando de la última expedicion. Guardia marina en 19 de noviembre de 1756, asistió desde luego á cinco campañas de guerra: las cuatro primeras á bordo del *Célebre*, de la *Pomona*, del *Céfiro*, y del *Ciervo*, y la quinta al del *Formidable*, capitan Saint-André del Verger, el cual formaba parte de la escuadra mandada por el mariscal Conflans cuando la inglesa se juntó con ella delante de Belle-Ile. Los buques de retaguardia *Magnífico*, *Héroe* y *Formidable* fueron acometidos y rodeados por ocho ó diez naves enemigas, y generalizándose el combate llegó á tan terrible extremo, que durante la accion se sumergieron ocho leños ingleses ó franceses, ó fuéron á perderse é incendiarse en las costas de Francia. Solo el *Formidable*, más maltratado que los otros buques, fue apresado tras una briosísima defensa. La Perouse se portó con gran denuedo en la pelea, quedando herido de gravedad.

Restituido á su patria, hizo con el mismo grado y en el navío *Robusto* tres nuevas campañas, en las que se distinguió tantas veces, que su naciente mérito comenzó á llamar la atencion de sus jefes.

En 1.° de octubre de 1764 fue promovido al grado de alférez de navío, y cuando otro ménos activo hubiera gozado las delicias de la paz, su celo y solicitud no le concedian un momento de tregua. Para juzgar de su constante actividad basta examinar de ligero su vida militar desde dicha época hasta 1777. En 1765 servia en la urca *Adour*; en 1766, en la urca *Gave*; en 1767 mandaba la *Adour*, en 1768 la *Dorotea*, y en 1769 el *Bugalet*; en 1771 y 1772 se embarcaba en la *Belle-Poule*; en 1773—1777 mandaba la urca *Sena* y los *Dos Amigos* en la costa de Malabar, y en 4 de abril del último año ascendia á teniente.

Encendida la guerra en 1778 entre Francia é Inglaterra, empezaron las hostilidades á 17 de junio con el combate de la *Belle-Poule*.

En 1779 mandaba la *Amazona*, que formaba parte de la escuadra del vicealmirante Estaing.

Deseando favorecer el desembarco de las tropas en la Granada, fondeó á tiro de pistola de una batería enemiga. Cuando el combate de la misma escuadra con la del almirante Biron, fue ayudante de órdenes en toda la línea. Por último, en la costa de Nueva Inglaterra apresó la fragata *Ariel* y contribuyó á la aprehension del *Experimento*.

Nombrado capitan á 5 de abril de 1780, mandaba la fragata *Astrea* cuando, hallándose en crucero con la *Hermione*, capitan Touche, libró en 21 de julio un reñidísimo combate contra seis buques de guerra britanos, á seis leguas del cabo Norte de la isla Real, cinco de los cuales, la *Alianza* de veinticuatro cañones, el *Vernon* de igual fuerza, el *Charlestown* de veintiocho, el *Jack* de catorce y el *Buitre* de veinte, se formaron en línea para esperarle, en tanto que el *Thomson*, de diez y ocho, se mantenia apartado. Ambas fragatas se arrojaron juntas sobre el enemigo, á todo trapo, disparando el primer cañonázo á las siete de la tarde, y barloando á sotavento la línea inglesa para quitarla toda esperanza de fuga. El *Thompson* permaneció siempre á barlovento. Con tal destreza maniobraron las dos fragatas, que pronto se desordenó la escuadrilla inglesa rindiéndose al cabo de media hora el *Jack* y la capitana *Charlestown*. Igual suerte cupiera á los otros tres buques si la oscuridad no los librara de la persecucion de las fragatas francesas.

Al año siguiente el gobierno concibió el proyecto de tomar y destruir los establecimientos de los ingleses en la bahía de Hudson, y conceptuando idóneo á La Perouse para tan ardua tarea en peligrosos mares, ordenóle zarpar del cabo Frances en 3 de mayo de 1782. A la sazon este marino mandaba el *Cetro*, de setenta y cuatro cañones, y seguíanle las fragatas *Astrea* y *Seductora* de treinta y seis cañones cada una, capitanes Langle y Jaille, contando entre todos con doscientos cincuenta hombres de infantería, cuarenta de artillería, cuatro cañones rodados, dos morteros y trescientas bombas.

A 18 de julio descubrió la isla de la *Resolucion*, y apénas hubo andado veinticinco leguas por el estrecho de Hudson, cuando sus naves encallaron en los hielos, donde sufrieron grandes averías.

Despues de luchar constantemente con toda clase de obstáculos, el 30 divisó

el cabo Walsingam, sito en el punto más occidental del estrecho. Para llegar presto al fuerte del Príncipe de Gales, el cual se proponia atacar primero, no debia perder momento, pues el rigor de la estacion le obligaria á largarse de aquel mar á primeros de setiembre; empero no bien penetró en la bahía de Hudson, cuando le envolvieron las nieblas, y á 3 de agosto, en cuanto se disiparon, hallóse rodeado de hielos á cuanto alcanzaba la vista, lo cual le forzó á ponerse al pairo. Sin embargo triunfó de esos obstáculos, y descubriendo á la tarde del 8 el pabellon del fuerte del Príncipe de Gales, los buques franceses se aproximaron y recalaron á legua y media de la costa.

Un oficial enviado á reconocer los aproches del fuerte refirió que las naves podian anclar á breve distancia, y persuadido La Perouse de que el *Cetro* bastaba para reducir á los enemigos si resistian, apercibióse para desembarcar de noche. Aunque contrariadas por la marea y la oscuridad, las lanchas atracaron á tres cuartos de legua del fuerte. No observando La Perouse ningun apresto defensivo, por más que el fuerte se hallase al parecer en disposicion de resistir con energía, intimó la rendicion al enemigo, el cual abrió las puertas, entregándose á discrecion el gobernador y la guarnicion.

Cumplida esta parte de sus órdenes, á 11 de agosto dióse á la vela para el fuerte de York, experimentando por el camino dificultades todavía mayores: navegaba con seis ó siete brazas por una costa erizada de escollos. Despues de correr gravísimos riesgos el *Cetro* y las dos fragatas descubrieron la boca del rio de Nelson, y á 20 de agosto fondearon á cinco leguas de tierra.

La Perouse se habia llevado tres pontones del fuerte del Príncipe de Gales, y enviólos con las canoas del *Cetro* á reconocer el rio de los Hayes, cerca del cual se encuentra el fuerte de York.

El 21 embarcóse la tropa en los pontones, y como La Perouse no tenia nada que temer de los enemigos por mar, creyó que debia presidir el desembarco.

La isla de los Hayes, donde se halla el fuerte de York, está situada á la boca de un caudaloso rio por ella dividido en dos brazos: el que corre por delante del fuerte denomínase rio de los Hayes, y el otro rio Nelson. El capitan frances sabia que en el primero estaban todos los medios defensivos, y á la boca anclado un buque de la compañía de Hudson con veinticinco cañones de á nueve. Resolvió penetrar por el rio Nelson, pues si bien la tropa tenia que andar por ese lado unas cuatro leguas, en cambio no se exponia al fuego de las baterías del rio de los Hayes.

A la tarde del 21 arribó á la boca del rio Nelson con doscientos cincuenta hombres, morteros, cañones y vitualla para ocho dias, á fin de no tener que acudir á las naves, con las cuales era muy difícil comunicar; ordenó á las embarcaciones que fondeasen con tres brazas á la entrada del rio, y avanzó en su bote con el teniente Langle, el jefe de las tropas de desembarco Rostaing, y el capitan de ingenieros Monneron, quien debia sondear el rio y explorar las márgenes, donde se temia que los enemigos hubiesen hecho preparativos de defensa. Esta operacion probó que la orilla era inabordable: los botes más pequeños no podian acercarse sino á cien toesas, y el fondo que faltaba recorrer era de blando limo. Estimó pues conveniente permanecer anclados hasta que clarease; pero men-

guando la marea más de lo que se presumia, las lanchas quedaron en seco á las tres de la madrugada.

Irritada por tal obstáculo ántes que desalentada, la tropa desembarcó, y despues de caminar un cuarto de legua con barro hasta media pierna, llegaron á un llano donde se formaron en batalla: de allí se encaminaron á un bosque en el que esperaban encontrar un sendero enjuto que condujese al fuerte. Ninguno se descubrió, invirtiéndose todo el dia en buscar caminos que no existian.

La Perouse ordenó á Monneron que trazase uno con ayuda de la brújula en mitad del bosque, y ejecutado este penosísimo trabajo, hallóse que debian cruzarse dos leguas de pantanos, en cuyo trecho se hundirian con frecuencia en el barro hasta las rodillas. Un viento recio que se levantó por la noche forzó á La Perouse inquieto á volverse á las naves, pero el temporal le impidió embarcarse. Aprovechó un intervalo, y al otro dia consiguió llegar á bordo una hora ántes de otro huracan. Un oficial que habia partido al mismo tiempo que él naufragó, teniendo la dicha de arribar á tierra, como los de la tripulacion, sin poder empero restituirse á bordo en tres dias, desnudos y pereciendo de hambre.

Entre tanto las tropas llegaron á la vista del fuerte el 24 por la mañana tras de una fatigosísima marcha, y rindióse á la primera intimacion. La Perouse mandó derribarlo, y que los soldados se reembarcasen incontinente; cuya órden fue contrariada por otro temporal de viento que por poco da al traste con los buques.

Volvió en fin el buen tiempo, embarcáronse las tropas, y teniendo La Perouse á bordo los gobernadores de los fuertes del príncipe de Gales y de York, largóse de los helados y tormentosos parajes donde sufriera tantos peligros, penas y fatigas para alcanzar fáciles triunfos.

Si en cumplimiento de rigurosas órdenes vióse La Perouse obligado á destruir posesiones á la sazon enemigas, no olvidó al propio tiempo las consideraciones debidas al infortunio. Noticioso de que á su aproximacion habian huido al bosque algunos ingleses, y que tras el derribo de los fuertes su partida les exponia á perecer de hambre ó á caer inermes en manos de los salvajes, tuvo la humanidad de dejarles víveres y armas.

«Con gratitud debe recordarse, dice un marino inglés, la generosa y humanitaria conducta de aquel hombre cuando se le comunicó la órden de destruir nuestro establecimiento de la bahía de Hudson en la última guerra.»

¿Cabe más lisonjero elogio?

Esta campaña terminó en 1783, época del restablecimiento de la paz con Inglaterra; empero el incansable La Perouse no disfrutó de largo reposo, pues esperábale otra más importante ¡ay! la última, destinado á mandar la expedicion al rededor del mundo, de 1785, cuyos preparativos se hacian en Brest.

Hasta aquí sólo hemos considerado á La Perouse como á militar y navegante, siendo así que merece igualmente ser conocido por sus cualidades personales, por cuanto sabia granjearse el aprecio y respeto de los hombres de todos los países, como prever y superar los obstáculos que al humano entendimiento vencer es dado.

Reuniendo á la viveza de los moradores de las tierras meridionales un genio ameno y un carácter igual, su blandura y afabilidad le conciliaban la estimacion de todos; amaestrado ademas por una larga experiencia, y prudentísimo, poseia

la firmeza de carácter peculiar del varon fuerte, la cual robustecida por la trabajosa vida del marino, habilitábale para acometer y llevar á glorioso término las más altas empresas.

En vista de tales dotes, testigo el lector de su rigurosa paciencia en los trabajos requeridos por las circunstancias, de los severos consejos que su prevision le dictaba, de las medidas de precaucion que tomaba con los salvajes, no se maravillará del benéfico y mesurado cuanto circunspecto proceder de La Perouse con respecto á los mismos, de la confianza y deferencia que manifestaba á sus oficiales, ni de sus paternales atenciones con los soldados y marineros: en su vigilancia y solicitud nada omitia que les interesase, ya ahorrándoles trabajos y penas, ya desvelándose por su bienestar. Desdeñaba todo negocio mercantil como extraño á las empresas científicas, y dejando el beneficio de las mercancías en provecho de los marineros, sólo se reservaba la satisfaccion de ser útil á la patria y á las ciencias. Gozando constantemente de cabal salud, ningun navegante ha hecho tan larga campaña ni recorrido tanto trecho marítimo, mudando sin cesar de clima, con tripulaciones tan sanas; pues á su arribo á Nueva Holanda, tras treinta meses de navegacion y más de diez y seis mil leguas de camino, estaban tan buenos los marineros como al zarpar de Brest.

Dueño de sí, sin ceder jamas á los primeros impulsos, pudo practicar los preceptos de una sana filosofía, amiga de la humanidad, siguiendo al pié de la letra el artículo de sus instrucciones, grabado en su corazon, que le prevenia evitar el derramamiento de sangre. Cumplido fue ese deseo de la patria, sin que los hechos de La Perouse costasen lágrimas á la humanidad. Cuando atacado por una horda salvaje perdió su teniente, un naturalista y diez hombres de ambas tripulaciones, refrenó su justa indignacion á pesar de los medios de venganza con que contaba y de mil excusables motivos para usarlos, conteniendo el furor de los marineros y temiendo que pagase un justo entre millares de pecadores.

Tan equitativo y modesto cuanto ilustrado, hablaba con alto respeto del inmortal Cook, ensalzando á los insignes varones que habian seguido la misma carrera.

Justo con todos, La Perouse en su diario y correspondencia dispensa con equidad los encomios á que tienen derecho sus colegas, citando tambien á los extranjeros que en las diferentes partes del mundo le recibieron bien y le facilitaron socorros.

Segun sus últimas cartas de Botany-Bay, debia restituirse á la isla de Francia en 1788. Trascurridos los dos años siguientes, los importantes acontecimientos que ocupaban y se llevaban tras sí los ojos de la Francia entera no fueron parte á distraerla de la suerte que amagaba á los navegantes. Las primeras reclamaciones, los primeros acentos de temor y zozobra sonaron en la Asamblea nacional, por órgano de los miembros de la Sociedad de historia natural, á cuya peticion se atendió decretando el armamento de dos fragatas para ir en busca de La Perouse.

Los motivos del decreto y hasta el tenor de la exposicion revelan el afectuoso interes que inspiraban nuestros marinos y la solicitud con que se acogia un rayo de esperanza, sin pensar en los grandes sacrificios que para buscarles se requerian.



¡Rima, Rima! exclamé á guisa de saludo.

INVERNADA DEL CAPITAN ROSS

en el polo Norte.

«Durante la noche del 1.° de octubre, dice el capitan en la relacion de su viaje, bajó el termómetro repentinamente á 17° Fahrenheit ó sean 9° Reaumur; mas al amanecer cerróse el horizonte, la temperatura subió á 21° y nevó con tal abundancia todo el dia que nos fue imposible subir á las colinas próximas, por lo cual nos contentámos con explorar el puerto en que nos hallábamos, observando con gozo que era seguro, cómodo, abrigado y que la configuracion de la costa no sólo nos protegia contra los temporales sino tambien contra los hielos flotantes tan peligrosos en aquellas regiones.

«A pesar de las tristes reflexiones que el porvenir nos inspiraba, dedicámonos á recorrer la costa, en la cual se presentaron varias liebres blancas que matámos, observando que la mutacion de color no procede de vejez sino de una disposicion natural al acercarse la estacion extrema. Tambien hallámos trampas y lazos dispuestos sin duda por los esquimales, y montones de piedras semejando figuras humanas, cuyo objeto es espantar á los renos á fin de que tomen las veredas en que ellos los acechan. Construíase entre tanto un depósito para la pólvora, por lo cual la denominámos isla del almacen, y pasando á calcular con exactitud las provisiones hallámos que existia combustible para setecientos dias y víveres, aceite y sebo para dos años y diez meses á racion completa, sin contar con que los osos y becerros marinos debian suministrarnos abundante grasa. Bajó el 18 de octubre el termómetro á 1° con tiempo sereno y bonancible, el 20 le hallámos á 2° y el 21 á 4° bajo cero. Este anuncio del próximo frio nos obligó á adoptar preservativos, por lo cual comenzóse á construir con madera y velámen un cobertizo para el buque, disponiendo ademas el medio de conservar y distribuir con igualdad el calor á bordo. Colocáronse sobre las calderas tubos de hierro que recorrian el barco, y así pudímos evitar por condensacion que el vapor nos perjudicara, consiguiendo al mismo tiempo conservar el entrepuente, donde se hallaba la tripulacion, perfectamente seco y con una temperatura media de 55.° Aun descendió el termómetro á 13° el 27, pero no nos inquietámos porque el tinglado estaba concluido y el barco convertido en cómoda habitacion. Dormíamos en hamacas acostándonos á las diez y levantándonos á las seis; cubríase el piso todas las mañanas con arena nueva y caliente, cuya operacion duraba hasta las ocho, hora del desayuno: señalóse el lúnes para lavar la ropa,

que se secaba en el horno. Dispuse en seguida que se llenara la cubierta de hielo, procurando que formara una masa compacta y plana hasta las bordas, cubriénronla con una gruesa capa de arena apisonada y encima se tendieron velas que caian á modo de cortinas por los costados del buque convirtiéndole en un abrigo impenetrable al frio. Desde las seis á las nueve de la mañana calentábase el buque miéntras preparaban el desayuno; continuaba el calor en tanto que se aprestaba la comida, y por la noche el horno del pan surtia igual efecto. Componíase el desayuno de te y manteca, comíamos á las dos, y cuando el tiempo lo permitia salia la tripulacion hasta las cuatro ó las cinco; si no podia salir trabajaba á bordo y paseaba: de seis á nueve de la noche asistian á la escuela, y los domingos reuníanos el capellan, leia y explicaba textos de la Biblia, les exhortaba á considerarse como hermanos y á ayudarse mútuamente, así es que reinaba á bordo tal concordia que mejor que jefes y subordinados parecíamos una sola familia.

«Presentóse el sol el 17 de noviembre con un fenómeno admirable. El centro del astro estaba ocupado por una nube miéntras que rodeaba su circunferencia un halo brillante del cual se escapaban torrentes de luz. Al mismo tiempo aparecia en el Suroeste una magnífica aurora boreal cuyo purpúreo esplendor se extendia hasta el cenit. Al dia siguiente cambió el viento y otra aurora más brillante se presentó que duró hasta el alba siguiente, formando un arco espléndido que apoyándose en las cimas de dos opuestas montañas recorria todo el horizonte, y á cuya esplendente luz parecia prestar más brillo el azul oscuro que le servia de fondo, sobre el cual destacaba causando un efecto mágico.

«Segun la latitud que ocupábamos, el sol debia haber desaparecido el 26 de noviembre para todo el invierno; pero desgraciadamente las densas y continuas nieblas que nos rodeaban nos impedian observar tan sorprendente fenómeno, si bien esperábamos aun disfrutar de su luz algunos dias por refraccion, como sucedió el 30, que hallándonos sobre una colina pudímos ver en cortos momentos el orto y ocaso. El 24 de diciembre, dia de Navidad, asistímos al admirable espectáculo de otra aurora boreal, que comenzando por una série de deslumbradores círculos dilatóse del Este al Oeste hasta ocupar todo el firmamento que parecia un inmenso sol. Celebrámos aquel solemne dia con una gran comida para la cual nos fueron de grande utilidad las provisiones que cuatro años ántes dejara en tierra el señor Parry, capitan de la *Fury*, cuando despues del naufragio pudo salvarse en una pinaza, las cuales hallámos y recogímos al saltar en tierra, pues ignorábamos el tiempo que se prolongaria nuestra invernada.

«El 9 de enero, en el momento en que me dirigia á tierra, vino un marinero á decirme que habia divisado esquimales; dirigíme al punto que me indicó, una milla tierra adentro, y en efecto distinguí cuatro hombres que se ocultaron detras de un monton de hielo tan luego como me vieron; continué avanzando y de repente salieron hasta treinta formados en peloton de tres en fondo. Acompañábame el marinero y le despaché á bordo con encargo de que viniesen varios tripulantes armados manteniéndose á corta distancia y á la defensiva. Incorporáronse, y adelantándome hasta unos cien pasos pude observar que todos estaban armados con lanzas y cuchillos: exclamé á guisa de saludo: *Rima*, *rima*, y fuí contestado con una aclamacion general: dispuse que avanzara mi tropa hasta se-



Las mujeres estaban aseando á sus hijos...

senta pasos y soltando los fusiles dijímos: *Aia rima*: al punto arrojaron espontáneamente sus armas y corriendo á nosotros nos abrazaron con la mayor cordialidad, produciendo tal ceremonia sonoras carcajadas y fraternizando los dos cuerpos que al principio se consideraron enemigos.

«Vestian cómodamente en general. Una especie de tabardo con capucha y guantes les guarecia del frio el cuerpo, cabeza y manos; los pantalones de cuero de gamo cubrian unos á modo de peales de lanudas pieles, sobre los cuales se cruzaban las anchas correas de grandes abarcas. Todas sus ropas eran de pieles dobles con la lana afuera y á raíz de la carne, ribeteadas y adornadas con franjas de nervios y huesos artísticamente elaborados. Cubríanse ademas con capas de pieles de tejon, armiño y becerro marino, que acababan de prestarles un aspecto enormemente voluminoso. Sus lanzas, cuya asta formaban pedazos de madera y huesos de animales alternados, remataba en un extremo por una bola de marfil y por el otro en un piton aguzado. El cuchillo que de su cinturon colgaba era otro cuerno de reno puntiagudo y sin filo, mas á la espalda llevaban otro de acero perfectamente afilado. Tenian el rostro oval, ojos negros y muy juntos, nariz pequeña, cabello castaño y color cobrizo: pareciéronme más aseados que otros de su especie, y contra la costumbre general llevaban la cabellera corta y peinada.

«Aun cuando uno de ellos se hallaba estropeado y con una pierna ménos, que perdiera en una lucha con un oso, consintieron de buen grado en acompañarnos á bordo, y recibieron los presentes que les ofrecímos con extraordinario júbilo y agradecimiento. Cuando entraron en mi camarote y les mostré varios grabados representando compatriotas suyos prorumpieron en exclamaciones admirativas; pero lo que les sorprendia notablemente eran las alfombras, espejos, arañas y candeleros. Acompañámosles un buen trecho cuando se despidieron y convinímos en que al siguiente dia les pagaríamos la visita. Descendió el termómetro el 10 á 37° y pasámos al pueblo esquimal reducido á doce chozas de nieve agrupadas en la orilla de un golfo á dos millas y media de nuestro surgidero, de figura cónica, desiguales y sin uniformidad en su colocacion. A las puertas estaban sentadas las mujeres aseando á sus hijos que se sobrecogieron á nuestra aparicion, pero desvanecieron su recelo las agujas y abalorios que les repartímos, entrando seguidamente á las chozas que merecen especial descripcion.

«Un tortuoso pasadizo conduce á la habitacion principal, semicircular y como de diez piés de diámetro cuando está destinada á una familia, ó elíptica de quince piés de larga por diez de ancha si la ocupan dos. Elévase en frente de la puerta un banco de hielo de unos tres piés y medio de anchura por dos de alto, cubierto de pieles, que sirve de lecho á la familia. Arde en el centro una gran lámpara con pábilo de musgo, cuya llama produce luz y calor suficientes para tan reducido espacio, y sobre ella cuecen en un plato de piedra tasajos de reno y becerro marino. Al rededor de la choza yacen hacinados en confuso desórden ropas, armas, útiles, provisiones, y reciben escasa luz por un agujero practicado en la techumbre al Este. En el pasadizo hállase una estrecha division destinada á perrera, y cambian la puerta segun sopla el viento, conservando entre hielo el reno, salmon y becerro marino que constituyen su alimento.

«Las mujeres, sobre no ser bellas, eran más desaseadas que los hombres.

Cuantas pasaban de trece años parecian casadas y habitaban cuatro ó cinco cada choza; mas no pudímos deslindar si pertenecian á un solo marido ó á varios. Su estatura era pequeña y llevaban los cabellos en repugnante desórden; su rostro es suave, de buen color, y en casi todas pintado en la frente, en los lados de la boca y en la barba, consistiendo la pintura en rayas semejantes á las de los esquimales del Noroeste. El traje sólo difiere del de los hombres en una especie de anguarina que termina en puntas ribeteadas con cueros de distintos colores.

«Para cazar los renos se cubren con una piel completa y evitan ser venteados. Cuando intentámos dibujar una vista del pueblo manifestaron recelo, mas luego que se les explicó el objeto, se tranquilizaron. Acompañáronnos varios á bordo, sentáronse á la mesa y despues de observarnos corto rato, manejaron con bastante soltura el cuchillo y tenedor, pero rechazaron la carne salada, el *pudding*, arroz y queso. Volví el 13 de enero al pueblo, donde me regaló la esposa de Tulluahui un traje completo de mujer, por el cual la entregué un pañuelo de seda, que entre todos los objetos que la mostré excitó más su atencion. Cuando regresé al buque aumentó el frio con tal exceso que se me desolló una mejilla; al enterarse los esquimales me dijeron que cuando observara en adelante algun punto cárdeno en el cuerpo que indicara la congelacion, el mejor remedio era frotar con nieve la parte afectada.

«El 15 bajó el termómetro á 40° helándose el mercurio y oscureciéndose el horizonte; nuestro armero cayó gravemente enfermo del pecho, muriendo dos dias despues: el 16 acusó el termómetro 42 y acometiónos una récia tempestad de nieve; mas el 20 apareció el sol despues de una ausencia de cincuenta dias, mostrando la mitad de su disco en el horizonte. Aquella aparicion que nos regocijó en extremo desagradó á los esquimales porque les perjudicaba para cazar focas; así es que al amanecer regresaban á sus viviendas murmurando de la luz que les obligaba á permanecer ociosos. El 21 serenóse el cielo, y fuímos visitados por dos mozos esquimales envueltos en pieles de tal modo que parecian globos ambulantes, y el 26 asistímos á un espectáculo que empezando con una danza semejante á la de los osos bailarines, terminó con un concierto vocal reducido á cerrar los ojos y vocear las mujeres en los tonos más discordantes y con toda la fuerza de sus pulmones las palabras *Amna Aija*. Comparámos despues las respectivas cacerías mensuales, que produjeron los totales siguientes: la de los esquimales, dos osos blancos, tres tejones, doce zorros y cincuenta becerros marinos; la nuestra, cinco zorros y cincuenta entre liebres y perdices, lo cual nos demostró que no está aquella region tan desprovista de caza, y que si nuestra invernada fuera en los hielos del Sur, lo pasáramos peor, á causa de que en ellos sólo se crian focas y *mancos,* alimento repugnante por su sabor de aceite de pescado.

«Los esquimales no manifiestan otro afan que el de comer, y sólo en el desayuno devora cada cual seis libras de becerro marino; como sus ideas no se extienden mas que á poseer abundantes provisiones, un dia en que estaba haciendo varias observaciones astronómicas corrieron á preguntarme si con aquellos instrumentos podria adivinar dónde hallarian bueyes ó renos para perseguirlos y reforzar sus depósitos. Por fin, el 19 de mayo de 1830, como á las once de la noche descubrímos al Oeste del cabo Félix el Océano que con tanto afan buscá-



Fue necesario trasladarlas á la playa.

ramos esperando que nos conduciria á la América del Norte; mas aunque tan cerca le contemplábamos, ¿podríamos confiar en que surcaríamos su líquida superficie? Por desgracia salieron fallidas nuestras esperanzas, y despues de tres años de lucha, de fatiga y privaciones en que una série continua de inviernos impidió nuestra salida confinándonos en el peligroso estrecho de Boothia-Félix, nos vímos precisados á abandonar el buque, y debemos considerarnos felices porque cuando ya sin fuerzas ni víveres, extenuados de hambre y de frio, nos hallábamos próximos á perecer, el mar se presentó á nuestra vista ofreciéndonos la salvacion y los medios de regresar á nuestra patria querida.»

En efecto, durante aquella prolongada cautividad, no pudiendo el capitan Ross encontrar paso para el Norte por el estrecho de Boothia donde permanecia enclavado por los hielos, trató de descubrirle por tierra llegando á la punta más septentrional del continente americano, á la cual denominó cabo Félix, y aunque tales excursiones fueron en extremo penosas, aun le sostenia la esperanza de hallar lo que apetecia: restábale, así como á su tripulacion, pasar por pruebas más dolorosas y cruelísimas privaciones realizando despues de abandonar la *Victory* fatigosas jornadas por los hielos del estrecho de la *Fury* para tratar de acercarse al del Prince-Regent, con la esperanza de encontrar en él buques balleneros.

Al terminar el año 1832 se hallaron apuradísimos; el frio era tan intenso que el mercurio se heló, y los vientos del Norte y Noroeste, impidiendo tomar consistencia á los hielos, les agitaban sin cesar. Aun cuando habian mejorado la habitacion que construyeran en el estrecho de la *Fury*, en los primeros dias de enero de 1833 sólo podian calentarse el lado que exponian al fuego, miéntras se helaban por el otro. El 15 murió el calafate Tomas Chimham, víctima del frio y las privaciones, á los cuarenta y un años de edad y despues de largas navegaciones á los lagos de América é imperio de los Birmanes. En marzo comenzó á padecer el señor Thom, reverdecíanse las heridas del capitan Ross, apénas hallaban caza y amenazábales el escorbuto.

Procuraron á mediados de abril trasportar con ellos las provisiones, mas como aun poseian bastantes, empleaban muchos dias y embarazábales más que todo el trasporte de las embarcaciones pequeñas que llevaban por si hallaban la mar libre, pues era preciso resbalarlas sobre el hielo ó trasladarlas á hombros cuando no encontraban superficie lisa. El 6 de julio juzgaron su muerte próxima al presenciar un alud de hielo. En Suiza trascurre algun tiempo desde que desprendiéndose de la cumbre de las altísimas montañas el copo de nieve baja rodando, aumentándose en su rápida carrera, convirtiéndose en una disforme bola y sepultando en su caida un pueblo ó partiéndose en mil pedazos va á perderse en el abismo engrosando el torrente que muge en el fondo; pero en las regiones polares todo es instantáneo: el espantoso crujido del hielo anuncia el movimiento y la caida le sucede sin intervalo cortando cuanto al paso halla ó estrellándose sobre la helada superficie que salta en brillantes añicos cual si fuera cristal. Por fin llegaron el 16 de agosto de 1833 al mar libre en el estrecho del Prince-Regent, donde trasportaron las provisiones y canoas haciéndose al punto á la vela; pero no podian avanzar, pues la violencia de los vientos les impedia servirse de las velas y los témpanos flotantes les obligaban á refugiarse en los golfos, temerosos de que en su rápida carrera les causaran alguna avería.

Despues de infinitos riesgos y de una penosísima navegacion á remo atravevesaron el 25 la bahía de Havyboard, donde fue preciso que la tripulacion descansara, pues estaba rendida de fatiga, y el 26, á las cuatro de la madrugada, cuando todos dormian tranquilamente, el vigía David Wood columbró una vela en lontananza; corrió á advertir al capitan, quien con auxilio del catalejo reconoció que no se equivocaba. Tan luego como la noticia circuló todos se precipitaron á la playa, discutiendo sobre el porte, direccion y nacionalidad del buque, no faltando quien asegurara que no existia tal embarcacion, que aquello era un monton de hielo y que el supuesto barco era un efecto de óptica conocido con el nombre de *miraje* ó *espejismo*. Dispararon varios tiros, botaron las canoas, saltaron en ellas, y aunque contrariados por la calma no tardaran en abordar al buque si permaneciera inmóvil; mas desgraciadamente saltó la brisa y la nave hizo rumbo al Suroeste, lo cual los obligó á seguirla sin esperanza de alcanzarla. A las diez divisaron otra vela con direccion al Norte y por ciertas maniobras juzgaron que iba á recogerlos; mas no fue así, porque el buque se alejó. Aquellos momentos fueron cruelísimos: hallábanse á la vista de dos buques, uno de los cuales podia terminar su desgracia, y á ninguno alcanzaban. Reprimió el capitan su impaciencia á fin de sostener el valor de la tripulacion, y sobreviniendo nueva calma, á las once observaron con júbilo que el buque más próximo viraba en redondo, embarcaba una lancha y bogaba hácia ellos: cuando se hallaron al habla, el piloto les preguntó si eran náufragos, y respondiendo que habian abandonado su buque, informóse el capitan del nombre del buque auxiliador solicitando que les recogiera. Dijéronle que era el *Isabela de Hull*, barco que anteriormente mandara. Pues yo soy, dijo Ross, su antiguo capitan, y los que me acompañan tripulantes del *Victory*. A cuyas frases sorprendido el piloto exclamó: ¡El capitan Ross! Pues ¿no murió? Mas tranquilizóse al oir las respuestas del capitan y los marineros y al aspecto de sus rostros en que se pintaban largos padecimientos.

Cuando se hallaron á bordo del *Isabela* acogióles su capitan Humphrey con la mayor cordialidad, diciéndoles que toda Inglaterra los juzgaba muertos, y saludándoles la tripulacion con tres estrepitosos *hurras*. Aunque sus nombres y carácter no les recomendasen, su solo aspecto excitaba á la piedad y á la consideracion. Sus rostros sucios y cubiertos de barba, sus vestidos de pieles destrozados, sus cuerpos enmagrecidos y hundidos ojos penetraban de compasion. Mas no tardó en reinar la mayor alegría, y miéntras que la tripulacion del *Isabela* se apresuraba de buen grado á afeitarles, lavarles y vestirles, trocábanse preguntas y respuestas sobre las aventuras del *Victory* ó sobre las novedades políticas de Inglaterra. La noche trajo la calma y la oracion, pues acababan de escapar de una muerte segura rodeada de atroces dolores y cruelísimas privaciones.

Al dia siguiente refirióles el capitan Humphrey que el *Isabela* y el *William-Lee* intentaron atravesar el estrecho del Prince-Regent hasta las islas de Leopoldo, más con la esperanza de encontrar rastros de la expedicion que con la confianza de salvar personas; pero que les detuvieron los hielos, y el 13 de setiembre, despues de dejar en la bahía de la Procesion una botella que contenia la narracion de todas sus tentativas, padecimientos y libertad, salieron del estrecho de Davy, llegando en breve y felizmente á Lóndres, donde fueron objeto de la atencion y simpatías generales.



Prostemáronse todos... y allí humildemente inclinados ante Colon lo saludaron como vice-rey del Nuevo-Mundo.

AL LECTOR.

Terminamos aquí la dramática narracion de las aventuras notables y catástrofes de viajeros, durante la cual hemos procurado describir los usos, costumbres, religiones, legislacion, sociedades y producciones de todos los habitantes del globo, desde el helado lapon al tostado coreo, partiendo del círculo polar y y acabando en el mismo círculo del opuesto hemisferio y casi á iguales grados de longitud y latitud.

No es únicamente la presente obra, como en el prólogo decíamos, un libro de entretenimiento; es un trabajo útil al poeta, al historiador, al filósofo, al geógrafo, y á todo el que desee estudiar el carácter y formacion de los pueblos del mundo, como tambien una série no interrumpida de episodios interesantes, de escenas conmovedoras, en que al par que las catástrofes arrancan lágrimas, prueban sus detalles el grado de energía de que es capaz el corazon humano para luchar con la desgracia.

Pero nuestra nacion, que no cede á las extrañas ni en heróica ni en animosa y sufrida, no podia quedar desatendida por nosotros; por lo cual, ansiosos de consignar sus glorias, nos reservamos publicar más adelante, como obra independiente de la que aquí termina, la historia de los descubrimientos, conquistas y demas aventuras marítimas realizadas por los españoles, y con especialidad el descubrimiento y conquista de las Américas por el osado aventurero Colon que, despues de ser arrojado con el epíteto de loco ó visionario de las cortes europeas á quienes ofrecia un mundo, patrocinado por la munificencia de la católica Isabel, cruzó mares desconocidos, arrostró revoluciones y, fijo su pensamiento en la idea que por tantos años alimentara, logró con invencible constancia superar todos los obstáculos, arribando á las lejanas playas, de dudosa existencia, donde al frente del puñado de valientes que le acompañaron tomó posesion de aquellas comarcas, confundiendo á sus detractores, y siendo aclamado por sus entusiasmados súbditos como virey del nuevo mundo. Este episodio histórico que forma por sí solo una brillante epopeya en que al lado del marino genoves figuran nombres españoles que aun se perpetuan en nuestra marina, narrado con galano estilo constituirá parte de la futura publicacion, que no dudamos será acogida por el público con igual favor que dispensa á la presente.

FIN.

INDICE DE LAS MATERIAS DEL TOMO SEGUNDO.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.



